



EL
PÚLPITO
AMERICANO
II



R. P. N. CÁCERES
S. J.

BX1756

.C3

P8

v. 2



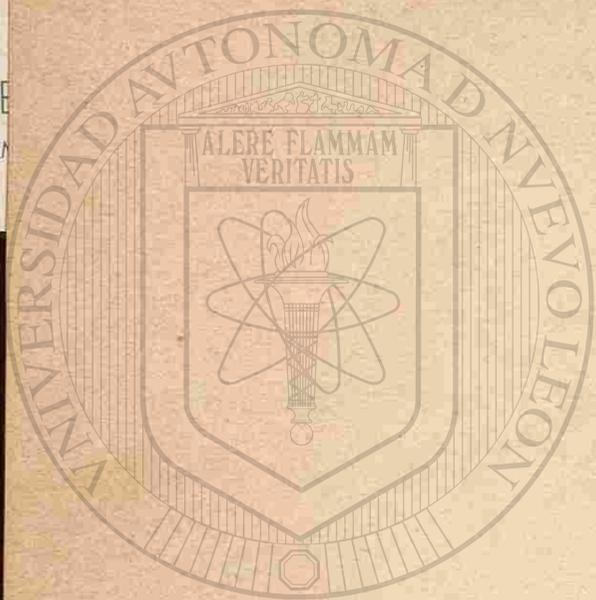


1080015960

EX LIBRIS

HEMETHERII VALVERDE TELLEZ

Episcopi Leonensis



UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

®

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



R. P. NICOLÁS CÁCERES
DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS.

EL
PÚLPITO AMERICANO

ó
SERMONES
DOGMÁTICOS, PANEGÍRICOS Y MORALES.

TOMO SEGUNDO:
PANEGÍRICOS DE LA SANTÍSIMA VIRGEN
Y DE ALGUNOS SANTOS.

PANEGÍRICOS
DE LA
SANTÍSIMA VIRGEN
Y DE
ALGUNOS SANTOS

POR EL
R. P. NICOLÁS CÁCERES
DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS.

OBRA PUBLICADA CON LICENCIA DE LOS SUPERIORES, APROBADA Y CALUROSAMENTE
RECOMENDADA POR EL EM. SR. CARDENAL ARZOBISPO DE VALLADOLID Y LOS
EXCMOS. É IL. MOS. SRES. ARZOBISPOS Y OBISPOS DE BOGOTÁ, CARTAGENA,
COMAYAGUA, COSTA RICA, FRIBURGO, GUATEMALA, MEDELLÍN, MONTEVIDEO,
NUEVA PAMPLONA, PANAMÁ, POPAYÁN, QUITO, SAN SALVADOR,
SANTA MARTA, SOCORRO, TOLIMA Y TUNJA.



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
Biblioteca Verde y Tellez

Capilla Alfonsina
Biblioteca Universitaria

FRIBURGO DE BRISGOVIA (ALEMANIA). 1901.
B. HERDER,
LIBRERO-EDITOR PONTIFICIO.
VIENA, ESTRASBURGO, MUNICH Y SAN LUIS.

FRIBURGO DE BRISGOVIA (ALEMANIA). 1901.
B. HERDER,
LIBRERO-EDITOR PONTIFICIO.
VIENA, ESTRASBURGO, MUNICH Y SAN LUIS.

45230

BX 1756

.C3

P8

v.2



Friburgi Brisgovia, die 15. Octobris 1901.

† THOMAS, Archiepps.

FONDO ENRIQUE VALVERDE Y TELLEZ

Es propiedad.

Tipografía de B. HERDER en Friburgo de Brisgovia.

Algunas Aprobaciones.

Toda persona que adquiere un volumen de esta publicación se obliga por este hecho á comprar la obra entera.

sentir predicando, por los grandes elogios que ha merecido su oratoria, justísimos por lo que hace al pensamiento y á la composición, y no menos justos por lo que respecta al decir, pues el testimonio es bien fidedigno: es el testimonio de varios egregios prelados americanos.®

El Excmo. y Rmo. Señor *Arzobispo de Guatemala*.

«Me complace mucho saber que piensa V. R. dar á luz una colección de sermones, dedicándola al clero de Centro-América y al de Colombia. Por la parte que nos toca en esta provincia eclesiástica, apruebo con gratitud la dedicatoria de una obra que me persuado habrá de ser de notable provecho á las almas, etc.»

CÁCERES, Sermones. II.

a**

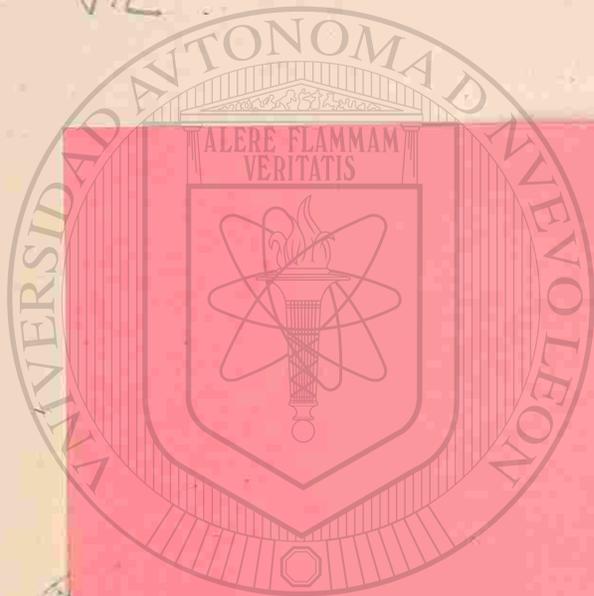
008616

BX 1756

.C3

P8

v.2



FONDO FERRERIO
VALVERDE Y TELLEZ

Es propiedad.

Tipografía de B. HERDER en Friburgo de Brisgovia.

Algunas Aprobaciones.

El Emño. Señor *Cardenal-Arzbispo de Valladolid*:

«La exposición de la palabra divina, misión confiada por el divino Maestro á sus discípulos y en ellos á los sacerdotes, ha de ser sencilla, sentida, con verdadera unción, para que ilustre las inteligencias y conmueva los corazones. Claro está que el orador sagrado debe conocer los grandes maestros en la exposición de la verdad evangélica y citarlos cuando sea conveniente, porque poco ó nada nuevo se puede decir que ellos no dijieran, y su autoridad es indiscutible; también le han de ser conocidas las relaciones entre la fe y la ciencia, para salir al paso á los sofismas de los pensadores impíos, y sacar limpia, como es, la verdad de la religión de entre los errores que pretenden mentirla y desacreditarla. Todo esto reunido y manifestado con pureza de dicción, con la suavidad del que intenta convencer con el raciocinio de la lógica, y no con el argumento de la fuerza, adornándolo con hermosos pensamientos, con figuras, comparaciones y símiles oportunos, atrae y subyuga, y el orador sagrado consigue los triunfos que apetece y el fin altísimo que persigue.

„Los sermones del P. Cáceres, de la Compañía de Jesús, por lo que de ellos he leído, hojeando los pliegos que V. ha tenido la atención de remitirme, reúnen todas estas condiciones; y en el autor deben de ser armónicas la manera de pensar y la manera de sentir predicando, por los grandes elogios que ha merecido su oratoria, justísimos por lo que hace al pensamiento y á la composición, y no menos justos por lo que respecta al decir, pues el testimonio es bien fidedigno: es el testimonio de varios egregios prelados americanos.»

El Excmo. y Rmo. Señor *Arzobispo de Guatemala*:

«Me complace mucho saber que piensa V. R. dar á luz una colección de sermones, dedicándola al clero de Centro-América y al de Colombia. Por la parte que nos toca en esta provincia eclesiástica, apruebo con gratitud la dedicatoria de una obra que me persuado habrá de ser de notable provecho á las almas, etc.»

CÁCERES, Sermones. II.

u**

003616

El Ilmo. y Rmo. Señor Obispo de Cartagena:

«... Y el clero ¡cuántas ventajas reportará de su obra! En ella aprenderá á conciliar la claridad del lenguaje con la elevación de las ideas, á hermanar la argumentación filosófica con las pruebas históricas, á amenizar la explicación ardua y abstrusa de los dogmas con la aplicación adecuada y oportuna de interesantes ejemplos, y, lo que más importa, á ilustrar la verdad católica con la profunda sabiduría de la Escritura Sagrada y de los Padres de la Iglesia. En suma, el clero estudioso aprenderá el difícil arte de la oratoria, y se acostumbrará á esgrimir con eficacia la poderosa arma de la palabra...»

El Ilmo. y Rmo. Señor Obispo de Comayagua:

«Y cómo no había yo de desear, con la mayor vehemencia de mi alma, que se publicara la colección de sus sermones, cuando esta obra, no sólo contribuiría á las glorias literarias de nuestra querida Patria (Centro-América), sino que sería de grande provecho y utilidad á nuestro clero centro-americano? Bien sabe V. R. que carecemos de una obra de este género... y que, publicándose una que corresponda á nuestras peculiares circunstancias y á nuestras locales necesidades, ella sería de máxima ventaja para nuestro clero.»

El Ilmo. y Rmo. Señor Obispo de Costa Rica:

«Aprovecho esta ocasión para felicitar á V. R. por tan feliz idea de publicar sus sermones, los que serán leídos con gusto, no sólo por los sacerdotes sino también por los seglares, y que seguramente harán un bien inmenso.»

El Ilmo. y Rmo. Señor Obispo de Popayán:

«El proyecto que, según un apreciable del 21 de septiembre, trae entre manos V. R. de publicar algunos de sus sermones, lo juzgo muy provechoso para el bien de las almas y gloria de Dios. Las colecciones de sermones españoles que corren en las manos del clero, no son bastante numerosas y dejan mucho que desear por las exigencias de nuestros tiempos, y en los de V. R. se unen la solidez de la doctrina, la hermosura del pensamiento y de la frase con el fervor de la piedad, cosa que se echa de menos en muchos sermonarios modernos...»

El Ilmo. y Rmo. Señor Obispo de San Salvador:

«Muy grata me es la noticia de la edición que S. R. tiene entre manos: ella será muy útil para instrucción y práctica de nuestro

clero en la Cátedra sagrada, y aprovechará no menos al pueblo para corrección y mejora de sus costumbres.»

El Ilmo. y Rmo. Señor Obispo de Tolima en Colombia:

«Magnífica y oportunísima es la idea de V. R. de publicar un curso ó serie de sermones adaptados á nuestra América Latina: obra cuya necesidad se hace sentir demasiado y que, sin duda, y por la misma razón, con la bendición divina va á producir grandes frutos en todas estas Repúblicas, principalmente en la nuestra. Reciba V. R., etc.»

El Excmo. y Rmo. Señor Arzobispo de Quito:

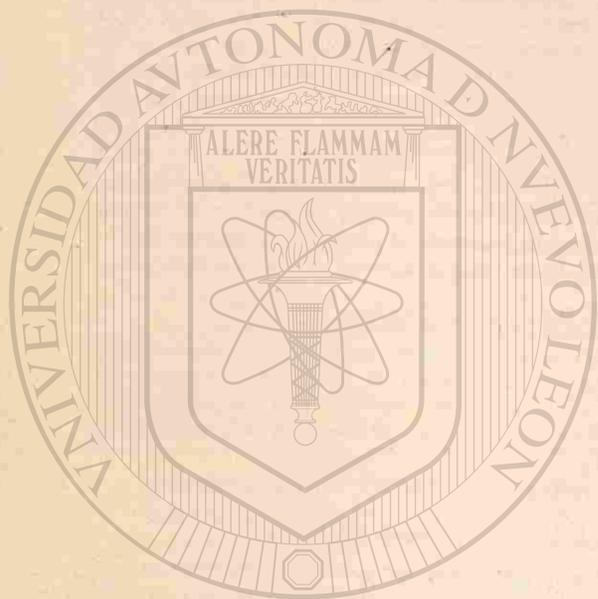
«He recibido ya la obra, y he pasado la vista por sus páginas, con lo cual me he convencido de su valor intrínseco y de la grandísima utilidad que proporcionaría al clero su adquisición. La he recomendado, pues, vivamente á mi clero en el Boletín Eclesiástico...»

El Excmo. y Rmo. Señor Arzobispo de Bogotá:

«Al dar á Ud. las más expresivas gracias por su precioso obsequio, me felicito á mí mismo de que me tocara ser iniciador de una publicación que será honrosa no menos que muy útil para el clero americano; y felicito á Ud. por el señalado servicio que presta una vez más á la religión y á las letras, añadiendo una obra más á las otras muchas de propaganda católica que Ud. lleva publicadas.»

El Ilmo. y Rmo. Señor Obispo de Panamá:

«Me ha sido muy grato saber que S. R. ha determinado publicar algunos de sus sermones, y que para ello ha escogido la bien conocida Casa Editorial de B. Herder en Alemania. La realización de este proyecto será de gran beneficio para el clero de la América Latina, sobre todo si S. R., después de los sermones dogmáticos, hace publicar todas sus pláticas, sermones y conferencias sobre asuntos morales, doctrinales y apologéticos. El señor bendecirá esta obra importantísima que S. R. ha acometido, á fin de que ella redunde en bien de la religión, aumento de la piedad y reforma de las costumbres.»



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE PUBLICACIONES

ÍNDICE.

PANEGÍRICOS DE LA SANTÍSIMA VIRGEN.

	Pág.
Primer Panegírico de la Inmaculada Concepción de María . . .	1
Segundo Panegírico de la Virgen Inmaculada, Patrona de las Hijas de María	16
Discurso religioso para el día de la Inmaculada Concepción de Nuestra Señora	30
Primer Panegírico de la Natividad de María	46
Segundo Panegírico de la Natividad de María	62
Panegírico de la Anunciación de María	76
Sermón para la fiesta de la Purificación de María	91
Panegírico de la Virgen Dolorosa	109
Sermón de la Soledad de María Santísima	124
Panegírico de la Asunción de María	139
Panegírico del purísimo Corazón de María	156
Panegírico de María Auxiliadora	172
Primer Panegírico de Nuestra Señora del Carmen	189
Segundo Panegírico de Nuestra Señora del Carmen	207
Tercer Panegírico de Nuestra Señora del Carmen	222
Cuarto Panegírico de Nuestra Señora del Carmen	241
Panegírico de Nuestra Señora de las Nieves	258
Panegírico de Nuestra Señora del Socorro	271
Panegírico de Nuestra Señora de las Mercedes	287
Sermón de Nuestra Señora de las Mercedes	302
Panegírico de Nuestra Señora del Rosario	316
Primer Discurso religioso para la fiesta de Nuestra Señora del Rosario	333
Segundo Discurso religioso pronunciado en la fiesta de Nuestra Señora del Rosario	350

	Pág.
Panegírico de Nuestra Señora del Pilar	366
Sermón para la fiesta de Nuestra Señora del Consuelo	383
Sermón para la fiesta de la Inmaculada Virgen celebrada por la Congregación de Jóvenes Estudiantes	397
Sermón sobre el culto de María	412

PANEGÍRICOS DE ALGUNOS SANTOS.

Panegírico de San José, Patrono de la Congregación de la Muerte	431
Primer Panegírico del Patrocinio de San José	449
Segundo Panegírico del Patrocinio de San José	467
Panegírico del Arcángel San Rafael	482
Panegírico de San Agustín, Obispo y Doctor	499
Panegírico de San Antonio de Padua	518
Panegírico de las Llagas de San Francisco	532
Panegírico de San Ignacio de Loyola, Fundador de la Com- pañía de Jesús	546
Primer Panegírico de San Juan de Dios	563
Panegírico de San Juan de Dios, Patrón de todos los hospitales del mundo	581
Panegírico de San Juan Nepomuceno	596
Panegírico de San Luis Gonzaga	611

PANEGÍRICOS DE LA SANTÍSIMA VIRGEN.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



no han acabado de repetir: *Nunc dimittis*. Da gracias al Eterno porque le ha permitido mirar y contemplar aquel Salvador divino, tanto tiempo anunciado y esperado por los hombres, y á quien tantos patriarcas, reyes y profetas ansiaron ver y no vieron. *Quia viderunt oculi mei salutare tuum*. ¿Qué sentiría la augusta Madre del Mesías al escuchar aquellos celestiales acentos del moribundo cisne de Israel? Y ¿con qué ojos tan llenos de asombro, amor y reverencia se fijaría el santo anciano en aquel rostro de la Virgen en quien reconocía á la Madre del Salvador, del Dios hecho hombre para iluminar á las naciones? ¿Cuál sería el concepto que de la grandeza de esta Virgen-Madre formaría el inspirado profeta? ¿No alcanzaría á entrever, aunque todavía veladas con las sombras del misterio, sus inefables prerrogativas? También Ana, la virtuosa viuda, debió de conocerlas; y, no contenta con alabar al Señor, publicaba las grandezas de Jesús y de María entre las buenas gentes que aguardaban la hora de la redención.

13. ¿Podía ser más ensalzada, cristianos oyentes, la humildad de la Virgen? Pues, como si todavía algo faltara á su gloria, he aquí que, por boca del mismo Simeón, se le revelan los altos destinos que, al lado de su hijo, le reservaba la mano de Aquel que ha decretado engrandecerla sin medida. *Este niño, dícele el profeta, está destinado para ser la ruina y la resurrección de muchos, para blanco de contradicción.... Y la espada que le herirá á él, traspasará también tu corazón*. ¡Qué sublimidad de puesto á que Dios quiere elevar á una pura criatura! Hacerla quiere compañera del Redentor, corredentora con Él del género humano. ¿Podía imaginar María mayor elevación? Pues ved aquí ensalzada del modo más espléndido la humildad que

hoy celebramos personificada en la Virgen de la Purificación ó de la Candelaria.

14. Volved, católicos habitantes de Medellín, hacia esta Virgen vuestras piadosas miradas. En ella fijaron las tuyas vuestros venerandos mayores, aclamándola Señora y Patrona de esta antigua villa, hoy floreciente ciudad. Fincad en esta Virgen, depositaria de los tesoros del cielo, vuestras más dulces esperanzas. Todo lo puede con sus ruegos la que ha sido sublimada tanto por el Dios que ama con predilección á los humildes, por Aquel que *miró la humildad de su esclava*. Y concurrid con las mil voces del mundo católico al cumplimiento de la gran profecía de la humilde Virgen que anunció con la vista fija en Dios, que todos los siglos la habían de aclamar dichosa: *Beatam me dicent...* ¡Dichosas también las almas que la imitan! ¡Dichoso el pueblo que la honra y la bendice! ¡Dichosa Medellín bajo el amparo de la Virgen de la Candelaria! Así sea.

PANEGÍRICO DE LA VIRGEN DOLOROSA

(predicado en Cartago, C. R., marzo de 1880).

María, modelo y lenitivo del dolor.

Non vocetis me pulchram, sed... amaram...
Ruth 1, 20. ®

1. ¡Los dolores de María! ¡qué corazón cristiano no se entenece al sólo oírlos anunciar año tras año por la voz de la Iglesia, en este viernes de la semana de Pasión que parece preludiar el Viernes santo! ¿Quién no siente desgarrado de dolor el pecho al oír, inter-

pretadas por el canto religioso, aquellas patéticas estrofas del *Stabat*, verdadera inspiración de la poesía sagrada? ¿A quién no hiere aquella sentida exclamación de la Iglesia: ¡Oh! ¡cuán triste y afligida fué aquella bendita Madre del Unigénito!¹ que parece un dardo de fuego disparado al corazón? He ahí por qué es tan tierna, como verdaderamente popular, la devoción á la Madre de Dolores. El pueblo cristiano comprende perfectamente lo que significa la imagen de María al pie del Crucificado, al otro lado de San Juan y cerca de la Magdalena. Así, y sólo así, la escena está completa: no sobra ni falta ninguna figura en el cuadro del Calvario. ¡Oh grupo admirable y admirablemente significativo! ¡Desventurado el pueblo que no conoce esta escena, la más sublime entre todas las escenas del dolor! ¡Y también desgraciada el alma que, habiéndola aprendido en el Evangelio y en la objetiva enseñanza del catolicismo, no para en ella mientes, dejándola pasar inadvertida por espíritu de rutina y de habitual disipación! ¡De cuántos tesoros no se priva! Porque si las bellas artes, como á cualquiera se le alcanza, perderían tesoros de valor inapreciable olvidando á María en el grupo del Calvario; decidme ¡cuánto más no perdería el corazón humano al olvidar á la Madre dolorosa! ¡Ah! con razón debemos exclamar, valiéndonos de una expresión de los sagrados libros: ¡*Olivideme de mí, si te olvidare!*²

2. Á despecho de todas las ilusiones que nos hacen soñar, en ciertos momentos, con un Edén delicioso en este valle de lágrimas y de miserias, la dura realidad

¹ Del *Stabat Mater dolorosa*, prosa de la Misa de la fiesta.

² Ps. 136, 5.

de la vida nos demuestra que somos tristes víctimas del infortunio, como lo somos del pecado y de su pena, la muerte. Preciso es que los hijos del destierro rieguen con llanto el pan de cada día, confesando con el Profeta-Rey: *Las lágrimas me sirvieron de alimento día y noche, en tanto se me repetía diariamente en son de burla: ¿En dónde está tu Dios?*¹ Y en medio de esta terrible situación, verdadera y natural situación de los hijos de Adán sobre la tierra, ¿no nos será posible, á lo menos, ya que nos es tan necesario, encontrar algún lenitivo á tantas penas, contemplando algún modelo cabal del sufrimiento? ¡Es tan dulce tener compañía en el dolor! Y más dulce todavía tener una mano amiga que enjague cariñosa nuestras lágrimas, ó siquiera una voz que nos aliente á padecer para no sucumbir, en medio de nuestra flaqueza, al peso del quebranto.... ¿No lo habéis experimentado así mil veces? Venid, pues, en este día á contemplar los dolores de la Virgen de las vírgenes, de la Madre desolada y puesta en trance de muerte entre las angustias horribles del Calvario: venid á consolarla, ó, más bien dicho, á consolaros á vosotros mismos, oprimidos por el dolor, á refrigeraros con la santa contemplación de sus inefables dolores. En María veréis primeramente un dolor incomparable é infinitamente mayor que todos los dolores humanos; por consiguiente allí encontraréis vuestro modelo. Admiraréis en seguida el mérito incalculable de ese mismo dolor en la manera con que la Virgen lo soporta enseñándoos la ciencia sublime del padecer; hallaréis, por lo tanto, un lenitivo á vuestros más crueles dolores. Y así, aunque María, figurada por la antigua

¹ Ps. 41, 4.

Noemi, nos encarece que «no la llamemos hermosa, al pie de la cruz, antes amarga y dolorida»¹, no obstante habremos de reconocerla tan bella en su magnanimidad, como grande en su dolor, saludándola siempre y dondequiera llena de gracia: *Ave María*.

I.

3. Entremos con la consideración, hermanos míos, en el mar amargo é inapeable de los dolores de la Santísima Virgen al pie de la cruz. *Stabat iuxta crucem Iesu mater eius*². Ésta debe ser la base de nuestros razonamientos; éste, el solo teatro de nuestra devota consideración. Mas ¿cómo engolfarnos en esta inmensidad sin temor de quedar abismados en su seno? La frágil y pequeña navicilla ¿podrá lanzarse mar adentro sin recelar una pérdida segura, como castigo de su temeridad? Verdaderamente es piélago profundo y sin orillas para el humano entendimiento este colmo de angustias y dolores de la Virgen Sacratísima enclavada al pie del madero en que lo estaba su Hijo unigénito. Así lo ha reconocido la Iglesia, autorizando la aplicación hecha por los doctores ascéticos al dolor de María, de aquellas palabras dichas propia y principalmente de los padecimientos del Redentor: *Grande es como el mar tu quebranto*³; y de aquellas otras del Profeta: *Puesto en alta mar, la tempestad me anegó*⁴. Porque el dolor de María fué realmente superior á todos los dolores humanos, excepción hecha de los de Jesús, Hombre-Dios, ya se consideren dentro del orden natural, ya en el sobrenatural; y en uno y otro tuvieron

¹ Non vocetis me pulchram etc. (l. c. supra).

² Io. 19, 25.

³ Thren. 2, 13.

⁴ Ps. 68, 3.

por raíz y fuente su mismo carácter y dignidad de Madre del Crucificado. Aplicad toda vuestra atención á meditarlo.

4. María se duele y se conduele, al pie de la cruz, porque es Madre, y espejo y modelo de las madres. María llora, como habría de llorar, á lágrima viva, toda madre que viese á su hijo pendiente en un patíbulo, agobiado de tormentos, reducido á la situación más lastimera que es posible imaginar, como fué la de Cristo, el Hombre de dolores. Oíd á la Iglesia en una de las estrofas del *Stabat Mater* que acaba de leerse: Ella, la piadosa Madre, temblaba de dolor mirando uno por uno los tormentos del amado Hijo: *Quæ mærebat et dolebat, pia mater, dum videbat Nati pœnas inclyti*. Mas ¿quién podrá medir la intensidad, la magnitud de ese dolor de la más tierna de las madres en presencia de la más cruel de las situaciones de un hijo como Jesús, del Hijo del Hombre por excelencia, esto es, del más perfecto entre todos los hijos de los hombres? Jamás se vió ni podrá verse madre más amorosa y compasiva, por muy cierto que sea que no hay madre que no se figure ser la más apasionada por sus hijos; pero tampoco puede encontrarse otro hijo como Jesús, y es evidente que aquella situación no tuvo otra alguna semejante. Necesario es, pues, concluir de estas premisas históricas y á todas luces ciertas, que el dolor y compasión de María en el Calvario rayaron en la línea extrema á que puede llegar el dolor humano. ¡Ah! razón tenía la prudente Virgen de llamarse *amarga*: *Vocate me amaram*; su mismo nombre demasiado lo indica, pues se interpreta *mar amargo*¹.

¹ Mare amarum.

porque *el Omnipotente*, dice, *me ha colmado de amargura*¹. No la hay tanta en toda el agua del océano, ni en todas las substancias amargas que atesora la naturaleza, como la hubo en el alma sola de la dulce Virgen: y era que participaba de lleno, como ninguno de los santos, de la hiel amarguísima del Cáliz de Jesús.

5. Aquí tenéis, pues, madres cristianas, en la más adolorida de todas las madres el modelo que necesitáis. Miradla atravesado el pecho por puñal agudo: ¿qué digo? por siete agudísimos puñales, por tres clavos, por más de setenta espinas, por tantas puntas aguzadas como tormentos padeció Jesús en todo su cuerpo, supuesto que el corazón de la Madre era el punto de reflexión donde se recibían uno por uno los contragolpes de los golpes descargados sobre el Hijo. ¡Oh Madre atormentada mil veces! ¿quién se quejará de la magnitud de sus dolores á la vista de los tuyos? ¿á quién no preocuparán, antes que los propios, tus tormentos atrocísimos? Comprendo bien, madres piadosas, que sea para vosotras tan simpática la imagen de la Virgen dolorosa, y tan favorito su culto; porque nadie alcanza á saborear tan amargos pesares como los que ha reservado Dios á la maternidad, así en el orden físico como en el moral, después de aquella terrible sentencia fulminada en el paraíso: *In dolore paries...*² Pero sé también que no sois vosotras solas las que regáis con lágrimas el camino del destierro; porque no hay hombre que no entre en el mundo sollozando, y que de él no salga también vertiendo lágrimas; porque llorar y padecer es la triste herencia del género humano prevaricador. No hay, pues, quien no deba poner

¹ Ruth, ubi supra.

² Gen. 3, 16.

los ojos en María al pie de la Cruz para esforzarse á padecer, viendo á la más pura, á la más inocente, á la más delicada y sensible de las madres anegada en mar de llanto.

6. Porque los dolores de Virgen-Madre fueron de carácter sobrenatural y, por consiguiente, más intensos que todos los padecimientos que pueden causar las causas naturales. En efecto, no fué sólo en calidad de madre como padeció María; fué como Madre de un Hijo que era hombre y juntamente Dios; así que su dolor hubo de ser del mismo carácter que su maternidad, es decir, sobrenatural y divino. Pero ¿cómo se compadecen estos términos: dolor y divino? ¿Cabe dolor en la Divinidad? ¿Cabe divinidad en el dolor? Ciertamente *el mal no puede acercarse á Dios*¹ en su propia naturaleza, la cual esencialmente lo rechaza; pero sí puede caber en persona divina, revestida de naturaleza pasible. Los padecimientos del Hombre-Dios eran realmente divinos, y así también los dolores de María, como participación de aquéllos. El dolor de María Santísima fué una verdadera *compasión*, esto es, una pasión conjunta con la de Jesús, un dolor repartido en dos pacientes, ó más bien, repetido, reflejado de uno en otro, del cuerpo de Jesús en el alma de María, como el eco fiel de un golpe atronador. Nosotros también debemos sentir alguna vez dolores de carácter sobrenatural, debemos hacer nuestros los sentimientos del Salvador, si hemos de ser dignos de obtener los bienes divinos de la gracia y de la gloria. Así nuestra contrición en el sacramento de la Penitencia debe ser superior á todo otro pesar motivado por consideraciones de orden na-

¹ Ps. 90, 10.

tural y humano; y el dolor más sublime es el que nos causa la consideración de un Dios infinitamente bueno y digno de infinito amor, ultrajado por muchos pecados y los de todos los hombres. Esto sí que debería rompernos el corazón, hermanos míos: esto debiéramos llorar con lágrimas de sangre, y en parangón con éste, todos los dolores de la vida no deberían parecernos más que sombra. ¡Ah! si así no lo sentimos, es sin duda por la debilidad con que obran en nuestro espíritu la fe, la caridad y los demás agentes de la vida sobrenatural.

7. Por lo que hace á María, su fe vivísima y su ardiente caridad le traspasaban el corazón como agudas espadas. Iluminada, cual ninguna otra criatura, por aquella luz del cielo que alumbró la mente de los profetas, de los apóstoles y mártires, María, y ella sola, comprendía el terrible significado de aquella escena del Calvario que el ojo humano no es capaz de apreciar sino con un criterio estrecho y mal seguro. Ella sola comprendía la enormidad del horrendo deicidio y juntamente el valor infinito de aquel holocausto: de ahí ¡qué cúmulo de afectos desgarradores iban agolpándose en su corazón! El dolor de María refundía en uno toda suerte de dolores: horror, angustia, susto, tristeza y desfallecimiento mortal, á la manera de aquel cáliz que Jesús probó en el Huerto, cuando *empezó á temblar y entristecerse y cubrirse del tedio más amargo*¹ y sudar sangre de pura congoja y agonía. Y ese dolor era también resultado de la vista con que aprehendía claramente la dignidad de la persona ultrajada, y la magnitud de los crímenes que estaba expiando con su Pasión.

¹ Marc. 14, 33.

«María, dice la Iglesia¹, contemplaba en Jesús crucificado, no tanto las llagas de que estaba todo cubierto, cuanto la salvación del mundo», esto es, las llagas del pecado de que iba á curar á la doliente humanidad. ¡Oh, si nosotros tuviéramos una centella de la fe de María, cómo expiraríamos de dolor al pie del Calvario, oprimidos por la violencia de la contrición! Pues ¿qué? ¿no se han visto penitentes sucumbir de puro dolor de sus pecados? Pues ¡cuál no sería el quebranto de la bendita Virgen al ver á su Hijo inocentísimo cargado con el peso de todos los crímenes del mundo! ¡al ver al Cordero de Dios degollado con la cuchilla del pecado! Calcúlese ahora el dolor causado en el alma de María por la vehemencia intolerable de aquel amor sobrenatural, de aquella caridad compasiva que en otros santos ha hecho tan hondas y lastimosas heridas. *Consumido me tiene el celo que me devora*, decía á Dios el Real Profeta, *porque mis enemigos han olvidado tus mandatos*². Pues ¿qué sentiría la amantísima Señora mirando de hito en hito á aquel Hijo tan querido, *blanco y rosado*³, y todo él amabilísimo, respirando amor en toda su expresión y figura, inclinada la cabeza y extendidos los brazos como quien convida con ellos á correspondencia de amor?⁴ Y ¡verlo no sólo vilipendiado, sino odiado de muerte y ultrajado por los mismos ingratos malhechores, á quienes Él por puro amor viene á redimir con su sangre! ¡Qué dolor tan espantoso! ¡Qué cuadro tan horrible el del Calvario, mirado desde abajo, esto es, desde el punto de vista de la malicia humana! ¡Un Dios escarnecido! ¡El Unigénito

¹ Eccl. in offic. septem dolor. B. M. V. ² Ps. 118, 139.

³ Cant. 5, 10. ⁴ Offic. eccl. ubi supra.

del Padre despedazado por viles pecadores! ¡El Hijo del dueño de la Viña, arrojado fuera de su heredad y muerto á golpes por infames inquilinos!¹ ¡El hombre poseído de furia contra el cielo, blasfemando de su mismo Hacedor! ¡La negra ingratitud irguiéndose triunfante! ¡El amor infinito conculcado! ¡La iniquidad, usurpando el trono de la justicia, sentada como reina sobre la faz de la tierra! ¡El universo moral hundiéndose en espantoso cataclismo! Decidme, cristianos: ¿qué debió experimentar el angustiado pecho de tan santa, delicada y perfecta criatura, á vista de tal enormidad de crímenes y hacinamiento de escándalos? Lloremos también nosotros en presencia de tantos males como inundan el día de hoy la redondez de la tierra: mezclemos nuestros gemidos con el de las víctimas de la injusticia y la perfidia; juntemos nuestros ayes con el de los oprimidos por la tiranía, la calumnia y la violencia de pasiones brutales.... Lloren también las almas puras por el torrente de iniquidades que contamina la tierra, por la perdición de tantas almas arrastradas á los abismos del vicio, por la obstinación de tantos soberbios y descarados pecadores, que de nuevo crucifican al dulce Redentor, por.... Mas ¿quién podría enumerar siquiera los motivos de nuestros dolores sobrenaturales? ¡He ahí, pues, á María hecha viva imagen, y como la personificación del dolor sobrenatural y divino! ¡Héla ahí como divinizada por la virtud del dolor!

DIRECCIÓN II.

8. Ella es también su lenitivo, porque María enjuga nuestras lágrimas y esfuerza nuestra debilidad para so-

¹ Matth. 21, 39.

portar la pesadumbre de los males, mostrándonos en su admirable heroísmo el modelo que debemos esforzarnos á imitar. ¡Oh! si nuestro dolor se asemejase en algo al de María al pie de la cruz, ¡qué precio no alcanzarían nuestras lágrimas en orden á la salvación! ¡Cristianos! ¿Puede haber desventura mayor que llorar, no sólo sin consuelo, sino también sin mérito? Por el contrario; ¿no es una dicha, bien mirado todo, poder atesorar con los mismos sufrimientos, trocando el riego de lágrimas en lluvia de oro y perlas? Ved, si no, cómo padeció la Soberana Virgen, y aprended lo que puede llamarse la ciencia del dolor.

9. ¿En qué pensáis que está cifrado el secreto de esta ciencia? Pues páreceme á mí que en sufrir con la serenidad que da la previsión, con la fortaleza que infunde el amor, con la satisfacción que produce la conciencia de la dignidad. ¿No fué así como sufrió María? Atended: *Attendite et videte si est dolor sicut dolor meus*¹. María, que se vió casi anegada en el piélago borrascoso de sus penas, no fué sin embargo sorprendida por la tempestad, porque previó á tiempo la tormenta que se le venía encima. Aun antes de recibir aquel pavoroso vaticinio del anciano Simeón quien, lleno de ternura, contemplándola con el niño Dios en el regazo, le decía: ¡Pobre madre! ¡Tú no sabes que el cuchillo que destrozará á este niño ha de atravesarte el corazón!² Ya ella misma se había ofrecido, víctima voluntaria, al sangriento martirio, cuando, en la plenitud de su conformidad con los divinos decretos, exclamó: *Fiat mihi secundum verbum tuum*³: ¡Hágase en mí cuanto me

¹ Thren. 1, 12.

² Luc. 2, 35.

³ Luc. 1, 38.

anuncias! ¡Soy la esclava del Señor! Ese *fiat* libremente pronunciado por María en la hora de la Anunciación, fué la libre aceptación de los dolores inherentes á la maternidad divina. Fué tanto como si dijera: «Seré la madre que tú dices, seré la madre del Mesías, del Cordero de Dios que viene á sacrificarse por los pecados del mundo... Consiento en ello para cumplir la voluntad de Aquel cuya esclava humilde soy.» María, pues, no aceptó grandezas, dobló el cuello al sacrificio. ¿Por ventura ignoraba ella sola lo que tan claro habían visto y vaticinado Isaías, David, y tantos otros profetas sobre el carácter del Mesías, su pasión y su muerte? Pues bien, hermanos míos: nosotros también deberíamos prever las borrascas de la vida y andar siempre apercebidos para la hora del sufrimiento. Pero ¿cuándo no es hora de sufrir? ¿Es otra cosa nuestra vida que una penosa peregrinación por un valle de lágrimas, erizado de espinas? ¿Por qué, pues, nos sorprende la visita de la adversidad? ¿No es el dolor nuestro único patrimonio? Ni la enfermedad, ni la pobreza, ni las contrariedades de la naturaleza rebelde, ni la persecución de los hombres deben sorprender al que viene desterrado del paraíso y condenado á comer el pan de cada día empapado en el sudor de su rostro, y á ser víctima irredimible de la muerte. ¿No son los males físicos que dentro y fuera nos aquejan, el fúnebre cortejo de la implacable segadora de vidas humanas? Atendamos, pues, á la sabia reflexión del gran Doctor de la Iglesia San Gregorio: «Hieren menos dardos que se ven venir; y hácenos más llevaderos los males de este mundo, si para resistirlos, nos armamos del escudo de la paciencia.»¹

¹ In Evang. hom. 35.

10. Á tan generoso ofrecimiento á padecer correspondió en María aquella fortaleza invicta, efecto de su ardiente caridad, que le ha merecido la corona de Reina de los mártires. No es mártir cualquiera que padece, por más atroces que sean sus suplicios, sino sólo aquel que arrostra la muerte por atestiguar su amor á la verdad y á la virtud, y por su causa permanece firme, cual roca inquebrantable, en medio del tormento. El amor robustece el corazón, y aun da vigor y fuerzas al más débil y delicado organismo, según mil veces lo ha comprobado la historia sagrada y profana. María padece por natural y sobrenatural compasión, nacida del amor en su grado más heroico, amor que la hace una con el Hijo de su corazón. El corazón de la madre refleja exactísimamente los movimientos del corazón del hijo, sean cuales fueren, de gozo ó de pesar: mal podía ella gozar cuando él gemía entre agonías de muerte. El mayor suplicio para María hubiera sido no padecer con Jesús y como Jesús. Ella decía como la enamorada Esposa de los Cánticos: *Fasciculus myrrhæ dilectus meus mihi*¹: *Manojito de mirra es mi Amado para mí*: su amargura es para mí más dulce que la miel, porque es la mirra de mi Amado. Así lo experimenta quien de veras ama: padecer con la persona amada es dulcísimo gozar, porque la comunidad de afectos y pasiones es el resultado del perfecto amor. He aquí, amados fieles, el secreto del valor jubiloso de los mártires, de la alegría de los anacoretas: por eso les sabe tan dulcemente la penitencia á los santos, y las más horripilantes austeridades son el encanto de las tiernas esposas del Cordero.... ¿Cuál no sería la dulzura que gustaba

¹ Cant. 1, 12.

María saboreando el cáliz de las amarguras del Calvario? ¡Oh! ¡quién supiera amar para saber sufrir! ¡Oh amor de Jesús, más fuerte que la misma muerte¹, que haces llevar sin sentirlo el peso más enorme, que no conoces la fatiga ni la estrechez de las almas pequeñas, ni tienes en nada los trabajos, ni crees en lo imposible, porque sientes fuerzas para arrostrarlo todo! ¡Oh amor prodigioso, bajado del cielo, nacido de Dios y maravilloso esforzador de la flaqueza humana! Abrásame en tu suave llama para que sepa burlarme del aguijón del dolor². Mas ¿qué podrá, cristianos, un alma repleta de egoísmo, dominada por la sensualidad y el orgullo, cuando el dolor toque á sus puertas y se le entre por la casa, sin que haya traza de atajarlo? ¡Ah! ¿no se ve todos los días el triste y vergonzoso espectáculo de la debilidad de carácter, más bien que de cuerpo, del profundo abatimiento del espíritu, en los trances amargos á que está sujeta á diario la pobre condición humana? Almas fuertes no las forma sino la alta escuela de la caridad divina.

11. María, finalmente, debe sus dolores á la misma gracia de su singular predestinación. De aquí es que su dolor se eleva á un rango de nobleza y dignidad tan alto como el título por él merecido, cual es el de Corredentora del género humano. ¡Grandes fueron, incomparables los dolores de la Santísima Virgen; pero ¿lo es menos la dignidad á que por ellos fué elevada, entrando con el Redentor divino á la parte en la humana redención? ¿Quién pudo merecer subir tan alto? Efecto fué éste, no hay duda, de la gratuita preordenación divina acerca de María; pero gracia fué que

¹ Cant. 8, 6.

² Imit. lib. III, cap. 6.

debía costar á la agraciada un caudal inmenso de padecimientos. Así como Eva, cómplice de la primera culpa por el placer, fué partícipe de la maldición primera y causa segunda de todos nuestros males, así dispuso Dios fuese María participante de la grande expiación por el dolor, y dividiese con Jesucristo el mérito y la gloria de la humana restauración, siendo causa segunda de todos nuestros bienes. Y esto debía ser á costa de dolores infinitos, dando María lágrimas, que son sangre del alma, en lugar de la sangre de sus venas, aunque también era suya la que corría por las del Redentor. ¡Á qué altura no nos eleva esta verdad, tan gloriosa para la Madre de dolores, como provechosa para sus hijos! ¿Comprendéis ya, hermanos míos, cuánta dignidad está encerrada en el dolor cristiano? ¿Alcanzáis á vislumbrar hasta dónde se remonta el hombre por el sufrimiento? Es ésta la piedra de toque de la grandeza moral, la expresión del verdadero espíritu del Evangelio, el efecto de la real imitación de Jesús. En el dolor se acrisola el amor al deber, se pule y afina la paciencia, se aquilata la magnanimidad, se comprueba cuánto vale el hombre en realidad, no en apariencia. No se prueba la virtud entre las delicias y regalos de la prosperidad; la adversidad descubre lo que es y vale cada uno. Por eso María es tan hermosa y tan grande al pie de la cruz, que no podemos resistir al deseo de aclamarla bella, por más que nos diga ella misma: *Non vocetis me pulchram, sed amaram...*, pues tan grande como el mar de su amargura, es la hermosura de su corazón.

12. ¡Oh! ¡si pudiéramos en algún modo imitarla! Y ¿por qué no, si, haciéndonos superiores á nuestra debilidad, á ejemplo de los santos que la acompañaron

en la cumbre del Calvario, nos abrazamos de una vez para siempre con la cruz del Redentor, si la ponemos sobre nuestros hombros y, mejor aún, si la llevamos en el corazón? Para alcanzar esta gracia, no perdamos de vista á la piadosa Madre, anegada pero jamás hundida en la borrasca: digámosle con todas las veras del alma: «Contigo quiero estar en pie junto á la cruz, quiero asociarme á tí en el llanto... Haz que, al partir de este valle de dolores, sea mi alma admitida á la gloria del paraíso.»¹ Así sea.

SERMÓN DE LA SOLEDAD DE MARÍA
SANTÍSIMA

(predicado en la iglesia de la Veracruz, Bogotá, 1896).

Misterioso dolor de la Soledad de María,
reflejado en la vida cristiana.

Quomodo sedet sola civitas...?

Thren. 1, 1.

1. ¡Imponente espectáculo el de la tumba, donde el silencio, cual genio misterioso, reposa, plegadas sus alas, en actitud de guardar los sagrados despojos de la humanidad vencida! ¡Lastimero espectáculo, el del hogar vacío, saqueado por la muerte, donde una madre viuda ó huérfana contempla, en el asombro de su dolor, la magnitud de su pérdida y la inmensidad de su infortunio! Á la vista tenéis, amados fieles, una tumba y una madre huérfana; pero ¡qué madre, y qué tumba! La madre es la inmaculada, la incomparable María, la

¹ Sequentia Missæ septem dolorum B. M. V.

más grande en el dolor, como la más eminente en gracia y dignidad: la tumba es la que guarda los despojos del Dios-Hombre, sacrificado en afrentoso patíbulo para la redención del mundo criminal. Ante este féretro ¿quién no se postra reverente? Delante de la Virgen solitaria ¿quién no inclina la cabeza agobiada de dolor? ¡Oh! ¡qué tiernos y sagrados afectos despierta en el corazón que sabe recogerse dentro de sí mismo, en verdadero espíritu de cristiana piedad, la vista de este religioso aparato, complementario del que la Iglesia ha desplegado á la vista de sus hijos durante los días de la Semana Mayor! ¡Pluguiese á Dios que todos cuantos aquí nos agolpamos para dar culto á la Virgen Santísima en el misterio de su *Soledad*, nos hallásemos vivamente penetrados de aquellos sentimientos que reclama tan devota, grave y piadosa ceremonia! ¡Oh! si así fuera, nada tendría esta función de vano y casi profano espectáculo, siendo lo que debe ser, una hermosa reunión de fieles, que con el corazón traspasado de dolor y la consternación pintada en el semblante, vienen á pagar á María este último tributo de amor, dándole el más sentido y doloroso pésame por la muerte del Hijo queridísimo; sería una verdadera explosión de religiosidad, bendecida por Dios con toques de contrición y gracias de conversión sincera. Pidamos fervorosamente á Dios, por intercesión de la misma Señora, que, recogidos en profunda contemplación nuestros espíritus, podamos entender algo del hondo misterio del dolor de María en medio de su Soledad, no sólo para admirar la alteza y dignidad de ese dolor, sino también para conocer la naturaleza de la vida cristiana y conducir, según ella, nuestros pasos por la senda de la santificación. *Ave María.*

en la cumbre del Calvario, nos abrazamos de una vez para siempre con la cruz del Redentor, si la ponemos sobre nuestros hombros y, mejor aún, si la llevamos en el corazón? Para alcanzar esta gracia, no perdamos de vista á la piadosa Madre, anegada pero jamás hundida en la borrasca: digámosle con todas las veras del alma: «Contigo quiero estar en pie junto á la cruz, quiero asociarme á tí en el llanto... Haz que, al partir de este valle de dolores, sea mi alma admitida á la gloria del paraíso.»¹ Así sea.

SERMÓN DE LA SOLEDAD DE MARÍA
SANTÍSIMA

(predicado en la iglesia de la Veracruz, Bogotá, 1896).

Misterioso dolor de la Soledad de María,
reflejado en la vida cristiana.

Quomodo sedet sola civitas...?

Thren. I, 1.

1. ¡Imponente espectáculo el de la tumba, donde el silencio, cual genio misterioso, reposa, plegadas sus alas, en actitud de guardar los sagrados despojos de la humanidad vencida! ¡Lastimero espectáculo, el del hogar vacío, saqueado por la muerte, donde una madre viuda ó huérfana contempla, en el asombro de su dolor, la magnitud de su pérdida y la inmensidad de su infortunio! Á la vista tenéis, amados fieles, una tumba y una madre huérfana; pero ¡qué madre, y qué tumba! La madre es la inmaculada, la incomparable María, la

¹ Sequentia Missæ septem dolorum B. M. V.

más grande en el dolor, como la más eminente en gracia y dignidad: la tumba es la que guarda los despojos del Dios-Hombre, sacrificado en afrentoso patíbulo para la redención del mundo criminal. Ante este féretro ¿quién no se postra reverente? Delante de la Virgen solitaria ¿quién no inclina la cabeza agobiada de dolor? ¡Oh! ¡qué tiernos y sagrados afectos despierta en el corazón que sabe recogerse dentro de sí mismo, en verdadero espíritu de cristiana piedad, la vista de este religioso aparato, complementario del que la Iglesia ha desplegado á la vista de sus hijos durante los días de la Semana Mayor! ¡Pluguiese á Dios que todos cuantos aquí nos agolpamos para dar culto á la Virgen Santísima en el misterio de su *Soledad*, nos hallásemos vivamente penetrados de aquellos sentimientos que reclama tan devota, grave y piadosa ceremonia! ¡Oh! si así fuera, nada tendría esta función de vano y casi profano espectáculo, siendo lo que debe ser, una hermosa reunión de fieles, que con el corazón traspasado de dolor y la consternación pintada en el semblante, vienen á pagar á María este último tributo de amor, dándole el más sentido y doloroso pésame por la muerte del Hijo queridísimo; sería una verdadera explosión de religiosidad, bendecida por Dios con toques de contrición y gracias de conversión sincera. Pidamos fervorosamente á Dios, por intercesión de la misma Señora, que, recogidos en profunda contemplación nuestros espíritus, podamos entender algo del hondo misterio del dolor de María en medio de su Soledad, no sólo para admirar la alteza y dignidad de ese dolor, sino también para conocer la naturaleza de la vida cristiana y conducir, según ella, nuestros pasos por la senda de la santificación. *Ave María.*

I.

2. He llamado misterioso al dolor de María Santísima en aquella terrible agonía de su orfandad, que sucedió á la sepultura de su adorado Jesús y precedió al día glorioso de la resurrección. Pero ¿qué hay, me diréis, de incomprendible y obscuro en un dolor tan natural y que, aún humanamente, se explica mejor que cualquier otro de los dolores que experimentó la Madre afligidísima en todo el discurso de la pasión de su Hijo? En efecto; ¿quién no sabe que el dolor aguza sus filos y atraviesa de parte á parte el corazón, sobre todo el corazón de una madre, cuando la segur espantosa de la muerte acaba por separar con fatal golpe el alma del cuerpo, resolviendo en polvo y sombra la existencia del ser idolatrado? ¡Oh! ¡el dolor causado por la muerte, por aquel adiós de eterna despedida, pronunciado con apagada voz y torpe labio al borde del abismo de la eternidad, es el dolor supremo del que sobrevive, es la última gota que hace rebosar la copa del acíbar, es la muerte misma enseñoreada del corazón, el cual ya no vivirá propiamente, sino que arrastrará lánguidamente una existencia precaria y miserable, una especie de agonía prolongada, como la media luz del crepúsculo hasta extinguirse enteramente, ahogada por las sombras de la eterna noche. ¡Oh dolor mortal, más agudo que puñal acerado y penetrante! Y ¿cómo no habías de herir y lastimar horriblemente el pecho de la más amante y tierna de las madres? ¿Cómo no habías de dejarla exánime allí mismo junto al sepulcro donde quedaban encerrados bajo enorme y fría losa los dulcísimos despojos del amado Hijo? Y ¿cómo no habías de abrumarla con tu peso, cuando, vuelta ya de su primer asombro y recogida en su retrete, se viese, aunque rodeada de los suyos, presa del

más horrible desamparo en que se vió criatura, solitaria y azotada por las olas del pesar, como la roca aislada en medio del océano? ¡Ah! comprendo bien, hermanos míos, que os parezca natural fenómeno y verdad clarísima la amargura del pesar de María en aquel vacío inmenso hecho en torno de ella por la desaparición de Jesús, depositado en el sepulcro de José de Arimatea. Eso no obstante, hay un misterio en ese dolor; que, si así no fuera, no sería tan grande y de precio tan subido. Su explicación debe interesarnos grandemente.

3. En efecto, no sólo es misterioso en cuanto á su misma grandeza, que excede á todo cálculo, haciéndolo superior á nuestra capacidad y, de consiguiente, incomprendible; eslo también por las circunstancias excepcionales de aquella muerte, y personales del alma de María, por razón de las cuales parecía que el dolor no debiese caber en ella, ó, por lo menos, no se cebase en ella tan cruelmente como por otra parte sabemos que lo hizo. ¿Cuáles eran esas circunstancias? Por una parte, la certidumbre de la próxima resurrección de Jesús; por otra, la firmeza de la esperanza de María, apoyada en su fe no quebrantada por el furor de la tormenta en que naufragó la fe de los demás. San Bernardo ha planteado este misterio en los siguientes términos: «¿Por ventura no esperaba la Virgen que Jesús había de resucitar al día tercero? Ciertamente y con toda la firmeza de la fe. Entonces ¿cómo pudo sentir dolor? ¡Oh! y muy vehemente», responde el mismo Padre¹, sirviéndonos de guía para hallar la deseada solución. Oigámosle. «¿Por qué te admira más, dice el santo, la compasión de María que la pasión de Jesús? Éste pudo

¹ Ex serm. de 12 stellis, apud Brev.

morir corporalmente por efecto de su caridad infinita; y aquella ¿no podría morir en el corazón por efecto de una caridad muy semejante á la de Cristo?» Aquí tenéis, fieles, descifrado el misterio en dos palabras: la realidad de la muerte de Jesús y la ardentísima caridad de María. Detengamos aquí por un momento la consideración.

4. La fe de la Virgen fidelísima, inalterable en medio de aquella prueba que fué, según anuncio del mismo Salvador á sus discípulos, piedra de escándalo para todos ellos¹, no modificó en lo más mínimo, ni menos podía alterar la naturaleza de su dolor. Éste era, como hemos visto, de compasión; era la pasión del Hijo reflejada fielmente en el corazón de la Madre: sí, tan fielmente como el sonido se refleja y reproduce en el eco, como el rayo de luz en la superficie que lo devuelve exactamente. Había, pues, en este dolor esencialmente compasivo, una ley de fidelidad que la otra fidelidad á la palabra de Dios no podía derogar. Creía ciertísimamente, sabía la Virgen que su Hijo, realmente muerto y encerrado en el sepulcro, al rayar del tercer día cumpliría su promesa desatándose, nuevo Sanson, por virtud propia, de las fuertes ligaduras con que le atara la muerte, triunfando de ésta y de sus enemigos que morderían el polvo de rabia ante el hecho innegable de la resurrección. Pero esta ciencia, por más cierta que en sí fuese, ¿impedía por ventura la realidad de los tormentos y muerte de Jesús? Luego tampoco alcanzaba á mitigar la vehemencia de la compasión de María. Y puesto que, como dejamos observado, el dolor de la Virgen no era más que el reflejo fidelísimo del dolor de Jesucristo, así como este Señor había muerto,

¹ Matth. 26, 31.

así también María debía expirar de compasión. *Iste mori corpore potuit, illa commori corde non potuit?*¹ ¡Ah! cristianos, la muerte de Jesús, aquel total eclipse del sol divino no podía dejar de reflejarse en el terso lago del corazón de la Madre, la cual expiraba de dolor ó, por mejor decir, estaba ya exánime y sin vida, aunque milagrosamente se sostenía aún en pie aquel delicadísimo organismo. Sí, María había muerto, según discurre el mismo Padre San Bernardo, puesto que su alma estaba, más que con su propio cuerpo, con el cuerpo inanimado de Jesús, del cual no le era posible arrancarse, aunque físicamente estuviese distante. *Tua anima plane inde nequibat avelli?*²

5. Entre tanto el alma del Salvador, habiendo descendido al limbo para llevar consigo aquella rica presa del campo enemigo, andaba muy lejos del cuerpo sacrosanto, abandonado en la cueva sepulcral: *Ipsius anima iam ibi non erat?*³ El alma de María, que velaba dentro de aquel sagrario, inseparable custodió del riquísimo tesoro, contemplaba de hito en hito aquel cuerpo inanimado: veía que no estaba allí, sino muy lejos, el alma de Jesús; y éste era, si podéis comprenderlo, el dardo más agudo que traspasaba aquel endiosado corazón. ¿Alcanzáis á penetrar, almas cristianas, hasta dónde llegó aquel dolor de la Virgen, causado por la ausencia del alma de Jesús que se ha alejado de la tierra? ¿No era esta cruel ausencia la que despedazaba el corazón de la Esposa de los Cantares, cuando decía: *Busque al amado de mi alma, y no lo he encontrado?*⁴ La tierra misma, si hubiese podido comprender que aquel Jesús, que durante treinta y tres años la había honrado

¹ S. Bern. l. c.

² Ibid.

³ Ibid.

⁴ Cant. 3, 1.

con su divina presencia, que la había enriquecido y ennoblecido con su sangre copiosamente derramada, había ya partido á regiones muy lejanas: *no estaba ya en el mundo*¹, la tierra, huérfana de Jesús, ¿no se habría estremecido y sacudido toda de dolor? ¡Oh! si entenderíamos nosotros, tan ciegos para lo divino como lince para lo sensible, lo que es la ausencia de Dios, no digo ya la ausencia eterna, sino aun la momentánea, ¿cómo nos explicaríamos perfectamente la acerbidad de la pesadumbre de María, privada por algunas horas de la asistencia personal de Jesús! Bien sabía ella que esta privación debía ser muy breve á nuestro entender, pues Él volvería á verla, en cuerpo ya glorioso é inmortal, al despuntar el día tercero; pero ¡ah! que no por eso era menos cierta ni menos intolerable para la amantísima Señora la ausencia de su amado; y aun el plazo, para nosotros tan corto, de tres días, ¿no era eterno para quien ardía en tanto fuego? ¡Desventurados de nosotros que, apegado el corazón á las criaturas y satisfechos con la posesión de este vilísimo caudal, no sentimos la menor tristeza, aunque, por culpa nuestra, vivamos días y años enteros privados de la presencia espiritual é íntima de Dios, muerto en nuestro corazón! No así el Profeta Rey, el piadosísimo David, á quien arrancaba lágrimas día y noche aquella tristísima pregunta: *¿Dónde está tu Dios?*² Y, al sentirse lejos de Él, aunque mal de su grado, parecía que el alma se le derretía de dolor. ¡Pobres pecadores! para quienes nada significa la ausencia de Jesús, y ¿cómo seréis capaces de sondear el misterio del dolor de María en

¹ Io. 16, 28.—*Abscissus est de terra viventium* (Is. 53, 8).

² Ps. 41, 3.

aquellas para ella larguísimas horas de apartamiento de su Hijo ausente de la tierra?

6. ¿Sabéis quién podría rastrear algo de esa dura pena? Pues aquel que llegara á formarse alguna idea de la caridad de la Virgen, caridad que, como dice San Bernardo, sólo fué inferior á la del mismo Jesucristo, y, fuera de ésta, no tuvo semejante¹. Porque, si la caridad de Jesús le hizo accesible á los tiros de la muerte, la caridad de María hízola agonizar con muerte lenta, hízola morir viviendo, ya que, como se ha dicho con aguda expresión, «el dolor prolongado es una agonía sin muerte». Un misterio dará luz á otro misterio. Jesús era impasible, así por razón de su naturaleza divina, como por la unión hipostática de la humana con la Persona del Verbo; y, eso no obstante, padece y muere. ¿Quién hace este prodigio de tornar mortal y pasible al Inmortal? *Fecit illud charitas...* responde San Bernardo: «Hízolo la fuerza del amor.» ¿No es este amor más fuerte y poderoso que la misma muerte? Él podía, pues, dominarla á su albedrío, mandándola llegar ó retirarse. Quiso el amantísimo Hijo dar su vida para glorificar al Padre Eterno; quiso el amorosísimo Pastor inmolarse por arrancar de las garras del lobo infernal á sus ovejas²; y la muerte, obediente á la voluntad del que venía á vencerla y destruirla muriendo³, acudió á descargar el fatal golpe y desató el alma del cuerpo, aunque no para siempre, pues no tenía permiso para tanto. No fué partè la visión beatífica con que Jesús veía claramente á Dios, como comprensor, al mismo tiempo que viador, ni aquellos goces inefables

¹ *S. Bern.* l. c.

² Io. 10, 15.

³ *Mortem nostram moriendo destruxit* (Eccl.).

de que estaba sin cesar inundada su alma, para estorbarle sentir el aguijón del dolor, físico y hasta moral; ni lo fué tampoco para que, entre agonías y horrendo desamparo, no lanzase el último suspiro y rindiese el espíritu, doblando antes la cabeza en señal de la voluntad con que aceptaba la muerte. Hay en esto un misterio ¿quién lo duda? y su obscuridad difícilmente puede ser desvanecida por nuestra pobre inteligencia; pero es el misterio de la caridad de Dios, y esto basta para que le aceptemos sin vacilación. Y ya lo hemos dicho: el misterio de la muerte corporal de Jesús ilumina el otro misterio de la muerte del corazón de María, porque nos deja ver también aquí la fuerza del amor que triunfa segunda vez de la muerte, no alejándola sino atrayéndola, lo cual no es menos admirable. María, aunque viviendo por la fe, muere interiormente por el amor del Hijo y de los que Jesús ha aceptado por hermanos y le ha dado por hijos adoptivos. María está allí, en su retiro del Cenáculo; y, aunque acompañada de las piadosas mujeres que la siguieron al Calvario y al Huerto, permanece abismada en soledad mortal, víctima del amor de un Hijo Dios, á quien amaba con amor de Unigénito¹. ¡Oh soledad más terrible que la misma muerte! Aquí es el caso de exclamar con el Profeta de las ruinas de Jerusalén: *¡Ay! ¿cómo yace solitaria la ciudad antes atestada de pueblo!*² ¿Quién podrá pintar, hermanos míos, la amargura de aquella soledad de María? Porque esta soledad no es, no, como la nuestra, relativa á una persona de valor meramente humano, por más que el amor lo exagere: soledad de un padre, de un hijo carnal, de un amigo,

¹ Quem unice diligebat (Eccl.).

² Thren. 1, 1.

de un hermano ... es soledad absoluta, porque es soledad y vacío de Dios! Semejante al que Jesús moribundo experimentó en la cruz, que le hizo lanzar aquel lamento: *¡Dios mío, Dios mío! ¿por qué me has desamparado?*¹, el desamparo en que se encuentra la desolada Madre hácela decir mil veces entre tristísimos sollozos: «¡Hijo mío y Dios mío! ¿por qué me has dejado sola? ¿por qué no me has llevado contigo?» Nosotros no alcanzamos á vislumbrar siquiera la intensidad de este dolor, por el hecho mismo de no saber qué cosa es la amargura de esta soledad. Podemos estar realmente solos, sin Dios, sin Jesús; pero, como no le amamos sobre todos los bienes y contentamientos que suelen darnos las criaturas, ¿cómo hemos de sentir nuestra soledad, no faltando nunca, en derredor nuestro, más ó menos abundantes los consuelos humanos? Á María ninguna criatura podía consolar, porque el amor de Jesús llenaba completamente los senos de su corazón, de suerte que, faltando Él, faltábale todo, absolutamente todo, haciéndose en su alma un vacío inmenso como Dios, imposible de llenar....²

7. De esta manera la caridad, como debía suceder, triunfaba de la fe, estorbando su efecto sensible. «Mi peso, dice San Agustín, es mi amor»; y el peso del amor de María produjo aquel pesar que le abrumó con su peso. *Donde está tu tesoro, allí está tu corazón*³. Por eso el corazón de la desolada Virgen está acompañando al alma de Jesús por las regiones del limbo, y el cuerpo exánime que yace encerrado en el sepulcro.

¹ Marc. 15, 34.

² Non est qui consoletur eam (Thren. 2, 2).

³ Matth. 6, 21.

¡Qué imagen tan expresiva del corazón de María nos ofrece el Sagrado Cuerpo de Jesús! Él también está solo, desamparado del alma que le daba movimiento y vida: así María se halla sola sin el alma de Jesús. La rigidez que se ha apoderado de sus miembros, representa el estado de María como muerta, descolorida y desencajada por la violencia del dolor. El silencio gira en torno del sepulcro y del Cenáculo. Pero ahí está la Divinidad unida inseparablemente al cuerpo, como al alma del Señor, preservándole de la corrupción del sepulcro, embalsamándole mejor que los suavísimos unguentos con que le ungieron José y Nicodemos, preparándole, en fin, para la nueva vida de resurrección y gloria. Así también la fe sostiene el alma de María, robusteciéndola en medio de tan cruel martirio, aunque sin mitigar por eso la vehemencia de sus penas.

II.

8. Ensayemos ahora profundizar otro misterio, el del dolor de nuestra mortal vida, aligerado y acrisolado al mismo tiempo por la dulce influencia de la fe cristiana y de la caridad. También nosotros andamos entre sombras, como dice el Príncipe de los apóstoles¹, puesto caso que en el fondo de nuestra existencia terrestre, preludeo de la eterna, se encuentran misteriosamente mezclados el dolor con el placer, la tristeza y la esperanza; y nuestras lágrimas, ora corren empujadas por el pesar que nos desgarrar el corazón, ora saltan del manantial de júbilo que nos inunda. Lloramos, pero no sin consuelo: la fe cristiana nos lo sugiere y proporciona. ¿Qué fuera del pobre desterrado del paraíso, si

¹ 2 Petr. 1, 19.

la fe no acudiera en su socorro? No hablemos ya de las espinas de que está sembrado todo el camino de nuestra peregrinación por este mundo: dolores y fatigas de alma y cuerpo son el precio del vivir, de suerte que, quien disfruta de la vida, no puede ser sino á costa de diario padecer y de ver aumentada progresivamente la suma de los padecimientos. Limitemos nuestras reflexiones al solo dolor de la partida de este mundo, de la pérdida de la vida temporal tan tiernamente amada, al golpe de esa muerte, cuyo solo recuerdo nos sobresalta, y cuya infalible certeza nos agua las dulzuras de la vida. Sí, cristianos, la naturaleza humana no puede menos de consternarse y abatirse á la proximidad inevitable de aquel tremendo golpe que nos ha de reducir á polvo, arrebatándonos todo lo que aquí nos es querido, bienes, honores, amigos, familia, patria, todo, hasta el último aliento. ¡Oh muerte! ¡qué triste y sombría es tu memoria! Por eso se esquivo, hasta donde es posible, su descarnada imagen; pero ¿quién no la encuentra en todas partes? ¿Dónde no se lamentan sus crueldades, sus traiciones, sus horribles estragos? Así lloraban las piadosas hermanas Marta y María la súbita muerte de su hermano Lázaro, el amigo de Jesús; mas he aquí que, llegando el Salvador á las puertas de Betania, todo cambia de semblante, huye el dolor, enjúganse las lágrimas, porque Jesucristo ha dicho, como sólo Él puede decirlo: *Aquí me tenéis: Yo soy resurrección y vida: resucitará vuestro hermano*¹. ¡Oh palabra de infinita virtud para aliviar nuestras tristezas! Cristo resucitado al tercer día, nos resucitará también á todos en el último día de los tiempos. ¿Qué nos im-

¹ Io. 11, 25.

porta la corrupción y el polvo del sepulcro? El tiempo, por largo que sea, también corre á largos pasos: sólo la eternidad es inmóvil y duradera. Y, cuando esta esperanza de vida eterna no fuera bastante para disipar todas las nieblas de nuestro espíritu, por parecernos muy lejano el día de su realización; ¿cómo no bastará para alegrar nuestro corazón, la perspectiva del cambio felicísimo de una vida tan amarga y miserable por otra exenta de toda sombra de pesar y henchida de placer? Pues he aquí lo que viene á ser ese aterrador fantasma de la muerte, según la doctrina de la fe cristiana: un tránsito á mejor vida, á vida incomparablemente más feliz; destrucción de la casa de barro de nuestro cuerpo para ir á habitar otro palacio celestial que no será jamás derruido¹.

9. Mas porque, como dejamos dicho, la vida cristiana es un misterio, he aquí que todos los consuelos de la fe más robusta y de la esperanza más firme en los inmensos bienes de ultratumba no sólo no bastan para hacernos insensibles á los duros trabajos de la presente vida, lo cual conviene á nuestro mérito, sino que (no os parezca esto increíble) acrecientan en cierto modo y exacerban la agudeza de nuestro dolor. ¿Por qué, cristianos, por qué desarrollan en nuestras almas aquella dulce pero tristísima nostalgia del cielo, que, haciéndonos suspirar de continuo por la felicidad verdadera de la Patria, nos acibara todos los mezquinos gustos del destierro? No experimentan esta clase de tristuras aquellas pobres almas ciegas para lo que dista algo más de un palmo de sus ojos, que no creen, ó miran con glacial indiferencia el dogma consolador de

¹ Præf. defunct. pro aliq. loc.

la eternidad de la bienaventuranza; pero aun estas almas desgraciadas, heridas á cada paso por las espinas de los desengaños, cavando siempre más hondamente en el vacío de la nada de los terrenos bienes, no pueden ocultarse á sí mismas los suspiros que se les escapan del pecho en pos de aquella misma felicidad que insensatas rechazan. Por lo que hace á los creyentes, mayormente á aquellos en quienes la fe es práctica y produce abundante fruto de virtudes cristianas, oídlas exclamar todos los días: *¡Ay de mí! ¡cuánto se prolonga mi destierro!*¹ *He peregrinado ya bastante por el desierto de la vida terrestre.... ¿Cuándo llegaré al fin de mi penoso viaje? ¿Cuándo compareceré delante del rostro de mi Dios?*² Así suspiran deliciosamente estas almas, tanto más atormentadas por la ausencia del Bien Sumo, cuanto más firmes y acendradas en la fe de los futuros bienes. ¡He ahí una mezcla misteriosa de dolor y de placer! ¡He ahí la vida cristiana, semejante á la Soledad de María!

10. Sube de punto este dulce martirio, y esta mirra deliciosa se depura tanto más cuanto más sube en las almas la llama divina de la caridad; porque, así como el amor fué el cuchillo de María, así lo es de las almas extraordinarias, escogidas por Dios para aquella perfección altísima que se elabora en el crisol de la contemplación. Aquí debemos suspender el discurso los profanos en esta ciencia del espíritu, la más alta entre las mismas que, por su objeto, llevan el nombre de divinas. ¿Qué podremos entender nosotros de aquellas operaciones enteramente misteriosas del Espíritu Santo en almas depuradas de toda escoria de amor propio,

¹ Ps. 119, 5

² Ps. 41, 3.

muertas totalmente á sí mismas y vivas sólo para Dios? Éstas son aquellas de que el mundo no es digno, y cuyo entretenimiento está más bien en el cielo con los ángeles que en la tierra con los míseros mortales. Ellas solas podrían declararnos algo de aquella vida escondida y mística, llena de fruiciones y deleites á los que no pueden igualar todos los del sentido ni todos los goces de orden natural, y saturada al mismo tiempo de amarguras amarguísimas que penetran en lo más recóndito del espíritu, sin turbarles, no obstante, la paz de que disfrutan¹. Ellas podrían revelarnos lo que sienten en aquellos éxtasis y arrobamientos, qué heridas les hacen aquellas misteriosas saetas y dardos que les dispara el celestial Esposo, heridas ¡ay! incurables, pero que, siendo de amor tan regalado, no las cambiarían ellas por ningún tesoro de la tierra... Tal es, á nuestro tosco modo de entender, la misteriosa vida espiritual en su grado más perfecto.

11. Ninguna otra retrata más al vivo ó, diré mejor, nos permite rastrear algo del dolor misterioso de la Soledad de María. ¡Oh éxtasis inefable aquel en que permaneció abismada la Sagrada Virgen durante las horas que siguieron á la muerte del Señor! No creáis que María estaba inerte y aletargada en su pesar: su cuerpo está como adormecido, pero su corazón está en vela². Levantemos, como ella, nuestro corazón al cielo, cuando el dolor nos oprima con su enorme peso, y esperemos tranquilos, como ella, el día clarísimo de nuestra final resurrección. Así sea.

¹ Is. 38, 17.

² Cant. 5, 2.

PANEGÍRICO DE LA ASUNCIÓN DE MARÍA

(predicado en la catedral de Popayán, 1893).

Gloria completa de María por la incorrupción de su cuerpo.

Nec dabis sanctum tuum videre corruptionem.
Ps. 15, 10.

I. La gloria de los bienaventurados en el cielo, queridos hermanos en Nuestro Señor Jesucristo, no podrá ser completa hasta el día de la resurrección de toda carne. Por más que sea cierto, según la definición de la Iglesia¹, que las almas de los justos, una vez purificadas en el purgatorio, si lo han menester, de toda mancha de pecado, suben inmediatamente á las mansiones de la eterna bienaventuranza á ver á Dios en sí mismo y gozarle sin tasa ni medida²; eso no impide asegurar que, aun en medio de aquel goce que excede á todo pensamiento y cálculo, algo falta todavía á las almas separadas del cuerpo, para que su felicidad y su alegría sean llenas, y no les quede ya nada que desear. Y, aunque esto parezca contradicción ó paradoja, no lo es, oyentes míos, si se atiende á que el hombre, compuesto esencialmente de alma y cuerpo, no puede alcanzar la felicidad suprema y definitiva con sola la gloria de las potencias espirituales, sino que necesita, á lo menos según la natural exigencia, la glorificación de los sentidos, la posesión de todo bien en alma y cuerpo; pues no es menos que todo esto lo que abraza el concepto adecuado de bienaventuranza: *status omnium bonorum aggregatione perfectus*³. Es menester que allí sean inun-

¹ Const. Benedicti XII «Benedictus Deus».

² I Io. 3, 2.—Luc. 6, 38. ³ Boëtius.

muertas totalmente á sí mismas y vivas sólo para Dios? Éstas son aquellas de que el mundo no es digno, y cuyo entretenimiento está más bien en el cielo con los ángeles que en la tierra con los míseros mortales. Ellas solas podrían declararnos algo de aquella vida escondida y mística, llena de fruiciones y deleites á los que no pueden igualar todos los del sentido ni todos los goces de orden natural, y saturada al mismo tiempo de amarguras amarguísimas que penetran en lo más recóndito del espíritu, sin turbarles, no obstante, la paz de que disfrutan¹. Ellas podrían revelarnos lo que sienten en aquellos éxtasis y arrobamientos, qué heridas les hacen aquellas misteriosas saetas y dardos que les dispara el celestial Esposo, heridas ¡ay! incurables, pero que, siendo de amor tan regalado, no las cambiarían ellas por ningún tesoro de la tierra.... Tal es, á nuestro tosco modo de entender, la misteriosa vida espiritual en su grado más perfecto.

11. Ninguna otra retrata más al vivo ó, diré mejor, nos permite rastrear algo del dolor misterioso de la Soledad de María. ¡Oh éxtasis inefable aquel en que permaneció abismada la Sagrada Virgen durante las horas que siguieron á la muerte del Señor! No creáis que María estaba inerte y aletargada en su pesar: su cuerpo está como adormecido, pero su corazón está en vela². Levantemos, como ella, nuestro corazón al cielo, cuando el dolor nos oprima con su enorme peso, y esperemos tranquilos, como ella, el día clarísimo de nuestra final resurrección. Así sea.

¹ Is. 38, 17.

² Cant. 5, 2.

PANEGÍRICO DE LA ASUNCIÓN DE MARÍA

(predicado en la catedral de Popayán, 1893).

Gloria completa de María por la incorrupción de su cuerpo.

Nec dabis sanctum tuum videre corruptionem.
Ps. 15, 10.

I. La gloria de los bienaventurados en el cielo, queridos hermanos en Nuestro Señor Jesucristo, no podrá ser completa hasta el día de la resurrección de toda carne. Por más que sea cierto, según la definición de la Iglesia¹, que las almas de los justos, una vez purificadas en el purgatorio, si lo han menester, de toda mancha de pecado, suben inmediatamente á las mansiones de la eterna bienaventuranza á ver á Dios en sí mismo y gozarle sin tasa ni medida²; eso no impide asegurar que, aun en medio de aquel goce que excede á todo pensamiento y cálculo, algo falta todavía á las almas separadas del cuerpo, para que su felicidad y su alegría sean llenas, y no les quede ya nada que desear. Y, aunque esto parezca contradicción ó paradoja, no lo es, oyentes míos, si se atiende á que el hombre, compuesto esencialmente de alma y cuerpo, no puede alcanzar la felicidad suprema y definitiva con sola la gloria de las potencias espirituales, sino que necesita, á lo menos según la natural exigencia, la glorificación de los sentidos, la posesión de todo bien en alma y cuerpo; pues no es menos que todo esto lo que abraza el concepto adecuado de bienaventuranza: *status omnium bonorum aggregatione perfectus*³. Es menester que allí sean inun-

¹ Const. Benedicti XII «Benedictus Deus».

² I Io. 3, 2.—Luc. 6, 38. ³ Boëtius.

dados de gozo en Dios vivo el corazón y la carne, según la expresión del Profeta¹; y, ya que, al decir del Apóstol, por más que vayamos gimiendo con la carga de este cuerpo, no queremos ser despojados de él sino revestidos de inmortalidad², ¿cómo creer que en el seno de la vida eterna no han de quedar plenamente satisfechos nuestros deseos? Tendremos cuerpo, sí, pero cuerpo incorruptible ó inmortal: cesarán nuestros gemidos; porque, resuelta la envoltura de barro, habitará nuestra alma en el palacio de un nuevo organismo celestial, fabricado por la mano de Dios³. Esto no se verificará, sin embargo, sino allá en el día de la consumación de los siglos, después de la resurrección de toda carne á vida inmortal y eterna. Entretanto los cuerpos de los santos, aunque sepultados en paz⁴ y con todos los honores que la Iglesia sabe tributarles, veránse por ley ordinaria reducidos á corrupción primero, y luego á polvo miserable que tal vez no respetarán los vientos de las humanas vicisitudes.

2. No así, señores, el cuerpo virginal y glorioso de aquella singular criatura, á quien no comprendieron las pesadas leyes justamente impuestas á la descendencia del hombre prevaricador. Y he aquí la gloria especialísima de María que el día de hoy celebra la Iglesia católica con el título de la Asunción de la Bienaventurada Virgen María á los cielos. ¡Con cuánto ardor nos invita á adorar al Rey de los reyes, cuya madre virginal ha sido hoy elevada al cielo empíreo! *Venite adoremus*⁵. Sí, cristianos, levantada ha sido en brazos de los ángeles, no sólo en espíritu sino también en cuerpo,

¹ Ps. 83, 3.² 2 Cor. 5, 4.³ Ibid. 5, 1.⁴ Eccli. 44, 14.⁵ Invitator. festi.

anticipándose para ella el glorioso día de la resurrección de entre los muertos, puesto caso que, para conformarse más con el modelo de su divino Hijo, hubo de pasar por el trance de la muerte temporal. Y aun esta prerrogativa de haber subido en cuerpo y alma á los reinos celestiales, siendo su carne purísima exenta de la corrupción del sepulcro, es, si no me equivoco, el título principal de la gran festividad con que hoy aclama el mundo cristiano á la Inmaculada Virgen y Madre del Altísimo. Así parece desprenderse del lenguaje mismo de la Iglesia por el órgano de sus Padres y Doctores. «Hoy, dice San Juan Damasceno, aquella sagrada Arca viva del Dios vivo, que concibió en su vientre á su mismo Criador, es colocada en el templo del Señor no construido por mano de hombres.»¹ Ésta es, pues, la gloria incomparable de María: la incorrupción de su carne virginal. Y que tal prerrogativa le fuese debida á ella sola, vais á verlo, hermanos míos, deduciéndolo ya de la santidad de su inmaculada Concepción, ya de la plenitud de gracia de que fué colmada en su maternidad, ya, en fin, de la plenitud de gloria que inundaba su propia alma. Acompañémosla en su triunfo, saludándola con las palabras del Ángel: *Ave María*.

I.
3. Al oriente dichoso de una Concepción sin mancha correspondía como de derecho el espléndido ocaso de aquella gloria de María en su mismo sepulcro. De ella también debía presagiarse *que sería su sepulcro glorioso*². La Iglesia contempla hoy á la Virgen prudentísima elevándose desde los primeros albos de su exis-

¹ De dormit. B. M. V. orat. 2, apud Brev.² Is. 11, 10.

tencia hasta el cenit radiante de su bienaventurado tránsito, y así la interpela diciéndola: «¿Adónde marchas, Hija de Sion, como aurora por extremo rutilante? Toda eres hermosa y llena de suavidad: bella como la luna, escogida como el sol.»¹ En efecto, hermanos míos, la inmunidad de la corrupción del sepulcro era, por parte de Dios, un privilegio en cierto modo consiguiente á la preservación de la culpa de origen; y, por lo que hace á María, era como natural efecto de su Concepción inmaculada. ¿Tenía acaso derecho la muerte para triunfar de la Virgen purísima, reduciéndola á polvo después de hierirla con su rudo golpe? Veámoslo.

4. La muerte no logró el imperio sobre la estirpe humana sino después que á ésta la subyugó el pecado. *Per peccatum mors*, dice terminantemente el Apóstol². Ella, pues, no tiene fuerza para reducir á polvo sino el cuerpo del pecador, el cuerpo inficionado con el virus de la corrupción, la cual tiene su asiento en los miembros, lo mismo que la fatal concupiscencia³. Á una corrupción sucede otra que no es sino su extensión y desarrollo natural. *La muerte*, dice el grande Apóstol, *no es sino el estipendio del pecado*⁴. Triunfante, pues, María no sólo del pecado, sino hasta de sus asechanzas en el instante mismo de su natural animación, ¿cómo habría sido sojuzgada por el poderío de la muerte en el postrer instante de su existencia terrenal? ¿Es decir, preguntará alguno de mis oyentes, que María Santísima no podía ni debía morir, aun siendo criatura mortal por naturaleza? No faltaron en la antigüedad

¹ Ant. ad Magnificat in Assumpt. B. M. V.

² Rom. 5, 12. ³ Iac. 4, 1. ⁴ Rom. 6, 23.

doctores católicos que así lo creyeran hasta el punto de negar rotundamente, como Timoteo Presbítero, el hecho de la muerte de la Beatísima Virgen, ó de ponerlo en duda, como el célebre Epifanio¹. Reconociendo, no obstante, la verdad del tránsito de la excelsa Señora, como lo reconoce la tradición de la Iglesia católica de acuerdo con el unánime consentimiento de los Padres, podemos afirmar que, considerada la muerte como pena del pecado original, según la sentencia fulminada en el Paraíso², María no estaba condenada á sufrirla; sufrióla sin embargo *pro conditione humane nature*, según la humana condición, de cuya necesidad pudiera también Dios haberla preservado, á no haber sido su voluntad que en esto, como en todo lo posible, se conformase con el Hijo benditísimo. Así el Bienaventurado Ángel de Paz, siguiendo á Alberto Pigio y Ambrosio Catarino³.

La muerte, conviene así notarlo, aunque en el actual orden, consiguiente á la caída del hombre del estado de gracia primitivo, tenga verdadera y formal razón de pena, por cuanto nos priva y despoja de aquel don gratuito de la inmortalidad perfecta concedido á la inocencia original; es sin embargo, como enseñan San Agustín y Santo Tomás con todos los filósofos y teólogos, un hecho natural en sí mismo, ya por razón de la estructura y composición del cuerpo humano, y, como discurren aquellos sabios, por la pugna continua de los elementos contrarios de que está formado, la cual tiene que terminarse con la destrucción del sujeto, ya también por la acción mortífera de los agentes naturales que sin tregua nos combaten y van labrando nuestra

¹ Apud *Cartagena*, De Morte etc. B. V. M. hom. 1.

² Gen. 2, 17. ³ Apud *Cartagena* l. c.

ruina. He aquí cómo se expresa el glorioso Agustino en el sermón de la Asunción de la Virgen: «Teniendo en cuenta la humana condición, no vacilamos en afirmar que la Madre de Dios pasó por la muerte temporal.»¹

5. Pero ¡qué muerte, amados fieles! Con razón duda el Damasceno que así pueda llamarse aquel partir de esta vida, *sacratissimo* y lleno de vida: *sacratissimum et vitalem e vita excessum*². Porque la que dió á luz, prosigue el Santo, para bien de todos al que verdaderamente es Vida, ¿cómo podía estar sometida á la muerte? Cede sí á la ley dada por su mismo Hijo Dios; y, como hija también del viejo Adán, paga la deuda de su padre, ya que no rehusó pagarla su Hijo, con ser la misma Vida³. Á lo cual pudiéramos añadir la siguiente reflexión. María fué la única criatura humana que, después del universal naufragio de la culpa en que todos perecimos, gustó la fruta del árbol misterioso de la Vida, del cual fluía el don de la inmortalidad; ¿cómo, pues, pudo incurrir en la pena de muerte? ¿debió ella perder las prerrogativas sobrenaturales concedidas á la justicia original no habiendo perdido la justicia misma? Luego su muerte fué vital, como la llama el ilustre Damasceno: *Vitali morte tegitur*; fué triunfo, no derrota; exceso de vida, no defecto; sueño delicioso, no letargo abrumador; tránsito lleno de delicias celestiales, no apartamiento cargado de terrores y miserias. Fué, dice un gran Doctor, más preciosa en el acatamiento del Señor aquella muerte que la de todos los santos⁴, como que fué salida de la cárcel, término de la pere-

¹ Apud *Cartagena* l. c.

² Orat. de Dormit. Deiparæ.

³ Ubi supra.

⁴ Si omnium sanctorum mors est pretiosa, Mariæ est pretiosissima (*S. August.*).

grinación, entrada al cielo, regreso á la patria, fin de todas las penalidades y principio de vida felicísima.

Pudo, pues, María Inmaculada ceder á la ley general de todos los humanos, pudo dormir tranquilamente el sueño de los justos; no pudieron empero los inmundos gusanos devorar aquel sagrado cuerpo que la infernal serpiente no pudo inficionar. «No puedo persuadirme, dice resueltamente el Doctor San Agustín, que aquel cuerpo sacratísimo haya sido entregado como pasto á los gusanos; me horroriza decir que se ha resuelto en polvo según la suerte común de la putrefacción de los cadáveres.»¹ Á Moisés fué mandado dejar el calzado para acercarse á Dios en el Horeb, porque la tierra que pisaba era santa²; así, según discurre San Ambrosio, para entrar en posesión de la visión divina en el monte Santo del Señor será preciso á todos los hombres deponer la piel muerta del cuerpo; no así á María, cuya planta no fué contaminada con el más ligero polvo de la culpa original ni actual. Su cuerpo, pues, debió permanecer incorrupto en el sepulcro.

6. Así lo pedía, según alcanza nuestra flaca razón, aquella admirable armonía que sella y marca las obras de Dios. En efecto, ¿qué cosa más conforme á la bondad y sabiduría divinas que proporcionar el fin con el principio, la salida con la entrada en el mundo de esa criatura, en quien lo hizo todo maravilloso y perfecto la diestra del Criador? En María, por lo tanto, hubo de verificarse á la letra aquel voto de bendición del Real Profeta: *Guarde el Señor tu entrada y tu salida desde ahora para siempre*³. Dos inminentes y gravísimos

¹ Serm. 1 de Assumpt., apud *Cartagena*.

² Ex. 3, 5.

³ Ps. 120, 8.

peligros nos asaltan al entrar y salir de este mundo: el contagio del pecado de origen y la corrupción de la carne destituida del principio vital. La entrada de la Virgen Santísima fué defendida, como la puerta del paraíso por el querubín armado, contra el asalto de la infernal serpiente, mediante el privilegio de la inmunidad del pecado original; su salida, ó sea, su sepulcro debía ser custodiado por otro ángel para que no lo invadiera la general corrupción, según la terrible sentencia: *Terra es... et in pulverem reverteris*¹. Enhorabuena que á una entrada de oprobiosa desnudez como la nuestra corresponda una salida marcada también con el despojo del cuerpo, terrena vestidura del alma, además del universal despojo de los bienes temporales: enhorabuena que podamos exclamar con el atribulado Job: *Desnudo salté del vientre de mi madre, y desnudo volveré al seno de la madre tierra*². Mas, por lo que hace á María, que entró en el mundo á manera de reina ataviada con el ropaje de la gracia original, correspondíale también salir del mundo y entrar en el cielo revestida su alma con la regia vestidura de su cuerpo glorioso. Comprueba aun más rigurosamente esta verdad la consideración de aquella plenitud de gracia que recibió la Virgen en el misterio augusto de su maternidad, como vamos á ver en el progreso del discurso.

II.

7. Un cuerpo santificado en su mismo origen por la presencia de la gracia no era capaz de corrupción material; ¿cómo, pues, lo sería una carne consagrada durante nueve meses con la presencia del Autor de la

¹ Gen. 3, 19.² Job 1, 21.

gracia, ¿qué digo? con la unión íntima del Verbo, hecho carne de aquella misma carne? Horror causa, hermanos míos, á cualquier alma cristiana el pensar que pudiera la Madre de Dios llamar, como Job, *madre suya* á la podredumbre, y hermanos suyos á los fétidos gusanos¹. No fuera María más que Arca santa del Nuevo Testamento, dentro de la cual se encerró el verdadero Maná del cuerpo de Cristo, como canta la Iglesia²; esto solo bastaría para tener por cierta su incorrupción en el sepulcro, puesto caso que aun aquella venerable y celebrísima Arca del Viejo Testamento fué construída por orden de Dios, de madera preciosa, incorruptible³. Y, supuesta la incorruptibilidad de esta Arca celestial, ¿no debía ser elevada por la mano del Señor hasta el trono eminentísimo de su eternal descanso, según las palabras de David: *Levántate, Señor, á tu descanso, tú y el arca de tu santificación*?⁴ Así interpretan este lugar graves autores, entre otros San Juan Damasceno, eximio panegirista de la Asunción de María. Y por consecuencia de esa gloriosa elevación en cuerpo y alma de la divina Madre, los apóstoles, primeros sacerdotes de la Iglesia, revístense de nueva justicia y santidad, y los santos del cielo y de la tierra experimentan nuevas avenidas de júbilo, como la vaticinó el Profeta: *Sacerdotes tui induantur iustitiam, et sancti tui exsultent*⁵. De esto dan testimonio irrecusable los monumentos eclesiásticos.

8. Mas no es Arca solamente la Virgen María; es también Ciudad de Dios fundada por el Altísimo, como la Iglesia lo afirma aplicándole las palabras del Salmista:

¹ Job 17, 14.² *Ventris sub arca clausus est* (Ecl. in fest. B. M. V.).³ Ex. 25, 10.⁴ Ps. 131, 8.⁵ *Ibid.* v. 9.

*Ipsa fundavit eam Altissimus*¹. Es Ciudad de Dios, de quien se han dicho y escrito las más gloriosas alabanzas: *Gloriosa dicta sunt de te, Civitas Dei*²; entre las cuales descuella el decir que sus fundamentos descansan en los montes de la santidad, y que Dios la ama sobre todos los tabernáculos de Jacob. ¿Por qué? Porque de ella nació el Hombre: *Homo natus est in ea*³. ¿Quién sino el Hombre-Dios: el mismo que labró sus cimientos y la edificó suntuosamente, como Rey todopoderoso, para hacerla su corte? Y ¿nos atreveríamos á creer que Dios dejara entrar á saco su querida ciudad por las huestes de la muerte, y consintiera, pudiendo perfectamente impedirlo, en verla reducida á cenizas? ¡Oh! no discurre así la cuerda razón. Cuéntase en las historias romanas que el famoso emperador Augusto, habiéndose apoderado á viva fuerza de la floreciente ciudad de Alejandría, y pudiendo convertirla en ruinas, no vino en ello sin embargo, menos por la hermosura de la capital egipcia, que por honrar la memoria de Alejandro Magno, su fundador, que la ennoblecó con su nombre⁴. ¡Un nombre ilustre, hermanos míos, fué bastante para salvar una ciudad del furor de tan poderoso enemigo! Inútil fuera deducir la conclusión, que salta á la vista de todos mis oyentes. Por la honra del nombre sacrosanto de Jesús el ejército invasor de la putrefacción se detuvo respetuoso ante el sarcófago que guardaba el tesoro del cuerpo inmaculado de la Virgen Madre. Así quedó á salvo el decoro debido á la santidad de la Casa de Dios: *Domum Dei decet sanctitudo*⁵.

¹ Ps. 86, 5.² Ibid. v. 2.³ Ibid. v. 5.⁴ *Plutarch. apud Cartagena.*⁵ Ps. 92, 5.

9. Pero hay más todavía, amadísimos oyentes. Ser madre es mucho más que ser simple habitación, más que ser templo, arca y ciudad, por respetables que éstas sean. ¿Qué será, por tanto, ser Madre del Verbo Encarnado? ¿Qué será haberlo revestido, por virtud del Espíritu Santo, de su propia naturaleza, haberlo hecho Hijo del hombre; haberle dado vida de su vida, carne de su carne y substancia de su propia substancia; poder, en fin, llamarle á boca llena hijo de sus entrañas virginales, como lo hizo en el templo con aquella dulce reconvención maternal: *Hijo, ¿por qué has obrado de esta suerte con nosotros?*¹ De donde resulta aquella inefable identidad de la carne de Jesús y la de María, afirmada por San Agustín con estas conocidas palabras: *Caro Christi, caro Mariæ*. «Si la carne del Verbo divino nacido, según la carne, se dijera extraña á la carne de la Madre Virgen, no habría razón para aclamar dichosos el vientre que la llevó, y los pechos que la alimentaron.» Así discurre el Venerable Beda². Sobre este fundamento se levanta majestuoso, incommovible el edificio de las grandezas y prerrogativas de la incomparable María. Sobre él se funda solidísimamente la universal creencia de la incorrupción y resurrección de su cuerpo sacrosanto. Lo que toca al cuerpo de María es imposible que de algún modo no afecte al de Jesús, formado de la sangre purísima de aquella: guardémonos, pues, de pensar alguna cosa que, ofendiendo á la dignidad de la Madre, menoscabe en lo más mínimo la honra del Hijo benditísimo; y tal sería imaginar que ella había sido comprendida en aquella maldición común: «En polvo te convertirás.» «Sabemos, dice el gran

¹ Luc. 2, 48.² In Luc. 2, apud Brev.

Doctor San Agustín, que esta sentencia se dictó contra el primer padre de la humana familia; pero, en cuanto á resolverse en polvo, la carne de Cristo, tomada de María, escapó de la ley universal, porque de Él estaba escrito: *No dejarás que tu Santo vea en sí la corrupción*¹. El Santo por antonomasia era Aquel de quien dijo el Arcángel á María: *El Santo que de ti nacerá será llamado Hijo de Dios...*² Queda, pues, eximida de la común sentencia del paraíso la carne tomada de la Virgen; ¿no habrá quedado también exenta la carne de la misma Virgen? Ciertamente esta gracia no era debida en todo rigor á María; éralo, sin embargo, al Hijo por ella concebido, á Jesús, nombre glorioso, dignísimo de toda honra y encomio.» De idéntica manera discurre Guillermo, insigne Doctor de la Edad Media. «El privilegio de la incorrupción fué común á Jesús y á María, porque Jesús era hueso de los huesos de María, y carne de su carne. El cuerpo de la madre fué exceptuado de la ley general por respeto al cuerpo del hijo.»³

10. Y todavía brillará más claramente á nuestros ojos esta hermosa conveniencia, si atendemos á la prerrogativa sobre manera admirable concedida á María en el misterio de su maternidad, á aquel excelentísimo privilegio que ponía admiración y espanto al devotísimo San Bernardo: el honor de la virginidad unido á los gozos de la fecundidad. «He aquí, dice el Santo, el privilegio único, incomunicable á otra criatura, singular y, por lo mismo, imposible de explicarse.»⁴ Tal

¹ Ps. 15, 10.

² Luc. 1, 35.

³ Apud *Cartagena* l. c.

⁴ *S. Bern.*, Sermon. 4 de Assumpt.

fué el efecto de aquella plenitud de gracia de que fué inundada la soberana Virgen por el Espíritu Santo cuando vino á posar sobre su corazón, y tal la virtud que le comunicó el Altísimo con su sombra omnipotente¹. Ahora bien, concluye San Agustín, el que pudo honrarla con una concepción virginal, el que pudo conservar la ileña naciendo de ella, ¿no podría también preservarla de la podredumbre del sepulcro? Que no es menor oprobio que la pérdida de la integridad virginal, caer en la descomposición y ser pasto de gusanos. Ni una ni otra obra exceden al poder de Dios: ¿Excederán por ventura á la voluntad de aquel Hijo amantísimo, de aquel divino Huésped tan generoso para pagar el hospedaje y los servicios que le prestó su bienaventurada Madre? Ella, mejor que Marta, recibió en su casa á Jesús, cuando vino á peregrinar por la tierra: ella le alimentó dentro de su seno con la sangre más pura de sus venas, y después en su regazo con leche más delicada que néctar celestial: *Ubere de celo pleno*². ¿Qué merced, por extraordinaria que parezca, no habría concedido á tal madre el Hijo omnipotente y benignísimo? La casa misma de Nazaret, por haberse obrado en su recinto el gran misterio, y haber morado en ella Cristo, ha merecido en cierto modo la incorruptibilidad, siendo transportada de un sitio á otro por manos de ángeles, hasta fijarla, al parecer definitivamente, en el centro de la cristiandad. ¿Qué deberá pensarse de la casa de oro, del vaso espiritual del pecho purísimo convertido por encanto en templo y sagrario de la Divinidad?³

¹ Luc. 1, 35.

² Eccl. in fest. Circumcis. Domini.

³ *Domus pudici pectoris templum repente fit Dei* (Eccl. in fest. Circumcis. Domini).

III.

11. Vengamos ya á considerar el efecto glorioso que debió de producir en el cuerpo de María el alma misma de la Virgen desde el momento en que, en plena posesión de la gloria del paraíso, rebosaba de celestiales delicias¹. La claridad del cuerpo del bienaventurado después de aquel día grande de la resurrección y espiritualización de toda carne², bien puede mirarse como mera participación de la gloria del espíritu beatificado. Y, á la verdad, siendo el alma humana forma substancial del cuerpo y principio de la vida y operaciones sensitivas, ¿por qué no podríamos decir que la bienaventuranza de que el alma disfruta debe rebosar en el organismo á que está substancialmente unida, quedando así glorificado el compuesto? Convengo en que el cuerpo animal no es capaz de recibir aquella forma sobrenatural y divina, debiendo primero transformarse, según dice el Apóstol, en espiritual é incorruptible. Pero, en cuanto á María, su cuerpo no pudo llamarse animal, ni aun viviendo en la tierra, por haber sido incontaminado, como en el estado primitivo de la inocencia. Pudo, pues, y debió recibir inmediatamente después de aquel sueño pasajero de tres días, la forma del espíritu, forma de gloria y belleza consumada. ¿Por qué aguardar, como los pecadores, hasta el día de la universal resurrección? ¿era acaso necesario que la misteriosa química de la muerte destruyera aquel cuerpo, santificado ya con el contacto de la carne de Cristo, y lo reformase totalmente, como ha de reformar los nuestros bajos y terrenos?³ No

¹ Quæ est ista ... deliciis affluens? (Cant. 8, 5.)

² Surget corpus spiritale (1 Cor. 15, 44). ³ Phil. 3, 21.

aparece ciertamente la necesidad de aquella lenta y secular transformación. Creamos, pues, con la Iglesia oriental y occidental¹, que la sacratísima Virgen, lo mismo que su Hijo, y por los méritos de Él, fué transfigurada al tercer día de su deposición en el sepulcro de Getsemaní, viniendo el alma gloriosísima á reanimar aquel cuerpo que, como á gritos, la llamaba para que lo uniese con ella indisolublemente. ¿Quién duda que, á su vez, el alma de María suspiraba por reunirse con su cuerpo, siendo este deseo natural é ingénito en el compuesto humano? ¿Cuál sería, pues, la dulzura de aquel estrecho abrazo, de aquella maravillosa fusión del alma y cuerpo de la Virgen? El dolor de aquella corta ausencia ¿no quedaría plenamente compensado con la alegría de aquella unión eterna, indisoluble? ¡Ah! ¡la muerte no la volverá á romper!²

12. Fué entonces aquel sagrado cuerpo revestido de hermosura y esplendor incomparables. Adornáronlo las cuatro excelentísimas dotes que del cuerpo de Cristo Nuestro Señor se reflejan en todos los cuerpos glorificados, según el dicho de San Pablo: *Nuestro cuerpo tomará la semejanza de su cuerpo glorioso*³. Inmortal é impasible, el cuerpo de María brilló con claridad más pura y resplandeciente que la del mismo sol; lleno de agilidad para volar por los espacios, más rápido y majestuoso que el águila del desierto⁴, levantóse del sepulcro sin romper la losa que le cubría, por estar dotado ya de sutileza semejante á la de los espíritus; á no ser que digamos con la piadosa tradición que un Ángel, Gabriel mismo, abrió las puertas del sepulcro para que

¹ Vide *Cartagena*, Hom. lib. 14, hom. 13.

² Rom. 6, 9. ³ Phil. 3, 21. ⁴ Apoc. 12, 14.

saliese triunfante de su lobreguez el cuerpo ya animado de María. Mas ¿cómo describir, hermanos míos, la belleza sobrehumana y sobreangélica de aquel cuerpo de la más hermosa de las hijas de Jerusalén? Aquí la lengua enmudece, porque el discurso se reconoce impotente, y la fantasía no tiene colores para bosquejar tan peregrina hermosura: aquí no podemos hacer más que ensalzar la grandeza de aquel Artífice soberano que se mostró omnipotente en la obra maestra de la naturaleza y de la gracia, en el alma y el cuerpo de la Virgen escogida entre millares: aquí no le queda más al corazón cristiano que sumergirse en el abismo de esta contemplación y suspirar con la Esposa enamorada: *Arrebátanos en pos de ti: correremos al olor de tu fragancia*¹. Aquí, en fin, cabe decir á boca llena: *Pulchra ut luna, electa ut sol*²: «Hermosa, dice Ruperto, con la hermosura de Dios, así como la luna se hermosea con los rayos del sol; hermosa desde que obtuvo la plenitud de la gracia; pero escogida desde que fué elevada al celeste tálamo, porque desde ese momento resplandece en la gloria al lado del Sol divino, compartiendo con él los homenajes que al Hijo del Altísimo ofrecen todas las criaturas»³.

13. Sube, pues, el cuerpo glorioso de María en virtud de una fuerza de ascensión hacia el cielo, comunicada por el espíritu que lo informa y vivifica, no pudiendo ya permanecer en la tierra, lugar de lucha y de fatigas. Sube María en cuerpo y alma atravesando las celestiales esferas hasta llegar á lo más alto del cielo empíreo donde la aguarda el trono regio prepa-

¹ Cant. 1, 3.

² Ibid. 6, 9.

³ *Ruperto* in Cantic.

rado á la diestra de su Hijo. Acompañanla lucidos escuadrones de ángeles que le forman magnífica litera con sus alas desplegadas. El cielo se ilumina con nuevos resplandores, los espacios se inundan de angélicas armonías y exquisitos perfumes, la Iglesia se baña de dulcísimos consuelos; sólo la tierra despojada de su más rico tesoro se cubre de luto, aunque templado el dolor por la esperanza. Óyese el clamor de los pobres hijos de Eva que dicen entre lágrimas y sollozos: *Ad te clamamus exsules... ad te suspiramus gementes et flentes...* Y nosotros, hermanos carísimos, ¿no suspiraremos también en este día de tan dulces esperanzas? ¿no diremos á nuestra amada Reina: *Llévanos en pos de ti?* ¡Oh! sí, nos llevará algún día á participar de su eternal ventura, si sabemos imitarla marchando sobre sus huellas luminosas. Como el inspirado Job, abrigamos también en nuestro pecho la esperanza de la resurrección; porque sabemos que nuestro Redentor vive, y Él arrancará nuestros despojos de las entrañas de la tierra para infundirles nueva vida. Regenerados por la gracia del nuevo Adán en el bautismo, también nosotros esperamos la glorificación de nuestro cuerpo, aunque sea tras largos siglos de expectación en el fondo del sepulcro. Pero también es necesario que la ley del pecado no domine en nuestros miembros terrenales; es preciso que la operación del Espíritu Santo consagre, no sólo nuestras potencias, sino también nuestros sentidos, purificándolos y santificándolos; es preciso finalmente que, á imitación del de María Santísima, nuestro cuerpo, aunque de barro corruptible, sea, como pide el orden, instrumento dócil del alma racional para la práctica de la virtud, á fin de que concurra á su vez con el espíritu á la gloria del Criador. ¡Oh! no lo dudemos: algún

día el cuerpo del hombre justo, revestido de inmortalidad, brillará, en consorcio del alma bienaventurada, como astro refulgente en los espacios infinitos de la gloria. Así sea.

PANEGÍRICO DEL PURÍSIMO CORAZÓN DE MARÍA

(predicado a los socios del Apostolado de la Oración, Bogotá, 1895).

El Corazón de María, el más semejante al de Jesús.

Exsultavit spiritus meus in Deo salutari meo.
Luc. 1, 47.

1. Pretender abarcar el cielo entero con una sola ojeada, sería, amados oyentes, la más loca y temeraria pretensión. ¿Cómo, pues, me había yo de atrever el día de hoy a abrazar con los alcances de un brevísimo discurso el cielo de grandezas maravillosas y sin número que encierra el purísimo y dulcísimo Corazón de María? «¿Cómo podré yo, miserable hombrecillo, decía el gran San Bernardino de Sena, declarar los sentimientos altísimos de aquel corazón virginal, no siendo bastante para esta empresa ninguna lengua humana ni aun angélica?¹ En efecto, así como entre las obras del Criador que nos es dado contemplar con los ojos corporales, ninguna hay más hermosa y magnífica que el vasto firmamento tachonado de estrellas, infinitas en número y deslumbradoras por su belleza, así no hay nada comparable con la sublimidad y hermosura del corazón de la más pura y perfecta de todas las criaturas.

¹ Serm. 9 de Visit.

Más grande que la inmensidad de los cielos, adórnalo más virtudes y carismas que estrellas pueblan el espacio, porque María es el palacio de Dios y la puerta del cielo: *Domus Dei et porta cæli*¹; y de ella, mejor que del cielo material, puede decirse lo que atónito el profeta decía: *¿Cuán grande es la casa de Dios, y cuán excelso el lugar de su posesión!*² ó lo que cantaba David: *Elevata est magnificentia tua super cælos*³.

¿No es ésa verdaderamente la idea que tenemos formada de la soberana excelencia del corazón de Aquella que, por nombre verdadero y propio, es Madre del Dios Encarnado? Porque, siendo ella perfectísima entre todas las criaturas, ¿cuánto no lo será su corazón? Todo el brillo que rodea en lo exterior á la Santísima Virgen, todos cuantos honores cielo y tierra le tributan, son poca cosa cotejados con los tesoros que ella posee dentro de sí; porque de ella está escrito en el Libro de los Salmos: *Toda la gloria de la hija del Rey está en el interior*⁴. Sí, cristianos, el interior de este sagrario es todavía más magnífico que la espléndida fachada, con ser ésta tan vistosa y admirable; el Corazón de María es lo más perfecto y acabado de cuanto ella misma encierra, siendo toda ella un abismo de raras perfecciones.

2. Renunciaré, por tanto, al vano empeño de presentar á vuestros ojos un cuadro que de alguna manera, aunque tosca, pudiera expresar la perfección indescriptible del Corazón de la sagrada Virgen. Me contentaré, y no será poca ventura salir medianamente con mi intento, con exhibir á la piadosa consideración de las

¹ Gen. 28, 17.

² Baruch 3, 24.

³ Ps. 8, 2.

⁴ Ps. 44, 14.

día el cuerpo del hombre justo, revestido de inmortalidad, brillará, en consorcio del alma bienaventurada, como astro refulgente en los espacios infinitos de la gloria. Así sea.

PANEGÍRICO DEL PURÍSIMO CORAZÓN DE MARÍA

(predicado a los socios del Apostolado de la Oración, Bogotá, 1895).

El Corazón de María, el más semejante al de Jesús.

Exsultavit spiritus meus in Deo salutari meo.
Luc. 1, 47.

1. Pretender abarcar el cielo entero con una sola ojeada, sería, amados oyentes, la más loca y temeraria pretensión. ¿Cómo, pues, me había yo de atrever el día de hoy a abrazar con los alcances de un brevísimo discurso el cielo de grandezas maravillosas y sin número que encierra el purísimo y dulcísimo Corazón de María? «¿Cómo podré yo, miserable hombrecillo, decía el gran San Bernardino de Sena, declarar los sentimientos altísimos de aquel corazón virginal, no siendo bastante para esta empresa ninguna lengua humana ni aun angélica? En efecto, así como entre las obras del Criador que nos es dado contemplar con los ojos corporales, ninguna hay más hermosa y magnífica que el vasto firmamento tachonado de estrellas, infinitas en número y deslumbradoras por su belleza, así no hay nada comparable con la sublimidad y hermosura del corazón de la más pura y perfecta de todas las criaturas.

¹ Serm. 9 de Visit.

Más grande que la inmensidad de los cielos, adórnanno más virtudes y carismas que estrellas pueblan el espacio, porque María es el palacio de Dios y la puerta del cielo: *Domus Dei et porta cæli*¹; y de ella, mejor que del cielo material, puede decirse lo que atónito el profeta decía: *¿Cuán grande es la casa de Dios, y cuán excelso el lugar de su posesión!*² ó lo que cantaba David: *Elevata est magnificentia tua super cælos*³.

¿No es ésa verdaderamente la idea que tenemos formada de la soberana excelencia del corazón de Aquella que, por nombre verdadero y propio, es Madre del Dios Encarnado? Porque, siendo ella perfectísima entre todas las criaturas, ¿cuánto no lo será su corazón? Todo el brillo que rodea en lo exterior á la Santísima Virgen, todos cuantos honores cielo y tierra le tributan, son poca cosa cotejados con los tesoros que ella posee dentro de sí; porque de ella está escrito en el Libro de los Salmos: *Toda la gloria de la hija del Rey está en el interior*⁴. Sí, cristianos, el interior de este sagrario es todavía más magnífico que la espléndida fachada, con ser ésta tan vistosa y admirable; el Corazón de María es lo más perfecto y acabado de cuanto ella misma encierra, siendo toda ella un abismo de raras perfecciones.

2. Renunciaré, por tanto, al vano empeño de presentar á vuestros ojos un cuadro que de alguna manera, aunque tosca, pudiera expresar la perfección indescriptible del Corazón de la sagrada Virgen. Me contentaré, y no será poca ventura salir medianamente con mi intento, con exhibir á la piadosa consideración de las

¹ Gen. 28, 17.

² Baruch 3, 24.

³ Ps. 8, 2.

⁴ Ps. 44, 14.

almas que cifran sus deseos en amar y adorar al Divino Corazón de Jesús, el Corazón inmaculado de María como el más semejante al de Jesús, según lo afirma la Iglesia en la oración de su festividad: *Cor immaculatum Marie divino Cordi Filii tui simillimum...*; y lograremos por ese camino aprender á reproducir en nuestros pobres corazones algún destello de las virtudes de aquel corazón modelo, al mismo tiempo que será el centro de nuestros afectos y adoraciones. En dos palabras: contemplaremos primero los reflejos del Corazón de Jesús en el de María, y luego los del Corazón de María en los nuestros. Saludémosla, etc. *Ave Maria*.

I.

3. Sol es María, sol de gracia y santidad, comparada con todos los santos, que son, en lenguaje de la Escritura, como estrellas del firmamento: *quasi stellæ*....¹ Pero, mirada con relación á Cristo Jesús, sol eterno de justicia, María debe apellidarse *Luna: pulchra ut luna*², como la llaman los Cantares. Como luna hermosísima destinada á alumbrar á los mortales por la noche de esta vida, llena de sombras y terrores, María es iluminada por Cristo, el cual proyecta sobre ella sus más apacibles y brillantes rayos. ¡Qué hermosa aparece á nuestros ojos la blanca luna brillando en la mitad del cielo! *La luna cómo mueve la plateada rueda*, que canta el dulcísimo Fray Luis de León. Y ¿de dónde recibe este astro, naturalmente opaco y triste, toda su claridad y hermosura sino de la lumbre que le comunica el sol? Pues, ni más ni menos acontece en este otro cielo espiritual. La santidad de la Virgen es la misma

¹ Dan. 12, 3.² Cant. 6, 9.

santidad de Jesús, reflejada en ella mejor que en ninguna otra criatura. Y no podía suceder de otra manera. ¿Concebimos acaso que pudiese existir otra criatura racional ó angélica, más semejante á Jesús que María, su madre? Tal concepto repugna evidentemente al sentido de la fe, al común sentir del pueblo cristiano, no menos que á la razón teológica, ó sea, al discurso basado en los fundamentos del dogma, y al lenguaje de los santos y doctores.

Una sencilla observación bastará para probarlo. Siendo ley establecida por el Autor de la naturaleza que el hijo del hombre lleve estampado, no sólo en la frente sino también en el corazón, el sello de su semejanza con la madre de donde trae la existencia y las inclinaciones en germen, no puede menos de llevar Jesús, el Hijo del hombre por antonomasia, impreso en su rostro y en su corazón mismo este carácter de semejanza con María, su propia y verdadera madre. Sólo que ocurre aquí un fenómeno sobrenatural que es necesario notar: en el caso de Jesús y María la ley general se verifica, pero á la inversa de los casos ordinarios, porque aquí la semejanza no procede de la madre al hijo, sino del hijo á la madre, del mayor á la menor. Así debía de ser, oyentes míos, atendida la condición de tal hijo, hombre y Dios juntamente, en unidad de persona. La madre daba en algún modo al hijo lo mismo que del hijo recibía. Aquí sucede algo semejante á lo que llamó la atención del ingenioso San Agustín á propósito de Simeón el anciano, cuando llevaba en sus brazos al niño Dios: *Senex puerum portabat, puer autem senem regebat*: el anciano llevaba al niño, pero era el niño quien dirigía la marcha del anciano. Jesús recibe de María la humanidad; pero María recibe de

Jesús la santidad. Uno mismo, por consiguiente, viene á ser el corazón del hijo y de la madre por comunidad de afectos, ó, mejor dicho, por el vínculo de amor ardentísimo con que María ama á Jesús. Pero este amor que arde en el Corazón de María ¿quién lo ha encendido sino el mismo Jesús?

4. Ved ahora, cristianos, de qué manera reflejan los rayos de la santidad de Jesús en el terso y purísimo cristal del Corazón de María. Todos los dones y gracias sobrenaturales que concurren á ennoblecer y perfeccionar un corazón humano, dimanan como de su fuente, según la enseñanza de la fe, del Espíritu Santo que viene á habitar en él por gracia¹. De este Divino Espíritu que es la caridad substancial², fluyen en los corazones las gracias que los purifican, santifican y hermocean, á medida que aumenta en ellos el fuego de la caridad. Tal fué el secreto de la transformación de los apóstoles y de los primeros fieles: *Impleta gaudent viscera—Afflata Sancto Spiritu...*³ No es otra la ley general de la santificación. Pero es preciso añadir que el Espíritu Santo reposa primeramente y como en sede propia, en Cristo, según aquellas voces proféticas: *El Espíritu del Señor reposó en mí...*⁴ *Descansará sobre Él el Espíritu del Señor*⁵; y, siendo los justos miembros vivos de Cristo, ¿de dónde han de recibir los dones del Espíritu Santo sino del mismo Cristo, á quien se ha dado toda la plenitud para que de ella reciba todo el cuerpo? De aquí proviene la necesidad de aquella unión del hombre con Jesucristo, más íntima que la del sar-

¹ Rom. 8, 11.

² Fons vivus, ignis, caritas... (Ecl. in hymno Vesp. Pentec.).

³ Ecl. in fest. Pentec. ⁴ Is. 61, 1. ⁵ Ibid.

miento con la vid que lo sustenta, y sin la cual el ramo muere, por más jugos que se le proporcionen; porque, roto el canal por donde se le transmite la vida, ésta no puede ya vigorizarle. Es, pues, necesario poner en contacto nuestro corazón con el corazón del Verbo Encarnado, en quien habita de asiento la plenitud de la gracia por el Espíritu Santo que procede de Él mismo con el Padre¹, á fin de que, inundado con torrentes de luz y caridad, nuestro corazón sea santificado por obra de esa misma gracia. Por lo cual decía San Pablo: *La gracia de Nuestro Señor Jesucristo y la caridad de Dios y la comunicación del Espíritu Santo sea con todos vosotros*².

Siendo esto así verdad, ¿cómo pensáis que se comunicaría y traspasaría el divino incendio del Corazón de Jesús al de María, habiéndose formado, nutrido y desarrollado ese mismo corazón deífico en el seno de María, ¿qué digo, en el corazón de la Virgen Madre? María, según San Agustín, concibió á Cristo antes en el corazón que en el seno virginal³; y, según San Bernardino de Sena, hospedó á Dios en el vientre y en el corazón⁴. Reposó, pues, el Verbo en el santo y purísimo trono y tabernáculo del Corazón de María, y con el Verbo el Espíritu Santo, inundándola de tal suerte con la abundancia de sus dones que pudiese llamarse *llena de gracia*, y con tal género de plenitud que, al decir de San Buenaventura y otros Padres, de la plenitud de María se ha difundido hasta nosotros la gracia. ¿No es esto tanto como decir que María poseyó

¹ Symbol. Constantinop. ² 2 Cor. 13, 13.

³ Prius conciperet mente quam corpore (S. August.).

⁴ Deum corde et utero hospitata est (S. Bern. Sen., Serm. 9 de Visitat.).

la plenitud de gracia de su Hijo Santísimo, así como el árbol posee en sus venas el jugo y la virtud exquisita de su fruto? Y, si el Espíritu descansó en Jesús ¿no se dijo también que descendería á María y la henchiría de sus gracias?¹ ¡He ahí, pues, reflejados en el Corazón de la Virgen los divinos resplandores del Corazón de Jesús!

5. El amor de Dios que arde en este Sagrado Corazón, que lo abrasa en vivas llamas, que es como su forma y su vida, porque el Corazón de Jesús es una hoguera, una fragua de caridad ardentísima, ese mismo se comunica y derrama á torrentes en el Corazón de María, formando de este corazón dulcísimo otra hoguera, otro volcán de caridad divina. Sólo que, así como el Corazón del Hijo se lanza directamente al Padre celestial, así el de la Madre se va inmediatamente al Hijo, y en él ama necesariamente al Padre. Así resultan confundidos, ó, mejor dicho, fundidos en uno solo, en el amor de Jesús, todos los amores del Corazón de María, el natural y el sobrenatural, el amor de madre y el de hija, el divino y el humano. ¡Qué incendio de amor no formará ése como haz de llamas, ese foco de todos los rayos! Ése es aquel tesoro de que habla Jesucristo, de donde el hombre bueno saca afuera riquezas sin medida². ¡Qué mejor tesoro, dice San Bernardino de Sena, que el mismo amor divino en que ardía el corazón de la mejor de las criaturas?³ Ése es el vino regalado y exquisito de que está lleno y rebosando aquel vaso de inestimable precio del Corazón de la Virgen. Siete llamas ó borbotones de fuego celestial brotaron, según el mismo Santo, de aquella hoguera

¹ Luc. 1, 35.² Matth. 12, 35.³ S. Bern. Sen. l. c.

de divino ardor: que no fueron otra cosa aquellas siete palabras de admirable sentido y eficacia salidas de los labios virginales. Ellas expresan al vivo los maravillosos efectos del amor de Jesús, ó, digamos mejor, pintan las diversas formas de que este amor se reviste según las circunstancias, ya con relación á Dios, ya con referencia al hombre, puesto que el amor de Jesús, Dios y hombre, abraza á Dios por sí y al hombre por Dios. Consideremos, amados hermanos, esas llamas brotadas del Corazón de María en forma de palabras.

6. Empieza María por separar de sí todo cuanto, no siendo Dios, pudiera solicitar alguna parte de su Corazón. Hablando con un Ángel del cielo que viene para anunciarle la mayor grandeza, le interroga: *Y esto ¿cómo ha de suceder, Ángel de Dios?*¹ Cual si dijera: «Yo no quiero grandezas ni placeres: he jurado no amar á otro esposo que al amado de mi corazón: *Quoniam virum non cognosco*; y nada, ni los esplendores de una maternidad tan gloriosa como la del Mesías, podrá hacer que yo divida mi corazón entre Dios y la criatura.» Así siente, así habla la Virgen Santísima. Pero luego sabe que se trata de un hecho sobrenatural en que sólo ha de intervenir el mismo Dios con las más sublimes y castas efusiones de su Espíritu; y, abrasado su corazón en los más vivos ardores que probó hasta aquí, invitada por su Dios á las místicas delicias de un desposorio inefable, transformada completamente en otra criatura y como divinizada por aquella plenitud de gracia que la embiste, exclama desde el fondo de su ser: *¡Ecce ancilla Domini! fiat mihi secundum verbum tuum*². María siente entonces derretirse su co-

¹ Luc. 1, 34.² Ibid. v. 38.

razón en incendios y deliquios para ella misma desconocidos hasta aquel instante, y queda arrobada y suspensa en éxtasis altísimo cuando el Verbo se hace carne en sus entrañas. Vuelta de su arrobamiento, si es que acierta á volver en sí la que ya no vive sino en su amado y es toda para Él¹, su corazón se dilata en expansiones del más puro y delicioso júbilo que ha probado jamás el espíritu del hombre: *Exsultavit spiritus meus in Deo salutari meo*....² ¡Oh júbilo inefable del Corazón de María que tiene por motivo la posesión de Dios en el modo más perfecto que puede poseerlo una pura criatura, llevándolo en su mismo seno! ¿Qué vale en comparación de esta dicha de María la fortuna de la Esposa que se gloriaba de haber encontrado al amado de su alma y decía: *Téngole asido y no le dejaré*³? La Virgen dice más: *El que me crió descansó en mi tabernáculo*⁴. El júbilo de María es efecto del amor que se extasía contemplando la infinita grandeza del que hizo en ella cosas tan grandes, como Salvador suyo, y efectuó dentro de ella misma y con su cooperación la mayor y más pasmosa de sus obras. María se enajena de júbilo al ver cumplida por su mediación la promesa hecha por Dios á Abraham y á sus descendientes, de redimir á Israel, su siervo, y extendida después por todo el mundo la gloria del Señor hasta el fin de las generaciones.

¿Hay todavía alguna llama que salte en forma de palabra, del inflamado Corazón de María? Oídla, amados oyentes, algunos años después de los éxtasis de Nazaret y las montañas de Judea, departiendo amorosa

¹ Cant. 2, 16.

² Luc. 1, 47.

³ Cant. 3, 4.

⁴ Eccli. 24, 12.

y dulcemente con su Hijo, con su amor personificado en un hermoso niño de doce años, en el templo de Jerusalén: *Hijo ¿por qué has hecho esto con nosotros?*¹ El dolor ha herido con cruel dardo su delicado corazón: *Dolentes quærebamus te*. No es la primera vez que lo desgarró, ni será la última.... ¡Á cuántos golpes no está predestinado desde la fatal sentencia que pronunció el anciano Simeón: *La espada de tu hijo traspasará tu corazón*²! Pero ¿qué importa que el dardo del dolor lo atraviese, si tiene en el amor el bálsamo que cierra inmediatamente sus heridas? Aquella sola palabra «Hijo» basta para endulzar todo lo amargo y hacer sabrosa toda la hiel de aquel dolor; y la presencia de Jesús agobiado de dolores, pero más dulce que su mismo nombre, hará que María domine como Señora y Soberana las tempestades del Calvario.

7. Mas, siendo Jesús hombre juntamente con ser Dios, el amor de María á su Jesús ha de extenderse hasta la pobre y ya ennoblecida humanidad. Sí, porque el Corazón de María siente repercutir en sí mismo los violentos latidos del Corazón de Jesús, de ese Corazón que, como él mismo lo reveló tantas veces, ha amado tanto al hombre ingrato y descreído. El amor de Jesús al hombre, hermanos míos, es un abismo misterioso, insondable para toda inteligencia criada. Sólo á María, por haber sentido dentro de sí las palpitations amorosas del Corazón de su Hijo, le ha sido dado penetrar hasta cierto punto en la profundidad de ese abismo. Y al hacerlo, ha pasado á su Corazón el afecto de Jesús, y por eso María nos ha amado también como no podemos imaginarnos, con un amor sin límites, inagotable,

¹ Luc. 2, 48.

² Ibid. v. 35.

á toda prueba. ¡Mirad cómo brotan llamaradas de ese Corazón! Llena de Dios, que acaba de encarnar en sus entrañas, María se siente como arrebatada en alas del amor á las alturas de la Judea, donde, en el seno de la anciana Isabel, alienta ya el dichoso niño que viene á la tierra como precursor del Mesías, como ángel que le ha de allanar los caminos. Ese niño, el más ilustre representante de la humana estirpe hasta aquel tiempo, yace todavía en la triste obscuridad del pecado ¡ay! más lóbrego que el mismo claustro maternal, y es preciso darle luz; está muerto en el alma, y el amor de María puede infundirle vida; está mudo, y es necesario desatarle la lengua, porque Jesús quiere ser predicado por la lengua del infante no nacido. Á eso va María á casa de Isabel, por eso corre acosada del amor; y en el umbral mismo de la casa, al sonar su primer saludo en los oídos de su santa prima, el venturoso Bautista salta de júbilo en el seno de la madre, porque está ya santificado, limpio de la mancha de pecado original, hecho primogénito de los hijos adoptivos de María, hermano de Jesús, rico de gracia y capaz de comunicarla él mismo á su bienaventurada Madre. ¡Qué eficacia tan prodigiosa la de aquella visita de María! ¡qué virtud la de ese fuego que no puede arder sin comunicarse á cuanto se le aproxima! He aquí el primer efecto del amor del Corazón de María á los hombres: el segundo será la compasión de las miserias de la pobre humanidad.

Las Bodas de Caná le proporcionan ocasión para revelar al mundo toda la ternura de sus entrañas misericordiosas. *No tienen vino*, dice á su Jesús; como si dijera: «Compadécete de los angustiados esposos: ¡cuánto no padecerán faltos de medios para obsequiar á sus con-

vidados, y en ocasión como ésta!» Pero, si la Virgen se condeule de la angustia pasajera, y al parecer, de poca monta de los virtuosos consortes de Caná; decid, oyentes míos, ¡cómo desgarrará su tierno Corazón todo ese cúmulo de angustias, afanes y pesares que oprimen á las almas buenas á cada momento y en todas las regiones de la tierra! ¡cómo le lastimarán las tribulaciones de la santa Iglesia! ¡cuánto no se apiadará de los infelices pecadores, menesterosos del vino de la gracia que da la vida eterna, sin el cual padecerán eterna muerte, hambre y sed rabiosa, sonrojo y confusión intolerables!

Ved aquí los reflejos del Corazón de Jesús en el Corazón de su querida madre: compasión y ternura hacia los desgraciados, pero en grado superior á cuanto puede experimentar el corazón humano; ansia y anhelo ardentísimo de hacer beneficios y comunicar los bienes que posee á todos cuantos quieran recibirlos, y aun á los mismos ingratos que desdeñosos los rechazan; amor, en fin, sin tasa ni medida á esos mismos hombres por ser hijos del Padre celestial y hermanos adoptivos de Jesús. Aquí tenéis los afectos que, cual licor exquisito, rebosan del vaso preciosísimo del Corazón de María. Veamos cuáles deberían ser los nuestros.

II.

8. ¿Cómo es posible, amados fieles, contemplar con piadoso arrobamiento las bellezas de un corazón como el de María, el más semejante al Corazón del Hombre-Dios, y no sentirnos inflamados en anhelo vivísimo de trasladar al nuestro, siquiera algunos rasgos de la perfección de aquel modelo de pureza y santidad que así arrebatara nuestras miradas y encadena nuestros afectos?

Y, en cuanto á vosotros, socios del Apostolado de la Oración, ¿no veis en el Corazón ardentísimo de la Reina de los apóstoles el ideal acabado de esa oración apostólica que, cual incienso que sube del Sagrario, penetra los cielos y arranca raudal de bendiciones? Por lo que á vosotras toca, almas devotas que permanecéis absortas en la presencia de Jesús sacramentado, velando con el Dios del Tabernáculo y adorando anonadadas su Majestad tres veces santa y digna de las adoraciones de todas las criaturas; ¡cuánto no podríais aprender en esta escuela de adoración del Purísimo Corazón de la Madre del Verbo!

9. Aprended todos á amar, y esto basta. Sí, sepamos amar como María, y nuestros corazones centellarán con el suave brillo de todas las virtudes. Amar ¡oh! y ¿qué otra cosa es la virtud? y ¿qué más ha menester el corazón para ser noble, puro y santo? Pero ¿qué cosa es amar, hermanos míos? ¿es por ventura idolatrar en nosotros mismos, adoradores de la carne corruptible? ¿es correr desalados en pos de un fantasma seductor, ó de un meteoro de belleza fugitiva que se desvanece apenas nos deja deslumbrados? ¡Ah, señoras cristianas! y ¡qué lejos anda el criterio del mundo de la verdadera noción, y más todavía del verdadero sentimiento del amor! Amar es ir en pos de la Belleza verdadera y eterna, suspirar por la posesión del Bien sumo é inmutable. Lo demás es ilusión de amor, no amor verdadero que llene y satisfaga el corazón. Porque ¿á quién satisfacen los más deliciosos ensueños? ¿Quién no siente la amargura del desencanto al despertar? Nuestra vida es algo serio, algo muy grave, pues tiene por fin al mismo Dios, para que nos demos por satisfechos con fantasmas alucinadores. En este sentido no cabe duda que debemos ser positivos, esto es, parti-

darios de la realidad. Si amamos á Dios en todo y sobre todo lo transitorio, si vamos en busca de aquel bien, fuera del cual no hay más que sombra y vanidad, ¡oh! entonces sí que acertaremos: eso será amar de veras, eso llenará nuestro corazón, aunque no busquemos directamente satisfacerlo. ¿No es esto lo que hizo la felicidad del Corazón de María, que profetizó la aclamarían dichosa todas las generaciones? Y María ¿se buscaba á sí misma en el amor? ¿se complacía en sus propias excelencias? ¿no se anonadaba profundamente en el acatamiento del Señor? ¿no se sacrificaba por la felicidad de los hombres para gloria del Criador?

10. Anonadamiento en presencia del Altísimo: tal es el sentimiento propio de la humilde adoración, siendo al mismo tiempo la expresión más cabal de la caridad. Porque ésta ¿qué es sino fuego que consume¹, incendio que reduce á cenizas el ser de la criatura, para que Dios sea en ella todo?² ¿No es éste el afecto más vehemente de las almas fervorosas? ¿no son ellas las que suspiran diciendo: «Ámete yo, Señor, más que á mí, y á mí mismo no me ame sino por ti, y á todos en tí, como lo ordena la ley del amor que deriva de ti sus resplandores?»³ He aquí, almas piadosas y amantes de Jesús sacramentado, la mejor disposición que podéis llevar para adorarlo, según la palabra del mismo Cristo á la Samaritana: *Dios es espíritu*, y por eso *los que le adoran, deben hacerlo en espíritu y verdad*⁴, esto es, más que con exterior posturación, con perfecta sumisión del espíritu á sus adorables decretos, más que con palabras susceptibles de engaño y de falta de sinceridad, con sencillez y verdad de cora-

¹ Hebr. 12, 29.² I Cor. 15, 28.³ Imit. Christi lib. III, cap. 6.⁴ Io. 4, 24.

zón. Hacedlo así, y la hora de adoración será escuela fecunda de merecimientos y aprendizaje de virtudes; será palestra donde queden vencidas por la energía tranquila de una voluntad amante todas las flaquezas y repugnancias de la sensualidad y el amor propio; será, en fin, verdadero lugar de sacrificio donde, en unión con el de Jesús en el altar, sea inmolado vuestro corazón por medio de la conformidad perfecta con la voluntad de Dios en los casos más arduos de la vida.

11. Y después de anonadaros profundamente delante del Señor, no para perder sino antes para acrecentar la vida y la energía virtuosa, iréis á sacrificaros generosamente por el bien de vuestros hermanos, á imitación de Jesús y de María. Porque, si amáis de veras, el sacrificio se os impondrá naturalmente como ley de amor. Para el que ama á los hombres en Jesús y por Jesús, no hay cosa más dulce que sacrificarse por hacerles bien; pues, como dice el inspirado autor de la Imitación de Cristo, el amor de Jesús es noble, y, como tal, impele á obrar grandes cosas y á desear siempre hacerlas mayores. El amor no dice «basta». Gran cosa es el amor, y bien de todo punto grande, y él solo hace ligero todo lo pesado, lleva con ecuanimidad todos los sucesos, por más desiguales que sean, no siente el peso de la carga que se impone, y encuentra dulce y sabroso lo más amargo de la vida¹. En efecto, hermanos míos, ¿qué montañas de dificultades son parte á detener el paso del apóstol? ¿adónde no lleva el amor de Cristo á la abnegada Hermana de la Caridad? ¿Será posible amar de veras y no sentir valor para arros-trar la menor dificultad en favor de nuestros prójimos?

¹ Imit. Christi lib. III, cap. 6.

¡Ah! ¡qué pocos son los que de veras aman! *Hijos míos*, decía San Juan, *no amemos sólo de palabra y con la boca, sino con obras y de veras*¹. ¡Qué pocos son los que ejecutan todo el bien que pueden sin desperdiciar ocasión! Y es porque, siendo naturalmente tan pocos los héroes en el mundo, muy contados han de ser los que poseen la caridad llevada al heroísmo.

12. Mas entre esos pocos ¿quiénes han de figurar sino los apóstoles de la Oración, consagrados á promover por este medio la gloria del Corazón de Jesús? El Apostolado debe buscar en el Purísimo Corazón de María su apoyo y su modelo. Debe inspirarse, mayormente en este día en que le ofrece solemnes cultos, en los sentimientos de que está colmado y rebosando este admirable Corazón, digno de la mejor y más perfecta de todas las criaturas. Debe anhelar por inflamarse en el sentimiento que los domina á todos, el de la caridad de Dios y del prójimo. Amar á Jesús con todo el fuego de su alma virginal y nobilísima fué la dulce ocupación y la gloria incomparable del Corazón de María: *Exsultavit spiritus meus in Deo salutari meo*. ¡Qué júbilo tan celestial el de este amor contemplativo! ¡Qué modelo para nuestra oración! Comunicar á los hombres todo el bien de que era depositaria, dándoles á Jesús, salud y vida eterna, y ofreciéndolo en holocausto á la divina Justicia por la salvación de todos, fué sobre la tierra la única aspiración del Corazón de María. Como madre del huérfano y desvalido hijo de Eva, sintió las punzadas de nuestros dolores, que cual agudas espinas cercaron su Corazón para desgarrarlo cruelmente. Mas he aquí que las espinas se tornaron

¹ 1 Io. 3, 18.

por encanto en rosas de color de púrpura: ¿no las veis? Y ¿quién hizo este prodigio? ¡El amor! Coronado de rosas y arrojando llamas se nos muestra el Corazón de María para excitar el fervor en nuestros tibios y manchados corazones. ¡Plegue á Dios que su suave fragancia los purifique, y su santo calor los enardezca, haciendo reflejar sobre ellos los resplandores del Sagrado Corazón de Jesús! Así sea.

PANEGÍRICO DE MARÍA AUXILIADORA

(predicado en la iglesia de la Congregación Salesiana, de Bogotá, mayo de 1895).

María, restauradora de la piedad y de la educación en el siglo XIX.

Ecce hæc spes nostra, ad quam confugimus
in auxilium. Is. 26, 6.

Ilmo. Señor Arzobispo ¹,

1. Era á fines del siglo XVI, cuando, á la voz de San Pio V, el pueblo cristiano, temblando ante la cimitarra mahometana, clamaba á coros: *Auxilium Christianorum, ora pro nobis*; y hoy, á fines del siglo XIX, el mismo pueblo, aterrado por el espectro de nueva barbarie, también grita en todas partes, desde Turín hasta la Tierra del Fuego: «¡María Auxiliadora, ruega por nosotros!» ¿Qué denota, cristianos oyentes, la identidad de plegarias sino la identidad del peligro y del medio de conjurarlo? En aquel entonces la Iglesia, solidaria de la sociedad, formando el gran compuesto del Sacerdocio y el Imperio que se llamó la Cristiandad,

¹ El Ilmo. Señor Don Bernardo Herrera Restrepo, Arzobispo de Bogotá.

se veía amenazada de muerte temporal por el bárbaro heredero de Mahoma, pujante aún en mar y tierra, pues acababa de teñir su alfanje en la sangre de veinte mil cristianos degollados en la desventurada Nicosia. Hoy, en pleno siglo del progreso y de las luces, la pobre Iglesia de Cristo, rechazada por la sociedad ingrata que va diciendo en todas partes: «Arrojemos su yugo y el de Dios» ¹, vese rudamente amenazada de muerte espiritual por el feroz naturalismo que mata el espíritu, y el sensualismo vil que envenena el corazón en millares de hombres muertos para la verdad y el bien. ¿Cuál de esos dos tiranos, el que degüella los cuerpos, ó el que asesina las almas, es más terrible y espantoso? No es difícil conocerlo. Y ved aquí por qué el grito que hoy arranca del corazón de la Iglesia, no es menos agudo y lastimero, aunque tampoco es menos confiado y fervoroso, que en los tiempos del apogeo del islamismo.

2. Pero no es menos eficaz y poderoso el auxilio que responde á la voz suplicante de la Iglesia, porque hoy, como entonces, como siempre, aunque en modo diverso y adecuado á la índole de las necesidades actuales, es María, la poderosa Reina de los cielos y Madre de los hombres, la que baja de las alturas de su trono, con la espada de la misericordia en la mano, á pelear victoriosamente por la causa de sus hijos. *Venit adiutrix pia Virgo celo lapsa sereno* ². Así lo cuentan los monumentos legados por nuestros mayores; así lo atestiguan los templos cubiertos de magníficos trofeos; así lo pregonan estas mismas festividades, repetidas de año en año, en que á porfía todas las clases

¹ Proiciamus a nobis iugum ipsorum (Ps. 2, 3).

² Ofic. Ecl. hymn. Vesp.

por encanto en rosas de color de púrpura: ¿no las veis? Y ¿quién hizo este prodigio? ¡El amor! Coronado de rosas y arrojando llamas se nos muestra el Corazón de María para excitar el fervor en nuestros tibios y manchados corazones. ¡Plegue á Dios que su suave fragancia los purifique, y su santo calor los enardezca, haciendo reflejar sobre ellos los resplandores del Sagrado Corazón de Jesús! Así sea.

PANEGÍRICO DE MARÍA AUXILIADORA

(predicado en la iglesia de la Congregación Salesiana, de Bogotá, mayo de 1895).

María, restauradora de la piedad y de la educación en el siglo XIX.

Ecce hæc spes nostra, ad quam confugimus
in auxilium. Is. 26, 6.

Ilmo. Señor Arzobispo ¹,

1. Era á fines del siglo XVI, cuando, á la voz de San Pio V, el pueblo cristiano, temblando ante la cimitarra mahometana, clamaba á coros: *Auxilium Christianorum, ora pro nobis*; y hoy, á fines del siglo XIX, el mismo pueblo, aterrado por el espectro de nueva barbarie, también grita en todas partes, desde Turín hasta la Tierra del Fuego: «¡María Auxiliadora, ruega por nosotros!» ¿Qué denota, cristianos oyentes, la identidad de plegarias sino la identidad del peligro y del medio de conjurarlo? En aquel entonces la Iglesia, solidaria de la sociedad, formando el gran compuesto del Sacerdocio y el Imperio que se llamó la Cristiandad,

¹ El Ilmo. Señor Don Bernardo Herrera Restrepo, Arzobispo de Bogotá.

se veía amenazada de muerte temporal por el bárbaro heredero de Mahoma, pujante aún en mar y tierra, pues acababa de teñir su alfanje en la sangre de veinte mil cristianos degollados en la desventurada Nicosia. Hoy, en pleno siglo del progreso y de las luces, la pobre Iglesia de Cristo, rechazada por la sociedad ingrata que va diciendo en todas partes: «Arrojemos su yugo y el de Dios» ¹, vese rudamente amenazada de muerte espiritual por el feroz naturalismo que mata el espíritu, y el sensualismo vil que envenena el corazón en millares de hombres muertos para la verdad y el bien. ¿Cuál de esos dos tiranos, el que degüella los cuerpos, ó el que asesina las almas, es más terrible y espantoso? No es difícil conocerlo. Y ved aquí por qué el grito que hoy arranca del corazón de la Iglesia, no es menos agudo y lastimero, aunque tampoco es menos confiado y fervoroso, que en los tiempos del apogeo del islamismo.

2. Pero no es menos eficaz y poderoso el auxilio que responde á la voz suplicante de la Iglesia, porque hoy, como entonces, como siempre, aunque en modo diverso y adecuado á la índole de las necesidades actuales, es María, la poderosa Reina de los cielos y Madre de los hombres, la que baja de las alturas de su trono, con la espada de la misericordia en la mano, á pelear victoriosamente por la causa de sus hijos. *Venit adiutrix pia Virgo celo lapsa sereno* ². Así lo cuentan los monumentos legados por nuestros mayores; así lo atestiguan los templos cubiertos de magníficos trofeos; así lo pregonan estas mismas festividades, repetidas de año en año, en que á porfía todas las clases

¹ Proiciamus a nobis iugum ipsorum (Ps. 2, 3).

² Ofic. Ecl. hymn. Vesp.

sociales y todas las edades tributan homenaje á María Auxiliadora¹.

3. ¡Aliento, pues, almas cristianas! Si atentamente contemplamos hoy las grandes maravillas con que en el presente siglo, Dios, no menos fiel que en los pasados, ha venido en auxilio de su Iglesia empeñada en feral batalla con el error desenmascarado y la corrupción sin freno, no podremos menos de reconocer la virtud auxiliadora de María, primordial instrumento de la Providencia para la salvación de la gran familia de Jesucristo. La diestra que salvó en Lepanto la bandera de la civilización, ha de salvarla también en el campo de la moderna Babilonia, donde se han impugnado todas las sanas creencias y jurado guerra á muerte á toda idea y práctica cristianas. Y vemos ya á la hermosa Luna que venció á la torpe Media-Luna, cómo va disipando las tinieblas del error y del vicio que amagaban hundir en el caos de un nuevo paganismo la pura y verdadera civilización. Para este efecto parecían necesarias dos cosas: la renovación de la piedad en el pueblo católico, y la restauración de la educación de la juventud. Pues una y otra obra, visiblemente ayudadas por un brazo poderoso, nos demostrarán la intervención de María Auxiliadora en la marcha triunfal de la Iglesia, intervención que nos augura para ésta el triunfo decisivo. Imploramos, etc. *Ave María.*

I.

4. Renovar el espíritu de piedad en un siglo casi exánime, aterido por el helado soplo de la concupiscencia, era tanto como reavivar la fe en las almas ofus-

¹ Offic. Eccl. hymn. Vesp.

casas con el mentido brillo de la moderna ciencia, levantar al cielo por medio de la oración las abatidas alas del corazón humano, encender el fuego de la caridad de Dios y del prójimo, abrir una fuente inagotable de buenas obras, hacer brillar, en fin, la idea y el sentimiento cristiano, y sacar así triunfante á la Iglesia de Cristo á la faz del siglo XIX, en pleno reinado del materialismo ateo y socialista.

Pues esto ha hecho María. *Ella era nuestra esperanza, y no tardó en venir á socorrernos*¹. Y ¿quién otro podía hacerlo mejor que la Madre piadosa, la fuente de piedad, *Pia Virgo*, como la apellida la Iglesia? Porque María no es sólo piadosa para sí, sino manantial de la piedad cristiana: *Mater pulchræ dilectionis*², no siendo esa virtud otra cosa que el aroma de la caridad, la expansión del amor divino, la difusión del calor que desarrolla en las almas el conocimiento y trato sobrenatural de Dios. Por la influencia de María se ha fomentado siempre la piedad en el mundo, así como por ella se ha dilatado la fe, y han germinado en el erial de la tierra las más bellas virtudes.

5. Vengamos ya, católicos oyentes, á considerar por qué medios y con qué auxilios tan extraordinarios ha llegado María á reanimar en nuestro siglo la piedad cristiana, esa hermosa y sólida piedad cuya fragancia mitiga los amargos pesares de la Iglesia, y cuyo brillo no puede ocultarse ni aún á los ojos de sus más ciegos enemigos. Como á la voz de un Pontífice se agruparon los soldados de la fe para lanzarse sobre el Turco, siguiendo la Estrella de los mares que el dedo del Santo Pío V les señalaba, así á la voz de Pío IX y de

¹ Is. 20, 6.

² Eccli. 24, 24.

León XIII despertáronse las almas adormecidas, oyendo de boca de estos dos grandes y piadosos Papas las nuevas glorias y prerrogativas de la Santísima Virgen. Pío IX, azotado, pero no anegado, por las embravecidas ondas de la revolución satánica, ve á la *Mujer*, como nuevo Juan en el Patmos de Gaeta, *revestida del sol* de la Gracia desde el primer instante de su ser, *hollando la Luna* de la humana degradación con el pie virginal con que aplastó la cabeza de la infernal serpiente¹, y *ceñida la radiosa frente* con diadema de estrellas²: ve á María Inmaculada en su Concepción, y muéstrala á los fieles del universo como arco iris de salud, como aurora de restauración cristiana.

6. Sí, católico auditorio: la definición dogmática de la Inmaculada Concepción pronunciada á mediados del presente siglo, es una de las maravillosas trazas de la Providencia para reavivar la llama de la fe, según que la experiencia lo ha probado clarísimamente, y la misma reflexión lo demuestra. ¡María Inmaculada no es otra, pues, que María Auxiliadora! ¿Quién no ve la semejanza? Y ¡coincidencia singular, oyentes míos! Vosotros acaso no sabéis que el día 8 de diciembre de 1841, ya casi en el crepúsculo del gran día de la definición, puso el célebre Don Bosco, el Vicente de Paúl de nuestro tiempo, la primera piedra espiritual del edificio llamado *Oratorio Salesiano*, catequizando, en aquel día, en una iglesia de Turín á un pobre niño; y que, algunos años más tarde³ en otro día de la Concepción bendijo la pobre capilla provisional donde quedó definitivamente bautizado el Oratorio con el nombre de San Francisco de Sales. ¿No era esto decir la misma

¹ Gen. 3, 15.² Apoc. 12, 1.³ 1844.

Virgen que venía á socorrer al mundo por medio de su Inmaculada Concepción?

7. Mas, si á Pío IX se le mostró María revestida del ropaje de la gracia: *tota pulchra*¹, á su no menos pío que oprimido sucesor se le ha mostrado coronada de rosas y blancas azucenas. *Et sicut dies verni circumdabant eam flores rosarum et lilia convallium*², anunciándole días de risueña primavera; y así la ha señalado León XIII á los ojos de todas las naciones, para que por la eficacia de la oración popular del Rosario se renueve la amortiguada piedad, y el santo ardor de otras épocas gloriosas circule por las venas de esta sociedad enflaquecida y anémica. ¡Oh, y cómo resplandece la ordenación providencial en el feliz pensamiento del sabio Pontífice! En esta cruelísima borrasca de males y calamidades (como él mismo se expresa) que ya tantos años afligen á la Iglesia, cuando parece que va á hundirse en los abismos de una general apostasía el barco de la cristiandad, no obstante la destreza del piloto que por entre escollos y arrecifes le va guiando, mirad á esa misma Iglesia hoy como nunca grande moralmente, respetada por los poderes humanos, obedida y amada por millones de fieles, fecunda, cual quizás en ninguna época, en instituciones grandiosas que atestiguan ser ella sola la depositaria de la verdad, la dispensadora del bien, la fuente de la verdadera civilización. Y ¿no será debido atribuir estos triunfos al auxilio de María, invocada por León XIII con la aclamación de *Regina Sacratissimi Rosarii*? ¡He ahí otra vez en el siglo XIX á María Auxiliadora! ¡Es la Virgen de las rosas! ¡Es la Virgen del pueblo y de

¹ Cant. 4, 7.² Eccli. 50, 8.

los niños que las cogen! Por eso no se cansa el devotísimo Don Bosco de hacer rezar el Ave María á sus niños, á todo el mundo, á cuantos piden algún favor ó gracia á María Auxiliadora. «Rezad, les dice, el Padrenuestro, el Ave María y Gloria Patri, y poned en ella vuestra confianza.» ¡Es decir que por las sencillas oraciones del Rosario, constantemente repetidas, quiere María centuplicar en nuestro siglo sus favores! ¿No es esto mismo lo que ha declarado mil veces el oráculo infalible? Y ¿no lo ha comprobado ya bastante la experiencia?

8. Pues, para no abrigar duda de que el Rosario y la Inmaculada Concepción son los medios escogidos por Dios para auxiliar á su Iglesia, volved los ojos á los Pirineos, contemplad lo que allí pasaba hace treinta años en la ya celeberrima gruta de Masabielle, que ha creado una peregrinación fabulosa, inverosímil, cual si se tratara de levantar en Europa una nueva cruzada para reconquistar la fe. ¡La Virgen de Lourdes! ¡Delicada y graciosa aparición! «Vengo del cielo, parece decir la misteriosa Señora, á salvar á mis hijos del abismo adonde van rodando, precipitados por la impiedad y la blasfemia: vengo á auxiliar á mi querida Iglesia.» Mas ¿quién eres, hermosa Señora, incomparable Reina? ¿cómo te llamas? pregunta la inocente pastorcita del Gave. «Soy la Inmaculada Concepción,» responde la Visión sagrada, y van pasando entre los dedos de sus blancas manos las cuentas de un rosario, mientras que rosas de color de oro brotan encima de sus pies. ¿Qué significa este cuadro prodigioso, mis amados oyentes? ¿No es la síntesis más bella y significativa de cuanto ha querido Dios obrar en nuestro siglo en auxilio de su Iglesia por mediación de María? La Virgen de Lourdes ¿no es María Auxiliadora?

9. Pero ¿se necesitan nuevas manifestaciones para dominar por la fuerza de hechos incontestables la negación sistemática de lo sobrenatural? María no tiene dificultad en multiplicarlas, y se deja ver ya en uno, ya en otro punto del planeta, lo mismo en Francia que en Italia y Alemania, á una sola persona ó á grupos numerosos de creyentes. Omitiendo por ahora tantas y tan acreditadas visiones, por no hacer á mi propósito, os ruego que atendáis á un hecho íntimamente ligado con el título que hoy solemnemente celebramos. *La Virgen María se apareció personalmente al Fundador de la Pia Sociedad Salesiana*¹. No cabe dudar de la verdad de esta aparición, y en ella debéis reconocer, amados fieles, otro de los fecundos medios empleados por María para regenerar el mundo á la vida sobrenatural, toda vez que dicha aparición puede mirarse como el punto de apoyo de las obras de Don Bosco, y aun como punto de partida de la carrera de gigante emprendida por el nuevo apóstol de Turín y sus valientes legiones á lo largo del continente y á través del océano, para encender en todas partes el divino fuego de la piedad regeneradora, ya que no es otro que el de Ignacio de Loyola el tema de Don Bosco: *Ite, incendite omnia!* Detengámonos por un momento á considerar el maravilloso espectáculo que aquí se ofrece á nuestros ojos.

10. María quiere, no sólo hacer sentir la fuerza de su protección á la Iglesia, sino que se la reconozca por celestial Auxiliadora. He aquí por qué aparece en nuestros días, rodeada del prestigio de lo maravilloso, esta hermosa y consoladora advocación. En efecto, no

¹ *Don Bosco*, por un cooperador Salesiano, p. 316.

bastaba que el glorioso San Pío V, reconocido á la Reina del cielo, vencedora en Lepanto, le decretara la cotidiana invocación, añadida á las Letanías Lauretanas: *Auxilium Christianorum, ora pro nobis*; ni bastaba tampoco á la gloria de la Soberana Virgen y á la piedad de sus hijos, que otro Pío, séptimo de este nombre, vuelto á Roma por las manos de todo el orbe cristiano y libre del duro cautiverio por favor de la misma Virgen, instituyese la fiesta que en este día 24 de mayo celebra la universal Iglesia en honor de la que es y ha sido siempre «Auxilio de los cristianos». Era necesario algo más todavía, según las miras de la Providencia, y ese algo reservado á la segunda mitad de nuestro siglo, para salvarlo en el peligro extremo, era saludar efusivamente y aclamar por todas partes á la Santísima Virgen con el título amoroso de *María Auxiliadora*. La gloria de haberlo iniciado pertenece al Pontífice de la Inmaculada, Pío IX, cuando, interrogado por Don Bosco¹ sobre el nombre con que vendría honrar á la Madre de Dios en la nueva iglesia que proyectaba edificar en Valdocco, el Papa le contestó: «La consagraréis á María Auxiliadora.» Pero, si de este modo quedó también consagrada la nueva advocación por la autoridad del Vicario de Cristo, fué ciertamente el Padre de la Familia Salesiana quien hizo suyo el mismo título y lo legó á sus hijos, hasta el punto de identificarse «María Auxiliadora» y «la Virgen de Don Bosco», no solamente por haber sido él quien levantó desde sus cimientos la magnífica basílica que ostenta en lo alto de la cúpula la imagen en bronce dorado de María Auxiliadora, circundada de luces, como

¹ L. c. p. 317.

lo está de estrellas en el cielo, sino también y mucho más porque todo lo grande y maravilloso ejecutado por aquel hombre extraordinario y su esclarecida proge, lleva el sello de la bondad de la Reina del cielo¹. «Sí, decía el varón santo con ingenua convicción, *ella es quien lo ha hecho todo. ¡Oh! ¡que buena es María!*» Y saltábasele las lágrimas á los ojos.

11. «Ella es quien lo ha hecho todo.» Mas ¿quién podrá decir todo lo hecho por María Auxiliadora en el solo campo de la piedad y por el ministerio de sus hijos privilegiados, como llamaba á los suyos Don Bosco? ¿Quién enumerar podría los pecadores convertidos, las almas santificadas, los enfermos curados de alma y cuerpo, las vocaciones sacerdotales aseguradas, los pobres socorridos, los niños educados, los salvajes civilizados? ¿Quién podrá encomiar debidamente las obras de celo, caridad y verdadera abnegación cristiana, llevadas á cabo aquí mismo entre nosotros por los obreros evangélicos y cooperadores de la ilustre Familia Salesiana, que es obra de María Auxiliadora?² Porque, si la obra de Don Bosco no es solamente la redención espiritual y corporal de los niños desvalidos, sino también el fomento del culto y la piedad en los pueblos católicos mediante el ministerio sacerdotal en todas sus aplicaciones, y hasta la evangelización de las tribus salvajes, llevada á cabo en Patagonia en pocos años ¿quién duda que el culto de María Auxiliadora ha sido el instrumento providencial, la vara mágica con que se han realizado tan maravillosas obras?

12. Excuso hablar de los mil prodigios particulares obrados en todo el mundo por esta admirable ad-

¹ Op. cit. p. 316.

² Ibid. p. 246.

vocación, ya implorando la bendición de su imagen, ya con la devota aplicación de sus medallas, ya practicando novenas en su honor, ya, finalmente, con las piadosas ofrendas y votos ofrecidos para el establecimiento y extensión de su culto. Básteme recordar aquí lo que refieren las *Memorias* de Don Bosco. Cuando se construía en un barrio de la capital del reino de Cerdeña aquel gran templo destinado á servir de monumento de la piedad salesiana y centro de la congregación, obra colosal cuyo costo ascendió á más de un millón de francos, llovían milagros sobre milagros: las gracias prodigiosas de María Auxiliadora multiplicábanse en todas las grandes ciudades de Europa á medida que lo exigían las ingentes necesidades de la obra, pudiéndose en rigor asegurar que fué la misma Virgen, trono de la Sabiduría, la que esta vez se edificó su casa¹. Demás está demostrar en cuánto grado haya debido contribuir esta gran conmoción religiosa y unánime aspiración de las almas hacia el trono de María, para el aumento de la sólida piedad, siendo cosa evidente por sí misma que, á medida de la devoción á la Santísima Virgen, crece y se arraiga en los pueblos la piedad cristiana.

Pero ya es tiempo de mostrar á María Auxiliadora acudiendo al socorro de la amenazada sociedad por medio de la cristiana educación. Seré breve cuanto me lo permita la materia.

II.

13. «El bien de la sociedad y de la Iglesia, decía Don Bosco, consiste en la buena educación de la juventud.» Y ¿quién puede poner en duda la exactitud

¹ Prov. 9, 1.

de este concepto? El porvenir del mundo es de los niños; lo que éstos sean hoy, será mañana la sociedad y aun la Iglesia, según lo enseñan de consuno la fe, la razón y la experiencia. *Adolescens iuxta viam suam, etiam cum senuerit, non recedet ab ea*¹. Decid al río caudaloso que vuelva atrás ó que siquiera detenga su corriente. ¡Imposible! la gravedad lo precipita hacia el océano. En este sentido bien podemos admitir la teoría del progreso. Sí, cristianos, la sociedad progresa, y progresa necesariamente, porque marcha y no puede resistir á la fuerza que la empuja, no porque marche siempre en dirección al bien ni por buenos senderos... Y ¿de dónde recibe el principal impulso sino de la educación? Y, cuando ésta sea nula, á lo menos en la masa social, en el pueblo, ¿qué fuerza imprimirá movimiento á la sociedad? Entonces claro está que no quedan en pie sino las fuerzas de la naturaleza y del instinto, que si, en sí mismas y en su origen, son fuerzas sociales, en el estado actual de la naturaleza humana han degenerado en socialistas. Por ellas movida la máquina social correrá vertiginosamente al abismo de la anarquía y de la disolución; y, como ésta sea moralmente imposible, irá á precipitarse en el cesarismo ó reinado de la fuerza, como ha sucedido tantas veces en el curso de la historia, y podría acontecer hoy mismo. ¡Ah! si no fuera por el auxilio de esa Iglesia que, aun rechazada y mirada de reojo por pueblos y gobiernos extraviados, vela por la sociedad humana, como ángel tutelar, la ampara con la sombra de su autoridad, la más alta de la tierra, la preserva de tal corrupción con la virtud sobrenatural de sus principios, la defiende, en

¹ Prov. 22, 6.

fin, de sus mismos enemigos exteriores, recibiendo en sí misma los primeros golpes de la barbarie y el despotismo... ¿qué fuera de la pobre sociedad? Pero á la Iglesia ¿quién le da vida y vigor sino Dios? ¿quién le presta socorro sino María Auxiliadora?

14. ¡Oh! ¡cuánto ha hecho María en el siglo XIX por la causa de la educación, que es la causa de la sociedad y de la Iglesia! Dígalo el insigne siervo y devoto de María Don Bosco, dígalo la Familia Salesiana. En este argumento, como en otros análogos, el lenguaje más elocuente y persuasivo es el de los datos numéricos; los hechos hablan más alto que todas las palabras. Don Bosco no mentía cuando, predicando en París, hace ya muchos años, decía así, dando cuenta del estado de sus trabajos en favor de la desvalida niñez: «Al presente el número de nuestras casas llega á ciento sesenta y cuatro. Atiéndese en ellas á más de 150.000 niños, y el número de los que cada año entran y salen es de 34 á 40 mil. El pan no ha faltado un solo día. ¿Cómo ha podido suceder esto? He aquí un gran misterio que debo confesar. Es el secreto de la misericordiosa voluntad de Dios, que se ha dignado favorecer estas obras, porque el bien de la sociedad y de la Iglesia consisten en la buena educación de la juventud. La Santísima Virgen ha sido para nosotros en hecho de verdad *María Auxiliadora*. Á ella es á quien debemos el éxito de nuestros trabajos...»¹ ¿Lo veis? María ha arrancado á millares de niños de las garras de la miseria al mismo tiempo que los ha salvado del embrutecimiento moral y de la corrupción. ¡Ellos habrían perecido temporal y eterna-

¹ *Don Bosco* l. c. p. 313 y 316.

mente sin el socorro de María! ¡La sociedad habría tenido en ellos furiosos anarquistas, y hoy tiene excelentes ciudadanos! ¡La Iglesia probablemente los hubiera perdido, y hoy son acaso sus apóstoles!

15. Porque no basta para promover el bienestar social dar una sombra de educación, ni menos adularla y contrahacerla. Es preciso á toda costa darla buena y verdaderamente digna de este nombre. Educar no es solamente ilustrar con algunos conocimientos el espíritu, descuidando ó, lo que fuera peor, pervirtiendo el corazón. Educar es alimentar el alma de los niños, pero no con falsas máximas de virtudes aparentes y estériles, como son todas las que no llevan el sello de cristianas. ¡Ah! decía el tantas veces citado Fundador del Oratorio Salesiano: «La causa del mal que deploramos en la sociedad moderna, está en la falsa educación, en la educación inspirada en principios paganos, modelada en máximas y sentencias del todo paganas, y dada según un método pagano. Tal educación pervierte, en los más bellos años de la vida, el corazón y el espíritu.» Y ¿no son de este jaez tantas escuelas como privan hoy en todo el mundo? ¿no son éstas las llamadas laicas, más ó menos francamente ateas? ¡Qué dolor no causa al corazón cristiano ver á las pobres generaciones que se levantan, arrastradas por la fuerza ó por la astucia á esas perversas escuelas, verdaderas cisternas ó pantanos cenagosos donde no se da á beber á la juventud otra agua que la de doctrinas impías, disolventes y desmoralizadoras! Y ¿no es esto lo que pasa en muchos países católicos, subyugados por la Francmasonería, como la bella Italia, Francia y casi todas las repúblicas americanas? No temamos, empero, hermanos míos. María Auxiliadora

ha inspirado, dirigido y sostenido esta noble campaña, abierta el día de hoy contra la mala educación y en pro de la buena y verdadera, fundada sobre el temor y amor de Dios. Ella misma lo ha cantado en su inmortal *Magnificat: Fecit potentiam in brachio suo: dispersit superbos mente cordis sui*¹. Esforzó Dios su brazo por medio de María, desbaratando los cálculos de los orgullosos sectarios. Ellos pensaron derrocar de una vez para siempre el trono de Jesucristo, minando el de la verdad y emponzoñando las tiernas almas de los incautos niños; plan satánico que habría conducido al mundo á una nueva barbarie, si María Auxiliadora, viniendo en socorro de su Iglesia, no hubiera suscitado nuevas y aguerridas falanges de obreros educacionistas. La Familia Salesiana ha segado ya en este campo laureles muy gloriosos. Y ¿cómo no, si fieles herederos los hijos de Don Bosco, del espíritu del Padre, el mismo del suavísimo santo obispo de Ginebra, han aplicado á la formación de los niños las fecundas máximas de la caridad? Por este medio han llegado á formar hombres que, al decir de un grande y elocuente obispo², «atentos á los severos principios del deber, del orden, de la inocencia, de la discreción, á vueltas de la alegría y del esparcimiento, han aprendido á respetar á Dios, y á respetar y honrar á los hombres».

16. Mas no contenta María Auxiliadora con enviar nuevos obreros de la educación á la Iglesia, ha renovado el espíritu y dado nuevas fuerzas á las sagradas milicias ya de antiguo consagradas á estas generosas lides de la institución de la juventud. Séame permitido tributar aquí un homenaje de reconocimiento á la grata memoria

¹ Luc. I, 51.

² El cardenal Alimonda.

de Pío VII, el mismo que instituyó la fiesta de este día, quien, apenas trascurridos dos meses largos de su triunfal regreso á Roma, decretó solemnemente¹ el restablecimiento de la Compañía de Jesús en todo el mundo, con la mira expresamente declarada en la bula, de poner en manos de esta misma Compañía la cristiana institución de la juventud². Y la familia de Ignacio, siempre devotísima de María, su buena madre, y de la Cátedra apostólica, ha procurado, con el auxilio de aquella Reina soberana, corresponder á los designios del cielo en su restablecimiento, y á los votos entusiastas de la sociedad que aplaudió el decreto del Vicario de Cristo. Ni es menos justo y oportuno rendir fervientes acciones de gracias á María Auxiliadora, como autora principal de tantos y tan importantes servicios prestados á la educación en nuestra época, tan fecunda en institutos religiosos docentes, por tantas ilustres órdenes y congregaciones, entre las que figuran en primera línea las de San Agustín, Santo Domingo y San Francisco, San Vicente de Paúl y San José de Calasanz, Bienaventurado Juan Bautista de la Salle y Venerable Juan Eudes. Dignísimos de aprecio son también los trabajos del clero secular que, tanto en la dirección de seminarios, como en la de colegios nacionales y privados, en la fundación de escuelas parroquiales y de todas maneras coopera vigorosamente y con admirable celo al desarrollo de esa obra que reclama todas las fuerzas vivas de la Iglesia y del Estado, por ser la salvación del mundo la educación cristiana. ¡Honor á esas

¹ En 7 de agosto de 1814.

² Quo pariter iuventuti... probis moribus instituendæ operam dare libere et licite valeant (Sollicitudo omn. Ecclesiarum).

legiones del ejército de Cristo, al frente de las cuales, como en otro tiempo á la valerosa Débora al frente de Israel, se ve á María Auxiliadora!

17. Bendigamos por tanto, amados fieles, al Padre de las misericordias y Dios de todo consuelo¹, que en nuestros aciagos tiempos ha acudido al socorro de su Iglesia por medio de María. *Ella era nuestra esperanza, y no nos ha fallado*². Un día que los pobres pequeños de Don Bosco vieron de nuevo á su buen padre en medio de ellos, convalecido milagrosamente de mortal dolencia, no pudieron menos de gritar con entusiasmo: «¡Viva María Auxiliadora!» como á quien atribuían justamente la milagrosa curación. Y nosotros perfectamente convencidos de que sólo por el poder de María y su corazón de madre se ha podido conjurar hasta hoy la infernal tormenta que brama en derredor, amenazando hundir en el abismo nuestros más caros intereses del tiempo y de la eternidad, el alma, la sociedad y la familia, aclamemos también con ferviente gratitud á nuestra poderosa y benignísima Patrona. Digamos una y mil veces con el piadoso Fundador de la Obra Salesiana: ¡Oh! ¡qué buena es María Auxiliadora!

18. Mas no olvidemos que la lucha entre Cristo y Belial está empeñada todavía, y con más encarnizamiento que nunca; que la Iglesia es todavía combatida con las armas de la seducción, donde no con la violencia; que la sociedad vive siempre al borde del precipicio, amenazada, ya por la brutal anarquía, ya por la relajación de costumbres y la inmoralidad que necesariamente conducen á la disolución social. Á nuestras mismas puertas tenemos al protestantismo insidioso,

¹ 2 Cor. 1, 3.

² Is. 20, 6.

aliado natural de la revolución, pugnando por infiltrar en el corazón del pueblo y de los niños el veneno de falsas doctrinas, malamente llamadas *evangélicas*, cuando no son sino inventos caprichosos de Lutero y sus secuaces. ¡Alerta, padres de familia, á la voz de vuestro legítimo Prelado! No necesitamos de enseñanza protestante, corruptora, teniendo tantos y tan buenos elementos de cristiana educación. Entre tanto la perspectiva que tenemos delante, si bien iluminada con rayos de esperanza, no carece de sombras de temores. El siglo XIX está á punto de rendir su jornada: ¿bajo qué auspicios despertará el siglo XX? ¿qué suerte reserva Dios á las naciones? ¿abandonará Dios su heredad? ¡No, cristianos! La palabra de Jesucristo, inquebrantable, como la roca en medio de agitadas olas, nos asegura y tranquiliza: *Portæ inferi non prevalebunt*¹. Y la tradición de la Iglesia nos enseña que la salvación vendrá siempre por manos de María Auxiliadora². Así sea.

PRIMER PANEGÍRICO DE NUESTRA SEÑORA DEL CARMEN

(predicado en la catedral de Bogotá, julio de 1895).

Belleza de la Virgen-Madre del Carmelo.

Gloria Libani data est ei, decór Carmeli et Sarou. Is. 35, 2. ®

1. Hermosa entre todas las cumbres del blanco Líbano yérguese sobre la vasta planicie del Mar Mediterráneo, á mil metros de altura, la cima del Carmelo,

¹ Matth. 16, 18.

² Totum nos habere voluit per Mariam (*S. Bern.*, Serm. in Nativ. B. M. V.).

legiones del ejército de Cristo, al frente de las cuales, como en otro tiempo á la valerosa Débora al frente de Israel, se ve á María Auxiliadora!

17. Bendigamos por tanto, amados fieles, al Padre de las misericordias y Dios de todo consuelo¹, que en nuestros aciagos tiempos ha acudido al socorro de su Iglesia por medio de María. *Ella era nuestra esperanza, y no nos ha fallado*². Un día que los pobres pequeños de Don Bosco vieron de nuevo á su buen padre en medio de ellos, convalecido milagrosamente de mortal dolencia, no pudieron menos de gritar con entusiasmo: «¡Viva María Auxiliadora!» como á quien atribuían justamente la milagrosa curación. Y nosotros perfectamente convencidos de que sólo por el poder de María y su corazón de madre se ha podido conjurar hasta hoy la infernal tormenta que brama en derredor, amenazando hundir en el abismo nuestros más caros intereses del tiempo y de la eternidad, el alma, la sociedad y la familia, aclamemos también con ferviente gratitud á nuestra poderosa y benignísima Patrona. Digamos una y mil veces con el piadoso Fundador de la Obra Salesiana: ¡Oh! ¡qué buena es María Auxiliadora!

18. Mas no olvidemos que la lucha entre Cristo y Belial está empeñada todavía, y con más encarnizamiento que nunca; que la Iglesia es todavía combatida con las armas de la seducción, donde no con la violencia; que la sociedad vive siempre al borde del precipicio, amenazada, ya por la brutal anarquía, ya por la relajación de costumbres y la inmoralidad que necesariamente conducen á la disolución social. Á nuestras mismas puertas tenemos al protestantismo insidioso,

¹ 2 Cor. 1, 3.

² Is. 20, 6.

aliado natural de la revolución, pugnando por infiltrar en el corazón del pueblo y de los niños el veneno de falsas doctrinas, malamente llamadas *evangélicas*, cuando no son sino inventos caprichosos de Lutero y sus secuaces. ¡Alerta, padres de familia, á la voz de vuestro legítimo Prelado! No necesitamos de enseñanza protestante, corruptora, teniendo tantos y tan buenos elementos de cristiana educación. Entre tanto la perspectiva que tenemos delante, si bien iluminada con rayos de esperanza, no carece de sombras de temores. El siglo XIX está á punto de rendir su jornada: ¿bajo qué auspicios despertará el siglo XX? ¿qué suerte reserva Dios á las naciones? ¿abandonará Dios su heredad? ¡No, cristianos! La palabra de Jesucristo, inquebrantable, como la roca en medio de agitadas olas, nos asegura y tranquiliza: *Portæ inferi non prevalebunt*¹. Y la tradición de la Iglesia nos enseña que la salvación vendrá siempre por manos de María Auxiliadora². Así sea.

PRIMER PANEGÍRICO DE NUESTRA SEÑORA DEL CARMEN

(predicado en la catedral de Bogotá, julio de 1895).

Belleza de la Virgen-Madre del Carmelo.

Gloria Libani data est ei, decór Carmeli et Sarou. Is. 35, 2. ®

1. Hermosa entre todas las cumbres del blanco Líbano yérguese sobre la vasta planicie del Mar Mediterráneo, á mil metros de altura, la cima del Carmelo,

¹ Matth. 16, 18.

² Totum nos habere voluit per Mariam (*S. Bern.*, Serm. in Nativ. B. M. V.).

testigo, así de los prodigios verificados por los profetas, como de los grandes acontecimientos que han ido sucediéndose á sus pies. Desde esa misteriosa altura contempló un día el gran celador de la divina gloria, el incomparable Elías, la blanca y tenue nubecilla que, elevándose desde el seno del océano, convertíase á poco en majestuoso nimbo, que entre rayos y huracanes, inundaba con torrentes la montaña.

Grande, bella y magnífica entre todas las devociones que tienen por objeto á la Virgen prefigurada en la nubecilla del Carmelo, la devoción á Nuestra Señora del Carmen se eleva por encima de todos los cultos piadosos de María, extendiendo sus benéficos influjos, cual torrente de gracias celestiales, sobre el monte santo de la Iglesia católica. Colombia ha sentido muy especialmente el atractivo de esa devoción; y Bogotá, tan cristiana como culta, vese hoy inundada por ese diluvio de gracias que enaltece la solemnidad de las solemnidades de María, la grande y monumental festividad de Nuestra Señora del Carmen, levantada entre nosotros á una altura que sobrepuja las cumbres del Líbano, y aun las cimas gigantescas de los Andes.

2. ¡Lejos de esta Cátedra de la verdad la mentirosa adulación y la vana lisonja! Pero, dicho sea para estímulo y aliento de los que tan de corazón se consagran á glorificar á la Virgen Santísima del Carmen, difícilmente podía presentar otro punto del orbe católico espectáculo tan maravilloso de piedad popular, verdadera explosión de amor á María, como la que hoy se admira en Bogotá. La gloria sea de Aquel que *hace siempre grandes cosas, como Todopoderoso que es*¹,

¹ Fecit mihi magna qui potens est (Luc. 1, 49).

en tratándose de glorificar á su criatura predilecta, á su escogida para Madre. ¡Gloria á Dios en las alturas, y paz y bendición en la tierra á los que por su buena voluntad se han hecho dignos instrumentos de la gloria de Dios y de María!¹ Sí, cristianos: todo aquí es grande: ¡lástima que sólo sea pequeño el orador!

3. Para contribuir, pues, en la medida de mi pequeñez, á la magnificencia de estos cultos, no menos que para acrecentar, si cabe, vuestra devoción á la Reina de las gracias y Madre de las misericordias, ya que, no disponiendo de la grandilocuencia de los Crisóstomos y Bossuets, de los Segneris y Bourdaloues, no me sea dado expresarme á medida del deseo, me esforzaré en presentaros á Nuestra Señora del Carmen, vuestro dulcísimo encanto, como el tipo ideal de la belleza de la Virgen realizada con la corona de la más gloriosa maternidad. *Regina dignissima, Virgo perpetua*, cántala la Iglesia: Virgen incomparable, *Madre dignísima*: he aquí, á mi ver, lo que pueden significar aquellas palabras proféticas de Isaías: *Gloria del Líbano y hermosura del Carmelo*; he aquí, por lo demás, los rasgos característicos de esta dulce y encantadora advocación; he aquí, por tanto, el asunto de mi discurso y de vuestra atención benévola. Invoquemos etc. *Ave María.*

I.

4. Con el tema propuesto creo podría agotar la materia, si el desempeño en la exposición correspondiera á la grandeza de la idea. Porque, á decir verdad, devotísimos oyentes, nada hay más bello que la virgen,

¹ Gloria in altissimis Deo, etc. (Luc. 2, 14).

ni más sublime que la madre; pues ¿qué será si se reúnen en una sola persona por misteriosa manera y en el grado más subido la belleza de la virginidad y la gloria de la maternidad? Esto es lo que extasia la mente del gran Doctor de la Iglesia San Bernardo¹; esto lo que la misma Iglesia no acaba de admirar y de ensalzar: *Gaudia matris habens cum virginitatis honore, nec primam similem visa est, nec habere sequentem*². Esto hace de María la criatura única, sin ejemplar y sin segunda. Pero ¿qué extraño que Dios, que tan admirable se muestra en sus santos³, se haya manifestado sobre manera admirable en su Madre?⁴ Entremos, pues, con el favor divino, en la dulce contemplación de esa belleza virginal, de esa rosa entre azucenas, de esa flotante gasa ó blanca nubecilla suspendida en el espacio sobre el fondo azul turquí del firmamento. Dos son los esenciales elementos que constituyen la belleza perfectísima de la Virgen Carmelitana: la pureza y la humildad, el lirio y la violeta, el candor y la modestia que parecen haber fijado su trono en ese rostro amabilísimo de la Virgen.

5. ¡Pureza de María! ¿quién será bastante puro para contemplarte? ¿qué ojos de carne podrán fijarse en ese foco de luz immaculada sin quedar deslumbrados y ciegos? ¿qué labios humanos merecerán el honor de nombrarte? ¡Ay de mí! diré con el Profeta: *Vir pollutus labiis ego sum*⁵; mas no por eso debo guardar silencio, porque es preciso alabar á Dios en la más preciosa de sus obras. ¡Pureza de María! es aquella

¹ De laud. Virg. Matris (in festo Maternit.) hom. 1.

² Offic. Eccl. ³ Mirabilis Deus in sanctis suis (Ps. 67, 36).

⁴ S. Bern. ubi supra. ⁵ Is. 6, 5.

misma que salió de la boca del Altísimo, adornando la primogénita de todas las criaturas¹, es el primer aliento del corazón de Dios, el primer destello de su gloria. Es la misma que ha precedido al nacimiento de la luz indeficiente de los cielos², y por eso vence á la luz, puesta en parangón con ella³. Tanta y tan delicada es la pureza de la Virgen soberana, que, lejos de recibir algún realce de cuanto tiene la tierra de vistoso y de lúcido, diríase que el oro la desdora, y la luz de este mundo la desluce. Sí, porque se trata de un objeto más brillante que la luz y máspreciado que el oro y los diamantes; se trata de María, en cuya formación han trabajado con esmero y con delicia los atributos divinos, empeñados en consumir su obra maestra para colocarla en medio de la creación visible é invisible. Tenía que ser, pues, aquella criatura, aunque de inferior naturaleza, sin embargo más pura que los mismos ángeles, astros que embellecen el cielo de Dios, antorchas que iluminan su palacio⁴. Y ¿qué cosa más pura que los ángeles? ¡Ah! sólo el alma de María, la cual, como canta el grande obispo San Sofronio, «ha dejado muy atrás á todas las criaturas, sin exceptuar ninguna, como que sobre todas ellas ha brillado por la pureza»⁵. ¡Qué entusiasmo tan noble y tan digno de la Virgen incomparable respiran las palabras del santo y elocuentísimo Doctor! Séame permitido repetir las: «¿Quién podrá decir, ¡oh María! tu esplendor?... Tú embelleciste sobre manera la humana naturaleza; tú sobrepujaste las

¹ Primogénita ante omnem creaturam (Eccl. 24, 5).

² Ego feci in caelis ut oriretur lumen indeficiens (ibid. v. 6).

³ Luci comparata invenitur purior (Eccl. in offic. Immac. Concept.).

⁴ Apoc. 4, 5.

⁵ Præ omni creatura enituiti puritate (S. Sophron.).

jerarquías angélicas; tú eclipsaste el fulgor de los mismos arcángeles; tú viste debajo de tus pies las altísimas sillas de los tronos; tú abajaste la altura de las dominaciones; tú te adelantaste á la carrera de los principados; tú enervaste la fortaleza de las potestades; tú apareciste cual virtud más poderosa que las mismas virtudes; tú con ojos terrenos venciste la vista limpidísima de los querubines; tú con las alas del alma agitadas por el soplo divino te remontaste más allá de los alados serafines; tú, en fin, has traspasado los límites de toda la creación, porque has recibido en tu seno al Autor de todas las criaturas.»¹

6. La pureza de María no es solamente la que resplandece en una criatura racional, no decaída del estado primitivo en que la formó el Criador, y dotada de todas las perfecciones de alma y cuerpo que corresponden á su naturaleza, aun no empañada con la más leve sombra de imperfección ó de pecado: es todavía mayor y más perfecta, porque es el destello vivísimo de la gracia sobrenatural infundida á torrentes en su alma en el instante mismo de su Concepción, y aumentada hasta un grado casi infinito durante el curso entero de su vida. He ahí, cristianos, por qué podemos afirmar sin exageración que la pureza de la Virgen excede incomparablemente á la de los mismos ángeles, con ser éstos espíritus puros, incapaces de corrupción alguna, por cuanto la gracia que llenó el ser de María, excede sin comparación á cuanta se ha concedido á todas las criaturas juntas, según el sentir común y muy razonable de la Iglesia. «Á ninguno, como á ti, habla el mismo San Sofronio, hásele dado la plenitud de la gracia;

¹ Id. in hom. in Deipar. Annuntiat.

por eso nadie ha subido á tanta altura como tú, nadie ha brillado con tanta luz del cielo, como brillas tú.»¹
«Verdaderamente eres *Bendita entre todas las mujeres*; porque, siendo mujer por condición natural, has sido hecha, no obstante, real y verdadera Madre de Dios.»²

7. Hénos, pues, hermanos míos, frente á frente del más bello espectáculo que se ofreció jamás á la contemplación de los mismos espíritus bienaventurados: ¡frente á frente de la pureza de María! ¡Mirad á esa criatura sin igual, á esa Virgen de las vírgenes! Fijos sus ojos en Dios desde el primer instante de su existencia, elevada hasta la contemplación altísima de la divina esencia y sus perfecciones, es ella misma la imagen más excelente de la Divinidad, el trasunto más acabado de la santidad de Dios, pudiéndosele aplicar aquellas palabras de la Sabiduría: *Speculum sine macula, et imago bonitatis illius*³. No hay sombra que empañe aquel espejo tersísimo de pureza, porque ni siquiera ha cabido en su mente la idea del desorden, ni menos ha cruzado por su imaginativa el fantasma corruptor... Su mirar lo dice bien claro, ese mirar de cándida paloma, que no alcanza á vislumbrar el mal.⁴
¡Ved ahí el tipo de la inocencia virginal, de la inocencia del niño, del candor de la púdica doncella! ¡Ah! ¡qué bella es la pureza de los ojos! *Ecce tu pulchra es*... suspiraba el Esposo divino, *oculi tui columbarum*⁵. En verdad, que eres hermosa, porque tienes los ojos llenos de candor y de pureza. Y ¿qué pensar y qué decir de su inmaculado corazón? ¿Ha

¹ S. Sophron., Hom. in Deipar. Annuntiat.

² Ibid.

³ Sap. 7, 26.

⁴ Oculi eius sicut columbæ (Cant. 5, 12).

⁵ Cant. 1, 14.

respirado alguna vez el aliento de afecto terrenal? No, que todo lo de la tierra mancha, aunque sea el oro y el purísimo diamante. Desconfiad, almas puras, de todo lo terreno por más que relumbre á vuestros ojos. Pero María ¿ha podido inclinar su corazón hacia la tierra? ¿ha sonreído á sus falsos halagos? Lirio purísimo del valle¹, vivificado con los influjos celestiales, perfumado con el rocío del cielo, apenas tiene en la tierra su punto de apoyo, pero se desprende de ella cuanto le es posible, empujándose cada vez más sobre sus raíces para alzar al cielo el cáliz entreabierto de su corazón. Por eso sus pétalos ostentan una blancura de alabastro, no alcanzándose á divisar en ellos un solo punto obscuro: el Esposo aplica á ellos sus labios divinales, y liba su néctar delicioso.

8. ¡Almas que amáis la hermosura verdadera, no la separéis jamás de la idea de pureza! No en vano ha dicho el Esposo en los Cantares: *Toda hermosa eres, amiga mía, y no hay mancha alguna en ti*²; porque, de haberla, dejaría de existir tanta hermosura. La belleza no se halla donde habita el desorden, el cual no es otra cosa que deformidad moral; y, por lo que hace á la belleza puramente física, no es ésa la que cuadra al ser humano, cuya dignidad y belleza característica pertenece al orden suprasensible, á la región espiritual. Buscad, pues, la belleza no en los frágiles encantos materiales ni en los atavíos y galas del cuerpo corruptible, tan corruptibles como la misma carne de pecado; buscadla, no en la vanidad sino en la verdad, no en la materia sino en el espíritu, en la pureza de corazón y de sentidos, en que consiste la *claridad del orden*,

¹ Ego flos campi (Cant. 2, 1).

² Cant. 4, 7.

que es el concepto adecuado de la belleza moral. Tal es, devotos de María, la enseñanza práctica que os da vuestra adorada Madre, la Virgen del Carmelo, cuando os dice: «No queráis amar al mundo ni las cosas que en el mundo tienen precio.»¹ El mundo, máxime el mundo del siglo XIX, corre desalado y frenético tras la belleza; pero ¡ojalá que tras la verdadera y casta! Si así fuera, dejaría de ser el mundo lo que realmente es, según la idea que de él nos da el mismo Jesucristo: el gran teatro en que dominan todas las concupiscencias, el campo en que combaten victoriosas todas las malas pasiones, capitaneadas por la soberbia de la carne y del espíritu, y donde sólo la virtud queda humillada y vencida, afrentada la humildad y ultrajada la pureza. Ese es el mundo, hermanos míos; y por eso se va tras de la carne y dedica todos sus entusiasmos á cantar el placer, hasta en sus formas más innobles. Nada exagero, si se toma en cuenta el desenfreno á que ha llegado la literatura pornográfica y el arte inmoral en nuestros días, de que no le queda al caduco siglo XIX más que la vergüenza y el remordimiento. ¡Literatura infame que ha osado hacer mofa de la Reina de las vírgenes y de sus fieles devotos! ¡Caiga sobre ella todo el peso de la cristiana indignación! ¡Aplaste á sus fautores la pública honestidad y el buen sentido!

9. Otro elemento de la belleza de la Virgen, que resplandece admirablemente en Nuestra Señora del Carmen, es la modestia virginal. Si el tipo de la virgen cristiana, de la virgen cual la describe el Apóstol², es realmente el más encantador, el que ha inspirado

¹ Nolite diligere mundum, etc. (1 Io. 2, 15).

² 1 Cor. 7, 34.

tantas y tan divinas creaciones al arte, la modestia entra por mucho en ese tipo, no fuese más que como sombra para hacer resaltar las dotes sobresalientes, los vivos toques de luz. *Magna virtus castitas*, ha dicho acertadamente San Bernardo; *sed magis necessaria humilitas*¹; y aun para la misma belleza de la virginidad es necesaria la humildad de corazón. En efecto, mis amados hermanos, no hay belleza sin orden, ni orden racional sin humildad.

10. La humildad, ó sea la modestia del espíritu, no es otra cosa que el sentimiento íntimo y sincero de la propia nada, es la verdad en el sentimiento de nosotros mismos. La hinchazón del espíritu, el vano aprecio de sí mismo, el abultamiento de las formas con perjuicio de lo substancial, la soberbia, en suma, es el desorden del ser humano, porque es el trastorno de sus leyes constitutivas. Porque ley fundamental de la criatura es la sumisión, la dependencia del Criador: la inteligencia finita invoca á la inteligencia soberana; el corazón creado aspira al Bien increado, y por tanto la belleza de la criatura, como débil reflejo, debe inclinarse hacia su origen, hacia el foco supremo de toda beldad y perfección. Mas no lo entiende así el orgullo que aspira á los honores de la supremacía independiente, proclamando la autonomía de la razón y aun de la carne. ¡Monstruosa presunción la primera! ¡asquerosa autocracia la segunda! Monstruos, no obstante, vivientes en nuestra época de pleno naturalismo... En tanto que la razón humana, infatuada con sus triunfos en la esfera de lo natural, proclámase reguladora y soberana en todas direcciones, en la acción y el pensamiento,

¹ S. Bern.

en filosofía y en moral, en lo privado y en lo público, la carne, por su parte, aspira, por el triunfo del sensualismo práctico, á conquistar las adoraciones del corazón y el culto pagano de los sentidos. La razón quiere imponerse; la carne, corromper: una y otra pretende la apoteosis, como en los tiempos del antiguo paganismo, renovados en época moderna. Tal es, hermanos míos, el desorden monstruoso del orgullo. Semejante desorden tiene que producir lógicamente la ruina de la verdad estética, la falsificación de la belleza moral. Reaparezca la humildad en la ciencia, en las costumbres y en el arte mismo, y brillará con todos sus encantos naturales y sobrenaturales la belleza.

11. Así es precisamente cómo brilla en el semblante y persona de María en esa dulce advocación del Carmen, que hace resaltar, con la expresión de la humildad más honda y genuina, la belleza de la más pura de las vírgenes. ¿No la veis? Sin aires de grandeza, sin afectación de ningún género, la más hermosa y excelsa de todas las criaturas está diciendo con los labios, con el corazón y el semblante: *¡Ecce ancilla Domini!*¹, ó, lo que es igual: *Magnificat anima mea Dominum*², porque solamente á la humildad le es dado entonar el *Magnificat*. Engrandeciendo á Dios, enáltécese á sí propia: el cántico de las divinas alabanzas tórnase en himno de las grandezas de María. *Fecit mihi magna qui potens est*³. ¡Misterioso poder de la humildad! Candor más deslumbrante que la nieve, modestia más fragante que el nardo del Carmelo: he ahí la belleza singular de Nuestra Señora del Carmen.

¹ Luc. 1, 38.

² Ibid. v. 46.

³ Ibid. v. 49.

II.

12. ¿Quién podrá pintar la gloria de su real maternidad? Entre todas las prerrogativas que, cual piedras preciosas en la diadema de una reina, brillan en la corona de la maternidad humana, ninguna tan espléndida como la que podemos llamar dignidad de la madre. Es una prerrogativa especial que no se encuentra en otra parte. Es todo lo que se designa con ese concepto, y algo quizás indefinible. Es la fortaleza de la mujer típica, descrita con mano guiada por el Espíritu Santo en el capítulo 31 de los Proverbios. Por ella sus hijos la aclamaron mil veces dichosa, su esposo la colmó de alabanzas, viéndose él mismo rodeado de atenciones y respetos en medio del senado de su pueblo. Y no es aquella una joya postiza, sino una dote natural. Sólo que no todas las madres la poseen igualmente, porque no todas las que llevan ese título, tienen plena conciencia de lo que son y lo que valen. En María, y sólo en ella, tiene su lleno la conciencia de la maternidad, porque á ella sola *se le ha dado la hermosura del Carmelo: «Decor Carmeli et Saron» junto con la blancura del Libano*¹. La madre del pueblo cristiano, Nuestra Señora del Carmen, cobija con su pardo manto á la humanidad entera, y al efecto lo divide en tantos abrigos cuantos son los sagrados escapularios que María reparte entre sus domésticos, como vestidos dobles, hechos para resistir el rigor del invierno de esta vida de infinitas miserias². Por otra parte su semblante está diciendo á gritos: *¡Ecce mater tua!*³

¹ Is. 35, 2.

² Omnes domestici eius vestiti sunt duplicibus (Prov. 31, 21).

³ Io. 19, 27.

Aquí tenéis á vuestra madre. Madre solícita: la madre es la providencia del hogar. Madre poderosa por el amor: el amor es la fuerza que todo lo avasalla. Madre compasiva y misericordiosa: llorar y enjugar lágrimas es la dulce misión de la maternidad. Solitud, poder, clemencia: he ahí los atributos de la dignidad maternal, á que responden, por parte de los hijos, sumisión, respeto, amor; noble tributo que hace de la madre una amable soberana, una reina que tiene en su poder los corazones.

13. La solitud de María ¿á qué no se extiende, amadísimos oyentes? Sin duda que abarca á todos los hombres, y se dilata en todas direcciones, porque Jesús le ha señalado por hijos de su ternura á todos los miembros de la gran familia humana, sin excepción, representados en Juan junto á la cruz. *In Ioanne intelligimus omnes, quorum Beata Virgo per dilectionem facta est mater*, dice el piadoso y doctísimo San Bernardino de Sena. Y el gran San Bernardo atestigua que María ha extendido siempre su solitud maternal á todo el género humano¹. Mas no por esto se ponga en duda que tiene hijos de predilección, hijos merecedores de su especial afecto; y éstos ¿cuáles han de ser sino los que forman la *Orden de Nuestra Señora*, los hermanos del Carmen, los que se honran de vestir su preciosa librea? «Vence María en amor á los que la aman», dijo San Ignacio mártir²; y de ahí que, como la Mujer fuerte, no se dé reposo de día ni de noche, atenta siempre á aliviar la suerte de sus hijos, siempre pronta á socorrerlos en sus necesidades y peligros. Así lo ha

¹ Constat pro universo genere humano fuisse sollicitam (S. Bern.).

² Semper Maria cum amantibus est amantior.

prometido á sus hermanos del Carmen: «En todas las tentaciones de la vida tengo de prestarles eficaz y presto auxilio.»¹ ¡Pobre vida humana, tan llena de aflicciones, tan fértil en espinas de pesares! Cada edad tiene sus ayes, cada estado sus quebrantos, cada situación sus riesgos.... Porque el hombre nacido de mujer, como exclamaba Job, no viene hoy sino para desaparecer mañana, y en tan breve plazo se ve abrumado de miserias². Y, si grandes son los riesgos que por doquiera cercan la vida temporal, mayores y de infinita más trascendencia son los riesgos de la vida eterna. ¡Ah! La vida eterna: ésta es la única esperanza, el único verdadero porvenir del peregrino, desterrado á la mansión del dolor. ¡Ojalá no estuviera erizado de peligros el estrecho camino que conduce á la vida!³ Pero, á Dios gracias, María acude á todos los puntos donde se libra el combate de muerte ó vida eterna: María lleva sus auxilios de salvación á todas partes, lo mismo á la alcoba del moribundo que al campo de batalla donde agonizan los heridos; así al alta mar donde tiemblan los marinos y perecen los náufragos, como al oscuro rincón donde solloza el desvalido huérfano y oculta sus lágrimas la pobre viuda... ¿Qué fuera del hombre sin la solicitud de aquella Madre?

14. Consideremos ahora su poder. Éste se ostenta invencible allí precisamente donde campea la flaqueza humana, donde el poder de los grandes de la tierra se reduce á polvo: esto es, en las postrimerías de la vida, cuando parecen agotar sus esfuerzos en titánica

¹ Præsens in omnibus vitæ tentationibus auxilium (Offic. B. M. V. de M. Carmelo).

² Job 14, 1.

³ Matth. 7, 14.

lucha los enemigos jurados de nuestra salvación. María no faltará á su promesa, hecha á sus fieles carmelitas, de darles el laurel de la victoria en aquel supremo combate de la vida: *In ultimo vite luctamine victoriam*. ¡Qué lucha, hermanos míos! ¡qué desigualdad de fuerzas entre los combatientes! ¡tánta debilidad por parte del hombre! ¡tánta avilantez y osadía por parte del demonio¹, sabiendo que aquel momento es decisivo! Aquí es, pues, donde va á desplegar toda la energía de sus auxilios nuestra buena y valerosa Madre. Sí, valerosa, porque tal es el carácter del amor maternal: *Fortis est ut mors dilectio*², como se ha repetido mil veces. Hasta en el reino del instinto donde no impera sino una sombra de amor, ó sea, la inclinación ciega al bien sensible, admirad los prodigios de fortaleza que ejecuta el amor de la madre á sus hijuelos: mirad á la leona embravecida defendiendo del arma del cazador sus cachorros; al ave doméstica (con la que no desdeñó compararse el mismo Cristo, para pintar su cariño de Padre)³, desplegando, frente á frente del pirata de los aires, un valor superior á su naturaleza en presencia del peligro que amenaza á sus polluelos. Mirad á éstos ¡cuál se acogen al seguro de las alas maternas! Y ¿no nos acogerá María bajo el manto de su omnipotencia, cuando nos viere acobardados en el trance de la muerte por el silbo del infernal milano? María poderosa, no sólo como madre, sino como reina de todas las jerarquías de la creación, no necesita hacer alarde de poder para acudir al socorro del hijo, puesto en duro trance por la carga espantosa de sus fieros enemigos. Pero ¿quién no tiembla, hermanos míos, al medir con la

¹ Apoc. 12, 12.

² Cant. 8, 6.

³ Matth. 23, 37.

consideración la terrible grandeza de esa lucha formidable? ¿Quién no se estremece al meditar en aquellos momentos de la agonía, solemnes como la campanada que la anuncia á los fieles, patéticos como el toque de plegaria? No temáis, sin embargo, ¡oh devotos hermanos del Carmen! Aunque una legión entera de infernales espíritus milite contra vosotros, con vosotros está María, cuyo solo nombre es terror á los demonios: *terribilis ut castrorum acies ordinata*¹. Os bastará mirarla á vuestro lado, para que, henchidos de valor, pongáis en vergonzosa fuga á vuestros enemigos, empuñando con segura mano la palma de la final victoria: *in ultimo vitæ luctamine victoriam*².

15. Más lejos todavía que su poder se extiende la misericordia de nuestra adorada madre, la Virgen del Carmelo. *Lex clementiæ in lingua eius*³: pues, tras-pasando los lindes de la vida terrestre, su clemencia llega hasta la región del purgatorio. ¡Es ir bien lejos! Y fuera más allí también, si en el imperio de la noche eterna hubiese sujeto capaz de aprovecharse de ella. En el purgatorio, donde todo es dolor, pues la esencia de aquel estado es la expiación pura, sin mezcla de ningún otro elemento de vida sobrenatural, cabe, no obstante, algún alivio; porque (¿adónde no llega la compasiva ternura de una madre?) cabe el alivio de María. ¿Es alguna de sus lágrimas reservada en misteriosa copa, en alguna de las *phialas* apocalípticas, la que,

¹ Cant. 6, 3.

² Quis dæmonum apud Iudicem accusare audeat, cui viderit Matrem patrocinantem? Hæc est illa virgo, qua retunduntur impetus adversantium dæmonum (*S. Petr. Dam., Richard.*).

³ Prov. 31, 26.

vertida por un ángel, apaga, siquiera momentáneamente, el ardor de aquellas llamas? Ó ¿será acaso una de aquellas gotas de la sangre de Jesús que quedaron esparcidas á millares en las piedras de las calles de Jerusalén, en las gradas del Pretorio, en los huecos del Calvario?¹ Si así es, siempre es alivio que emana de María, porque es sangre de su sangre. Bien pudiérase decir, dada la promesa de María á sus Carmelitas: *In igne purgatorii iuvamen et solatium*, que allí, en el purgatorio, vence á la justicia de Dios la misericordia de María. El Hijo se complace en ser vencido por su Madre. Y el resultado ¿cuál es? *In caelestem patriam filios...quantocius efferre*: llevarse á sus hijos lo más pronto posible, á formar su corte en la celestial morada. Diríase que María no puede estar plenamente contenta, aun en el cielo, si no se ve rodeada de sus hijos: es sentimiento propio de la madre. ¡Al cielo, pues, almas dichosas! Si entre las llamas de aquel abrasador incendio alcanzábanse á distinguir, respetadas por el fuego, las sagradas insignias de María cubriendo el pecho y las espaldas; también entre los esplendores de la gloria vense brillar, como noble divisa, los escapularios que recibieron de manos de María sus hermanos, como prendas de amor y emblemas de victoria. ¡Oh! ¡sea respetada también sobre la tierra esa preciosa librea, despreciada solamente por el mundo insensato que no comprende su valor!

16. Amor, respeto filial, confianza en María, entusiasmo generoso, culto espléndido.... Ved ahí el tributo que corresponde, por parte de hijos tan queridos, á su Madre y Soberana. ¡Reinado glorioso el que tiene por

¹ P. Faber, Dolores de María.

base el amor más entusiasta, y por ley la adhesión más pura y ardiente! Tal es el imperio que María anhela conquistar, y que felizmente ha conquistado ya sobre vosotros. Por lo demás, amadísimos oyentes, las ventajas, el honor y la felicidad, son todas nuestras. María no recibe, sino da. Y ¿pensaremos nosotros hacer mucho correspondiendo según la pequeñez de nuestras fuerzas á los dones recibidos de su mano? Pues, á esta misma correspondencia nuestra, con no ser más que el pago incompleto de una deuda, está dispuesta nuestra buena Madre á vincular inmensos bienes de toda clase, espirituales y temporales, según lo tienen experimentado siglos hace la Iglesia y la sociedad cristiana. Sábelo también por propia experiencia Colombia, donde la devoción á Nuestra Señora del Carmen es verdaderamente popular, cual ninguna otra; sábelo especialmente Bogotá, donde millares de fieles hacen gala de vestir la librea de María, y, cual verdaderos hijos, redoblan de año en año sus esfuerzos para que las manifestaciones de su devoción sean sobre manera espléndidas y dignas de su objeto. ¡Plegue á Dios que, por premio de tan noble entusiasmo religioso, se vean reformadas en todas las clases las costumbres, afianzada la paz doméstica, consolidada la tranquilidad pública, remediadas todas las necesidades, asegurada en vida y muerte la felicidad, gracia que á todos os deseo!¹

¹ Regina mundi dignissima, Virgo perpetua, intercede pro nostra salute (Eccl.).

SEGUNDO PANEGÍRICO DE NUESTRA SEÑORA DEL CARMEN

(predicado en la catedral de Bogotá, el 16 de julio de 1896).

María, obra maestra del Criador.

Ego ex ore Altissimi prodivi, primogenita
ante omnem creaturam.

Eccl. 24, 5.

1. Si pudiera caber duda, respetabilísimo auditorio, sobre cuál de todas las criaturas, angélicas y humanas, ocupa el primer asiento en el inmenso teatro de la creación, la festiva solemnidad que celebramos en este gran día con la pompa ya antigua y siempre nueva (permitidme parodiar á San Agustín), bastaría para sacarnos de ella, quedando para siempre resuelta la cuestión. ¡Magnífico golpe de vista el que hoy presenta esta grandiosa basílica, más orgullosa por las eminencias que la han ilustrado que por la altivez de sus arquerías y la arrogancia de sus bóvedas! ¡Bellísimo espectáculo el que hoy se ofrece á los ojos del piadoso concurso que ve desde las anchas puertas del gran templo, ricamente decorado, alzarse allá en el fondo, en artístico trono de luz, oro y selería, la imagen de Aquella que, siendo imán irresistible de los corazones, es foco á do convergen todas las miradas, y objetivo donde se reúnen todos los afectos; la imagen, digo, de la gloriosísima Virgen, Nuestra Señora del Carmen. ¡Qué afán, no visto en otros días, el que hoy agita á millares y millares de fieles por honrar á Aquella que nadie puede dignamente honrar, á la augusta Virgen, en su popular y dulcísima advocación! ¡Qué flujo y reflujo de personas de toda condición, edad y sexo, desde las más humildes hasta las más encumbradas en

	Pág.
Panegírico de Nuestra Señora del Pilar	366
Sermón para la fiesta de Nuestra Señora del Consuelo	383
Sermón para la fiesta de la Inmaculada Virgen celebrada por la Congregación de Jóvenes Estudiantes	397
Sermón sobre el culto de María	412

PANEGÍRICOS DE ALGUNOS SANTOS.

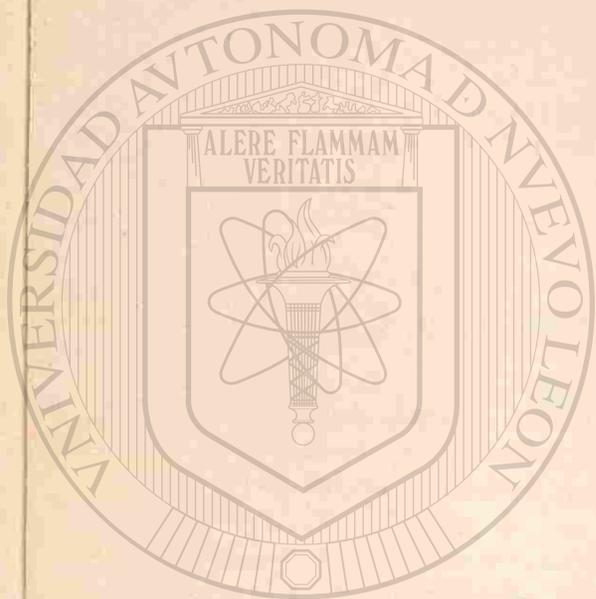
Panegírico de San José, Patrono de la Congregación de la Muerte	431
Primer Panegírico del Patrocinio de San José	449
Segundo Panegírico del Patrocinio de San José	467
Panegírico del Arcángel San Rafael	482
Panegírico de San Agustín, Obispo y Doctor	499
Panegírico de San Antonio de Padua	518
Panegírico de las Llagas de San Francisco	532
Panegírico de San Ignacio de Loyola, Fundador de la Com- pañía de Jesús	546
Primer Panegírico de San Juan de Dios	563
Panegírico de San Juan de Dios, Patrón de todos los hospitales del mundo	581
Panegírico de San Juan Nepomuceno	596
Panegírico de San Luis Gonzaga	611

PANEGÍRICOS DE LA SANTÍSIMA VIRGEN.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





PRIMER PANEGÍRICO DE LA INMACULADA CONCEPCIÓN DE MARÍA

(predicado en Medellín, Col., en 1888).

Tota pulchra es, amica mea, et macula non
est in te.

El misterio de la Concepción Inmaculada es
el de la *belleza* de María.

Cant. 4, 7.

1. Jamás podremos los hijos de la Iglesia bendecir
bastantemente la memoria de Pío IX el Grande, el
Pontífice de la Inmaculada, porque, definiendo *ex ca-
thedra* el dogma de la Concepción sin mancha de la
Bienaventurada Virgen María, dió inmensa gloria á la
Santísima Trinidad, ciñó las sienes de la Reina del cielo
con la más rica diadema, y regocijó al universo católico
colmando los ardientes deseos de millares de corazones.
Pues, si bien sus piadosos predecesores, condenando la
opinión contraria á la universal creencia de los fieles,
habían coartado la atrevida libertad de opinar acerca
de este punto, en otro tiempo vivamente controvertido,
hoy, pronunciada la definición dogmática, y con ella
del todo afianzada nuestra fe, reposamos tranquilos en
plena y perfecta posesión de esta verdad dulcísima para
el pecho cristiano. Con lo cual, haciendo á un lado
toda clase de apologías inútiles ya para el creyente,
nuestros ojos pueden contemplar de hito en hito, no
sólo la realidad, sino la belleza, sublimidad y armonía
de tan magnífico misterio. Al fin nos es dado admirar

la grandeza del baluarte conquistado, la extensión y hermosura de la Tierra de promisión, que es ya nuestro dominio. Así, los argumentos teológicos que hace un siglo solían emplearse, tanto en la cátedra como en el púlpito, contra los refractarios de la pía sentencia, para convencerlos de la verdad del singular privilegio de María, el día de hoy pueden servirnos para comprender mejor el armonioso conjunto de verdades que forman nuestra santa religión, y admirar con más fervor la economía de la Providencia en la preparación simbólica de los augustos personajes de la Nueva Ley. ¡Qué admirable correspondencia la de éstos con las figuras de la Ley Antigua! Jesús y María, el Redentor y su Madre Virgen, estuvieron dibujados con todos sus perfiles no sólo en la mente del Altísimo desde la eternidad¹, como las primeras figuras de la creación, sino también en el vasto lienzo de la Historia, desde la escena del Paraíso hasta la víspera de los tiempos mesiánicos. ¡Gloria sea dada al autor de tan maravilloso concierto!

2. Partiendo de este principio discurramos por el campo del gran misterio, que, cual río caudaloso de límpida corriente, alegra la Ciudad de Dios²: del misterio que, cual ningún otro, regocija al pueblo cristiano en oriente y occidente, en Europa y América, no dudemos asentar para gloria de María Inmaculada, que éste es por excelencia el misterio de su *belleza* incomparable, como el de la Anunciación podría llamarse el de su *grandeza*, y el de la Asunción, el de su *gloria*. Podemos, pues, extasiarnos el día de hoy y embelesarnos

¹ Ego ex ore Altissimi prodivi (Eclli. 24, 5).

² Fluminis impetus lætificat civitatem Dei (Ps. 45, 5).

santamente en la hermosura de Aquélla á quien el Esposo divino apostrofa diciéndola: *Toda hermosa eres, amiga mía, y no hay mancha alguna en ti*¹; de Aquélla á quien la Iglesia santa apellida á boca llena: *tota pulchra, immaculata*, bella sin lunar ninguno en el misterio de su Concepción. Ni es otro el sentimiento general del pueblo cristiano. Digamos, pues, que María es toda hermosa porque es portento de *pureza*, en el acto de ser concebida en gracia y sin mancha de pecado. Apresurémonos á saludarla con el Ángel: *Ave, gratia plena*.

I.

3. Difícil es, si no imposible, amadísimos oyentes, formar concepto de la hermosura, sea física, sea moral, sin el elemento predominante de pureza. Porque, si ésta significa aquel estado de limpieza que excluye toda mancha, claro es que ha de ser elemento y factor de belleza; pues ¿cómo puede ser bello lo que está manchado? Por más que un objeto lo sea en sí mismo, su belleza se deslustra, y aun se pierde y desaparece con sólo la falta de limpieza. *¿Cómo se ha obscurecido el oro!* exclamaba el profeta llorando sobre Jerusalén, *¿cómo ha perdido su bellissimo color!*² Y, si por pureza se entiende la ausencia de mezcla de substancias extrañas, entra también por mucho en la belleza, toda vez que la mezcla suele importar mancha ó, por lo menos, disminución de las calidades nativas del objeto precioso. Por eso en la naturaleza se nos suelen ofrecer reunidas entrambas propiedades, *belleza y puridad*. ¿Sería tan bello el lirio á no ser su blancura inmaculada? Su misma fragancia ¿no es tan pura? Pues ¿qué diré

¹ Cant. 4, 7.

² Thren. 4, 1.

de la hermosura de las flores, desfigurada en el momento mismo en que cae sobre su cáliz una mancha? ¿qué, de la fuente, tanto más bella cuanto más tersa y cristalina? Porque, si lleva en disolución materias espurias y corre turbia y pesada, luego pierde toda su apacibilidad y sus encantos. Entre las gemas ó piedras llamadas preciosas, cuyo fabuloso precio no tiene otro fundamento que su hermosura extraordinaria, figura como primera el purísimo diamante, no ciertamente por la materia primitiva de que está formado, tan despreciable en otros compuestos, sino por la pureza de su formación y la limpieza maravillosa de sus aguas. ¿Qué cosa hay, finalmente, más hermosa en lo criado que la luz¹, esa substancia escogida para representar los seres espirituales, como la verdad, la santidad, la bienaventuranza eterna, y hasta la naturaleza del ser divino?² Y ¿hay cosa más pura, más ajena á toda mancha que sus rayos, los que, ni aun atravesando el cieno, son capaces de contaminarse? De ahí es que los cuerpos más radiantes de hermosura son aquellos mismos que brillan con más golpe de luz, los más resplandecientes, ora con claridad serena y apacible como la luna y las estrellas, ora con resplandores deslumbrantes como el sol. Por eso María descuella entre todas las criaturas cual prodigio de belleza física y moral, porque de ella cantaron labios divinos: *Hermosa es como la luna, y escogida como el sol*³; porque María es toda luz, toda pureza en alma y cuerpo, y no hay en ella sombra ni asomo de imperfección alguna. Por eso el Esposo divino se regala en compararla, parte

¹ S. August. apud *Cartagena*, Homil. cathol. I, 32.

² 1 Io. 1, 5.

³ Cant. 6, 9.

por parte, con cuanto hay de más hermoso y puro en la inmensidad de la creación: con el lirio, la rosa y el nardo de los vistosos jardines¹; con el cedro y el alto ciprés de las montañas²; con la fuente de los huertos que salta clara y juguetona³; con el oro cincelado y las piedras preciosas⁴; con la dulzura del vino y del panal que destila dorada miel⁵; en fin, con la luz de las estrellas rutilantes⁶.

4. Y, si tanto contribuye la pureza á la hermosura corpórea, ¿qué será á la espiritual? El orden físico no es más que una pálida imagen y tosco bosquejo del orden moral: aquél es la esfera donde se mueven los cuerpos; éste, donde se agitan los espíritus. En este concierto de pensamientos, afectos y obras movidas por el resorte de la libertad, la pureza viene á ser la rectitud, el orden, y por consiguiente la belleza, siendo, al contrario, el desorden, la fealdad. Bello es, en el mundo moral, lo bueno, virtuoso y perfecto: feo y deforme, lo que envuelve defecto, culpa y malicia; y en esta proporción, la belleza subirá de punto á medida que crezca la perfección moral del ser. Una alma completamente pura, no contaminada con mancha alguna de pecado, ni aun levísimo, ésa sería una alma *toda hermosa*: ésa es, en hecho de verdad, María, santa y santísima, como ella sola merece ser apellidada. Pues ¿cuál otra pudiera gloriarse de una total inmunidad de pecado? *Una sola*, dijo Dios, *es la perfecta mía, la inmaculada mía*⁷. *Es un lirio nacido y criado en medio de las espinas*⁸ del pecado, común á toda la humana

¹ Cant. 1, 11.

² Eccli. 24, 17.

³ Cant. 4, 5.

⁴ Eccli. 50, 10.

⁵ Cant. 4, 10. 11.

⁶ Num. 24, 17.

⁷ Cant. 6, 8.

⁸ Ibid. 2, 2.

descendencia. ¿Qué santidad de hombre, por eminente que haya llegado á ser, no ha salido del abismo de la culpa precedente? Sólo María ha podido decir: *Non-dum erant abyssi, et ego iam concepta eram*¹; porque para ella no existió el abismo del pecado anterior á la concepción de todos los demás hijos de Adán. Sólo ella pudo decir: *Ego ex ore Altissimi prodivi*²: salió directamente de la boca del Altísimo, de las manos del Criador, fuente de santidad, de la cual no puede salir nada manchado; porque, aunque sea verdad incontestable que el cuerpo de la Virgen inmaculada no fué modelado inmediatamente por las manos de Dios como el de Adán en el Paraiso, debe tenerse por cierto que fué formado de la sangre de Ana y de Joaquín conforme á la primera idea de la generación humana, si ésta hubiese tenido lugar en el estado de la inocencia original: esto es, dice San Juan Damasceno, de un modo milagroso y exento de toda impureza y liviandad³. El astro del día, aunque envuelto en los resplandores de la aurora, sale del seno tenebroso de la noche: la fuente cristalina suele brotar del fango de la tierra; María, por un privilegio sin ejemplo, ha sido luz sin sombra, día sin noche, manantial de límpida corriente aun antes de aparecer sobre la tierra.

5. La puridad de María, consecuencia natural y certísima de su predestinación á la divina maternidad, ha sido no sólo reconocida por todos los Padres y escritores eclesiásticos, sino magníficamente encomiada por los más ilustres doctores de la Iglesia, con aprobación de esta misma infalible maestra de verdad. Oíd,

¹ Prov. 8, 24.

² Eccli. 24, 5.

³ *Damasc.* lib. 4, cap. 15, apud *Cartagena*.

cristianos, al gran San Agustín diciendo: «¿De dónde había de resultar basura en aquella casa que no conoció ningún habitante de la tierra? Sólo su dueño, el que la fabricó, vino á habitarla.»¹ Y el dulce San Bernardo, tan entusiasta por las glorias de la Virgen, exclama: «¿Qué pureza, ni aun la angélica, puede compararse con la de aquella Virgen que mereció ser hecha sagrario del Espíritu Santo y habitación del Hijo de Dios?»² Pero el Beato Arnaldo Abad sube más arriba de los ángeles en la comparación, diciendo: «Entre tantas almas como se salvan, una sola es la paloma escogida, aquella que engendró á Cristo, la Virgen Madre, la niña María, la que en verdad excede en pureza á los querubines y serafines.»³ Finalmente, parece aventajarse á todos los demás el sapientísimo Doctor San Anselmo, cuyas palabras adopta textualmente el Sumo Pontífice Pío IX en la bula de la definición dogmática⁴, y son las siguientes: «Una Virgen, á quien Dios Padre había decretado dar á su Hijo único, al cual, como engendrado de su corazón igual á sí, ama tanto como á sí mismo; y dárselo de tal manera que naturalmente fuese uno el Hijo de Dios y el de María, justo era y absolutamente necesario que brillara con tal pureza que no pueda concebirse otra mayor después de la divina.»⁵ No es posible, cristianos, enaltecer más elocuentemente la eximia pureza de María; pureza que, como cualquiera advierte, no tolera la más pequeña mancha actual ni original. De ahí que esta autorizada

¹ *S. August.*, *Contra haereses* lib. 2.

² *S. Bern.*, *Sermo de Assumptione*.

³ *Arnald. Abb.*, *De laudibus Virginis*.

⁴ Bulla «*Ineffabilis Deus*», sub initio.

⁵ *S. Anselm.* apud *Cartagena* op. cit.

sentencia de los más célebres doctores haya servido de argumento decisivo en la cuestión de la Concepción inmaculada de la Madre de Dios. Digamos, pues, á boca llena, regocijándonos con la divina Señora: *Tota pulchra es, et macula non est in te*. «Los cielos no son tan puros como tú»¹; pues si en ellos puede descubrir mancha y obscuridad el ojo del que es santidad por esencia, en ti —lo ha dicho Él mismo— no hay mácula de imperfección que ofenda sus purísimas miradas.

6. No hay en la Virgen Santísima ni sombra siquiera de culpa, quiero decir, amados fieles, ni remota inclinación al mal, ni fomes del pecado, ni efecto alguno de los que produjo la funesta caída de nuestra naturaleza en la persona de Adán. Á la verdad, no habiendo heredado María una naturaleza viciada, sustraída como fué por la omnipotencia de su Hijo á la universal corrupción, tampoco pudo tener parte en la herencia de miseria, que son la consecuencia de aquella infección original, según la doctrina del sacrosanto concilio Tridentino. Ni la más leve herida moral en la carne ó en el espíritu pudo amenguar la perfecta integridad de la humana naturaleza transmitida á la Virgen en su estado primitivo de pureza y perfección. Heridas son ciertamente las mil imperfecciones que el pecado original dejó en todos los que, á fuer de descendientes de Adán y Eva, lo heredamos juntamente con la sangre; y, para no hablar sino de las que afectan al alma, heridas son la ceguedad del espíritu, la ignorancia de la mente, la rebelión de los sentidos, la flaqueza de la voluntad para el bien, la violencia de las inclinaciones, moralmente irresistibles, que nos arrastran al mal...

¹ Tob. 15, 15.

Aun con todos estos descalabros, puede el hombre, ayudado poderosamente de la gracia, preservarse, si no de toda culpa leve, á lo menos de las graves, y de un sinnúmero de otras veniales; aun puede alcanzar muchos quilates de virtud y santidad, que le permitan subir al tercer cielo, como al grande Apóstol¹, y como á Moisés, ver á Dios cara á cara² en esta vida. Pero ¡ay! en medio de toda esa grandeza de que todavía es capaz el hombre levantado de la caída, cuánto no tiene de que gemir y lamentarse, diciendo: *¿Quién me libertará de este cuerpo de muerte?*³ ¡Desventurado de mí, que aún siento el aguijón punzante de mil pasiones desordenadas, el batir de las alas de Satanás que me azota en el rostro!⁴ Eso basta para hacer ruborizar á un alma, tanto más vivamente cuanto más avanzada se hallare en la carrera de la santidad; puesto que, á proporción de lo que sube, conoce mejor el abismo de corrupción en que yacía por naturaleza. Sólo María, exenta de toda mancha de origen, pura y perfecta desde el primer instante de su existencia, no tiene nada de qué ruborizarse. ¡Feliz estado de inocencia, cual le poseyeron nuestros primeros padres antes de prevaricar! Es opinión acertadísima de sabios teólogos, como Durando, Canisio y otros muchos⁵, que María poseyó la *justicia original*, si no en cuanto á los efectos de inmortalidad é impassibilidad corporal y otros semejantes, sí en cuanto á los que pertenecen al espíritu, como son la perfecta subordinación del hombre á Dios y del apetito sensitivo á la razón. En ella, pues, por la super-

¹ 2 Cor. 12, 4.

² *S. Thom.*, S. th. 2, 2, q. 175, a. 3.

³ Rom. 7, 24.

⁴ 2 Cor. 12, 7.

⁵ *Cartagena*, Homil. cathol. V, hom. 6.

abundancia de la gracia que le fué concedida en el punto de su concepción, todo está perfectamente ordenado según el plan del sapientísimo Hacedor: perfecta sumisión de los sentidos al espíritu, luz clarísima en el entendimiento, suma rectitud en la voluntad. Y como resultado de este orden maravilloso, la verdadera belleza del cuerpo, que pudiera definirse *el esplendor del orden sensible*, esto es, un organismo admirablemente adaptado al servicio del alma sensible y racional; la belleza de las potencias inferiores, aplicada cada una de ellas á su objeto propio, con subordinación á las fuerzas superiores de la razón y voluntad; la belleza de la inteligencia que se dilata, como el sol en el espacio, por los horizontes infinitos de la Verdad, y la de la voluntad absorta en el amor del Sumo Bien: finalmente, la hermosura de todo el compuesto, la armonía completa, el bello ideal de la naturaleza humana, realizado con creces por vez primera en la creación, después de la catástrofe del paraíso.

II.

7. Pero, por grande que sea toda esta belleza, hermanos míos, no dejaría de ser en sí misma de orden natural, y, por consiguiente, limitada á la esfera de lo humano. Mas la belleza de nuestra excelsa Reina es sobrehumana, y aun más todavía, sobreangélica, y esto por el privilegio sublime de su Inmaculada Concepción. No basta, pues, para la dignidad de María poderle decir con el Esposo de los Cantares¹: *Muchas hijas atesoraron riquezas; pero tú las has sobrepujado á todas*: es necesario poder apostrofarla con el piísimo

¹ Multae filiae etc. (Prov. 31, 29).

obispo San Sofronio: «Tú has traspasado con mucho á todas las criaturas, como que sobre toda criatura resplandeciste por tu pureza.»¹ Y esto se explica fácilmente, considerando la pureza, no ya sólo como ausencia de mancha, sino de un modo positivo y en un género excelentísimo, como presencia de toda perfección. Así se expresa San Buenaventura: «Eres sin mancha por la ausencia de todo mal, eres hermosa por la presencia de todo bien.» Tal es el concepto adecuado de la puridad divina. Tal debe ser también el de aquella perfección con que fué enriquecida la soberana Madre de Dios en el instante en que salió de las manos del Criador. *Dijo entonces Dios: Hágase la luz*². *Y dividió la luz de las tinieblas*, apartando á la Virgen de las tinieblas del pecado por la infusión de aquel mar de luz de la gracia con que la inundó. María, como todas las lenguas lo proclaman, es la obra maestra del Criador: es, pues, bella con absoluta perfección, cual correspondía á la que era formada para ser madre del mismo que la criaba. Ésta fué aquella imagen pintada por el supremo Artista, de tan acabada perfección que pudo ponerle al pie el divino Pintor esta inscripción: *Toda hermosa*. Y, si de las demás criaturas, á pesar de las imperfecciones que á todas las afean, pudo decir con verdad el sagrado texto: *Vió Dios todo cuanto había hecho, y todo lo halló bueno*³; ¿qué no diría de su criatura predilecta, de su obra perfectísima? Sin duda se regalaría con ella, llamándola, como después el Ángel en su nombre, *llena de gracia*, y la más hermosa entre todas las mujeres⁴.

¹ S. *Sophon.*, Homil. in Deip. Annunt., apud Breviar.

² Gen. 1, 3. ³ Ibid. v. 31.

⁴ Pulcherrima inter mulieres (Cant. 1, 7).

8. No sin razón la santa Iglesia escogió para la fiesta de este día el pasaje del Evangelio en que se saluda á María con estas expresiones: *Ave, gratia plena*¹, para enseñarnos que ya desde su Concepción, sin aguardar á la plenitud de los tiempos, fué adornada la Virgen con toda la plenitud de la gracia. «La gracia de María fué sin medida», afirma San Epifanio; y es corriente la opinión de los doctores que, con el eximio Suárez, aseguran que la gracia de María en el primer instante de su vida sobrepujo á la de todos los santos y ángeles juntos², opinión que tiene á su favor, además de la autoridad respetabilísima de tan insignes teólogos, dos fuertes y convincentes razones que expone largamente el devotísimo San Alfonso María de Liguori. Muy digna de ponderarse es la observación hecha á este propósito por el célebre Dionisio, á saber, que, habiendo sido María elevada desde su predestinación á un orden superior á todas las criaturas, cual es el de la Maternidad divina que se roza con la Unión hipostática³, con razón le fueron conferidos desde el rayar de su vida dones de orden superior al de todas las demás criaturas. Según esto, cristianos, ¡qué caudal de gracia el de María! ¿quién será capaz de sondear esta inmensa plenitud? No sin misterio dijo el Evangelio: *Y el nombre de la Virgen era María*⁴; pues, significando este nombre *mar*, denota que las corrientes todas de la gracia confluyeron al alma de aquella singular criatura, como los ríos se precipitan en el abismo del océano, según la orden de Dios: *Congréguese todas las aguas en un solo lugar*⁵. Pues, como dijo el gravísimo patriarca San So-

¹ Luc. I, 28.² S. Alph. de Lig., «Glor. de María».³ Suárez apud S. Alph. de Lig. ⁴ Luc. I, 27. ⁵ Gen. I, 9.

fronio: *Á los demás se les ha dado la gracia parcialmente, pero en María infundióse toda la plenitud de la gracia*¹. Esto quiso significar la misma soberana Virgen en el cántico de sus grandezas, cuyo epílogo expresó en estas palabras: *Fecit mihi magna qui potens est*²: hizo Dios conmigo cosas verdaderamente grandes y estupendas, á fuer de omnipotente.

9. Justo será que en este gran día destinado á contemplar la hermosura de la Inmaculada Virgen en el misterio faustísimo de su Concepción, para glorificar al que tanto la enaltecíó y formó tan bella, nos esforcemos por entender lo más claramente que posible nos fuere, el alcance de esta exuberante plenitud de gracia otorgada á María. Varios son, en efecto, los significados que ofrece esta expresión repetida en las Sagradas Escrituras, y aplicada, aunque en diverso sentido, ora á Cristo nuestro Señor, ora á su Madre, ora á los apóstoles y á otros santos. Por lo cual advierte San Bernardo: «Leemos en los Hechos de los Apóstoles que Esteban estaba lleno de gracia, y los apóstoles fueron también llenos del Espíritu Santo; pero muy de otro modo que María.»³ Para comprender, pues, cuál fué la plenitud que correspondió á la Inmaculada Virgen, distingamos con el Ángel de las Escuelas y con San Buenaventura tres clases ó grados de plenitud, de los cuales el primero es la *superabundancia* que sólo corresponde á Cristo, en quien, como dice el Apóstol, habita corporalmente la plenitud de la divinidad, y en quien están encerrados todos los tesoros de la sabiduría y ciencia de Dios⁴. Hay otra cierta plenitud de gracia,

¹ S. Sophron., Serm. de Assumpt.² Luc. I, 49.³ S. Bern., Homil. 5 super Missus.⁴ Coloss. 2, 3.

según Santo Tomás¹, común á todos los santos, y es la *suficiencia* que se da á todos para merecer la vida eterna. Esta plenitud no es absoluta sino relativa al cargo que Dios ha confiado á cada uno de los santos; de suerte que con ella puede el mártir dar la vida en testimonio de la fe; y el Apóstol, predicar el Evangelio. Mas sobre ésta hay otra especial y reservada exclusivamente á la *Virgen singular*², y puede llamarse de *prerrogativa*, como que corresponde á las que recibió María, y nadie más que ella, por su exaltación á la dignidad de Madre de Dios. Esto dice claramente el Padre de la Iglesia San Ambrosio por las siguientes palabras: «Bien se dice de ella sola que es *llena de gracia*, pues consiguió la gracia única que ningún otro había merecido, la de ser llena del Autor de la gracia.»³ Ó, como dice San Bernardo⁴: «En San Esteban no habitó corporalmente, como en María, la plenitud de la Divinidad con la Persona del Verbo Encarnado; y, si bien los apóstoles recibieron al Espíritu Santo, María concibió del Espíritu Santo.» Finalmente, San Atanasio declara en el mismo sentido la plenitud de que hablamos, diciendo: «Por esto fuiste llamada llena de gracia, por cuanto la tuviste en abundancia, y esto por haber sobrevenido en ti el Espíritu Santo: de ahí que todos los ricos del pueblo de Dios están pendientes de tu rostro.»⁵ Con esto expresan los Padres de la Iglesia la gracia habitual de que inundó á María el Espíritu Santo, no sólo después de la Encarnación del Verbo, sino desde el mismo instante en que fué formada con este singular

¹ S. th. 3, q. 7, a. 10.

² Eccl. in hymn. vesp. ad Off. B. M. V. ³ Apud *Cartagena*.

⁴ Ubi supra. ⁵ *Athanas.*, Serm. de S. Deip.

destino. Porque, en efecto, María no existió sino para el Verbo, á quien había de revestir de su propia carne; y Dios, como canta la Liturgia¹, preparaba por medio de la Inmaculada Concepción de la Virgen digna habitación á su Hijo. ¡Cuánta fué, pues, la hermosura de María, de la *llena de gracia*!

10. ¿Qué decir de las virtudes que, cual riquísimo ropaje, adornaron á María realzando su hermosura, según profetizó David: *In vestitu deaurato, circumdata varietate*?² No es tan vistoso ese manto color de cielo que cae de los hombros virginales, armonizando con el traje alabastrino que baja hasta los pies de la encantadora Niña, como lo es la rica vestidura de virtudes con que Dios adornó su preciosa alma, cubriéndola de joyas³, en el día de su Concepción. Más dichosa que la agraciada Ester, recibió para cuidar de su ornamento siete bellísimas esclavas, las virtudes teologales y cardinales, con cuyo cortejo apareció tan radiante y esplendorosa en el punto en que empezó á existir, que robó las miradas y el corazón del divino Asuero, el Verbo Eterno que la escogió por madre: *Speciosa apparuit inter filias hominum*⁴. Callen en presencia de esta Virgen *toda hermosa* las más celebradas bellezas de la historia sagrada y profana: María las excede á todas. Digámosle con la Iglesia católica: «¡Salve, oh hermosísima Reina de los cielos y Soberana de los ángeles!»⁵ En vano el arte ha agotado sus primores para retratarte en magníficos lienzos, y mármoles y bronce; ¿qué puede forjar la fantasía más vigorosa ni el

¹ In orat. fest. Imm. Concept. ² Ps. 44, 10.

³ Is. 61, 10. ⁴ In offic. Eccl.

⁵ Eccl. in antiph. «Ave Regina caelorum»

más valiente pincel, cuando se trata de un ideal de belleza concebido en la mente del Altísimo? Enmudezca, pues, la criatura y adore la omnipotencia del Criador: calle la lengua, y entone un himno el corazón para alabar en María á la adorable Trinidad, *cui sit honor et gloria in sæcula sæculorum. Amen.*

SEGUNDO PANEGÍRICO DE LA VIRGEN
INMACULADA, PATRONA DE LAS HIJAS
DE MARÍA

(predicado en la iglesia de San Ignacio, Bogotá, 1897).

Modestia virginal de María.

Finis modestiæ... divitiæ, et gloria, et vita.
Tesoros de gloria y de vida son el fruto de
la modestia.

Prov. 22, 4.

1. Habréis admirado sin duda, carísimos oyentes, en los innumerables lienzos y estatuas que representan á María en el misterio de su Concepción inmaculada, los esfuerzos prodigiosos y dignísimos de encomio, hechos en todo tiempo por el arte cristiano para acertar con la verdadera expresión de la belleza indescriptible de la Virgen sin mancha. ¿Qué no ha hecho el pincel divino de un *Murillo*, de un *Velásquez*, por no citar mil otros renombrados artistas? y ¿qué, el cincel de valientes estatuarios, como el autor de esa imagen que veneráis¹, para darnos un trasunto de aquel sublime ideal que, iluminando su poderosa fantasía é inflamando su corazón, no llega nunca sin embargo á producirse como es, ni por medio de líneas y colores, ni por las formas plásticas estampadas en el mármol ó en el bronce?

¹ Flotats, artista español.

Á pesar de esa impotencia del arte, que es preciso confesar, poseemos obras clásicas de escultura y pintura en las que podemos extasiarnos, ó más bien apacentar nuestra piedad, contemplando, ya que no sea la expresión completa y acabada, siquiera algún rasgo de aquella hermosura, verdadera obra maestra del Artífice soberano. Y ¿sabéis cuál de esos rasgos ó destellos de belleza sastiface más, en mi humilde concepto, al gusto estético cristiano? No os sorprenda mi afirmación, que espero será también la vuestra, á poco que lo consideréis. El rasgo más apropiado para pintar la Inmaculada Concepción es la virginal modestia. No señalo precisamente como tal la inclinación de ojos y cabeza hacia el suelo, ni cierto aire de timidez ó encogimiento, que, por otra parte, sienta muy bien á la doncella sobrecogida con la presencia del Ángel, por quien le fué dicho: *No temas, María*¹; hablo de la compostura general del cuerpo, de la actitud del rostro y manos y de toda la persona, perfectamente armónica con los sentimientos de la Purísima Virgen en el instante mismo de su primera animación; hablo de esa modestia que corresponde á Aquélla á quien el mismo Gabriel dijo: *Has hallado gracia delante del Señor*². Y ¿la habrá hallado menor delante de los hombres? Pues, si así es, recordad la sentencia del Espíritu Santo: *Falaz y mentirosa es la gracia de la criatura, y su belleza es vana: sólo la mujer temerosa de Dios merece ser alabada*³. Luego el encanto de María, su gracia verdadera, es la gracia de la mujer por excelencia santa; y esa es la que resalta á nuestros ojos por el rasgo característico de la modestia.

¹ Luc. 1, 30.

² Ibid.

³ Prov. 31, 30.

base el amor más entusiasta, y por ley la adhesión más pura y ardiente! Tal es el imperio que María anhela conquistar, y que felizmente ha conquistado ya sobre vosotros. Por lo demás, amadísimos oyentes, las ventajas, el honor y la felicidad, son todas nuestras. María no recibe, sino da. Y ¿pensaremos nosotros hacer mucho correspondiendo según la pequeñez de nuestras fuerzas á los dones recibidos de su mano? Pues, á esta misma correspondencia nuestra, con no ser más que el pago incompleto de una deuda, está dispuesta nuestra buena Madre á vincular inmensos bienes de toda clase, espirituales y temporales, según lo tienen experimentado siglos hace la Iglesia y la sociedad cristiana. Sábelo también por propia experiencia Colombia, donde la devoción á Nuestra Señora del Carmen es verdaderamente popular, cual ninguna otra; sábelo especialmente Bogotá, donde millares de fieles hacen gala de vestir la librea de María, y, cual verdaderos hijos, redoblan de año en año sus esfuerzos para que las manifestaciones de su devoción sean sobre manera espléndidas y dignas de su objeto. ¡Plegue á Dios que, por premio de tan noble entusiasmo religioso, se vean reformadas en todas las clases las costumbres, afianzada la paz doméstica, consolidada la tranquilidad pública, remediadas todas las necesidades, asegurada en vida y muerte la felicidad, gracia que á todos os deseo!¹

¹ Regina mundi dignissima, Virgo perpetua, intercede pro nostra salute (Eccl.).

SEGUNDO PANEGÍRICO DE NUESTRA SEÑORA DEL CARMEN

(predicado en la catedral de Bogotá, el 16 de julio de 1896).

María, obra maestra del Criador.

Ego ex ore Altissimi prodivi, primogenita
ante omnem creaturam.

Eccl. 24, 5.

1. Si pudiera caber duda, respetabilísimo auditorio, sobre cuál de todas las criaturas, angélicas y humanas, ocupa el primer asiento en el inmenso teatro de la creación, la festiva solemnidad que celebramos en este gran día con la pompa ya antigua y siempre nueva (permittedme parodiar á San Agustín), bastaría para sacarnos de ella, quedando para siempre resuelta la cuestión. ¡Magnífico golpe de vista el que hoy presenta esta grandiosa basílica, más orgullosa por las eminencias que la han ilustrado que por la altivez de sus arquerías y la arrogancia de sus bóvedas! ¡Bellísimo espectáculo el que hoy se ofrece á los ojos del piadoso concurso que ve desde las anchas puertas del gran templo, ricamente decorado, alzarse allá en el fondo, en artístico trono de luz, oro y sedería, la imagen de Aquella que, siendo imán irresistible de los corazones, es foco á do convergen todas las miradas, y objetivo donde se reúnen todos los afectos; la imagen, digo, de la gloriosísima Virgen, Nuestra Señora del Carmen. ¡Qué afán, no visto en otros días, el que hoy agita á millares y millares de fieles por honrar á Aquella que nadie puede dignamente honrar, á la augusta Virgen, en su popular y dulcísima advocación! ¡Qué flujo y reflujo de personas de toda condición, edad y sexo, desde las más humildes hasta las más encumbradas en

la esfera social, ondulando al pie del trono de la Reina del Carmelo, dueña de todos los corazones en esta su predilecta Bogotá!

2. Y ¿qué demuestra toda esta magnificencia de cultos, todo este lujo de amor y de piedad consagrado á una pura criatura, á la modesta flor de Nazaret, á la nubecilla del Carmelo? ¿Qué, sino la incomparable preeminencia de esta Virgen sobre todas las criaturas que pueblan cielo y tierra? ¿No es éste un argumento irrefragable de la verdad de las proféticas palabras de María, contestando al saludo de Isabel: *He aquí que en adelante me aclamarán dichosa todas las generaciones*¹? ¡Sí, dichosa y mil veces dichosa la llamaron los diecinueve siglos transcurridos; dichosa la proclaman hoy mismo todos los pueblos del globo, desde Roma hasta la Tierra del Fuego; dichosa la seguirán llamando hasta el fin de los siglos, todas las tribus y naciones, porque su nombre es cada día más glorioso, y su culto extiende cada vez más sus ramas por toda la redondez del universo! Y esta unánime y entusiasta aclamación ¿á quién atañe de derecho sino á la criatura única, á la que puede decir sin presunción: *Salí de la boca del Altísimo, como Primogénita entre todas las criaturas*²?

3. ¡Singular prerrogativa de esta felicísima criatura, no sólo ser dichosa como ninguna otra puede serlo, sino ser fuente de dicha y alegría para todos cuantos se le acercan, la rodean y festejan! ¿No lo experimentáis así vosotros mismos, devotos de María, fervorosos servidores de Nuestra Señora del Carmen? ¡Oh! y ¿quién podrá sondear el abismo de gozo en que hoy se inunda, más que ningún otro, el corazón del pia-

¹ Luc. I, 48.

² Eccli. 24, 5.

dosísimo Capellán de María¹? Pues tan excelsa grandeza no puede menos de estimarse destello fulgentísimo de la divina omnipotencia: *Fecit mihi magna qui potens est*². Y, como el poder divino tiene por campo de actividad la creación, digamos de una vez y sin ambages que «María es la obra maestra del Criador», siendo, en efecto, la primera en la mente divina, la más perfecta en el cuadro de todas las criaturas, la más admirable en su existencia terrestre, la más importante en la vida secular de la humanidad: *Primogénita entre todas las criaturas*. Tal es, en compendio, el asunto que me atrevo á poner delante de vuestra benévola consideración, ya que no me siento capaz de desarrollarlo, porque compréndese á simple vista que acometería una empresa temeraria. Pero ¿qué he de hacer, amadísimos oyentes, á fin de llenar mi difícil cometido, sino acogerme á la grandeza de María para disimular mi propia pequeñez? ¡Ah! diré yo, dirigiéndome á esta Virgen benignísima con las elocuentes frases de San Ildefonso de Toledo: «Señora y Reina mía, Madre de mi Señor, el Hacedor del mundo, te pido, te ruego, te suplico me alcances el espíritu de tu Hijo y Señor, para que sepa sentir dignamente de ti y alabarte cual mereces: *ut de te vera et digna sapiam, vera et digna loquar*.»³ *Ave María*.

I.

4. Así como place contemplar la belleza de los astros, aunque situados á tantos millones de leguas de nosotros, así se regala el espíritu del verdadero cris-

¹ El Dr. D. Francisco J. Zaldúa, canónigo de la S. I. Catedral.

² Luc. I, 49.

³ *Ildephons.*, archiep. Tolet., ex libro Virg. B. M., in Breviario. CÁCERES, Sermones. II.

tiano contemplando, aunque á distancia infinita y á través de las sombras de nuestra ignorancia, la perfección sobreexcelente de María. ¡Cómo vierte sangre el corazón católico al ver la estúpida indiferencia con que es mirada la soberana Señora por ciegas y desventuradas sectas, que tienen la arrogancia de apellidarse cristianas! Para nosotros, amadísimos hermanos, como para cualquier inteligencia medianamente instruida en los dogmas fundamentales del orden sobrenatural, María será siempre tal como la contempló el Discípulo Amado en la famosa visión de Patmos: *una mujer, tipo ideal de belleza, revestida del sol, con la luna debajo de los pies, y ceñida la cabeza de una corona de estrellas*¹: es decir, la criatura más grande, la más noble, la más perfecta que cabe imaginar, la obra maestra del Criador, ante la cual palidece el fulgor de las estrellas y se abate la majestad del astro del mediodía... Para nosotros que tenemos la felicidad de poseer la verdad religiosa toda entera, la perfección altísima de la Virgen soberana, de la Madre verdadera del verdadero Dios, y Madre clementísima de la humana prole, no necesita de pruebas propiamente dichas, porque esa perfección es simplemente el corolario del eminente puesto que ocupa María en el plan divino de la Redención, es la dote con que ha debido enriquecerla el Padre todopoderoso para desposarla con su mismo Espíritu y hacerla digna Madre de su propio y consubstancial Hijo Unigénito. Porque, como expone dogmáticamente el oráculo infalible de la Iglesia, el Papa Pío IX de gratísima recordación para los devotos de María, «era absolutamente necesario, como por ley de decoro de

¹ Apoc. 12, 1.

la Divinidad, que resplandeciese siempre adornada de los más brillantes esplendores de la santidad aquella Madre dignísima, á quien Dios Padre había decretado dar por hijo propio y verdadero á su Unigénito, engendrado igual á sí, de su misma substancia y amado como Dios se ama á sí mismo»¹. Así se expresa, por la voz del gran Pontífice, el sentido común del cristianismo, la lógica inflexible de la religión, el sentimiento católico; y, ciertamente, no necesitamos de otras bases para cimentar el trono de grandeza que ocupa la excelsa Virgen en nuestro concepto y en nuestro corazón.

5. Pero, si la inteligencia está plenamente satisfecha con lo expuesto, no lo está, ni puede estarlo el corazón cristiano. ¡Ah! ¡qué dulce es para el que ama contemplar de hito en hito y por todos aspectos el semblante adorado! Detengámonos, pues, siquiera algunos instantes en la adoración extática de las perfecciones de nuestra adorada Virgen, de Nuestra Señora del Carmen. ¡Dios mismo se complace desde toda la eternidad en contemplarla!² Ved ahí, pues, una criatura humana que excede en perfección á todas las criaturas angélicas, creada en el tiempo, sí, *en la dichosa plenitud de los tiempos*³, pero concebida allá en los albores de la eternidad, *antes de todos los siglos*⁴. *No existían aún los abismos*, el cielo y la tierra no habían salido del caos de la nada, y Ella vivía ya, al lado de la Sabiduría increada, en la mente divina⁵. ¡He ahí una

¹ In bulla dogmat. «Ineffabili Deus».

² Tantoque præ creaturis universis (ineffabilis Deus) est prosecutus amore, ut in illa una sibi propensissima voluntate complacuerit (ubi supra).

³ Ibid.

⁴ Eccli. 24, 14.

⁵ Prov. 8, 24.

criatura, por cuyo respeto y para cuyo servicio fueron hechas todas las demás! No lo dudéis, hermanos míos: por eso, mejor que al venturoso José, adoran á María el sol, la luna y las estrellas¹. En efecto, ¿cuál fué el designio del Altísimo en la creación? ¿No fué la gloria de su nombre? ¿no fué que todas las hechuras de sus manos, cada cual en la esfera de su naturaleza, le tributasen homenaje de reconocimiento, amor y adoración? Así lo comprendió el Profeta cuando dijo en uno de sus Salmos: *Los cielos pregonan la gloria de Dios, y ser obra de sus manos anuncia el firmamento*²; y: *¡Oh Señor y Dios nuestro! ¡cuán admirable es tu nombre en la redondez de la tierra!*³ Para hacer brillar su gloria en las criaturas, puso el Criador en cada una de ellas un reflejo más ó menos vivo de sus soberanas perfecciones: en los espacios celestes, el reflejo de su inmensidad; en la duración de los siglos, el de su eternidad; en el océano, el de su plenitud; en el sol, el de su fecundidad; en el hombre, el de su inteligencia; en el ángel, el de su bondad; y todas las criaturas son reflectores de la luz divina.... ¿Quién nos mostrará el bien? pregunta el Real Profeta⁴: *La luz de tu rostro, Señor, sellada en nosotros*. Y en estos vívidos reflejos, en estas huellas luminosas marcadas por el paso del Criador en el campo de la creación, no puede menos el ser inteligente de vislumbrar la grandeza y sabiduría y bondad infinita del Ser incomprensible. Y al reconocimiento de la infinita majestad del Ser divino tienen que seguir la admiración, el himno de alabanza, la adoración de sus criaturas.... Y así queda cumplida la

¹ Gen. 37, 9.² Ps. 18, 1.³ Ps. 8, 1.⁴ Ps. 4, 6. 7.

voluntad del Criador, al subir hasta su trono el incienso de su gloria. En este orden maravilloso, María habría ocupado el primer puesto, aun dado que no hubiese tenido lugar la Redención, porque ella habría reflejado mejor que ninguna otra criatura los atributos de la Divinidad: habría sido, pues, la más perfecta en cualquier orden. Sin embargo, hermanos míos, vosotros sabéis por la historia y por la revelación, que este hermoso plan divino fracasó por un momento, y aun se habría estrellado eternamente en la malicia de Satanás y en la debilidad de Adán, si el misericordioso y sapientísimo Hacedor no hubiere acudido al reparo de la universal caída por un nuevo designio todavía más maravilloso y sublime que el primero. Tal fué el decreto de la Encarnación del Verbo en el seno virginal de una purísima doncella, nacida de la raíz dañada, pero exenta de infección. He aquí un nuevo orden de cosas, el de la reparación por la gracia. Y aquí es donde aparece de lleno la perfección y belleza de la Primogénita de las puras criaturas. Porque, excepción hecha de Aquél que es más que criatura, del Hombre-Dios, cuya figura se destaca en la mente divina y en el panorama de todos los seres creados, dominando los espacios y los tiempos, como dueño de la eternidad, ninguna otra criatura, en cielo y tierra, ha dado ni ha podido dar mayor gloria al Criador: ninguna, como la escogida para ser Madre del Verbo reparador y glorificador, ha brillado en las cumbres altísimas de la divina predestinación con tan vivos resplandores. Esto significa la salutación enviada á la Virgen desde el cielo por ministerio de Gabriel: *Ave, gratia plena!*¹ Sí,

¹ Luc. 1, 28.

dice el Doctor San Sofronio: «Ninguno, como tú, ¡oh María! ha sido elevado á tan alto grado de magnificencia; ninguno, como tú, ha brillado con tanta lumbre de cielo; ninguno, como tú, ha sido exaltado sobre toda excelsitud.»¹ «Por eso, concluye el elocuente Padre, una vez y otra te saludaré con toda la vehemencia de mi corazón: Dios te salve, llena de gracia.»²

6. ¡La gracia! he ahí la perfección, la belleza, la sobreexcelencia de María entre todas las criaturas. Perfectísima por naturaleza, como en quien agotó el Hacedor todas las perfecciones correspondientes á la condición del ser humano, eslo todavía más, excediendo todo cálculo, en ese orden que se llama sobrenatural, constituido por el ser de la gracia. Y es en este orden, infinitamente sublime, donde debemos colocarnos para admirar las excelencias de María, criatura más que humana, más que angélica, y, si fuese permitida la expresión, diríamos casi divina. Dícelo en términos equivalentes, la Cátedra de Pedro. Oíd de nuevo á Pío IX, el Grande. «Habiendo Dios escogido á María para la dignidad de Madre de su Verbo, puso en ella tanto amor, sobre todas las criaturas, que, cual si no hubiera otra, en ella sola tuvo sus inefables complacencias. Por lo que, dejando muy atrás á todos los santos y á los mismos espíritus angélicos, la colmó de tanta abundancia de celestiales dones, sacados del tesoro de la Divinidad, que, haciéndola toda hermosa y perfectísima y exenta de la más leve mancha de pecado, vino á quedar adornada de tal plenitud de inocencia y santidad, que no puede concebirse otra mayor después de Dios; y tan excelsa y soberana que, fuera del mismo

¹ S. *Sophron.*, Hom. in Deipar. Annunt.

² Ibid.

Dios, no hay quien pueda alcanzar esa grandeza con el pensamiento.»¹ Renunciemos, pues, amadísimos hermanos, al empeño de formar un concepto imposible de las excelencias de aquélla, cuya perfección sólo Dios es capaz de conocer; y colocados en terreno menos escabroso, pasemos á contemplar los prodigios que se multiplicaron en derredor de su existencia terrestre.

II.

7. Á la vida ideal de María en la mente divina debía suceder su vida real, terrestre, precedida, eso sí, de una magnífica expectación, de una existencia profética y simbólica. ¡Cuántas prerrogativas otorgadas á la criatura singular! ¡Qué cúmulo de grandezas, cual no cuenta ningún otro personaje histórico, que no sea el Salvador del mundo! Tal es la segunda fase por donde debemos admirar la excelencia de la humilde y prodigiosa Virgen del Carmelo. ¿Qué mucho la viera el gran celador de la gloria del Dios de Israel, el incomparable Elías, bajo la forma de blanca nubecilla suspendida sobre el Mar Mediterráneo, si la vieron y anunciaron claramente, aunque en diversas y poéticas figuras, los más insignes profetas? Hable por mí el ilustre obispo San Tarasio. «¿De qué alabanzas colmarémoste, oh María? Tú eres el espejo de los profetas, y la realidad de lo que ellos anunciaron. Á ti Ezequiel te llama puerta cerrada, á sólo Dios abierta. Á ti el grandilocuente Isaías te designa en la vara de Jesé, de la cual nacerá Cristo para plantar en el campo de las naciones el conocimiento de Dios. Á ti Jeremías te anunció, vaticinando los días venideros de

¹ L. c.

la nueva Alianza; á ti, para abreviar, el varón de de-
seos, el célebre Daniel, te proclamó montaña excelsa,
de la cual había de cortarse la piedra angular, Cristo,
demoledor del simulacro de la infernal serpiente.»¹ ¡He
ahí á María viviendo en la tierra cuarenta siglos antes
de aparecer sobre el horizonte de la historia! Y no
sólo las esperanzas del pueblo que aguardaba impaciente
á su Mesías, al Hijo de la Virgen, sino las tradiciones
universales, esparcidas y conservadas en todos los pue-
blos, la puntualizaban con inequívocas señales; todas
las generaciones pensaban en ella, saludándola de lejos
como la aurora del gran día de la salvación².

8. Y despuntó la aurora; y María nació más pura
y más hermosa que la luz nacarada del oriente. ¡Qué
océano de luces baña la cuna de la recién nacida hija
de Ana y de Joaquín! ¡qué celestiales músicas se di-
funden por todo el contorno! ¡qué fragancias se espa-
rraman por doquiera! ¡qué alegría se apodera de la
multitud! ¡qué júbilo se siente en toda la naturaleza!
Nada de esto nos dice el Evangelio; pero nada más
cierto, hermanos míos, si hemos de discurrir cuerda-
mente sobre los principios de la razón y de la fe.
Pues ¿cómo no habían de saludar los cielos y la tierra
á la real princesa que venía á empuñar en su tierna
manecita el cetro de la creación? Y ¿no sabían ya los
ángeles el gran portento obrado en la Concepción in-
maculada de esta niña? y ¿no adivinaban sus altísi-
mos destinos? y ¿no sentían bramar al dragón en los
antros infernales, quebrantada la cabeza por la Virgen
sin mancilla?

¹ S. Thar., De present. Virg., in Breviar.

² Ag. Nicolás, La Virgen María y el plan divino.

9. Mas si el oriente de esta reina fué tan refulgente,
¿cuál no había de ser su cenit y mediodía? Corramos
por la vida de María, como corre el sol, á nuestros
ojos, avanzando á paso de gigante, por la bóveda azu-
lada. La Virgen de Nazaret, desconocida y todo de
su mismo pueblo, sólo admirada de los ángeles, á quienes
el Eterno ha confiado su custodia y servicio, llega al
momento señalado por la mano del Altísimo para la
realización del gran misterio. ¡Dios en persona va á
descender á la tierra! ¡María va á ser su tabernáculo
viviente! ¡*El Verbo se hizo carne, y habitó* en el seno
de María!¹ ¡Prodigio de abatimiento y de bondad por
una parte, asombro de elevación y dignidad por otra!
Los prodigios se multiplican aquí hasta lo infinito; la
naturaleza, obediente á la voz de su Criador, ve dero-
gadas sus leyes², y María es el teatro de la Omni-
potencia. *Hizo en mí cosas grandes el que es todo-
poderoso*³. ¡He aquí á la Primogénita de todas las
criaturas, unida tan estrechamente á la Divinidad como
puede estarlo una madre al hijo, formado de su sangre
y que respira con su mismo aliento! No puede subir más
la dignidad ni la excelencia y perfección de una criatura.

10. Pero, si no más arriba en dignidad, María, al
llegar al ocaso de su vida terrestre, va á subir á la
más alta cumbre de la gloria y bienaventuranza en las
alturas del cielo. Mas esta gloria, esta grandeza, diré
con San Bernardo, ¿quién será capaz de describirla?
*Christi generationem et Mariæ Assumptionem quis
enarrabit?*⁴ ¿Quién alcanza á imaginar, continúa di-

¹ Io. 1, 14.

² Mirabile mysterium etc. (Eccl. in offic. Circumcis. Domini).

³ Luc. 1, 49.

⁴ Serm. 1 de Assumpt. B. M. V., in Breviar.

ciendo el mismo Padre, la gloria de que iba rodeada en aquel día la emperatriz del mundo, y el entusiasmo de aquellas legiones celestes al salirle al encuentro, y los cánticos con que fué llevada al trono de la gloria; pero, sobre todo, con qué rostro de dulzura, con qué serenidad de faz, con qué abrazos tan estrechos fué recibida por el Hijo y ensalzada sobre toda criatura, con tales honras como eran debidas á tal Madre, y con aquella pompa que á la dignidad de tal Hijo convenía?¹ Y, para que nada faltara á la grandeza incomparable de su gloria, María sube á las alturas y es colocada en el trono del empíreo, no ya solamente en espíritu, sino en cuerpo y alma juntamente, anticipándose para ella el plazo de la universal resurrección, y quedando aquella carne purísima y virginal más incorrupta en el sepulcro que el incorruptible cedro del Líbano. Pues *¿cómo había de invadir la corrupción, discurre el Damasceno, aquel cuerpo que concibió la vida misma?*² Ved aquí, amados oyentes, descrita á grandes rasgos solamente, como las circunstancias lo permiten, las estupendas maravillas que forman la cadena de oro de los hechos de la Virgen, admiración de las edades y encanto de los corazones. Mas, no debo dejar sin mención aquel otro maravilloso fenómeno del culto tributado á la Madre del Salvador en tiempo que aun peregrinaba mortal sobre la tierra. ¡Honra inaudita, á sola esta criatura reservada! Y no tengo necesidad de decirlo lo que todos vosotros sabéis perfectamente, y que es uno de los principales motivos de vuestra devoción á Nuestra Señora del Carmen: aquel culto religioso,

¹ Serm. 1 de Assumpt. B. M. V., in Breviar.

² Orat. 2 de Dormitione B. M. V., apud Breviar.

tributado á María por los discípulos de los profetas, y primeros cristianos, tuvo por teatro las deliciosas pendientes del monte santificado por la mansión de Elías y Eliseo, el famoso Carmelo, bajando de allí á extenderse por todas las regiones de la tierra.

III.

II. Es manifiesto, hermanos míos, que tal cúmulo de grandezas y maravillas, agrupadas en derredor de una pura criatura, la subliman sobre todas, colocándola en el trono más elevado de la creación visible é invisible. ¿Puede añadirse algún título más á tanta gloria? Sí, cristianos, porque la gloria de María es, como la luz del sol, inagotable, y *no hay quien se sustraiga al calor* benéfico de su vida eternamente perdurable y fecunda¹. Porque esta humildísima criatura, según los planes bien conocidos de la Providencia, está destinada á ejercer el más alto y bienhechor influjo en la suerte, no ya sólo temporal sino eterna, de la regenerada humanidad. De manera que, bien considerada la misión que el cielo le ha confiado, María es, sin disputa, el personaje más importante de la historia, después de su Hijo, el Redentor. ¿Cómo es, sin embargo, que una gran parte de la familia humana se obstina en no reconocer y acatar las preeminencias de la divina Señora? ¡Ah! se comprende muy bien que no las reconozca el mundo siempre cegado por el orgullo, el mundo que no quiso abrir los ojos para reconocer á Cristo-Rey², el mundo de ayer que le afrentó en un patíbulo, y el de hoy que le injuria con sacrílego desdén. Ese es el ciego y el rebelde que no acepta la intervención de

¹ Ps. 18, 7.

² Et mundus eum non cognovit (Io. 1, 10).

María en sus destinos. En cuanto á la gran masa de hombres que forma la cristiandad, no vacilo en afirmar que todos á una voz aclaman á María, como los israelitas á la heroína de Betulia: *Tu gloria Ierusalem, tu lætitia Israel, tu honorificentia populi nostri*¹.

12. Valga por todo otro argumento la aclamación inmensa que hoy se eleva del fondo de millones de almas en forma de cánticos, oraciones y suspiros á la Virgen Nuestra Señora del Carmen. ¿Qué necesidad tenemos de otro testimonio para acreditar la importancia de María en la historia de la humanidad? Hablo, es verdad, de la historia íntima, de la historia de las almas, de preferencia á esa otra historia exterior, civil y política, en la cual también influye la Soberana de cielo y tierra, más de lo que acaso creen los que no ven la acción secreta de la Providencia en la marcha de los individuos y de las naciones. Pero, no ésta, sino aquélla es la que debe sobre manera interesarnos, porque es la que abraza los sucesos de eterna trascendencia, mientras la historia exterior se limita á hechos de importancia pasajera como el tiempo. Otra vez nos conviene colocarnos en el terreno elevadísimo del orden sobrenatural para comprender la alteza del encargo reservado á María, como á la primera de todas las criaturas. La misión de María es la de llevar á puerto de eterna salvación á la desvalida y desatentada humanidad. *¡Sálvanos, que perecemos!*² es la voz que hoy lanzan esas muchedumbres de almas cercadas por todas partes de tinieblas y tormentas, combatidas por el oleaje de furiosas pasiones, arrastradas al fondo del abismo por la corriente casi irresistible del mal. *¡Sálvanos, poderosa Señora y*

¹ Judith 15, 10.

² Matth. 8, 25.

Madre dulcísima del Carmen! es el grito de tantos pechos afligidos, ya por angustias temporales, ya por miserias y padecimientos de otro género, más graves y penosos que los físicos. ¿No es ése también el clamor que se eleva de todos vuestros corazones en este gran día, habitantes de la religiosa Colombia?

13. Y ¿en qué cifráis vuestra confianza? ¡Ah! bien cimentada la tenéis en lo que hace un título más de grandeza para María, y pone el sello á su importancia: en su bien acreditado poderío para socorrer á cuantos necesitados la invocan con la milagrosa advocación del *Carmen*, y en su ilimitada bondad para escuchar todas las súplicas y enjugar todas las lágrimas de sus devotos. ¿Cuándo ha desfallecido el poder ó la misericordia de Nuestra Señora del Carmen? Decidlo vosotros que le debéis la salud, la fortuna, la honra, la tranquilidad, la vida salvada, en cien casos, hasta por obra de milagros. ¡Ah! ¡pudierais hablar también vosotros, habitadores del cielo, para descubrir á un pueblo ansioso de honrar á su Reina, los milagros de la gracia, á los cuales sois deudores de vuestra eterna salvación! ¡Á cuántos de vosotros tendió ella su mano salvadora al borde del abismo, en el paso peligroso de la eternidad! ¡Á cuántos de vosotros acortó el plazo de la tremenda expiación y alivió las penas del purgatorio! ¡Á cuántos...! Pero ¿para qué insistir en lo que todos sabéis? María es la primera entre todas las criaturas. Á ella sea la gloria, á ella el honor, porque en sus manos puso Dios la felicidad del hombre en el tiempo y en la eternidad. ¡Qué ella bendiga en este gran día á su querida Colombia, á sus devotos, á los infatigables promotores de su culto! Así sea.

TERCER PANEGÍRICO DE NUESTRA SEÑORA DEL CARMEN

(predicado en la catedral de Bogotá, julio de 1897).

La devoción á la Virgen del Carmen, señal de predestinación.

ALERE FLAMMAM VERITATIS. Exultavit anima mea in Deo meo, quia induit me vestimentis salutis. Is. 61, 10.

1. ¡Pavoroso problema, hermanos míos, el de la eterna predestinación! Constituye nada menos que un misterio, y de los más oscuros é insondables. *No sabe el hombre si es digno de amor ó de odio* por parte de Dios¹. ¡Terrible incertidumbre, que no ha de disiparse hasta un momento después de la muerte, siendo ésa la causa principal del horror que nos inspira el gran paso de la eternidad! Verdad es que algunos temen precisamente donde no hay nada que temer, como dice el Profeta²; y los más, entre el común de las gentes, para nada se preocupan con aquello que debería inspirarles los más serios y fundados temores. Muchos temen la predestinación por parte de Dios, el cual, como bondad infinita, á nadie quiere precipitar en la eterna perdición; y pocos temen la predestinación por parte de sí mismos, como si no fuera de nosotros de quien depende toda nuestra condenación³. Pero, sea de esto lo que fuere, es lo cierto que en materia de predestinación, si bien no hay motivo para desesperar, haylo, y muy grave, para temer, ya sea que se mire por el lado que corresponde á Dios,

¹ Eccles. 9, 1.

² Ps. 13, 5.

³ Os. 13, 9.

ya por la parte que depende del hombre. Porque, en efecto, consistiendo aquélla en un misterioso é inescrutable decreto de la voluntad divina, que no abraza ciertamente á todos, pues no todos son del número de los predestinados, ¿quién no temerá por sí, no sabiendo ni pudiendo saber con certeza si está ó no comprendido en el soberano decreto, si su nombre está ó no escrito en el libro de la vida? ¡Venturosos los apóstoles, á quienes dijo expresamente la Verdad Encarnada: *Vuestros nombres están escritos en el libro de la vida!*¹ ¿Cómo no había de excitarlos al gozo? *Gaudete!* ¿Cómo no habían ellos de descansar tranquilos? *No se turbe ni inquiete con el temor vuestro corazón*². En cuanto á nosotros, que no hemos recibido tan alegres nuevas, sólo nos queda preguntarnos con espanto: *Quis enim te discernit?*³ ¿Quién te asegura haber sido segregado de la masa de los réprobos? Y luego exclamar con el Apóstol: *O altitudo divitiarum sapientiae et scientiae Dei!* ¡Oh abismos de la sabiduría y ciencia de Dios! ¿quién penetró en su pensamiento, ó fué consejero de sus disposiciones?⁴ Por otra parte, dependiendo la predestinación, como es cierto que depende, de nuestra fidelidad⁵, ¿quién no ve aquí nuevo y más poderoso motivo de temer, siendo así que de ninguna cosa puede el hombre fiarse menos que de su propia flaqueza? He ahí, pues, un océano insondable, todo cubierto de escollos y tinieblas.

2. Entre el horror de estas tinieblas debe el hombre caminar hacia la eternidad. No le queda más consuelo al navegante que ciertas ráfagas de luz, bastantes para

¹ Luc. 10, 20.

² Io. 14, 27.

³ 1 Cor. 4, 7.

⁴ Rom. 11, 33-34.

⁵ 2 Petr. 1, 10.

alumbrar su ruta siempre incierta, aunque no suficientes para disipar del todo la densa obscuridad. Estas ráfagas son las llamadas señales de predestinación. Muchas asignan los teólogos, más ó menos ciertas y seguras; pero todas ellas deben deducirse de la naturaleza misma de la predestinación. Por tanto, debemos buscarlas, ya en los actos de Dios, ya en las disposiciones del hombre. Las primeras no son otra cosa que ciertas muestras inequívocas de predilección por parte de Dios á algunas almas; las segundas serán las pruebas de fidelidad dadas por esas almas á Dios. Ahora bien, amadísimos oyentes: todas esas muestras concurren, como vais á verlo, en la verdadera devoción á María Santísima bajo la dulce y divina advocación de El Carmen. En efecto ¿qué nos revela la historia? ¿qué nos enseña la Iglesia y viene acreditando la experiencia? Pues 1º que el Hermano de Nuestra Señora (así llamado por especial privilegio) recibe señaladísimas pruebas de predilección divina, como son: alianza de fraternidad con la misma Madre de Dios, derecho á la protección singular de María, y auxilio eficaz en la lucha final de la vida: *Accipe*, dijo María, entregando á San Simón su santo Escapulario, *confraternitatis meæ signum, præsens in tentationibus auxilium, in ultimo vitæ luctamine victoriam*¹. 2º Que el Hermano del Carmen, fiel á esa alianza tan gloriosa, aleja eficazmente, con la práctica de la oración y mortificación de los sentidos, las ocasiones de infringir la ley divina, y se prepara de esta suerte á merecer *de congruo*, que es cuanto se puede, la gracia suprema de la perseverancia final. ¿No son éstas señales positivas de predestinación, vinculadas á

¹ B. Virgo ad S. Sim. Stock, ex Histor. monument.

la devoción del Carmen? Pues detengámonos hoy á considerarlas para nuestro consuelo, después de implorar, etc. *Ave Maria*.

I.

3. ¡Qué gran cosa es, hermanos míos, esta misteriosa alianza de los hermanos del Carmen con la Virgen todopoderosa! ¡Oh! y ¡cómo se glorían los hombres de contraer alianzas con los poderosos de la tierra! La alianza de María es, como dijo el Sabio, *vínculo de salvación*¹. ¿No es ella una renovación de la antigua alianza de Dios con el hombre? Porque, notadlo bien: al revés de lo que pasa en las humanas alianzas, en que el débil busca la del fuerte para poder hacer frente al enemigo, aquí la soberana fortaleza busca la suma debilidad; Dios busca la alianza del hombre, María ofrece el signo de su confraternidad á todo el que quiere recibirlo. ¡Extraña dignación! Previene Dios al hombre y se le anticipa, debiendo ser al contrario: búscale para estrechar con él un pacto sempiterno: *Feriam vobiscum pactum sempiternum*². ¿Cuál otro puede ser sino un pacto de misericordia? Tal es la índole de la alianza celebrada por Dios con el antiguo pueblo de Israel, en virtud de la cual dispensó favores de padre³, llamóle su hijo, su primogénito y heredero, fijó en medio de él su habitación, hizo suya la causa de ese pueblo declarando que era su Dios por especial manera: *Ego Deus Israel*⁴, como si se olvidara de los otros pueblos de la tierra. ¿Puede imaginarse alianza más feliz y más gloriosa? ¿no era ella

¹ Eccli. 6, 31.

² Is. 55, 3.

³ Hebr. 1, 5.

⁴ Is. 41, 17.

sola evidente señal de cierta clase de predestinación para los favorecidos hijos de Jacob? Predestinación á una dicha temporal, ciertamente, pero que, como todo lo concerniente á la ley antigua, debe mirarse como imagen y figura de la verdadera predestinación á la bienaventuranza, concedida al pueblo cristiano. No olvidemos aquella arca sagrada, llamada expresamente *arca fœderis*¹, del testamento y pacto, por cuanto fijaba de un modo sensible y duradero las divinas estipulaciones contenidas en las tablas de la ley, y guardaba el maná del desierto y la vara prodigiosa, monumentos de la fidelidad de Dios á sus promesas. El arca era la señal sagrada que debía preceder á la marcha de aquel pueblo, ante la cual detendrían su curso las aguas del Jordán².

4. Ved ahora la nueva y más estrecha alianza celebrada por el Dios del Calvario en los últimos tiempos, por mano de María, verdadera arca del nuevo y eterno testamento, *fœderis arca*³. En medio de la humanidad redimida con su sangre escoge Dios al pueblo cristiano; y en el seno mismo de este gran pueblo escogido, segrega Dios á una porción privilegiada de almas, á quien habla de esta suerte: *No quieras temer, pequeña grey, porción escogida de mi rebaño, no temas por tu porvenir eterno, porque á tu Padre celestial le plugo darte el reino*⁴. «Y, en prenda de mi predilección, ahí tienes esa arca segura de salvación, que es mi Madre.» No creáis, amados fieles, que esto sea simplemente una invención piadosa sin fundamento histórico, pues ahí está atestiguada en los monumentos de la Iglesia la

¹ Ios. 3, 11.² Ibid.³ Eccl. in lit. lauret.⁴ Luc. 12, 32.

maravillosa alianza de María con sus hermanos del Carmen. María Santísima, en virtud de los derechos á ella concedidos para secundar los planes de Dios en la humana salvación, conocedora además de los divinos decretos y árbitra de los tesoros de la omnipotencia, como lo siente la Iglesia¹, contrae con esa grey, pequeña y humilde en la estimación del mundo, una especialísima alianza, indisoluble, según lo acreditan irrefragables testimonios encadenados en la serie de los siglos. En fuerza de esa alianza, y no de otra manera, la pequeña confraternidad que radicaba en sus comienzos allá en las risueñas cumbres del Carmelo, extendióse luego por el oriente, atravesó los mares, ocupó la culta Europa en plena edad media, y hoy, después de mil vicisitudes, llena todavía el mundo católico, demostrando con el solo hecho de su perpetua y milagrosa difusión la autenticidad de su alianza con la Madre del Altísimo. *Dedi te in fœdus populi*².

5. Demos hoy una rápida ojeada sobre la gloriosa historia de esa venerable orden Carmelitana, tan distinguida por María. Después de las famosas controversias del siglo XVII, dirimidas autoritativamente por el Papa Inocencio XII, no podría negarse sin nota de temeridad la antigüedad remotísima de esta ilustre orden religiosa, la más antigua, sin disputa, aunque no la hiciéramos remontar más allá de los tiempos apostólicos, de cuantas florecieron en las Iglesias de oriente y occidente. Gloriase la orden del Carmen de contar entre sus alumnos, no sólo á los antiguos profetas, sucesores de Elías y Eliseo, sino á muchos y célebres patriarcas cristianos de Jeru-

¹ Eccl. in lection. fest. B. M. V. de Monte Carmel.² Is. 42, 6.

salén, uno de los cuales, San Alberto, le fijó los puntos capitales de su austerísima regla. Aquellos solitarios unían á una abstinencia y abstracción del mundo apenas practicables, el ejercicio continuo de la oración y el celo por la dilatación de la fe cristiana y del culto de María, cuyos hermanos eran llamados comúnmente. ¡Cuántos mártires invictos no dieron al cielo durante las persecuciones de los mahometanos en Tierra Santa! Su sangre regó los campos de Palestina y de la Siria, después de las malogradas expediciones de los soldados de la cruz. La celebridad de sus virtudes les abrió todas las puertas de occidente, mereciéndoles la protección de pontífices y reyes, no sin que fuera menester alguna vez¹ la intervención directa de María en su favor. Así se establecieron desde los siglos XII y XIII en Italia y Francia, Inglaterra y Alemania, produciendo en aquella famosa edad de santos fundadores, varones de tan alta santidad como el B. Simón Stock, digno de recibir personalmente los favores más insignes dispensados por la Santísima Virgen á su orden favorita. Entrado el siglo XVI, siglo de renacimiento literario y religioso, vió la orden de María renacer en España su primitivo espíritu, personificado en Teresa de Jesús y Juan de la Cruz, los más sublimes genios de la contemplación extática, y poco después en Italia, admiró en Magdalena de Pazzis, la digna émula de la Virgen de Ávila por su extático martirio. ¡Qué gigantes de santidad aquellos! Ni ha sido únicamente con el ejercicio de las más heroicas virtudes como ha servido á Dios, á la Iglesia y al mundo la benemérita orden de Nuestra Señora: también ha cultivado con ardor la

¹ Como en los tiempos de Honorio III.

ciencia y la literatura cristiana; y tanto en las naciones bárbaras como en los países civilizados ha ejercido con gloria el ministerio de la palabra evangélica.

6. Tal es la orden primera del Carmelo, ese núcleo luminoso del astro, cuyos fulgores abrazan la mitad del cielo. ¿Qué diremos ahora de la inmensa pléyade agregada á la misma orden, y participe de sus privilegios por medio del santo escapulario? Para contar el número de miembros que la componen debiéramos decir con el Profeta: *Millares de millares le seroian, y millones formaban su corte*¹. ¿Son acaso menos, en número y claridad, que las estrellas del firmamento? He nombrado el escapulario. ¡He ahí el talismán divino que ha obrado el prodigio que admiramos del engrandecimiento de esa orden, pequeña, como el grano de mostaza, en su origen; grande y corpulenta, como árbol gigantesco, en su desarrollo. ¡El escapulario! Y ¿qué otra cosa es ese pedacito de paño gris, tan codiciado de los fieles, sino el *signum fæderis*, la señal auténtica de la alianza pactada entre María y su pueblo predilecto? Escuchémosla dirigiéndose á su siervo, el célebre General de la orden, Simón Stock: *Accipe ordinis tui scapulare, confraternitatis meæ signum*. No nos es lícito dudar de su autenticidad. Sonría cuanto quiera la impiedad escéptica, y aun la crítica semiracionalista ponga en tela de juicio la realidad de ese hecho sobrenatural atestado por la historia y la tradición. Ante la razón católica é ilustrada, ese hecho sostiene su verosimilitud, y en el tribunal de la sana crítica reivindica su autenticidad.

Que la Virgen Santísima se haya aparecido á un ilustre siervo suyo y servidor de Dios, para entregarle

¹ Dan. 7, 10.

ella misma esa prenda de su especial cariño para con sus hijos, los hermanos del Carmen, con fines trascendentales de salvación para el género humano, es cosa tan aceptable para el católico ilustrado como cualquiera otra de esas celebérrimas apariciones de María, que registra con veneración la Iglesia y acepta en su liturgia, no ciertamente en calidad de artículos de fe divina, pero sí como hechos dignos de crédito por el testimonio humano en que descansan. Tales son, v. gr. las famosas revelaciones hechas á Santo Domingo de Guzmán y á San Pedro Nolasco, de donde traen su origen las devociones del Rosario y la Merced. Negar esos hechos, que nada tienen de imposibles y sí mucho de verosímiles, sólo por ser milagrosos, y negarlos por vanos respetos á una crítica cuando menos temeraria, sería suprimir de un golpe las más acreditadas devociones populares, sería tachar de ligera á la santa Iglesia que implícitamente los admite como fundamento histórico de algunas de sus más grandes solemnidades, sería, en fin, dar un soberbio mentís á la creencia de muchos siglos y de innumerables generaciones. Y esto, francamente, es demasiado. Por lo que hace á nuestro caso particular (la revelación del escapulario del Carmen), bástenos oponer á todas las objeciones de la vana crítica la sola autoridad decisiva en esta clase de controversias, la del inmortal Benedicto XIV, no ya en su carácter de Pontífice infalible, sino únicamente de sabio de primer orden, tal como lo ha reconocido todo el universo¹. Y continuemos desarrollando nuestro tema.

7. Seguros de la autenticidad del hecho, impórtanos ahora penetrarnos bien de su significación. El es-

¹ De fest. B. V. M.

capulario es la preciosa vestidura de honor y de cariño con que María cubre y adorna á sus queridos hijos, no de otra suerte que lo hizo Ana con su adorado Samuel, Jacob con su preferido José, Elías con su predilecto discípulo, Eliseo. Es más que una prenda de afecto singular, es la librea de los cortesanos de la Reina del cielo, es el distintivo de la confraternidad de María con los hombres: *Signum confraternitatis meæ*, dijo ella misma. Notad bien esta significación, porque es la que nos da á conocer plenamente el carácter de la alianza que vamos estudiando. Por el escapulario María fraterniza con el hombre, institúyelo su hermano. Pero ¿no lo es ya por naturaleza? ¿no es hijo de ella también por gracia? ¿qué añade, pues, esta nueva y especial fraternidad? Esto es lo que deseo comprendáis para vuestro consuelo y edificación. María es hermana y madre de todos por derecho, ciertamente; pero de hecho no lo es sino de algunos, como quiera que no puede llamarse madre efectiva de los réprobos. *No es Dios de los muertos sino de los que viven, el Dios de Abrahán, Isaac y Jacob*¹. No es Jesús Salvador de hecho de los condenados, sino de los que se salvan; por lo cual ruégale el alma devota: «Jesús, sé para mí Jesús.»² De donde infiero que al traer á la tierra como signo de confraternidad el escapulario, ha querido María ser de hecho hermana de los agraciados con ese distintivo del orden Carmelita, es decir, ha querido darles ese sello ó señal de predestinación. ¿Os parece la deducción exagerada? Pero, si tal fuera, decidme: ¿cómo podría llamarse el escapulario signo de confraternidad con María? Debemos dar por sentado que la Virgen

¹ Matth. 22, 32.

² Esto mihi Iesus.

sapientísima conoce, en los divinos decretos, quiénes son predestinados y quiénes no están escritos en el libro de la vida. Esto supuesto, ¿podría ella honrar con el nombre y carácter de hermanos á los que sabe que han de odiarla y maldecirla eternamente? Y ¿qué honor redundaría en la Reina de los santos de tener por hermanos á los hijos de Belial? Ni alcanzo á ver qué ventajas positivas reportarían los hombres de llevar el signo de la confraternidad. Dijérase tal vez que el signo de la unión fraternal con la Santísima Virgen era una fuente de gracias para el dichoso hermano del Carmen; pero insisto en creer que todas las prerrogativas de la hermandad serían vanas, si al cabo aquellas gracias habían de ser ineficaces para la salvación, por más que no lo fueran sino por obra del culpado. ¿Por ventura no obtiene también María gracias de hecho ineficaces, aunque abundantes, para todos los pecadores, sin exceptuar á los precitos? Si los auxilios que ella recaba de Dios para sus hermanos del escapulario no fueran de otro género, ¿no vendría á menos el precio de su alianza?

8. Conjeturas son estas nada más, carísimos oyentes, pero tales que tienen para mí todo el peso de argumentos poderosos en favor de la pía sentencia que definiendo. Á lo dicho añadiré todavía la siguiente reflexión. Yo observo que todas las alianzas de Dios con el hombre, como efectos que son de su misericordia, tienen por fin la salvación, y no quedan defraudadas de su objeto. Mirad el magnífico arco de siete fajas de bellísimos colores, colocado por la mano del Criador sobre las nubes¹: por ese signo de un pacto de clemencia,

¹ Gen. 9, 13.

el mundo no ha vuelto á verse anegado en las voraginosas aguas del diluvio, ni volverá á verse jamás. Tornad los ojos á la alianza de Jehová con el pueblo de Jacob. Su objeto era la salvación de la verdad religiosa en el naufragio universal de creencias y costumbres; y la verdad y la santidad se salvaron efectivamente por medio de ese pueblo, nuestro pedagogo, como lo llama el Apóstol¹, naufragando él mismo después de cumplida su misión, esto es, después de haber puesto en salvo los grandes intereses que se le confiaron. Ahora bien, cristianos: es evidente que la alianza de María con sus hermanos del Carmen (*signum confraternitatis meae*) no puede tener otro objeto que la salvación eterna de aquellos con quienes la contrae, y la contrae con cada uno de los que visten el escapulario; luego es preciso reconocer en esa alianza y su signo una señal inequívoca de predestinación. Bástanme, en fin, para creer que ningún hermano del Carmen se condena, las palabras afirmativas de la misma soberana Virgen: *In quo quis moriens æternum non patietur incendiū*²: No será víctima del fuego eterno ninguno que muera revestido del santo escapulario de Nuestra Señora del Carmen. *Regocijaos*, pues, venturosos carmelitas, concluiré diciéndoos, como Jesucristo decía á sus discípulos, gozaos, *porque vuestros nombres están registrados en el cielo*³.

9. Confirma nuestra creencia el segundo privilegio otorgado auténticamente por la misma Virgen á sus hermanos del Carmen, el cual (como consecuencia del primero) consiste en el auxilio que le presta la Señora

¹ Gal. 3, 24.

² Ex publ. monum. Eccl.

³ Luc. 10, 20.

en todos los peligros y tentaciones de la vida: *Præsens in omnibus vitæ tentationibus auxilium*. ¿Qué mejor señal de predestinación, hermanos míos? Porque si, según San Agustín, ésta consiste principalmente en la *preparación*, por parte de Dios, *de los beneficios*, esto es, de los medios *con los cuales certísimamente se libren del infierno los que han de ser salvos*¹; ¿qué medios pueden señalarse más ciertos y seguros para este objeto que los auxilios prontos y eficaces de Aquella que es depositaria y dispensadora de todos los bienes de su Hijo? Bien pueden levantarse las más deshechas tempestades en este mar furioso de la humana vida: una sola mirada de María es poderosa para serenar la borrasca y apaciguar los mares... Nuestra Señora del Carmen puede encadenar, si le place, los huracanes bravíos de nuestras pasiones y darnos tranquila y feliz travesía hasta el puerto de la salvación. Y, si tal vez permite que, desatados los vientos de la tentación, la frágil navecilla se vea sacudida por embravecidas olas, ella puede y quiere sacarla á flote con su diestra omnipotente, haciéndola arribar después de mil vicisitudes al anhelado puerto de la bienaventuranza. ¿Por qué desconfiar si ella dice á sus hermanos: *Salus tua ego sum*²? ¡Gran cosa, por cierto, la tutela y protección decidida de la Madre de Dios! ¡Invencible argumento de seguridad hallarse bajo el amparo de sus alas!³ Y ¿quién puede dudarle? señal certísima de la predilección divina es tener á María por constante auxiliadora. *Præsens in omnibus vitæ tentationibus auxilium*.

¹ *S. August.*, apud *Houdry* t. V Biblioth. Concion.

² Ps. 34, 3.

³ *Scapulis suis obumbrabit tibi, et sub pennis eius sperabis* (Ps. 90, 4).

Porque, si bien lo miramos, María no ampara sino á aquel á quien Dios quiere amparar. Dios es el que hace nacer su sol sobre buenos y malos¹: Él envía su Ángel para guardar y defender al justo²; Él, pues, da su Madre por madre y protectora á aquellos á quienes, como al discípulo amado, dice: *Ecce mater tua*³. Que no todos los hombres estaban igualmente representados en San Juan, como quiera que no fué éste puesto allí al acaso, sino escogido por Jesús para hacerle entrega de su Madre. Juan representa, en cierto modo, á todos los hombres, pero de un modo particular á aquéllos solamente, que, como él, merecen el glorioso título de *discípulos queridos*⁴. Todos, pues, tendrán algún derecho á las piedades de aquella madre universal de los desheredados hijos de Eva; pero en cuanto á la protección especial (*præsens in omnibus vitæ tentationibus auxilium*), es indudable que sólo pertenece á un corto número de agraciados, como son los que, revestidos del escapulario, forman en el escuadrón de los hermanos del Carmen. ¿Qué no deben prometerse de tan singular prerrogativa? ¿qué, sino la salvación? Pues, como afirma el esclarecido Doctor San Pedro Damiano: «Es imposible que se pierda aquel por quien haya rogado María una vez siquiera.»⁵ Pues, ¿como se perderá el que cuenta con su constante protección y recibe incesantemente sus auxilios? Éste, debemos concluir con el Profeta, *éste recibirá del Señor la bendición y la misericordia de Dios, su Salvador*⁶. Éste alcanzará la suprema victoria sobre los enemigos de la

¹ Matth. 5, 45.

² Gen. 24, 40.

³ Io. 19, 27.

⁴ Io. 19, 26.

⁵ *S. Petr. Dam.*

⁶ Ps. 23, 5.

salud eterna en el más recio combate de la vida, según las promesas de María: *In ultimo vite luctamine victoriam.*

10. He aquí, amados oyentes, la principal entre todas las gracias de predilección, ó sea, la señal más importante de la eterna predestinación, esto es, la victoria decisiva en virtud de aquella gracia que se llama de perseverancia final. Nada es capaz de atormentar tanto á una alma timorata como esta terrible incertidumbre que envuelve el último instante de la vida. Eso es lo que hacía exclamar á los santos: *O momentum, a quo æternitas!*¹ ¡Quién pudiera asegurarse la fidelidad en aquel último momento! ¡Quién supiera merecer la gracia de la perseverancia! Pero ésta, que es el colmo de todas las gracias, es don tan precioso y de tanto valor que nadie, ni el varón más justo, es capaz de merecerla en rigor de justicia, ó *de condigno*, reservándose Dios el derecho de concederla á quien le place. De ahí que el santo concilio Tridentino haya definido que «nadie puede abrigar absoluta certeza de alcanzar la perseverancia final, á no ser en virtud de particular revelación»². ¿Qué hacemos, pues, cristianos, cuando nos atrevemos á prometer la final victoria á los hermanos del Carmen? ¿Ponémonos acaso en contradicción con la doctrina de la Iglesia? No, por cierto. Decimos solamente que, sin merecerlo ellos, plácele á Dios otorgar esa gracia á aquellos á quienes María, fidelísima á sus promesas, se ha dignado prometerlo. Y eso decimos porque creemos que tanto pueden los ruegos y el valimiento de la Virgen María en favor de sus hermanos. Tal es el sentir universal de la santa

¹ *S. August.*

² Conc. Trid. sess. I, can. 16.

Iglesia cuando invoca con firmísima confianza el favor de la Madre de la gracia, diciéndole: *Tu nos ab hoste proteges, et hora mortis suscipe*¹. Pues, ¿qué otra cosa es recibir María á sus devotos en la hora de la muerte, sino hacer, como de cierto lo puede, que no mueran en estado de condenación, sino en la gracia del Señor? Así se explica, para tranquilidad y consuelo del pueblo cristiano, el maestro infalible de la verdad, Paulo V, declarando ser esta la mente de sus predecesores al aprobar los privilegios del escapulario. Y aun creo pudiéramos discurrir de esta manera. Si puede obtenerse certeza en esta materia sobre la fe de una revelación privada, según el citado concilio, ¿no podría también cerciorarnos la autoridad de una revelación tan auténtica y solemne como la hecha al B. Simón Stock? ¡Lejos, pues, del lecho del moribundo escudado con el escapulario, el temor demasiado de los ímpetus y ardidés del común enemigo de las almas! ¡Rómpanse contra ese escudo inexpugnable sus armas de mal temple! ¡Revuélvase sobre el sagitario sus dardos venenosos! María aparece: su fulgor deslumbra y pone en fuga á los miserables enemigos de la luz; su dulce claridad, proyectada como el blanco rayo de la luna sobre la frente del pobre agonizante, imprime en su rostro el sello de la confianza de los justos que descansan en los brazos del Señor.

II.

II. Pero es preciso exponer toda la verdad en tan delicado asunto. En ninguna manera pudiéramos fiarnos absolutamente de las señales de predestinación enume-

¹ In offic. parv. B. M. V.

radas, si á ellas no se reunieran las que proceden de la fidelidad del hombre. Dado el necesario enlace de la predestinación con los méritos, supuesto que Dios no predestina independientemente de éstos (sea antes ó después de previstos), aquél dará señales más ó menos ciertas de ser del número de los predestinados, cuya vida sea más ó menos conforme al prototipo de los escogidos, Cristo Jesús, según estas palabras de San Pablo: *Quos præscivit et prædestinavit conformes fieri imaginis Filii sui*¹. Ahora bien, yo tengo derecho de afirmar que no puede menos de ser tal el verdadero cofrade de Nuestra Señora del Carmen. Tales fueron, según dejamos expuesto en la primera parte, los ilustres fundadores y padres del Carmelo, eximios en santidad aun antes de recibir la unción de la ley evangélica. De ellos puede repetirse: *Hi viri misericordie sunt, quorum virtutes non defuere: cum semine eorum permanent bona*². No, sus virtudes no han desaparecido, y sus bienes están vinculados en sus descendientes. De éstos exige María, como base de su alianza, la fidelidad á los deberes que ellos mismos se han impuesto. ¿Á qué se reducen estos deberes? Á la oración, la mortificación, la pureza de costumbres. Y ¿qué hermano del Carmen presumirá salvarse sin la práctica de estas obligaciones indispensables para la vida cristiana? En efecto, orar, mortificar los sentidos y llevar una vida casta y pura, son preceptos fundamentales del Evangelio; y María no puede dispensar de ellos á sus queridos hermanos. Si ella les ofrece todo el influjo de sus ruegos, quiere también que unan los suyos á fin de hacer eficaces las gracias que del

¹ Rom. 8, 29.² Eccli. 44, 10. 11.

cielo les impetra. La necesidad de la oración, y de la oración sin tregua, para la salvación, es indiscutible. Por otra parte, al armarnos María con las armas de su protección para hacernos vencedores del mundo, del demonio y de nuestra propia carne, seguramente no deroga para los suyos la ley severa de la mortificación: *Abneget semetipsum*¹. Finalmente, si con su traje real del escapulario nos hace aparecer, en lo exterior, revestidos y adornados de su gloriosa librea, su más vivo anhelo es revestirnos de sí misma, adornando nuestras almas con el ropaje espléndido de la santidad. «Revestíos de María, dice San Buenaventura, cuantos de veras la amáis.»²

Fiel á estas condiciones del pacto de María, el verdadero cofrade de la Virgen del Carmen que quiere ser digno de su nombre y profesión, á buen seguro que sabrá llevar una vida regularizada y sólidamente cristiana. En este caso bien puede contar con que posee la más cierta señal de predestinación, que es la fuga del pecado y la práctica habitual de la virtud.

12. Concluamos. ¿Qué decir de aquellas pobres almas, muchísimas en número, que, no alcanzando en su debilidad á realizar el bello ideal de la vida cristiana, practican sin embargo algunas obras de piedad, rezan algunas oraciones, se acercan con regulares disposiciones á los sacramentos, siquiera de año en año, para obsequiar á la Virgen de su cariño, y, aunque débiles casi siempre para resistir á los embates de la tentación, abrigan, en medio de todo, un gran fondo de sentimientos cristianos, fomentados por la devoción

¹ Matth. 16, 24.² *Induite Mariam, quotquot diligitis eam (S. Bonav.).*

á Nuestra Señora del Carmen? Aun á estas almas nos atrevemos á decir que esta dulce y saludable devoción es para ellas, cuando no prenda segura, á lo menos no despreciable indicio de que ellas también pertenecen al gremio feliz de los protegidos por María. ¿Qué fuera de ellas totalmente desligadas del amor de la Virgen Santísima, del cariño á su única Madre verdadera? Correrían á rienda suelta, sin hacer una sola parada, por los caminos del vicio, que infaliblemente los arrastrarían á la eterna perdición. ¿Hasta qué punto no descendería el hielo de esos corazones, si el dulce abrigo maternal no conservara en ellos algún grado de calor de vida eterna? Para todos, en fin, es la devoción del Carmen fuente de bienes infinitos, manantial de virtudes y prenda de felicidad. Dígalo en alta voz esta culta y devotísima ciudad que el día de hoy, inflamada en el amor á la Virgen del Carmen, se exhibe santamente orgullosa de su fe, piedad y religión. ¿No es hoy cuando tantas almas generosas, dóciles al reclamo de María, huellan el respeto humano, presentándose á la faz de la sociedad entera como sinceros creyentes y humildes servidores de la Madre de Dios? ¡Hermosa victoria de la religión sobre el mundo corrompido! ¡Triunfo digno de ser celebrado no sólo en la tierra sino en las regiones celestiales! Porque vencer al mundo es triunfar del más peligroso enemigo de la salvación. No lo dudéis. Cristo se gloria de haber vencido al mundo: *Ego vici mundum*¹; y asegura á sus discípulos que ellos lo vencerán también. Así que vencer á ese pérfido enemigo de Dios y de su Iglesia, es casi tanto como asegurar la victoria decisiva en

¹ Io. 16, 33.

todo el campo de batalla. ¡Gloria, pues, á María vencedora del mundo y del infierno! ¡Gloria á sus devotos, también por ella vencedores! ¡Aliento y esperanza á los hermanos del Carmen, cuyos nombres, puede creerse, están escritos en el libro de la vida! *Gaudete!*

13. Y ¡qué consuelo tan colmado no deberá experimentar el día de hoy, en medio de sus gloriosas fatigas, el Venerable Sacerdote y fervoroso Capellán de la Virgen del Carmen, escogido por ella, con vocación providencial, para ser instrumento de tantas bendiciones!¹ ¿Qué satisfacción puede compararse con la que resulta de dar á Dios tanta gloria, y procurar el bien eterno á tantas almas? Pero sobre todo ¿qué señal más inequívoca de predestinación á muy alto grado de gloria, que el ejercicio por largos años continuado, de tanta piedad y celo por el culto de María? ¡Ella nos conduzca á todos á la patria de la bienaventuranza! Así sea.

CUARTO PANEGÍRICO DE NUESTRA SEÑORA DEL CARMEN

(predicado en la catedral de Bogotá, 1898).

María, objeto del culto del pueblo colombiano.

In me gratia omnis viae et veritatis; in me omnis spes vitae et virtutis. ®

Eccli. 24, 25.

I. Confuso y como desorientado en medio de la extraordinaria pompa y solemnidad de este gran día, estoy á punto de preguntarme á mí mismo lo que, llenas de afanosa solicitud, se preguntaban las hijas de Jeru-

¹ El Sr. D. Francisco Jav. Zaldúa, canónigo de la catedral de Bogotá. CÁCERES, Sermones. II.

á Nuestra Señora del Carmen? Aun á estas almas nos atrevemos á decir que esta dulce y saludable devoción es para ellas, cuando no prenda segura, á lo menos no despreciable indicio de que ellas también pertenecen al gremio feliz de los protegidos por María. ¿Qué fuera de ellas totalmente desligadas del amor de la Virgen Santísima, del cariño á su única Madre verdadera? Correrían á rienda suelta, sin hacer una sola parada, por los caminos del vicio, que infaliblemente los arrastrarían á la eterna perdición. ¿Hasta qué punto no descendería el hielo de esos corazones, si el dulce abrigo maternal no conservara en ellos algún grado de calor de vida eterna? Para todos, en fin, es la devoción del Carmen fuente de bienes infinitos, manantial de virtudes y prenda de felicidad. Dígalo en alta voz esta culta y devotísima ciudad que el día de hoy, inflamada en el amor á la Virgen del Carmen, se exhibe santamente orgullosa de su fe, piedad y religión. ¿No es hoy cuando tantas almas generosas, dóciles al reclamo de María, huellan el respeto humano, presentándose á la faz de la sociedad entera como sinceros creyentes y humildes servidores de la Madre de Dios? ¡Hermosa victoria de la religión sobre el mundo corrompido! ¡Triunfo digno de ser celebrado no sólo en la tierra sino en las regiones celestiales! Porque vencer al mundo es triunfar del más peligroso enemigo de la salvación. No lo dudéis. Cristo se gloria de haber vencido al mundo: *Ego vici mundum*¹; y asegura á sus discípulos que ellos lo vencerán también. Así que vencer á ese pérfido enemigo de Dios y de su Iglesia, es casi tanto como asegurar la victoria decisiva en

¹ Io. 16, 33.

todo el campo de batalla. ¡Gloria, pues, á María vencedora del mundo y del infierno! ¡Gloria á sus devotos, también por ella vencedores! ¡Aliento y esperanza á los hermanos del Carmen, cuyos nombres, puede creerse, están escritos en el libro de la vida! *Gaudete!*

13. Y ¡qué consuelo tan colmado no deberá experimentar el día de hoy, en medio de sus gloriosas fatigas, el Venerable Sacerdote y fervoroso Capellán de la Virgen del Carmen, escogido por ella, con vocación providencial, para ser instrumento de tantas bendiciones!¹ ¿Qué satisfacción puede compararse con la que resulta de dar á Dios tanta gloria, y procurar el bien eterno á tantas almas? Pero sobre todo ¿qué señal más inequívoca de predestinación á muy alto grado de gloria, que el ejercicio por largos años continuado, de tanta piedad y celo por el culto de María? ¡Ella nos conduzca á todos á la patria de la bienaventuranza! Así sea.

CUARTO PANEGÍRICO DE NUESTRA SEÑORA DEL CARMEN

(predicado en la catedral de Bogotá, 1898).

María, objeto del culto del pueblo colombiano.

In me gratia omnis viae et veritatis; in me omnis spes vitae et virtutis. ®

Eccli. 24, 25.

I. Confuso y como desorientado en medio de la extraordinaria pompa y solemnidad de este gran día, estoy á punto de preguntarme á mí mismo lo que, llenas de afanosa solicitud, se preguntaban las hijas de Jeru-

¹ El Sr. D. Francisco Jav. Zaldúa, canónigo de la catedral de Bogotá. CÁCERES, Sermones. II.

salén: *Quid faciemus sorori nostræ in die quando alloquenda est?*¹ ¿Qué haremos y qué diremos en este día en que es preciso hablar á nuestra hermana, en que todos los fieles de esta populosa y devota capital se dan cita en este vasto templo para dirigir á María Santísima del Carmen sus fervientes plegarias y escuchar de los labios del orador sagrado las alabanzas de la excelsa Reina? Verdaderamente, hermanos míos en el Señor, el caso no es para menos que para dejar el ánimo suspenso y anudada la lengua, vista la insólita magnificencia de esta clásica festividad, que todo concurre á engrandecer, la concurrencia, la piedad, el ornato, los favores de María, todo, todo menos la voz encargada de hacer una vez más el panegírico de la Virgen, imán de todos los corazones bogotanos. *Quid faciemus?* No tengo flores perfumadas ni poseo ricas perlas; y veo que nada menos que perlas finísimas debieran brotar de mis labios para corresponder á la dignidad de este puesto, y no dejar deslucida esta espléndida ovación que los hijos de Colombia consagran á la Virgen-Madre en su portentosa advocación de «El Carmen».

2. Pues bien, cristianos oyentes: ya que de mío nada tengo que merezca presentarse á los pies de esa gran Reina del Carmelo, como perfume exquisito de Arabia, ó joya de piedras preciosas del oriente, permitid que me apodere yo de vuestros propios sentimientos, tan nobles, puros y elevados, y forme con ellos la corona de alabanzas que juntos tributemos á nuestra común Madre y Señora; y con ese objeto trate de investigar piadosamente el porqué de este culto sin

¹ Cant. 8, 8.

igual, de esta devoción sin límites, de este entusiasmo desbordado de los habitantes de Colombia, y especialmente de Bogotá, por Nuestra Señora del Carmen. Al entrar en esta investigación no podré menos de descubrir algunos de los mil títulos gloriosísimos que hacen de esta divinal criatura el objeto de vuestra adoración y el ídolo de vuestros corazones; y, al irlos poniendo delante de vuestra consideración, resultará, según espero, formado, aunque muy tosca y rudamente, el elogio á que estoy comprometido. De esta suerte seréis vosotros mismos los autores principales del panegírico de Nuestra Señora del Carmen.

Ni creo ha de ser para mí muy difícil encontrar la explicación del brillante fenómeno religioso y social que dejo señalado. Sé muy bien hay causas y agentes inmediatos que bastarían desde luego para explicarlo satisfactoriamente, pues conocidas son en todo el país las circunstancias especiales, y estoy por decir providenciales, en que esta devoción, de suyo muy antigua en nuestra América, se ha desarrollado de un modo maravilloso entre nosotros hasta tomar un vuelo que no tiene ni tal vez ha tenido semejante. No necesito señalar con el dedo esos agentes bienhechores, ese celo, esa inspiración, ese ardor y tesón de muchos años que todos conocemos y admiramos, como es justo y merecido. Pero, dominando el asunto desde una altura más elevada, creo no equivocarme al designar por causa de la devoción extraordinaria de Colombia á Nuestra Señora del Carmen, la índole nativa de sus hijos, realizada por la viveza del sentimiento religioso que hoy, como siempre, los domina. La nobleza y generosidad del carácter entran por mucho en el culto nacional; y, siendo el pueblo colombiano entusiasta admirador de lo grande,

noble y bello, no puede menos de abrazar con ardor infinito el culto de la más grande y bella de todas las criaturas, de la que Dios mismo, después de haberla adornado con tantos primores, ha hecho el objeto de su especial predilección. Por otra parte, este pueblo, fiel á sus más gloriosas tradiciones, cree, ama y espera, como verdadero y fervoroso cristiano: ¡cómo, pues, no había de amar con transporte, con santo delirio, á esa Virgen del Carmelo, que, siendo Madre de Dios y de los hombres, sintetiza, por decirlo así, la religión entera; á esa Madre que nos muestra á Jesús y nos da la mano para llegar hasta Él! Digo, pues, que María Santísima del Carmen es en primer lugar objeto natural del culto que brota espontáneamente del corazón del pueblo colombiano, y eslo todavía más del culto religioso de esta nación católica por excelencia. Saludemos, etc. *Ave Maria.*

I.

3. No me detendré, católicos oyentes, en lo que pudiera considerar como meros preámbulos de mi discurso, á saber, el carácter del pueblo colombiano y la naturaleza del arte y del artista. El primero no lo formarán ciertamente mis apreciaciones, ni será vana creación de la oratoria y la poesía: está ya formado por la mano generosa del Criador, y por lo demás, bien definido en sus principales rasgos característicos. Uno de ellos es el amor apasionado de lo bello, noble apasionamiento de donde brotan los artistas, entre los cuales descuellan los genuinos y verdaderos poetas. ¿Quién no sabe que la poesía es fruto natural de la tierra de Colombia? Mas no debo yo insistir inútilmente en un tema que sólo ha de servirme de premisa

para la conclusión que intento deducir. Por lo que hace á la naturaleza del arte, no bastardeado por el vicio ni falseado por preocupaciones de escuela, me bastará recordar que es la expresión animada de la belleza ideal, en su más puro y elevado concepto, y, de consiguiente, es una especie de adoración, de culto á la belleza, á la sublimidad, á la armonía. El artista no es ni puede ser jamás adorador de la materia vil, porque la belleza es la forma, la vida, el resplandor, la idea. Por más que la belleza pueda hallarse encarnada en la materia, como el alma en el cuerpo, no es la materia, sino el fondo sobre el cual aquélla se destaca, no sirviendo sino para hacerla resaltar. La belleza, pues, aun la física, es algo inmaterial, superior á lo sensible, perceptible únicamente por la inteligencia, aunque auxiliada ésta por la fantasía que da cuerpo y bulto á la concepción estética. Percibir la belleza en donde se halla es casi un descubrimiento feliz, prerrogativa no común, sino peculiar de aquellas almas privilegiadas que están dotadas de una facultad especial, del sentido de lo bello. ¡Feliz el pueblo que ha recibido del cielo este don como patrimonio de familia! Ese pueblo no dará cabida en su corazón al torpe y corruptor materialismo, á ese sistema ignominioso que pretende nivelar al hombre con el bruto, desconociendo la superioridad esencial del espíritu humano sobre el alma de la bestia. Por eso Colombia entera rechaza indignada tan absurdas doctrinas, y proclama á voz en grito su fe en la espiritualidad del alma y en la inmortalidad de los destinos del espíritu. No quiere pertenecer á esa escuela de envilecimiento moral que no ve en el altivo rey de la creación visible más que un puñado de vil polvo, que el soplo de la muerte disipará á los cuatro vientos, no

quedando del hombre, devorado por el sepulcro, otra cosa que el efímero recuerdo. Con semejantes doctrinas no sólo parece la moral, el honor y la virtud, sino también el arte y la poesía. ¿Qué has de cantar, poeta del materialismo? ¿por ventura el asqueroso polvo de que está amasado el cuerpo humano? ¿acaso los caprichos animales, análogos á los instintos de los seres que pueblan el bosque y la campiña? No, mis amados hermanos: la materia, por preciosa que sea, no alcanza á satisfacer las aspiraciones del arte, mientras no la enaltece la forma, pero no la forma puramente exterior, tan frágil como la materia misma, sino otra más íntima y perfecta, la vida, la idea, el sentimiento. Esto es lo que descubre en los objetos sensibles el ojo penetrante y puro del artista; esto, lo que inflama su corazón; esto, lo que inspira su mente creadora, anima y vivifica sus armoniosas producciones. Esto hace á los hijos de Colombia extasiarse y delirar delante de la Virgen del Carmelo, verdadera Reina de las gracias: *In me gratia omnis...*¹

4. ¡Quién me diera el pincel de vuestro gran artista², ó la voz de vuestros poetas para describir y cantar la belleza inefable de la Virgen del Carmelo! Mas ¿para qué intento lo imposible? ¿por ventura necesito daros á conocer lo que tenéis todos á la vista? ¿No la veis allí en su trono? ¡Cuán bella y refulgente allí se ostenta! Verdaderamente es preciso confesarlo con la Iglesia: *¡Dádosele ha la gloria del Líbano, posee la belleza del Carmelo y del Sarón!*³ *Speciosa facta es et suavis...*⁴ ¡Encantadora, dulce y deliciosa te hizo Dios,

¹ L. c. supra.² Gregorio Vázquez.³ Is. 35, 2.⁴ Eecl. in offic. B. M. V. de Monte Carm.

Madre divina! Nada diré de su rostro, admirable conjunto de majestad y dulzura; nada de la luz de sus pupilas, que brillan más que luceros del firmamento y despiden sobre sus hijos rayos de amor y de ternura; nada, en fin, de esa maravillosa profusión de perfecciones que hacen de Nuestra Señora del Carmen un cielo más bello que los cielos que vemos, según la atrevida frase de la santa Iglesia: *Elevata est magnificentia tua super caelos, Maria, Mater gratiarum*¹. ¿Qué diré de la magnificencia del ropaje, digno de su regia majestad, al cual puedo aplicar las proféticas expresiones del Salmista: «*Adstitit Regina...*» *Alli está, á la diestra del Omnipotente, la Reina cubierta de oro y pedrería, revestida de variados y ricos ornamentos*². *El biso y la púrpura son su vestidura*³; *y la fragancia que despide es inestimable en demasía*⁴, más exquisita sin comparación que el perfume de los vestidos de Jacob, que hizo exclamar al patriarca Isaac: *¡Oh! ¡qué olor el de mi hijo, semejante al de un campo enriquecido con la bendición del Señor!*⁵ Pero ¿cómo no ha de ser espléndido el ropaje de María, si sobre el oro y las sedas se tiende un manto de luz divina, como lo vió el discípulo amado en su célebre visión: *Un gran prodigio apareció en el cielo: la Mujer revestida del sol...*⁶ ¿No veis qué cerca de sí tiene al Sol divino, á Jesús Niño, á quien lleva en su brazo derecho? La hermosura del Dios humanado, *del más hermoso entre los hijos de los hombres*, se refleja de lleno sobre el rostro y la persona de su Madre, la Reina del Carmelo, haciéndola sólo inferior en belleza al mismo Dios.

¹ Eecl. in offic. B. M. V.² Ps. 44, 10.³ Prov. 31, 22.⁴ Eecl. l. c.⁵ Gen. 27, 27.⁶ Apoc. 12, 1.

5. Tal es, cristianos oyentes, la belleza de Nuestra Señora del Carmen, no ya solamente física, aunque ésta misma sea soberana, incomparable, sino ideal, espiritual y divina. El Esposo de los Cantares, el Espíritu Santo, contemplando y ensalzando una por una las perfecciones corpóreas de esta obra maestra de sus manos, y después de regalarse con ellas, prorrumpe en esta exclamación: *Quam pulchra es!* ¡Qué hermosa eres, esposa mía, qué hermosa eres!¹ Y añade con intención profunda: *Pero es mayor la belleza escondida en su interior: «Absque eo quod intrinsecus latet.»*² ¿Cuál es ésta sino la hermosura espiritual, de la cual la física no es más que una débil y pálida vislumbre? Pues, si tan ardua empresa es describir la hermosura exterior y corpórea de María, ¿qué será bosquejar la belleza de su mente y corazón? De la primera se puede dar alguna idea ascendiendo de la hermosura dispersa en los objetos de la naturaleza; mas de la segunda ¿qué concepto ni qué imagen podremos formar, excediendo tanto lo espiritual á lo corpóreo, como el cielo á la tierra? Los mismos serafines, incapaces de comprenderla y contentos con admirarla, se preguntan atónitos: *Quæ est ista? ¿Quién es ésta que sube del desierto rebotando de delicias?*³ ¿Cómo, pues, no desfallecerá el entendimiento humano contemplándola? ¿cómo, al entrever una centella de tanta belleza, no quedará cautivo todo corazón? El pueblo colombiano, ilustrado, aun más que con las luces de su clara inteligencia, con la antorcha de la fe, ha alcanzado, sin duda, á vislumbrar esa hermosura sobrenatural de María en su advocación tan poética como maravillosa del Carmen; y he ahí de donde

¹ Cant. 4, 1.² *Ibid.*³ *Ibid.* 8, 5.

ha brotado ese torrente de amor y admiración que les hace exclamar á todos, especialmente en este día: *¿Quién es esta Virgen que así nos encanta y roba todo el afecto de nuestros corazones? ¿Qué tienes, pues, de arrebatador y divino, ¡oh Virgen y Señora del Carmen!* que no hay quien no sienta tus poderosos atractivos? Yo os lo diré, cristianos: lo que hay es que la Virgen del Carmen es, al decir de la Iglesia, la Madre de las gracias, el tipo de toda belleza moral y sobrenatural; y esto se les alcanza muy bien á los hijos de Colombia, entusiastas admiradores de lo verdaderamente grande y bello, que es lo bello del orden moral, el resplandor de la virtud.

6. María posee toda la *gracia de la verdad: In me gratia omnis viæ et veritatis*¹, porque, en primer lugar, María no es un mito sino una realidad, y no ya un mero personaje histórico de alta talla, como Débora ó Judit, sino una persona de actualidad, un ser viviente, una Madre que vemos y palpamos, y que nos ve también y acaricia y sonríe como á hijos: *Mater gratiarum*. María tiene además toda la verdad de la grandeza moral, de la elevación del espíritu, en la cual consiste la belleza de las almas, la belleza propiamente humana y aun divina: brillan en su pecho, mejor que las perlas y diamantes, todas las virtudes morales y divinas, la pureza inmaculada, la humildad profundísima, la encendida caridad. Véese, pues, ella sola ataviada con el ornato de todas las bellezas distribuídas entre todos los estados y situaciones morales de la vida humana, con la delicadeza de su sexo y la entereza varonil, con el candor del niño y la prudencia y sabiduría del an-

¹ L. c. supra.

ciano, con la modestia de la virgen y la abnegación de la madre, con la santidad del sacerdote y el heroísmo de los apóstoles y de los mártires. ¿Qué virtud puede faltar á la *Reina de las gracias*? ¿qué joya, al ajuar de Nuestra Señora del Carmen? ¿qué brillante, á su corona? Por eso la ama con ardor todo el que ama la virtud, la magnanimidad, el heroísmo. Sólo es capaz de permanecer indiferente y apático el hombre degradado en sus ideales y corrompido en sus afectos, el que no sabe entusiasmarse ante la hermosura de las almas, sino ante el resplandor del oro y el vapor del deleite material.

Dejo así demostrada la primera parte de mi proposición, y paso á declarar brevemente la segunda que, por su mayor importancia, debe interesar más vuestra atención.

II.

7. El pueblo colombiano es altamente religioso, á pesar de las vicisitudes por que lo ha hecho pasar durante un siglo entero la tea de la revolución. El hálito emponzoñado de la apostasía no ha penetrado aún, por la divina misericordia, en el corazón de esta hidalga sociedad que todavía lleva con honor el sobrenombre de cristiana. El culto popular de Nuestra Señora del Carmen bastaría para comprobarlo. Pero yo digo que este mismo culto debe su prodigioso desarrollo á los arraigados y cada vez más vivos sentimientos religiosos de los hijos de Colombia. Este pueblo, no alucinado por los falsos relumbrones de un progreso puramente material que tiene por blanco el lujo y los placeres, rechaza, como dejo dicho, el bárbaro sistema del materialismo ateo, inmoral y antisocial. Mas esto no le

basta: necesita á todo trance vivir la vida sobrenatural y divina, cuya fuente es la fe de Cristo, cuyo acueducto es la Iglesia católica. No pudiendo ser deísta, ni racionalista, ni protestante, quiere ser verdadero y fervoroso cristiano, porque comprende muy bien que en materia de religión no hay términos medios ni acomodamientos ficticios: hay que serlo todo ó nada, católico ó ateo. El ateísmo pugna abiertamente con su razón, con sus tradiciones, con sus nobles sentimientos; es, pues, católico sincero, católico de buena ley, como lo fueron sus piadosos mayores. Una vez dominado por la convicción religiosa, comprende la belleza de un modo muy superior á los alcances del arte puramente humano, y goza en esta visión lo que sólo puede gozar el alma cristiana, el alma que vive y respira en la atmósfera de lo sobrenatural. Los sentimientos que brotan de la religión son los más dulces, así como los más sublimes y consoladores; el culto religioso de la verdadera Iglesia es perenne y copiosa fuente de inefables delicias, mil veces más sabrosas que los deleites del sentido. Ahora bien, mis amados hermanos, todos estos sentimientos y toda esta poesía del culto están como sintetizados en María, en Nuestra Señora del Carmen; y así me explico perfectamente las poderosas corrientes de este mar de devoción entre nosotros¹.

8. No hay culto más piadoso ni más dulce para el corazón que el de María, culto que, como bien sabéis, nació en las floridas cumbres del Carmelo. Apenas los austeros discípulos de los insignes profetas Elías y Eliseo, movidos de la predicación apostólica, abrazaron la doctrina del Evangelio, cuando ya sintieron la nece-

¹ Mirabiles elationes maris Carmeli (Eccl. in ant. Laud.).

sidad de tributar á la Bienaventurada Madre del Salvador tan solemne y religioso culto, que, no contentos con alabarla y venerarla en el santuario de su corazón, hubieron de erigir en honor de ella el primer templo que vió la tierra poblada de cristianos¹. ¡Oh! ¡y con cuánto provecho para la religión! María desde el trono levantado por los fieles que se gloriaban de apellidarse sus *hermanos*, los llamaba con maternal reclamo á congregarse diariamente en aquel sagrado recinto para elevar á Dios plegarias y alabanzas, adorándole en espíritu y en verdad. La Iglesia universal no tardó en imitar el ejemplo de los piadosos carmelitas, y el culto de María, desde entonces llamada *del Carmen*, contribuyó en todas partes á fomentar y desarrollar los sentimientos religiosos. Y éstos á su vez despertaron en dondequiera y avivaron más y más la piedad de los hijos para con su Madre Santísima. Así lo deja ver la historia de todas las naciones cristianas, y en particular de nuestra América, teatro de la más tierna y fervorosa devoción á la Madre de Dios y de los hombres.

9. Así tenía que ser, dado que Dios, en el plan infinitamente sabio de la humana reparación, ha señalado á esta singular criatura un lugar propio y preeminente, como observa el Doctor de la Iglesia San Bernardo². Reflexionad, hermanos carísimos, en la índole propia de la santa religión que profesamos. Positiva como es, se apoya en hechos, hechos históricos, sí, pero divinos, realizados por Dios en la tierra, á vista y en medio de los hombres; y entre esos hechos

¹ Eccl. in lectionibus festi B. M. V. de Monte Carm.

² In Serm. de 12 stellis.

el más culminante de todos es la Encarnación del Verbo Eterno en el seno de una Madre Virgen, para habitar entre nosotros¹ y dar su vida en expiación del pecado sobre la cima del Calvario. El hombre de los tiempos modernos no puede, en sus relaciones con Dios, prescindir de estos hechos concretos, en los cuales se nos ha tornado sensible y tangible la presencia de Dios. En otros términos, lo que dijo Jesucristo²: Nadie puede ir en busca de Dios sino por el camino del mismo Jesús: *Yo soy el camino...* Pero nadie puede tampoco hallar á Jesús sino asociado á María, su Madre, ya que plugo al Padre, como afirma el Apóstol, enviar al mundo á su Unigénito en esta precisa condición de *nacido de mujer*³. Hallaremos, pues, á nuestro Salvador unido siempre con María, como le hallaron los pastores de Belén, como le hallaron los magos del oriente, como le hallaron los apóstoles, como le recibió la Iglesia. Los buenos hijos de Colombia, aquéllos que no separan el amor de la patria de la franca adhesión á la fe de sus mayores, á la fe de los padres de esa misma patria, los que creen en Jesucristo y le buscan para postrarse delante de Él y adorarle humildemente como á su Dios verdadero, acorren á esta basílica á buscarle en los brazos de Nuestra Señora del Carmen; y en efecto aquí le encuentran; aunque en la forma de pequeño niño, tan grande y poderoso como en el trono de su gloria; y encontrado le adoran, le alaban y glorifican, dejando satisfechas las aspiraciones de su religioso corazón. ¿Qué otra cosa hacen los gremios, colegios y comunidades que hoy solemnemente se consagran á la Reina gloriosa del escapulario, y de ella reciben esta

¹ Io. 1, 14.

² Ibid. 14, 6.

³ Gal. 4, 4.

celestial divisa, sino dar á la faz del mundo entero una brillante muestra de acendrada religiosidad? Yo veo en estos actos, no ya privados sino públicos, en que toman parte tan principal las clases más distinguidas de nuestra sociedad, nada menos que una lujosa profesión de fe católica que viene á hacer en este día el pueblo colombiano en presencia y bajo los auspicios de María en su venerada advocación del Carmen. ¡Honor á María Santísima, escudo y baluarte de la catolicidad jamás desmentida de este pueblo! Escudada por el escapulario del Carmen, la fe de los colombianos saldrá vencedora de todos los ataques de la incredulidad y del indiferentismo. Dios ha extendido en nuestro cielo *su nube luminosa* para protegernos¹.

10. Pero la religión no se contenta con llevarnos hasta el pie del trono del Altísimo para que adoremos su majestad, sino que nos conduce también á las puertas de la misericordia para que allí imploremos de la bondad infinita el remedio de nuestras necesidades. La religión nos enseña á esperar y pedir: á esperar en Jesucristo, nuestro Mediador, y á pedir al Padre por mediación del Hijo. Mas ¡oh consejo de Dios! exclama San Bernardo, ¡consejo de sabiduría y de piedad!² Habiendo de redimir al humano linaje y de remediar las miserias que lo aquejan, hizo á María depositaria de todos los tesoros de su gracia, hasta el punto, asegura este ilustre Doctor, de haberla hecho dueña de la plenitud de todo el bien: *Totius boni plenitudinem posuit in Mariá*; de donde síguese por necesaria consecuencia que toda nuestra esperanza debe estar cifrada

¹ Expandit nubem in protectionem nostram (Eecl. in offic. cit.).

² De Nativ. B. M. V., apud Brev.

en ella; y que la gracia y la salvación es de ella, de quien debemos obtenerla como de su fuente. Conocido es del pueblo cristiano, como tan repetido en esta cátedra, el pensamiento del citado Doctor sobre la conveniencia y aun necesidad de la intercesión de María cerca de Dios en favor del hombre pecador. Permittedme, sin embargo, que os lo recuerde una vez más, como tan oportuno en la presente ocasión y tan adecuado para explicar la universal y omnímoda confianza del cristiano pueblo en Nuestra Señora del Carmen. Vedlo aquí. Tenemos á Jesucristo por medianero entre Dios y nosotros, como nos lo enseña San Pablo¹; verdad es, y también que, absolutamente hablando, podría bastarnos esta mediación, supuesto que hoy y siempre *toda nuestra suficiencia viene de Él*²; pero, eso no obstante, *no era bueno para nosotros que estuviese el hombre solo sin que interviniese en favor nuestro la mujer...* Después del pecado temblaba el hombre de pensar en acercarse al indignado Padre, cuya sola voz le hacía estremecerse y correr á ocultarse entre el follaje. Compadecido de su pobre criatura, dióle el Señor por medianero á Jesús, Dios humanado. ¿Qué no obtendrá para nosotros tal Hijo delante de tal Padre? Pero tal vez respeta demasiado el hombre frágil la majestad divina que no puede desconocer en Jesucristo, aunque manso y humilde de corazón³; ¿qué hará, pues, para llegarse á Dios con plena confianza, sin rastro de temor? *Ad Mariam recurre*, le aconseja San Bernardo, ó, mejor dicho, el mismo Dios: Acude á María; yo quiero que ella sea tu medianera. ¿Qué temes? En ella no hay más que la naturaleza humana, igual á la tuya;

¹ 1 Tim. 2, 5.

² 2 Cor. 3, 5.

³ Matth. 11, 29.

pero hay tanta gracia y eficacia en sus ruegos, que será escuchada en cuanto pida: *Exaudietur et ipsa pro reverentia sua*¹. «¿Por qué ha temer la frágil humanidad acercarse á María?» prosigue diciendo el mismo Padre: «nada hay en ella de austero, nada de terrible; todo es suavidad y dulzura, y á todos ofrece leche y lana.»² ¿No veis aquí retratada, hermanos míos, á Nuestra Señora del Carmen? ¿no es ella la que brinda á sus hijos la leche de la devoción y la lana de su santo escapulario? ¿Quién, pues, por vil y pecador que sea, diré con el Doctor meliflúo, dejará el día de hoy de acercarse al monte Carmelo á implorar los favores de la misericordiosa Señora? Á todos, sí, á todos ofrece María en su advocación del Carmen gracias y beneficios sin cuento, consuelo y protección para la vida y auxilios para la muerte; pero de un modo singular y especialísimo á sus devotos, á sus queridos hermanos que se precian de llevar su sagrada divisa.

II. Por tanto, diré para concluir, acuda el cautivo á solicitar de esta Reina la redención de sus cadenas; el enfermo, la salud; consuelo el triste, perdón, el pecador, y el justo gracia. Hasta el Ángel experimenta nueva alegría mirando ese rostro celestial de la Virgen, nuestra medianera; y el alma, desligada ya de los vínculos de la carne, pero presa todavía en la cárcel de la expiación, recibe alivio en sus acerbas penas y ve abreviarse por obra de María Santísima del Carmen los días de su destierro en el lugar del purgatorio. Reunanse, pues, en este día, como en un solo coro, los

¹ *S. Bern.*, De Nativ. B. M. V.

² *S. Bern.*, Sermon. de 12 stellis.

aplausos del cielo y de la tierra los cánticos de libertad de las almas redimidas por María, de la cárcel expiatoria. Por lo que hace á nosotros, hermanos carísimos, digamos con el devotísimo Abad de Claraual: «Esta Señora es toda mi esperanza, ella es la razón de toda mi confianza.»¹ Y no se nos tachará de exagerados. Somos pobres y miserables pecadores, así lo reconocemos sincera y humildemente, así lo hemos confesado en honor de Nuestra Señora del Carmen, acercándonos con toda la piedad y devoción posibles á los santos sacramentos. ¿No habremos obtenido el perdón de nuestras culpas? ¡Ah! ¿por qué dudarle, si María, á quien hemos invocado, y á cuya mediación nos hemos acogido, es *la escala de los pecadores* para subir al cielo? Y ¿tendremos algún día la dicha de subir allá para ver y contemplar el rostro maternal de nuestra amada Reina del Carmelo? ¿Por qué no esperarle así confiadamente, si somos fieles á su amor, si perseveramos en su devoción? La salvación de nuestras almas, he ahí, cristianos, nuestro verdadero y único negocio, el negocio de nuestra eternidad. Yo bien sé que este negocio nos preocupa á todos más ó menos seriamente; y ésta es, en último análisis, la razón decisiva de la extraordinaria devoción de esta capital y de toda Colombia á Nuestra Señora del Carmen. Creemos, y no sin fundamento, que María Santísima nos ha de salvar, si nos reconoce por hermanos suyos: seguros estamos de que Nuestra Madre amorosísima no ha de permitir que se pierda eternamente ninguno de sus hijos. Pues bien, hermanos míos, descansenos en esta dulce y sólida confianza, porque María misma nos la ha in-

¹ *S. Bern.* 1. c.

fundido diciéndonos: *En mí está toda la gracia para hallar el camino de la verdad; en mí, toda la esperanza de la virtud y de la vida eterna.* Subamos á la vida por la gracia; á ésta, por la mano de María: Así sea.

ALERE FLAMMAM
**PANEGÍRICO DE NUESTRA SEÑORA
 DE LAS NIEVES**

(Bogotá, 1897).

Gloria particular de María en esta advocación.

Implebo domum istam gloria, dicit Dominus.
 Agg. 2, 8.

1. Satisfechos han de sentirse el día de hoy los piadosos vecinos del Barrio de Las Nieves, celebrando por la tercentésima vez la festividad de su augusta Patrona, María Santísima, con no menor pompa y aparato que en los años anteriores. Mas no creo, amados oyentes, que el motivo de tan justo regocijo haya de ser únicamente la posesión de gloriosos recuerdos y honrosas tradiciones locales vinculadas al título con que se honra esta antiquísima parroquia; pues, por muchas y nobles que ellas sean, más noble y gloriosa es en sí misma la advocación de Nuestra Señora de las Nieves. En efecto, fuera de su antigüedad, que se remonta á los primeros siglos de la Iglesia, y para no hacer mérito de la dignidad de la basílica llamada de Santa María la Mayor, en Roma, la cual no es otra que la de Santa María de las Nieves, basta para demostrar la excelencia de esta advocación el maravilloso hecho histórico de donde arranca su dichoso origen. Todos

vosotros lo habréis oído referir aquí mil veces, y así me excusaréis de narrarlo por extenso; permitidme, sin embargo, hacer algunas observaciones que sirvan de introducción á mi discurso.

2. En la narración de que se trata, vemos un milagro, una revelación y una doctrina: milagro de primer orden é incontestable, como fué la caída de la nieve en el estío y en un reducido sitio del monte Esquilino en la ciudad de las siete colinas; revelación hecha por la Virgen Santísima á tres personajes simultáneamente, uno de ellos, el Santo Pontífice Liberio; doctrina, en fin, de la mayor importancia en el orden religioso y moral, enseñada en esa ocasión por María, y acogida y practicada por la Iglesia. No es el esplendor de aquel milagro, amados oyentes, lo que llama principalmente mi atención, ni tampoco la revelación en sí misma; porque ¡cuántos milagros no registra la historia eclesiástica! ¡cuántas veces no se hizo visible María á sus devotos y les acudió personalmente, revelándoles las divinas disposiciones! No veo en esto la gloria particular que corresponde á la advocación que hoy celebramos; véola, y es lo que más me cautiva é interesa, en la enseñanza que se desprende de los labios de la piadosísima Señora, cuando declara en términos formales á sus queridos siervos, el patricio romano Juan y su consorte, ser su voluntad que se erija al Señor, y en honor de ella, un templo en el lugar designado y trazado por manos de los ángeles. He aquí una circunstancia verdaderamente digna de atención. Me diréis que no fué ésa la única vez que María manifestó por modo milagroso que quería se le dedicasen templos y altares; pero no me negaréis que esa declaración fué la primera de que haya memoria, y también la más

fundido diciéndonos: *En mí está toda la gracia para hallar el camino de la verdad; en mí, toda la esperanza de la virtud y de la vida eterna.* Subamos á la vida por la gracia; á ésta, por la mano de María: Así sea.

ALERE FLAMMAM
**PANEGÍRICO DE NUESTRA SEÑORA
 DE LAS NIEVES**

(Bogotá, 1897).

Gloria particular de María en esta advocación.

Implebo domum istam gloria, dicit Dominus.
 Agg. 2, 8.

1. Satisfechos han de sentirse el día de hoy los piadosos vecinos del Barrio de Las Nieves, celebrando por la tercentésima vez la festividad de su augusta Patrona, María Santísima, con no menor pompa y aparato que en los años anteriores. Mas no creo, amados oyentes, que el motivo de tan justo regocijo haya de ser únicamente la posesión de gloriosos recuerdos y honrosas tradiciones locales vinculadas al título con que se honra esta antiquísima parroquia; pues, por muchas y nobles que ellas sean, más noble y gloriosa es en sí misma la advocación de Nuestra Señora de las Nieves. En efecto, fuera de su antigüedad, que se remonta á los primeros siglos de la Iglesia, y para no hacer mérito de la dignidad de la basílica llamada de Santa María la Mayor, en Roma, la cual no es otra que la de Santa María de las Nieves, basta para demostrar la excelencia de esta advocación el maravilloso hecho histórico de donde arranca su dichoso origen. Todos

vosotros lo habréis oído referir aquí mil veces, y así me excusaréis de narrarlo por extenso; permitidme, sin embargo, hacer algunas observaciones que sirvan de introducción á mi discurso.

2. En la narración de que se trata, vemos un milagro, una revelación y una doctrina: milagro de primer orden é incontestable, como fué la caída de la nieve en el estío y en un reducido sitio del monte Esquilino en la ciudad de las siete colinas; revelación hecha por la Virgen Santísima á tres personajes simultáneamente, uno de ellos, el Santo Pontífice Liberio; doctrina, en fin, de la mayor importancia en el orden religioso y moral, enseñada en esa ocasión por María, y acogida y practicada por la Iglesia. No es el esplendor de aquel milagro, amados oyentes, lo que llama principalmente mi atención, ni tampoco la revelación en sí misma; porque ¡cuántos milagros no registra la historia eclesiástica! ¡cuántas veces no se hizo visible María á sus devotos y les acudió personalmente, revelándoles las divinas disposiciones! No veo en esto la gloria particular que corresponde á la advocación que hoy celebramos; véola, y es lo que más me cautiva é interesa, en la enseñanza que se desprende de los labios de la piadosísima Señora, cuando declara en términos formales á sus queridos siervos, el patricio romano Juan y su consorte, ser su voluntad que se erija al Señor, y en honor de ella, un templo en el lugar designado y trazado por manos de los ángeles. He aquí una circunstancia verdaderamente digna de atención. Me diréis que no fué ésa la única vez que María manifestó por modo milagroso que quería se le dedicasen templos y altares; pero no me negaréis que esa declaración fué la primera de que haya memoria, y también la más

auténtica, como hecha al mismo Pontífice Romano, oráculo infalible de la verdad, y por él recibida, acatada y reducida á la práctica. Apenas entendida la voluntad de la gran Madre de Dios, acude Liberio con todo el clero y el pueblo católico en devota procesión á tomar posesión del campo señalado con la nieve milagrosa; y la basílica llamada liberiana, ó de las Nieves, no tarda en levantarse airosa á expensas de los felices cónyuges.

3. He aquí, pues, amados fieles, la gloria peculiar y propia de esta venerable advocación. Fué Nuestra Señora de las Nieves quien manifestó al mundo la necesidad de erigir templos á la Divinidad; fué María á quien Dios dispuso que se honrase en sus templos, queriendo se le dedicasen en su nombre; fué finalmente con el título de Santa María de las Nieves, con el que la Iglesia empezó á dilatar el culto de la Santísima Virgen para gloria de Dios y salvación del género humano. Tal es el asunto de mi oración panegírica, para cuyo desarrollo me apresuro á implorar el celestial auxilio por mediación de la misma soberana Virgen, á quien saludaremos diciendo: *Ave María*.

I.

4. No era preciso ciertamente para que la Iglesia levantase templos al Dios vivo, una vez en libertad de hacerlo, que la Santísima Virgen bajara del cielo á enseñarle esta doctrina. La Iglesia la había recibido de la palabra de Dios, contenida en ambos Testamentos, y había procedido también á practicarla, erigiendo soberbias basílicas al Salvador en la capital del mundo, cedida ya de hecho por los emperadores cristianos. Eso no obstante ¿cuánto no debió crecer el celo de

todos los fieles para la construcción de nuevos templos, una vez conocida milagrosa y auténticamente la voluntad de la Madre de Dios, ó de Dios mismo, acerca de este punto? Que tal fuese la voluntad de María no puede dudarse, habiendo dicho ella en sueño misterioso á sus devotos y al Pontífice que edificasen una iglesia en el sitio que hallarían cubierto con la nieve, pues de esta manera quería que la instituyesen heredera. No ignoráis que éste era el ardiente deseo de aquellos virtuosos y acaudalados consortes, los cuales, careciendo de hijos á quienes legar su rica herencia, suplicaban fervorosamente á la Virgen Santísima se dignase aceptar la donación que ellos le hacían de toda su fortuna, y les declarase la obra piadosa más agradable á sus ojos, en que debían erogarla. Á esta súplica y oferta generosa corresponde María con esa manifestación de su querer que nos ha transmitido la tradición y la historia. Luego podemos deducir sin recelo de equivocarnos que, entre todas las obras de piedad y de misericordia que pudieran haber ejecutado aquellos devotos de María, ninguna le fué más agradable á la Señora que la construcción de un templo santuosísimo en su honor.

5. Ni debe admirarnos esta voluntad de la Reina del cielo. ¿Por ventura no es cosa gloriosísima para Dios que se le dediquen templos? ¿Hay acaso empresa más útil y benéfica para el hombre mismo que la construcción de estos palacios donde Dios se digna fijar su habitación?¹ Por otra parte, ¿no es singular beneficio del Señor y prueba de amor entrañable á los hijos de los hombres², que les conceda y otorgue el

¹ 3 Reg. 9, 3.² Prov. 8, 31.

poder de fabricarle templos? ¿no es señaladísima merced de su bondad paternal el escoger á un hombre, por grande y santo que sea, para instrumento, autor ó promotor de esta obra? ¡Cuán bien lo comprendía el más sabio de los reyes, el sapientísimo Salomón! Escogido por Dios para una empresa de la cual no había sido hallado digno el santo pero belicoso David, á quien Dios dijo: «No serás tú quien me edifique templo: *tu hijo edificará una casa á la gloria de mi nombre*»¹; el gran monarca allegó cuanto pudo haber de más precioso para levantar el más espléndido y maravilloso monumento que hayan erigido las manos de los hombres á la Divinidad; y todavía, juzgándolo, como era verdad, muy inferior á su objeto, exclamaba: «¿Cómo, Señor; *los cielos de los cielos no pueden contenerte, y has de residir en esta pequeña morada que yo te he edificado?*»² Y con razón se tenía por el más afortunado de los hombres. ¡Dichoso mil veces el que puede contribuir con su óbolo á la construcción de las casas del Señor! ¡Dichosos nosotros, cristianos, á quienes Dios, en su bondad, más grande para nosotros que para ningún otro pueblo³, ha dispensado el honor y la merced de poder edificar, no uno solo, como antiguamente, sino millares de templos, multiplicando así los centros de su misericordia y enriqueciendo con su presencia real, en la sagrada Eucaristía, hasta los más insignificantes oratorios de la tierra. Y cuenta que nuestras iglesias del culto católico, por el solo hecho de poseer á Dios como Verbo Encarnado y sacramentado, son más ricos, por modestos que sean, que el antiguo templo monumental de Salomón. No nos admiraremos ya de que María,

¹ 2 Reg. 7, 13.² 3 Reg. 8, 27.³ Deut. 4, 7.

para galardonar la devoción del noble Juan y de su esposa, los haya escogido para esta honrosísima misión de fabricar un templo suntuoso en la capital del orbe cristiano. No podían quedar mejor recompensados que siendo los autores de obra tan santa y meritoria.

6. Y aparte de esto, ¿no parece, hermanos míos, haber querido la Madre de Dios instruir á sus devotos de todos los siglos y naciones sobre la naturaleza y el carácter de la verdadera devoción? ¿no parece haber sido su intento el insinuarnos que su culto no debe terminarse en ella, sino que debe pasar más adelante y llegar hasta el soberano Criador? Importante lección es esta y digna de ser bien comprendida y practicada por cuantos se glorían de ser devotos de la Santísima Virgen. La verdad es que todo debe referirse á Dios, como á fin último de todas las criaturas, máxime del ser racional; con mayor razón, pues, aquellas obras que directamente pertenecen al orden religioso. No hacerlo así sería monstruosa aberración. Luego el culto de los santos, luego el culto y la devoción á María Santísima, aunque tengan por objeto próximo á esta criatura perfectísima y á aquellas otras, si menos perfectas, dignas también de nuestra veneración, deben enderezarse, como á fin último y supremo, al autor y santificador de María y de todos los santos. Así lo exigen la razón católica y la fe divina, y es así como lo entiende y enseña la verdadera religión de Cristo. Esto mismo parece enseñarnos prácticamente la sagrada Virgen en su dulce y milagrosa advocación de las Nieves. *Venid, hijos míos, nos dice, escuchad mis lecciones, que yo os enseñaré el temor del Señor*¹. Si queréis complacerme,

¹ Ps. 33, 12.

glorificad á mi Dios, como yo le glorifiqué cuando dije: *Magnificat anima mea Dominum*¹; no contentos con alabarle en particular, haced que le alaben y bendigan todos los hombres: levantad templos á su santo nombre, donde se le tribute por largos siglos culto público y solemne: *Superexaltate eum in sæcula*².

7. Así lo entendió sin duda aquel cristiano viejo de los primeros tiempos de la colonia, el piadoso conquistador Cristóbal Bernal, de grata memoria, imperecedera en este barrio y en todo Bogotá, cuando, para honrar á María Santísima, edificó á su costa en este mismo sitio la ermita de Nuestra Señora de las Nieves, la cual, destruida por voraz incendio, fué transformada en el espacioso templo que hoy poseemos, por los años de 1564. Ni menos entendido y piadoso el Capitán Don José Talés, erigida ya en parroquia esta iglesia, empleó sus cuantiosos haberes en dotarla de preciosas alhajas para el culto divino³. Esto pasaba, oyentes míos, hace tres siglos. Estos ejemplos os legaron vuestros esclarecidos mayores; y, á Dios gracias, la piedad generosa de este barrio no se ha desmentido ni amenguado jamás. Díganlo las obras emprendidas en época reciente para la refección y embellecimiento de este templo; dígalo la hermosa capilla del Santísimo Sacramento, últimamente renovada del todo y enriquecida con la preciosa colección de imágenes de los santos apóstoles, de exquisito gusto artístico; díganlo, en fin, las nuevas alhajas que acaban de adquirirse, entre las cuales figura por su importancia para el culto el magni-

¹ Luc. 1, 46.

² Dan. 3, 57.

³ Hist. de Nueva Granada por D. Manuel José Groot t. 1.

fico órgano, debido á la generosidad de los vecinos de la parroquia de las Nieves.

II.

8. Pasemos á discurrir, amadísimos oyentes, sobre la segunda y no menos importante circunstancia que concurre á la gloria de María en su advocación de las Nieves. Porque, como dejo observado, si la Santísima Virgen manifestó milagrosamente su voluntad de que se labrase un magnífico templo al Dios vivo, no menos claramente mostró Dios ser de su agrado que ese templo llevase el título de la Virgen María. Y, lo que más debe llamar nuestra atención, es haber sido esta basílica la primera que se dedicó á la Madre de Dios, á lo menos en Roma, centro del orbe cristiano y *madre y maestra de todas las iglesias*¹. ¿Era acaso necesaria esta manifestación de la divina voluntad respecto del culto, ó siquiera del culto público de la Santísima Virgen? ¿No habría podido la Iglesia, guiada siempre por el Espíritu Santo en sus enseñanzas y en sus prácticas, erigir suntuosos altares, estatuas y aun templos al nombre de la excelsa Reina, escogida *ab æterno* para templo animado de la Divinidad?² Sin duda alguna, cristianos; porque, no importando estos actos de religión aquel homenaje supremo debido solamente á la infinita Majestad de Dios, aquel culto perfectísimo que se llama de adoración ó latría, en nada derogaban al honor de Jesucristo ni á la gloria del Criador. ¿Qué digo? muy lejos de causar el menor detrimento á esta gloria, el culto de María, cuanto más espléndido, más

¹ Bulla dogmat. Pii IX «Ineffabilis Deus».

² Eccl. in precibus quotid.

eficazmente contribuye á glorificar al Padre celestial, cuyo poder y bondad resplandecen en aquella excelentísima criatura, la hija primogénita y obra maestra de sus manos. Por lo que hace á Jesucristo, Hijo de Dios é Hijo también de María en propio y verdadero sentido, según la constante enseñanza de la Iglesia¹, su gloria crece y se ensancha en el cielo y en la tierra á medida que se dilata y engrandece el culto y el honor tributado á su Madre. No era, pues, necesario que Dios manifestara por maravillosa manera su designio acerca de este punto, puesto caso que bastaba para conocerlo el dogma cristiano y el espíritu genial del cristianismo. Eso no obstante, es un hecho comprobado, como aparece en la historia de la presente festividad, que á Dios le plugo hacer esta manifestación, seguramente, si nos es lícito barruntar los divinos arcanos, para afianzar la fe de los verdaderos fieles y confundir la perfidia de los herejes de todos los tiempos.

9. Corría, en efecto, como recordaréis, el siglo IV de la Iglesia, siglo funesto por los estragos del pérfido arrianismo. Veíase aquélla amenazada de un modo terrible por la nueva herejía, más asoladora que todas cuantas le habían precedido; y necesitaba implorar del modo más solemne el auxilio de lo alto por la siempre eficaz mediación de la Virgen quebrantadora de la antigua serpiente. He aquí, á lo que podemos vislumbrar, los motivos de esta providencial disposición del cielo que hemos venido observando en el hecho milagroso que hoy conmemoramos.

¹ Naturaliter ... unus idemque communis Dei Patris et Virginis filius (Bulla «Ineffabilis Deus»).

10. Nuestra Señora de las Nieves representa, según esto, oyentes míos, la gloria que el Altísimo ha querido hacer brillar sobre el nombre de la Virgen Madre, admitiéndola, por decirlo así, á la participación de su culto en la Iglesia, y como sentándola á su diestra¹. ¿Por qué ha querido Dios glorificar de manera tan espléndida á su Madre? Las razones no pueden ser más obvias, y podríamos compendiarlas en las siguientes reflexiones. El Hijo divino siente una como necesidad de honrar á su Madre, dado caso que quiso tenerla y, como á tal, la honró, amó y obedeció desde la cuna hasta el sepulcro. Por lo mismo se complace en verla honrada con culto espléndido por todos los hombres, como se goza con las alabanzas que á ella le tributan los ángeles y bienaventurados. Finalmente, habiéndola constituido medianera y dispensadora de todas sus gracias, no ha podido menos de querer que el culto de veneración é invocación á su madre quedase establecido sobre sólidas bases en su Iglesia, de suerte que se perpetuase hasta la consumación de los siglos. Esa duración y esa firmeza del culto de María es la que simbolizan las magníficas bóvedas y firmísimos muros de sus templos, lugares deliciosos donde resuenan eternamente los himnos del amor cristiano, moradas de paz y de consuelo, centros de piedad, asilos de justos atribulados y de pobres pecadores. *Yo he elegido y santificado este lugar*, dice el mismo Dios, *para que en él esté grabado mi nombre y aquí permanezcan fijos mis ojos y mi corazón para siempre*². ¿No pudiéramos demostrarlo, oyentes míos, con la experiencia felicísima de lo que ha pasado durante tres siglos y está pa-

¹ Ps. 44, 11.

² 2 Par. 7, 16.

sando hoy mismo en este templo venerable? ¿No es aquí donde tantos y tan espléndidos cultos se tributan á la Majestad divina en las mismas festividades que se celebran en honra de María? Gloriése en el Señor esta parroquia, según el consejo del Apóstol¹; y gloriése de ser una de las más distinguidas entre las de esta piadosa capital por la frecuencia y solemne pompa de sus actos religiosos, por cuyo medio aparece tanta gloria á Dios y tanta copia de gracias á las almas. ¡Oh! ¡plegue al Señor que este noble anhelo se aumente cada día en los corazones de todos los feligreses de la parroquia de Las Nieves, especialmente obligados por su misma antigüedad y la predilección que les mostró siempre María Santísima!

III.

11. Ni es menor la gloria de la ilustre advocación que celebramos por haber sido la primera con que se dedicaron templos á María, y, por ende, la que dió principio al universal movimiento despertado en favor de su culto. Á este resultado debió de contribuir en gran manera la celebridad de que gozó en Roma y fuera de ella la suntuosa basílica de Nuestra Señora de las Nieves, distinguida más adelante de todas las demás con que se ennoblece la ciudad de los Papas, con el renombre de Santa María *la Mayor*, ó sea la más grande y más insigne de cuantas sostiene aquel sagrado suelo. Admira ciertamente el inmenso desarrollo que tomó la devoción á la Virgen en la capital del cristianismo, luego en toda Europa y en el mundo entero; y no es aventurado atribuir, á lo menos en

¹ I Cor. I, 31.

gran parte, este fenómeno á la dedicación del templo de Nuestra Señora de las Nieves. En efecto, ¿cuánto no debió de excitar este suceso la piedad de muchos fieles, tan devotos de la Virgen y tan opulentos como el patricio Juan, para llevar á cabo nuevas fábricas y lujosos monumentos del culto público en innumerables ciudades? La historia lo atestigüa refiriéndonos una multitud de fundaciones de iglesias del mismo carácter que la primera basílica liberiana, esto es, hechas á impulso de la devoción, con caudales de personas particulares. Valga por todas la de Nuestra Señora de la Estrada, debida á la piadosa liberalidad de la familia Astalli, la cual, andando el tiempo, vino á cederla á la naciente Compañía de Jesús. Así fué que Roma se cubrió de templos, muchos de ellos magníficos, dedicados á María en sus diversos títulos, no quedando familia ú orden religiosa que no se pusiese bajo el amparo de la Santísima Virgen, para morar á la sombra de alguno de sus templos. La sagrada religión de la Cartuja tiene por titular de su iglesia á Nuestra Señora de los Ángeles; la de franciscanos, á Nuestra Señora de Ara cœli; la de Padres dominicos, á Nuestra Señora de la Minerva; la de San Agustín, á Nuestra Señora de la Paz; y, por abreviar, no hay advocación que no tenga allí su templo para consuelo y edificación de los fieles.

12. Imposible sería hacer aquí reseña de los más célebres y monumentales templos consagrados al culto de la soberana Reina en el mundo cristiano, á imitación del primero que se le dedicó en Roma, delicioso asunto para más extensos y eruditos discursos. Por lo que hace á esta tierra clásica por su catolicismo en nuestra América, así la moderna Colombia como el antiguo

Virreinato de la Nueva Granada, se enorgullecen justamente, más que del oro de sus minas, del tesoro de sus numerosos templos y santuarios donde se venera á la Sacratísima Virgen María. ¿Cómo no enorgullecerse con la insigne basílica de Nuestra Señora de Chiquinquirá, emplazada en el centro de la República para servir de casa de refugio á todos los afligidos colombianos que allí van á buscarlo diariamente en todas sus necesidades? Con verdad pueden aplicarse á Colombia, no menos dichosa que la nación mejicana, aquellas palabras del Salmista: *Non fecit taliter omni nationi*¹. Paso en silencio los conocidos y venerados santuarios de Nuestra Señora de las Lajas, en la provincia de Pasto, de la Pobreza, en Cartago, de la Popa, en Cartagena, y tantos otros, para no detenerme más que en esta ciudad de Bogotá en donde, fuera de las milagrosas imágenes de Nuestra Señora del Topo, de la Peña, del Campo, de las Augustias y otras muchas, es incomparable la devoción de los fieles á las dulces advocaciones del Socorro, de la Merced, del Consuelo, de la Salud, del Carmen. Después de todo, ¿no fué á Nuestra Señora de las Nieves á quien, antes que á otra alguna, se le erigió templo en Bogotá? Y ¿será justo que echemos en olvido esta gloria singular?

13. ¡Oh! no lo permita Dios, amados fieles, y menos que descuidéis vosotros, feligreses de este barrio, el culto y la devoción á vuestra gloriosísima Patrona. Seguro estoy de que guardáis entre las bellas tradiciones de vuestros antepasados la memoria de no pocos ni vulgares beneficios impetrados por la invocación de Nuestra Señora de las Nieves, sin hacer cuenta de los

¹ Ps. 147, 20

mil y mil favores particulares que habéis alcanzado vosotros mismos al pie de su santo altar. No han de ser menos afortunados los tiempos presentes que los que ya pasaron. Ni habrán de ser menos favorecidos los que vengan á sucederos en el culto de María, como sepáis infundirles vuestros sentimientos de acendrada fe, piedad y religión. ¡Que no miren ellos con desprecio lo que miráis vosotros con respeto! ¡que aprendan de vosotros á honrar á María Santísima, la amorosísima Señora que presidió á la formación de este barrio, que vió postrados ante su santa imagen tantas y tan respetables generaciones, que hoy mismo, desde ese augusto trono donde descuella con el divino niño al brazo, bendice vuestras casas y familias, sonríe á vuestros progresos materiales y morales, y os desea, en fin, como madre benignísima, prosperidad temporal y bienaventuranza eterna. Así sea.

PANEGÍRICO DE NUESTRA SEÑORA DEL SOCORRO

(predicado el día de la Asunción de María, en Bogotá, 1837).

**Poder y bondad de María glorificada en
el cielo.** ®

In omni gente et in omni populo primatum
habui. Eccli. 24, 9.

1. Extraño parecerá á primera vista, amados hermanos en Jesucristo, que se ocupe la piedad cristiana en festejar solemnemente á la Virgen Santísima bajo

Virreinato de la Nueva Granada, se enorgullecen justamente, más que del oro de sus minas, del tesoro de sus numerosos templos y santuarios donde se venera á la Sacratísima Virgen María. ¿Cómo no enorgullecerse con la insigne basilica de Nuestra Señora de Chiquinquirá, emplazada en el centro de la República para servir de casa de refugio á todos los afligidos colombianos que allí van á buscarlo diariamente en todas sus necesidades? Con verdad pueden aplicarse á Colombia, no menos dichosa que la nación mejicana, aquellas palabras del Salmista: *Non fecit taliter omni nationi*¹. Paso en silencio los conocidos y venerados santuarios de Nuestra Señora de las Lajas, en la provincia de Pasto, de la Pobreza, en Cartago, de la Popa, en Cartagena, y tantos otros, para no detenerme más que en esta ciudad de Bogotá en donde, fuera de las milagrosas imágenes de Nuestra Señora del Topo, de la Peña, del Campo, de las Augustias y otras muchas, es incomparable la devoción de los fieles á las dulces advocaciones del Socorro, de la Merced, del Consuelo, de la Salud, del Carmen. Después de todo, ¿no fué á Nuestra Señora de las Nieves á quien, antes que á otra alguna, se le erigió templo en Bogotá? Y ¿será justo que echemos en olvido esta gloria singular?

13. ¡Oh! no lo permita Dios, amados fieles, y menos que descuidéis vosotros, feligreses de este barrio, el culto y la devoción á vuestra gloriosísima Patrona. Seguro estoy de que guardáis entre las bellas tradiciones de vuestros antepasados la memoria de no pocos ni vulgares beneficios impetrados por la invocación de Nuestra Señora de las Nieves, sin hacer cuenta de los

¹ Ps. 147, 20

mil y mil favores particulares que habéis alcanzado vosotros mismos al pie de su santo altar. No han de ser menos afortunados los tiempos presentes que los que ya pasaron. Ni habrán de ser menos favorecidos los que vengan á sucederos en el culto de María, como sepáis infundirles vuestros sentimientos de acendrada fe, piedad y religión. ¡Que no miren ellos con desprecio lo que miráis vosotros con respeto! ¡que aprendan de vosotros á honrar á María Santísima, la amorosísima Señora que presidió á la formación de este barrio, que vió postrados ante su santa imagen tantas y tan respetables generaciones, que hoy mismo, desde ese augusto trono donde descuella con el divino niño al brazo, bendice vuestras casas y familias, sonríe á vuestros progresos materiales y morales, y os desea, en fin, como madre benignísima, prosperidad temporal y bienaventuranza eterna. Así sea.

PANEGÍRICO DE NUESTRA SEÑORA DEL SOCORRO

(predicado el día de la Asunción de María, en Bogotá, 1887).

**Poder y bondad de María glorificada en
el cielo.** ®

In omni gente et in omni populo primatum
habui. Eccli. 24, 9.

1. Extraño parecerá á primera vista, amados hermanos en Jesucristo, que se ocupe la piedad cristiana en festejar solemnemente á la Virgen Santísima bajo

el título de Nuestra Señora del Socorro en un día, en que los hijos de la Iglesia católica, mirando al cielo, como los apóstoles después de la Ascensión del Señor, no saben apartar sus ojos del espectáculo magnífico que les ofrece la gloriosa Asunción de María en cuerpo y alma á las alturas del empíreo. ¡Ah! si el gozo que experimenta nuestro corazón en este día y á que la Iglesia nos convida con aquel alegre introito: *Gaudéamus omnes in Domino*, fuera bastante para enjugar todas las lágrimas de nuestro destierro y acallar todos los ayes de nuestros dolores, entonces, como transportados al cielo y olvidados de todo lo terreno, no tendríamos necesidad de implorar socorro, ni podríamos hacer otra cosa más que cantar á boca llena las alabanzas de Dios y de María, *de cuius Assumptione gaudent angeli et colaudant Filium Dei*. ¡Felices aquellos moradores de la patria, cuyas voces pueden mezclarse y confundirse con las de los ángeles, formando acordes melodiosos de puro regocijo sin nota alguna de pesar! No así los desterrados hijos de Eva que, aun en medio de nuestras santas alegrías, no acabamos de llorar y suspirar invocando á la Madre de misericordia en este valle de lágrimas. Elévase, pues, enhorabuena, desde el hondo valle de nuestras miserias la voz del desgraciado mortal, mezcla de gozo y de tristeza, hasta el trono de la Virgen glorificada y coronada en los cielos; suba, que no se lo improbará la Iglesia, ni menos se lo estorbará la Reina misericordiosa, la cual, en pleno triunfo y rodeada de aplausos celestiales, no desoye las plegarias de sus hijos desterrados que sólo saben aclamarla implorando su socorro.

2. Y ¿cómo desoiras aquella bienaventurada criatura que, cuanto más cercana á Dios y más inundada de la gloria de la divinidad, tanto más se goza y se gloria de favorecer y socorrer á los huérfanos que van peregrinando por la tierra? *No os dejó en la orfandad*¹, puede decirnos María, como Jesús á sus discípulos: «Yo miraré por vuestra suerte como cariñosa madre, yo os asistiré con mi poderoso auxilio; y de este modo estaré siempre con vosotros, aun cuando me vea sublimada á la diestra de mi Hijo en los reinos celestiales.» Y María ha comprobado la verdad de sus promesas con innumerables hechos que han autorizado á la Iglesia para atribuirle el glorioso renombre de Nuestra Señora del Socorro. Y es natural que así fuera, porque, glorificada la excelsa Virgen en el cielo, su poder y su bondad, tan grandes aun cuando peregrinaba por la tierra, han subido de punto por efecto de la misma bienaventuranza en que se anega; y ese poder y esa bondad de que está revestida María Santísima, son precisamente los fundamentos firmísimos de nuestra confianza en su socorro. El hombre que conoce la economía admirable de la Providencia, no puede menos de reconocer esta verdad; y animado de fe y esperanza redobla sus clamores en todas las tribulaciones de la vida. Para alentar más vuestra piedad, amados fieles, voy á manifestaros brevemente que el poder y la bondad son prerrogativas de María consiguientes á su gloria esencial y accidental. Y, ya que en este día de su glorificación ha sido María consumada en gracia, como dice Santo Tomás, con la perfecta fruición del Bien Sumo, im-

¹ Io. 14, 18.

ploremos por su medio la gracia del Espíritu Santo, diciéndola con el Ángel: *Ave María*.

I.

3. ¿Nos atreveremos, hermanos carísimos, á sondear el abismo inapeable de la gloria esencial y substancial de que goza la bienaventurada Virgen en el cielo? ¿Será eso posible á nuestra débil y menguada inteligencia? ¿No sería mejor exclamar con el gran San Crisóstomo: «Hasta cuándo empeñarme en alcanzar lo incomprendible»¹? En efecto, la visión de Dios en que consiste, según todos los teólogos, la bienaventuranza esencial de los santos en el cielo², es un bien inefable, incomprendible, infinito³. Aunque tuviésemos cien lenguas y cien bocas, no podríamos jamás explicar con palabras la felicidad que encierra la bienaventuranza. Santa Gertrudis, la célebre virgen tan favorecida de Jesús con ilustraciones sobrenaturales, no dudaba afirmar que ni las lenguas de todos los ángeles juntos, después de todos los esfuerzos posibles, bastarían á formar una sola palabra capaz de darnos alguna idea de la bienaventuranza celestial⁴. Eso no obstante, y á pesar de las tinieblas en que navega nuestro entendimiento encerrado en el vaso de la carne, tomemos por base de nuestro razonamiento la palabra del mismo Dios revelada en veinte páginas de la Sagrada Escritura, y, como declaración de ella, las infalibles enseñanzas de la Iglesia; y apoyados en este firme terreno podremos rastrear algo, para nuestra edificación, de

¹ Hom. 6 in cap. 4 ad Hebr.

² S. August., De Trinit. lib. 1, apud Drexel.

³ Drexel, El cielo lib. II, cap. 14. ⁴ Ibid.

la gloria esencial de la Virgen Santísima, así como de todos los bienaventurados de quienes es dignísima Señora.

4. El concilio ecuménico de Florencia definió que los justos en el cielo ven claramente á Dios como es en sí, uno en esencia y trino en personas. Y, al dar esta definición no hizo más que formular la doctrina enseñada por el Espíritu Santo en el Nuevo y el Viejo Testamento. Actualmente, dice San Pablo, vemos á Dios á través de un espejo y de una manera oscura, enigmática; pero entonces lo veremos cara á cara. Ahora le conozco imperfectamente; pero entonces le conoceré como yo mismo soy conocido de Él¹; veré á Dios sin ningún velo, al descubierto, y en él hallaré toda la luz. San Juan escribe en su Apocalipsis que en aquella gran ciudad de Dios, sus siervos verán su rostro, y Dios mismo les prestará su luz, y reinarán por siglos de siglos². También David había dicho: En tu luz, Señor, veremos la luz³. Para ver á Dios, como es en sí, es necesario, hermanos míos, recibir, á la entrada de la gloria, una potencia sobrenatural de visión, una fuerza superior á todos los alcances de la humana inteligencia; y esa fuerza no será otra cosa que un rayo de la luz increada con que Dios se ve á sí mismo, rayo que los teólogos designan con el nombre de *lumbre de la gloria*⁴. Así se concibe como el alma del bienaventurado quedará divinizada en el punto mismo en que es admitida á la contemplación clara de Dios. ¡Qué océano de luz aquel de la visión beatífica! Pues,

¹ 1 Cor. 13, 12. ² Apoc. 22, 3—5.

³ Ps. 35, 10.

⁴ D'Hauterive, Gr. Catéchisme t. IV.

¿cuál será la luz con que resplandece María, la Reina de los santos, la primera en la bienaventuranza? Porque si, como dice el Apóstol, *una es la claridad del sol, otra la de la luna, y otra la de las estrellas*¹; siendo María no sólo estrella fulgidísima, sino luna hermosa y aún sol brillante y escogido: *Electa ut sol*², ¿cuál no será su brillo, cuál la claridad de su visión y la grandeza de su gloria substancial? En efecto, hermanos muy amados, la gloria de María, proporcional á la plenitud de su gracia, iguala y aun excede á la de todos los ángeles y santos juntos, según la común opinión de los santos y doctores³. La misma Iglesia así lo enseña cuando canta en el Oficio de esta fiesta: «Levantada ha sido la Santa Madre de Dios sobre los coros de los ángeles á los reinos celestiales.» Y apóyala el Doctor Angélico diciendo: «Era justo que fuese colocada sobre todos los órdenes de los ciudadanos celestiales Aquella que tuvo el mérito de todos, y aun mayor que todos.»⁴ No puedo menos de repetir aquí con la Iglesia católica: *Maria optimam partem elegit*: pues, si María Magdalena, discurre el sabio Cardenal Cusano, sólo con oír las palabras de Cristo, sentada á los pies del Maestro, eligió la mejor parte, ¿con cuánta más razón María, Madre de Jesús, elevada sobre todos los cielos, no llegaría á elegir y poseer la porción más excelente de la gloria, siendo ella la elegida para Madre del Verbo, de la luz y la verdad! ¡Oh! ¡cuánto más á fondo que todos los espíritus videntes ve ella aquel Uno invisible, y con qué dulzura bebe y se embriaga

¹ I Cor. 15, 41.

² Cant. 6, 9.

³ *Cartagena*, De assumptione B. M. V. hom. 9.

⁴ Lib. de solemn. Sanctor., apud *Cartagena*.

con aquella fuente de vida y suavidad!¹ De donde fácil es concluir, amados fieles, cuánto más grandes y excelentes que en todos los santos, son en María el poder y la bondad, lo mismo que todas las otras dotes de que están adornados los venturosos cortesanos del cielo, que, viendo á Dios en sí, poseyéndole y gozando del Bien Sumo, no pueden menos de poseer, por necesaria consecuencia, todos los bienes inferiores á Dios.

5. ¿Qué digo los bienes inferiores á Dios? Los bienes mismos de Dios, sus divinos atributos posee en cierto modo el bienaventurado. «La bienaventuranza, dice un sesudo escritor, es una total posesión de Dios, y usufructo, digámoslo así, de todos sus atributos divinos y perfecciones infinitas, por lo cual nos hacemos como el mismo Dios, haciéndonos en esto singularmente semejantes á él, en cuanto gozaremos de las perfecciones, grandeza, sabiduría, bondad, justicia, caridad y naturaleza suya incomparable é infinita, como el mismo Dios goza de estos bienes, con lo cual nos dan ser dioses, que así llaman los santos y la Escritura á los bienaventurados.»² No consiste la visión beatífica solamente en conocer á Dios y su esencia y sus divinas perfecciones con una vista clara y superior á toda la penetración de los sabios y á la contemplación sublime de los santos; sino, además de eso, en poseerle y hacerle como propiedad suya el bienaventurado, y en esa posesión plena é inamisible deleitarse y gozarse sin medida. Esto significan aquellas palabras de la Escritura: *Embriagaránse en la abundancia de los bienes de tu*

¹ Apud *Cartagena* l. c. hom. 9.

² *Nieuremberg*, Aprecio y estima de la div. gracia lib. I, c. 10.

*casa*¹. Así se verificará lo que dice San Juan: *Seremos semejantes á Él, porque le veremos tal como es*². Ya por la gracia santificante adquiere el hombre acá en la tierra cierta semejanza con Dios, pues por ella somos hechos, dice San Pedro, participantes de la divina naturaleza. ¡Oh! y ¿quién no admira en los justos ese *algo divino* que resplandece en su mismo semblante, en su porte exterior, en sus obras maravillosas? ¿quién no advierte en su conducta aquel *sello de la semejanza* que quería la Esposa llevar sobre su corazón y su brazo?³ Pues bien, amados fieles, esa magnífica semejanza adquiere su completo desarrollo y su última perfección en el cielo donde para siempre jamás *será Dios todo en todos*, según la sublime expresión del Apóstol⁴. Sin entrar á escudriñar el misterio inefable de esa semejanza producida por la visión intuitiva de Dios, nos bastará saber que llegará al grado de hacernos resplandecer con el brillo de las perfecciones de Dios, así como el hierro en la fragua, según la conocida comparación de San Anselmo⁵, de tal modo se penetra del fuego que no parece sino fuego; ó bien, sirviéndonos de otro símil adecuado, como la gota de agua que, mezclada con una enorme cantidad de vino, por tomar el color y el gusto del vino, se confunde con él, así los justos se transformarán en Dios hasta perderse en Él en cierto modo, bien que quedando íntegra su personalidad, siempre distinta de la personalidad divina⁶. ¿Quién, pues, entre todos los bienaventurados

¹ Ps. 35, 9.² 1 Io. 3, 2.³ Cant. 8, 6.⁴ 1 Cor. 15, 28.⁵ De similitud. c. 56, apud *Hauterive*.⁶ *Drexel* l. c. cap. 16.

más semejante á Dios que María, la llena de gracia, la bendita entre todas las mujeres; María en quien se agota, por decirlo así, la bienaventuranza posible á una pura criatura? ¿Quién no se figura ver, como el Apóstol de Patmos, en las alturas del cielo á la Mujer revestida toda del sol de la Divinidad, eclipsando con la luz de su rostro el centellante chispear de las estrellas?¹

6. ¿Cuáles son, empero, los principales lineamentos y rasgos de esa semejanza con Dios? No pueden ser otros que los rayos de la esencia divina reflejados en el rostro del bienaventurado. La expresión *facie ad faciem* nos permite considerar aquellos atributos á manera de ráfagas, que lanza en torno de sí el Ser por excelencia, el Ser infinitamente grande y, como tal, infinitamente poderoso y comunicativo; es decir, los atributos de poder y bondad por donde se deja conocer y adorar de sus criaturas. En efecto, todas cuantas ideas ó parciales conceptos formamos de Dios, así por la luz de la razón como por la de la revelación, ya lo consideremos en sí mismo, ya en relación con las criaturas actuales ó posibles, fácilmente se reducen á las ideas de grandeza y bondad. «¿Quién como Dios?» exclama con su solo nombre el Príncipe de la milicia celestial, para dar á entender, como dice San Gregorio Magno, que ninguno puede hacer lo que hace Dios con solo su querer. ¿Quién es grande como nuestro Dios?² Grande es y no tiene límites; excelso é inmenso³. Grande es el Dios nuestro, y grande es su poder⁴. No parece que ocupara otra idea que la de este inmenso poderío la

¹ Apoc. 12, 1.² Ps. 76, 14.³ Bar. 3, 25.⁴ Ps. 146, 5.

mente de los patriarcas y profetas y de todos los justos, según las expresiones de que está llena la Escritura. Dígase lo propio del concepto de bondad. Al que le preguntaba qué bien debiera practicar para salvarse, respondió Jesús resueltamente: *Uno solo es bueno, que es Dios*¹. Y la santa Judit cantaba á Dios diciendo: *Grande eres tú, Señor Dios, y admirable en tu poder... y grandes son los que te temen*². Grande es, pues, María, exclamemos nosotros, y grande entre los grandes de la Corte del Altísimo. Su poder es mayor que el de las virtudes y dominaciones; su bondad sobrepaja á la de los querubines y serafines. María, en quien resplandece, como en tersísimo espejo, la imagen de Dios, María la criatura más semejante al Verbo Encarnado, no puede concebirse de otro modo que como el ser más eminente en poder y bondad que existe en los vastos ámbitos de la creación. Y no temáis, hermanos carísimos, que tan excelsas prerrogativas hayan de quedar sin aplicación en manos de María; porque siendo atributos por naturaleza activos, ella los pone en acción en toda la esfera de que es dueña, esto es, en todos los dominios del Criador. Ella puede hacer suya la afirmación de Cristo: *Mi Padre trabaja sin cesar, y yo no alzo la mano de la obra con Él*³. Calculad, ahora, si podéis, hasta dónde es capaz de extender su socorro María, disponiendo como dispone de tal suma de poder para favorecer á cuantos quiere, y de tales tesoros de bondad para querer favorecer á cuantos puede. Y todo esto, según hemos visto, aparece como natural consecuencia de la gloria substancial

¹ Matth. 19, 17.² Iudith 16, 16. 19.³ Io. 5, 17.

de que goza en el reino de los cielos. Pasemos adelante, y veremos que también lo es de su gloria accidental.

II.

7. Fuera de la visión de Dios, en que consiste la bienaventuranza esencial de los santos, y sin la cual no serían bienaventurados aunque poseyeran todos los bienes imaginables, hay en aquella región de eterna bienandanza goces infinitos, innumerables alegrías, deleites variados y exquisitos que exceden á cuanto el ojo vió y el oído oyó y el corazón, estimulado por la fantasía, pudo apetecer, y aun soñar y concebir¹. Tal es la que llamamos gloria accidental de los dichosos moradores del cielo. Hay además de estos goces comunes á todos, y sin agravio ni tristeza de ninguno, coronas especiales, honores y distinciones propias de cada uno de los escogidos de Dios, *aureolas*, como hablan los teólogos, destinadas á ceñir la frente de los que por alguna acción heroica, por alguna magnífica victoria, se distinguieron y señalaron en el servicio del Señor. Tales son las palmas y coronas atribuidas á los mártires, á los doctores y á las vírgenes², como incomparables triunfadores del mundo, del demonio y de la carne. Sobresale entre todas las aureolas la corona de Aquella que no sólo es Reina de vírgenes, doctores y mártires, sino de todos los hombres y de los mismos ángeles. Por lo cual con espíritu profético la pintó David en el famoso salmo 44 diciendo: *Astitit Regina a dextris tuis, in vestitu deaurato, circumdata varietate*. Empuñando el cetro real y coronada con diadema de

¹ 1 Cor. 11, 9.² S. Thom. apud Drexel l. c. lib. II, cap. 13.

oro purísimo de zafiro, está sentada en su trono la Virgen gloriosísima al lado del solio de su Hijo, ante quien rinden sus cetros y coronas los príncipes del reino celestial; y allí comparte con Él los honores y homenajes de la Majestad suprema. ¡Qué grandeza la de María! Su traje real está recamado del oro de la caridad, cual cumple á tan excelsa Reina: *In vestitu deaurato*; rodeado de variedad infinita de adornos de diversos tintes y figuras, María recibe toda la gloria que corresponde á la diversidad de oficios y ministerios que desempeña, de Virgen y Madre, de Madre de su mismo Hacedor, de Reina y esclava, de Esposa inmaculada, de Patrona y Protectora del linaje humano. Según otra versión del texto hebreo, María está revestida de un manto lleno de ojos¹, para significar que no pequeña parte de su gloria está cifrada en ser toda ojos para mirar y socorrer nuestras infinitas miserias. ¡Qué bien cuadra á María estar á la diestra de su Hijo coronado de gloria en el cielo! ¡Qué paralelismo tan notable el de aquellos dos pasajes proféticos: *Dominus regnavit* y *Astitit Regina!*

8. Y, en efecto, hermanos míos, María cuenta entre los mejores títulos de su gloria el de ser Reina universal; y en tal concepto no podemos menos de atribuirle un poder y una bondad ilimitados. *Yo, dice, he obtenido la primacía en toda nación y en todo pueblo*². El primado de la Virgen soberana y su imperio sobre toda la creación han llegado á ser verdades indiscutibles en las escuelas católicas: el pueblo cristiano sa-

¹ Originale hebræum, juxta *Cartagena* l. c.

² Eccli. 24, 9.

luda diariamente á esta Reina de misericordia con el tiernísimo apóstrofe: *Salve, Regina*, cifrando su esperanza de vida eterna en la dulce mirada de su piadosa Señora. En su Asunción gloriosa María toma posesión de aquel reino *que no se le quitará jamás*, que es suyo por serlo de su Hijo. Y lo confirma el melifluido Bernardo diciendo á María: «Se te ha dado, Señora, todo poder en el cielo y en la tierra, de suerte que puedas hacer cuanto quisieres.»¹ Por lo demás, el reinado de María tiene á su favor toda clase de argumentos, así de razón como de autoridad, hasta el punto de poderse defender, no sólo en el terreno del derecho positivo divino, sino del mismo derecho natural, civil y moral. ¿Cómo no ha de ser Reina por derecho indiscutible la que es hija, madre y esposa del Rey de reyes? Así discurre el gran San Atanasio². Y San Bernardino de Sena no vacila en afirmar que tanto se extiende el dominio de María como los dominios de Dios. «Cuantas criaturas sirven á la Trinidad, dice, otras tantas obedecen á la gloriosa Virgen, es decir, todas las que pueblan los cielos y la tierra.»³ Confírmalo el ser María, según la enseñanza de la Iglesia en su liturgia, la Primogénita de todas las criaturas, que dice: *Ex ore Altissimi prodivi primogenita*....⁴ Y sabido es que á la primogenitura corresponde la corona según el derecho más generalmente admitido en las monarquías antiguas y modernas. Á la primogenitura tocaba en lo antiguo recibir las llaves y el

¹ Apud *Cartagena*.

² Serm. de Deipar., apud *S. Alph. de Lig.*

³ *S. Bernardin. Sen.* apud eumd.

⁴ Eccli. 24, 5.

anillo de la casa paterna, emblemas del mayorazgo; por eso Dios ha puesto en manos de María las llaves del cielo y el anillo de oro con que vienen sellados los divinos decretos en favor de los hombres. Primogénitos del Criador fueron los primeros padres de la humana familia; y, por lo mismo, fueron reyes Adán y Eva, aunque reyes infieles y compañeros de ladrones, como los llama Isaías, interpretado por San Bernardo¹; infieles á Dios y secuaces de Lucifer y los demonios que intentaron con su rebelión robarle á Dios el señorío de la gloria. Reyes, pues, pero fidelísimos, serán Jesús y María, el nuevo Adán y la nueva Madre de todos los vivientes. Y ¿no valdrá también en este asunto la ley de analogía? Mirad al firmamento y veréis al astro rey que preside al día por orden del Criador², y al luminar segundo que reina en la callada noche paseándose por las esferas entre millones de astros que le sirven de corte. Alzad los ojos del alma á ese otro firmamento sobrenatural, y veréis como María reina en la noche del tiempo y en el día de la eternidad, luna para el pobre viajero, y sol para el bienaventurado. «¿Quién hay, dice San Buenaventura, á quien no alumbre la luz del sol? y ¿sobre quién no resplandece la misericordia de María?»

9. Consecuencia de la soberanía de la Virgen sacratísima es su derecho de Abogada y Patrona de todo el género humano. Así lo afirma el sabio Idiota: *Sicut est omnium Regina, sic omnium Advocata et Patrona est, et cura illi est de omnibus*. Como abogada de todos, ella se encarga de atender á todas nuestras ne-

¹ Serm. 1 de adventu.

² Gen. 1, 16.

cesidades. Á diferencia de los demás santos, los cuales impetran algunas gracias para algunos hombres, sus clientes, la Reina de los santos las obtiene todas sin excepción y para todos. Océano de gracias la llama San Buenaventura, en donde entran todos los ríos, según aquello del Eclesiastes: *Todos los ríos entran en la mar*¹. Todo género de gracias entran en la plenitud de María, pero es para comunicarlas en forma de lluvia celestial á todos los humanos. ¿Quién dirá la prodigiosa muchedumbre y variedad de bienes dispensados por María? Baste decir que no hay uno solo, sin exageración, que no venga por su mano. Dos clases de méritos distinguen los teólogos, el *de condigno* ó riguroso y el *de congruo* ó equitativo: el primero corresponde á Cristo, Nuestro Salvador, y el segundo pertenece á María; mas uno y otro se refieren á las gracias todas que otorga Dios á todas sus criaturas. Todas las gracias, sin excepción, son debidas rigurosamente á los méritos infinitos de Cristo; todas también, en la debida proporción, á los merecimientos de María. Esta doctrina, hermanos míos, al parecer exagerada, es sin embargo segurísima y corriente entre los más graves Padres de la Iglesia. ¿Quién no conoce los sentimientos del gran San Bernardo á este propósito? Á ellos alude expresamente San Bernardino de Sena escribiendo estas formales palabras: «Ninguna criatura ha obtenido de Dios alguna gracia ó virtud, á no ser por la dispensación de su piadosa Madre; ó, como dice el devotísimo Bernardo: Ninguna gracia viene del cielo á la tierra que no pase por manos de María.»² ¿Puede decirse más,

¹ Eccl. 1, 7.

² De exalt. Virg. art. 2, cap. 8, apud Cartagena.

cristianos oyentes? Tenéis, pues, á María dispensadora de la gracia santificante, de las gracias actuales, de los hábitos sobrenaturales, del don sobre todo don de la perseverancia, de los grados de gloria, de la remisión parcial ó total de las penas en el purgatorio; en fin, de cuantos bienes espirituales descenden del Padre de las luces por los méritos infinitos de Cristo Jesús. Todo lo resumen admirablemente las siguientes palabras del patriarca de Constantinopla San Germán, las cuales, por ser de tanta gloria para María, no quiero dejar de citar para concluir: «Nadie se salva, sino por ti; nadie es libre de males, sino por ti; á nadie se concede alguna gracia, á nadie se alcanza la misericordia sino por ti, ¡oh purísima, oh santísima Criatura!» Hay más todavía. Los mismos dones naturales, subordinados, según el plan divino, á los sobrenaturales, quedan comprendidos en el inmenso círculo de la beneficencia de Nuestra Señora del Socorro. Tales son, para decirlo todo, la conservación de la vida y la salud, el concurso natural para la operación, la facultad de gozar de los mismos bienes de la naturaleza.

10. ¿Qué se deduce lógicamente de todo lo expuesto, carísimos hermanos, sino la necesidad de acudir á María en toda ocasión y en toda circunstancia de la vida, adversa ó próspera? Puesto que de ella lo hemos de recibir todo, por manifiesta disposición del Señor; ¿no será razón que vayamos á pedirselo todo henchidos de fe en su poder, y de esperanza en su bondad? ¡Oh! ¡con cuánto acierto ha procedido la Iglesia aclamando á María con la advocación del Socorro! Éste no se hará esperar de quien lo implora como debe. Será abundante, pronto y oportuno para sus devotos siervos. No cesemos, pues, amados fieles, de repetir la invo-

cación que la misma Iglesia trae siempre en la boca: «¡Santa María, socorre á los desgraciados! ¡Virgen bendita! ayuda á las almas débiles, enjuga las lágrimas de los que lloran, ruega por todo tu pueblo y, en particular, por el clero que promueve tu culto entre los fieles, y por las piadosas mujeres consagradas en los claustros al servicio de tu Hijo; experimenten tu favor cuantos celebran hoy y siempre tus sagradas festividades», á fin de que, socorridos por ti en la vida y en la muerte, vayamos todos á disfrutar en el cielo de la clara visión de Dios y de la vista de tu gloria incomparable. Así sea.

PANEGÍRICO DE NUESTRA SEÑORA DE MERCEDES

(predicado en San José [Costa Rica], septiembre de 1880).

María asociando á la Iglesia en la redención de cautivos.

Redemptionem misit Dominus populo suo.

Ps. 110, 9.

1. Cada vez que alguna de estas magníficas solemnidades que la Iglesia consagra al culto de la Virgen María, me convida á sondear con la grave reflexión el espíritu que las anima, y el vigor que las sostiene y rodea de interés para el pueblo cristiano, asaltan á mi pensamiento tan bellas armonías, relaciones tan estrechas y evidentes entre la misma Virgen y la Iglesia, esposa virginal de Cristo, que la explicación del misterio de esas festividades queda inmediatamente completa, y el

cristianos oyentes? Tenéis, pues, á María dispensadora de la gracia santificante, de las gracias actuales, de los hábitos sobrenaturales, del don sobre todo don de la perseverancia, de los grados de gloria, de la remisión parcial ó total de las penas en el purgatorio; en fin, de cuantos bienes espirituales descenden del Padre de las luces por los méritos infinitos de Cristo Jesús. Todo lo resumen admirablemente las siguientes palabras del patriarca de Constantinopla San Germán, las cuales, por ser de tanta gloria para María, no quiero dejar de citar para concluir: «Nadie se salva, sino por ti; nadie es libre de males, sino por ti; á nadie se concede alguna gracia, á nadie se alcanza la misericordia sino por ti, ¡oh purísima, oh santísima Criatura!» Hay más todavía. Los mismos dones naturales, subordinados, según el plan divino, á los sobrenaturales, quedan comprendidos en el inmenso círculo de la beneficencia de Nuestra Señora del Socorro. Tales son, para decirlo todo, la conservación de la vida y la salud, el concurso natural para la operación, la facultad de gozar de los mismos bienes de la naturaleza.

10. ¿Qué se deduce lógicamente de todo lo expuesto, carísimos hermanos, sino la necesidad de acudir á María en toda ocasión y en toda circunstancia de la vida, adversa ó próspera? Puesto que de ella lo hemos de recibir todo, por manifiesta disposición del Señor; ¿no será razón que vayamos á pedirselo todo henchidos de fe en su poder, y de esperanza en su bondad? ¡Oh! ¡con cuánto acierto ha procedido la Iglesia aclamando á María con la advocación del Socorro! Éste no se hará esperar de quien lo implora como debe. Será abundante, pronto y oportuno para sus devotos siervos. No cesemos, pues, amados fieles, de repetir la invo-

cación que la misma Iglesia trae siempre en la boca: «¡Santa María, socorre á los desgraciados! ¡Virgen bendita! ayuda á las almas débiles, enjuga las lágrimas de los que lloran, ruega por todo tu pueblo y, en particular, por el clero que promueve tu culto entre los fieles, y por las piadosas mujeres consagradas en los claustros al servicio de tu Hijo; experimenten tu favor cuantos celebran hoy y siempre tus sagradas festividades», á fin de que, socorridos por ti en la vida y en la muerte, vayamos todos á disfrutar en el cielo de la clara visión de Dios y de la vista de tu gloria incomparable. Así sea.

PANEGÍRICO DE NUESTRA SEÑORA DE MERCEDES

(predicado en San José [Costa Rica], septiembre de 1880).

María asociando á la Iglesia en la redención de cautivos.

Redemptionem misit Dominus populo suo.

Ps. 110, 9.

1. Cada vez que alguna de estas magníficas solemnidades que la Iglesia consagra al culto de la Virgen María, me convida á sondear con la grave reflexión el espíritu que las anima, y el vigor que las sostiene y rodea de interés para el pueblo cristiano, asaltan á mi pensamiento tan bellas armonías, relaciones tan estrechas y evidentes entre la misma Virgen y la Iglesia, esposa virginal de Cristo, que la explicación del misterio de esas festividades queda inmediatamente completa, y el

corazón y la mente, satisfechos á la vez, reposan en posesión de la verdad anhelada. Estas relaciones, tan armoniosas como el concierto de todas las obras de Dios, las considero el día de hoy simplemente como un hecho, no ya como una ley, pero hecho de perenne actualidad, no desmentido jamás en la ya dilatada vida de la Iglesia, hecho cuya síntesis puede formularse en estos términos: La Iglesia vive por María; María vive en el mundo por la Iglesia. Son dos vidas que marchan indisolublemente unidas y como identificadas, hacia el término de la inmortalidad: dos vidas sobrenaturales, tan encadenadas entre sí, que una misma fué su cuna, uno mismo su progreso, y uno mismo habría de ser el punto que marcara, si posible fuera, su extinción. Sus glorias son las mismas, bien que reflejando del corazón de Dios en el corazón de María primero, y desde allí en la frente de la Iglesia. Del mismo modo se refunden en uno sus dolores y sus penas. Si María llora al pie de la Cruz, la Iglesia, representada en Juan y Magdalena, recoge solícita sus lágrimas y las enjuga con el precioso lienzo de la compasión filial; si un día, y aun muchos días en esta vida secular de luchas y combates, se ve anublado y lloroso el rostro de la Iglesia, María está allí, al lado de la hija, sosteniéndola en sus brazos, mientras suena la hora de trocar las lágrimas en cánticos de triunfo.

2. El memorable acontecimiento que hoy celebramos con religioso entusiasmo, nos proporciona una prueba irrefragable de la verdad que vamos exponiendo. Día de gloria fué para la Iglesia aquel que recorrió los cerrojos de durísimas prisiones á millares de cristianos que gemían cautivos en las playas africanas; pero ¿fué

por ventura menos glorioso ese día para la augusta Madre de Dios, autora principal de aquel triunfo eternamente digno de memoria? Por eso, al rememorarlo nosotros, dichosos hijos de la Iglesia, é hijos también de María, tributaremos juntamente á María y á la Iglesia, á esas dos queridas madres corredentoras, el homenaje ardoroso de nuestra gratitud y admiración. Si me preguntáis ahora: ¿á cuál de las dos pertenece principalmente el honor de esta gloriosa jornada? sin vacilar os respondo apellidando á la Virgen, de acuerdo con la oración de este día, fundadora é iniciadora de esta grande obra: *Tanti operis institutricem*¹, conviniendo, no obstante, en que, después de María, es á la Iglesia católica á quien toda la gloria pertenece de derecho. Ved, pues, aquí mi pensamiento y el objeto de vuestra piadosa atención: en la festividad de las Mercedes, ó sea en la obra de la redención de cautivos, debemos ante todo glorificar á María, porque ella le dió el ser y la impulsó poderosamente por sí misma; como veréis en la primera parte del discurso. Justo es, empero, ensalzar á la Iglesia, porque ésta fué quien la prosiguió con empeño, y, contando siempre con el auxilio de María, supo llevarla á cabo generosamente, regocijando á la humanidad con sus brillantes resultados. Imploramos etc. *Ave María*.

I.

3. El celeberrimo acontecimiento cuyo recuerdo despierta hoy en nosotros cristiano entusiasmo, es del número de aquellos que la humana familia no debiera olvidar jamás, so pena de pasar por ingrata y aun in-

¹ In orat. festi B. M. V. de Mercede.

sensible á su propia dignidad. Y sin embargo ¡triste es decirlo! apenas hallaréis, cristianos oyentes, fuera de la Iglesia, quien lo recuerde siquiera para bendecir los nombres de aquellos héroes de la caridad que prestaron á la humanidad desvalida uno de los mayores servicios que se le hayan podido prestar en tiempo alguno, como fué el rescatar, no una vez solamente, sino en cien ocasiones, durante largos siglos, tropas innumerables de cautivos. Y ¡habrá quien diga, después de esto, que no es la Iglesia católica la fiel depositaria de las glorias tradicionales del linaje humano!

4. Pero cumple á nuestro propósito demostrar cómo esta grande empresa, de que la religión justamente se envanece, nació al calor de la devoción á María. Sí, María fué su autora, cuando, accediendo amorosa á las plegarias de sus hijos, bajó del cielo para desatar con sus propias manos las cadenas que los oprimían. ¡Ah, qué grande, qué divina me parece la Madre de los hombres, rompiendo los pesados hierros de pies y manos que arrastraban sus infortunados hijos! Tanto más grande ciertamente se ostentó María, cuanto mayor era el infortunio en que yacían los desventurados cautivos. Escuchad una vez más este patético relato, que, por muy sabido que sea de los fieles, nunca deja de conmover profundamente los corazones cristianos y excitarlos á depositar en María Santísima toda su esperanza. Érase un tiempo aciago para el mediodía de Europa: empezaba á correr el siglo XIII: cinco centurias hacía que un poder titánico, desencadenado al soplo de las iras del cielo, envolvía la mitad de la tierra en sombras y tormentas, semejante á los fieros huracanes que se desencadenan en los ardientes arenales del desierto. Sus olas devastadoras, irresistibles como las del mar

enfurecido, arrollaban delante de sí cuanto oponérseles osaba: campos cultivados, hombres armados de hierro, amuralladas ciudades. Y á los débiles á quienes perdonaba el alfanje ensangrentado, hacíalos víctimas, tal vez más desdichadas, de su rabia vencedora: al lado de los hombres maniatados marchaban también cautivas las mujeres, desfilaban tiernos niños, seguían el convoy fúnebre tropas de trémulos ancianos... Y ¿adónde va toda esa turba de infelices? ¡Ay! ellos mismos no lo saben: al baño, á la mazmorra, quizás al tormento y á la muerte. ¡Pobres criaturas desarrapadas, macilentas, casi moribundas de inanición y de congoja! Ved cuál se alejan de sus nativos valles y montañas, diciendo adiós con calladas lágrimas y ahogados sollozos, más que con voces, al bello suelo de España, Francia é Italia que los vió nacer: allí dejan un hogar medio derruido, padres y hermanos, esposas ó hijos que, Dios sabe cómo, pudieron ocultarse á las codiciosas pesquisas del feroz pirata sarraceno. Arrancados así de su hogar y de su patria, van los cautivos á regar con llanto, sudores y sangre los ardientes arenales de la Libia: pero esos padres, esos hermanos unidos con los dobles lazos de la sangre y la fe, quedan gimiendo en la presencia del Dios que los castiga; y las plegarias de los libres vuelan á enlazarse con los suspiros de los aherrojados ante el trono de María, de aquella poderosa Señora á quien todos los cristianos llaman madre. ¡Ah! ¿cómo pudieran tantas lágrimas no enternecer las entrañas de Madre tan piadosa? Y, siendo ella tan poderosa en el cielo y en la tierra, que lo puede todo con su omnipotente valimiento ante Dios, ¿cómo no había de emplear ese inmenso poderío en el socorro de sus desventurados hijos? Aguardad, aguardad, pobres

esclavos: dejad que suene en los eternos decretos de la divina justicia la hora final de la expiación.... ¿Qué digo? Dejad que la misericordia se adelante á la justicia, ablandada por los ruegos de la piadosa madre; y veréis á María, acortado el plazo de la pena, aprestarse á llevar la redención á su pueblo. *Redemptionem misit populo suo*....¹

5. Así se lo promete la Iglesia entera, que mira en María el consuelo universal de afligidos²: así lo espera por todos un hombre de carácter extraordinario, aunque humilde y desconocido en los grandes círculos del mundo. Es un generoso caballero francés, hijo de Carcasona, llamado Pedro Nolasco, quien, después de agotar con desprendimiento evangélico su pingüe patrimonio en rescatar cautivos, ruega y suplica á la Reina de los cielos se digne realizar por sí misma una empresa superior á toda fuerza humana. ¡Oh maravillosas trazas de la Providencia! No adivina el caritativo Nolasco que él es precisamente el instrumento de que ha querido servirse María para dar cima á sus vastos planes de misericordia. En efecto, el héroe cristiano que, huyendo de la herejía que contamina su hermosa patria, ha venido al monte de la Virgen á consagrarse todo á la piedad y á la limosna, es el hombre escogido por María, formado por su mano, tal como ella lo quiere y necesita para ser digno instrumento de la Obra redentora. Sí, católicos: María le ha conducido á su tierra predilecta, á las faldas del empinado Monserrate, y allí le ha alimentado con la leche de sus gracias, le ha infundido con su propio aliento ese fuego de caridad en que se abraza el pecho del caballero de Cristo:

¹ Ps. 110, 9.² Consolatrix afflictorum, in Lit. lauret.

ante su altar ha concebido y formulado Nolasco el voto heroico y sublime de sacrificarse todo, sin reserva de la libertad y aun de la vida, á la vida y libertad de sus hermanos. ¿Quién, pues, sino María le ha enseñado la ciencia sobrenatural, que á los ojos de la mezquina razón parece exceso imprudente de bondad, la ciencia del sacrificio ilimitado, de la total abnegación de sí mismo, la ciencia que enseña al hombre á dar la vida por sus hermanos: *pro fratribus animas ponere*¹? Mas ¿quién pudiera ser mejor maestro de Nolasco en esta escuela, que la Madre del amor hermoso, del amor humanado?²

6. Tenemos, pues, al héroe de esta gran campaña, al nuevo libertador del pueblo santo; pero él no sabe todavía la dirección que ha de tomar la empresa, porque aún no conoce en toda su extensión los designios de la Reina que le inspira y le dirige. Ella no tardará en descubrirselos; y, á fin de que su intervención sea palpable, y el mundo vea y sepa cuál es el brazo fuerte y extendido³, que ha de sacar á un gran pueblo de su cautiverio, María descenderá en persona, y en una noche eternamente brillante en los fastos de la historia, se dignará conversar cara á cara con su siervo también transfigurado por el éxtasis, le revelará sus planes y le trazará claramente el derrotero para llevarlos á término. Tal fué la memorable revelación del 1.º de agosto del año de gracia de 1218, acaecida en Barcelona. Y ¿qué? ¿tenéis dificultad en admitirla? ¿Os refiero un hecho histórico ó una piadosa leyenda? ¿desconfiaríais de la verdad y aun de la verosimilitud de esta parte de la narración? Pues recordad, y esto baste para afianzar

¹ 1 Io. 3, 16.² Eccli. 24, 24.³ Ex. 13, 9.

vuestra creencia, recordad, digo, las obras sobrenaturales con que el Señor sacó de Egipto á su pueblo predilecto: traed á la memoria las grandes figuras históricas de Moisés, Josué, Sansón, Gedeón y tantas otras; y decid si es ó no verosímil que Dios haya empleado semejantes medios para salvar de la esclavitud del Islam al verdadero pueblo de predilección, al pueblo cristiano. Reflexionad después de todo, que las grandes obras, aquellas que revelan á la inteligencia la grandeza de Dios, piden también medios grandes y extraordinarios, medios sellados, digámoslo así, con la marca de la intervención directa de Dios mismo, con el sello evidente de lo sobrenatural. Mas reanudemos el hilo del discurso.

7. ¡Qué dificultades no van á salir al encuentro del caballero de María para contrarrestar su obra, la obra de Dios! Nada temáis: ella, la celestial conductora de Nolasco, la estrella que le guía á su destino, le ha preparado ya el terreno, dándole por auxiliares á dos hombres que lo podrán todo, porque María los ha armado de poder escogiéndolos también para auxiliares: un sabio y un monarca, Raimundo de Peñafort y Jaime, rey de Aragón. Aquí podría objetar contra lo sobrenatural de la obra la prudencia humana: ¿Qué podrá dificultarse al concurso de esa trinidad de fuerzas, la ciencia, la virtud y la grandeza? Juzgada, empero, la magna empresa de que hablamos á la luz verdadera de la historia, nada tiene de común con las obras más famosas de los hombres, siquiera sean héroes ó sabios, guerreros ó políticos. Al asociar, pues, á Jaime y á Raimundo á la empresa redentora, confiada á la caridad de Pedro, no debéis figuraros que vaya María á mendigar el poder de las armas de un célebre conquistador

ó el talento diplomático de un consumado jurisconsulto: las cortes de Roma y Aragón nada tendrán que hacer aquí como potencias humanas; pero todo lo podrán en calidad de instrumentos de poder más alto, del brazo omnipotente de la Virgen de las Mercedes¹. He aquí, pues, á María iniciando, dando vida á la obra colosal que ha de tener por inmediato resultado la libertad del pueblo santo. Los progresos de la obra corresponden desde luego á lo extraordinario del principio; y uno y otros se ven coronados con el éxito más lisonjero. Millares de cautivos regresan al seno de la patria, bendiciendo con cánticos de inefable júbilo la mano de su celestial Libertadora, y exclamando con Zacarías: *Benedictus Dominus ... quia fecit redemptionem plebi suæ*². Los días de la tribulación han pasado para ellos; y, al recordarlos con sereno llanto, miden la magnitud del beneficio por la inmensidad del infortunio. Jamás la libertad es tan dulce como cuando se recupera, después que se creyó perdida para siempre. La vida, la salud, el bienestar, la patria, los bienes todos adquieren doble precio, cuando son el desenlace inesperado de un drama de muerte ó cautiverio...

8. Tal es en bosquejo esta tierna historia, en que María con el título de Señora de las Mercedes aparece en primer término, tal como debía esperarse de su carácter, de sus títulos, de su misión providencial: largo asunto para un breve discurso, y que yo no podré sino bosquejar. Tratábase de una obra redentora, de conquistar la libertad de un pueblo que la había perdido luchando heroicamente por la fe de Cristo; y María

¹ Fecit potentiam in brachio suo (Luc. 1, 51).

² Luc. 1, 68.

es la heroína prefigurada en Judit, en Débora, en Ester, en cuantas mujeres varoniles salvaron de la servidumbre ó de la muerte al pueblo de Israel. Y sin necesidad de evocar esas arrogantes figuras, María es la heroína incomparable del Calvario, la corredentora del linaje humano; y, siendo la redención sobreafluente¹, la acción de Jesús y de María no debía limitarse á la libertad espiritual de las almas, sino extenderse también á la liberación de todas las miserias, de que justamente queremos y pedimos vernos libres. Toda redención legítima emana del Calvario: Jesucristo ha tomado sobre sus benditos hombros todo el peso de nuestras miserias, según lo vaticinó Isaías², y lo observó cumplido San Mateo³. De aquí la necesidad de buscar en el monte de la divina inmolación el punto de partida de todo progreso real, de todo bienestar positivo, cuya primera condición tiene que ser el alivio del dolor físico y moral. Y aquí tenéis por qué la redención de cautivos correspondía de derecho á María. Pero, además, estaban de por medio los sagrados intereses de la fe, expuesta en millares de almas á la más ruda prueba, á la prueba del martirio; y María, la bienaventurada creyente⁴, la que conoce como nadie el precio de esa fe, riquísimo tesoro por ser la posesión de la verdad, ¿habría podido contemplar el gran combate librado en el fondo de las almas entre la apostasía y la muerte, sin acudir al socorro de la débil fortaleza humana? Debatíanse, en fin, á lo menos hasta cierto punto, los mismos intereses vitales de la Iglesia, amenazada de muerte juntamente con la sociedad cristiana y la civilización europea, por un

¹ Ps. 129, 7.² Is. 53, 4.³ Matth. 8, 17.⁴ Luc. 1, 45.

poder brutal y afortunado que soñaba con sustituir al sagrado Lábaro de Constantino la afrentosa Media luna; y ya sabéis, cristianos, que, en tratándose de la vida y el honor de la Esposa de Cristo, ahí está siempre nuestra invencible heroína pronta á desplegar en batalla sus huestes vencedoras¹. Pero observad, cristianos, un bellissimo rasgo de delicadeza, dijéramos así, por parte de la madre para con la hija. Ella quiere salvarla, pero dejándole al mismo tiempo la gloria de salvarse por esfuerzo propio. María inicia la redención de cautivos, pero la pone en seguida en manos de la Iglesia, á fin de que esta madre de todos los vivientes en Cristo², llevándola gloriosamente á cabo, participe en sumo grado del honor de la gigantesca empresa. Y henos aquí, carísimos oyentes, llevados por la naturaleza del asunto á la segunda parte.

II.

9. La Iglesia comprende el delicado designio de María, con ese instinto sobrenatural con que penetra y descubre todo el valor de un noble pensamiento; y, apelando á los recursos de que se halla dotada por su organización esencialmente divina, no vacila en aceptar la parte que le toca en las dificultades y en la gloria. Así el fondo de la obra como los medios de efectuarla se adaptan maravillosamente á su espíritu y carácter. Porque, empezando de lo primero, redimir al infeliz cautivo, socorrer á la pobre humanidad, salvar almas mediante el rescate de los cuerpos, hacer el bien en grande escala y sin interés alguno terrenal, luchar con

¹ Terribilis ut castrorum acies ordinata (Cant. 6, 3).² Gen. 3, 20.

las armas de la caridad contra el feroz poder de la barbarie... ¿no es éste, por ventura, el glorioso programa de la Iglesia católica, de la verdadera Esposa de Jesucristo? ¿no es esto lo que ella ha venido practicando desde el primer día de su aparición en el mundo? La caridad, esta emanación del Espíritu de Dios, más vasta en sus expansiones que el aire y que la luz ¿no es acaso la base de su constitución? Heredera fiel, indefectiblemente fiel, del espíritu de su divino Fundador, continuación moral de su persona sobre la tierra, la Iglesia será siempre lo que ha sido hasta hoy, redentora de la humanidad, cualesquiera que sean las formas variadísimas de las humanas miserias: redentora de la verdad, cautiva en las prisiones de la ignorancia vulgar y de la ignorancia sabia; redentora del bien moral, ahorrado con las cadenas ominosas del vicio; redentora, en fin, de la felicidad común, oprimida con infame ironía por la tiránica ley de pasiones destructoras. Creedme, cristianos, la Iglesia es la madre, la tutora de la desvalida prole de Adán; es la salvaguardia de su honor y hasta de su libertad. Sin ella, los espíritus obcecados que hoy la rechazan con insolente orgullo ó ingrato desdén, cual si deudores no le fueran del ambiente moral en que respiran, caerían también, y demasiado presto, bajo el yugo de ignominiosos errores, y, como necesaria consecuencia, descenderían al fango de la sensualidad y la barbarie. Dígalo si no, la Europa revolucionaria, la que, en frase amarga, pero exacta por desgracia, se ha apellidado *Europa salvaje*. Escrito está por el dedo de Dios: *La verdad os hará libres*¹, y es la Iglesia la sola constituida de-

¹ Io. 8, 32.

positaria de la verdad revelada. Quien osa rechazar su yugo doctrinal, por demasiado duro, no tardará en verse subyugado por la opinión particular, por el capricho sectario, á menos que prefiera naufragar en el diluvio universal de insensato y desesperante escepticismo.

10. Los medios con que debía realizarse la redención de los cautivos no podían ser más conformes con el genio nativo de la Iglesia. El principal de todos, el centro á que todos confluían, era la fundación de un nuevo Instituto religioso, cuyos miembros, además del cuidado preferente de la propia santificación, tendrían por blanco de sus aspiraciones y trabajos el rescate de las víctimas del despotismo africano, aprontando de limosnas gruesas sumas de dinero, para saciar la codicia de los bárbaros, ó dándose á sí mismos, si fuese menester, para reemplazar en la dura servidumbre á sus hermanos, cargando gustosos sus cadenas. ¡La fundación de un Instituto religioso! pero ¿cuántos no habían ya brotado del fecundo seno de la Iglesia desde los primeros siglos? Hábalos creado en oriente para cantar las alabanzas del Señor, á la manera de los ángeles, en la libre soledad de los yermos, lejos del bullicio de las ciudades paganas y aun de las cristianas, poco apropiadas para la contemplación de las cosas del cielo: hábalos formado allí mismo para el cultivo de las letras y ciencias sagradas, á fin de oponerlos en clase de apologistas, como atletas de la verdad, á las crecientes invasiones de la herejía. Más adelante la Iglesia se dió á fundar nuevas órdenes religiosas en occidente para contribuir del modo más eficaz á la transformación moral de los pueblos bárbaros; pues, mientras éstos lavaban con baño de sangre la leprosa

faz del antiguo imperio, la Iglesia les oponía sus legiones de monjes como dique contra la barbarie, como antorcha en medio de las sombras, siendo herederos únicos de los tesoros de la ciencia antigua, como lazo indisoluble de la nueva y la vieja civilización... ¡Institutos religiosos poblaron durante la edad media las universidades y los pulpitos; y, al aparacer las falanges de hermanos mendicantes acaudillados por Domingo de Guzmán y Francisco de Asís, fueron en todas partes la sal de la tierra, la luz del mundo, los heraldos de la Cruz en las naciones recién descubiertas, sus más invictos mártires, como sus más generosos apóstoles!... ¡Institutos religiosos! La Iglesia los ha empleado siempre como instrumentos adecuados para la redención de todas las miserias: ¿qué mucho que ahora los destine de preferencia al rescate material de los cautivos?¹

II. Tenéis, pues, desde luego aceptado por la Iglesia el medio revelado por María. El poder real apoya al eclesiástico con todo el prestigio de los tiempos caballerescos, y el día 10 de agosto de 1218, bajo el pontificado del célebre Gregorio IX, queda fundada la famosa orden, militar y religiosa, de la Bienaventurada Virgen de la Merced para la redención de cautivos. La Iglesia, palpitando de santo orgullo, á vista del lucido escuadrón capitaneado por María, bendice á los hijos del gran Pedro Nolasco; y estos espíritus generosos, vaciados en el molde del sacrificio y templados en la fragua de la caridad, vuelan al socorro de sus hermanos agonizantes, quienes, al verlos llegar á sus fétidas mazmorras, saludan en ellos á

¹ *Balmes*, Protestantismo cap. 44.

sus ángeles de paz. ¿Quién pudiera, cristianos oyentes, trazar siquiera á grandes rasgos la historia nobilísima de esa ínclita Orden Mercedaria, que ha dado durante siete siglos tantos héroes al mundo, tantos santos al cielo, tantos bienhechores á la humanidad? Recordad á Serapio asaeteado; á Pedro Armengol, gran redentor de niños cautivos, colgado de un árbol; á Pascasio degollado; á Ramón Nonato, amordazado cruelmente; á tantas otras ilustres víctimas de la caridad, sacrificadas por el alfange mahometano. Hoy mismo, mudada ya la faz de los tiempos, y no siendo menester practicar la misericordia en la forma primitiva del Instituto, la venerable Orden de la Merced, floreciente aún en Europa y América, adquiere nuevo vigor, en el ejercicio de la caridad, bajo la sabia dirección del augusto Jefe de la Iglesia católica. Pero no dejéis de admirar al mismo tiempo los generosos esfuerzos de los pueblos cristianos, los cuales, alentados siempre por la voz de la Iglesia y el ejemplo de los heroicos Padres Mercedarios, se imponen continuos sacrificios para contribuir con su óbolo á la realización de la Obra redentora. No bastaba la abnegación sublime de unos pocos: era preciso, según el plan ideado por María, el concurso general de todos los cristianos. Para levantar el inmenso edificio no debía desperdiciarse ni una gota de agua ni un grano de arena. ¡Plan no menos admirable por su sencillez que por su prodigiosa eficacia!

12. Concluyamos, hermanos míos, dilatando nuestras esperanzas. Habéis contemplado á la Iglesia, impulsada y sostenida milagrosamente por María, para llevar á cabo, en los siglos que nos precedieron, una de las mayores empresas que registran los anales de la beneficencia humana. Pues bien: iguales hechos está llamada

á realizar en todas las edades. Así lo está probando diariamente en nuestro tiempo. Dondequiera que florece su espíritu, vense con asombro multiplicadas las obras más grandiosas: aquí se ve levantarse una basílica, allí un hospital de incurables, más allá un asilo de huérfanos ó una escuela ó un taller. ¡Árbol de la caridad frondoso, inagotable! ¿Qué sería de la pobre humanidad el día que le negases tus frutos y tu sombra? ¿Podría acaso proveer á sus necesidades y curar todos sus males la equívoca filantropía, la caridad falsificada? Pero no, no faltará jamás entre vosotros esa piadosa hija del cielo, porque lo es del corazón de María y de la verdadera Iglesia. Y mediante el concurso de esa virtud divina, el hombre disfrutará siempre de las preciosas mercedes de María, y sus devotos obtendrán gracias de redención de las miserias de la vida presente y de salvación en la futura. *Así sea.*

SERMÓN DE NUESTRA SEÑORA DE LAS MERCEDES

(predicado en Medellín [Colombia], septiembre de 1894).

**María, baluarte de la fe, sostén de la esperanza
é incentivo de la caridad.**

Ego mater pulchræ dilectionis et ... agnitionis
et sanctæ Spei. Eccli. 24, 24.

1. Lo que para toda la Iglesia católica es motivo de santo regocijo el día de hoy y despertador de piadosas emociones, eslo muy especialmente para vosotros, amados hermanos de Nuestra Señora de las Mercedes, para vosotros que, en medio de esta religiosa ciudad,

formáis ese importante centro de piedad y buenas obras conocido con el dulce nombre de *Hermandad* de María¹. En efecto, al recordar aquel hecho brillantísimo de la historia eclesiástica en el fecundo siglo XIII, hecho, ó, mejor dicho, cadena de sucesos que no es dado explicar sino por la sobrenatural intervención de la poderosa Reina de los cielos, conviene á saber, la redención y libertad de millares de cautivos, los fervorosos hermanos de María, atónitos á vista de tales maravillas, no pueden menos de sentirse obligados á tributar á su Patrona solemne homenaje de fe, gratitud y acendrado amor. Ellos, haciéndose intérpretes y voceros del sentimiento universal de la Iglesia, bendicen en este día la magnificencia de la piedad divina, aclaman con entusiasmo el poder de la Virgen potentísima, y sienten con tal motivo afianzarse más y más su filial confianza, y encenderse más la llama de la caridad fraternal en sus devotos corazones. ¿No son éstos los afectos de que rebotan los hermanos de Nuestra Señora de las Mercedes en estos días en que con tanta solemnidad celebran las fiestas de su excelsa Patrona?

2. Pues no pueden ser otros, mis amados oyentes, los frutos bien sazonados de la verdadera devoción á María Santísima, *frutos de honor y de virtud*², que esta festividad está destinada á hacer germinar en el corazón del pueblo cristiano. Tal es, en efecto, ó tal debe ser el carácter de la devoción á la santa Madre de Dios, la fecundidad en frutos de santificación para las almas;

¹ La Hermandad de las Mercedes erigida en la Iglesia de San Benito de la ciudad de Medellín, celebra anualmente su fiesta con solemnes cultos durante cinco ó seis días consecutivos.

² Eccl. in Lit. lauret.

más valiente pincel, cuando se trata de un ideal de belleza concebido en la mente del Altísimo? Enmudezca, pues, la criatura y adore la omnipotencia del Criador: calle la lengua, y entone un himno el corazón para alabar en María á la adorable Trinidad, *cui sit honor et gloria in sæcula sæculorum. Amen.*

SEGUNDO PANEGÍRICO DE LA VIRGEN
INMACULADA, PATRONA DE LAS HIJAS
DE MARÍA

(predicado en la iglesia de San Ignacio, Bogotá, 1897).

Modestia virginal de María.

Finis modestiæ... divitiæ, et gloria, et vita.
Tesoros de gloria y de vida son el fruto de
la modestia.

Prov. 22, 4.

1. Habréis admirado sin duda, carísimos oyentes, en los innumerables lienzos y estatuas que representan á María en el misterio de su Concepción inmaculada, los esfuerzos prodigiosos y dignísimos de encomio, hechos en todo tiempo por el arte cristiano para acertar con la verdadera expresión de la belleza indescriptible de la Virgen sin mancha. ¿Qué no ha hecho el pincel divino de un *Murillo*, de un *Velásquez*, por no citar mil otros renombrados artistas? y ¿qué, el cincel de valientes estatuarios, como el autor de esa imagen que veneráis¹, para darnos un trasunto de aquel sublime ideal que, iluminando su poderosa fantasía é inflamando su corazón, no llega nunca sin embargo á producirse como es, ni por medio de líneas y colores, ni por las formas plásticas estampadas en el mármol ó en el bronce?

¹ Flotats, artista español.

Á pesar de esa impotencia del arte, que es preciso confesar, poseemos obras clásicas de escultura y pintura en las que podemos extasiarnos, ó más bien apacentar nuestra piedad, contemplando, ya que no sea la expresión completa y acabada, siquiera algún rasgo de aquella hermosura, verdadera obra maestra del Artífice soberano. Y ¿sabéis cuál de esos rasgos ó destellos de belleza sastiface más, en mi humilde concepto, al gusto estético cristiano? No os sorprenda mi afirmación, que espero será también la vuestra, á poco que lo consideréis. El rasgo más apropiado para pintar la Inmaculada Concepción es la virginal modestia. No señalo precisamente como tal la inclinación de ojos y cabeza hacia el suelo, ni cierto aire de timidez ó encogimiento, que, por otra parte, sienta muy bien á la doncella sobrecogida con la presencia del Ángel, por quien le fué dicho: *No temas, María*¹; hablo de la compostura general del cuerpo, de la actitud del rostro y manos y de toda la persona, perfectamente armónica con los sentimientos de la Purísima Virgen en el instante mismo de su primera animación; hablo de esa modestia que corresponde á Aquélla á quien el mismo Gabriel dijo: *Has hallado gracia delante del Señor*². Y ¿la habrá hallado menor delante de los hombres? Pues, si así es, recordad la sentencia del Espíritu Santo: *Falaz y mentirosa es la gracia de la criatura, y su belleza es vana: sólo la mujer temerosa de Dios merece ser alabada*³. Luego el encanto de María, su gracia verdadera, es la gracia de la mujer por excelencia santa; y esa es la que resalta á nuestros ojos por el rasgo característico de la modestia.

¹ Luc. 1, 30.

² Ibid.

³ Prov. 31, 30.

2. Para creerlo así me fundo, amados fieles, en el sentido común de la Iglesia basado en las enseñanzas apostólicas. En efecto ¿no es, según ellas, la modestia el ornamento principal de la mujer cristiana en todos los estados, pero señaladamente en el de la virginidad? Escuchad al Príncipe de los apóstoles, al maestro supremo de la religión y la moral, que escribe en su primera epístola: «Haciéndose dignas de todo respeto las mujeres por la pureza de su conducta, no sean en lo exterior aficionadas al peinado curioso, á la ostentación de preciosas joyas, al lujo de los trajes; antes pongan su esmero en la compostura del corazón, en la incorruptibilidad de un espíritu apacible y modesto, en parecer ricas delante de Dios. Así lo practicaron aquellas santas mujeres, como Sara, sin desdeñar el ornato conveniente; y así deben hacerlo las que se precian de hijas de aquéllas por la fe.»¹ Tales son las instrucciones del Apóstol San Pedro, en todo conformes con las del Apóstol de las Gentes. De ellas aparece bien claro cuál sea el elemento principal de la belleza en que debe cifrar su gloria la mujer cristiana: *In incorruptibilitate spiritus modesti*. Y ¿no será con infinita más razón ese mismo el rasgo distintivo de la belleza sobreeminente de la *mujer* modelo, de la Madre Virgen, de María inmaculada?

3. Ved aquí, pues, piadosas Hijas de Nuestra Señora de Lourdes, el punto de vista desde donde debéis admirar el día de hoy la hermosura de nuestra Madre y Señora, porque, como intento demostraros, la modestia de María realza en primer lugar su misma incomparable hermosura corporal, y en segundo, nos hace

¹ 1 Petr. 3, 2 sqq.

entrever la superior belleza de su espíritu. Saludémosla toda hermosa ó, lo que es igual, llena de gracia. *Ave María*.

I.

4. No pretendo, amados oyentes, confundir la belleza física con la modestia, afirmando que ésta es el constitutivo de aquélla. No por cierto, porque no puede confundirse lo moral con lo físico. La belleza de los cuerpos tiene sus elementos corpóreos, de cuyo concurso resulta naturalmente: la modestia es una bella disposición del espíritu, que, como todas las afecciones de éste, se transparenta en la misma organización corporal informada por el espíritu que la vivifica¹. Digo sí que la modestia completa y realza la hermosura corporal de la humana criatura, y, por ende, es el mayor encanto del rostro celestial de la Virgen María. No podréis dejar de convenir en ello vosotras mismas, Hijas de María, si reflexionáis en la nativa índole de la belleza corpórea que corresponde al ser humano. Es la belleza de un cuerpo, sí, pero de un cuerpo animado por alma racional. Por más que tratemos de ver en las mejillas de la virgen el puro carmín de la rosa, y en su frente el albo candor de la azucena, y en el brillo de sus ojos el centellar de las estrellas, ¡oh! no es la hermosura de las flores y de los luceros del cielo la que resplandece en el noble rostro humano: aquélla es demasiado pálida é imperfecta para que pueda compararse con el fulgor de la humana belleza, no digo la moral, pero ni aun la física. Y ¿sabéis por qué? Porque la escala de la belleza es la misma que la de la perfección; y, así como la materia inanimada, por más

¹ S. August., In Io. tract. 26.

que se revista de brillantes colores y espléndidas formas, queda siempre muy atrás de la perfección de los seres vivientes, y la de éstos dista todavía infinitos grados de la perfección propia del hombre, así también sucede en la graduación de la hermosura. Formemos de ésta, hermanos míos, un concepto digno y elevado, tal como resulta, no de la baja escuela materialista, tan funesta para el arte como para la moral, sino de la sublime doctrina espiritualista cristiana, y entonces fácilmente comprenderemos que la hermosura corpórea del hombre lleva un sello peculiar, el sello de lo humano. Las perfecciones materiales que concurren á formarla, no deben valuarse por sí mismas, sino en relación con la perfección suprasensible del alma racional que le da vida, debiendo aquéllas conservar siempre su natural subordinación á la parte principal de nuestro ser, so pena de romperse la armonía del compuesto, elemento primordial de su belleza.

5. Por aquí descubriréis, mis amados oyentes, la importancia de esa virtud que compone y modera los movimientos exteriores del cuerpo, como dice Santo Tomás¹, conforme á la calidad de la persona y de los negocios, lugares y tiempos, sin hacer cosa inconveniente que desdiga de la razón². Esta virtud es la modestia, la cual, según el Padre San Ambrosio, da hermosura á la vida³, cuanto más á la persona. Y ¡cómo no ha de ser hermosa aquella en quien toda la actividad de los sentidos y los demás movimientos del hombre exterior guardan la moderación y el decoro que con-

¹ S. th. 2, 2, q. 188, a. 102.

² *La Puente*, Tratado del estado religioso t. II, cap. 13.

³ S. *Ambros.*, De offic. lib. I, cap. 19.

viene al estado, condición, edad y sexo, según las sabias reglas de la prudencia! ¿No es éste un bellissimo concierto? ¿no es una delicada armonía entre la materia y el espíritu? Por esto el Esposo divino de las almas castas alaba tanto la modestia de la Esposa en los Cantares, exclamando: ¡Oh, cuán hermosa eres, amiga mía, cuán hermosa eres! Tus ojos son de paloma, de mirar sencillo y pudoroso¹. ¡Cuán hermosos son tus pasos con el calzado de tus pies, hija del Príncipe!² Porque es de advertir, hermanos míos, que esta compostura exterior obedece suave y naturalmente á otra interior composición y modestia del espíritu, que rige y gobierna los movimientos del ánimo á fin de que no haya en ellos nada desconcertado que ocasione desarreglo en lo de fuera. Y ¿quién no ve que el arebato de las pasiones perturbadoras del corazón, ha de producir la alteración de las mismas facciones del rostro, deslustrando así la belleza corporal? No negaré que la expresión de los afectos sea una parte principal de la hermosura física, como que sin ella carecería de vida y de atractivo el conjunto más acabado de líneas y matices. Si la hermosura es una armonía viviente, según la definen graves autores de estética³, á la vida pertenece la expresión. Pero entiéndase que no todo linaje de vida constituye la belleza, sino la vida racional y virtuosa, que no la animal y puramente sensitiva. La expresión bella no es la de las pasiones innobles ó violentas que agitan el ánimo, á manera de huracanes tempestuosos, causando juntamente estragos en el rostro, donde ellas se pintan, como acontece á la ira, la envidia, el odio y cualquier otra no regida por la razón.

¹ Cant. 4, 1.

² Ibid. 7, 1.

³ Milá y Fontanals, etc.

Ved ahí cómo la modestia es un precioso elemento de belleza, por desgracia menos codiciado que otros puramente físicos.

6. ¡Cuál no sería, según estos principios, la hermosura corporal de aquella Virgen, nacida y concebida en pleno uso de razón y en el ejercicio actual de la más acendrada virtud! ¡Oh prodigio nunca visto, el de una niña recién nacida que gobierna ya con deliberación los movimientos del tierno y delicado cuerpecito! ¿Cuándo se vió la modestia mecida en la cuna? Pero ¿no era María la personificación de esta virtud, lo mismo que lo fué de la virginidad? ¿Quién, pues, acertará á describir esta modestia personificada? Bastará decir que fué la copia más exacta de aquella modestia indescriptible del Santo de los santos, Cristo Jesús, cuya modestia encarecida por el Apóstol a la par que su mansedumbre¹, competía con su admirable hermosura, siendo el más modesto, así como el más hermoso de los hijos de los hombres². Y ¿pudiéramos concebir de otro modo la hermosura de María que realzada y como engastada, á manera de inestimable joya, en el oro de su modestia virginal? No ensayaré, pues, el delinear aquella imagen que lleva estampada en el pensamiento todo cristiano que no carezca de sentido común, la imagen de la modestia más que angélica de aquella Virgen tan primorosamente formada por la mano del Altísimo³. Ella podía afirmar mejor que el santo Job, tan respetado por la modestia y gravedad de su persona: *Lux vultus mei non cadebat in terram*⁴, que la luz de su rostro

¹ 2 Cor. 10, 1.

² Ps. 44, 3.

³ S. Ambros., De virg. lib. 2. — S. Bern., Hom. 2 super Missus.

⁴ Job 29, 24.

no caía nunca en tierra; porque jamás dejó de estar iluminado el rostro de María con el resplandor de su modestia encantadora. Ni tuvo nunca por qué velar el semblante virginal, la que no hizo cosa capaz de empañar ú obscurecer su luz vivísima.

7. Aun tiene otra notable excelencia la virtud que vamos considerando, excelencia que resplandeció de particular manera en la Virgen Sacratísima, según observan los doctores¹. La modestia, al mismo tiempo que da realce á la hermosura, haciéndola celestial más que humana, sírvele también de correctivo rodeándola de una aureola de religioso respeto. Atended á esta sólida reflexión. La hermosura debiera levantar siempre nuestros corazones á la región de la infinita belleza, purificándolos y estimulándolos al amor de la virtud y á la práctica del bien. No sucede, sin embargo, así en la generalidad de los casos, y con la mayor parte de los hombres. ¿Por qué así, cristianos? Indudablemente por la corrupción de nuestro ser degenerado, por la propensión al mal que ha echado hondas raíces en nuestros sentidos². Pero aquí veo un fenómeno maravilloso producido por esta virtud; porque, si la hermosura incita al mal el corazón del que la mira, el fulgor de la modestia basta para enfrenar y reprimir la osadía del deseo. Sería preciso haber perdido todo sentimiento de decoro para no respetar una virtud defendida con el muro de la modestia virginal. La Virgen Santísima, dice Santo Tomás³, con ser hermosísima, era tan modesta, que los que la miraban, quedaban movidos y aficionados á la castidad, serenando en ellos las borrascas

¹ La Puente, Perfecc. religiosa t. II, cap. 13.

² Rom. 7, 17.

³ 3, dist. 3, q. 1, et 1, q. 1 ad 4.

de la tentación y comunicándoles el insigne don de la santa pureza. *Tanta erat eius gratia*, dice San Ambrosio, *ut non solum in se virginitatem servaret, sed etiam si quos viseret, integritatis insigne conferret*¹. Así levantaba María el don de la belleza física á la altura del orden primitivo, trastornado á consecuencia del pecado original.

8. ¡Pluguiera al cielo, piadosas Hijas de Nuestra Señora de Lourdes, que prendiera en todos vuestros corazones tanto amor y estima de la modestia de vuestra adorada Madre, que, por copiarla en vosotras mismas, renunciarais á cuanto el mundo os ofrece capaz de ofenderla ó deslustrarla! ¡Ah! ¡qué acepta y agradable á la Virgen y á la Iglesia sería vuestra devoción, si dieseis de mano para siempre á cierto linaje de usos y costumbres admitidas por la vida social moderna, que de ningún modo están en consonancia con el espíritu del cristianismo, tal como se revela en las enseñanzas apostólicas de que antes hice mérito! ¿Reina por ventura la modestia en las costumbres de nuestro siglo? ¿No podría decirse todo lo contrario? ¡Díganlo los teatros, los salones, los paseos! Ni el lujo desmedido y ruinoso, ni la vanidad llevada hasta la extravagancia, ni el afán de sobresalir en las reuniones, ni la libertad autorizada por lo que llaman trato de buen tono, ni otras cosas que sabéis, están en armonía con la sencillez, moderación y severidad exigidas por la ley del Evangelio; nada de esto se asemeja al divino modelo de la modestia de la Virgen nacida en Nazaret. ¡Que vuestra modestia, pues, sea de hoy más reconocida por todo el mundo! *Modestia vestra nota sit omnibus hominibus, Dominus enim prope est*².

¹ Lib. De inst. virgin. cap. 7.

² Phil. 4, 5.

II.

9. Pero la gloria de la belleza de la Hija del Rey no está cifrada solamente en lo que parece por de fuera, que mucho más hermoso que su rostro es el semblante de su alma¹. Y esta sobreexcelente y divina hermosura del alma de la Virgen, aunque sólo Dios es capaz de conocerla claramente, podemos también nosotros rastrearla en algún modo por la misma exterior composición, es decir, por su modestia. Y ¿quién hay, mayormente entre sus Hijas, que no anhele vivamente contemplar esta belleza interior de María, espejo de hermosura entre todas las criaturas? ¿Quién hay que no suspire por mirar al rostro de esta graciosa Sunamitis, y no le ruegue con las hijas de Sión: *Revertere, revertere, Sulamitis, revertere, revertere, ut intueamur te*²? Entrad, pues, el día de hoy por esa magnífica fachada del gran templo de Dios; contemplad esa modestia de María, y por ella penetraréis hasta el *Sancta Sanctorum* de su corazón, y allí veréis los tesoros de belleza en él depositados. Y ¿cuáles son estos tesoros sino las virtudes eminentes, reveladas por la modestia de su porte? Y, puesto caso que ellas son innumerables, é imposible tarea sería admirarlas todas una á una, fijémonos al menos en las joyas más brillantes que adornan y recaaman el tocado de la Reina soberana.

10. Mirad primero esa perla finísima de su pureza virginal, más acendrada y preciosa que la misma pureza de los puros espíritus. ¡Oh pureza de María, digna de las miradas santísimas de un Dios! Con ella hirió María el corazón del celestial Esposo como con la luz

¹ Ps. 44, 14.

² Cant. 6, 12.

de sus ojos candidísimos¹; con ella le atrajo á su seno transformado en vergel de blancas azucenas², entre las cuales gusta Él de apacentarse y morar³. Porque, como la Bienaventurada María, dice San Crisóstomo, poseyese la castidad con una perfección que excede á toda la naturaleza humana, de ahí que concibiese en sus entrañas á Cristo Dios⁴. ¿Podemos imaginar nosotros qué grado de pureza de alma y cuerpo era necesario para llegar á ser tabernáculo animado de la Divinidad, siendo propia y verdadera madre de Aquel que es todo santidad, de Aquel que fué engendrado en el seno del Padre antes de toda criatura en medio de los esplendores de los santos?⁵ ¿Cuál será, por tanto, la belleza de aquel trono de luz en que descansó el Omnipotente? «¿Qué criatura más noble, dice San Ambrosio, que la Madre de Dios? ¿cuál otra más resplandeciente que la escogida por el resplandor del Padre? ¿cuál más casta que aquella que sin mancha de cuerpo engendró un cuerpo?»⁶ «Virgen era, dice el mismo santo doctor, no sólo en el cuerpo, sino también en el alma», por la pureza de sus afectos y pensamientos. Por eso la Iglesia ensalza á boca llena la pureza de María con cuantos títulos son imaginables, como de «Virgen de Vírgenes», «Reina de las Vírgenes», «Madre purísima», «Madre castísima», «Madre inmaculada» y mil otros, sin quedar nunca, al parecer, agotado su piadoso repertorio de alabanzas. Mas ¿cómo agotarse el ardor del entusiasmo cuando el objeto de él es realmente inagotable? Con

¹ Vulnerasti cor meum... in uno oculorum tuorum (Cant. 4, 9).

² Venter tuus... vallatus liliis (ibid. 7, 2).

³ Qui pascitur inter lilia (ibid. 6, 2).

⁴ Apud Metaphr. in Brev. Rom. ⁵ Ps. 109, 3.

⁶ De virg. lib. 2.

razón exclama el grandilocuente Agustino: «¡Oh santa é inmaculada virginidad de María! ¡no sé á la verdad con qué linaje de alabanzas ensalzarte!»¹ Y el melífluo San Bernardo: «¡Oh dichosa María cuya virginidad fué tan rara y maravillosa que, lejos de mancillarla, la acrisoló y honró la fecundidad!»² Ahora bien, mis amados oyentes, ¿cuál fué la guarda de esa purísima castidad de la Virgen, sino la modestia? Á tal tersura de alma ¿podía corresponder un exterior menos grave y digno, una actitud menos ordenada que la que se admira en esa modestísima doncella, perfumado *lirio de los valles*?³ Deducid de aquí, almas castas que aspiráis á formaros en la escuela de María, cuánta sea la importancia de la modestia para guardar y amparar la belleza espiritual de la santa pureza. La modestia, siendo su fruto propio y natural, es la expresión genuina y el mejor atavío de la virginidad. Dificilmente podría precaverse de mancha el alma derramada por los sentidos á las cosas exteriores, el corazón que, abriendo sus puertas, deja franca entrada á los enemigos de la virtud angélica.

II. Admiremos ahora aquella otra virtud excelentísima que da tanto realce á la hermosura espiritual de María, la humildad, la cual, en concepto de San Bernardo, no es menos digna de admiración que su pureza. Humildad especialísima, reflexiona el citado Padre, porque la prerrogativa de una virginidad fecunda, lejos de aminorar, como pudiera recelarse, le imprimió mayor grandeza. En efecto ¿qué humildad puede darse más perfecta que aquella que hizo conservarse en su bajeza

¹ Ecclesia in offic. parvo B. V. M.

² Hom. 1 de laudibus Virg. Matr.

³ Cant. 2, 4.

de criatura y condición de esclava del Señor á la que era elevada á la dignidad de Madre del Hijo del Altísimo? ¿Qué vientos de soberbia bastarían á derribar esta torre fortísima de la humildad de María? Desde el instante glorioso de su Concepción sin mancha hasta el punto mismo en que abandona la tierra para subir á los cielos en brazos de los ángeles, la Virgen humildísima no tiene otro cántico en los labios y en el corazón que el de su bajeza parangonada con la grandeza y magnificencia del Señor: *Magnificat anima mea Dominum... Fecit mihi magna qui potens est*¹. «¡Él solo es grande y poderoso! mi espíritu se anonada en su acatamiento: por más que Él sea mi hijo, yo no soy más que su esclava....» Humildísima tenía que ser aquella Virgen destinada para madre del que venía á enseñar al orgulloso mundo la humildad diciendo: *Aprended á ser mansos y humildes de corazón como Yo*². Es pensamiento del mismo San Bernardo³. Humildísima convenía que fuese la reparadora de nuestros primeros padres perdidos por la soberbia, la vivificadora de todos los hijos de Adán muertos por el veneno del orgullo. Y ¿no veis, cristianos, esa profundísima humildad retratada en el semblante modestísimo y en toda la apostura exterior de la Inmaculada María? No la contempléis ahora revestida de claridad entre los fulgores de la gloria: bajad la vista á la tierra, y mirad á la Madre de Dios peregrinando todavía por este desierto. ¿Qué veis en ella que no os revele su incomparable modestia? Oíd cómo la describe San Ambrosio, presentándola como espejo en que deben mirarse las doncellas cristianas: «Humilde de corazón, era mesurada

¹ Luc. 1, 46. 49.² Matth. 11, 29.³ L. c.

en las palabras, prudente en el ánimo y parca en el hablar, consagrada al estudio de los sagrados libros y aplicada al trabajo manual, despreciadora de las riquezas y dadivosa con el pobre, no buscaba al hombre sino á Dios por testigo de sus intenciones; á nadie supo ofender y á todos quiso hacer bien, huyó de la jactancia y practicó toda virtud.»¹ Ahí tenéis, Hijas de María, descrita magistralmente la verdadera humildad y su compañera inseparable, la modestia.

12. Nada diré de la dulzura, nada de la benignidad de aquel corazón que se refleja en la serena apacibilidad del continente maternal, ni de la grandeza del ánimo regulador y dueño de todos los movimientos de las potencias y sentidos, tal como aparece y se trasluce en el semblante de la dignísima señora. Quiero solamente, por conclusión, hacer que vislumbréis los seráficos ardores del corazón de la Esposa del Espíritu Santo, en esas huellas impresas en el ademán extático y continente arrobado de María. ¡Ah! ¿quién no advierte que el alma de esta Virgen ferventísima está derretida de amor como la Esposa al oír la voz de su Amado²? Porque cuando el alma, absorta en la contemplación por la violencia de la caridad, está como endiosada y fuera de sí misma, ¿cómo ha de estar naturalmente el cuerpo sino inmóvil, suspenso y en actitud semejante á la de los ángeles de Dios? ¿Qué nos dicen, pues, esos ojos de María dulcemente fijos en el cielo, sino que, como los bienaventurados espíritus, está mirando, inundada de gozo, la belleza arrobadora de su Dios: *Exultavit spiritus meus in Deo salutari meo*? ¿qué indican esos labios suavemente entreabiertos como

¹ S. Ambros. l. c. supra.² Cant. 5, 6.

de quien ora, y esas manos graciosamente entrelazadas contra el pecho y todo ese aire extático, sino que María está embelesada en el goce de las delicias del amor?¹

13. Y esto bastará para concluir, oyentes míos, que la modestia es el más hermoso ropaje de la Inmaculada Virgen. Por eso ha sido tan amada y practicada esa virtud por todos los santos, y principalmente por las vírgenes cristianas. Ella debe ser, pues, la joya más preciada de las jóvenes que se honran con el título de Hijas de María y tienen por Patrona á la que dijo en la gruta de Lourdes: *Yo soy la Inmaculada Concepción*. Esa virtud es el sello de las almas puras, de los corazones humildes y serenos, despreciadores de sí mismos y de las terrenas vanidades, henchidos plenamente de las dulzuras de su Dios. Tales deberían ser todas las jóvenes que aspiran á enaltecer la piadosa institución que tiene por principal objeto honrar é imitar la pureza de la Reina de las Vírgenes. Así sea.

DISCURSO RELIGIOSO PARA EL DÍA DE
LA INMACULADA CONCEPCIÓN DE NUESTRA
SEÑORA

(pronunciado en la catedral de Bogotá, 1896).

La definición dogmática de la Inmaculada
Concepción.

Reliquiæ cogitationis diem festum agent tibi.
Ps. 75, 41.

1. ¡Cuarenta y más años han transcurrido, y aun está fresca y palpitante en millares de almas la emoción de aquel gran día! ¡Fecha memorable del ocho de

¹ Deliciis affluens (Cant. 8, 5).

diciembre de 1854, cuántos recuerdos nos envías, perfumados con el timiama de la definición del dogma de la Concepción Inmaculada! España y América, que veneraron siempre á María como Patrona en el misterio de su purísima Concepción, saltaron entonces de júbilo, distinguiéndose entre todos los pueblos del catolicismo por la grandeza de su religioso entusiasmo. ¿Qué diré de Colombia y de su capital, para quien, como decía en aquella ocasión el Ilmo. Señor Don Manuel José de Mosquera, de santa y gratisima memoria¹, nada hay tan sagrado, después del culto del Señor, como la devoción á María Santísima en este dulcísimo misterio de su Concepción sin mancha? ¡Ah! No faltarán aquí mismo entre mis amados oyentes quienes, como testigos oculares, pudieran levantarse á referirnos lo que vió entonces Bogotá y Medellín y Cartagena y Popayán y todas las ciudades y los pueblos todos de esta vasta Provincia eclesiástica, con ocasión de la definición dogmática acogida con gozo incomparable, y celebrada con demostraciones nunca vistas de religiosidad en esta piadosísima nación, entonces más compacta que hoy, si no más fervorosa, en sus creencias y sentimientos religiosos. Jamás se vió mayor docilidad en los fieles para escuchar las palabras del Supremo Pastor, el cual terminaba la bula de la definición con esta calurosa exhortación paternal: «Oigan estas nuestras palabras todos los hijos de la Iglesia católica, para Nos tan queridos, y con más ardor que nunca, con mayor piedad y religión sigan honrando, invocando, implorando á la Bienaventurada Madre de Dios, la Virgen María concebida sin mancha original, y acójanse con toda

¹ Documentos para la biografía del Ilmo. Señor Mosquera t. I.

á realizar en todas las edades. Así lo está probando diariamente en nuestro tiempo. Dondequiera que florece su espíritu, vense con asombro multiplicadas las obras más grandiosas: aquí se ve levantarse una basílica, allí un hospital de incurables, más allá un asilo de huérfanos ó una escuela ó un taller. ¡Árbol de la caridad frondoso, inagotable! ¿Qué sería de la pobre humanidad el día que le negases tus frutos y tu sombra? ¿Podría acaso proveer á sus necesidades y curar todos sus males la equívoca filantropía, la caridad falsificada? Pero no, no faltará jamás entre vosotros esa piadosa hija del cielo, porque lo es del corazón de María y de la verdadera Iglesia. Y mediante el concurso de esa virtud divina, el hombre disfrutará siempre de las preciosas mercedes de María, y sus devotos obtendrán gracias de redención de las miserias de la vida presente y de salvación en la futura. *Así sea.*

SERMÓN DE NUESTRA SEÑORA DE LAS MERCEDES

(predicado en Medellín [Colombia], septiembre de 1894).

**María, baluarte de la fe, sostén de la esperanza
é incentivo de la caridad.**

Ego mater pulchræ dilectionis et ... agnitionis
et sanctæ Spei. Eccli. 24, 24.

1. Lo que para toda la Iglesia católica es motivo de santo regocijo el día de hoy y despertador de piadosas emociones, eslo muy especialmente para vosotros, amados hermanos de Nuestra Señora de las Mercedes, para vosotros que, en medio de esta religiosa ciudad,

formáis ese importante centro de piedad y buenas obras conocido con el dulce nombre de *Hermandad* de María¹. En efecto, al recordar aquel hecho brillantísimo de la historia eclesiástica en el fecundo siglo XIII, hecho, ó, mejor dicho, cadena de sucesos que no es dado explicar sino por la sobrenatural intervención de la poderosa Reina de los cielos, conviene á saber, la redención y libertad de millares de cautivos, los fervorosos hermanos de María, atónitos á vista de tales maravillas, no pueden menos de sentirse obligados á tributar á su Patrona solemne homenaje de fe, gratitud y acendrado amor. Ellos, haciéndose intérpretes y voceros del sentimiento universal de la Iglesia, bendicen en este día la magnificencia de la piedad divina, aclaman con entusiasmo el poder de la Virgen potentísima, y sienten con tal motivo afianzarse más y más su filial confianza, y encenderse más la llama de la caridad fraternal en sus devotos corazones. ¿No son éstos los afectos de que rebosan los hermanos de Nuestra Señora de las Mercedes en estos días en que con tanta solemnidad celebran las fiestas de su excelsa Patrona?

2. Pues no pueden ser otros, mis amados oyentes, los frutos bien sazonados de la verdadera devoción á María Santísima, *frutos de honor y de virtud*², que esta festividad está destinada á hacer germinar en el corazón del pueblo cristiano. Tal es, en efecto, ó tal debe ser el carácter de la devoción á la santa Madre de Dios, la fecundidad en frutos de santificación para las almas;

¹ La Hermandad de las Mercedes erigida en la Iglesia de San Benito de la ciudad de Medellín, celebra anualmente su fiesta con solemnes cultos durante cinco ó seis días consecutivos.

² Eccl. in Lit. lauret.

y con este objeto la estimula y alimenta constantemente con la doctrina y el culto la Iglesia de Cristo, gobernada por el Espíritu Santo. Por eso María nos dice, según la pía interpretación de los doctores: *Yo soy la Madre del hermoso amor, del conocimiento y de la santa esperanza*¹. Y he aquí lo que va á ser hoy el objeto de vuestra piadosa atención, así para enseñanza provechosa de los hermanos de Mercedes, como para edificación de todos los fieles en general. Váis á ver, sin salir del argumento de la festividad que celebramos, cómo la devoción á la Santísima Virgen ha sido y es para el pueblo cristiano baluarte de la fe, sostén de la esperanza y vivísimo incentivo de la caridad. ¡Quiera el dulce Redentor del cautivo género humano, por mediación de su amabilísima Corredentora y Madre, concedernos aumento de estas tres divinas virtudes, para cuyo logro saludaremos á la dispensadora general de mercedes con las palabras del Ángel: *Ave Maria*.

I.

3. La fe parapetada tras la devoción á María, *la Virgen fiel*², tiene que ser inexpugnable, como aguerrido batallón hecho fuerte en la torre de David, de la cual penden millares de escudos y armaduras³. Innumerables son y fueron siempre los enemigos empuñados de la fe cristiana; violentos y redoblados los tiros que le asestaron para derribarla del trono del espíritu humano en donde se asienta como reina; pero el hecho incontestable es que hasta la hora presente, y al cabo de diez y nueve siglos de lucha sin tregua, la fe divina permanece dueña y señora de su augusto

¹ Eccli. 24, 24.² Eccl. in Lit. lauret.³ Cant. 4, 4.

trono. Ahora bien, cristianos, ¿no os parece que la devoción á la Madre de Dios ha sido siempre y es todavía su más firme baluarte? Así me lo persuaden de un modo evidente la razón y la experiencia. Y apoyado en estos fundamentos me atrevo á aseguráros que no es hacedero arrancar la fe de un corazón sinceramente adherido al culto de la Santísima Virgen. Preciso sería derribar primero los cimientos de esta devoción para echar luego por tierra el edificio de la fe. Sed devotos de María, y perseveraréis creyentes: la incredulidad no podrá abrir brecha en vuestras almas.

4. En efecto, no se necesita de largos y sutiles razonamientos para convencerse del enlace estrechísimo que liga la devoción á la Virgen con los sentimientos y la profesión de nuestra santa fe. Y, si no, decidme: ¿por qué honráis á María, carísimos hermanos? ¿por qué la amáis con encarecimiento? ¿por qué fiáis de ella los intereses de vuestra salvación eterna? ¿por qué la invocáis instantemente en vuestras necesidades? ¿No son éstas las principales prácticas de vuestra devoción á la soberana Reina de las Mercedes? Pues bien; ¿cuál es la razón en que estriban todas ellas? Sin duda, me responderéis, es el alto concepto que de su dignidad, de su poder y su misericordia nos hemos formado, persuadidos de que, bajo de Dios, no tiene igual ni aun semejante: *Es la primogénita antes de todas las criaturas*¹. Decís perfectamente. Pero ¿quién os ha hecho concebir esa idea tan elevada como justa, de aquella criatura singular? ¿No es precisamente vuestra fe de católicos? ¿no es esa luz la que os ha hecho com-

¹ Eccli. 24, 5.

prender todo el alcance de aquellas célebres palabras evangélicas que los sectarios llamados *evangélicos* no han sabido descifrar: *De qua natus est Iesus: De la cual nació Jesús*¹? ¿Cuál es, pues, el misterio de vuestro conocimiento y de la ceguera de los protestantes, tan desdeñosos para con la Madre del Salvador, como enemigos de la verdadera Iglesia? El misterio no es otro que la fe divina: es porque á vosotros os ha revelado estas verdades, no la carne y sangre, como dijo Jesús á Simón Pedro, sino *el Padre que está en los cielos*². Porque, para creer con verdadera fe cristiana, no basta leer las sagradas páginas del Evangelio é interpretarlas según el juicio privado del lector ó del pretendido maestro: es menester acompañar esta lectura con la sumisión voluntaria del entendimiento á la autoridad de la palabra de Dios declarada por el órgano legítimo de la predicación, que es la Iglesia; y eso es lo que hacéis vosotros y lo que no quiere hacer el orgulloso sectario. De ahí procede toda la diferencia entre la conducta impía del hereje y la piedad del católico: de ahí, el reconocer vosotros, y negar aquél las prerrogativas de la Mujer sin igual, que, sin recibir detrimento de su virginal entereza, fué elevada á la dignidad inefable de la maternidad divina, y por ende á la mayor altura á que puede ser sublimada una criatura, no sólo humana, sino angélica. Todo, pues, hermanos míos, es obra de la fe: efecto de ella es vuestra devoción á la Virgen, *de qua natus est Iesus*.

5. Las consideraciones expuestas bastarían, amados oyentes, para demostrar que María, por medio de su devoción, es el baluarte inexpugnable de la fe. Dé-

¹ Matth. 1, 16.

² Ibid. 16, 17.

mosle, empero mayor ensanche á la exposición de tan importante verdad. *Sin la fe*, dice el Apóstol, *es imposible agradar á Dios*¹. Sin la fe, pudiéramos también decir, es imposible agradar á María y tributarle culto: con ella, esta devoción se desarrolla necesariamente. Porque, en efecto, discurriendo rápidamente por el campo de las verdades que la fe nos descubre según el mismo Doctor de las Gentes, y de acuerdo con todos los testimonios de la revelación, por la fe entendemos ser uno solo el Criador de todas las cosas², infinito en perfección, á la vez que simplicísimo en su esencia, trino en sus personas, aunque uno é individuo en su naturaleza. Con la luz de esa antorcha divina de la fe llegamos á conocer el misterio recóndito de los siglos³, la Encarnación del Verbo de Dios en el seno de la Virgen anunciada por Isaías⁴, para llevar á efecto la redención del hombre caído, dejándola consumada de una vez para siempre en el *Sancta Sanctorum* del Calvario⁵. Finalmente, por esa misma fe sobrenatural, y no por obra del natural discurso, alcanzamos á entrever los bienes eternos é incommutables de la gloria⁶, como fruto de la redención, aprovechada por el concurso del libre albedrío con la gracia del Redentor. Y aquí tenéis, como en reducido cuadro, la suma de las verdades sobrenaturales descubiertas á la humana inteligencia por la antorcha esplendorosa de la fe. Ahora bien, mis amados hermanos; ¿no es cierto que todas las figuras de ese magnífico cuadro arrojan rayos de luz sobre la frente virginal de nuestra Madre benditísima? Aun más: al lado de las Personas divinas

¹ Hebr. 11, 6.

² Ibid. v. 3.

³ Col. 1, 26.

⁴ Is. 7, 14.

⁵ Hebr. 9, 12.

⁶ Ibid. 11, 1.

20*

que llenan el cuadro de la Revelación, se descubre al primer golpe de vista, colocada en lugar propio, la dulce é interesante personalidad de María, de esa criatura *única*¹ por su perfección y su destino, entre todas las criaturas. Mirad: al lado del Padre aparece la Hija predilecta; á la diestra del Hijo se alza el trono de la Madre excelentísima; bajo las alas del Espíritu Santo reposa la Esposa inmaculada; al pie de la cruz está como enclavada la Madre adolorida; sobre los coros de los ángeles, entre los resplandores de la gloria, descuellla incomparable la belleza de la Reina de los cielos; en una palabra, en todas las partes del cuadro campea la Virgen colmada de gracias y dispensadora de mercedes. El ojo iluminado por la fe la descubre sin esfuerzo.

6. Y otro tanto acontece en el campo de la historia. ¿Qué mejor argumento en favor de nuestra proposición? Las épocas de fe han sido las de mayor devoción á la Madre de Dios. Y digo más. Esta misma devoción hondamente arraigada en los pueblos es la que ha defendido la fe de los rudos ataques de todo linaje de enemigos. Paganos, mahometanos, herejes de infinitas sectas y denominaciones, incrédulos, cismáticos, en una palabra, cuantos adversarios ha vomitado el infierno contra la santa religión de Jesucristo, otros tantos han sido batidos en brecha por el culto de María, como por ejército dispuesto á la batalla². «Tú sola, ¡oh Señora! canta la Iglesia, heriste de muerte á todas las herejías en el universo.»³ Mirad, amados fieles, lo que pasa en la edad media, al alborar el siglo XIII, época de grata recordación para los devotos hermanos de las

¹ Cant. 6, 8.² Ibid. v. 3.³ Eccl. in off. B. V.

Mercedes, pues fué entonces cuando se inauguró milagrosamente la redención de cautivos, origen de esta querida advocación que celebramos. Aquéllos eran los tiempos de fe por excelencia, á pesar de las herejías que, á mano armada, solían perturbar los más florecientes reinos de la cristiandad: por entonces, rendidos ya los pueblos bárbaros al suave yugo de la Iglesia, habían abrazado con tanto ardor la fe católica como lo prueban, entre otros hechos, las épicas expediciones emprendidas para arrancar del yugo musulmán los santos lugares de la Palestina. Jamás como en aquella época respetóse tanto la autoridad de la Iglesia, á cuya voz obedecían á una los pueblos y los reyes, los cuales recibían de manos del Vicario de Cristo el cetro y la insignia del cruzado. No se respiraba entonces otra atmósfera que la de la fe. Aunque envuelta todavía en sombras de ignorancia la razón humana, y en pañales, como era natural, la civilización, tenían por toda luz los hombres de aquella época la santa fe cristiana profesada en toda su pureza, sin vacilaciones ni distinguos; poseían, pues, un foco de verdad religiosa y moral, y, por lo tanto, un germen fecundo de heroicos sentimientos desarrollados gradualmente en el corazón de las naciones. Y eran aquéllos precisamente los tiempos dorados de la devoción á María Santísima, los tiempos de las grandes instituciones marianas, como el rosario y el escapulario con sus fervorosas é insignes cofradías, tan sólidamente fundadas que hoy todavía florecen, al cabo de casi siete siglos. Y ¿fué acaso menos importante que las otras la fundación de la cofradía y escapulario de las Mercedes, árbol frondoso, cargado de infinitos frutos de piedad y misericordia que duran hasta el día? Fué entonces, finalmente, cuando la piedad de los pue-

blos hacía brotar del suelo, para honra de Nuestra Señora, en todos los países cristianos, aquellas grandiosas basílicas que son todavía y serán siempre el orgullo del arte cristiano¹.

7. Y lo que hemos demostrado, historia en mano, respecto de los tiempos, eso mismo debe asegurarse con relación á los países. Dondequiera salta á la vista la alianza de la devoción á María con la fe. Aquellos reinos y provincias se distinguieron por la pureza y firmeza de las creencias, que brillaron más por el ardor de su devoción á la Reina de la Iglesia. Dígalo por todos la católica España, cuna de la religión Mercedaria², y, en frase de sus entusiastas hijos, *tierra de María Santísima*, y no sin fundamento, por haber tomado posesión de ella con su presencia personal la Virgen Sacratísima. Hable nuestra pobre América, atestigüelo la afortunada Colombia, esta tierra clásica del catolicismo y de la devoción á María. ¿Á qué debemos atribuir un fenómeno tan maravilloso en el orden moral, como el de una fe no contrastada, ni debilitada siquiera en la masa de sus habitantes, por los redoblados ataques de la incredulidad reducida á sistema y armada de supremos poderes; á qué, digo, atribuir la firmeza de este pueblo en sus católicas creencias y prácticas, sino á la arraigada devoción de sus hijos á la soberana Virgen que sentó sus reales en Chiquinquirá?

Fué, pues, á María á quien debieron, con la libertad corporal, la conservación de su fe los cautivos cristianos

¹ Nuestra Señora de París, de Chartres, etc. etc.

² Fundada en Barcelona en 1218 por S. Pedro Nolasco y Jaime de Aragón.

allá en remotos siglos: á ella también deberán su inmunidad de la casi universal apostasía los pueblos cristianos del siglo XIX.

II.

8. Y, pues, María Santísima es el baluarte de la fe católica, no podrá menos de ser el más firme apoyo de la esperanza cristiana, que nace de esa misma fe¹. Pocas palabras habré de emplear en la exposición de esta verdad. Esperar cristianamente es aguardar de la bondad divina, infaliblemente fiel á sus promesas, la eterna bienaventuranza y los medios de alcanzarla, en suma, los bienes de gracia y gloria. *Gracia y gloria dará el Señor*, dice el Profeta². Con subordinación á estos bienes soberanos, la confianza de los hijos de adopción se extiende á todos los demás, alentada por la voz del Apóstol que discurre sólidamente en estos términos: *Quien no perdonó á su propio Hijo, antes lo entregó á la muerte por darnos la vida, ¿cómo no nos dará todas las cosas juntamente con él?*³ La paz interior y exterior, la vida temporal y los medios de conservarla y defenderla, el alivio de nuestras penalidades, los recursos materiales, la salud, la libertad, el contento, la prosperidad de todo género... todo eso podemos y debemos esperarlo confiadamente de la liberalidad de Aquel que, como padre solícito y amorosísimo, atiende al bienestar cumplido de sus hijos. *Scit enim Pater vester, quia his omnibus indigetis*⁴. Y es en los días de tribulación, en las grandes y públicas calamidades, al ver gemir á todo un pueblo bajo el azote del infortunio, cuando cumple á la esperanza

¹ Hebr. 11, 1.

² Ps. 83, 12.

³ Rom. 8, 32.

⁴ Matth. 6, 32.

desplegar todas sus energías y mostrar su firmeza in-contrastable. La magnitud misma del mal suele servir de incentivo y despertador de la esperanza, como en el corazón magnánimo del patriarca Abrahán: *In spem contra spem*¹.

9. La suerte de los cautivos cristianos, aherrojados en las durísimas cárceles del África por bárbaros piratas, no podía ser más cruel, ni su situación más desesperada. Renunció al intento de bosquejar un cuadro tan cargado de sombras y de horrores. Vosotros seguramente habréis entrevisto en vuestra sobreexcitada fantasía la espantosa lobreguez de aquella situación de las víctimas del fanatismo y la barbarie musulmana. Pero el cautivo cristiano no desesperaba: era devoto de María, *consoladora de afligidos*². Á María se le iban los ojos arrasados en lágrimas, candentes como la arena de aquellas playas; á María llamaban sus lamentos y los de toda la Iglesia, solidaria de la suerte de sus pobres hijos. El pueblo fiel profesaba sin duda la creencia del meliflúo Doctor de la edad media, San Bernardo, de que Dios ha decretado que todos los bienes y el remedio de todos los males nos vengan de María³; y he aquí por qué la invocaba á gritos con firmísima confianza. El gran cristiano y noble francés, San Pedro Nolasco, no cesaba de rogarle postrado ante su altar de Barcelona, y—lo sabéis—la Madre piadosísima no resiste á tantos ayes y desciende de su trono entre coros de ángeles para disponer personalmente y concertar con su siervo los medios de libertar del cautiverio á sus queridos hijos. Ella misma, vestida

¹ Rom. 4, 18.

² Eccl. in Lit. lauret.

³ S. Bernardo apud *Alph. de Lig.*, Glorias de María.

con el hábito blanco de su orden, va á romper las ominosas cadenas y franquearles el camino de la patria. De regreso á sus hogares, los antes desventurados y ahora bienhadados cautivos entonan á su Redentora el cántico de los habitantes de Betulia á la valerosa Judit: *Tu gloria Ferusalem...*¹ Y este hecho bastaría para certificarnos que María es el áncora de la cristiana esperanza. Ella es, finalmente, el incentivo de la caridad, como vamos á ver en la tercera parte.

III.

10. Contemplad á ese varón insigne cuyo nombre va unido al de la Virgen de las Mercedes, como instrumento principal escogido por ella para ejecutar la obra magna de la redención. Mirad á Pedro Nolasco postrado á los pies de María, conjurándola á venir en ayuda de los míseros cautivos. ¿No véis cómo se dilata su corazón, se inflama su semblante seráfico, el fuego de la caridad arde en sus venas, levántase como un gigante para acometer la obra colosal de restituir la libertad á millares de víctimas de la más odiosa tiranía? Y ¿quién ha encendido ese volcán de caridad en el pecho de Nolasco? La devoción á María. Y ¿qué decir de sus dignos colaboradores, San Raimundo de Peñafort y el rey Don Jaime de Aragón? Á todos tres se aparece la Virgen simultáneamente, y á todos inflama en los mismos vehementísimos ardores por llevar á cabo los designios de María, mediante la fundación de una poderosa milicia espiritual, ó sea, de una orden religiosa consagrada por voto heroico á rescatar prisioneros en África á precio de oro, ó, si menester

¹ Judith 15, 10.

fuese, á cambio de la propia vida y libertad. Fué, pues, como se deja ver, al calor de la devoción de María, como nació y se desarrolló esa admirable institución cristiana, la orden Mercedaria, uno de los más bellos y grandiosos monumentos de la caridad. La hermandad de las Mercedes debe ser, á falta de la religiosa familia, la heredera entre nosotros del espíritu de abnegación y caridad de aquella esclarecida orden. Fué, para decirlo todo, la misma devoción, la piedad filial de los hijos de María Santísima, la que formó de todo el pueblo cristiano un solo corazón y un solo brazo para cooperar con los héroes Mercedarios á la ejecución de la empresa redentora, llevada á cabo en muchos siglos por el esfuerzo generoso y constante de la caridad. Y basten estos datos para dejar sentada la verdad de nuestro aserto.

II. Porque lo que aconteció en el caso á que nos referimos y con cuyo recuerdo nos regocijamos, eso mismo ha acontecido en otros ciento, como atestigua la historia, y eso tiene que acontecer siempre, dada la naturaleza de la verdadera devoción á la Madre de Dios y de los hombres. ¿Quién hay que contemple en María ese doble carácter maternal, y no se abraza en el santo ardor de la caridad de Dios y del prójimo? Si María es Madre de Dios ¿cómo no amar á Dios amando á María? Y, si ella es madre de los hombres ¿cómo puede amársela de veras sin amar á sus queridos hijos? De aquí es que el amor á la Señora, esencial elemento de su devoción, tiene que despertar ó reavivar en las almas el amor de Dios y de los hombres por Dios, en que consiste la virtud sobrenatural y divina de la caridad. De donde me atrevo á inferir que no cabe devoción á la Virgen, digna de este nombre, en

un corazón enfriado y endurecido por el egoísmo, porque en tierra tan pobre y dura no puede florecer aquel árbol tan fecundo como gigantesco. No, la devoción á la Virgen de las Mercedes, entendedlo bien vosotros que os gloriais de llamaros hermanos, no es una planta raquífica, ni mucho menos un árbol estéril como la higuera maldita del Evangelio. Ella no se limita á dar culto á la Reina del cielo tres ó cuatro días en el año con más ó menos pompa exterior y más ó menos muestras de piedad pasajera. Ella se extiende á la santificación de las almas y al bien de la Iglesia y aun de la sociedad. Todo impulso generoso en pro del público bienestar material y moral, se inspira de ordinario en la devoción á María; ningún proyecto caritativo se realiza entre los fieles sin el amparo y la protección de la dispensadora de todos los bienes. Testigo de ello, la historia de la Iglesia; testigo, la experiencia diaria. Por eso la hermandad de Nuestra Señora de las Mercedes, una de las más numerosas en este suelo católico de Antioquía, debe aspirar á grandes cosas, como que está destinada á producir grandes bienes en el orden religioso y moral. ¡Lástima sería no aprovechar con ventaja los poderosos elementos que proporciona tan importante agregación! Concurrir eficazmente al sostenimiento de la fe en las poblaciones amenazadas por el protestantismo y la incredulidad; reanimar en todas partes el fervor de los indiferentes; moralizar las costumbres de los pueblos entregados á la embriaguez y otros vicios gangrenosos, principalmente por medio del ejemplo de vida irreprochable; consolar de esta manera á la Iglesia santa, afligida por tantos desórdenes y apostasías y ruina de almas; contribuir, en fin, á toda buena obra, sobre todo á las de miseri-

cordia espiritual y corporal, de acuerdo con el espíritu primitivo de la familia Mercedaria: he ahí, mis amados hermanos, cuáles deben ser los resultados inmediatos de vuestra hermandad y de vuestra devoción á María Santísima en su dulce advocación de las Mercedes. Á vuestra fidelidad en el cumplimiento de tan santos deberes reserva la Virgen fidelísima un cúmulo de gracias en la tierra, y el goce de la eterna libertad en la patria bienaventurada. Así sea.

PANEGÍRICO DE NUESTRA SEÑORA DEL ROSARIO

(predicado en Medellín, 1894).

María, reina y dispensadora de la gracia.

Ave, gratia plena... Luc. 1, 28.
Ora pro nobis peccatoribus. Eccl.

1. Ahí tenéis, amados fieles, á la soberana Virgen María en el trono que le ha alzado vuestra devoción, más hermosa y resplandeciente que todas las flores que, frescas y embalsamadas, la rodean: *Rodeábanla, como días de verano, las flores de las rosas*¹. María, flor del cielo, brotada milagrosamente en el erial de la tierra, bella entre todas las flores del Paraíso de delicias, tiene singular complacencia en verse rodeada de toda suerte de flores, pero señaladamente de rosas encendidas y fragantes, mezcladas con los lirios nacidos en los valles. *Fulcite me floribus*². Pero comprended bien, cristianos, el sentido de esta afirmación. Por más

¹ Eccli. 50, 8.

² Cant. 2, 5.

gratos que le sean nuestros obsequios materiales, y la magnificencia del ornato que engalana sus altares, y la profusión de flores que perfuman sus templos, todavía lo son más las fervorosas oraciones y los homenajes de amor y de piedad que le tributan sus amantes hijos, los pobres desterrados del antiguo Edén. Éstas son las flores más bellas á sus ojos. Las rosas de la caridad y los lirios de la pureza forman la más agraciada y vistosa guirnalda que el hombre puede entretejer en obsequio de la gran Reina de los cielos, de la Madre de Dios y de los hombres. Por eso la devoción que se llama del *Rosario*, cuya solemnidad hoy celebramos con brillante aparato, es para María, podemos afirmarlo sin vacilar, la devoción más agradable. Cada salutación que se le dirige, es como un vuelo del corazón que va en busca de la criatura por Dios escogida para ser el instrumento de la mayor de sus obras en el tiempo. Cada súplica que á la salutación se añade, no es otra cosa que un ¡ay! lanzado desde el hondo valle de lágrimas hasta el radiante trono de la poderosa Mediana de la desvalida humanidad. Es, pues, la recitación del Santísimo Rosario de María, un dulcísimo y armonioso concierto, dispuesto para regalar el oído de Aquella que mereció escuchar en el retrete de Nazaret, el *Ave* del celestial mensajero; porque, en hecho de verdad, el rosario es simplemente el eco de la voz de Gabriel cien veces repercutido de valle en valle, de siglo en siglo, del uno al otro confín del universo: *Ave, ave, ave...* Es el cumplimiento exacto de la profecía de la misma Virgen: *Todas las generaciones me aclamarán bienaventurada*¹.

¹ Luc. 1, 48.

cordia espiritual y corporal, de acuerdo con el espíritu primitivo de la familia Mercedaria: he ahí, mis amados hermanos, cuáles deben ser los resultados inmediatos de vuestra hermandad y de vuestra devoción á María Santísima en su dulce advocación de las Mercedes. Á vuestra fidelidad en el cumplimiento de tan santos deberes reserva la Virgen fidelísima un cúmulo de gracias en la tierra, y el goce de la eterna libertad en la patria bienaventurada. Así sea.

PANEGÍRICO DE NUESTRA SEÑORA DEL ROSARIO

(predicado en Medellín, 1894).

María, reina y dispensadora de la gracia.

Ave, gratia plena... Luc. 1, 28.
Ora pro nobis peccatoribus. Eccl.

1. Ahí tenéis, amados fieles, á la soberana Virgen María en el trono que le ha alzado vuestra devoción, más hermosa y resplandeciente que todas las flores que, frescas y embalsamadas, la rodean: *Rodeábanla, como días de verano, las flores de las rosas*¹. María, flor del cielo, brotada milagrosamente en el erial de la tierra, bella entre todas las flores del Paraíso de delicias, tiene singular complacencia en verse rodeada de toda suerte de flores, pero señaladamente de rosas encendidas y fragantes, mezcladas con los lirios nacidos en los valles. *Fulcite me floribus*². Pero comprended bien, cristianos, el sentido de esta afirmación. Por más

¹ Eccli. 50, 8.

² Cant. 2, 5.

gratos que le sean nuestros obsequios materiales, y la magnificencia del ornato que engalana sus altares, y la profusión de flores que perfuman sus templos, todavía lo son más las fervorosas oraciones y los homenajes de amor y de piedad que le tributan sus amantes hijos, los pobres desterrados del antiguo Edén. Éstas son las flores más bellas á sus ojos. Las rosas de la caridad y los lirios de la pureza forman la más agraciada y vistosa guirnalda que el hombre puede entretejer en obsequio de la gran Reina de los cielos, de la Madre de Dios y de los hombres. Por eso la devoción que se llama del *Rosario*, cuya solemnidad hoy celebramos con brillante aparato, es para María, podemos afirmarlo sin vacilar, la devoción más agradable. Cada salutación que se le dirige, es como un vuelo del corazón que va en busca de la criatura por Dios escogida para ser el instrumento de la mayor de sus obras en el tiempo. Cada súplica que á la salutación se añade, no es otra cosa que un ¡ay! lanzado desde el hondo valle de lágrimas hasta el radiante trono de la poderosa Mediana de la desvalida humanidad. Es, pues, la recitación del Santísimo Rosario de María, un dulcísimo y armonioso concierto, dispuesto para regalar el oído de Aquella que mereció escuchar en el retrete de Nazaret, el *Ave* del celestial mensajero; porque, en hecho de verdad, el rosario es simplemente el eco de la voz de Gabriel cien veces repercutido de valle en valle, de siglo en siglo, del uno al otro confín del universo: *Ave, ave, ave...* Es el cumplimiento exacto de la profecía de la misma Virgen: *Todas las generaciones me aclamarán bienaventurada*¹.

¹ Luc. 1, 48.

2. ¿Quién es, según esto, *la Virgen* que llamamos *del Rosario*? No es otra, amados fieles, que aquella Virgen, así llamada por excelencia: *Missus est angelus Gabriel... ad Virginem*¹, la Virgen de Nazaret, la Virgen de la salutación angélica y, pudiéramos decirlo en frase más gráfica y popular, *la Virgen del Ave María*. Siendo, pues, éste el fondo de la excelencia y sublimidad del título con que hoy honramos á la Madre de Dios, no puede ser otra la fuente de las alabanzas que hoy debemos tributarle. Todo el panegírico de Nuestra Señora del Rosario saldrá del fondo mismo de la salutación del Ángel seguida de la súplica de la santa Iglesia; y así diremos que María es la Reina de la gracia: «*Gratia plena*»; y, por natural consecuencia, la dispensadora de ella entre los hombres, como principal medianera nuestra delante de Dios: *Ora pro nobis peccatoribus*. Ved ahí, amados oyentes, las dos partes que abrazará mi discurso: él os explicará el porqué de la dulzura, del poder y de la popularidad de la advocación de Nuestra Señora del Rosario en todo el mundo. Nunca como hoy debemos saludarla con más ternura y devoción, diciéndola: *Ave María*.

I.

3. Sí, mis amados oyentes, regocijémonos en el Señor contemplando en la graciosa María la Reina de la gracia. Porque ¿á quién puede mejor corresponderle este título que á aquella que la posee con tal riqueza y abundancia, que su cúmulo forma un inmenso océano, una plenitud de gracia, según la exacta expresión de Gabriel: *Gratia plena*? ¿á quién mejor que á aquella

¹ Luc. I, 26.

de quien, no sólo por la plenitud, sino por la excelencia de la gracia concedida á ella solamente, pudo decirse por especial manera que «Dios estaba con ella»: *Dominus tecum*? ¿Cómo no la hemos de aclamar Reina de la gracia, habiendo recibido ella sola tal sobreabundancia de dones y carismas, cual no se ha derramado jamás por la divina largueza en todas las criaturas juntas¹; y siendo, en fin, la gracia de María de un carácter especial y privativo de la Madre de Jesús, fruto bendito de su vientre: *Benedictus fructus ventris tui*? ¿No os parece que, bien considerados estos cuatro títulos ó prerrogativas de la gracia de la Santísima Virgen, nos dan derecho á apellidarla á boca llena Señora y Reina de la gracia, no siendo otro el significado de la advocación de Nuestra Señora del Rosario? Pues bien, hermanos míos, las consideraciones que vamos á hacer son demasiado llanas y ordinarias en la congregación de los fieles; y, por lo demás, perfectamente apoyadas en la doctrina corriente de los Padres y Doctores de la Iglesia.

4. Oíd al glorioso obispo San Epifanio discurrendo sobre las prerrogativas de la gran Madre de Dios. «La gracia de la Bienaventurada Virgen es inmensa: por eso Gabriel empieza por saludarla con estas palabras: Dios te guarde llena de gracia, cielo resplandeciente adornado de todas las virtudes!»² ¡Qué bello símil, para declararnos la verdad propuesta, el de la luz que llena la inmensidad de los espacios celestes! María es ese cielo esplendoroso, *splendidum cælum*, inundado con toda la plenitud de luz que arroja el astro meridiano. Medid, si podéis, la extensión del firmamento visible:

¹ *Epiphan.*, Orat. de laudib. B. V. Deipar.

² *Ibid.*

toda ella está colmada del fluido luminoso que arroja á treinta millones de leguas de distancia el incandescente globo encendido por la diestra del Altísimo y suspendido en el centro de nuestro sistema como rey de los espacios y regulador de los tiempos. Dilatad más vuestras miradas, y con el auxilio de esos maravillosos instrumentos que el ingenio del sabio ha llegado á construir, podréis formar algún cálculo de esa extensión sideral en que se pierde, como en piélago infinito, la humana fantasía. Pero ¿quién será capaz de medir y calcular esa otra inmensidad del firmamento místico, cuyo centro es el Sol de justicia, Cristo Señor Nuestro¹, y cuyos dominios constituyen el reino de la gracia? Aquí es donde atónita el alma y deslumbrada no acaba de admirar el torrente de luz divina que baña á esa criatura privilegiada á quien la Iglesia, no satisfecha con llamarla cielo, la saluda, por boca del grande obispo San Tarasio, más anchurosa que los cielos, más reluciente que el sol, más resplandeciente que toda la luz de las estrellas: *Ave caelo latior; ave sole splendidior; ave multiplex astrorum nitor*².

5. Y estas expresiones no tienen nada de hiperbólico, cristianos, porque para comprender la grandeza del tesoro de gracias concedido á María, sería menester formar idea adecuada de la Maternidad divina, dignidad superior á todas las dignidades imaginables. Esto nos declara por qué los doctores de la Iglesia no acaban de ensalzar con innumerables voces y variadísimas formas de expresiones la riqueza de la gracia de la Santísima Virgen, comentando el misterioso *Ave* del arcángel. Y es por-

¹ Eccl. in offic. B. M. V.

² S. Tharas., Ep. De praesentat. Deipar.

que, según doctrina recibida de los teólogos y ya bien conocida de los fieles, las gracias se otorgan por el sapientísimo ordenador á la medida de la submilidad de las funciones para cuyo desempeño destina Dios á sus escogidos¹. Es la gracia, en el orden de la actividad sobrenatural, lo que la aptitud ó capacidad del agente en el orden natural de las cosas. La gracia es el talento ó capital de que habla el Evangelio, confiado por el soberano dueño á sus dependientes para negociar los intereses de la eternidad². Ahora bien; si, conforme á esta regla, para que Juan Bautista hubiese de cumplir dignamente su misión de Precursor del Mesías, fué preciso que Cristo lo santificase en el materno seno previniendo la gracia en cierto modo á la naturaleza, pues, antes que nacido de Isabel, fué ya hijo de Dios por adopción el venturoso Juan; ¿cuál no sería la gracia de santificación con que fué prevenida, no ya desde antes de nacer, sino desde el mismo punto de su natural animación, aquella que venía á la tierra para ser infinitamente más que el allanador de los caminos, para ser propia y verdadera madre del Salvador? Aquí tenéis, cristianos, la primera gracia de María, la de su inocencia original, gracia portentosa, no sólo por ser única, sino por su intensidad y grandeza, tal que excedió á la suma de todas las gracias repartidas entre todos los ángeles y santos, según la común opinión de los doctores. Desde este primer instante pueden aplicarse á la Virgen[®] aquellas palabras de los Proverbios: *Multae filiae congregaverunt divitias, tu supergressa es universas*³. *Muchas hijas atesoraron riquezas, pero tú las has*

¹ S. Bern. Sen., Serm. 1 de S. Ioseph.

² Matth. 25, 15. ³ Prov. 31, 29.

sobrepujado á todas. María fué, á no dudarlo, aquella de quien vaticinó Isaías: *Preparado está el monte de la casa del Señor en la cumbre de todos los montes*¹, significando con esta imagen, según la explicación de San Gregorio Magno, haber recibido la Virgen en el primer instante de su vida mayor copia de gracias que el más elevado de los serafines². Y, si tal fué la gracia de esta Soberana Reina en el primer albor de su existencia, decidme ¿quién podrá formar idea siquiera aproximada de la cantidad casi infinita de las gracias que llegó á poseer en el último momento de una vida de sesenta y tres años, durante la cual no cesó un instante de duplicar la suma de gracias adquiridas en el momento precedente?³ Cálculo tan enorme supera todo cálculo, hasta el de las inmensas distancias interpuestas entre la tierra y las más remotas estrellas, hasta el de la magnitud del universo calculada en millones de millones de leguas. Tan desmedida es la muchedumbre de los grados de gracia adquiridos por María con su incesante cooperación, que literalmente puede entenderse dicho de ella lo que afirma Salomón: *Dios solo ha podido medirla*⁴, ó, como dice San Bernardino de Sena: «Sólo Dios ha podido conocerla.»⁵ Es, finalmente, la gracia de la Reina de los cielos el brillo de todos los astros multiplicado al infinito, que dijo San Tarasio: *Ave multiplex astrorum nitore!*

6. Y, si del número pasamos á contemplar la calidad y perfección de la gracia otorgada á la Santísima

¹ Is. 2, 2.

² Apud *Cartagena*, Hom. cathol. lib. 5, hom. 7.

³ Vide laud. auct. l. c. ⁴ Eccli. 1, 9.

⁵ *S. Bern. Sen.*, Sermon. 51 de B. Virg.

Virgen, cierto estoy que subirá de punto nuestra admiración. Porque, como bien lo afirmó San Sofronio, insigne obispo: *Invenisti gratiam præ qualibet eximiam... omnium gratiarum splendidissimam*¹; la gracia que halló María delante de Dios, fué una gracia eximia y sobreeminente y más espléndida que cualquier otra de cuantas ha concedido el Todopoderoso á las criaturas, fué una invención, una novedad reservada á ella sola, como dió á entender el Ángel: *Hallaste gracia delante de Dios, porque he aquí* (expresión de novedad) *que concebirás, etc.*² La novedad de la gracia corresponde á la novedad del prodigio que profetizó Jeremías: *Una cosa nueva hizo el Señor en la tierra: la mujer rodeará al varón*³, anunciando claramente la Encarnación del Verbo en el seno virginal. Para suceso tan nuevo y obra tan peregrina de la diestra del Excelso, María, instrumento animado escogido por Dios mismo para realizarlo, necesitaba ser revestida de una gracia no menos rara y excelente, como medio adecuado á la alteza del fin. Porque debéis advertir, amados fieles, que en el apreciar las gracias sobrenaturales, que son una participación por maravillosa manera de la naturaleza divina⁴, debemos distinguir, no sólo el número, sino también el peso y calidad. Hay diversos grados de gracia, como los hay de luz y de calor, como hay diversidad de resplandores en los astros. *Una es la claridad del sol; otra, la de la luna, y otra la de las estrellas*, que dice el Apóstol⁵. Según esto, la gracia de la Madre de Dios es el maximum de la claridad divina reflejada en una pura criatura, es la

¹ L. c. supra.

² Luc. 1, 30. 31.

³ Jer. 31, 22.

⁴ 2 Petr. 1, 4.

⁵ 1 Cor. 15, 41.

gracia anexa á la maternidad inefable, gracia casi infinita, como la dignidad que la acompaña¹.

Si reflexionáis, cristianos, en que el ser constitutivo de la gracia no es otra cosa que un linaje de unión sobrenatural de Dios con la criatura, mediante la cual ésta se eleva á un orden y como esfera divina, donde obra con fuerzas superiores á las de cualquier agente criado, fácilmente comprenderéis en qué consiste la preeminencia de la gracia propia de Nuestra Señora. Su operación es la más divina, así como su unión con Dios la más íntima, fuera de la unión hipostática. Cierto que la alianza del Verbo con la santa humanidad de Cristo es la más perfecta que puede concebirse; pero, excluida ésta, ¿cuál otra más estrecha y apretada que la del mismo Verbo Encarnado con su madre temporal? Dícelo San Dionisio por estas palabras: «Á la plenitud y gracia infinita propia de Cristo, María es quien más se acerca.»² Y Santo Tomás: «La Bienaventurada Virgen María obtuvo tanta plenitud de gracia, como que fué la más cercana y allegada al autor de la gracia, hasta el punto de recibir en sí al mismo Dios.»³

7. De tanta plenitud y excelencia de gracias dimanó la superabundancia de todos los dones y carismas en el alma de la Reina de la gracia. Porque en cualquier acepción que ésta se tome, no hay duda que le conviene con plenitud á María. *Divisiones gratiarum sunt*, dice San Pablo⁴. Hay mucha variedad de gracias

¹ *Andr. Cretens.*, Serm. de dorm. Deipar., apud *Cartagena* l. c.

² *S. Dionys.*, De praed. Virg. cap. 1, art. 8.

³ *S. Thom.*, S. th. 3, q. 9, art. 5.

⁴ 1 Cor. 12, 4 etc.

gratis datas; porque á uno se le da la sabiduría en el hablar, á otro la ciencia de los secretos divinos, á éste la virtud de obrar curaciones, al otro el don de milagros, á aquél el espíritu de profecía, al de más allá el discernimiento de espíritus ó el don de lenguas. Y, siendo así que todos estos dones proceden de un mismo Espíritu, según enseña el citado Apóstol, siendo manifestaciones del Espíritu Santo para utilidad de la Iglesia¹, ¿quién osará dudar de que todos los poseyese aquella que estuvo llena del Espíritu Santo? ¿No bajó á ella este divino y omnipotente Espíritu para obrar el misterio inefable de la Encarnación?² Y ¿creeremos que donde Él estuvo y moró de asiento como en regio tálamo, había de faltar alguno de sus dones? Por lo demás apoyan nuestro pensamiento los testimonios de gravísimos Padres como San Basilio de Seleucia, San Atanasio, San Antonino y muchos otros³. Imposible fuera referirlos textualmente, y más todavía explicarlos por extenso en la estrechez de un discurso. Por otra parte María es la mujer bendita entre todas las criaturas, según las palabras del Ángel, que diariamente traemos en la boca: *Benedicta tu in mulieribus*⁴. Á ella, pues, le convienen aquellas otras dichas de Isaac por el Eclesiástico: *Dióle el Señor las bendiciones de todas las gentes*⁵; por cuanto en ella, más exactamente que en el patriarca Abrahán, *fueron bendecidas todas las tribus de la tierra*⁶; luego á María confluieron, como á caudaloso océano, todos los ríos y arroyos de

¹ 1 Cor. 12, 7.

² Luc. 1, 35.

³ Apud *Cartagena*, Hom. cathol. lib. 5, hom. 5.

⁴ Luc. 1, 28.

⁵ Eccli. 44, 25.

⁶ Gen. 28, 14.

los carismas y bendiciones celestiales. Es, pues, también por esta prerrogativa la Reina de la gracia.

8. Hay algo más elevado todavía que decir de la gracia de María, mis amados oyentes. Pues por tal tengo la última de las prerrogativas apuntadas, á saber, la de que la gracia propia y privativa, de la Señora es de un carácter singular y no comunicable á otra criatura. Y ¿cuál es ese carácter? Podemos llamarle: *Signaculum similitudinis*: sello de semejanza con la gracia de Cristo, según el pensamiento del sabio Cardenal Cayetano: «La Virgen debe creerse en todo semejante á su divino Hijo, hasta donde es posible.»¹ Ahora bien, no sólo posible, sino muy conforme á razón parece asegurar que María poseyese una gracia semejante á la de Aquel de cuya dignidad participó por modo maravilloso. La dignidad de Cristo es la de ser cabeza y jefe de la humanidad y aun de la ereación entera, por lo cual hubo de recibir tal gracia cual correspondía á quien como cabeza había de difundirla en todos los miembros de su cuerpo místico. Otro tanto, guardada la debida proporción, es lícito decir de la gracia de aquella que fué respecto á Jesucristo lo que Eva al primer Adán, *madre de todos los vivientes*², comparación frecuente en los escritos de los más célebres doctores y escritores eclesiásticos. Ved, si no, cómo se expresan, entre otros, San Agustín y San Crisólogo. «Ésta, dice aquél, reparó los daños de la primera madre: ésta procuró la redención al hombre perdido.»³ «María, dice el segundo, dió paz á la tierra, gloria á los cielos, salud á los perdidos, vida á los muertos.»⁴

¹ In lib. de Spasmo B. M. V.

² Gen. 3, 20.

³ S. August., Serm. 33 de Sanct.

⁴ S. Chrysol., Serm. 140.

¿Qué es todo esto sino decir que María participó con Cristo de la dignidad y, por consiguiente, de la gracia propia de quien es cabeza de los hombres y de los ángeles? Esta prerrogativa le viene sin duda de ser Jesús *el fruto bendito de su vientre*, siendo ella el árbol frondoso de cuya savia se formó ese fruto de vida eterna. ¿Quién dirá la semejanza, y aun la identidad que existe entre la fruta y el árbol? ¿no es una misma la substancia de ambos? Luego María es santa con una gracia santificante propia de la que es Madre de Cristo, puesto caso que todos los demás santos lo son en calidad de hijos de ella y hermanos de Jesús por adopción¹. Á María, dice San Jerónimo, *le cupo la plenitud de Cristo, bien que por diferente manera*: no como fuente de donde mana la gracia, pero sí como río que nace y corre inmediatamente de la fuente. Por lo cual pudo San Buenaventura aplicar á la Virgen lo que propiamente se dijo de Cristo: *De cuius plenitudine nos omnes accepimus*². Y esta verdad nos abre paso á la segunda parte de nuestro discurso; pues, teniendo María el dominio de la gracia, es su natural dispensadora, y la medianera nata entre Dios y los hombres. «Tu rostro contemplarán suplicantes todos los ricos del pueblo», dícela San Atanasio³, aplicándole las palabras del salmo 44.

II.

9. Sí, cristianos, recordémoslo hoy con dulce satisfacción: María es la principal medianera, después de Jesucristo, entre Dios y los hombres para impetrarnos la gracia: María, como piadosa intercesora, *ruega por*

¹ Gal. 4, 5.

² Io. 1, 16.

³ Serm. de sanct. Deipar.

*nosotros los pecadores*¹,— y ¿quién hay que no lo sea?— ya para alcanzarnos la gracia santificante, ya para obtenernos el aumento de ella y el supremo don de la perseverancia final. Ruega siempre y en toda circunstancia por nosotros, como quiera que nada podemos hacer jamás, en orden á la salvación, sin el auxilio sobrenatural; pero ruega con mayores instancias, *con gemidos inefables*², en la hora tremenda de la muerte, en ese supremo y decisivo instante de que depende nuestra feliz ó desgraciada eternidad. ¡Qué confianza no es capaz de inspirarnos, hermanos carísimos, la seguridad de que la Madre de Dios nos asiste siempre con sus poderosos ruegos delante del Altísimo! ¿quién desconfiará de hallar, por medio de ella, la gracia perdida? ¿quién no se prometerá toda suerte de bienes de tan eficaz intercesión? Y ved aquí los preciosos frutos que por necesidad ha de producir la devoción del santo rosario en las almas bien aconsejadas que diariamente la practican.

10. Misterio insondable, si los hay, es el de la gracia; pero á nosotros nos basta saber que, según la doctrina de la Iglesia, Dios la da á todos suficiente para alcanzar la salvación³. Bástanos creer que Jesucristo la ha conquistado á precio de sangre para dárnosla, y que en efecto nos la da copiosa y eficaz por medio de sus sacramentos. Él es, por otra parte, el que, como sumo mediador y pontífice, vive continuamente interpellando por nosotros⁴, lo mismo sentado á la diestra del Padre, que escondido en el retrete augusto de nuestros tabernáculos; y así la gracia

¹ Eccl. in orat. Rosar. Mariæ.

² Rom. 8, 26.

³ I Cor. 10, 13.

⁴ Hebr. 7, 25.

cae siempre, como abundante rocío del cielo, sobre nuestras almas debilitadas por el pecado y agostadas por el ardor de las pasiones. Y, como si estas verdades no fueran ya plenamente tranquilizadoras, en orden al misterio de la gracia, he aquí que, por boca de sus más autorizados maestros, la Iglesia nos declara que María, la dulce María, es también, por disposición benignísima de Dios, la encargada de recabar para nosotros la gracia, como medianera secundaria ó escala para subir al trono de Jesús. Oíd al melifluido Bernardo: «Admira, ¡oh hombre! el acuerdo de Dios, acuerdo lleno de sabiduría y de bondad... Él ha querido que todos los bienes nos vengan por manos de María... No lo dudes, ésta es su voluntad en favor nuestro. De esta suerte ha querido, como tan pródigo en todo para con los miserables, disipar nuestros temores, alentar nuestra fe, esforzar nuestra esperanza, levantar nuestra pusilanimidad. Tenías miedo de acercarte al Padre; dióte, pues, á Jesús por mediador... Pero tal vez respetabas demasiado en el Hombre-Dios la majestad divina, y querías otro abogado para con el mismo Jesús. Ahí tienes á María, pura criatura humana, pero capaz de ser oída por el Hijo en razón de la reverencia que se merece. Á ella, pues, recurre. Ella siempre hallará gracia, y la gracia es lo único de que en verdad necesitamos, porque sólo por ella nos salvamos. Busquemos, pues, la gracia; mas busquémosla por medio de María.»¹

11. No tenemos necesidad de aducir más testimonios en apoyo de una creencia ya general en las escuelas, como la de que María Santísima es la universal dispen-

¹ S. Bern. in Nativ. B. M. V.

sadora de los favores del cielo; pero sí debemos observar, cristianos, que la misma Soberana Virgen emplea para este alto misterio el medio universal establecido por Dios para alcanzar la gracia, la oración. *Petite et accipietis: pedid y recibireis*¹. Así es que María ora, como hemos visto, y ruega á su divino Hijo, como lo hizo ya en las bodas de Caná, representándole dulcemente nuestras necesidades: *No tienen vino*². Y su oración no puede menos de ser escuchada siempre, como lo fué en esta ocasión en que pedía un milagro, al parecer extemporáneo, el cual, eso no obstante, le fué otorgado por Aquel que nada sabe negar á su querida Madre. Y su oración es tan eficaz, en opinión de los Padres, que equivale, por la grandeza del efecto, á la omnipotencia; por donde Gregorio de Nicomedia no dudó llamar á la Virgen *omnipotente con sus ruegos*³. La oración de María sola puede más para con Dios, según el sentir del grande Agustino, que las súplicas de todos los santos juntos y de toda la corte celestial⁴; lo cual no debe parecernos hipóbole, si atendemos á que María es más grata á los ojos del Señor que todas las criaturas más eminentes en santidad. He aquí la razón primordial de la eficacia de los ruegos de la Virgen: el poder de su valimiento fundado en la alteza de sus méritos, por los cuales Dios la ama sin medida; pues ¿quién no sabe cuánto vale para obtener mercedes la privanza con Dios? Por lo cual la santa Iglesia, no contenta con tributar á la Reina de ángeles y santos el culto general que se llama de *dulcia*, ha instituído para ella otro mayor, que se denomina de

¹ Io. 16, 24.² Ibid. 2, 3.³ Orat. de Purific.⁴ Serm. 3 et 4 de Nativ.

hiperdulcia; y por eso también en sus preces litúrgicas no cesa de instar á María y empeñarla á que ruegue por nosotros sin tregua: *Ora pro nobis, sancta Dei Genitrix: Sancta Maria, ora pro populo.... Sub tuum presidium confugimus.... Eia, ergo, Advocata nostra ...*¹

12. Y ¿cuándo la piadosa Virgen se hizo sorda á las plegarias de la Iglesia? ó ¿cuándo fueron ineficaces sus ruegos ante Dios? Todas las fiestas instituidas en honor de María, que son sin número en el cristianismo, nos demuestran con la evidencia de los hechos la eficacia del valimiento de nuestra Abogada; pero ninguna tal vez como la gran solemnidad del *Rosario*. Conocido es su origen, justamente atribuído al glorioso patriarca Santo Domingo, el cual echó mano de esta arma celestial que le entregó María, para combatir con admirable éxito las herejías y desórdenes de su tiempo en el mediodía de Europa. El rosario fué una gracia de salvación para la sociedad del siglo XIII. Tres centurias más tarde, la Virgen clementísima acude al socorro de su Iglesia fieramente amenazada por la pujante Media luna; y entonces también el rosario, recitado á coros por los devotos cofrades en la capital del mundo católico, á tiempo que se trababa el más célebre combate naval en las aguas del Lepanto, fué el instrumento de las divinas misericordias dispensadas por mano de María. Iguales peligros corrió la cristiandad en el siguiente siglo XVII, invadido de nuevo el Sacro Imperio Romano por innumerables huestes otomanas, é iguales auxilios obtuvo de María invocada solemnemente con la popular oración del santísimo rosario. Entonces fué cuando Clemente XI decretó que en toda la Iglesia se

¹ Eccl. in offic. passim.

celebrase la festividad de esta dulce y poderosa advocación, decreto ratificado por la autoridad apostólica de Benedicto XIII¹. Alentado con tan conmovedores recuerdos, el gran Pontífice reinante León XIII, creyó ver, no sin inspiración del cielo, en esa misma devoción del rosario el remedio efficacísimo que reclaman con urgencia las gravísimas necesidades que hoy aquejan al mundo católico sin humana esperanza de remedio. León XIII ha dirigido repetidas veces la palabra apostólica á los fieles de la Iglesia universal para inflamarlos en el amor y la confianza de la Virgen del rosario, y sus heroicos esfuerzos no han sido ciertamente vanos. Verdad es que la Virgen prudentísima no nos ha concedido todavía el triunfo exterior de la Iglesia y su Pontífice, con que sueñan nuestros corazones, pero nos permite ya entrever la proximidad de un triunfo seguro y decisivo de la causa de Dios sobre las huestes satánicas; y, sea lo que fuere de la marcha de los acontecimientos, ordenados siempre por la sabia Providencia, no podemos dudar de que la Iglesia, lejos de perecer en la borrasca, florecerá con nuevo vigor sobre la tierra para iluminar y salvar las futuras generaciones. La reacción cristiana que se va verificando á ojos vistas en todas las partes del mundo, es un hermoso espectáculo, consolador en extremo.

13. Esperemos, amados hermanos: la Reina de la gracia, la Reina del sacratísimo rosario no abandonará nunca á los suyos. Colombia lo tiene bien experimentado. La gracia, decía San Bernardo, es el único bien de que en rigor tenemos necesidad. Medellín la necesita para conservar pura la fe de sus mayores, y puras

¹ Ex public. monum., apud Brev. rom.

sus costumbres siempre morigeradas y cristianas. Solicitemos cada día con ahincadas súplicas esas gracias de salvación para nosotros y para el mundo entero, y no dudemos obtenerlas abundantes por la eficaz intercesión de María. Así sea.

PRIMER DISCURSO RELIGIOSO PARA LA FIESTA DE NUESTRA SEÑORA DEL ROSARIO

(pronunciado en la capilla del Colegio del Rosario, Bogotá, 1895).

El rosario es emblema de cristiana educación.

In me gratia omnis viæ et veritatis, in me omnis spes vitæ et virtutis. Eccli. 24, 25.

1. Rico argumento al discurso y poderoso estímulo á la elocuencia presenta, señores, la poética advocación de El Rosario con que hoy aclama á la Virgen María la Iglesia universal. Al valor histórico de este título que recuerda insignes proezas de la nueva Judit, libertadora del pueblo cristiano en horas de suprema angustia, añádese el colorido verdaderamente poético, el gracioso tinte de rosa que baña la festividad de la Reina de las gracias, de la Flor de las flores y Rosa sin espinas, que embellece y perfuma los jardines del cielo: *Quasi plantatio rosæ in Iericho*¹.

Tal es, en general, la fiesta religiosa que la Iglesia condecora con el pomposo título de «solemnidad del santísimo rosario».

2. Pero ¿cuánto más solemne y halagüeña no debe ser esta advocación para vosotros, afortunados alumnos

¹ Eccli. 24, 18.

celebrase la festividad de esta dulce y poderosa advocación, decreto ratificado por la autoridad apostólica de Benedicto XIII¹. Alentado con tan conmovedores recuerdos, el gran Pontífice reinante León XIII, creyó ver, no sin inspiración del cielo, en esa misma devoción del rosario el remedio eficazísimo que reclaman con urgencia las gravísimas necesidades que hoy aquejan al mundo católico sin humana esperanza de remedio. León XIII ha dirigido repetidas veces la palabra apostólica á los fieles de la Iglesia universal para inflamarlos en el amor y la confianza de la Virgen del rosario, y sus heroicos esfuerzos no han sido ciertamente vanos. Verdad es que la Virgen prudentísima no nos ha concedido todavía el triunfo exterior de la Iglesia y su Pontífice, con que sueñan nuestros corazones, pero nos permite ya entrever la proximidad de un triunfo seguro y decisivo de la causa de Dios sobre las huestes satánicas; y, sea lo que fuere de la marcha de los acontecimientos, ordenados siempre por la sabia Providencia, no podemos dudar de que la Iglesia, lejos de perecer en la borrasca, florecerá con nuevo vigor sobre la tierra para iluminar y salvar las futuras generaciones. La reacción cristiana que se va verificando á ojos vistas en todas las partes del mundo, es un hermoso espectáculo, consolador en extremo.

13. Esperemos, amados hermanos: la Reina de la gracia, la Reina del sacratísimo rosario no abandonará nunca á los suyos. Colombia lo tiene bien experimentado. La gracia, decía San Bernardo, es el único bien de que en rigor tenemos necesidad. Medellín la necesita para conservar pura la fe de sus mayores, y puras

¹ Ex public. monum., apud Brev. rom.

sus costumbres siempre morigeradas y cristianas. Solicitemos cada día con ahincadas súplicas esas gracias de salvación para nosotros y para el mundo entero, y no dudemos obtenerlas abundantes por la eficaz intercesión de María. Así sea.

PRIMER DISCURSO RELIGIOSO PARA LA FIESTA DE NUESTRA SEÑORA DEL ROSARIO

(pronunciado en la capilla del Colegio del Rosario, Bogotá, 1895).

El rosario es emblema de cristiana educación.

In me gratia omnis viæ et veritatis, in me omnis spes vitæ et virtutis. Eccli. 24, 25.

1. Rico argumento al discurso y poderoso estímulo á la elocuencia presenta, señores, la poética advocación de El Rosario con que hoy aclama á la Virgen María la Iglesia universal. Al valor histórico de este título que recuerda insignes proezas de la nueva Judit, libertadora del pueblo cristiano en horas de suprema angustia, añádese el colorido verdaderamente poético, el gracioso tinte de rosa que baña la festividad de la Reina de las gracias, de la Flor de las flores y Rosa sin espinas, que embellece y perfuma los jardines del cielo: *Quasi plantatio rosæ in Iericho*¹.

Tal es, en general, la fiesta religiosa que la Iglesia condecora con el pomposo título de «solemnidad del santísimo rosario».

2. Pero ¿cuánto más solemne y halagüeña no debe ser esta advocación para vosotros, afortunados alumnos

¹ Eccli. 24, 18.

del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario de la ciudad de Bogotá? Ricamente fundado por uno de los más distinguidos varones é insignes prelados de esta Iglesia¹, altamente ennoblecido por numerosa pléyade de personajes ilustres educados en sus aulas, vése hoy este establecimiento, no sólo restaurado sobre las bases legítimas de su primera institución, sino también confiado á la sabia dirección de un respetable miembro del clero colombiano, que (séame permitido decirlo sin agraviar su modestia) es también una de las más puras glorias de las Letras nacionales², con lo cual se ostenta nuevamente coronado de laureles, no inferiores en brillo á los de sus tiempos más felices. Tal cúmulo de circunstancias no puede menos de hacer de la gran fiesta de este día un acontecimiento en que á la par se interesan el amor patrio, el espíritu tradicional de corporación y el nobilísimo sentimiento religioso. ¡Ah! ¡supiera yo corresponder á vuestra benévola y justa expectativa, presentándoos el asunto de vuestra atención por un aspecto igualmente interesante á la religión, á la ciencia y á la patria! *Dignare me laudare te, Virgo sacrata!* ¡Pueda mi torpe lengua alabarte dignamente, ¡oh Virgen sacratísima! bajo este título del rosario consagrado por la piedad de los siglos, y en esa efigie venerable, ante la cual se postraron devotas tantas generaciones!

3. Para conseguir mi objeto, respetables señores, superiores y alumnos del colegio, quisiera presentar á vuestra ilustrada consideración el rosario de María como adecuado emblema de cristiana y completa educa-

¹ El Ilmo. Señor Don Fray Cristóbal de Torres, arzobispo de Santa Fe de Bogotá.

² El Señor Dr. Don Rafael María Carrasquilla.

ción; y que tal sea, pónenlo de manifiesto, si no voy errado, tres condiciones ó prerrogativas de la más católica de todas las plegarias, cuales son las de ser símbolo de toda nuestra fe, argumento de toda virtud y despertador de nuestras aspiraciones á la bienaventuranza, no siendo lícito desconocer, por otra parte, que la buena y verdadera educación ha de asentar por base la fe, fijar por objeto primario la moral, y señalar la bienaventuranza por fin último. ¡Dígnese la piadosa Virgen, á quien saludamos con el *Ave* tan dulce á sus oídos, esclarecer nuestra mente é inflamar nuestro corazón á gloria de su hijo, Dios y Salvador nuestro. *Ave María.*

I.

4. ¿Quién mejor que el oráculo del cristianismo, el sabio y piísimo León XIII, que con tantas veras ha encarecido á los fieles la devoción del rosario, nos podrá decir lo que contiene y significa esa célebre forma de oración revelada por la misma Virgen María al glorioso Padre Santo Domingo de Guzmán para debelar la famosa y pestilencial herejía de los albigenses? Oíd, pues, cómo se explica el Doctor del Rosario en una de sus últimas Encíclicas. «Corona, dice, hase llamado en el lenguaje común este modo de orar, y no sin razón, pues enlaza como en hermosa guirnalda los grandes misterios de Jesús y María, sus gozos, dolores y triunfos: misterios augustos, cuya pía y ordenada contemplación no es decible cuánto contribuya entre los fieles, así para el mantenimiento de la fe y la preservación del error y la ignorancia, como para el aliento y sostén de la virtud. Orando de esta forma, no pueden menos de seguir con el entendimiento y la memoria, guiados por la fe, tras la huella de aquellos encantadores

misterios; y, una vez fija en ellos la mirada y ahondándolos con el discurso, no acierta el espíritu á admirar bastantemente la grandeza inenarrable de la obra de la redención, á tanta costa y con tantos esfuerzos realizada. Entonces es cuando el alma enardecida con la gracia, al calor de tanta caridad divina, siente afirmarse y dilatarse su esperanza, santamente codiciosa de los premios celestiales, prometidos por Cristo á cuantos se le allegan con la imitación de sus ejemplos y la participación de sus dolores.¹ Ved aquí tan clara como brevemente expuesto el valor maravilloso de esa sencilla plegaria, y, por consiguiente, el significado de ese título del rosario, que no sin fundamento podemos considerar como adecuado emblema de cristiana educación.

5. ¿Quién hay, en efecto, que no descubra á simple vista en la práctica del rosario una verdadera y franca profesión de fe en los principales dogmas del símbolo cristiano, en los artículos concernientes á la adorable Persona del Verbo Encarnado? Mirad ese grupo de personas que repiten á coro la salutación angélica, dobladas en el suelo las rodillas, y los brazos cruzados sobre el pecho: van pasando entre sus dedos las cuentas benditas, y al mismo compás van desfilando por delante de su espíritu las conmovedoras escenas de la vida, muerte y resurrección del Hombre-Dios. Una voz del grupo interrumpe de tanto en tanto la recitación para anunciar el misterio que debe contemplarse. ¡Son cristianos! ¿Podéis dudar de la ortodoxia de los fieles que rezan el rosario? ¡Jamás! Por eso cuando veis reunida una comunidad de jóvenes, al caer de la tarde,

¹ Encicl. de 1892.

en solitaria capilla para orar en esa misma forma ante la imagen querida de María, no podéis poner en duda la fe que profesan esos jóvenes, sus directores y maestros, el establecimiento entero; y os complacéis en ver cómo resalta el espíritu religioso que alienta en aquellos corazones. Por eso también el solo título del Rosario con que se honra un colegio, el mayor y más ilustre de los establecimientos de esta clase en Colombia, debería ser en todo tiempo la mejor garantía de la ortodoxia inequívoca de las doctrinas que en él se cultivan y profesan, so pena de servirle de afrenta, en el caso contrario, un título que pondría de relieve el injustificable olvido de la índole propia del establecimiento. Un colegio del Rosario, donde se blasfemase de los misterios del rosario, sería un contrasentido flagrante. Apenas es creíble que tal contrasentido llegase á realizarse en ciertas épocas aciagas. Porque, si la enseñanza allí impartida no era cristiana, si no se quería que lo fuese, sino todo lo contrario, ¿á qué fin continuaba apellidándose Colegio de Nuestra Señora del Rosario el degenerado instituto, fundado para servir de baluarte á las doctrinas de la Iglesia, y transformado en ariete de la irreligión? Felizmente María, dueña y señora de este glorioso plantel, no consintió en verse proscrita mucho tiempo, porque no quería que la educación pereciera en Colombia, envenenada con tósigo de impiedad y de blasfemia propinado en la copa de la ciencia. ®

6. Y verdaderamente mortífero debe llamarse aquel sistema odioso de educación, que tiene por máxima proscribir el dogma y la moral cristiana. ¿Cómo puede decirse educación lo que no es más que perversión de la mente y corrupción del corazón? Que, si educar es fundar algo sólido y grandioso, edificar conocimientos

útiles y labrar virtudes en el hombre, aprovechando diestramente los primeros albores de la razón que ensancha sus pupilas sedienta de luz, y los generosos arranques del corazón que se dilata aspirando el frescor de la virtud; ¿qué puede construir en el alma del niño la mano cruel que siembra en ella negaciones, y de verdades tan trascendentales y fecundas como las de religión y moral? ¿no es eso zapar los cimientos de todo el edificio? Con razón se lamenta el Supremo Pastor y Padre universal de los fieles de que se haya arrebatado la escuela en muchas partes á la influencia maternal de la Iglesia. ¿Qué es ver, dice el Pontífice¹, á la tierna edad arrancada del regazo de su madre, y obligada á concurrir á aquellos establecimientos literarios donde, ó no se mienta á Dios para nada, ó, si se toca apenas la cuestión religiosa, es más bien con el designio de pervertir las ideas; donde no se opone el menor dique á la avenida de todos los errores, ni se tributa homenaje de adhesión á las divinas enseñanzas, ni siquiera se deja en libertad á la verdad para que por sí misma se defienda? Por otra parte, prosigue diciendo León XIII, cerrar á la Iglesia de Cristo las puertas de los institutos literarios y científicos, es desconocer impiamente sus derechos, pues á nadie más que á ella le ha impuesto Dios el deber de guiar á todos los hombres á la consecución de la salud eterna, y, por consiguiente, de enseñarles el camino y la ley, que no es otra que la religión. Á ninguna otra autoridad sobre la tierra corresponde esta misión; y, no pudiendo la sociedad procurarse por sí sola este beneficio, la Iglesia reclama constantemente su derecho de

¹ Epist. ad episcop. Bavarice.

enseñar la verdad religiosa, y se queja de que se le niegue con notoria violación de la justicia.

7. No seremos nosotros, señores, del número de aquellos que opinan que la investigación de la verdad religiosa, lo mismo que la de otra cualquiera, pertenece al dominio exclusivo de la razón humana, cuyos alcances no excede, desconociendo de esta suerte el hecho indiscutible de la divina revelación, y aun desnaturalizando un linaje de verdades que por su misma índole dependen de un principio superior, cual es la suprema autoridad divina. Siendo, pues, de absoluta necesidad para el ser moral el conocimiento de Dios y de cuanto concierne á las relaciones del hombre con su soberano principio y fin último, y no pudiendo adquirirse este conocimiento perfecto, á la manera de los demás que abraza el programa de la ciencia, esto es, por obra del discurso, antes debiendo dimanar de otra fuente — la autoridad de la palabra divina —, resulta por ineludible consecuencia la necesidad de asentar sobre la base de la fe sobrenatural toda educación seria que no quiera hacer traición á sus deberes. Sistema educacionista laico, ó llámese como se quiera, esto es, tal que pretenda borrar de su programa la enseñanza religiosa, desconociendo los derechos sacrosantos de la fe sobre el entendimiento, ¿qué puede dar por fruto sino espíritus enfermizos, inteligencias endebles y vacías de principios, escepticismo en el cerebro y rebeldía en el corazón? ¿qué clase de hombres puede formar una educación racionalista, una educación sin religión ni fe? Porque es preciso no dar oídos al grosero sofisma que trata de conciliar la afirmación de Dios con la negación del símbolo cristiano, vindicando la educación laica de la fea nota de ateísmo. En vano se pretende conservar

ilesa la noción del ser divino y de sus atributos en esos sistemas arrogantes que rechazan con desdén la sumisión intelectual á la palabra del mismo Dios que se revela y manifiesta diciendo: *¡Yo soy el que soy!*¹ *Yo soy el Señor Dios vuestro: fuera de mí no hay otro Dios*². «Arrojad del altar de vuestra loca fantasía esos dioses falsos que os habéis forjado, no con vuestras manos, sino con vuestros vanos discursos.» Demasiado lo sabemos de boca de esos mismos sabios que no hacen un misterio de su mal disfrazado ateísmo: sin fe, sin fe cristiana no queda en pie ninguna verdad religiosa, ni siquiera la más luminosa de todas, la existencia de Dios. ¡Contundente argumento de la verdad de la religión revelada, ser ella sola el baluarte inquebrantable de la religión natural!

8. Mas no creáis, señores, que sea solamente por el interés de la causa religiosa por lo que debe guardarse incólume y rodeado de prestigio el sagrado depósito de la fe que presta á la educación tan importante base y cimiento tan necesario; es también en gracia de la ciencia digna de este nombre, cuya armonía con la verdad revelada interesa grandemente afianzar en todo establecimiento de enseñanza superior, pero más en aquellos en donde, como en palestra propia, se debaten los grandes problemas filosóficos. Porque, si en algún departamento del saber es preciso aprovecharse de cuantas luces ofrece al humano entendimiento la antorcha de la revelación, es en ese intrincado laberinto de la discusión filosófica, en el cual se perdería infaliblemente quien osase penetrar confiado únicamente en la escasa luz de la razón. Tan arduo es

¹ Ex. 3, 14.² Is. 45, 5.

el camino, tan laboriosa la investigación de la verdad en el terreno de la metafísica, de la razón pura, que, si una lumbre superior no viene en auxilio de la humana inteligencia, si una brújula divina no le muestra el norte, aunque parezca exageración afirmarlo, no cosechará otro fruto de sus esfuerzos el más agudo ingenio, que enredarse más y más á cada paso en un caos de aberraciones absurdas, como dice el Apóstol: *ad circumventionem erroris*¹, girando eternamente en el círculo vicioso de todos los errores. No es esto deprimir sistemáticamente la dignidad de la razón; es hacer constar, de acuerdo con la historia, su estado actual de extrema flaqueza para fijar por sí sola la verdad.

Increíble parece lo que cada día nos está mostrando la experiencia. Separada abiertamente del camino de la fe, la filosofía moderna no ha hecho más que escandalizar al mundo con doctrinas disolventes, después de mofarse del sentido común y ponerse ella misma en el colmo del ridículo. ¡Hay cosa más extravagante y desastrosa que ciertas doctrinas filosóficas de que neciamente se gloria nuestro siglo? ¡Ah! señores; ya parece que sería tiempo de que todos reconociesen la verdad acerca de este punto, desistiendo de una vez para siempre del funesto empeño de buscar antagonismos imposibles y atizar discordias entre principios simpáticos que se buscan porque se derivan de una misma fuente, que se atraen porque se completan, como son la razón y la fe, sin cuyo concurso armónico la ciencia de las ciencias, la filosofía, no puede cimentarse siquiera, cuanto menos coronar sus nobilísimos propósitos. Más

¹ Eph. 4, 14.

de una vez lo ha declarado el Doctor del Rosario, que lo es de la filosofía cristiana, discurriendo así magistralmente en reciente documento: «Por filosofía debe entenderse la ciencia que indaga sólida y profundamente las supremas causas de las cosas; y ésa es la mejor patrocinadora de la verdad, con cuyo amparo no andarán fluctuando los espíritus, ni serán arrastrados por todo viento de doctrinas... Ella podrá prestar el auxilio de la verdad á los otros ramos del saber, desenredando los lazos del sofisma y deshaciendo los engaños del error. Tal es la filosofía del Angélico Doctor Santo Tomás, tantas veces y con tantas veras por Nos recomendada... Ella muestra con la mayor lucidez el encadenamiento de todas las cosas, subiendo de una causa á otra hasta las primeras razones, y elevándose desde aquí hasta la contemplación de aquel Ser que es primera causa eficiente, principio y ejemplar soberano de todos los seres, hasta Dios á quien en definitiva debe referirse toda filosofía y el hombre mismo con cuanto es y posee... De esta suerte el sapientísimo Doctor de Aquino, marchando dentro de los límites de la verdad, no sólo no pugna nunca con el que es principio y suma de toda verdad, sino que se adhiere á Él, cuanto le es posible, y acata la revelación de sus arcanos...»

9. Pues, ¿qué mayor desatino, señores, que impugnar la Verdad suma so color de indagar las verdades particulares? Y ¿qué desengaño más triste que el de una filosofía escéptica, que en el término de todas sus investigaciones se cruza de brazos y exclama despechada: «¡Nada sé y nada puedo llegar á saber fuera de lo que veo y palpo con las manos! La metafísica es una quimera: no hay más ciencia que la física, ni

más verdad averiguada que la del orden sensible.» Tal es el supremo resultado de la gran filosofía positiva, hija legítima del racionalismo del siglo XVIII. Con esto parece puesta en claro la necesidad de buscar el apoyo de la fe para dar solidez á la ciencia; y así lo entiende y se propone hacerlo todo instituto serio de instrucción superior. Y veis aquí, señores, la significación de ese glorioso emblema del rosario, cuya recitación equivale á una constante y pública profesión de fe cristiana. No haya miedo que ésta degenera, y que la educación sea falseada, en tanto que siga floreciendo en el ilustre Colegio Mayor la piedad con que hoy día corresponde á su noble abolengo.

II.

10. Pero es más que todo eso lo que significa el rosario, y más también lo que la educación exige. Ésta debe proponerse por blanco primordial de sus tareas la confirmación moral del joven; y el rosario es justamente medio eficazísimo para labrar virtudes en el corazón del hombre y hacerlas florecer en el seno de la sociedad. En efecto, no es posible contemplar en el recogimiento de los sentidos los augustos misterios de la vida de Jesucristo y de su santa Madre, según se practica por medio del rosario, sin rendirse al poderoso encanto del ejemplo de virtudes que allí aparecen puestas de relieve, sobre todo de la virtud cristiana por excelencia, de la abnegación de sí mismo. ¿Cuál no será, pues, la eficacia de la práctica diaria de esta oración para modelar las costumbres por el ideal de toda santidad? Reflexionemos. Un Dios anonadado hasta tomar la librea del esclavo en el misterio de la Encarnación ¿no será capaz de abatir el orgullo del hombre

pecador, reduciéndolo á los términos del humilde conocimiento de sí mismo que reclaman á una la razón y el Evangelio? Un Dios soberanamente rico, autor y dispensador de todos los tesoros de cielo y tierra, que viene al mundo en un misérrimo pesebre, allá en la aldea de Belén, en el silencio y desamparo de la media noche, rodeado de miseria y privaciones ¿no templará siquiera los ardores de esa fiebre de riquezas que devora el corazón metalizado del hombre de este siglo, siglo idólatra del oro, raíz maldita y venenosa de todos los males que hoy aquejan á la sociedad? Y, sobre todo ¿podrá menos de ceder avergonzado el amor del deleite, hijo de la vil concupiscencia de la carne, ante ese espectáculo desgarrador de la inocencia cargada de dolores, de la carne inmaculada de Jesús desgarrada á poder de azotes en el pretorio, y consumida en el fuego del sacrificio en el Calvario? Así es como, por efecto natural del rosario, siéntese el hombre lleno de ardimiento en la tremenda lucha que debe trabar consigo mismo, y capaz de vencer y sujetar sus aviesas y envejecidas pasiones, elevándose de victoria en victoria hasta la cumbre de la perfección cristiana.

11. Y acerca de este punto es preciso desengañarnos, señores, y desenmascarar al mundo hipócrita que á tantas almas trae fascinadas con su careta de virtud. La verdadera virtud es la que tiene á Cristo por modelo y por molde el Evangelio, y ésa es la abnegación. Ahí está la gran proclama dirigida por el sumo Capitán de los buenos á todos sus soldados y discípulos. *Quien quiera venir en pos de mí, niéguese á sí mismo, tome su cruz y sígame*¹. Ya lo veis, no queda otro camino

¹ Luc. 9, 23.

para seguir á Cristo, que es camino, verdad y vida, sino la cruz; y la cruz significa represión violenta de todas las inclinaciones viciosas que germinan en nuestro pobre corazón. Y esto conviene que lo entiendan principalmente aquellos á quienes está cometida la grave y honrosa misión de educar la juventud. No basta, pues, para dar por concluída esa tarea, con delinear en el carácter del joven los rasgos de compostura exterior y civilidad que franquean la entrada al hombre fino y bien amenerado en los primeros círculos de la sociedad. No basta con modelar su espíritu según la norma del cumplido ciudadano, del hombre honrado, del caballero, del patricio. Hay que hacer más, hay que formar á Cristo en cada niño, como decía San Pablo¹, hay que hacer de cada hombre un cristiano de pura raza; porque, al cabo, sólo el verdadero cristiano es el hombre perfecto, y éste es el que la sociedad necesita y el que pide á la educación. Éste vendrá á ser luego el modelo de padres de familia, el amigo virtuoso, el abnegado patriota, el leal partidario, no ya del interés privado ni del medro personal, sino del bien público, de la noble causa del orden, del legítimo progreso, de la libertad en la justicia. Y, sobre todo—y esto es lo que más importa para la humana felicidad—el hombre así educado será la *vera effigies* del Hombre-Dios, depositario en la tierra de los tesoros de la gracia y heredero de la bienaventuranza en la eternidad. ¿No es ésta la meta á que debe aspirar la verdadera educación cristiana? Mas, para llegar á tocarla, es necesario inculcar constantemente al joven la máxima cristiana: *Vince te ipsum*, y acostumbrarle desde muy temprano

¹ Gal. 4, 19.

á combatir sin tregua ni indulgencia sus pasiones, su sensualidad y su orgullo; á lo que ayudará eficazmente mantener siempre izada delante de sus ojos la bandera de la Cruz, mostrarle todos los días en la recitación del rosario la imagen de María al pie del Crucificado.

12. Que no es éste el modo de ver las cosas al final del siglo XIX; que esto equivaldría á retroceder tres siglos, á volver á las nefastas épocas del obscurantismo y las preocupaciones... que es preciso educar á la juventud de acuerdo con otras ideas, con las ideas conquistadas por la ciencia moderna... Sea todo enhorabuena. Pero ¿qué nos dice, además del dictamen de la razón, la irrecusable prueba de la experiencia? Las generaciones que se ha ensayado conducir por nuevas sendas, muy distintas de aquélla, *por donde han ido los pocos sabios que en el mundo han sido*, hablando con franqueza, ¿han sido realmente mejores, más virtuosas, más grandes que las generaciones de antaño, educadas al abrigo de la idea cristiana en estos mismos venerandos claustros? Pues entonces ¿qué valen las frases relumbrantes desmentidas por los hechos? Levántense de sus tumbas los ínclitos varones que ilustraron, allá en los tiempos del obscurantismo, estas mismas aulas tres veces seculares, y confundan con el ropaje de gloria que los cubre, no deslustrado con el polvo de los siglos, las locas pretensiones de los sectarios de la idea nueva, de los necios burladores del antiguo sistema. Ellos fueron tan doctos é ilustrados como lo permitió su época; y hoy ciertamente lo serían mucho más en algunos departamentos del saber, ya que no en todos; pero aun más que sabios, fueron espejos de virtudes, fueron hombres de corazón y de carácter, patriotas hasta el

heroísmo, incapaces de manchar su nombre con acciones indignas y cobardes. ¡Plugiera á Dios que brillaran siempre muchos sabios de su talla en nuestra patria!

III.

13. Y brillarán, no lo dudemos, repuesta ya la educación oficial sobre sus legítimas y tradicionales bases. Habrá cosecha abundante de almas nobles y hermosos caracteres, desde el momento en que la educación se eleve hasta donde debe elevarse el hombre mismo, hasta la región de lo divino, de lo eterno, proponiéndose por meta y fin último la felicidad sobrenatural que se nos ha revelado por Cristo. Se objetará que no es preciso subir tan alto para obtener los más halagüeños resultados. Pero ¿por qué detener el vuelo del espíritu restringiendo sistemáticamente el fin de la educación á los mezquinos intereses de la vida presente? ¿Por qué decir al joven: «Educate para valer en el mundo, para figurar en primer término en el teatro social», y no decirle más bien con lenguaje cristiano: «Educate para ser feliz eternamente»? ¡Oh! señores, la expresión es algo dura para ciertos oídos, no parece propia del liceo ni de la academia, sino del templo y de la casa de retiro; pero eso ¿qué importa? ¿es acaso menos necesaria, menos exacta? ¿No será tal vez el espíritu del mundo, reprobado por Jesucristo, el que nos ciega, cuando nos empeñamos en descartar del plan de educación todo elemento, toda idea sobrenatural? Así es sin duda. Pero, en hecho de verdad, el fin último, que no es otro sino la salvación del hombre á gloria del Criador, debe ser el término final de toda humana actividad, supuesto que todos los demás fines, como secundarios y relativos, han de estar subordinados al

primero y absoluto. Y esto cede indudablemente en provecho de la sociedad.

14. ¿Qué resulta, en efecto, según observa el ya citado Pontífice reinante, del olvido del fin último en la moderna escuela secularizada? Resulta lo que por desgracia se está palpando en todas partes dondequiera que se ha implantado el sistema de educación pagana: desenfrenado apetito de riquezas y placeres, ilusión de felicidad cumplida en este valle de lágrimas convertido en ameno paraíso. El naturalismo en teoría y el materialismo en práctica, he ahí los frutos amarguísimos del olvido del cielo, del menosprecio de los bienes eternos, desdeñados por quiméricos y vanos. Y, si el destino del hombre, su razón de ser, una vez puesta en discusión ó negada su inmortalidad, no es otro que gozar y más gozar sobre el planeta; ¿á qué quedará reducido el fin de la sociedad? ¿cuál será el vínculo moral que ligue á los hombres entre sí? ¿cuáles, los principios que regulen la vida pública y la conducta privada? ¿Quedará en pie algo bueno y honesto, una vez erigido sobre el pedestal del corazón el ídolo del materialismo? Pues ése es, lo repito, el abismo en que viene á parar el afectado menosprecio del cielo.

15. No dará en él ciertamente un colegio basado en las puras doctrinas del Angélico, regido por sabios estatutos, y en donde al honroso título de Nuestra Señora del Rosario corresponden piedad sólida, y amor acendrado á su excelsa Patrona. El rosario hablará eloquentemente á sus alumnos de otros goces que no son los que produce este miserable lugar de expiación y destierro: el rosario desplegará á su vista los brillantes cuadros de la gloria del Salvador surgiendo del sepulcro y elevándose por su propia virtud hasta la diestra de

su Padre, y luego de la exaltación gloriosa de la Virgen adormecida un momento en el féretro, como en un lecho florido, y subiendo en seguida sobre las alas de los ángeles á las alturas del empíreo; el rosario, en fin, los hará superiores á las frívolas ambiciones de la tierra, armará de fortaleza sus nobles corazones y formará en ellos el generoso carácter cristiano, el tipo del hombre que vive para la eternidad y, corriendo en pos de ella, peregrina por la tierra practicando el bien y legando altos ejemplos á la posteridad.

16. Así es como el rosario, santísimo en su objeto y significación, contribuirá á maravilla, hasta con el prestigio de su nombre, á realizar los grandes fines de la educación cristiana; porque él, como he procurado haceros ver, robustecerá más y más con su práctica los fundamentos de la fe, hará florecer las más hermosas virtudes al lado de las ciencias, y, purificados los corazones de las manchas de terrenales afectos, sabrá elevarlos hasta las alturas donde ya se columbra y aun empieza á gozarse en parte aquella felicidad suprema de la visión de Dios, en que se anega el corazón de Cristo y se inunda en delicias el seno de María.

Creced, pues, y floreced, venturosos alumnos del Colegio del Rosario: *Florete, flores, quasi lilium*¹: Ostendad verde follaje, lozanos renuevos de la Iglesia y de la Patria, halagados con las brisas del cielo de la devoción á vuestra tierna Madre: *Frondate in gratiam*, para que, á vuelta de pocos años, brindéis opimos frutos de virtud y letras, esparciendo por doquiera el buen olor de este célebre plantel y el bien merecido

¹ Eccli. 39, 19.

renombre de sus directores y maestros: *Date odorem...*
El rosario, como lazo de rosas y azucenas, estrechará eternamente á los hijos con su madre. Así sea.

SEGUNDO DISCURSO RELIGIOSO PRONUNCIADO
EN LA FIESTA DE NUESTRA SEÑORA DEL
ROSARIO

(en el Colegio Mayor del Rosario de Bogotá).

Nuestra Señora del Rosario, maestra de la
creencia de Jesucristo.

Ego feci in caelis ut oriretur lumen indeficiens.
Ecclí. 24, 6.

1. Si este importante establecimiento de enseñanza, el mayor en su clase en toda la nación, es sin lisonja un foco esplendente de luces intelectuales y morales para la juventud colombiana, con razón ocupa ese trono del altar, desde donde preside, cual Señora, á todas las faenas escolares, esa Virgen singular que por su maternidad divina ha hecho nacer en el cielo y reflejar sobre la tierra la luz indeficiente, esa Virgen que dió á luz al que dijo con verdad: *Yo soy la luz del mundo*¹.

Sí, señores, rector y catedráticos de este insigne Colegio del Rosario, y vosotros, dignísimos alumnos, *Colegiales de la Virgen*, como os llaman vuestras constituciones: ningún otro que María, trono de la Sabiduría Encarnada, Maestra de la ciencia y la virtud, debe ocupar el puesto de honor, en este célebre plantel,

¹ Io. 8, 12.

donde tantas generaciones han bebido y siguen bebiendo á raudales la ciencia de las grandes verdades y la grande y verdadera ciencia de la vida. He aquí, á mi ver, la más alta gloria entre las muchas que registra el Colegio Mayor; tener por Patrona á la Santísima Virgen en su gloriosísima advocación del Rosario; como quiera que este título, no sólo significa que María, la vencedora del Islam en Lepanto y en Belgrado, ampara con su cetro de oro á la noble juventud estudiantina que frecuenta estas aulas, sino, y principalmente, que ella misma, por medio de la devoción de su Corona de místicas rosas, adoctrina á los jóvenes alumnos en la ciencia de las ciencias, cual es el conocimiento y amor de Jesucristo, *luz verdadera que ilumina á todo hombre*¹; y de esta suerte puede asegurarse que ella en persona se encarga de dirigir su educación. ¡Qué distinción y qué ventura la vuestra, jóvenes que lleváis por divisa sobre el pecho el escudo del rosario, ser propia y verdaderamente los *Colegiales de la Virgen*!

2. Y en hecho de verdad, ¿qué otra cosa es el rosario, esa expresiva oración, indefectible en este establecimiento, sino la enseñanza objetiva de Jesús acompañado siempre de María? ¿Qué hacéis cuando en el recogimiento de este templo, á la luz misteriosa del crepúsculo, vais repitiendo pausadamente hasta cincuenta veces la salutación angélica, aclamando á la Mujer bendita entre todas las mujeres y al bendito fruto de su vientre virginal: qué hacéis, digo, sino evocar en vuestro espíritu palpitante de religiosa ternura, el hecho sobrenatural de la Encarnación del Verbo? ¿Qué, cuando repasáis uno á uno los principales misterios de la vida,

¹ Io. 1, 9.

renombre de sus directores y maestros: *Date odorem...*
El rosario, como lazo de rosas y azucenas, estrechará eternamente á los hijos con su madre. Así sea.

SEGUNDO DISCURSO RELIGIOSO PRONUNCIADO
EN LA FIESTA DE NUESTRA SEÑORA DEL
ROSARIO

(en el Colegio Mayor del Rosario de Bogotá).

Nuestra Señora del Rosario, maestra de la
creencia de Jesucristo.

Ego feci in caelis ut oriretur lumen indeficiens.
Ecclí. 24, 6.

1. Si este importante establecimiento de enseñanza, el mayor en su clase en toda la nación, es sin lisonja un foco esplendente de luces intelectuales y morales para la juventud colombiana, con razón ocupa ese trono del altar, desde donde preside, cual Señora, á todas las faenas escolares, esa Virgen singular que por su maternidad divina ha hecho nacer en el cielo y reflejar sobre la tierra la luz indeficiente, esa Virgen que dió á luz al que dijo con verdad: *Yo soy la luz del mundo*¹.

Sí, señores, rector y catedráticos de este insigne Colegio del Rosario, y vosotros, dignísimos alumnos, *Colegiales de la Virgen*, como os llaman vuestras constituciones: ningún otro que María, trono de la Sabiduría Encarnada, Maestra de la ciencia y la virtud, debe ocupar el puesto de honor, en este célebre plantel,

¹ Io. 8, 12.

donde tantas generaciones han bebido y siguen bebiendo á raudales la ciencia de las grandes verdades y la grande y verdadera ciencia de la vida. He aquí, á mi ver, la más alta gloria entre las muchas que registra el Colegio Mayor; tener por Patrona á la Santísima Virgen en su gloriosísima advocación del Rosario; como quiera que este título, no sólo significa que María, la vencedora del Islam en Lepanto y en Belgrado, ampara con su cetro de oro á la noble juventud estudiantina que frecuenta estas aulas, sino, y principalmente, que ella misma, por medio de la devoción de su Corona de místicas rosas, adoctrina á los jóvenes alumnos en la ciencia de las ciencias, cual es el conocimiento y amor de Jesucristo, *luz verdadera que ilumina á todo hombre*¹; y de esta suerte puede asegurarse que ella en persona se encarga de dirigir su educación. ¡Qué distinción y qué ventura la vuestra, jóvenes que lleváis por divisa sobre el pecho el escudo del rosario, ser propia y verdaderamente los *Colegiales de la Virgen*!

2. Y en hecho de verdad, ¿qué otra cosa es el rosario, esa expresiva oración, indefectible en este establecimiento, sino la enseñanza objetiva de Jesús acompañado siempre de María? ¿Qué hacéis cuando en el recogimiento de este templo, á la luz misteriosa del crepúsculo, vais repitiendo pausadamente hasta cincuenta veces la salutación angélica, aclamando á la Mujer bendita entre todas las mujeres y al bendito fruto de su vientre virginal: qué hacéis, digo, sino evocar en vuestro espíritu palpitante de religiosa ternura, el hecho sobrenatural de la Encarnación del Verbo? ¿Qué, cuando repasáis uno á uno los principales misterios de la vida,

¹ Io. 1, 9.

pasión y resurrección del Salvador, sino ponerlos delante la adorable figura de Jesús para aficionarnos á su imitación? Y ¿quién os convoca diariamente á la oración en este sitio? ¿es acaso la muda voz de la campana? ¡Ah! no; es la voz de vuestra madre y maestra, quien, como á hijos muy queridos, os reúne al rededor de su trono de misericordia.

Y ¿no tendré razón para deciros que ella, la Virgen del Rosario, enseñándoos á Jesucristo, es para vosotros maestra de verdad y de virtud? ¡Oh! y ¡cuánto le debéis por este título! pues, como paso á demostrarlo para honor de la misma Señora y edificación de vuestras almas, la ciencia de Jesucristo es la más subida, provechosa y necesaria de las ciencias, como que *en Él están escondidos todos los tesoros de la sabiduría y ciencia de Dios*¹. Resuene hoy con especial armonía en nuestros labios y halague blandamente los oídos de la Virgen-Madre la salutación que le dirigimos con el Ángel: *Ave Maria*.

I.

3. De los preclaros alumnos que de todos los puntos de la República afluyen á las acreditadas aulas del Colegio del Rosario, pudiera muy bien decirse lo que decía San Pablo de los ingeniosos hijos de Grecia: *Sapientiam querunt*²: vienen en busca de la sabiduría, sedientos de investigar los arcanos de la más alta y profunda de las ciencias humanas, la filosofía, la que, en su misma abstracción, parece poseer la clave y el secreto de todos los conocimientos. Y, mientras sus lustrados profesores les abren con cariño las anchas

¹ Col. 2, 3.² 1 Cor. 1, 22.

puertas del saber, he aquí que María, la Patrona divina del colegio, dirigiéndose á sus hijos con estas palabras del mismo Apóstol les dice: *Yo voy á revelaros otra ciencia, la de Jesús Crucificado, locura para el mundo, escándalo para las almas débiles, mas para los escogidos virtud y sabiduría de Dios*¹. ¿Qué decís? ¿No os parece que ha de valer más esta celestial filosofía de Cristo que todo el caudal de ciencia que puede atesorar la inteligencia humana? Y ¿cómo no? ¿No es Cristo la Verdad absoluta², siendo el Verbo y la Razón de Dios? ¿No bastará Él solo para llenar la vasta capacidad de cualquier entendimiento creado? Quien llegase á poseer un destello de la sabiduría divina ¿tendría que envidiar los menguados resplandores de la ciencia del hombre? ¡Con cuánta razón escribe el sabio y modesto autor de la Imitación de Cristo: «Sea nuestro primer estudio meditar en la vida de Jesucristo. La doctrina de Cristo es la más excelente de todas las doctrinas, es maná regalado para quien sabe penetrar en su espíritu.» Bien lo comprendía el grande Apóstol, el predicador del Areópago de Atenas, cuando en presencia de todas las grandezas de la civilización romana, y de las maravillas de la elocuencia griega, exclama: «Y ¿qué vale todo eso comparado con la sobreeminente ciencia de Jesucristo mi Señor? Por adquirirla despreciaría yo todo como vil basura.» Cierto, que no poco vale la ciencia de las cosas asequibles por la luz de la razón, como que no hay tesoro en la tierra comparable con la sabiduría, según el testimonio del Sabio: *Divitias nihil esse duxi in comparatione illius*³; pero ¿cuánto no excede á todo humano saber la ciencia del Ser in-

¹ 1 Cor. 1, 23, 24.² 1 Io. 5, 6.³ Sap. 7, 8.

finito, de Aquel á quien ningún hombre alcanzó á ver jamás, porque se esconde en las profundidades de lo incomprendible, y sólo se revela á quien le place? *Gloríese*, dice el mismo Dios por un profeta, *gloríese enhorabuena quien gloriarse quiera en saberme y conocerme á Mí*¹.

4. Pues bien, mis amados oyentes, la sobreeminente ciencia de Cristo es la misma ciencia de Dios, y yo digo que su escuela es el rosario. De ahí es que éste se remonta por encima de todas las especulaciones filosóficas, aunque con ellas conviene en su objeto material: Dios, el mundo y el hombre. En los misterios que van desfilando ante vuestros ojos durante la recitación del rosario, veis á Dios, porque veis á su Hijo unigénito, consubstancial y de la misma naturaleza y perfección que el Padre. *El que me ve*, decía Jesús á sus discípulos, *está viendo á mi Padre*². Y con profunda fe decía San Bernardo: «Sea cualquiera el misterio en que pienso, pienso en Dios.» Pero esto, diréis, no lo alcanza la luz de la razón. Enhorabuena; y por lo mismo sois tanto más dichosos, por cuanto vuestra ciencia es más alta y luminosa, como que es destello inefable de la divina lumbre. *Bienaventurado eres, Simón, hijo de Juan*, decía Jesús á San Pedro, cuando éste descubrió en la mirada de su Maestro la irradiación del Hijo de Dios vivo; *bienaventurado eres porque no la carne ni la sangre* (no la luz de la razón) *sino mi Padre que está en los cielos, te ha revelado esta verdad*³. ¡Feliz quien puede ver con los ojos de la razón! ¡Más feliz aún el que alcanza á vislumbrar con los ojos de la fe!

¹ Ier. 9, 24.² Io. 14, 9.³ Matth. 16, 17.

5. La ciencia de Cristo es también ciencia del hombre; pero ¡con cuántas ventajas sobre la antropología! Mientras ésta estudia al hombre en general, aquélla contempla al Hombre-Dios, al Hombre-modelo, al ideal de la humanidad, al que se llamó como sólo Él puede llamarse: *El Hijo del hombre*. — ¿*Quién es este Hijo del hombre?* preguntaba el ciego judaísmo; y la historia, por boca de Pilatos, le ha respondido: *Míralo ahí: Ecce Homo!* Es el hombre por excelencia, el que, por confesión de sus mismos enemigos en el siglo XIX, eclipsa todas las perfecciones humanas: tal es su grandeza y hermosura¹. Es el hombre que ha rescatado la pobre raza humana del abismo de la degradación moral y de la eterna desventura, elevándola á las cumbres de la gracia y á las alturas incomensurables de la gloria. Es el hombre con cuya imagen deben conformarse todos los hombres para ser perfectos y, por consiguiente, dichosos. ¡Oh! ¡qué estudio más sublime el de Jesucristo, Hijo del hombre!

Su ciencia, en fin, es la ciencia del mundo, si no físico, moral y religioso; porque todo cuanto á este orden pertenece, y aun al civil y social, se enlaza íntimamente con los hechos de que Cristo es autor único, con la redención humana, centro adonde, como sabéis, convergen todos los acontecimientos de la historia. Quien no conociera á Cristo Redentor, estaría completamente á oscuras, á lo menos en punto á filosofía de la historia; porque, como dice San Pablo y expone magistralmente el gran Bossuet, *todos los siglos han sido ordenados por Dios para su Verbo Encarnado*².

¹ Channing, citado por Bougeaud, Vida de Jesucristo.² Hebr. 9, 8.

6. Tal es, jóvenes que me escucháis, la gran ciencia de Cristo que María os enseña diariamente con la humilde práctica de su rosario. Y, con ser tan profunda y sublime en su objeto, es dulce y deleitosa en la manera de aprenderla, que no es, no, por arte de sutiles razonamientos fatigosos al espíritu, sino por una especie de intuición en los cuadros históricos que María va desplegando á vuestra vista. ¡Delicioso modo de aprender, adaptado á todo género de inteligencias, y especialmente apropiado á la edad dichosa en que todo lo colora la imaginación y lo aviva el sentimiento! Por lo demás ¿quién negará que es más dulce la visión que el laborioso raciocinio, aunque éste produzca la satisfacción de una victoria? ¿No es aquella la manera de conocer propia del ángel, á la cual se acercan alguna vez, el santo en los éxtasis de la contemplación, y el sabio en los arranques del ingenio? Sin necesidad de subir tan alto, el fervoroso creyente puede ver á Dios humanado, pues con tal designio *el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros, y vimosle en todo el brillo de su gloria de Unigénito del Padre, lleno de gracia y de verdad*¹. ¿Por ventura no le vemos, oímos y palpamos cuando en el silencio de la oración sosegada vamos trayendo á la memoria los variados pasajes de su mortal carrera desde Belén hasta el Calvario? «Habita hoy en nuestra memoria, dice el citado San Bernardo, habita en nuestro pensamiento, y hasta se digna bajar á nuestra imaginación.»² ¡Oh! y ¿qué cuadros pueden ofrecérsenos más encantadores? ¿No son ellos los que han inspirado á los más eminentes artistas, oradores y poetas? Y la presencia de María en todos

¹ Io. I, 14.² In serm. de Aquæductu, apud Brev.

estos cuadros, la intervención de la criatura más bella y perfecta fuera de Jesús, ¡cuánto realce no les comunica, ya sean de dolor, ya de gozo, ya de gloria inmortal las escenas que nos ponen delante! Aquí vemos á la Virgen llena de gracia en Nazaret; allí á la joven Madre, feliz en Belén, angustiada en el templo de Jerusalén, desgarrada de dolor en el Calvario, dulcemente dormida en su lecho de azucenas en Getsemaní, despertando luego con la luz de la aurora, á los acordes de las arpas celestiales, subiendo al cielo en alas de los serafines, siempre bella, sublime, incomparable: y, lo que es muy digno de notarse, concurrendo en todas partes con los reflejos de su rostro, á fijar los rasgos distintivos de la fisonomía de Jesús, Hijo del hombre, *formado de la Mujer*, no sin altísimo consejo. Así es como María nos muestra á Jesucristo en ese evangelio abreviado que llamamos el rosario.

7. Al llegar á este punto, amados jóvenes, permitidme llamar vuestra atención sobre la nota más importante de la ciencia de Jesucristo, que es la de ser absolutamente necesaria para dirigir y perfeccionar la débil é imperfecta ciencia humana. La ciencia de Jesucristo no es ciertamente una filosofía como si dijésemos superior, ni es tampoco la teología escolástica; pero es aquella luz indeficiente que brota del foco mismo de la luz eterna — *lumen de lumine* — y que preserva á la humana ciencia de caer en aquellos espantosos abismos en que necesariamente iría á precipitarse, si quedara abandonada á sus propias inciertas luces. Y, no sólo asegura su marcha por los caminos de la verdad, sino que la ensancha y perfecciona con sus divinas iluminaciones. Jesucristo no abrió cátedra de filosofía á

la manera de Aristóteles ó Platón; pero con su doctrina del cielo, encarnada en los hechos de su vida y muerte, disipó los errores que no pudieron desvanecer con sus famosas escuelas aquellos célebres filósofos; y, abriendo más vastos horizontes á la humana inteligencia para la investigación científica de la verdad, amplió sobre manera la ciencia de Dios, del mundo y del hombre. No me detendré á probarlo. Demasiado lo sabéis vosotros los que en este plantel, dirigidos por sabia mano y poderosa inteligencia cristiana, habéis recorrido ya con paso atrevido, pero firme y seguro, los tortuosos senderos de la metafísica, guiados constantemente por la lámpara de la razón, es verdad, pero sin perder jamás de vista, sobre todo cuando amagaban las tinieblas, los esplendores de la luz de Cristo; y de esta suerte habéis logrado coronar las altas cimas de la filosofía cristiana, de aquella gran filosofía que tiene por lumbreras á Santo Tomás de Aquino, á Leibnitz, Suarez, Balmes, Sanseverino y cien otros de inmortal renombre.

8. ¡Oh! y ¡cuántas gracias no debéis al cielo por este don precioso de la ciencia humana apoyada en la razón divina! Gloriáos enhorabuena de tener por guías de vuestros estudios á inteligentes y consumados profesores; pero gloriáos aún más de que Jesucristo sea el guía de vuestros maestros, pudiendo decirse con verdad: *Magister vester unus est, Christus*¹. Y ¿qué sería, no ya de vosotros, sino de la suerte misma de la ciencia en Colombia, si el día de hoy se desdenaran, como en época nefasta, las lecciones que da María á sus Colegiales del Rosario? Lo que sería, nos lo han mostrado claramente los alumnos aprovechados de este

¹ Matth. 23, 8.

mismo establecimiento allá en tiempos que van alejándose ¡ojalá para nunca volver! en épocas aciagas de olvido y menoscabo de la primitiva institución y legítimo carácter del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario. Bien pudiéramos preguntar con el Apóstol¹: ¿Dónde están los frutos sazonados y exquisitos de esa ciencia sin Jesucristo, de la ciencia atea, materialista y disolvente? ¡Oh! ¡no consienta Dios que, por la más chocante y monstruosa aberración, el Instituto fundado por el venerable Cristóbal de Torres para servir de baluarte á la ciencia cristiana, torne á convertirse en fortaleza de la falsa ciencia, desde donde dispare el error sus mortíferos tiros contra la Iglesia de Cristo! Pero vamos adelante.

II.

9. María es para sus hijos predilectos, los Colegiales del Rosario, no sólo maestra de la ciencia especulativa, sino de la ciencia práctica de la vida; y esto vale mucho más que lo primero: porque, si bueno es conocer la verdad, mejor es todavía practicarla. «¿De qué sirve la ciencia sin el temor de Dios?» pregunta el admirable libro de la Imitación de Cristo². Y, hablando en puridad, amados jóvenes, el mucho saber no es el fruto principal de la buena educación; eslo sí, la rectitud de corazón, la voluntad predispuesta á bien obrar en todas las situaciones de la vida. El Colegio Mayor no sabría contentarse con formar doctores en filosofía y letras, capaces de seguir con brillo y lucimiento las carreras profesionales; necesita á todo trance modelar hombres

¹ Ubi nunc sapiens? ubi scriba? (1 Cor. 1, 20.)

² Imit. lib. 1, cap. 2.

según el ideal de una probidad acrisolada, de virtud maciza y duradera, como sólo puede serlo la virtud cristiana. Y María, la patrona del colegio, ¿podrá menos de amparar con su sombra maternal las tiernas y preciosas plantas que crecen y se desarrollan con el riego de la piedad en su vergel privilegiado? Ella, pues, por medio de su maravilloso rosario, les infundirá en el pecho, con el anhelo de imitar á Jesucristo, el amor á las hermosas virtudes que han de coronar el edificio de su educación. Cuáles sean éstas, fácilmente lo comprenderéis, si miráis que no hay virtud sobrenatural ni mérito verdadero que no estribe en la base de la humildad, y no se atavie con las galas de la pureza de corazón.

10. ¡La humildad! He ahí la virtud característica de Jesús, *manso y humilde de corazón*: he ahí la joya más preciada de María, *la esclava del Señor*. No temamos alzar la voz en favor de esa virtud pequeña y apocada en la apariencia, delante de las grandezas del siglo que se desdena aun de nombrarla. *Non erubescio evangelium*, decía el grande Apóstol¹. Y ¿no recordáis la admirable observación del mismo sobre la conducta de Dios en la obra de la salvación del hombre: *Lo más despreciable del mundo escogió Dios para confusión de los grandes y los sabios*²? ¡Oh! ¡qué papel tan importante desempeñaron los humildes pescadores de Galilea, los apóstoles de Cristo! Pequeños sólo en la apariencia, fueron realmente grandes, porque se apoyaron en la fortaleza del Omnipotente. Hablemos, sí, de la humildad en este centro de las luces, porque aquí es precisamente donde más necesaria se hace su pre-

¹ Rom. I, 16.² I Cor. I, 28.

sencia. Porque ella es el contraveneno del orgullo; y es preciso que sepáis, amados jóvenes, que el orgullo es el veneno de la ciencia. Y es también la polilla que la roe y desbarata. «Los sabios, dice el profundo autor antes citado, gustan mucho de ser tenidos y aplaudidos por su saber.» Y ¡ojalá no pasara de necia vanidad esta flaqueza de los sabios! Pero es útil recordar aquí la pintura que de la orgullosa filosofía pagana nos ha dejado un testigo ocular, mayor de toda excepción, San Pablo en su Carta á los Romanos. ¡Qué página tan afrentosa para los infatuados sabios de la antigüedad, egipcios, griegos y romanos de los tiempos más floridos de su historia! Ellos conocieron de Dios lo bastante para glorificarle con la práctica de la religión natural y la moral estampada en la conciencia. ¿Por qué, pues, no le glorificaron? *Non sicut Deum glorificaverunt*?¹ Porque, hinchados con la vanidad de una ciencia que los sublimaba sobre la ignara muchedumbre, desvaneciéronse en sus pensamientos, como Luzbel en su belleza, y llegó á obscurecerse totalmente su corazón insipiente y corrompido: *Obscuratum est insipiens eorum*. Sabios sin costumbres, ¿de qué os sirve llevar la luz en la cabeza, si tenéis el corazón en plena obscuridad? ¡Tornáronse insensatos, y todavía se vanagloriaban de sabios! ¿Qué mayor insensatez y desvarío que adorar á las criaturas en lugar del Criador? ¿qué, ofrecer incienso á vanos simulacros de dioses de quienes interiormente se mofaban, y autorizar cobardemente la idolatría popular? Alcanzaron, pues, altísimas verdades de religión, filosofía y moral; mas no lo demostraron con sus obras. Al contrario, sus nefandas abominaciones,

¹ Rom. I, 21.

sus iniquidades de todo género, insultando á la naturaleza racional, indujeron á creer que carecían hasta de la noción más elemental de Dios. Hicieron traición á la verdad; *por lo cual Dios justiciero los abandonó á sí mismos*; y ellos, pervertido el criterio moral, se precipitaron en un abismo de ignominia sin nombre. ¡Baldón eterno á la ciencia convertida en pedestal del orgullo! Ya lo veis: la soberbia, tan cruelmente castigada con la más profunda humillación, fué la raíz de todas esas desventuras de la ciencia. Y ¿no palpáis la necesidad de ese poderoso antídoto del orgullo, la humildad cristiana?

11. Pues bien, allí la tenéis, en el humilde rosario de María. Ella hará que penetre en vuestro corazón su delicada esencia, ese aroma divino de que está impregnado Belén y Nazaret, y el Cenáculo y el Calvario, y todos los sitios consagrados con la presencia del Redentor y de su Madre Santísima. ¿Qué efecto no producirá en vosotros la vista atenta del Dios-Hombre, *hecho obediente hasta morir en la cruz*¹, entre dos facinerosos, en el puesto de honor de los ladrones: *Medium autem Iesum*²? Aquí, aquí es donde podréis aprender, jóvenes cristianos, la más elevada enseñanza de virtud que daros pudo la Sabiduría infinita: obedecer á Dios hasta el sacrificio, abatirse la criatura para ensalzar al Criador, anonadarse el hombre para dejar triunfante la verdad. Todo lo contrario de lo que exige el orgullo de los falsos sabios, los cuales *dicentes se esse sapientes, stulti facti sunt*³. Y ¿quién descubrió al mundo el valor de esa virtud magnánima y sublime? ¿fué acaso Aristóteles ó el divino Platón? No, que apenas la vislumbró

¹ Phil. 2, 8.² Io. 19, 18.³ Rom. 1, 22.

el gran Sócrates, el mártir de la unidad de Dios; pero su verdadero maestro fué Jesús, quien, más que de palabra, la enseñó con el ejemplo de su inmolación en el Calvario.

12. En el rosario de María aprenderéis también, más con el corazón que con la mente, á dibujar en vosotros mismos ese delicado fondo de oro, en que tan hermosa se destaca la ciencia, ese fondo de pureza de corazón y de sentidos que tanto ennoblece al verdadero sabio, á Tomás de Aquino, por ejemplo, aquel ángel no menos de corazón que de entendimiento. ¿Qué alma bien nacida no siente los celestiales atractivos de la virtud que, purificando hasta sus íntimos afectos, la redime de la tiranía ignominiosa del vicio? Acabáis de escuchar de los labios de un testigo irrecusable las funestas consecuencias y podridos frutos del orgullo: de esta raíz brotó la insensatez de corazón, la corrupción espantosa de costumbres que cubrió de infamia á la sabiduría del paganismo, á la vez que gangrenó á todo el cuerpo social, como que no eran mejores los prohombres del pensamiento que el ignorante y supersticioso vulgo. De la humildad cristiana, por un efecto diametralmente contrario, ha brotado siempre en el seno del cristianismo esa admirable integridad de costumbres, esa acendrada corrección de la vida pública y privada, de que tan justamente se gloria la sociedad modelada por la ley del Evangelio, y que es el honor y el encanto de la juventud educada bajo los auspicios de la religión y á la sombra del amparo de María. ¡Qué torrentes de santidad no fluyen de las acciones del Santo de los santos, en las cuales no es dado al ojo de la malicia humana sorprender la mancha más ligera! Fuentes de pureza y de toda virtud son esas dos vidas,

de Jesús y de María, indisolublemente unidas en el panorama del rosario, y puestas delante de nuestros ojos para robar las miradas de nuestro corazón. ¡Ah! dejad á ese corazón de la juventud, naturalmente sensible á los atractivos del bien, que se entusiasme con la belleza absoluta de Jesús y la pureza de María; dejadle que alce el vuelo en pos de esos altísimos ideales, embriagado con la fragancia del unguento de sus excelsas virtudes. *Curremus in odorem unguentorum tuorum*¹.

13. Dejad sí, os diré para concluir, que se apodere de vuestro noble y sensible corazón la pasión más divina y generosa, la única que le puede hacer feliz, el amor más puro entre todos los amores, el que ardía, á manera de volcán, en el pecho del Apóstol de las Gentes, el amor de Cristo Dios; y yo aseguro que este amor, fruto exquisito de la devoción del rosario, os colmará de bienes más valiosos que todos los tesoros de ciencia que os ofrece este célebre establecimiento. Sí, jóvenes alumnos del Colegio del Rosario, es preciso que améis á Jesucristo, pero que le améis con infinita ternura, porque, á la verdad, ¡desventurado el hombre que no le ama! *Si quis non amat Dominum nostrum Iesum Christum, sit anathema*². ¡Ah! ¡no quiera el cielo descargar sobre alguno de vosotros este rayo! Que si algún alumno del Colegio Mayor no amará á Jesucristo, si alguno llegara á ser tan desgraciado que pudiera aborrecerle, ese tal habría degenerado de las nobilísimas tradiciones de esta casa venerable. ¿No es aquí tradicional el amor á la Santísima Virgen, el cariño á *La Bordadita*³, como familiarmente la llaman los

¹ Cant. 1, 3.

² 1 Cor. 16, 22.

³ Cuadro ricamente bordado de la Virgen del Rosario.

alumnos, amor que, en más de una ocasión, ha obrado prodigios de conversión á Dios en almas extraviadas pero generosas?

El amor á la soberana Virgen se encendió aquí desde su misma cuna. La ilustre familia dominicana, á quien fué primero confiado este centro de instrucción superior, fué siempre falange victoriosa en las lides por las glorias de la Madre de Dios, desde que, al clarear el siglo XIII, enarboló Domingo de Guzmán el estandarte del rosario. El clero secular, á cuyas manos pasó más tarde la dirección de este Colegio ¿no ha sido siempre en Colombia lo que hoy es, propugnáculo acérrimo de la devoción á María en todas sus advocaciones? La dirección seglar que en diversas épocas ha gobernado este plantel, y el dignísimo profesorado que tanto lustre ha dado á sus cátedras, ¿no ha sido también en todo tiempo (si exceptuamos alguna época anormal) genuino representante de la idea cristiana y encarnación del espíritu religioso de su fundador? Nada diré de la próspera situación en que hoy se encuentra el Instituto del inmortal Don Fray Cristóbal de Torres, restituído á la altura de sus mejores tiempos, por lo que no dudo se estremecerán de júbilo el día de hoy en el fondo de su sepulcro las cenizas venerandas del Prelado que le dió vida, nombre, pingües rentas y constituciones sapientísimas.

14. Todo, pues, se aduna aquí para proclamar los derechos de María al amor y veneración de sus Colegiales del Rosario, derechos tan inviolables y sagrados que fuera profanación desconocerlos. Por esto me halaga la esperanza de que ninguno de los que hoy llevan el escudo del Colegio Mayor, olvidará jamás á su querida Madre, aun en medio de las vicisitudes á que estará

expuesta su carrera, acaso corta y desdichada, acaso larga y fecunda en gloria y bienestar. Dos recuerdos llevaréis en el alma hasta el sepulcro: dos recuerdos, á cual más delicioso, el del templo y el del claustro: el de la Virgen del Rosario y el de la dulce fraternidad, que, bajo una dirección paternal, habéis saboreado en este hogar bendito. ¡Oh! ¡no olvidéis, pues, á Jesús, fruto del árbol virginal que prestó dulce sombra á vuestra juventud! Así sea.

PANEGÍRICO DE NUESTRA SEÑORA DEL PILAR

(predicado en la capilla de las religiosas de la Enseñanza, Bogotá, 1895).

María, Reina de los apóstoles.

In Iacob inhabitat... et in electis meis mitte radices.
Ecclí. 24, 13.

1. No es Zaragoza únicamente, ni España, ni la América española, heredera de las glorias de su Madre, quien hoy se regocija con el recuerdo del advenimiento de María, viviente aún en carne mortal, á las márgenes del Ebro, para visitar y esforzar á su querido apóstol, Santiago el Mayor: es la Iglesia entera la que, llena de júbilo y gratitud, se complace en recordar este célebre episodio de su historia allá entre los albores del cristianismo. Y con razón, venerables religiosas de Nuestra Señora; porque, si bien España y las Américas tienen sobrados motivos de gloriarse en el Señor por las singulares prerrogativas con que las distinguió su Madre, la gloriosa Virgen del Pilar, como ciertamente

no honró á todas las naciones¹; también tiene derecho á celebrar este dichoso acontecimiento la Iglesia universal que debió su establecimiento y progresos, después de la gracia de Jesucristo, al celo de los sagrados apóstoles, estimulado y protegido poderosamente por María. Y de esta misma protección ¿qué testimonio más irrefragable que la aparición de Nuestra Señora en el Pilar de Zaragoza?

2. No me detendré, carísimos oyentes, en describir el sobrenatural portento de la traslación de la soberana Virgen desde Jerusalén hasta España, por ministerio de los ángeles, ni trataré de pintaros con muertos colores la gloria de su aparición sobre un trono de nubes refulgentes al venturoso apóstol que á orillas del gran río y en el silencio de estrellada noche, oraba fervorosamente por la conversión de aquellas gentes fieras, hasta entonces refractarias á la luz del Evangelio. El hecho, aunque de carácter sobrenatural y extraordinario, es demasiado notorio por su grandeza misma, y demasiado auténtico por los monumentos en que descansa, para ser fácilmente desmentido por la crítica racionalista; ni puede ser ignorado por los pueblos católicos que tan ardiente amor profesan á la Virgen del Pilar; y mucho menos por la comunidad religiosa que la venera, ha más de un siglo, por patrona. No debiendo, pues, insistir en describirlo, me aplicaré á construir, aunque flaco de fuerzas, sobre la base magnífica del hecho, un nuevo elogio, que no será más que el eco de las mil voces de alabanza que aclaman cada día á la excelsa Virgen Reina de la Iglesia, Madre y abogada del pueblo cristiano, vida y salvación del hombre.

¹ Ps. 147, 20.

expuesta su carrera, acaso corta y desdichada, acaso larga y fecunda en gloria y bienestar. Dos recuerdos llevaréis en el alma hasta el sepulcro: dos recuerdos, á cual más delicioso, el del templo y el del claustro: el de la Virgen del Rosario y el de la dulce fraternidad, que, bajo una dirección paternal, habéis saboreado en este hogar bendito. ¡Oh! ¡no olvidéis, pues, á Jesús, fruto del árbol virginal que prestó dulce sombra á vuestra juventud! Así sea.

PANEGÍRICO DE NUESTRA SEÑORA DEL PILAR

(predicado en la capilla de las religiosas de la Enseñanza, Bogotá, 1895).

María, Reina de los apóstoles.

In Iacob inhabitat... et in electis meis mitte radices.
Ecclí. 24, 13.

1. No es Zaragoza únicamente, ni España, ni la América española, heredera de las glorias de su Madre, quien hoy se regocija con el recuerdo del advenimiento de María, viviente aún en carne mortal, á las márgenes del Ebro, para visitar y esforzar á su querido apóstol, Santiago el Mayor: es la Iglesia entera la que, llena de júbilo y gratitud, se complace en recordar este célebre episodio de su historia allá entre los albores del cristianismo. Y con razón, venerables religiosas de Nuestra Señora; porque, si bien España y las Américas tienen sobrados motivos de gloriarse en el Señor por las singulares prerrogativas con que las distinguió su Madre, la gloriosa Virgen del Pilar, como ciertamente

no honró á todas las naciones¹; también tiene derecho á celebrar este dichoso acontecimiento la Iglesia universal que debió su establecimiento y progresos, después de la gracia de Jesucristo, al celo de los sagrados apóstoles, estimulado y protegido poderosamente por María. Y de esta misma protección ¿qué testimonio más irrefragable que la aparición de Nuestra Señora en el Pilar de Zaragoza?

2. No me detendré, carísimos oyentes, en describir el sobrenatural portento de la traslación de la soberana Virgen desde Jerusalén hasta España, por ministerio de los ángeles, ni trataré de pintaros con muertos colores la gloria de su aparición sobre un trono de nubes refulgentes al venturoso apóstol que á orillas del gran río y en el silencio de estrellada noche, oraba fervorosamente por la conversión de aquellas gentes fieras, hasta entonces refractarias á la luz del Evangelio. El hecho, aunque de carácter sobrenatural y extraordinario, es demasiado notorio por su grandeza misma, y demasiado auténtico por los monumentos en que descansa, para ser fácilmente desmentido por la crítica racionalista; ni puede ser ignorado por los pueblos católicos que tan ardiente amor profesan á la Virgen del Pilar; y mucho menos por la comunidad religiosa que la venera, ha más de un siglo, por patrona. No debiendo, pues, insistir en describirlo, me aplicaré á construir, aunque flaco de fuerzas, sobre la base magnífica del hecho, un nuevo elogio, que no será más que el eco de las mil voces de alabanza que aclaman cada día á la excelsa Virgen Reina de la Iglesia, Madre y abogada del pueblo cristiano, vida y salvación del hombre.

¹ Ps. 147, 20.

Yo la aclamaré el día de hoy *Reina de los apóstoles*¹ por especiales títulos, cuya consideración será la materia del presente discurso, y que, á mi ver, se desprenden con suma naturalidad de la historia que sirve de base á nuestra fiesta.

Veremos, en efecto, que María, llena de la abundancia de las virtudes apostólicas, ampara á los apóstoles de Cristo, asegurando con su protección el éxito de las gloriosas empresas del apostolado; y, no contenta con haber dispensado sus favores á los primeros heraldos del Evangelio, continúa prestándolos á través de los siglos, á los varones apostólicos, promoviendo siempre en las almas religiosas el espíritu del apostolado cristiano, que no ha faltado ni ha de faltar nunca en la Iglesia. He aquí, religiosísimos oyentes, el asunto de vuestra atención, para cuyo desarrollo os ruego me ayudéis á implorar los auxilios del Espíritu Santo por intercesión de la misma Virgen. *Ave María.*

I.

3. Reinar, lo mismo en el cielo que en la tierra, significa, amados fieles, no sólo poseer cetro y corona y mandar con plena potestad á millones de súbditos prontos á rendir homenaje y obediencia; reinar no sólo designa la posesión de aquel cúmulo de honores y grandezas que constituyen el más alto grado de la jerarquía social y el pináculo de la elevación: significa también, y con igual propiedad, estar dotado de suprema excelencia y perfección en cualquier género, á virtud de la cual el afortunado personaje que es dueño de ella merece los honores, también supremos, de la

¹ Regina apostolorum (Eccl. in Lit. lauret.).

admiración, el aplauso, el respeto y el amor. Existen, según esto, dos clases de reinado, el de la jurisdicción y el de la superioridad: hay dos principados ó realezas, la del mérito y la de la jerarquía. Ahora bien, de cualquiera de estos modos el reinado sobre los apóstoles pertenece á la soberana Virgen del Pilar, Reina universal de cuanto hay de grande en cielo y tierra. Ella reina porque es obedecida y acatada, lo mismo por las legiones de los ángeles que por la turba de los fieles; y reina también por la incomparable excelencia de sus virtudes y merecimientos en todo linaje de perfección natural y sobrenatural. Mas, concretándome al tema del presente panegírico, digo en primer lugar que María reina sobre los apóstoles porque posee la plenitud del espíritu y de las prerrogativas que enaltecen el carácter de los sagrados apóstoles. ¡Oh príncipes excelsos de la Iglesia de Cristo! vuestra grandeza moral sobrepuja á toda otra grandeza, pues Dios os puso como antorchas sobre el candelabro para iluminar al mundo entero: *Vosotros sois la luz del mundo*¹. Pero vosotros convenís conmigo en reconocer otra grandeza mayor que descuella por encima de la vuestra, como el alto cedro sobre los arbustos; vosotros acatáis con ferviente entusiasmo la alteza de María, la cual preside, como reina, á vuestro senado augusto, por lo mismo que os lleva ventaja en todas las gracias del apostolado.

4. En efecto, cristianos oyentes, nadie ha podido poseer el espíritu apostólico con aquella plenitud con que lo poseyó María. La razón es evidente. Porque, si decimos que ese espíritu es la participación del de

¹ Matth. 5, 14.

Cristo, cuyos heraldos y lugartenientes son los apóstoles, ¿quién ha debido de participar en mayor abundancia del espíritu de Jesús que su propia y verdadera Madre? Y, si es el fuego sagrado del Espíritu Santo el que prendió en el pecho de los primeros apóstoles para que, dispersos por la faz de la tierra, encendieran todas las almas en el amor de Dios, después de iluminarlas con la luz del Evangelio, ¿quién más iluminada y encendida que María? ¿quién recibió en el Cenáculo mayores efusiones del divino Espíritu? ¿quién poseyó en más alto grado la luz de la verdad para enseñarla al mundo, y el fuego de la caridad para abrasar á todas las criaturas en el amor del Criador? Nadie, pues, disputará á María, por este título, el cetro del apostolado.

Pues ¿qué diré de las prerrogativas verdaderamente singulares con que plugo á Dios adornar á los primeros apóstoles? ¿qué, de su infalibilidad, de su impecabilidad, de todos aquellos dones y carismas con que fueron enriquecidos por el Espíritu Santo, cuando descendió sobre cada uno de ellos en figuras misteriosas? Y ¿no es María más rica que todos ellos juntos en todo género de gracias, así la santificante como las *gratis datas*, y en todo linaje de dones celestiales? No cabe duda de que en la Virgen Santísima, como Madre de toda la Iglesia, debieron de hallarse reunidas como en su fuente todas aquellas manifestaciones del Espíritu que enumera el Apóstol¹, repartidas de ordinario entre los varios miembros de la Iglesia: sabiduría, ciencia, profecía, discernimiento de espíritus, don de lenguas, gracia de curaciones, poder de hacer milagros, y cuantas suele Dios conceder á los que destina al ministerio apostólico

¹ 1 Cor. c. 12 per totum.

para edificación del cuerpo de Cristo. Mas, por grandes y excelentes que sean estos dones, el mismo santo Apóstol los considera inferiores á otros que llama *mejores carismas*, á cuya consecución exhorta á los fieles de Corinto: *Aemulamini charismata meliora*¹; y el más subido de ellos es la caridad, de la cual dice que vale infinitamente más que el poder de trasladar montañas y hablar lenguas, no sólo de hombres sino de ángeles. De donde en buena argumentación se infiere la sobreexcelencia de la Virgen Santísima en orden á las prerrogativas apostólicas, supuesto que á los mismos ángeles excede en la gracia excelentísima de la caridad.

5. Y este solo argumento bastaría, cristianos, para asegurar en las sienas de la gloriosa Virgen María la corona de Reina de los bienaventurados apóstoles. Pero es preciso contemplarla también en el campo de acción, dirigiendo aquellas empresas gigantescas que dieron por resultado la transformación moral del mundo. Contemplad á María en el Cenáculo, en aquel gran día en que quedó fundada la Iglesia por la iniciación de los apóstoles en el ministerio á que los destinara Jesucristo. De vuelta del monte Olivete, donde fueron testigos oculares de la Ascensión de su divino Maestro á los cielos, permanecen recogidos en el sagrado lugar designado por el mismo Cristo, y aguardan en compañía de María la venida del Paráclito que se les ha prometido. *Recibiréis el Espíritu Santo, y desde entonces seréis mis testigos en toda Judea y en Samaria y hasta en las últimas regiones de la tierra*². Una vez cumplida la promesa, y repletos ya de la abundancia del divino Espíritu, no bastando á contener

¹ 1 Cor. 12, 31.

² Act. 1, 8.

dentro de sí aquel torrente de luz y de llamas que se desborda por sus labios, los discípulos de Jesús, alentados por la Virgen, se lanzan á las calles y plazas de Jerusalén, y empiezan á predicar en todas las lenguas de los pueblos allí providencialmente reunidos¹. Y lo que hablaban eran las grandezas de Dios, *magnalia Dei*, lo mismo que había cantado María delante de Isabel, y con tanta sublimidad y tan divina elocuencia que ponían espanto y admiración en todos. ¡Con qué transportes de gozo contemplaba la soberana Virgen estos primeros y brillantes triunfos de sus hijos para gloria de su Hijo Dios! ¿Quién como ella comprendía los planes misericordiosos del Señor en la fundación de la Iglesia para la redención del mundo? ¿Cómo repetiría jubilosa y extática: *Fecit potentiam in brachio suo*! Ved ahí, pues, á la Reina de los apóstoles presidiendo en Jerusalén los primeros movimientos del colegio apostólico.

Pero los embajadores de Cristo deben cumplir con el encargo recibido: *Id por todo el universo y enseñad á todas las naciones*²; y es preciso repartirse el globo conocido para llevar á todas partes la buena nueva del reino de Dios sobre la tierra. ¡Ah! ¿cómo habrían de alejarse unos de otros aquellos que ya se amaban como hermanos en Jesús sin despedirse, con lágrimas en los ojos, de la Madre de Jesús? ¿cómo abandonar los sitios consagrados con los misterios de la Redención sin recibir primero la bendición y los dulces consejos de la compañera de Jesús en el Calvario? Hecho esto, María presidió también á la dispersión de los apóstoles por el universo para ir á establecer el reinado de Cristo.

¹ Act. 2, 4.² Marc. 16, 15.

Y aquí podemos afirmar: *ibant gaudentes...*¹ ¡Oh! ¡qué alegres y animosos se lanzaron entonces los doce conquistadores del mundo á la más arriesgada y gloriosa de todas las empresas!

6. Helos ya en acción discurriendo por la tierra. Roma, Atenas, Alejandría y el remoto oriente los miran, y asombrados se preguntan: ¿Quiénes son estos hombres tan extraordinarios? Ellos entretanto no saben apartar los ojos de Jesús cuya imagen llevan grabada en el corazón, y cuyo nombre suena sin cesar en sus labios; pero, al pensar en Jesús, ¿cómo olvidar á María? María, que sólo alienta y vive por Jesús, tampoco olvida á sus hijos adoptivos, á los fieles amigos de su Hijo: ella piensa continuamente en sus amados apóstoles, que Jesús llamó hermanos con singular predilección²; ruega por ellos día y noche, y ¡cuánto no pesa la oración de María en la balanza de la conversión del mundo! Á su vez los apóstoles dirigen al cielo sus plegarias, tan necesarias para la obra divina que traen entre manos, y las dirigen por medio de María, instruidos ya perfectamente de la eficacia de la mediación de la Madre de Dios y de los hombres. De esta suerte, aunque separados por enormes distancias, María y los apóstoles están siempre muy cerca en espíritu, trabajan de consuno en la misma obra: María protegiéndolos de mil secretas maneras, ellos predicando y obrando maravillas. Y, como si esto no fuera bastante á su celo de madre, he aquí que alguna vez, y en favor de algún apóstol más privilegiado que los otros, para el bien de algún pueblo felicísimo que parece ya desde entonces confiado al cuidado especial de la Santísima Virgen,

¹ Act. 5, 41.² Io. 20, 17.

la augusta Reina, dejando milagrosamente su retrete de Jerusalén, acude, salvando millares de leguas en brazos de los ángeles, al teatro mismo donde trabaja y batalla, aunque sin éxito, el gran Hijo del trueno; viene á Zaragoza y... todo lo demás ya lo sabéis, hoy mismo lo estáis celebrando con piadoso regocijo. Con su personal presencia sobre aquel memorable pilar y con dulcísimos razones alienta al gran Santiago, poniendo en manos del apóstol el arma más segura para rendir la dureza de aquella nación indómita, pero noble y generosa, cual es el atractivo de una madre que, venerada en humilde santuario, derramará en torno de aquella columna favores sin cuento y sin medida.

¡Prodigio grande, inverosímil, si no persuadiera lo contrario el amor de María á su apóstol predilecto y á su querida España! Desde entonces, á poco de haber subido Jesús á los cielos¹, fué María venerada é invocada en el mundo, y en España primero que en ninguna otra parte, sobre el milagroso pilar de Zaragoza.

7. Y ahora ¿quién dirá, cristianos, lo que esta prodigiosa aparición de la Reina de los apóstoles contribuyó al establecimiento de la religión cristiana en aquella importante comarca, en toda España y hasta en las lejanas tierras, más adelante descubiertas por Colón y conquistadas para el Evangelio por la nación católica por antonomasia? Este reino afortunado no tarda en abrazar la fe de Cristo; y, lo que es digno de toda admiración, abrázala con tal ardor y tan heroica firmeza, que ni el poder colosal del islamismo, ni el furor de las herejías antiguas y modernas, ni el seductor atractivo de la impiedad contemporánea, han sido parte

¹ El año 45 de J. C.

para arrancar la fe del corazón de la nación española y de sus hijas, las jóvenes repúblicas de América. La idolatría romana sucumbió en Zaragoza, ahogada en la sangre de innumerables mártires; el arrianismo de los suevos, vándalos y godos no logró tomar carta de ciudadanía en la patria de San Hermenegildo y Recaredo; las doctrinas del corán huyeron de Sevilla y de Granada perseguidas por la espada de los dos Fernandos; el protestantismo de Lutero y sus secuaces no pudo naturalizarse, á pesar de los mil esfuerzos y maquinaciones sectarias, en la poderosa monarquía del mayor de los Felipes; y aun el filosofismo del pasado siglo y el racionalismo del actual, no obstante haber contaminado muchas almas, y aun escalado las gradas del poder, produciendo enormes males é irreparables pérdidas á la España de Carlos III y á la decadente del fin del siglo XIX, todavía podemos afirmar que no han envenenado toda la sangre de la raza ibera que, en medio de sus extravíos, conserva vigorosa la savia de la fe y piedad cristianas que le infundieron Nuestra Señora del Pilar y su apóstol Santiago. Dígalo la muchedumbre de sus santos en todos los siglos de la Iglesia, hasta en el presente: atestigüenlo la renombrada sabiduría de sus doctores, admiración de los concilios, la envidable adhesión de sus obispos á la Sede Apostólica, la acendrada religiosidad de sus pueblos, manifestada en nuestros mismos días por magníficas peregrinaciones á Roma, á Montserrat, al Pilar de Zaragoza...

¿Qué podré decir de nuestra pobre América que, por extensión, también merece apellidarse *tierra de María Santísima*? Herederos de la pura fe de España, nuestros azotados pueblos lo han sido también de la singular protección de Nuestra Señora del Pilar. Ella,

que con su poderoso auxilio apoyó los trabajos de los apóstoles del Nuevo Mundo, los Beltranes, Mogrovejos, Claveres, Solanos, Las Casas y mil otros, ha realizado en América este prodigio de una civilización tan completa y cristiana como la de la vieja Europa en el corto espacio de tres siglos y medio, prodigio no visto en ninguna otra parte del mundo. Sí, cristianos, la civilización de nuestro continente es un fenómeno que no tiene igual en Asia, ni en África, ni en Oceanía, donde á lo más se encuentran florecientes colonias extranjeras, pero no naciones cultas dotadas de vida y elementos propios. Y ¿á quién debemos atribuir esta gracia excepcional sino á Aquella que ha sido constituida por Dios dispensadora general de gracias y beneficios á los hombres? ¡Á Dios y á María su Madre sean dados todo honor y gloria por la conservación de la fe católica en el vasto continente hispanoamericano! Ella, la gloriosa Reina de los apóstoles, que tan fecundos y duraderos hizo entre nosotros los frutos del apostolado, proseguirá dilatándolos y perpetuándolos hasta el fin de los tiempos. Pero ya lo es de que veamos de qué manera ha merecido María el título de Reina de los apóstoles por la protección que dispensa sin cesar á los no interrumpidos trabajos del apostolado cristiano, asunto de la segunda parte.

II.

8. El apostolado, hermanos míos, no es ni pudo ser una institución pasajera en la Iglesia, por lo mismo que ésta debía, atravesando victoriosa la serie de los siglos, durar mientras éstos sigan su vertiginoso curso. La orden terminante dada por el Salvador á sus apóstoles de predicar el Evangelio á todas las cria-

turas¹, no había podido cumplirse todavía hace cuatro centenares de años, cuando el genio de Colón soñaba con el descubrimiento de un nuevo mundo. ¿Qué digo? aún estaba por cumplirse hace cosa de medio siglo, cuando el centro de África no había sido explorado, y aun hoy día ¡quién se atreverá á afirmar que se ha predicado ya el Evangelio á todas las naciones y pueblos de la tierra? Porque, aun cuando fuese cierto que todos los puntos de nuestro globo habían sido descubiertos por la geografía y el genio al servicio de la Iglesia, ¿qué otra cosa se habría hecho sino poner á la vista de la Esposa del Cordero campos inmensos que cultivar, naciones populosas y bárbaras que evangelizar, ó dar apenas los primeros pasos en esa obra gigantesca? ¡Ah! ¡cuánto terreno está ahí aguardando la labor de los obreros evangélicos! *Videte regiones*, decía Jesucristo á sus discípulos, *quia albæ sunt iam ad messem*²: ¡cuántas regiones en el Asia, en el África y hasta en el fondo de América, á orillas de nuestros grandes ríos, están ya cubiertas de maduras mieses, aguardando la hoz del segador! Por no ensanchar demasiado los límites del discurso, no haré mención de los vastísimos imperios de la China, del Japón y de la India, empezados á evangelizar hace más de tres siglos, pero cuya total reducción á la fe de Cristo costará quién sabe cuántos más. Ni pararé mientes en los extendidos reinos semibárbaros del África central y meridional, donde apenas empieza á sembrarse con copioso riego de sudores y sangre la simiente de la palabra evangélica. ¿Quién no ha oído hablar en estos mismos días de la célebre nación de los coptos, en cuya espiritual cul-

¹ Marc. 16, 15.

² Io. 4, 35.

tura trabaja asiduamente la Compañía de Jesús, por especial encargo del celosísimo Pontífice León XIII, que tanto ama á esa pobre raza degenerada de su antigua grandeza? ¿Quién no sabe cuántos millares de insignes misioneros despachan cada día Francia, Bélgica, Italia y demás países católicos de Europa, á manera de legiones sagradas que van á conquistar nuevos pueblos para Dios en las remotas comarcas del oriente?

¡He ahí el apostolado del siglo XIX, tan noble y generoso como el de los primeros siglos de la Iglesia! ¡He aquí, pues, el campo de la especial protección de María! Esta Reina de los apóstoles y Madre amorosa de todos los hombres, no puede mirar con indiferencia á tantos desventurados hijos suyos, redimidos con la sangre de Jesús, que todavía gimen en las tinieblas de la superstición, esclavizados por el demonio y destinados lo más, á ser víctimas de los eternos incendios del infierno. Y ¿cómo no ha de proteger con su inmenso poderío á los modernos apóstoles, que, imitadores de Santiago y sus gloriosos compañeros, consagran el día de hoy su vida y fuerzas á la conversión de chinos, malabares, japoneses, birmanes, africanos, americanos y todo género de infieles? Bien lo experimentan los celosos misioneros de innumerables órdenes que, amparados por María, van extendiendo maravillosamente el imperio de Nuestro Señor Jesucristo, viendo renovarse á cada paso los prodigios de los tiempos apostólicos.

9. Mas no es esto todo. Fuera del grande y ruidoso apostolado que se ejerce en el exterior y más allá de las fronteras de la Iglesia, á fin de plantar la fe cristiana en el corazón del paganismo y arrasar los altares de los falsos dioses, hay otro apostolado interior, si no tan brillante, no menos importante y necesario, cuyo objeto

es conservar y hacer germinar esa misma fe en el corazón de la sociedad cristiana, abatiendo los ídolos de las pasiones que se alzan en medio de los pueblos cultos. Entre las obras que abraza este noble apostolado, ocupa lugar distinguido la educación de la niñez. ¡Qué servicios tan relevantes no presta la educación á la causa de la religión en general y, muy en particular, á la causa de la fe! ¿Podría ésta conservarse y menos aún fructificar en las almas sin el auxilio de la educación religiosa? ¿no es ésta la llamada á cultivar los sentimientos de piedad en los tiernos corazones de los niños de ambos sexos? ¿quién mejor que ella los desarrolla y perfecciona? Testigos son las naciones modernas profundamente pervertidas á proporción que se ha ido pervirtiendo la educación primaria y secundaria, arrancada violenta ó mañosamente de las manos de la Iglesia. ¿Qué medio ha podido inventar el poder de las tinieblas más eficaz y certero para destruir el reino de Jesucristo, y hasta borrar el nombre de Dios de la faz de la tierra, que la educación pagana y corruptora? ¡Ah, reverendas Madres de la Compañía de María! vosotras lo sabéis perfectamente; y, como tan bien persuadidas de la necesidad de educar en el santo temor de Dios á la niñez para salvar de universal naufragio la fe de Jesucristo, consagrais la mitad de vuestra vida á la gran obra de misericordia de la educación de las niñas. ¡Las niñas, preciosa mitad del género humano! ¿por ventura interesa menos su educación que la de la otra mitad? ¿no es más bien de ella de donde ha de esperarse el porvenir de la humanidad? Tal fué el pensamiento, muy atinado por cierto, que en 1770 presidió á la fundación de esta Casa religiosa de la Enseñanza, puesta bajo los auspicios de Nuestra Señora del Pilar, y debida á la munificencia

de la Señora Doña Clemencia de Cayzedo y Vélez, cuyo nombre bendecirán todavía muchas generaciones.

Grande y meritoria como es vuestra labor á los ojos del mundo, venerables religiosas, es á los de la Iglesia algo más que una buena obra, es un verdadero apostolado, para cuyo desempeño y feliz éxito (que hasta hoy no os ha faltado) contáis con la protección celestial de la Reina de los apóstoles, Nuestra Señora del Pilar.

10. En efecto, siendo, como es en realidad, tan importante el ministerio de la enseñanza para dar por medio de ella cristiana educación á la niñez, natural es creer que María mira con predilección esta obra, una de las más meritorias de la caridad; y que, por consiguiente, la protege con especiales gracias que dispensa, ora á las directoras y maestras, ora á las alumnas y discípulas, que todas necesitan del auxilio de la celestial maestra para el fin que se proponen. Si las primeras han menester de abnegación, celo y paciencia á toda prueba para el difícil empleo de que se han hecho cargo, las segundas necesitan docilidad, constancia y gratitud para no defraudar de sus legítimas esperanzas á las religiosas directoras que se prometen formar de cada una de las niñas un modelo de virtud para edificación del mundo y consuelo de la Iglesia. Por lo que á María toca, no lo dudéis, dispuesta está á prodigaros á manos llenas sus favores: mucho ama á sus hijas predilectas, las religiosas de su Compañía, y mucho le interesa también la suerte de las pobres hijas de Eva. Estos seres, por edad y naturaleza débiles, asaltados por doquiera de gravísimos peligros, expuestos á cada hora á las sugestiones del demonio, envidiosos de la inocencia virginal, y á los asaltos y seducciones de ese lobo rapaz y astuto que llamamos mundo: ¿cómo

no han de ser objeto del cuidado especial de la Madre de misericordia, y mucho más si ellas, á fuer de hijas cariñosas y fieles, acorren á ampararse bajo el manto maternal de María? Porque, si el buen Jesús no podía dejar de enternecerse á vista de los niños, y los llamaba para acariciarlos, y los recomendaba al cuidado de sus Apóstoles diciendo: *Dejad llegar á mi á los niños, porque de ellos es el reino de los cielos*¹, ¿qué sentirá María, la madre de Jesús, al ver ese grupo de niñas cuya ternura y devoción la obligan, y cuya suerte eterna y temporal tan vivamente la conmueve?

¡Ahí la tenéis, piadosas jóvenes que os educáis á la sombra del Pilar de María! Mirad allí el baluarte y la torre fortísima á que debéis acogeros en todos los peligros: ahí está la columna luminosa que ha de guiar vuestros pasos por el desierto de la peregrinación terrestre. Tenéis muchas madres y muchas maestras; pero una es la Madre á quien debéis amar, una la Maestra de quien debéis aprender la ciencia del bien vivir, la ciencia de la salvación. Si anheláis de veras recoger el fruto riquísimo de una buena educación, que no es en definitiva sino la felicidad, no olvidéis jamás á vuestra Madre, no se aparte su nombre de vuestros labios, y menos de vuestro corazón².

11. En cuanto á vosotras, religiosas Hijas de la Compañía de María, además del caudal de gracias con que debéis contar siempre, como cooperadoras en la más divina de las obras de Dios, cual es la salvación de las almas, disfrutáis del consuelo indecible que os inspira la idea de militar en las filas de Jesús bajo el

¹ Luc. 18, 16.

² S. Bern., Hom. 2 super Missus est.

estandarte de María. ¿No es ella vuestra capitana? ¿no sois vosotras sus valientes compañeras de armas? ¡Qué valor no debe infundiros la presencia de esta nueva Débora al frente de sus aguerridas huestes! Á pelear os ha llamado el Señor con las armas del espíritu en el gran ejército de su Iglesia; que, si en todo estado es milicia la vida del hombre sobre la tierra¹, la profesión religiosa lo es de combatir á diario en el campo de batalla del propio corazón contra el mundo, el demonio y las pasiones. Pero la vocación de las órdenes religiosas activas es doblemente guerrera, porque, además de combatir en defensa de la propia alma, obliga á guerrear contra los enemigos de Cristo, acudiendo al socorro de las almas para que no sean vencidas por el caudillo infernal. Por muy grandes y temerosas que sean estas luchas, que son la vida del apostolado, á vosotras no pueden intimidaros, pues tenéis por armas el mismo espíritu apostólico, avivado de continuo en vuestros corazones por vuestra consagración al servicio de María.

Vuestra gloriosa orden tiene por divisa propia la devoción á la Santísima Virgen, según lo acredita vuestro mismo nombre de «Hermanas de Nuestra Señora»; y la devoción á la que es, como hemos visto, Reina de los apóstoles, no puede menos de mantener siempre viva la llama del celo de la gloria de Dios y la salvación de las almas, virtud que caracteriza á los apóstoles y á cuantos profesan ir en seguimiento de sus huellas.

Mientras arda en vosotras esta llama, este espíritu apostólico, que es el espíritu de María, el éxito más completo coronará vuestras santas empresas, floreciendo

¹ Job 7, 1.

por vuestro medio la cristiana educación; y así como la presencia corporal de María sobre el Pilar de Zaragoza aseguró la conquista del mundo para el Evangelio, así la protección constante que os dispensa la misma Señora desde lo alto de su trono, será para vosotras prenda de multiplicados triunfos en la arena de la perfección, y garantía de la final victoria que os pondrá en posesión de la eterna bienaventuranza. Así sea.

SERMÓN PARA LA FIESTA DE NUESTRA SEÑORA DEL CONSUELO

(predicado en la parroquia de San Victorino, Bogotá, 1897).

María, consuelo de afligidos.

Quomodo si cui mater blandiatur, ita ego consolabor vos.

Como una madre que acaricia al hijo lloroso, así yo os consolaré á vosotros.

Is. 66, 13.

1. Una piadosa tradición atestiguada por la fiesta que el día de hoy celebra esta venerable parroquia, no nos permite dudar de los planes llenos de misericordia que abriga María santísima para con sus hijos, los feligreses de San Victorino. Ella quiere prodigarles á manos llenas los consuelos que necesitan en sus congojas, trabajos y tribulaciones. ¡Nuestra Señora de la Consolación, ó del Consuelo! ¡qué advocación más dulce para el corazón del hombre condenado á vivir en la región del llanto y del dolor! Los vecinos de esta parroquia, favorecidos con señales prodigiosas y milagros debidos al culto de esta santa imagen, no deberían mirar con indiferencia el tesoro que poseen en la de-

estandarte de María. ¿No es ella vuestra capitana? ¿no sois vosotras sus valientes compañeras de armas? ¡Qué valor no debe infundiros la presencia de esta nueva Débora al frente de sus aguerridas huestes! Á pelear os ha llamado el Señor con las armas del espíritu en el gran ejército de su Iglesia; que, si en todo estado es milicia la vida del hombre sobre la tierra¹, la profesión religiosa lo es de combatir á diario en el campo de batalla del propio corazón contra el mundo, el demonio y las pasiones. Pero la vocación de las órdenes religiosas activas es doblemente guerrera, porque, además de combatir en defensa de la propia alma, obliga á guerrear contra los enemigos de Cristo, acudiendo al socorro de las almas para que no sean vencidas por el caudillo infernal. Por muy grandes y temerosas que sean estas luchas, que son la vida del apostolado, á vosotras no pueden intimidaros, pues tenéis por armas el mismo espíritu apostólico, avivado de continuo en vuestros corazones por vuestra consagración al servicio de María.

Vuestra gloriosa orden tiene por divisa propia la devoción á la Santísima Virgen, según lo acredita vuestro mismo nombre de «Hermanas de Nuestra Señora»; y la devoción á la que es, como hemos visto, Reina de los apóstoles, no puede menos de mantener siempre viva la llama del celo de la gloria de Dios y la salvación de las almas, virtud que caracteriza á los apóstoles y á cuantos profesan ir en seguimiento de sus huellas.

Mientras arda en vosotras esta llama, este espíritu apostólico, que es el espíritu de María, el éxito más completo coronará vuestras santas empresas, floreciendo

¹ Job 7, 1.

por vuestro medio la cristiana educación; y así como la presencia corporal de María sobre el Pilar de Zaragoza aseguró la conquista del mundo para el Evangelio, así la protección constante que os dispensa la misma Señora desde lo alto de su trono, será para vosotras prenda de multiplicados triunfos en la arena de la perfección, y garantía de la final victoria que os pondrá en posesión de la eterna bienaventuranza. Así sea.

SERMÓN PARA LA FIESTA DE NUESTRA SEÑORA DEL CONSUELO

(predicado en la parroquia de San Victorino, Bogotá, 1897).

María, consuelo de afligidos.

Quomodo si cui mater blandiatur, ita ego consolabor vos.

Como una madre que acaricia al hijo lloroso, así yo os consolaré á vosotros.

Is. 66, 13.

1. Una piadosa tradición atestiguada por la fiesta que el día de hoy celebra esta venerable parroquia, no nos permite dudar de los planes llenos de misericordia que abriga María santísima para con sus hijos, los feligreses de San Victorino. Ella quiere prodigarles á manos llenas los consuelos que necesitan en sus congojas, trabajos y tribulaciones. ¡Nuestra Señora de la Consolación, ó del Consuelo! ¡qué advocación más dulce para el corazón del hombre condenado á vivir en la región del llanto y del dolor! Los vecinos de esta parroquia, favorecidos con señales prodigiosas y milagros debidos al culto de esta santa imagen, no deberían mirar con indiferencia el tesoro que poseen en la de-

voción á Nuestra Señora del Consuelo¹. Para excitarla más en todos los presentes, voy á exponeros, amados oyentes míos, de qué manera tan elevada y tan cumplida justifica María santísima esta consoladora advocación. No en vano dice, como habéis oído en el texto sagrado: *Como una madre que acaricia al hijo lloroso, así yo os consolaré á vosotros*².

2. Pero es preciso sentar brevemente algunas observaciones preliminares que den luz á nuestro asunto. El consuelo, hermanos míos, suele aliviar el dolor y hacerlo llevadero, pero no lo destruye ni lo hace desaparecer por completo. Esto sería imposible en esta vida de destierro, y nadie tiene derecho de exigirlo del mejor amigo y piadoso consolador. Hay más, y es que el consuelo presupone como necesaria la existencia del mal y la tristeza que él ocasiona en el pobre corazón humano; puesto caso que quien no llora, no tiene necesidad de consuelo. *Bienaventurados los que lloran*, decía el Salvador, *porque ellos serán consolados*³. Por manera que, no sólo el ser consolado es una bienaventuranza, sino aun el mismo llorar y padecer cuando hay una mano amiga que enjague el llanto y una palabra cariñosa que derrame el bálsamo del consuelo en el llagado corazón. ¡Felices, añado yo, los que en sus tribulaciones acuden á María, á esta universal *consoladora de afligidos*⁴, porque sin duda alguna recibirán colmado y positivo consuelo! Éste depende principalmente del conocimiento que el hombre adquiere en

¹ Existe una relación del origen, que se cree milagroso, del culto de Nuestra Señora de la Consolación en la parroquia de San Victorino, de Bogotá.

² Loco supra cit. ³ Matth. 5, 5.

⁴ Consolatrix afflictorum (Eecl. in lit. lauret.).

medio de sus tribulaciones, de que ellas no son tan grandes, ni tan desesperantes como él se lo figura, y de que encierran un bien mayor que el bien perdido, una utilidad que compensa ventajosamente el mal cuyo aguijón le atormenta. Atenuar el mal con la presencia de un bien real, aunque invisible, y con la esperanza de que será remediado eficaz y prontamente, he ahí la obra del verdadero y bien entendido consuelo. Éste, como se echa de ver, es un consuelo racional; y tales son siempre los consuelos que da al desgraciado nuestra divina religión. Tal es el consuelo que descende á nosotros de las manos de la Madre de misericordias y dispensadora de toda consolación.

3. En efecto, María, como lo vais á ver, nos hace primero reconocer y glorificar en medio de nuestras tribulaciones, la mano sabia y benéfica de la Providencia que nos hiere y nos sana¹; y ella misma, en segundo lugar, se nos revela como el instrumento providencial para aliviar nuestros males. No son éstos, pues, irremediabiles, porque contamos con el auxilio de la Virgen todopoderosa y benignísima; pero también es preciso resignarnos á sobrellevarlos, porque así lo pide la razón y nuestra propia utilidad. *Con él estoy en la tribulación*, dice María; *pero yo le sacaré de ella con gloria*². Invoquemos su intercesión valedera ante el Padre de las luces para impetrar ahora las que necesitamos: *Ave María*.

I.

4. Más que los males físicos de la vida presente debiera aquejarnos, cristianos, el mal moral, que es el mal sumo, el mal entre los males. Y mal moral es, y

¹ Deut. 32, 39. ² Ps. 90, 15.

no pequeño, la espantosa ceguedad en que vive la mayor parte de los hombres, aun de los que profesan la fe cristiana. ¡Cuán olvidada tenemos la divina Providencia! Idea natural en el corazón de todo hombre, como lo son las del poder, sabiduría y bondad del Criador, parece dormida y sepultada allá en el fondo de nuestro ser, principalmente cuando la vana felicidad nos sonríe y lisonjea, haciéndonos idolatrar en los bienes de la tierra ante el altar del egoísmo. Ni siquiera los males ordinarios en que anda envuelta nuestra vida, y con los cuales llegamos á familiarizarnos, bastan á despertar en nosotros el pensamiento de un Dios que rige y gobierna nuestros pasos por la senda, ora áspera, ora llana, de la salvación, y seguimos impávidos gobernándonos á nosotros mismos con el necio absolutismo de una soñada autonomía respecto del Criador. Vienen en esto los sacudimientos fuertes, los golpes extraordinarios de la fortuna, y vienen tal vez de improviso y sobrecogen al infeliz mortal, y le obligan á salir del malhadado encanto, y á dar voces como los apóstoles puestos á riesgo de naufragio en el mar de Galilea: ¡Señor, sálvanos que perecemos!¹ Entonces Jesús le habla al corazón y le reprende su indiferencia religiosa, su olvido de Dios y de la Providencia: *Quid timidi estis, modica fidei?*² Y ¿no es, por ventura, un bien inmenso para el hombre despertar de sueño tan mortífero, abrir los ojos del alma, empezar siquiera á ver la luz, alzar el corazón á Dios, reconocer el dominio y la soberanía del Altísimo, y ponerse de esta suerte en el camino de la salvación? Pues tales son los bienes que producir suele lo que llamamos desgracia, aquello que

¹ Matth. 8, 25.² Ibid. v. 26.

nos lanza en un abismo de desconsuelo y hasta de desesperación. Estos bienes, que no son sino frutos de la gracia, son de ordinario favores que María otorga á sus devotos, á los que en medio de la tribulación acuden á ella por consuelo. ¡Cuánta luz no suele derramar la Virgen prudentísima en el corazón de ciertos hombres hasta entonces ciegos y extraviados! Contemplemos más despacio, oyentes míos, los saludables efectos de la adversidad en las almas que saben aprovecharse de ella, y reduzcámoslos á dos: el conocimiento del poder divino, y la confianza en la bondad del Padre celestial.

5. La hora fatal del dolor hace al hombre testigo irrecusable y pregonero público de su debilidad; y, por natural consecuencia de ese testimonio, hácele proclamar á voz en grito la omnipotencia del soberano dueño y regulador del universo. El vasto y sombrío cuadro de nuestras desventuras no es, en definitiva, sino el cuadro de nuestra inerme debilidad y soberana impotencia. Oíd al enfermo: «¿Qué puedo yo, exclama, contra la enfermedad que me abrumba, contra el dolor que me desgarrar?» Escuchad al moribundo: «¿Qué puedo yo contra la muerte que á pasos de gigante se acerca para arrancarme de este mundo y dividirme de mí mismo?» Éste es aquel lastimero: ¿Qué hago yo? que oímos traspasados de dolor á la orilla de la cama del desasosegado moribundo. *Heu, heu, heu! ... quid faciemus?*¹ Y «¿qué puedo yo, dice al mismo tiempo el padre ó la esposa ó el hijo, contra esa implacable homicida que me arrebató, sin piedad, las dulces prendas de mi corazón, el sostén de mi existencia? ¿Puedo yo suspender

¹ 4 Reg. 6, 15.

esa maza de hierro que se desploma sobre mi cabeza hundiéndome en el sepulcro ó, lo que tal vez es peor, en el desamparo de la orfandad y la viudez?» «¿Qué puedo yo, murmura aquel otro desgraciado, contra las enormes fuerzas de la naturaleza que, animadas ó inanimadas, se lanzan contra mí, como huestes enemigas, para arrasas mis campos, talar mis sementeras, arruinar mis posesiones? ¿tengo yo recursos para combatir siquiera al devastador insecto, al microbio contagioso?» En fin, para abreviar, escuchad la confesión de la humana flaqueza de boca de aquellos que vierten su profundo desaliento en frases como éstas: «¿Qué puedo yo contra el odio implacable que me persigue, contra la envidia que me muere, contra la mala fe que me arruina, contra las lenguas viperinas que despedazan mi reputación, contra el ruin y perverso carácter que me atormenta, contra la ingratitud de los hombres, la falsedad de los amigos, y contra tantos y tantos otros agentes de destrucción conjurados para quitarme ó acibararme la existencia?» ¿No son ésas las voces que asordan al mundo? Siempre y en dondequiera el fatal ¿Qué puedo yo?...

6. Surge entonces del fondo de la conciencia iluminada por la razón y la fe, otra voz consoladora y vigorosa que apaga la voz de la debilidad humana, diciendo: *Quis sicut Dominus Deus?*¹ «Si yo no puedo nada, criatura miserable como soy, grande solamente en los ensueños de mi orgullo, hay quien lo puede todo, el Dios óptimo y máximo, el Criador del Universo, el que ata y desata los elementos, encadena los aquilones, impera sobre las tempestades², da vida á

¹ Ps. 112, 5.² Ps. 88, 10.

los grandes cetáceos y á los microscópicos vivientes, envía á la muerte adonde quiere, ó le ataja los pasos, si le place, dispone de los mismos corazones de los hombres sin coartarles la libertad: todo, en fin, lo ordena y encamina á su destino, según los planes de su sabiduría infinita, con el impulso de su diestra irresistible.» Y aquí tenéis al hombre reconociendo y acatando, en el día de la tribulación, la grandeza del poder divino. Entonces se lamenta, como el santo Job, de la insensatez de su lenguaje interior: *Sé que todo lo puedes, dice, y que no hay pensamiento escondido para Ti... Si antes te oí sensiblemente, ahora te veo con mis propios ojos. Por eso yo mismo me reprendo y hago penitencia cubierto de ceniza*¹. Y entonces Dios también se complace en consolar al hombre atribulado, como lo hizo espléndidamente con su siervo Job, duplicándole los bienes perdidos y recompensándole por todos los males y trabajos que el mismo Señor descargara sobre él para probar su virtud.

7. ¡Singular contraste el que ofrecen á este respecto la conducta del hombre de fe y de razón, cual es el cristiano, y la del ciego deísta ó fatalista que osa negar la acción de la divina Providencia. Este desgraciado cree, ó se figura creer, en la soberanía absoluta de la naturaleza física, en la inflexibilidad de sus leyes, en el ciego imperio de la fuerza bruta. Aquél, harto más cuerdo, reconoce un poder superior á las leyes físicas y cósmicas, y por encima de las energías ciegas, fatales en su desarrollo, descubre otra fuerza inteligente y libre, no sólo capaz de dominarlas, sino de manejarlas y jugar con ellas á su antojo. ¿Cuál de los dos tendrá razón?

¹ Job 42, 2 sqq.

El simple sentido común basta para decidirlo. Por eso contrasta con la cordura y sensatez del creyente la locura é inconsecuencia del deísta. Puede el débil mortal empeñar lucha á muerte con los agentes naturales que le perjudican, que conspiran para quitarle la vida; puede la humana inteligencia desviar muchas veces el golpe de la fuerza ciega, encauzarla, dirigirla con su industria, hacerla esclava de sus caprichos é instrumento de su felicidad. Y ¿no podrá hacer eso mismo, pero en una escala ilimitada y en toda la extensión de sus dominios, la inteligencia y el poder infinito que sacó la materia de la nada? Parece imposible que haya hombres que puedan desconocer la intervención de la divina Providencia, á menos que renieguen de la divinidad y desconozcan la creación. Y, sin embargo, no escasean los que, sin hacer profesión de renegados y ateos, caen prácticamente en errores semejantes, prescindiendo de Dios, no contando en sus empresas con más recursos que los del propio ingenio, capital é industria. Éstos son los que hacen caso omiso de la oración, desechándola como práctica inútil y supersticiosa; los que se mofan de la fe de las gentes candorosas que todavía hablan de milagros; los que menosprecian el culto de las sagradas imágenes, por más veneradas que sean de los pueblos cristianos, los cuales saben bien que Dios se complace en honrarlas, no por lo que son, sino por lo que representan. Estos tales no es de admirar que contemplen el día de hoy con lastimoso desdén el culto que esta parroquia, fiel á la tradición de sus mayores, tributa á María bajo el título de Nuestra Señora de la Consolación. ¡Plugiera á Dios traerlos á más cuerdos y sanos pensamientos!

8. Y que después de reconocer y acatar el poder soberano del Criador, comprendieran la bondad de Aquel que prodiga sus bienes á todos, buenos y malos, justos é impíos¹. Mas, para llegar á este reconocimiento, ¡cuánto no ayuda al hombre el aguijón de la adversidad! En esa hora se persuade de su pobreza, mejor dicho, de su extrema indigencia, puesto que nada puede y nada tiene. Y, en efecto, ¿qué tiene el hombre de sí mismo? ¿*Qué tienes*, dícele el Apóstol, *que no lo hayas recibido?*² La verdad es que no puede siquiera sostenerse por sí solo, menos aún perfeccionarse y labrar con sus propias manos su felicidad. Para todo necesita de auxilios extraños. Ni debe presumir de bastarse á sí mismo confiado en la posesión de esos bienes que llaman de fortuna, saboreándose como el rico aquel del Evangelio en la abundancia de los frutos almacenados: *tienes de sobra para muchos años*; porque en plena salud y sin previo anuncio puede ser que se le corte súbitamente el hilo de sus locas esperanzas con el de la vida, hiriéndole con aquella voz temerosa: *¡Insensato! esta misma noche te pedirán el alma*³. Estas importantes enseñanzas saben dar la adversidad y los reveses de fortuna. ¡Dichoso aquel que, dándoles oídos, reconoce que sólo Dios es rico y bueno, y que de su plenitud y generosidad lo recibimos todo! ¡Dichoso el que siente dignamente de la bondad paternal del Señor que no descuida en su amorosa solicitud á la hormiga ni al miserable gusanillo! *Todas las criaturas, canta el Profeta, esperan de Ti el sustento necesario á su tiempo.... Dándoles Tú, recogerán; abriendo*

¹ Matth. 5, 45.² 1 Cor. 4, 7.³ Luc. 12, 20.

*Tú la mano, todos se enriquecerán con tus dádivas*¹. Reconozca el hombre la bondad de su Criador y Padre, y no le faltará consuelo en sus tribulaciones. Antes bien, favorecido por su misericordia, entonará himnos de bendición con el Real Profeta, diciendo: *Bendice, ¡oh alma mía! al Señor, y todo cuanto hay dentro de mí alabe su santo nombre*². Porque, no sólo nos da su luz para reconocerle y adorarle en medio de los contratiempos de la vida, sino que abrevia los días del padecer, socorriéndonos en tiempo oportuno por medio de María, instrumento universal de su misericordia, según veremos en la segunda parte.

II.

9. He aquí una verdad práctica de la mayor importancia para el alma menesterosa de consuelo: «Yo sé que tengo en la Virgen Santísima el remedio de todos mis males, el alivio de todas mis penas, porque Dios la ha constituido medio providencial por excelencia; y, como sé que Dios quiere favorecerme, sé también que ha de hacerlo por mediación de María.» Dedúcese de aquí, mis amados oyentes, la necesidad que tenemos todos de invocar á esta Virgen benditísima como á Nuestra Señora de la Consolación. ¿No nos lo ha enseñado así la santa Iglesia? ¿No nos lo enseñaron desde la infancia nuestros católicos padres y maestros? Nuestro propio corazón ¿no nos ha sugerido la idea de asociar al santo nombre de Dios el dulcísimo nombre de María en nuestras aspiraciones suplicantes, exclamando: «Jesús y María, socorrednos, amparadnos»? Y aun quizás, olvidando al mismo Dios, en

¹ Ps. 103, 28.² Ps. 102, 1.

ciertos trances de suprema angustia, ¿no se han ido nuestros ojos directamente á la piadosa Madre, acaso por tenerla ó por suponerla más cerca de nosotros, y hemos clamado: «¡Virgen María, ayúdame!» Ya con un título, ya con otro, hemos acudido en nuestras necesidades espirituales y temporales á la que la Iglesia llama «Consuelo de afligidos»¹. Y la experiencia ¿no ha venido á apoyar nuestra confianza? «No se hable más de tu misericordia, Virgen bienaventurada, la apostrofa San Bernardo, si hay alguien que, habiéndote invocado con fe y perseverancia en sus necesidades, asegure haberle tú faltado.» No, hermanos míos, María santísima no falta nunca á sus devotos que de corazón la invocan.

10. La razón católica, esto es, la que apoyada en la fe va discurrendo cuerdate, viene á corroborar el testimonio de la experiencia. En efecto, María es la criatura que posee todas las condiciones y requisitos necesarios para desempeñar á maravilla el papel que la Providencia le ha asignado, de órgano de sus bondades. Atended á esta reflexión. Colocada como *primogénita de todas las criaturas*², en medio de la creación, para señorearla toda, puesta entre Dios y los hombres, como Madre, se acerca lo bastante al Señor para recibir sus despachos y divinas comunicaciones, y está al mismo tiempo tan vecina al hombre, que puede comunicarle y transmitirle perfectamente lo que de Dios recibe. Ninguna otra criatura, pues, más apta que María para representar y ejecutar la acción providencial. Desenvolvamos brevemente esta sólida argumentación.

11. María, cristianos oyentes, representa al vivo la divina Providencia, y es su más acabada y deslumbrante

¹ In Lit. lauret.² Eccli. 24, 5.

imagen, por lo mismo que lo es de la Divinidad. Eslo principalmente del poder, de la sabiduría y de la bondad, atributos que entran como elementos en el concepto de la Providencia ó gobierno divino. Es claro que María no posee por sí misma ningún atributo de la Divinidad; porque, aunque perfectísima, es también simple criatura, y criatura humana, cuyo patrimonio es la ignorancia, la debilidad, la nada, como acabamos de reflexionar; y María misma lo reconoció con más humilde sinceridad que ninguno, al exclamar: *Ecce ancilla Domini!*¹ Esto no obstante, es la más poderosa, la más sabia, la más buena y santa entre todas las criaturas, no sólo humanas, sino angélicas, y aun en cierto modo entre todas las posibles, según doctrina recibida en la Iglesia, por cuanto Aquél cuyas son estas soberanas perfecciones, se dignó comunicarlas á esta virgen singular, en el más alto grado que pedía la dignidad altísima y como infinita á que le plugo elevarla, de Madre del Verbo Encarnado. Consta, pues, que María es la imagen más acabada y perfecta del Criador; luego nadie mejor que ella puede decirse representante de la Providencia. Y aquí debe advertirse que este divino atributo, en virtud del cual gobierna Dios todas las cosas humanas², funciona plenamente en un orden sobrenatural que corresponde al fin último á que el hombre ha sido elevado por la misericordiosa mano del Señor. Á este orden sobrenatural, por consiguiente, deben concurrir los órdenes parciales é incompletos de la naturaleza, el físico y el moral, los cuales son gobernados con sabiduría y bondad por el Criador y Legislador del universo, del espíritu y la

¹ Luc. 1, 38.² Eccl. in orat. Dom. 7 post. Pentec.

materia. *En Él descansan y se sostienen todas las cosas*, como dice el gran Apóstol, refiriéndose al Hijo de Dios¹. Ahora bien, es en este orden donde se encuentra y tiene su trono María, anillo misterioso, por decirlo así, de la naturaleza y la gracia, criatura y madre del Criador, colocada allí para ser instrumento aptísimo de la acción providencial. Lo fué, en efecto, para la redención del género humano; y ¿qué acontecimiento pertenecerá más de lleno que ése al gobierno de la Providencia? No sólo, sino que ése es el punto céntrico adonde todos los demás acontecimientos convergen, en rededor del cual todos gravitan, así los hechos privados é individuales, como los públicos y concernientes á la humanidad entera. *Omnia in ipso constant*, según la sublime sentencia de San Pablo. Si, pues, María representó tan gran papel en la obra máxima de la Providencia, ¿decidme si podrá considerársela excluída de toda participación en el gobierno divino de los acontecimientos inferiores y ordinarios! Yerran, según esto, los que no comprendiendo toda la extensión del plan divino, se persuaden de que pueden prescindir de María santísima, aun creyendo y esperando en Dios. La Virgen puede decir á los tales lo que decía Jesús á los judíos: *¿Creéis en Dios? luego debéis también creer en mí*². La razón es manifiesta y concluyente.

12. Hay más todavía, y lo expondré para concluir. Así como María representa y hace las veces de la Providencia, así también le sirve de instrumento para la ejecución de sus decretos misericordiosos. Una sencilla y clara observación nos lo demuestra. Ningún instrumento más apto que la Virgen-Madre para este dulce

¹ Col. 1, 17.² Io. 14, 1.

ministerio de dispensar bienes á los hombres, y, en especial, de consolar á los pobres afligidos. Bien sabéis que Dios se vale, cuando quiere y porque quiere, de sus mismas criaturas para hacer beneficios á los hombres. Y ¿qué ministerio más digno que servir de intermediario del Criador, y de canal de su munífica liberalidad? Los ángeles no se desdennan de ejercer este oficio¹; y de ahí que tantas veces se nos hayan revelado acudiendo al socorro del hombre, guiándole como al pueblo de Israel, acompañándole en su larga peregrinación como á Tobías, confortándole en sus agonías como al mismo Salvador en el huerto. Pero ¿quién podrá desempeñar esta misión más dignamente que María? Porque, si los ángeles son nuestros hermanos y amigos, ella es nuestra madre, y con esto queda dicho todo. ¿En qué manos estarán mejor depositados los tesoros de la misericordia? ¿quién sondeará mejor que ella el abismo de nuestras desventuras? ¿quién como María comprenderá lo horrible de una de tantas situaciones amargas que demandan á gritos el socorro del cielo? ¿quién con más presteza acudirá en nuestro auxilio? Por eso la Iglesia, penetrada de la verdad de estas consideraciones, acostumbra invocar á la Virgen Santísima con esta conocida antifona del gran Doctor San Agustín: «Santa María, socorre á los desvalidos, ayuda á los de ánimo apocado, consuela á los que lloran, ruega por todo el pueblo, intercede por el clero, y por el religioso sexo femenino, experimenten tu auxilio todos cuantos celebran tus festividades.»²

13. Esto mismo te pedimos hoy, ¡oh Madre y Señora del Consuelo! Postrados á tus pies, tus devotos

¹ Ps. 90, 11. ² S. Aug., Serm. 18 de Sanct. (al. CXCIV, n. 5).

hijos de esta parroquia te suplican no los desampares en la hora de la tribulación, como no desamparaste á sus piadosos antepasados, que con tanto júbilo acogieron en este templo tu sagrada imagen y por tantos años le tributaron culto. ¡Virgen gloriosa y bendita! ¡que no degeneremos de la piedad de los que nos enseñaron á honrarte y bendecirte! ¡Oh! si llegara alguno de nosotros á olvidarte, á desconocerte, sería el ser más desgraciado de la tierra, pues carecería de los consuelos que tú sola puedes y sabes prodigar á los que sufren.... Consuélanos, pues, en este valle de lágrimas, y llévanos contigo á la mansión feliz de la alegría interminable. Así sea.

SERMÓN PARA LA FIESTA DE LA INMACULADA VIRGEN CELEBRADA POR LA CONGREGACIÓN DE JÓVENES ESTUDIANTES

(predicado en la iglesia de San Ignacio de Bogotá, 1897.)

Deberes y prerrogativas de los congregantes de María.

Ego diligentes me diligo, et qui mane vigilant ad me, invenient me.

Y amo á los que me aman, y los que madrugan á buscarme, me hallarán....

Prov. 8, 17.

1. «Cada vez que, en el curso de mi ministerio, me corresponde dirigir la palabra á un auditorio compuesto exclusivamente de hombres, decía un orador contemporáneo¹, me siento vivamente impresionado porque me parece hablar á reyes.» Y no carecía de razón;

¹ El abate *Marchal*: «L'homme comme il le faut.»

de quien ora, y esas manos graciosamente entrelazadas contra el pecho y todo ese aire extático, sino que María está embelesada en el goce de las delicias del amor?¹

13. Y esto bastará para concluir, oyentes míos, que la modestia es el más hermoso ropaje de la Inmaculada Virgen. Por eso ha sido tan amada y practicada esa virtud por todos los santos, y principalmente por las vírgenes cristianas. Ella debe ser, pues, la joya más preciada de las jóvenes que se honran con el título de Hijas de María y tienen por Patrona á la que dijo en la gruta de Lourdes: *Yo soy la Inmaculada Concepción*. Esa virtud es el sello de las almas puras, de los corazones humildes y serenos, despreciadores de sí mismos y de las terrenas vanidades, henchidos plenamente de las dulzuras de su Dios. Tales deberían ser todas las jóvenes que aspiran á enaltecer la piadosa institución que tiene por principal objeto honrar é imitar la pureza de la Reina de las Vírgenes. Así sea.

DISCURSO RELIGIOSO PARA EL DÍA DE
LA INMACULADA CONCEPCIÓN DE NUESTRA
SEÑORA

(pronunciado en la catedral de Bogotá, 1896).

La definición dogmática de la Inmaculada
Concepción.

Reliquiæ cogitationis diem festum agent tibi.
Ps. 75, 41.

I. ¡Cuarenta y más años han transcurrido, y aun está fresca y palpitante en millares de almas la emoción de aquel gran día! ¡Fecha memorable del ocho de

¹ Deliciis affluens (Cant. 8, 5).

diciembre de 1854, cuántos recuerdos nos envías, perfumados con el timiama de la definición del dogma de la Concepción Inmaculada! España y América, que veneraron siempre á María como Patrona en el misterio de su purísima Concepción, saltaron entonces de júbilo, distinguiéndose entre todos los pueblos del catolicismo por la grandeza de su religioso entusiasmo. ¿Qué diré de Colombia y de su capital, para quien, como decía en aquella ocasión el Ilmo. Señor Don Manuel José de Mosquera, de santa y gratisima memoria¹, nada hay tan sagrado, después del culto del Señor, como la devoción á María Santísima en este dulcísimo misterio de su Concepción sin mancha? ¡Ah! No faltarán aquí mismo entre mis amados oyentes quienes, como testigos oculares, pudieran levantarse á referirnos lo que vió entonces Bogotá y Medellín y Cartagena y Popayán y todas las ciudades y los pueblos todos de esta vasta Provincia eclesiástica, con ocasión de la definición dogmática acogida con gozo incomparable, y celebrada con demostraciones nunca vistas de religiosidad en esta piadosísima nación, entonces más compacta que hoy, si no más fervorosa, en sus creencias y sentimientos religiosos. Jamás se vió mayor docilidad en los fieles para escuchar las palabras del Supremo Pastor, el cual terminaba la bula de la definición con esta calurosa exhortación paternal: «Oigan estas nuestras palabras todos los hijos de la Iglesia católica, para Nos tan queridos, y con más ardor que nunca, con mayor piedad y religión sigan honrando, invocando, implorando á la Bienaventurada Madre de Dios, la Virgen María concebida sin mancha original, y acójanse con toda

¹ Documentos para la biografía del Ilmo. Señor Mosquera t. I.

confianza á esta dulcísima Madre de misericordia y gracia.»¹

2. Séame, pues, permitido, amados fieles, ocupar vuestra atención con el recuerdo y la consideración de este celeberrimo acontecimiento, tan glorioso para María como importante para el Pontificado, y de tanta trascendencia para la Iglesia y el mundo entero. Ninguna otra manera mejor de celebrar el misterio de la Concepción Inmaculada de nuestra querida Madre, que deteneros, en frente de ese insigne monumento erigido en nuestro siglo á la gloria de la Inmaculada Madre de Dios, á reflexionar cuán gloriosa fué para la Virgen, cuán oportuna para el mundo, cuán ventajosa para la Iglesia la definición dogmática. He aquí el asunto que desarrollaré brevemente, después de implorar las luces del cielo, saludando á María, con el Ángel, llena de gracia: *Ave Maria*.

I.

3. No hace medio siglo, cristianos oyentes, que fué pronunciado en lo alto de la Cátedra infalible por boca del piadosísimo Pío IX el fallo supremo que elevaba á la categoría de dogma de la fe católica la doctrina de la Inmaculada Concepción; pero ¿no ha sido ésta la creencia universal de la Iglesia desde hace diez y nueve siglos? ¿No se ha encomiado á María en esta misma cátedra sagrada, hace más de trescientos años, por la pureza de su Concepción? ¿Qué vino, pues, á añadir á las glorias de la Virgen pura y limpia el hecho de la definición dogmática con tanto aplauso recibida por el pueblo cristiano? Mucho ciertamente,

¹ *Pius IX*, *Ineffabilis Deus*.

amados fieles, dada la gravedad é importancia del fallo pontificio. En efecto ¿qué fué la palabra infalible de Cristo, pronunciada por el órgano de su Vicario, sino la interpretación clara y auténtica de los cien lugares de las Sagradas Letras, así del Antiguo como del Nuevo Testamento, en que, si no expresa y literalmente, á lo menos en sentido místico, se revela el privilegio de María en el primer instante de su animación? ¡Oh, qué nuevo rayo de luz ha iluminado las inteligencias para comprender el significado de aquellas expresiones y figuras que designaban sin duda á la Inmaculada Virgen, pero cuyo sentido, no estando del todo exento de obscuridades, ofrecía pretexto á la disputa! Desde esa fecha memorable no es lícito dudar, por ejemplo, que aquellas proféticas palabras del Criador á la serpiente del paraíso: *Inimicitias ponam...*¹, «Pondré enemistades entre ti y la mujer, entre tu descendencia y la suya», significan precisamente aquello que muchos y esclarecidos Padres habían entendido y enseñado², á saber, la lucha eterna y discordia irreconciliable entre el demonio y la Virgen, lucha que empieza en el instante en que la Madre de Dios comienza á existir, y que no terminará jamás, implicando por lo tanto el privilegio de no haber estado sometida al pecado original la que había de quebrantar eternamente la cabeza al infernal dragón. De esta suerte, lo que antes era poderoso argumento en favor de la doctrina que defendía el misterio, es hoy revelación del mismo, hecha por Dios desde los días de la caída, es oráculo divino

¹ Gen. 3, 15.

² Ambros., Gregor., August., Bernard., etc. apud *Cartagena*, *Homil. cathol. vol. I*.

CÁCERES, Sermones. II.

de clara y manifiesta significación. ¡Grande é inestimable ventaja para el verdadero creyente la de poseer un magisterio infalible que le señala la verdad revelada por Dios, así en la Escritura como en la Tradición!

4. Existía, en hecho de verdad, una tradición revestida de todos los caracteres de divina en pro del dogma de la Concepción inmaculada de la Santísima Virgen; pero era menester que el juicio absoluto de la Iglesia le pusiese el sello, limándola, como dice el inmortal Pío IX¹, y depurándola á fin de que aquel antiguo dogma recibiese tanta evidencia y claridad, que hiciese imposible toda duda en los ánimos de los fieles. Esto hizo la memorable definición *ex cathedra*. Por ella vemos en qué bases tan firmes reposaba la pía creencia maravillosamente difundida por todos los pueblos y naciones católicas, bases que no eran sino los insignes monumentos de las iglesias de oriente y occidente, acumulados desde la más remota antigüedad en torno de la singular prerrogativa del origen inmaculado de María. Monumentos de la tradición fueron las obras sapientísimas de innumerables doctores y escritores eclesiásticos, que de mil maneras, todas ellas claras y brillantes, proclamaron la santidad, pureza é inocencia excelentísimas de la soberana Virgen, correspondientes á su inefable dignidad y grandeza superior á todo lo posible, celebrando no sólo su plenísima inmunidad de todo linaje de mancha, sino también la plenitud de gracias y carismas de que fué enriquecida, ó, mejor dicho, el abismo insondable y tesoro casi infinito de divinas bendiciones con que fué prevenida. Monumentos fueron los decretos de gravísimos concilios,

¹ Bulla cit.

entre los cuales descuella el sacrosanto sínodo de Trento, el cual, á pesar de la amplitud de su definición dogmática sobre el pecado original, que parecía abarcar á toda la especie humana sin excepción de una sola persona, declaró solemnemente no ser su intento comprender en tan universal decreto á la Inmaculada Virgen y Madre de Dios¹, renovando juntamente la Constitución del Papa Sixto IV contra los que opinasen en contrario. Y, ya que hemos nombrado á este Pontífice, glorioso predecesor del gran Pío en el cielo por la gloria de María inmaculada, recordemos también los gratos nombres de Alejandro V, Julio II y Alejandro VII, por no hacer mérito de los demás Sumos Pontífices que con su autoridad apostólica instituyeron en la Iglesia romana la fiesta de la Concepción, dotándola de oficio y misa propia, los cuales, no contentos con declarar allí expresamente la exención de la culpa original y de cualquier otra mancha de pecado, tomaron á pechos dilatar este mismo culto, enaltecerlo y promoverlo de mil modos, ora concediendo indulgencias, ora aprobando congregaciones religiosas y hermandades fundadas en honor de la Inmaculada Concepción, ora, en fin, elogiando altamente la piedad de aquellos que bajo el mismo título de la Concepción Inmaculada fundaban monasterios y hospitales, ó erigían altares y templos².

Tales fueron, pues, entre otros muchos los monumentos auténticos que acreditaban la tradición antiquísima y verdaderamente católica de la Inmaculada Concepción de la Bienaventurada Virgen María, tradición que la definición pontificia vino á confirmar y sellar con su autoridad inapelable. Así fué que el anhelado

¹ Conc. Trid. sess. V.

² Bulla «Ineffabilis Deus».

decreto de Pío IX el Grande vino á colmar cumplidamente los votos de todo el universo, y el veheméntísimo deseo en que ardía todo el pueblo cristiano de ceñir esta inmortal corona á las sienes de su Reina.

5. ¿Quién dirá la aclamación unánime con que fué recibida en el orbe católico la palabra pontificia? Si ya antes había saludado el mundo en Pío IX al astro de bondad, al Padre amantísimo, al Mártir de la perfidia revolucionaria, después del 8 de diciembre de 1854 subió de punto el amor de la cristiandad á su Padre, y el entusiasmo por el Pontífice de la Inmaculada no reconoció ya límites. Pío IX pudo apellidarse el *Bien Amado*, porque se le miró siempre como el hijo predilecto de María. La satisfacción universal del pueblo cristiano correspondió naturalmente al anhelo piadosísimo con que era pedido y aguardado el oráculo apostólico. Así lo atestigua el mismo Sumo Pontífice en la bula ya citada. «Cada día, dice, se glorían más los pueblos fieles, siguiendo á los pastores de la Iglesia, de profesar la doctrina de la Inmaculada Concepción de la Madre de Dios, de tal suerte que nada les es más dulce ni más caro que celebrar por todas partes con ardentísima devoción, invocar y venerar á la Virgen concebida sin mancha de pecado original. De ahí que desde remotos tiempos los obispos, los más distinguidos eclesiásticos, las órdenes religiosas, y hasta los emperadores y reyes solicitaran encarecidamente de esta Sede Apostólica que fuera definida como dogma de fe la Concepción Inmaculada de la Santísima Virgen. Y estas súplicas se multiplicaron en los últimos tiempos, elevándose á la Santidad de Gregorio XVI, y luego á Nos, numerosas peticiones, así de los obispos como del clero secular y regular, y de los príncipes y

pueblos.»¹ El mismo Papa que así se expresaba en el solemne documento con que iba á colmar los deseos de la cristiandad, era, tal vez, quien más fervorosamente suspiraba porque llegase el oportuno día de dictar la suprema decisión en esta causa importantísima.

6. ¿Qué veía, pues, el grande y piadoso Pontífice, qué veían los pueblos católicos en la definición? Veían sin duda lo que nosotros vemos claramente, lo que á los mismos enemigos de Dios y de la Iglesia no podía ocultarse, veían el más glorioso de los triunfos para la soberana Reina, quien, con ceñir la corona de emperatriz de tierra y cielo, no estaba aún plenamente glorificada mientras el privilegio de su absoluta inviolabilidad de pecado no quedaba á cubierto de la más leve sombra de duda. Porque, así como esta pureza sin mancha representa su más glorioso triunfo sobre el demonio y el pecado, así la declaración de este privilegio y el acto de fe por el cual todas las inteligencias cristianas se inclinan para reconocerlo y venerarlo, es el complemento de aquella victoria incomparable. La inmunidad de la mancha de origen, así como forma su más preciado título de gloria, así es el principio de todas las gracias con que fué enriquecida y la condición reclamada por la altísima dignidad de Madre de Dios.

Fué, pues, según se deduce de lo expuesto, gloriosísima para la Santísima Virgen la definición dogmática de su Concepción Inmaculada. Ni fué menos oportuna en los tiempos en que se pronunció, y aún en los nuestros.

¹ Bulla cit.

II.

7. Ciertamente así lo creyó el gran Pontífice de la Inmaculada, quien, después de maduras deliberaciones y de haber agotado, por decirlo así, todos los medios de conocer la verdad revelada, supuesta la asistencia del Espíritu Santo indefectible en la Iglesia, é invocado el divino auxilio con públicas y particulares plegarias, declaró solemnemente que tenía plenísima confianza de que había llegado la oportunidad de los tiempos aguardada para pronunciar el fallo dogmático sobre la Concepción Inmaculada¹. Y, en verdad, cristianos oyentes, ¿qué más podía exigirse ni aún desearse para el acierto, aun suponiendo que éste dependiese únicamente de la prudencia y diligencia humanas? ¿No se habían estudiado á fondo por los más hábiles críticos los documentos del proceso? ¿No se había practicado la más vasta averiguación del sentido católico, así en oriente como en occidente, en el Viejo y en el Nuevo Mundo? ¿No se había implorado largo tiempo y con las mayores instancias y gemidos del alma la luz de lo Alto y el auxilio de toda la corte celestial, de manera que no quedara la más pequeña diligencia por hacer? Era, pues, llegada evidentemente la hora señalada por la mano de la Providencia en el reloj de los siglos para colocar en las sienas de María la triunfal corona de Reina de la Gracia y Vencedora de la infernal serpiente, aclamándola, á la voz del Pontífice, el coro universal de las naciones, *Regina sine labe originali concepta*, y bajo este título implorando su poderosa intercesión en favor de la perseguida y atribulada Iglesia,

¹ Itaque plurimum in Domino confisi etc. (Bulla «Ineffabilis»).

*Ora pro nobis*¹. Si nunca se vió festinación en los actos de la Santa Sede, la cual no lanzó jamás prematuramente su juicio en ninguna de las cuestiones sometidas á su divina jurisdicción; en la definición de que tratamos, menos que en ninguna otra pudo señalarse ligereza, cuando, al contrario, ninguna pareció que tardaba tanto en pronunciarse, admirándose los pueblos de que muchos años y aun siglos antes no se hubiese terminado la causa de la Concepción de María. Era, sin duda, porque Dios, cuya disposición es siempre tan sabia como misericordiosa, reservaba á nuestro pobre siglo XIX, como tan necesitado de gracias extraordinarias, la felicidad de ser testigo de este gran acontecimiento, y de aprovecharse de este nuevo tesoro de bendiciones del cielo.

8. Y á la verdad, cristianos, nuestro siglo, en su edad adulta, esto es, al llegar á su segunda mitad, necesitaba urgentemente algo extraordinario, algo así como un fenómeno sobrenatural para despertar de su letargo religioso, para contrarrestar sus tendencias naturalistas desarrolladas al influjo de los prodigiosos inventos de las ciencias físicas, para encauzar en fin las sociedades poseídas del vértigo del trastorno y el furor de la anarquía. Indiferentismo religioso, naturalismo y liberalismo, he ahí las tres grandes y horribles llagas que devoraban á nuestro siglo, principalmente en su primera mitad, llagas de que todavía, por desgracia, no ha acabado de curarse, como lo vemos con nuestros propios ojos. Ahora bien, la aparición de María en el firmamento de la Iglesia católica con el nuevo esplendor que le dió la definición del dogma, semejante á la visión

¹ Lit. lauret.

apocalíptica de Patmos: *Signum magnum apparuit in caelo*¹, fué ciertamente bastante ruidosa y demasiado visible, para no herir los ojos de los más indiferentes, causando profunda sorpresa en los ánimos más despreocupados y ejerciendo influencia saludable en los pueblos extraviados por la demagogia. Hagamos algunas reflexiones para convencernos de la oportunidad de la definición.

Heredera la generación del siglo XIX de las falsas ideas del siglo XVIII, cúpole la desgracia de crecer y desarrollarse en una atmósfera viciada por el filosofismo anticristiano. La reacción religiosa empezaba ya á manifestarse, pero no había podido aún, desplegando todo su vigor, contrarrestar la corriente de impiedad que de un siglo atrás venía arrastrando á su paso las buenas tradiciones antiguas, así religiosas como políticas. Íbase obrando lentamente en Europa y América, la restauración de las ideas religiosas y verdaderamente filosóficas, merced á la vitalidad de la Iglesia, inextinguible aún en medio de la persecución más violenta, íbase recuperando poco á poco el terreno perdido; pero todavía, hasta mediados del siglo actual, no había podido renovarse enteramente el espíritu de la sociedad, saturado de indiferentismo religioso. La Iglesia continuaba experimentando atroz martirio por parte de gobiernos inficionados del virus revolucionario, y atizados casi siempre por las sociedades secretas que con distintas denominaciones habían jurado lucha á muerte contra el pontificado y las instituciones católicas. Dígalo el mismo Pío IX arrojado de su trono por la revolución en el memorable año de 1848, confinado en Gaeta, víctima,

¹ Apoc. 12, 1.

tras efímero triunfo, de la perfidia revolucionaria entronizada en Cerdeña. Dígalo el episcopado de Colombia duramente azotado por la persecución en aquella misma época, tan aciaga para la Iglesia como para la República. El venerable arzobispo metropolitano expiraba lejos de la patria, mártir de su evangélica firmeza; y la Iglesia viuda lo lloraba sin consuelo¹. Entonces fué cuando, á la voz de Pío IX el Grande, brilló un meteoro luminoso sobrenatural: «Una señal apareció en el cielo: María, la Mujer por excelencia, se vió revestida del sol de la gracia original, y la luna, la Iglesia, se postró á sus pies implorando su socorro, mientras tanto que su cabeza resplandecía coronada de las doce estrellas de todas las gracias.» ¡Qué visión más apropiada para cautivar los espíritus y arrebatarse los corazones! Los pueblos todavía creyentes sintieron reavivarse su fervor con la aparición de María; y la celebración pomposa del misterio que fué siempre para los católicos el más querido y venerado, el de la Concepción Purísima, bajo cuyo patronato vivieron largos siglos España y América, hizo subir de punto su fervor: los sectarios y apóstatas quedaron anonadados y confundidos con las magníficas demostraciones religiosas á que dió lugar en todo el orbe católico la declaración dogmática; y, gracias á este hecho providencial, puede asegurarse que, si no triunfó de momento en todos los espíritus el sentimiento religioso, renació en millares de almas, preparando así la magnífica restauración moral y religiosa que se ha visto en época posterior, y de que nosotros mismos somos testigos abonados.

¹ El Ilmo. Señor Don Manuel T. de Mosquera, arzobispo de Bogotá, murió desterrado en Marsella, el 9 de diciembre de 1853.

9. Con la definición del dogma del privilegio de María, quedaba implícitamente afirmado una vez más por el oráculo infalible de la Iglesia el dogma del pecado original, del cual vino al mundo exenta por privilegio único la Madre del Salvador: quedaba, pues, asentada en el orbe cristiano una doctrina rechazada abiertamente por la herejía contemporánea, una doctrina añeja y reaccionaria, odiada de muerte por la pretendida y orgullosa ciencia moderna de que tanto se envanece nuestro siglo. Esto equivalía, pues, á un golpe certero descargado por la inerte autoridad doctrinal de la Iglesia sobre la hidra del naturalismo, ó sea, de la negación rotunda del orden sobrenatural, error fundamental de nuestro siglo, y base de todos los errores religiosos, morales y sociales¹. Porque es claro, hermanos míos, que de esta negación absoluta del orden sobrenatural, equivalente á la proscripción de todo el cristianismo, dimanaban todos esos monstruos de doctrinas perversas y de acción destructora y antisocial, que se conocen con los nombres de racionalismo, socialismo, comunismo y otros semejantes. Porque ¿cuál es la base del naturalismo sino la negación de la caída del hombre; ó sea, la afirmación de su estado natural primitivo, de suerte que el hombre no sea hoy más ni menos de lo que fué desde que apareció sobre la tierra, con sus facultades íntegras y perfectas, con sus vicios y virtudes naturales? Á este sistema erróneo, desmentido por la revelación y hasta por la razón y la historia, opone la Iglesia el dogma de la caída moral de nuestros primeros padres, trascendental á su raza; y de ahí deduce fácilmente la necesidad de la reparación por Jesucristo Sal-

¹ Véase Mgr. Pie, Obras t. V.

vador del mundo, el establecimiento de un nuevo orden religioso y de una nueva sociedad, con todos los demás dogmas que forman el símbolo cristiano. Ved, pues, carísimos oyentes, así la importancia como la oportunidad de la definición dogmática de la Inmaculada Concepción de la Virgen, llamada en nuestro siglo, como en los anteriores, á combatir y echar por tierra todos los monstruos de las herejías¹.

Paso en silencio otras no menos graves consideraciones que pondrían de relieve cuán oportuna, atendidas las necesidades del siglo XIX, fué la definición de que tratamos, la cual siendo, como observa el eminente Cardenal Pie, obispo de Poitiers, el ejercicio de la más alta autoridad que pueda existir sobre la tierra, vino á apoyar los esfuerzos de todos los hombres de orden que trabajaban por restablecer la autoridad social en las naciones modernas agitadas por el vértigo de la rebeldía revolucionaria.

III.

10. Admiramos en fin, aunque ligeramente, la grandeza de los resultados del supremo Juicio doctrinal del Pontificado sobre la Concepción de María, y nos convenceremos todavía más de cuán ventajoso fué para la causa de la Iglesia. Sin duda que las potestades del abismo calculaban en sus antros la maravillosa trascendencia de aquel acto; y por eso, impotentes para estorbar su ejecución, diéronse á la tarea de ridiculizarlo para amenguar su importancia. Pero en vano, porque estaba de Dios salvar al mundo en esta ocasión, como siempre, por la mediación de María, auxiliadora de los

¹ Cunctas hæreses tu sola interemisti... (Eccl. in offic. B. M. V.).

cristianos. Pío IX había dicho al pronunciar la solemne sentencia: *Para exaltación de la fe católica y aumento de la religión cristiana, definimos...*¹ Y yo pregunto á la historia contemporánea: ¿Se han realizado los votos y la intención de aquel gran Papa durante los cuarenta años que han seguido á la definición? Pero ¿quién no lo ha visto y no lo ve actualmente con sus propios ojos? ¿quién no advierte cuánto ha ganado en extensión y en intensidad la fe católica desde aquella fecha memorable? Sin hablar de lo que ha mejorado la situación religiosa en las potencias católicas, Francia, España, Austria, Bélgica y las repúblicas americanas, en las cuales dista mucho de ser hoy como entonces precaria y angustiosa la posición de la Iglesia, no obstante la persecución solapada que se hace constantemente á su doctrina y sus derechos; evidente es el progreso religioso en los países heréticos, como Inglaterra, Alemania y Estados Unidos, donde ha crecido tanto el número de católicos, como lo prueba el restablecimiento de la gerarquía y el considerable aumento de sedes episcopales, iglesias é institutos religiosos. ¿Qué diremos de la dilatación de la Iglesia y propagación del cristianismo en las regiones infieles nuevamente descubiertas en África, Asia y Oceanía, donde con la civilización se ha implantado la gloriosa bandera de la fe católica? Gracias infinitas debemos tributar al Padre de las luces que durante los últimos pontificados se ha dignado iluminar con la luz del Evangelio, llevada por nuestros misioneros, á tantos millares de salvajes, ayer no más sumidos todavía en las tinieblas de la más estúpida superstición. Y ¿cómo no atribuir tan

¹ Bulla «Ineffabilis».

bellos triunfos de nuestra fe á la visible intervención y auxilio de María, declarada inmaculada en su Concepción?

II. Había dicho también el Pontífice infalible: «Confiamos en que la Virgen poderosísima querrá hacer que la santa Madre Iglesia, removidas todas las dificultades y apartados todos los peligros, florezca y reine cada día más, y disfrute de todo paz y libertad hasta tanto que de todas las sectas separadas del centro de unidad se forme un solo rebaño bajo el cayado de un solo pastor.»¹ ¡Ah! me diréis, ¿qué fué de las risueñas esperanzas del atribulado Papa, del Papa destronado, despojado y muerto al fin en su prisión del Vaticano? ¿Era esto lo que se prometía el piadoso Pontífice? ¿así quedaron logradadas las esperanzas que cifraba el pueblo creyente en el valor de la solemne definición? ¡Ah! cristianos: no nos dejemos alucinar por la apariencia de las cosas y el color de los sucesos. En medio de esos luctuosos contratiempos que todavía afligen á la Santa Sede, y que hoy, como en todo tiempo, no son más que una prueba brillantísima de su firmeza inquebrantable, ¿quién no reconoce y admira tantos otros sucesos prósperos para la Iglesia y el Pontificado, tantas glorias conquistadas por el jefe del catolicismo, tantos triunfos obtenidos en el terreno moral y social por la Cátedra de Pedro, los cuales ciertamente bastan para compensar con exceso aquellos males y desgracias de que vanamente se glorían los enemigos de Dios y de su Iglesia? Recordad las hazañas del amable y valeroso Pío IX, su firmeza en la lucha contra todos los poderes coligados para derribarlo, la promulgación del famoso *Syllabus* con que hirió de muerte á la revolución, con-

¹ Bulla cit.

denando sus doctrinas; recordad el concilio Vaticano, y entre sus definiciones dogmáticas la de la infalibilidad del Pontífice Romano. Recordad las victorias que en el orden espiritual y aun en el político ha conseguido, en medio de su penosa situación, su esclarecido sucesor León XIII; mirad los resplandores con que actualmente ilumina el vasto cielo de las inteligencias, la brújula con que señala el derrotero á las naciones extraviadas... Y concluyamos de estos pocos rasgos que no ha sido vana la confianza de la Iglesia en el valimiento de María, y que la definición del dogma de su limpia Concepción es todavía prenda segura de bienestar para la religión y para los pueblos que aclaman á María por Reina y Abogada. ¡Bendigamos, pues, una vez más la memorable fecha del 8 de diciembre de 1854, tan gloriosa para María como benéfica para la sociedad cristiana!

PRIMER PANEGÍRICO DE LA NATIVIDAD DE MARÍA

(predicado en la iglesia de la Veracruz, Bogotá, 1895).

La regeneración de la mujer por María.

Benedicta tu in mulieribus. Luc. 1, 28.

1. Tras de la muerte ha de venir la vida, á menos que la creación haya de tornar á hundirse en las profundidades del caos primitivo. Pero esto no cabe en los planes del Criador, que ha hecho al hombre incapaz de ser exterminado¹. El nacimiento, pues, ha de reparar los estragos que causó la muerte, en la humani-

¹ Sap. 2, 23.

dad. Murió, señores, la Mujer, la criatura destinada á ser madre de todos los vivientes¹; y pereció no ya con muerte física — que ésta no habría contenido el torrente de la vida — sino con muerte moral, el pecado, que introdujo en el mundo todo linaje de muertes². Luego era preciso que renaciera la Mujer con el mismo carácter de madre universal; y veis aquí que la mujer renació cuando María, hija de Joaquín y Ana, vió la luz en Nazaret, cuarenta siglos después de muerta Eva en el paraíso. ¡Acontecimiento de inmensa alegría para el mundo! ¡Fecha digna de conservarse en los fastos de todas las naciones y en la memoria de todos los hombres! ¿Pues, qué? ¿Hay otra, fuera de la del nacimiento de Cristo Salvador, más trascendental para la humana familia que la natividad de María, *de qua natus est Jesus* ³?

2. Con María, cristianos oyentes, renace la vida, como con la aurora renace el día que pone en fuga las tinieblas. He aquí, pues, dicho todo cuanto decirse puede de este nacimiento tan glorioso, causa de tanto regocijo para la Iglesia y el mundo; sí, todo, á pesar de que nada parece que hemos dicho, ni nada más queremos añadir. *Nativitas tua, Dei Genetrix Virgo, gaudium annuntiavit universo mundo.* ¿Por qué? Porque la niña que hoy nace viene á regenerar moralmente el mundo, porque es la Mujer nueva, la Mujer bendita que el mundo necesitaba para no caer en el abismo de eterna perdición. ¿Cabe decir algo más del nacimiento de una tiernecita niña? ¿De cuál otra de cuantas registra la historia, pudiera con verdad afirmarse otro tanto? Pero me preguntaréis acaso: lo que decimos de María

¹ Gen. 3, 20.

² Rom. 5, 12.

³ Matth. 1, 16.

ministerio de dispensar bienes á los hombres, y, en especial, de consolar á los pobres afligidos. Bien sabéis que Dios se vale, cuando quiere y porque quiere, de sus mismas criaturas para hacer beneficios á los hombres. Y ¿qué ministerio más digno que servir de intermediario del Criador, y de canal de su munífica liberalidad? Los ángeles no se desdennan de ejercer este oficio¹; y de ahí que tantas veces se nos hayan revelado acudiendo al socorro del hombre, guiándole como al pueblo de Israel, acompañándole en su larga peregrinación como á Tobías, confortándole en sus agonías como al mismo Salvador en el huerto. Pero ¿quién podrá desempeñar esta misión más dignamente que María? Porque, si los ángeles son nuestros hermanos y amigos, ella es nuestra madre, y con esto queda dicho todo. ¿En qué manos estarán mejor depositados los tesoros de la misericordia? ¿quién sondeará mejor que ella el abismo de nuestras desventuras? ¿quién como María comprenderá lo horrible de una de tantas situaciones amargas que demandan á gritos el socorro del cielo? ¿quién con más presteza acudirá en nuestro auxilio? Por eso la Iglesia, penetrada de la verdad de estas consideraciones, acostumbra invocar á la Virgen Santísima con esta conocida antifona del gran Doctor San Agustín: «Santa María, socorre á los desvalidos, ayuda á los de ánimo apocado, consuela á los que lloran, ruega por todo el pueblo, intercede por el clero, y por el religioso sexo femenino, experimenten tu auxilio todos cuantos celebran tus festividades.»²

13. Esto mismo te pedimos hoy, ¡oh Madre y Señora del Consuelo! Postrados á tus pies, tus devotos

¹ Ps. 90, 11. ² S. Aug., Serm. 18 de Sanct. (al. CXCIV, n. 5).

hijos de esta parroquia te suplican no los desampares en la hora de la tribulación, como no desamparaste á sus piadosos antepasados, que con tanto júbilo acogieron en este templo tu sagrada imagen y por tantos años le tributaron culto. ¡Virgen gloriosa y bendita! ¡que no degeneremos de la piedad de los que nos enseñaron á honrarte y bendecirte! ¡Oh! si llegara alguno de nosotros á olvidarte, á desconocerte, sería el ser más desgraciado de la tierra, pues carecería de los consuelos que tú sola puedes y sabes prodigar á los que sufren.... Consuélanos, pues, en este valle de lágrimas, y llévanos contigo á la mansión feliz de la alegría interminable. Así sea.

SERMÓN PARA LA FIESTA DE LA INMACULADA VIRGEN CELEBRADA POR LA CONGREGACIÓN DE JÓVENES ESTUDIANTES

(predicado en la iglesia de San Ignacio de Bogotá, 1897.)

Deberes y prerrogativas de los congregantes de María.

Ego diligentes me diligo, et qui mane vigilant ad me, invenient me.

Y amo á los que me aman, y los que madrugan á buscarme, me hallarán....

Prov. 8, 17.

1. «Cada vez que, en el curso de mi ministerio, me corresponde dirigir la palabra á un auditorio compuesto exclusivamente de hombres, decía un orador contemporáneo¹, me siento vivamente impresionado porque me parece hablar á reyes.» Y no carecía de razón;

¹ El abate *Marchal*: «L'homme comme il le faut.»

pues, á pesar de su decadencia, todavía ostenta en su frente el hijo del destronado monarca del paraíso algunos destellos de su regia grandeza primitiva¹. ¿No tendré yo razón para experimentar impresiones semejantes cuando, en ocasión tan solemne, me dirijo á una lucida corporación de jóvenes, en cuyas manos estarán no muy tarde los destinos de otros muchos hombres, y acaso la suerte misma de la Iglesia y de la sociedad? De estos jóvenes, escogidos entre millares por la mano de la Providencia para recibir esmerada educación, puedo yo vaticinar, sin poseer la inspiración del profeta, que, en su mayor parte al menos, *ellos poseerán la tierra*², y con los sanos principios y nobilísimos sentimientos que adquirieron en la escuela de María, contribuirán eficazmente al bien espiritual y temporal de muchas almas.

2. Hoy, pues, que, rebosando de amor y de piedad filial, celebráis, amados congregantes, vuestra gran fiesta titular, ofreciendo á María Inmaculada vuestros solemnes cultos como hermoso ramillete de olorosas flores en los primeros días de su florido mes, dirigid vuestras miradas puras y radiantes al monte santo donde, entronizada vuestra Madre y Reina, os convida á subir á la posesión de la única y verdadera felicidad á que puede aspirar el viajero de la eternidad sobre la tierra. Haced lo que el Real Profeta: *Levante mis ojos hacia las montañas de donde ha de venirme el socorro, el auxilio del Señor*³. Nada podéis hacer más grato á la augusta Virgen, en el día que consagrais á su honor y glorificación, que acrisolar vuestros sentimientos de

¹ Constituisti eum super opera manuum (Ps. 8, 7).

² Ps. 36, 9. ³ Ps. 120, 1.

verdaderos congregantes de María, reflexionando seriamente en los deberes que os impone vuestra inscripción en los honrosos registros de la Congregación Mariana, y repasando al mismo tiempo con íntima satisfacción los favores que María os concede, á cambio de la fidelidad con que le prestáis vuestros servicios. Es ella quien os dice: *Et qui mane vigilant ad me, invenient me*¹: los que desde la mañana de su vida velan en busca mía, seguramente me hallarán. Vosotros, heridos por el fulgor de su hermosura incomparable, la buscáis niños aún, cifrando en su amor y servicio las más lisonjeras esperanzas de felicidad. ¡Albricias, queridos congregantes! El camino por donde habéis entrado, os conduce directamente á la meta apetecida. Vais bien; marchad con firme paso, y vuestras esperanzas de la juventud no serán ilusiones en la edad madura, sino magníficas realidades que colmarán la medida de vuestros deseos. Hallaréis á María, y con ella encontraréis la vida y la salvación², como el perseverante viajero que encuentra en el oasis del árido desierto el rico manantial que refrigera sus fauces desecadas.

3. Mas, para que veáis claramente las condiciones del pacto celebrado entre María y vosotros en el día feliz de vuestra consagración, alzad, os ruego, los ojos á otro monte cuya cima, coronada con la imagen de la *Virgen de las Batallas*³, se esconde entre las nubes del cielo, en tanto que su base acoge poderosas y florecientes ciudades donde hoy reina sin rival la Madre de Dios en millares de corazones. Hablo de la histórica montaña de Montserrat. Era la víspera del fausto día

¹ Prov. 8, 17. ² Ibid. 8, 35.

³ Así se llamó la Virgen venerada en Montserrat.

de la Anunciación, allá por los años de 1522, y un noble guerrero de Guipúzcoa, Ignacio de Loyola, velaba sus nuevas armas de caballero de Cristo y de María, dejando colgadas delante de la sagrada imagen la invicta espada y la acerada daga del capitán de Pamplona. El futuro fundador de la Compañía de Jesús consagraba á la Santísima Virgen las primicias de su espíritu apostólico, y ponía bajo el amparo de la Reina del cielo, saludada por el ángel, sus grandiosas empresas á mayor gloria de Dios. Allí estabais vosotros, allí estaba, aunque en germen, la hija del corazón de Ignacio, la gloriosa Congregación Mariana, instituída primariamente en 1564 con el título de la Anunciación de María. Saludemos, pues, á esta Virgen benditísima, con las frases del celestial mensajero: *Ave María*.

I.

4. ¿Cuáles son, pues, vuestros deberes para con María? ¿Á qué os obliga la entrega voluntaria que en sus aras habéis hecho de vuestros corazones, diciéndole: «Desde hoy te escojo, oh María, santa Virgen y Madre de Dios, y para toda mi vida, por mi Señora, Patrona y Abogada: propongo y resuelvo no abandonar jamás ni dejar de servirte, no ofender, ni permitir nunca que sea ofendido de palabra ú obra tu honor»? ¿No es éste el solemne contrato que habéis ajustado, por gran ventura vuestra, con la augusta Señora que acatan los cielos y la tierra? *Considera pactum*, os diré con San Juan Crisóstomo; *conditionem attende, militiam nosce*¹. El pacto no puede ser más solemne ni más ventajoso para el congregante; las con-

¹ Serm. 2 de Mart. (III, 834).

diciones son justas, aunque no leves ni de mediana importancia; la vida que habéis jurado llevar, tiene mucho de milicia; y, por lo mismo, exige de vosotros heroísmo y hazañas no vulgares. Á tres puntos pueden reducirse los deberes del congregante de María: al culto de la Virgen, á la perfección de la vida cristiana, y al espíritu apostólico. Sobre cada uno de ellos debéis fijar vuestra atención.

5. *Considera pactum*. Vosotros sabéis muy bien, amadísimos congregantes, cuál es el *fin próximo* é inmediato de la hermosa institución á que pertenecéis, el cual no es otro que profesar un culto y veneración especialísimos á la Madre de Dios, veneración, ó sea devoción, llevada á su grado más perfecto por el empleo de los medios adecuados que la congregación pone en vuestra mano, conforme á las sabias reglas que la gobiernan, y tal como aparece en sus exteriores manifestaciones¹. La devoción á María, como Madre de Dios y de los hombres, como abogada y poderosa medianera entre el pecador y el juez, no es patrimonio de una clase ó de una edad ó condición, es recurso universal de todos los que aspiran á la salvación eterna, es condición indispensable de todo estado y linaje de personas. Por esto la inculca asiduamente la voz de la Iglesia católica, y por mil medios la dilata y acrecienta entre sus hijos. Mas, por lo que hace á vosotros, tenéis motivos especiales y compromisos voluntarios, pero serios, que os impulsan á fomentar en vuestro espíritu y en vuestro corazón la más alta estima, el amor más tierno y la más absoluta confianza en vuestra Señora, Patrona y Abogada. Obligados estáis á servirla no sólo

¹ «La Congreg. Mariana» por el P. Löffler S. J.

con los actos interiores de vuestra alma, sino también con prácticas exteriores que acrediten vuestra filial piedad y vuestra veneración sin límites. Debéis velar constantemente por el honor de vuestra Reina, puesto que así lo habéis prometido formalmente á la faz de cielo y tierra. Sois caballeros de la Virgen. ¡Qué título más noble, más dulce y envidiable! Sois la guardia noble de María, de aquella á quien sirven de rodillas los príncipes del cielo, de aquella cuyo querer acatan y ejecutan á porfía todas las criaturas, de aquella, en fin, á quien Dios mismo se complace en obsequiar y parece obedecer. Llevad, pues, estampada su imagen en el corazón, como lleváis sobre el pecho su medalla: que ella sea la dueña de vuestros afectos más fervientes; que sea la señora de vuestros pensamientos; que su nombre dulcísimo suene como melodía celestial en vuestros oídos, y sea como miel exquisita en vuestros labios¹. Alabadla á toda hora, si no con palabras y cánticos modulados por la lengua, con voces íntimas del alma que, cual dardos de amor encendidos, llegarán hasta las gradas de su trono, ¿qué digo? hasta su corazón. *Mariam cogita, Mariam invoca*, os diré con el meliflúo Bernardo: *non recedat a corde*²; que el mundo sepa que María tiene en vosotros sus fieles servidores y celosos defensores de su honra. ¡Ah! queridos congregantes, que no os avergoncéis jamás en este siglo de decadencia religiosa y depresión de caracteres, de parecer lo que sois, no fanáticos ni supersticiosos, no falsos devotos, sino verdaderos cristianos

¹ S. Bernardo.

² Hom. 2 super *Missus*, apud Breviar. in fest. SS. Nom. B. V. M.

que practiquen con varonil entereza lo que practica la Iglesia, que veneren lo que ella venera, que doblen ambas rodillas ante la santa imagen que les representa, con más ó menos fidelidad, poco importa, la persona de la gran Madre de Dios. No os ruboricéis jamás de la pública profesión de su culto, para que María no se ruborice tampoco de vosotros en el tribunal de Jesucristo. Firmeza de carácter, verdadera libertad de espíritu para no dejarse esclavizar del vil respeto humano, son rasgos distintivos del digno congregante, porque son notas características de la vida cristiana, que, como hemos insinuado, es el segundo de los deberes de los congregantes de María.

6. *Conditionem attende*, decía el gran Crisóstomo¹. Y ¿de qué serviría, en hecho de verdad, para la gloria de Dios y de su Madre santísima, así como para la salvación del hombre, una devoción á la Virgen que no diera por fruto la perfección cristiana propia y peculiar de cada estado? Tal devoción no sería la genuina y verdadera que profesa el cristianismo, porque ésta no es ni ha sido nunca estéril para la virtud. Tal devoción habría de ser necesariamente espuria, falsificada, indigna de institución tan seria y tan gloriosa como ha sido por sus hechos en el mundo católico la titulada Congregación Mariana. Los ideales de ésta, desde su fundación, fueron siempre grandes y sublimes: la devoción á la Virgen Santísima en sí misma, más que fin, fué medio, pero medio eficaz y poderoso, para llegar al blanco señalado, el cual no era otro que la perfección cristiana. Hija de Ignacio de Loyola, como destello de su generoso espíritu, nacida en los primeros

¹ Loco cit. supra.

años de existencia de la Compañía de Jesús, la Congregación tuvo por primordial objeto la santificación de las almas, para dar á Dios la mayor gloria, que fué, como vosotros sabéis, el supremo anhelo y el blasón de San Ignacio: *Ad maiorem Dei gloriam*. Su primer campo de acción fué la juventud, y la juventud escolar encerrada en el recinto del colegio; mas presto se difundió por todas partes, abarcando todas las edades y condiciones, y dilatando su influjo por todas las naciones del universo. Roma la vió nacer, y muy pronto la vieron y admiraron planteada en su suelo, como árbol gigantesco y frondoso¹, Italia, España, Francia y Alemania. La Santa Sede fijó desde luego su atención en la naciente obra, tomola bajo su protección; y, al observar, veinte años después de su nacimiento, los prodigiosos resultados que iba produciendo en las almas, no dudó impartirle el gran Pontífice Gregorio XIII la confirmación más solemne, elevando la Congregación de la Anunciada de Roma á la categoría de Prima-primaria, centro y madre de todas las demás que hubiesen de erigirse en el orbe católico². Los sucesores de Gregorio, Sixto V, Clemente VIII y Benedicto XIV (¡qué nombres en la historia de los Papas de los últimos tres siglos!), tuvieron á bien ampliar sus favores á la Congregación Mariana, dejando cada uno atrás á sus predecesores, dice un moderno escritor³, en la concesión de gracias y en las alabanzas y voces de aliento dadas á los congregantes.

7. Y todo esto ¿por qué, amados jóvenes? ¿Por qué tantas consideraciones, estimación y gracias pro-

¹ Et erit tamquam lignum (Ps. 1, 3).

² Bula *Omnipotentis Dei* de Greg. XIII, 1584.

³ *Löffler* l. c.

digadas por la Iglesia y sus grandes hombres y Pontífices á la humilde Congregación de María, sino por los frutos de santificación que produjo desde su cuna y continuó produciendo en abundancia durante su carrera, ya tres veces secular, en la sociedad cristiana? Ahí está para atestiguarlo su brillante historia, no inferior en merecimientos á cualquiera otra de las instituciones católicas de este género. Parad, pues, mientes, queridos congregantes, en el hermoso ideal de la corporación de que sois miembros, porque esto os hará comprender claramente el primero de vuestros deberes. Vuestras Reglas, que son vuestra Carta constitutiva, os lo dicen sin ambages. Según ellas, «el fin último de la Congregación se remonta á obtener la completa perfección cristiana del hombre en su vida, teniendo en cuenta cada caso particular, esto es, el estado y la posición social de cada uno»¹. Tratándose, pues, de jóvenes estudiantes, la Congregación se propone formar jóvenes perfectos, estudiantes modelos, tales que sirvan de luz y ejemplar á los demás de su clase, cumpliendo así el aviso del Salvador: *Luzca de tal suerte vuestra vida delante de los hombres, que, viendo vuestras buenas obras, glorifiquen á vuestro Padre que está en los cielos*². Sí, vosotros, animados del espíritu del Fundador de la Compañía, hijos también del grande Ignacio, debéis buscar y promover la gloria de Dios, antes que en vuestros prójimos, en vosotros mismos. Para conseguirlo es preciso que, conforme á la letra de vuestra primera Regla, no contentos con venerar y honrar con particular afecto á vuestra Patrona y Señora, os esforcéis, notad bien esta palabra, os esforcéis por imitar con vuestra pureza

¹ *Löffler* l. c.

² Matth. 5, 16.

de vida y costumbres las virtudes más eminentes de que ella nos dió ejemplo¹. ¡Las más eminentes virtudes! ¡qué elevación de miras! ¡qué nobleza de propósitos! Luego no podéis limitaros á ser buenos como quiera, sino que debéis aspirar á ser perfectos por la imitación de la pureza inmaculada y virginal, de la humildad profundísima, de la ardentísima caridad y de todas las virtudes de la más santa de todas las criaturas. Bien se deja entender que tan generoso empeño es de pocos y escogidos, porque «*si muchos son los llamados á la vida cristiana, pocos son los escogidos para la perfección*»². Y vosotros, aunque otra cosa parezca, sois de ese número pequeño y escogido. Pero ¿cuándo fué grande el número de las almas esforzadas, de los pechos heroicos, capaces de realizar empresas de gigantes?

8. Sí, de gigantes en el orden moral, pues tales son los varones apostólicos; y vosotros, aunque jóvenes todavía, debéis llevar en vuestro espíritu pensamientos y aspiraciones de apóstoles, si, como me gozo en creerlo, anheláis llenar el ideal del congregante. *Militiam nosce*³. Tal es el tercero y más honroso de vuestros deberes, como soldados de Cristo en el bizarro escuadrón comandado por María, la Reina de las batallas. ¡Quién pudiera persuadiros de esta verdad con la eficacia que se merece! ¡Quién me diera hacer de todos los tiernos congregantes de Bogotá un ejército de intrépidos guerreros de la causa de Dios y de su Iglesia! *Reconoced la milicia* en que os habéis alistado: reconocedla, pero no para desmayar y retroceder un solo paso, sino más

¹ Reg. Congreg. B. V. M.

² Matth. 20, 16.

³ S. Chrysost. ubi supra.

bien para avanzar siempre más y más con el denuedo de los bravos. No lo dudéis, «el fin y el espíritu de la Congregación son apostólicos en su esencia y en todas las manifestaciones externas». Y el origen de este rasgo distintivo del congregante no debe buscarse en otra parte que en el carácter de la verdadera devoción á María. Porque María es aquella mujer cuya noble descendencia, según la primera página del Génesis¹, ha de sostener eterna lucha con Satanás y su reino de tinieblas. Y esta guerra aparece visible en la historia del mundo. Luchan aquí reino contra reino², sin que jamás hagan paces Cristo y Belial, ni puedan llegar á ningún avenimiento³. En el número de los hijos de María figuran como los primeros sus fieles congregantes, sus servidores predilectos; luego deben éstos, por el honor de su misma Madre y Reina, formar un cuerpo escogido que siga á todos los campos de batalla el estandarte real de la Iglesia católica, deben acudir veloces y resueltos á donde los llame la lucha entre la verdad y el error, la virtud y el vicio, la gracia y el pecado. Y, á la verdad, si todos los hijos de la Iglesia están obligados, en fuerza de la profesión de su bautismo, á tomar parte activa en esta lucha, donde la neutralidad es ya traición⁴; ¡cuánto más los congregantes, organizados, según el pacto celebrado con María, en cuerpo de voluntarios de la Iglesia militante⁵! Combatid, pues, las batallas del Señor: el campo está delante de vuestros ojos. La herejía, siempre antigua y siempre nueva, alzando siempre la cabeza de serpiente para morder el pie virginal de la Inmaculada Virgen,

¹ Gen. 3, 15.

² Matth. 24, 7.

³ 2 Cor. 6, 15.

⁴ Matth. 12, 30.

⁵ Löffler l. c.

inunda hoy, como en los siglos pasados, si no más, con torrentes de cieno todos los pueblos de la tierra. El error, no sólo anticristiano sino antifilosófico, disfrazado con careta de doctrina racional, ha invadido todas las avenidas de la vida pública y privada. La Iglesia lucha á brazo partido, pero necesita vuestra cooperación resuelta y animosa. Imitad á vuestros hermanos de otras partes: en el centro del error, en la moderna Alemania, los congregantes de hoy día juran en el acto de su admisión, la mano puesta sobre el Evangelio, defender la fe del concilio de Trento y del concilio Vaticano. Bajo la insignia del congregante late un corazón de apóstol¹.

II.

9. ¿Y creéis, amados congregantes, que os dejará María solos en la lucha? ¿no os asistirá con su presencia en el campo del combate? ¿no os escudará con su regia y maternal protección? ¡Ah! sin duda alguna; porque, si vosotros os lisonjeáis de cumplir vuestras promesas, ¿qué deberemos pensar de la fidelidad de la Virgen fidelísima en llenar los deberes que su amor le ha impuesto en beneficio de sus queridos congregantes? He aquí lo que hoy os corresponde meditar con la más viva satisfacción. Porque, en efecto, María *ama á los que la aman*²; y en prueba del amor con que distingue á los congregantes, acepta sus servicios, ayúdalos eficazmente en vida, y no los desampara en la hora tremenda de la muerte. ¿No son éstas las gracias que diariamente le pedís? Pues ella os las concede. Y en primer lugar ¡qué dignación! la Emperatriz de los

¹ Löffler 1. c.² Prov. 1. c.

cielos os recibe en el número de sus protegidos, que esto significa admitiros por sus perpetuos siervos. Un poderoso emperador del Sacro Romano Imperio tenía á mucha honra firmarse: Fernando Segundo, protegido de la Virgen: *Virgineus cliens*¹. Era congregante, y su nombre figuraba en las listas de todas las Congregaciones de sus dominios imperiales. ¡Oh! ¡si lo pensarais bien, ambiciosos de honras mundanas, idólatras de sus falsas grandezas! Servir á Dios y á María es mayor honra que ocupar el trono más encumbrado de la tierra. *Servire Deo regnare est.* ¿No lo será también servir á Aquella que tiene á su servicio á todas las criaturas?² ¡Dichosos, exclamaba la reina de Sabá, mirando á Salomón, ¡dichosos tus siervos que están siempre en tu presencia y oyen tu sabiduría!³ Y ¿no serán mil veces más felices los que María ha escogido para sus servidores, los que forman su familia y disfrutan de su maternal favor? Esos sois vosotros, amados congregantes: sabed apreciar vuestra felicidad. Un Conde Palatino de Alemania decía sin rodeos: «El título de Congregante de María es para mí de mayor estima que el de Príncipe del Sacro Imperio.» Estimadlo también vosotros más que todos los títulos, seguramente no tan pomposos, con que el mundo pudiera halagar vuestra loca vanidad.

10. Á esta predilección de María por vosotros corresponden innumerables gracias especiales que os servirán de auxilio poderoso en la carrera de la vida, así para llevar su ruda carga, como para salir airosos de todas sus dificultades. ¿No es ella la dispensadora providencial de los tesoros de la bondad divina? ¿No habéis oído repetir mil veces que todas las gracias han

¹ Löffler 1. c.² Ps. 118, 91.³ 3 Reg. 10, 8.

de llegar á los hombres por mano de María? Tal es el sentir de los santos Doctores de la Iglesia. Oid por todos á San Bernardino de Sena: «No baja gracia alguna del cielo á la tierra, que no pase por manos de María.» Pues, si la Madre piadosísima de todos los hombres derrama en abundancia las gracias sobre justos y pecadores, no habiendo quien se esconda de su calor benéfico¹, ¿qué gracias tan copiosas y tan eficaces no tendrá reservadas la Señora para sus perpetuos siervos, la Abogada para sus devotos clientes, la Madre para sus hijos predilectos? ¡Dichoso y rico pueblo el de los congregantes! exclamaré con un piadoso apologista de la Congregación Mariana. Su mejor riqueza, después de todo, es el corazón maternal de María. La Congregación es su casa: allí no hay ningún desgraciado, ningún mendigo entra allí ni sale: todo allí es grande, todo rico, todo regio. ¡Oh! y ¡de cuántos auxilios espirituales está menesterosa vuestra vida! Una secreta voz, la voz del corazón os lo advierte con más elocuencia que cualquier otra palabra. Confíad empero en vuestra protectora, que ella os acompañará en la vida y no os abandonará en el trance peligroso de la muerte.

II. ¡Qué feliz es la muerte de los buenos congregantes! No sólo no los abandona su buena Madre en aquella hora de angustias y supremos peligros, sino que con sensibles favores y hasta con apariciones visibles los regala, los recrea, y diríase que, como madre cariñosa, les cierra los ojos, llevándose consigo sus almas al paraíso. Si queréis contemplar la muerte de los congregantes fieles á sus deberes hasta el último suspiro,

¹ Ps. 18, 7.

acercaos al lecho de agonía de uno de esos amabilísimos jóvenes, vuestros dechados y patronos, San Luis Gonzaga, San Juan Berchmans ó San Estanislao de Kostka. Al verlos morir tan dulcemente, no podréis menos de exclamar: *¡Qué preciosa es la muerte de los santos!*¹ Mas ¡á qué ir tan lejos, amados congregantes de Bogotá! ¡á qué subir tan alto, si tenemos ejemplos de muertes dichosísimas de congregantes, acaecidas en nuestros mismos días! Ayer no más, hace diez años, volaban al cielo en brazos de los ángeles, de quienes fueron dignos émulos, dos virtuosísimos y simpáticos mancebos de la familia Schemeil, *Federico*, de veinte años, y *Arturo*, de sólo quince abriles.— Séame permitido poneros á la vista tan bellos dechados contemporáneos de pureza angelical y de sólida piedad adquiridas en la escuela de María. Federico da fin á su breve carrera en el Cairo, Arturo la termina en Beirut, ambos rodeados de los consuelos de nuestra santa religión. De Arturo se dijo mirando su cadáver: «Es un ángel ¡qué bello! parece puesto en oración.» Las azucenas cubrían su féretro, y las flores de la poesía, regadas por sus maestros, adornaron su tumba. Federico, joven de brillantes cualidades, arrebatado en la flor de sus días, decía á su madre en los últimos momentos: «¡Qué bueno es Dios conmigo!» Parecióle ver en sueños tres gallardos jóvenes que venían á llevárselo: eran sin duda los tres santos patronos de la juventud, por él tan venerados. Á esta visión sucedió otra más dulce, la de una Señora vestida de blanco y deslumbrante de hermosura. «Mirad, madre, decía él, á esa Señora que está aquí. ¡Es hermosa, hermosísima!» Y, sus ojos

¹ Ps. 115, 15.

fijos en el cielo, parecían quedarse suspensos en éxtasis dulcísimo ¹.

12. Concluyamos. María ama á los que la aman. Amarla de veras es la suma felicidad, pues es amar á Jesús, es hallar la vida eterna. Permaneced fieles á su amor, á las promesas de vuestra consagración á su servicio. Ensanchad vuestros ideales, proponed hacer grandes cosas en obsequio de María y bajo la bandera de su Congregación. Conservad vivo su espíritu, ese espíritu que le ha dado tres siglos de gloria, y que os dará, por corona de vuestras buenas obras en el tiempo, una de gloria inmortal en la dichosa eternidad. Así sea.

SERMÓN SOBRE EL CULTO DE MARÍA

(predicado en la catedral de Medellín, Colombia, 1893).

La verdad, cimiento del culto de María.

Veritas Domini manet in æternum.

La verdad del Señor permanece por siempre jamás.

Ps. 116, 2.

1. Un pueblo en masa agrupado con bello desorden ante el altar, donde, entre mil luces, brilla la imagen de María: la multitud agolpada en las puertas del templo, por no ser éste bastante espacioso para contenerla; y, dentro y fuera, millares de almas repletas de entusiasmo religioso sin otro motivo que la celebración periódica de su fiesta patronal... he aquí un espectáculo maravilloso en sí mismo, consolador, edificante, pero nada extraordinario en la católica ciudad

¹ Mensajero del Cor. de Jesús, de Colombia, año xv, abril de 1897.

de Medellín. Cada año se renueva en este mismo día; y ¡cuántos años han pasado desde que por primera vez se dió culto en este venerando templo á la soberana Reina, á la *Virgen de la Candelaria*, patrona excelsa de esta antigua villa, hoy ciudad capital del departamento de Antioquía ¹. Y, con todo, cada año nos causa la festividad de este día nuevos transportes de admiración y santo regocijo. ¿Por qué, mis amados oyentes? Porque los grandes fenómenos, ya sean del orden físico, ya del moral, no envejecen ni se vulgarizan jamás; menos aún los del orden religioso.

2. Bien pueden cambiar de mil maneras, en uno ú otro sentido, las circunstancias locales; la piedad no cambia, el fervor religioso no decae en esta tierra de arraigadas tradiciones católicas. Los años no ofrecen siempre la misma abundancia de recursos; la miseria, natural resultado de la pérdida de las cosechas, asoma á veces la demacrada faz con espanto de todas las clases de la sociedad; de todas partes salen gritos de alarma y voces quejumbrosas de lo apremiante y duro de la situación. Pero, en medio de todo, y á pesar de los pesares, el culto de María en su querido título de la Candelaria triunfa siempre de las dificultades, y se ostenta espléndido y magnífico, como en los mejores tiempos, dijérase por obra de milagro. Es sabido, cristianos, que la fe hace los mayores prodigios ²; y no menores, el amor. ¿Qué no hará, pues, para honrar á María, su patrona, la fe y el amor de todo un pueblo?

Más temible que la mala situación económica, el progreso denominado moderno por sus tendencias mani-

¹ Medellín, llamada la Villa de la Candelaria, fué fundada en 1674.

² Matth. 17, 19.

fijos en el cielo, parecían quedarse suspensos en éxtasis dulcísimo ¹.

12. Concluyamos. María ama á los que la aman. Amarla de veras es la suma felicidad, pues es amar á Jesús, es hallar la vida eterna. Permaneced fieles á su amor, á las promesas de vuestra consagración á su servicio. Ensanchad vuestros ideales, proponed hacer grandes cosas en obsequio de María y bajo la bandera de su Congregación. Conservad vivo su espíritu, ese espíritu que le ha dado tres siglos de gloria, y que os dará, por corona de vuestras buenas obras en el tiempo, una de gloria inmortal en la dichosa eternidad. Así sea.

SERMÓN SOBRE EL CULTO DE MARÍA

(predicado en la catedral de Medellín, Colombia, 1893).

La verdad, cimiento del culto de María.

Veritas Domini manet in æternum.

La verdad del Señor permanece por siempre jamás.

Ps. 116, 2.

1. Un pueblo en masa agrupado con bello desorden ante el altar, donde, entre mil luces, brilla la imagen de María: la multitud agolpada en las puertas del templo, por no ser éste bastante espacioso para contenerla; y, dentro y fuera, millares de almas repletas de entusiasmo religioso sin otro motivo que la celebración periódica de su fiesta patronal... he aquí un espectáculo maravilloso en sí mismo, consolador, edificante, pero nada extraordinario en la católica ciudad

¹ Mensajero del Cor. de Jesús, de Colombia, año xv, abril de 1897.

de Medellín. Cada año se renueva en este mismo día; y ¡cuántos años han pasado desde que por primera vez se dió culto en este venerando templo á la soberana Reina, á la *Virgen de la Candelaria*, patrona excelsa de esta antigua villa, hoy ciudad capital del departamento de Antioquía ¹. Y, con todo, cada año nos causa la festividad de este día nuevos transportes de admiración y santo regocijo. ¿Por qué, mis amados oyentes? Porque los grandes fenómenos, ya sean del orden físico, ya del moral, no envejecen ni se vulgarizan jamás; menos aún los del orden religioso.

2. Bien pueden cambiar de mil maneras, en uno ú otro sentido, las circunstancias locales; la piedad no cambia, el fervor religioso no decae en esta tierra de arraigadas tradiciones católicas. Los años no ofrecen siempre la misma abundancia de recursos; la miseria, natural resultado de la pérdida de las cosechas, asoma á veces la demacrada faz con espanto de todas las clases de la sociedad; de todas partes salen gritos de alarma y voces quejumbrosas de lo apremiante y duro de la situación. Pero, en medio de todo, y á pesar de los pesares, el culto de María en su querido título de la Candelaria triunfa siempre de las dificultades, y se ostenta espléndido y magnífico, como en los mejores tiempos, dijérase por obra de milagro. Es sabido, cristianos, que la fe hace los mayores prodigios ²; y no menores, el amor. ¿Qué no hará, pues, para honrar á María, su patrona, la fe y el amor de todo un pueblo?

Más temible que la mala situación económica, el progreso denominado moderno por sus tendencias mani-

¹ Medellín, llamada la Villa de la Candelaria, fué fundada en 1674.

² Matth. 17, 19.

fiestas á desarraigar las costumbres y tradiciones antiguas, nada ha podido tampoco hasta hoy para apagar con su helado soplo el fuego sagrado de la devoción popular. Día es éste y ocasión de tributar por ello ferventísimas gracias al Señor. Nosotros progresamos, es verdad, como lo atestiguan nuestros adelantos en todo orden, material, intelectual y moral; pero no llevamos nuestra fiebre de progreso hasta renegar de las paternas creencias, único verdadero tesoro de felicidad que nuestros padres nos legaron. Y esta constancia en el creer, y esta adhesión incontestable á la santa religión de nuestros antepasados ¿á quién, después de Dios, se la debe el pueblo de Medellín, sino á María? Mas ¿qué digo? ¿el mentido progreso? Ni la funesta propaganda impía y protestante, en mala hora introducida en el país, ni la blasfemia insultadora del sentimiento de la inmensa mayoría, por no decir de la totalidad de nuestra población, han salido con su perverso intento de disminuir la pompa del culto externo, ni menos de enfriar en las almas el fervor religioso. ¡Loado sea Dios y bendita su Madre sacratísima, Nuestra Señora de la Candelaria!

3. Y ¿qué prueba todo esto, hermanos míos? ¿qué nos da á conocer esta admirable constancia? Os lo diré de una vez para exponer todo el asunto del presente discurso. Esto nos está diciendo á voz en grito que el culto de María santísima, lo mismo aquí que en todas partes, es eterno é incontestable: ¿por qué? porque está cimentado en la roca indestructible de la verdad: *Veritas Domini manet in æternum*¹. ¿Sabéis de qué verdad? Pues primero de la verdad de la naturaleza humana, y luego de la verdad de las disposiciones di-

¹ L. c.

vinas. Sí, cristianos: el hombre, siguiendo las rectas inclinaciones de su misma naturaleza, se ve como forzado á tributar culto á María; esto veréis en la primera parte. Dios apoya con su autoridad positiva estos mismos sentimientos del hombre; será la materia de la segunda. La verdad es, por tanto, la base en que descansa el majestuoso edificio de la devoción á María. Saludémosla, etc. *Ave María*.

I.

4. El hombre, hermanos míos, á menos de estar completamente degradado por la corrupción moral, ama naturalmente lo bello, se deja arrebatar por lo sublime, se entusiasma con lo grande y extraordinario, ríndese al noble sentimiento de la gratitud, busca apoyo en que afianzar su nativa debilidad. Pues bien: todos estos sentimientos, que tan espontáneamente brotan de su ser, lo conducen como por fuerza irresistible al culto de la Divinidad. Fácil es de comprenderlo. Pero yo añado que también le llevan, sin poderlo resistir, hacia el trono de María. En efecto, subordinado como está al de Dios, el culto de la Madre de Dios, no solamente es espontáneo, sino hasta cierto punto indispensable. La humana naturaleza, tal como el Hacedor supremo la ha formado, lo exige imperiosamente, lo reclama. Aquel Señor que, no sólo nos permite, sino que nos invita á admirar su hermosura en la belleza de las obras de sus manos¹, y sonríe al ver nuestra admiración, como se recrea el artífice contemplando la que despierta su obra maestra; ¿cómo no habrá de regalarse al vernos tributar en María, la más acabada

¹ Ps. 45. 9.

de sus obras, nuestros homenajes de admiración á su sabiduría, omnipotencia y amor? Por otra parte, el que nos manda buscar en la fortaleza nuestro apoyo¹, y retornar en acciones de gracias los favores recibidos², ¿no aprobará que recurramos de preferencia á María, la depositaria de los tesoros divinos, y que le devolvamos en himnos de alabanza los beneficios impetrados de su mano? Pues tales son, como veis, los principales actos con que se explica el culto religioso, adoración, invocación, acción de gracias. Ni constituye otra cosa el que tributamos á María.

5. Mas ¿quién podrá, cristianos, esbozar siquiera el cuadro portentoso de las excelencias de esta celestial criatura? Y ¿quién hay que, al columbrarlas, no se pasme, no se suspenda en extático arrobamiento? Reunid en una sola todas las perfecciones y gracias diseminadas en la casi infinita muchedumbre de las obras del Criador, y no habréis hecho más que acopiar los materiales del retrato de aquella *Virgen singular*³, de aquella *Madre admirable*⁴, de la criatura modelo y, para terminar, de la Reina de ángeles y santos. Mas ¿quién nos dará idea de la forma, del maravilloso conjunto, todo armonía y esplendor? Oigamos al Divino Esposo que la dice: *Tota pulchra es, amica mea, et macula non est in te*⁵, y agota, por decirlo así, los símiles de la naturaleza para retratar la belleza de su inmaculada Esposa. Concretándonos á la hermosura de su ser físico, podemos afirmar que su perfección iguala al eterno ideal de la belleza corpórea. El arte humano no alcan-

¹ Is. 1, 17.² 1 Thess. 5, 18.³ Eccl. in hymno Vesp. B. M. V.⁴ Ead. in Lit.⁵ Cant. 4, 7.

zará jamás á expresarla en sus más elevadas creaciones, ya sea que se valga del pincel de Murillo para trazarla en el lienzo, ya que ensaye la valentía del cincel de Miguel Ángel para arrancarla del mármol, ya, en fin, que concierte todas las notas de Rossini ó las frases rítmicas de Fray Luis de León para cantarla en el lenguaje divino de la música ó de la poesía. El divino Amador de esta criatura no se ha desdenado de pintar á su amada Esposa con los colores que él solo posee, en aquel inmortal epitalamio del Cantar de los cantares. Por mi parte desisto del empeño de recoger aquí los más brillantes rasgos de esa fisonomía trazada por pincel inspirado del cielo, prefiriendo para la común edificación fijar la vista en lo que toca á la superior belleza de esta Hija del Rey de los cielos, que es la de su ser espiritual, según aquellas palabras del sagrado Libro: *Toda la gloria de la Hija del Rey viene de adentro*¹.

6. ¡Oh! ¡qué bella y qué perfecta es el alma de la Santísima Virgen María! Adórnala, no como joyas postizas, sino como preseas propias tuyas, todas las perfecciones del orden natural, y todas las virtudes y carismas del otro orden, sobrenatural y divino. Su corazón es un relicario de oro esmaltado de perlas y diamantes. Sólo Dios sabría valorar ese tesoro sacado de las arcas de la omnipotencia. La caridad, efluvio del Espíritu Santo, le comunica un brillo que refleja los incommunicables atributos del Criador. La pureza de esta Virgen es el encanto del Dios de santidad que habita en trono de luz inaccesible². María es el destello de luz más puro y transparente que brota del foco de eterna claridad. María es la criatura que más

¹ Ps. 44, 14.² 1 Tim. 6, 16.

al vivo expresa las perfecciones del Altísimo, es la imagen más acabada que de sí mismo ha hecho Dios en el teatro de su acción al exterior. Él puede fabricar mil mundos más hermosos que el actual, dice San Buena-ventura, pero no puede hacer una madre suya más perfecta. ¿Qué más puede decirse? La Iglesia exclama en santo arrobamiento: *Speciosa facta es, et suavis in deliciis tuis, sancta Dei Genitrix*: Hermosa eres, suave y deliciosa, ¡oh santa Madre de Dios!¹ Y nosotros con ella le diremos, valiéndonos de las expresiones del Profeta Rey: «Avanza, pues, ¡oh gentil Reina! ¡marcha por el camino real de la prosperidad, y domina sobre todos los corazones por el poder de tu encantadora belleza!»²

Y así es como establece María su culto entre los hombres, y lo sostiene, á través de las edades, en donde quiera que hay almas capaces de apreciar el valor de la belleza, y corazones que sienten el atractivo de lo noble y lo sublime. Y así es como se explica, de un modo casi natural y sencillo, por qué su culto es universal, eterno, indestructible, como basado que está en las leyes inmutables del espíritu humano, esclavo feliz y rendido adorador de la belleza. Y ¿á quién no cautivará la de María, *raptora de los corazones*³?

7. Que si alguno objetase que no todas las almas son tan sensibles á sus delicados encantos, sea así enhorabuena, mis amados oyentes; pero yo aseguro, sin temor de equivocarme, que no hay una sola, y mucho menos en el pueblo cristiano, que no sea sensible á

¹ Eccl. in festo B. M. V., ant. de Laudibus.

² Ead. ibid. ex Ps. 44.

³ S. Bern. apud S. Alph. de Lig., Glorias de María.

otro resorte, natural también en el corazón humano, el de la necesidad de implorar socorro en sus horas de quebranto. ¿Quién, pues, no sentirá en mil ocasiones el aguijón de la necesidad de llamar en su auxilio á esa *Virgen poderosa*¹ que domina en las alturas del poder divino? Aquí tenéis otro argumento en apoyo del culto de María: quien no alcance á admirarla, tendrá á lo menos que invocarla. Y ¿qué necesidad más dulce y consoladora para el corazón humano? Implora el hombre atribulado el socorro del Criador, como lo hacía el Profeta perseguido: *En mi tribulación invoqué al Señor*²; como lo practicó el mismo Jesús moribundo, cuando alzaba aquella voz desgarradora: *Deus meus, Deus meus, ut quid dereliquisti me?*³ Eso, hermanos míos, está en el instinto de la criatura racional, y dijérase que hasta en el de las irracionales, que con sus rugidos lastimeros parece claman á Dios pidiéndole socorro en el supremo peligro. Sólo un orgullo refinado ó una diabólica obcecación son capaces de ahogar dentro del pecho el grito que lanza la debilidad oprimida por la fuerza. Y ese grito ¿qué pide sino el socorro del más fuerte contra el opresor? Sólo que en la tierra no se encuentra esa fuerza bastante para contrastar la tiranía de los males sin cuento que agobian nuestra frágil y debilitada naturaleza. La tierra es y será siempre para nosotros valle de lágrimas y de miserias. Manchada como está con sangre y empapada de iniquidad, lleva estampado el sello de la primera maldición⁴. No busquemos aquí la fortaleza ni el consuelo que sólo se encuentran en las regiones celestes: de allí es de donde

¹ Eccl. in lit. lauret.

² Ps. 17, 7.

³ Matth. 27, 46. Marc. 15, 34.

⁴ Gen. 3, 17.

debemos esperar todo el socorro¹. Y en el cielo ¿cuáles oídos más atentos á nuestros clamores que los de Aquella que es toda ojos y oídos para apiadarse de nosotros? ¿cuáles entrañas más tiernas que las de esta Madre de los pobres desterrados? Sí, por cierto: á María deben elevarse nuestras plegarias, para que ella, la omnipotencia suplicante, como los Padres la apellidan², las haga subir hasta el trono del Dios de las misericordias y Padre de toda consolación.

8. También está en el corazón del hombre, como ley de su naturaleza social, la necesidad del mutuo auxilio; y de ahí, en un orden más elevado, la necesidad del poder de intercesión. Si debemos valernos mutuamente, ¿por qué no habremos de interponer nuestro valimiento delante de los poderosos, y mucho más en el acatamiento de Dios? No digáis que podemos acudir directamente á Él, sin necesidad de medianeros, para obtener el remedio de nuestros males, y que es superfluo el recurso á los santos, y aun á María, Reina de todos. Si así fuera, ¿por qué entonces acude el amigo á su amigo en busca de pan con que calmar el hambre del huésped no esperado?³ ¿por qué el mendigo llama á las puertas del rico, implorando una limosna? ¿por qué el desvalido se acoge á la sombra de la caridad? ¿No sería burlarse del desgraciado remitirlo directamente á las puertas de la piedad divina? Luego el hombre puede y debe socorrer á otro hombre: luego María puede socorrernos á todos, como instru-

¹ Ps. 120, 1.

² Apud *S. Alph. de Lig.*, Glorias de María.

³ Luc. 11, 5.

mento general de las bondades de Dios. ¡Ah, cristianos! ¿qué consuelo tan inefable, tan dulce, el que encierran aquellas aspiraciones de la Iglesia en la más popular de sus antífonas, la *Salve: Á ti clamamos los desterrados hijos de Eva?* Pues ¿á quién dirigir nuestros suspiros, á quién presentar nuestras lágrimas, sino á la madre de misericordia, á la Virgen clemente, dulce y pía? ¿adónde nos acogeremos sino al lugar de nuestro refugio, á María, nuestra grande y amantísima Patrona?

9. La gratitud, ese noble sentimiento de justicia, connatural al corazón humano y elevado á la categoría de virtud moral y cristiana, será siempre otra de las bases más firmes y duraderas del culto de María. *Mi lengua publicará siempre sus loores*¹. ¿Cómo detener el torrente de la gratitud que se desborda de un corazón enternecido por la eficacia de las ternuras de María? ¡Ah! no es dado hacer callar al agradecimiento; ni puede éste quedar adormecido en un alma favorecida con evidentes y señalados beneficios. ¡Oh! ¿no estamos viendo cada día las caravanas de piadosos peregrinos invadir los célebres santuarios de la Inmaculada Virgen, ansiosos por depositar en sus altares los ricos exvotos de la más ardorosa gratitud? Díganlo Lourdes y La Saleta, en Francia; Guadalupe, en Méjico; Chiquinquirá y Las Lajas, en Colombia. Y ¿no pudieran decirlo también, en escala proporcionada, La Estrella, Santa Rosa y Medellín, en Antioquía? Cuando un alma ha experimentado la protección de la divina Señora, en momentos terribles y angustiosos, en que era vano empeño implorar otro auxilio que el del cielo; cuando ha

¹ *Semper laus eius in ore meo* (Ps. 33, 1).

visto con sus ojos y casi palpado con la mano la protección de María santísima en algún acontecimiento marcado con visos de extraordinario y sobrenatural, no preguntéis ya por qué busca á María, por qué la invoca con fervor, por qué la bendice á cada instante, por qué, en fin, se enloquece de entusiasmo en sus festividades. No hacerlo así sería el colmo de la ingratitud; sería el olvido inexplicable de los deberes más dulces y sagrados, como son los del agraciado para con su bienhechor. Y ya que, por desgracia, exista más de un ingrato en el mundo, ¡oh! la raza humana no es ingrata por naturaleza, y el pueblo cristiano no puede serlo nunca. Así se comprende, amados fieles, la persistencia y el auge cada vez creciente de la devoción á la reina de los hombres, y el entusiasmo del pueblo medellinense por su Patrona, la Virgen de la Candelaria.

II.

10. Por mucho, no obstante, que incline la misma naturaleza del hombre al culto de la más bella, más poderosa y más piadosa de todas las criaturas, la Santísima Virgen María, la *bendita entre todas las mujeres*¹; no cabe duda, cristianos, que el argumento decisivo en favor de la perpetuidad de este culto está basado en la expresa y absoluta voluntad del Señor, el cual quiere y manda que todo el mundo rinda pleito homenaje á aquella á quien el mismo quiso honrar y enaltecer como á ninguna otra criatura. ¿No parece que Dios nos diga por el órgano de su Iglesia lo que en otro tiempo publicaba por bando el poderoso Asuero: *Así debe ser*

¹ Luc. I, 28.

*honrado aquel á quien el rey quiere honrar*¹? Ciertamente la voluntad del Criador se nos declara bastante por sus mismas obras; y, cuando Dios ha hecho cosas de tanta magnitud en favor de María, como ella misma lo atestiguó en su Cántico², harto conocida nos es su voluntad de que hagamos también nosotros cosas grandes en honor de su criatura predilecta.

11. Sí, cristianos, predilecta es María de la Trinidad beatísima, como nos lo enseña el Pontífice Pío IX en la Bula Dogmática de la Inmaculada Concepción. «El Dios inefable, dice, amó á María con tal preferencia sobre todas las criaturas, que en ella sola se complació con el afecto más ardiente.»³ Por eso la unió á sí por manera inenarrable con vínculos de parentesco que sobrepujan toda la capacidad de una pura criatura; de suerte que á María ligan con Dios, como sabe todo creyente, las más estrechas relaciones, cuales son las de Hija, Madre y Esposa, templo, habitación y sagrario. ¿Quién puede concebir mayor elevación de criatura? Verdaderamente tal grandeza pone espanto en quien atentamente la contempla, obligándole á doblar ambas rodillas delante de aquella augusta persona revestida, como de un manto de reina, de tan alta dignidad. Contemplar tamaña celsitud, y no acatarla con veneración sólo inferior á la que se debe á Dios, parece un género de estolidez inconcebible, ó bien, un arranque de rebeldía satánica todavía más abominable y estúpida. Por manera que la negación del culto de la soberana Virgen no debe atribuirse más que á una ciega, y, desgraciadamente, crasa y voluntaria ignorancia de las disposiciones

¹ Esth. 6, 9.

² Luc. I, 49.

³ Bula «Ineffabilis Deus».

del Señor, ó, más bien, á un orgullo insensato que rehusa doblegar la frente ante la suma grandeza. Ni uno ni otro podría encontrarse en la verdadera Iglesia de Cristo, perfectamente ilustrada, y tan humilde como sabia; de ahí que la devoción á María santísima sea tan propia y característica del pueblo cristiano, esto es, de la comunión católica, como desdeñada y aborrecida por los falsos cristianos, herejes y sectarios, protestantes y todos sus congéneres. Ciertamente, cuando el ángel Gabriel saludó á la Virgen de Nazaret, inclinando profundamente la cabeza delante de la recatada doncella, como un vasallo en presencia de su reina, diónos el ejemplo más brillante de lo que á toda criatura cumple hacer delante de María: venerarla profundamente, amarla y ensalzarla. ¿Quién imaginó jamás expresiones tan cumplidas, tan galantes, tan honoríficas como las que empleó el celeste mensajero para saludar á María? El cielo las aplaude, y el hombre no se hartará jamás de repetir las. Los Padres y Doctores de todos los siglos las han comentado con tanta elocuencia como riqueza de doctrina. La oratoria y la poesía se deleitan con su admirable y encantadora sencillez, sello auténtico del lenguaje del Criador. ¡Qué dos palabras aquellas con que empieza y termina el sagrado diálogo: *¡Ave! ¡Fiat!* Dígalo el afuentísimo y grandilocuente obispo San Tarasio¹.

12. Después de hecha Madre suya, á nadie sorprenderá que Dios haya decretado coronar á María por Señora de todos los hombres y Reina de los mismos ángeles. *Ave, Regina cælorum: Ave, Domina angelorum!*

¹ De præsent. Deiparæ, in offic. vot. Immaculatæ Conceptionis B. M. V.

aclámala la Iglesia¹. Lo es en hecho de verdad. Porque, bien visto, cristianos, las prerrogativas que encierran estos títulos que ninguna otra criatura puede reivindicar para sí, no son más que simples corolarios de aquella elevación incalculable de María á la divina maternidad. No hay nada más lógico que las obras de la inteligencia soberana. Nuestra atrevida ignorancia pretende á las veces hacer á Dios inconsecuente en sus obras. Si María es verdadera Madre de Dios, *Theotocos*, como la llamaron los Padres del concilio de Éfeso, proscribiendo la herejía de Nestorio, natural es, según discurren los teólogos y ascéticos, que impere y señoree, con regia autoridad, en todos los dominios de su Hijo, *Rey de reyes y Señor de señores*²; natural es que todas las criaturas le rindan homenaje de vasallos. Los ángeles, acordes con Gabriel, la ensalzan á porfía, cantándole en celestes ritmos alabanzas inmortales. Y todavía el vil gusanillo de la tierra ¿se negará á mezclar su humilde voz con el concierto de las armonías angélicas? La naturaleza entera ¿no parece demostrar á María, en su mudo lenguaje, el anhelo de obsequiarla y ensalzarla? ¿No son todas sus voces otras tantas notas del himno universal que se eleva á María de todos los ángulos de la creación? ¡Ah! ¡qué ronca y destemplada se deja oír, en medio de tanta armonía, la blasfemia del malvado, la sacrilega burla del impío!

13. Pero, fuera de todos estos títulos de derecho divino que tiene María para reclamar del hombre el tributo de suma veneración, posee también para exigir amor las prerrogativas indiscutibles de madre. Por tal la ha dado Dios al género humano redimido. *¡He ahí*

¹ Eccl. in ant.

² 1 Tim. 6, 15.

á tu madre!¹ El misterio de la humana redención no se comprende en toda su profundidad sin el concurso de ese otro misterio de la maternidad espiritual de la Madre Dolorosa. No sin razón ocupó María, á la hora requerida el puesto de honor que le estaba señalado al pie de la Cruz del Redentor². Allí, allí precisamente, al darnos Jesús la nueva vida de hijos de Dios, comprada á precio de sangre, María, asociada al gran ministerio de la regeneración, nos daba también á luz entre un mar de angustias y dolores. ¡Ah! ¡no olvidemos jamás ese abolengo tan glorioso! Hijos somos de María, como lo somos de Jesucristo; reconozcámosla una y mil veces por madre. El culto religioso tiene mucho del aroma de la piedad filial. Dios quiere ser amado como Padre, no menos que adorado como Dios. *Padre nuestro, que estás en los cielos*, es la oración que él mismo puso en nuestros labios³; y, por lo que hace á María, objeto legítimo de un culto sólo inferior al de Dios mismo, ella quiere exclusivamente ser amada y venerada como Madre. Este título la llena, porque lo dice todo; y esto nos basta para erigirle un trono, más elevado que el de todos los santos, en el corazón y en los altares. *Ecce Mater tua!* ¡Cristiano! ahí tienes á tu Madre, no terrena sino celestial: ámala como el más cariñoso de los hijos, implora á cada instante su socorro, fía de su bondad, pon en sus manos tus intereses, no tanto los del tiempo, como los de la eternidad; no te canses jamás de alabarla y venerarla como hijo bien nacido.

14. En cuanto á ti, pueblo cristiano, sociedad de Medellín, heredera de nobles y piadosas tradiciones:

¹ Io. 19, 27.

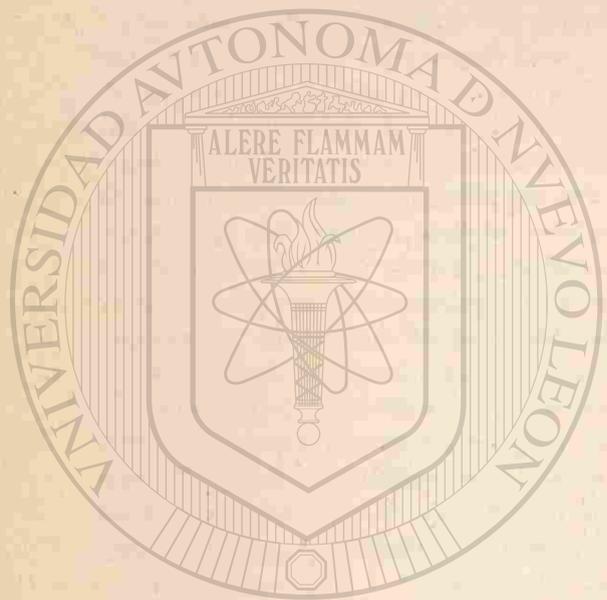
² Ibid. v. 25.

³ Matth. 6, 9.

ahí tienes á María dignamente representada en ese lienzo preciosísimo, legado de regia liberalidad concedido á tus mayores¹: ahí tienes á tu querida Virgen y Señora de la Candelaria. Delante de esta venerada imagen se postraron tus abuelos; á ella acudieron en sus necesidades particulares y en las calamidades públicas; á ella celebraron, si no con mayor pompa que al presente, tal vez con piedad y devoción mayores. ¡Ah! ¡no olvides cuántos beneficios debes al cielo por intercesión de tu Patrona: cuántas veces acorrió en tu auxilio, escuchó tus súplicas, enjugó tus lágrimas y calmó tus sobresaltos! ¿No es á ella, pueblo fiel, á quien debes la actual prosperidad de que disfrutas? Reconoce agradecido la deuda inmensa de gratitud que pesa sobre ti, ya que, para descargarte de ella, no necesitas otros tesoros que la fidelidad y el amor. Sé digno, pues, de tus gloriosos antecedentes, y guárdate, no degeneres de los leales sentimientos de aquellos que pusieron á esta ciudad bajo la protección de María santísima de la Candelaria. Así podrás prometerte nuevos y largos días de prosperidad basada en la pureza de la fe y en la santidad de las costumbres. Así sea.

¹ El cuadro de Nuestra Señora de la Candelaria que venera Medellín, fué regalado por una reina de España en tiempo de la colonia.

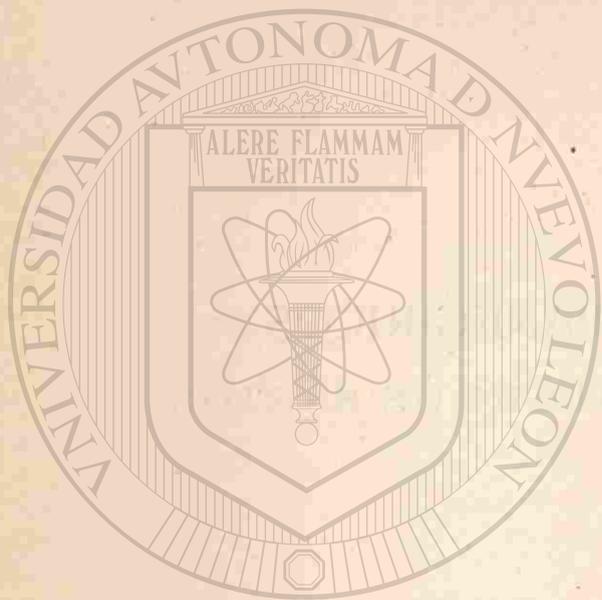




PANEGÍRICOS
DE ALGUNOS SANTOS.

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN[®]
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

PANEGÍRICO DE SAN JOSÉ, PATRONO DE LA CONGREGACIÓN DE LA MUERTE

(predicado en San Ignacio, Bogotá, 1899).

Preciosa muerte de San José.

Ecce video caelos apertos et Filium hominis
stantem a dexteris Dei.

He ahí que veo los cielos abiertos, y al
Hijo del hombre de pie á la diestra de Dios.

Act. 7, 55.

I. Tended la vista, fieles, por las cinco partes del mundo: aplicad atento oído y escuchad. ¿Qué veís, qué oís en este día? Millones de hombres prosternados ante la imagen veneranda del Padre putativo de Jesús, del humilde y gloriosísimo José: millones de súplicas, de cánticos, de voces de alabanza elevados á su trono, implorando á coros su poderoso patrocinio. Desde el Supremo Jeraarca en el solio del Vaticano hasta el cuidado mendigo en su mísero albergue, todos cuantos se glorian de llamarse cristianos, tornan los ojos á José, todos le repiten á voces, como los egipcios al hijo de Jacob: *Salus nostra in manu tua est*¹: Mira, José, que en tus manos está nuestra salvación. Y vosotros, señores y señoras, ricos y pobres, grandes y pequeños, que en tan crecido número y con tan singular piedad formáis esta ilustre Congregación de la Buena Muerte

¹ Gen. 47, 25.

bajo el patrocinio de San José, canónicamente erigida en este templo, ¿no venís también en este fausto día á redoblar vuestras plegarias y á tributar homenajes al Santo de vuestra confianza y de vuestro cariño? Y ¡cuánta razón tenéis para obrar de ese modo, hoy que con tan extraña pompa celebráis, en unión de toda la religiosa sociedad bogotana, la solemne dedicación al culto de esa primorosa capilla, monumento erigido por vuestra generosa devoción al immaculado Esposo de María, Padre del Verbo Encarnado, y Patrón de la Iglesia universal!¹ ¡Qué ocasión la de este día para recavar de tan pródiga mano toda clase de mercedes!

2. Venís, pues, á regocijaros con la ponderación de las eximias grandezas del Patriarca, á colocar vuestros intereses bajo del cetro real de su patrocinio, á tributarle rendidas acciones de gracias por los beneficios de que ya le sois deudores, y, al propio tiempo, á implorar gracias nuevas en todo orden, temporal y espiritual; y antes que cualquier otra, es entendido que venís, á fuer de verdaderos cristianos, á solicitar del santo Patrono y Abogado de la buena muerte, ésta que ha de ser para vosotros el pasaporte de una feliz eternidad, la condición indispensable para lograr la entrada en la patria de la bienaventuranza. ¿No es verdad que esto venís á pedir á San José? Y ¿á quién mejor pudierais demandarlo que á aquel á quien, entre tantas venturas, cúpole la mayor de todas, cual fué el más dichoso tránsito que pudo tener mortal alguno? ¿No le veis allí moribundo, tal como le representa el valiente pincel de renombrado artista?² Yo veo abiertos los cielos sobre

¹ Celebrábase el estreno de la capilla dedicada á San José, en la iglesia de San Ignacio.

² Alude al cuadro del altar de la capilla.

la cabeza del Patriarca agonizante; y á diestra y siniestra del lecho, á Jesús y María, al Hijo y á la Esposa. ¿Cabe imaginar otra suerte más dichosa que la de este tránsito á la eternidad? Salta á la vista esta felicidad para que yo me detenga á ponderarla: contempladla vosotros y abismaos. Por lo que á mí toca, deseoso de hacer el panegírico del bienaventurado José, fijando vuestra atención en la felicidad de su muerte, querría presentárosla como la justa recompensa de sus excelsos méritos, como la coronación natural de una vida esmaltada de virtudes. Nada más fácil de concebir que esta consecuencia; porque, si la muerte es el eco de la vida, la de José no podía ser de otra manera que como nos la muestra la tradición y el arte cristiano. María debía estar allí acompañando á su esposo dignísimo: Jesús tenía que asistir á padre tan amoroso y perfecto; y los ángeles del cielo no podían faltar en aquellos momentos solemnes para transportar sobre sus alas el alma de aquel Justo incomparable. Ved ahí los tres puntos á que ceñiré mi discurso. Así veremos, para saludable edificación nuestra, cómo la muerte feliz por que anhelamos, ha de ser, por ley ordinaria de la dispensación divina, la recompensa anticipada del cumplimiento de nuestros sagrados deberes. La muerte de San José fué la que correspondía al varón justo, al esposo de María, al que mereció ser llamado padre de Jesús. Imploramos, etc. *Ave María.* ®

I.
3. Esposa tal como María no podía faltar en la muerte de José. Y ¿acaso no era bastante su presencia al lado del esposo para hacer felicísimo este tránsito? Miradla allí constantemente, que no acierta á des-

prenderse un momento del lecho en que descansa el Patriarca, extenuado ya por aguda dolencia ó, tal vez, por larga y penosa enfermedad¹. ¿En qué ocasión mejor que en este lance había de probar la santísima Esposa, que era una joya más preciosa que los tesoros del oriente², que bien podía gloriarse en ella el corazón de su marido como el vencedor en los ricos despojos que arrebató al enemigo, y que, hallándose José á las puertas de la eternidad, próximo á sentarse en el senado de los santos Padres, María era toda su nobleza y su felicidad?³ Grande, inmenso es el dolor que abruma el corazón de la Esposa, viendo aproximarse el momento fatal de la separación: su angustia es pre-nuncio de aquella otra que la oprimirá más adelante en la cima del Calvario. Dominando empero tan terribles emociones y disimulando sus lágrimas, ¡con qué ternura, con qué delicadeza no se consagra al cuidado del venturoso José! ¡qué palabras tan regaladas no le sugiere al oído! ¡qué servicios no le presta! ¡Cómo le enjuga el frío sudor que le corre por la frente! ¡cómo le reclina en muelle almohada la venerable cabeza! ¡cómo le calienta las heladas manos! ¡cómo le alienta y acaricia! Era su esposa dulce, pura y santa, la mejor que hubo en el mundo, la que no tendrá jamás rival: *Nec primam similem visa est, nec habere sequentem*⁴. Excuso el detenerme á defender la verdad de este matrimonio excepcional, contraído por José y María, vírgenes de profesión y, eso no obstante, verdaderos consortes, dando por sentado en buena doctrina que no la unión de los cuerpos, como escribe San Agustín, sino

¹ Ex revelat. V. Mariæ de Agreda.

² Prov. 31, 10.

³ Ibid. 31, 23.

⁴ Ecl. in offic.

la de los ánimos es la que hace el vínculo matrimonial¹. En puridad de verdad dijo el ángel á José: No temas retener á María tu esposa: *Mariam coniugem tuam*; porque lo era en efecto, continúa diciendo el citado Doctor, por la fe jurada en el solemne desposorio, por más que hubiesen de vivir en perpetua y perfectísima continencia: *Ubi nec fuerat, nec futura erat ulla carnis commixtio*. Pues, si la virginidad no impidió que María fuese madre por virtud del Altísimo, ¿cómo estorbaría que fuese verdadera esposa? Siéndolo, pues, en todo el rigor de la palabra, habiendo recibido á José por esposo de manos del mismo Dios, ¿cuál no sería su solicitud junto al lecho del moribundo, siendo tan puro como ardiente el afecto que le profesaba? «Habiendo existido, dice San Bernardino de Sena, verdaderísimo matrimonio entre José y María, contraído por divina inspiración, y, siendo propia del matrimonio aquella unión de corazones tan íntima que hace de dos una sola persona, constituyendo así la unidad más perfecta; tengo por cierto que la Virgen amaba sincerísimamente y con todo el afecto de su corazón á San José.»²

4. Bien se lo merecía el esposo dignísimo. ¿Cuál otro igualó á José en la santidad de su estado, en la alteza de las virtudes conyugales? ¿qué varón en el mundo, fuera de Jesús, más digno del afecto de la Virgen-Madre? Escuchad al devoto San Bernardino deduciendo lógicamente de la estrecha unión conyugal la más acabada semejanza de carácter y virtudes entre

¹ Neque enim quia concubitu non permixtus, ideo non maritus (S. August.).

² S. Bern. Sen., Serm. 1 de S. Jos., apud Breviar.

María y José. «¿Cómo podía, dice, unir el Espíritu Santo al alma de tan excelsa Virgen otra alma que no le fuese del todo semejante en el ejercicio de las virtudes? Por donde concluyo que este varón santísimo debió de ser purísimo en la virginidad, en la humildad profundísimo, ardentísimo en el amor de Dios, altísimo en la contemplación.»¹ Ahora bien, católicos oyentes, un hombre adornado con tan eminentes virtudes, que tan semejante le hacían á la más santa de las mujeres, con quien estaba unido en matrimonio, ¿no era en realidad de verdad el ideal de los esposos, dignísimo de asociar su suerte á la de la misma incomparable Virgen? Y, para que no os parezca temeraria esta aserción, atended por un momento á las siguientes reflexiones sacadas de los Padres y Doctores de la Iglesia.

5. Cuando escribe el evangelista San Mateo aquellas notables palabras: *Estando María, la Madre de Jesús, desposada con José*², parece darnos á entender, aunque indirectamente, la excelencia de este hombre extraordinario enlazado con la mujer que el Eterno escogió para madre de su Unigénito. Pues ¿qué cosa habría sido más ajena de la sabiduría infinita que escoger para esposo de tal madre á un hombre que no fuese digno de ella, dado que podía serlo? Y, para no emplear á este respecto comparaciones que desdigan de la Majestad divina, comparemos á Dios consigo mismo en dos casos que tienen manifiesta semejanza: á saber, la elección de José para esposo de María, y la creación de Eva para desposarla con Adán³. Cuando decretó el Señor que el hombre no estuviese solo, acordó darle

¹ S. Bern. Ser. 1. c. ² Matth. 1, 18.

³ Cartagena, Hom. cathol. de cultu D. Ioseph.

una compañera que le ayudase á llevar la carga de la vida; quiso empero que esta criatura fuese del todo semejante al primer hombre. *Faciamus ei adiutorium simile sibi*¹. Y ¿nos persuadiremos de que, al darle compañero á su madre temporal, no lo buscaría ó no lo haría semejante á ella? ¡Oh! no es posible imaginarlo. ¿Cuándo mejor que en las bodas de María, Hija predilecta del Padre, hubo de cumplirse el aviso del Eclesiástico: *Entrega tu hija á un varón sensato, y harás una grande obra*². De donde con razón infieren los expositores que, así como María fué la más grande y aventajada entre todas las mujeres, así José, su esposo, fué el más prudente y santo de todos los varones; pues no se concibe de otra suerte cómo existiese aquella proporción debida entre las dos partes, siendo aquél un matrimonio modelo, como dispuesto y arreglado por el mismo Dios para los altos fines de su gloria. Así han discurrido varones tan graves, ingeniosos y santos, como el célebre Canciller de París, Juan Gerson, uno de los más beneméritos del culto del Patriarca. Ved aquí sus palabras: «Convino que María se hallase adornada de tan gran pureza, como dice San Anselmo, que no pueda concebirse otra mayor fuera de Dios; así también fué conveniente que José poseyese tan eximias dotes cuales pedía la semejanza y proporción de tal esposo á aquella esposa, *de la cual nació Jesús que se llama Cristo*³; y, según puede colegirse del Evangelio, el felicísimo José fué el más puro de los hombres, el más semejante, entre todos, á la gloriosa Virgen.»⁴ Añadamos, por ser de tanta autoridad, la sentencia de

¹ Gen. 2, 18. ² Eccli. 7, 27. ³ Matth. 1, 16.

⁴ Serm. de Nativ. Mar., apud Cartagena.

San Juan Damasceno: «Grande fué la dignidad concedida á José por don singular de Dios, porque ser esposo de la Virgen es una gracia que excede á cuanto puede decirse.»¹ Y lo que afirma de la dignidad este santo Doctor, ¿no nos autoriza por ventura para asegurar que no fué menor el mérito que la dignidad; ni las virtudes, inferiores á la prerrogativa concedida?

6. Pero, si tal y tan perfecta debía ser la virtud del varón destinado á unir su suerte con la de María, Madre del Altísimo; calculad, si podéis, hasta dónde llegaría la santidad de aquella alma, después que, en la santa intimidad de la vida conyugal, había transcurrido su larga existencia, esto es, en los postreros momentos de aquella vida toda llena de virtudes. El trato de tantos años con la más santa de todas las criaturas ¿cuánto no debió de aquilatar la pureza de corazón del bendito San José! y, por otra parte, las obligaciones del matrimonio, desempeñados á maravilla por el mejor de los esposos, ¿qué de ocasiones no le proporcionaron para ejercitar los más heroicos actos de virtud! El solo pensamiento, el recuerdo de la Virgen sacratísima se concibe que sea bastante para apartar al hombre de toda culpa y estimularle á la virtud; ¿qué sería, pues, la presencia corporal de aquella Señora, espejo purísimo de toda santidad? ¿qué sería la continuidad de esa misma presencia, el trato familiar, la vida común? ¿No debía ser ésta una fuente inagotable de gracias para su santo esposo? ¿Adónde, pues, llegaría, al cabo de tantos años, la santidad del Patriarca? Su nombre ya bien claro lo indica, y bien sabéis, carísimos oyentes, cuánto sea el valor de los nombres

¹ Orat. 3 de Nativ. Mar., l. c.

puestos por Dios, como debió de ser el de José¹. Oíd á San Bernardo: «Quién haya sido el bienaventurado José, y cuánto su mérito, conjetúralo de su mismo nombre propio, el cual no ignoras que significa *aumento*.»² No sólo fué siempre en aumento su felicidad y grandeza, tal que excede á la de todos los antiguos patriarcas y profetas³, sino que fué á cada instante aumentando su virtud, y crece día por día su gloria en el cielo y en la tierra. Y ¿cómo pudiera ser olvidado en la santa Iglesia aquel que tanto honró, amó y reverenció á María, cuyo culto cada vez más floreciente en el cristianismo, no ha podido menos de excitar y fomentar el de su bendito esposo?

7. Resumiendo en una sola todas las virtudes que hicieron de José el esposo modelo, el esposo digno de la Madre de Jesús, *virum Mariæ*⁴, digamos que José amó á María con todo el amor de que ella sola era digna, y él solo capaz. Y si, conforme al precepto del Apóstol: *Viri, diligite uxores vestras*⁵, el amor conyugal encierra toda la perfección de este estado; ¿qué podría faltar á la de aquel que amó á su esposa con amor perfectísimo, á la medida de la voluntad del Criador? ¿Quién fuera capaz de penetrar en el fondo del corazón de José para ver allí los sentimientos de ternura, abnegación, ardentísimo celo y admiración profunda que abrigaba para su santa é inmaculada esposa? Sobre todo ¿quién dirá la unión de aquellos dos corazones, la concordia de aquellas dos almas,

¹ Vide *Cartagena* l. c.

² Hom. 2 super *Missus est*, apud Breviar.

³ Cardin. Toletan., apud *Cartagena*.

⁴ Matth. 1, 16.

⁵ Eph. 5, 25.

fundidas, por decirlo así, en un solo corazón, el de Jesús? Semejantes á los dos misteriosos querubines del Arca del Testamento, colocados sobre el propiciatorio, vivían absortos, en frente uno del otro, en la contemplación y en el amor del Dios humanado, cuyas eran aquellas dos vidas consagradas á servirle. ¡Oh admirable y sobrenatural amor el de estos dos santísimos esposos, admiración y encanto de los cielos! Concluyamos exclamando con el piadoso entusiasmo de la Iglesia: *Te, Joseph, celebrent agmina caelorum!*¹ ¡Que los escudrones de los bienaventurados celebren, oh José! *Te cuncti resonent christi adum chori:* Y á porfía te canten á coros los seguidores de Cristo; pues esclarecido por tus méritos fuiste unido á la ínclita Virgen en el matrimonio más santo y feliz que vio la tierra.

II.

8. Y ¿cuál fué, cristianos, el objeto providencial de este singular matrimonio, sino hacer del venturoso José el representante y vicegerente del Eterno Padre respecto del Verbo Encarnado en María? Así lo canta la Iglesia en sus himnos: *Te Sator rerum statuit pudicæ Virginis sponsum, voluitque Verbi te patrem dici*². Jesús, el Hombre-Dios, no podía tener en realidad otro padre que aquel que le dijo desde la eternidad: *Tu eres mi hijo; yo hoy te he engendrado*³; necesitaba sin embargo de un hombre que hiciese en la tierra las veces del Padre celestial. Así lo exigían juntamente con el honor del hijo y el decoro de la madre, las necesidades de aquella nueva existencia terrestre que había escogido el Verbo Divino para llevar á cabo los

¹ Eccl. in festo S. Ios.² Ibid.³ Ps. 2, 7.

planes de su sabiduría. Y este hombre condecorado con el honor de la más alta representación y del más sublime encargo, fué José, el esposo de María. Así lo atestigua la presencia de Jesús en el cuadro en que está pintada la agonía del Patriarca. ¿No veis allí á Jesús de pie junto al lecho del santo moribundo? ¿no le veis dirigiéndole palabras como sólo él puede decirlas, palabras de vida eterna?¹ «*Yo soy, le dice, la resurrección y la vida: el que cree en mí, vivirá aun después de muerto; no morirá propiamente, pues continuará viviendo por toda la eternidad*»². Tú lo sabes, padre mío, pues bien conoces el secreto de mi divinidad: ¿qué temas siendo yo tu hijo? Tu muerte no será sino un dulce sueño del que despertarás en otra región llena de encantos, aunque todavía no hayas de entrar en el reino de mi Padre. Vé á anunciar el día de su próxima redención á los patriarcas y profetas que te aguardan en el seno de Abrahán, y diles que pronto iré triunfante á romper sus cadenas y llevarlos conmigo á la gloria que voy á conquistar. Duerme en paz tu último sueño, reclinado en el seno del Hijo de Dios que te amó como á padre. ¡Adiós, José!» Y murmurando dulcemente el nombre de Jesús, su amado hijo, daría el último suspiro el venturoso Patriarca. Y Jesús recibiría en sus benditas manos el espíritu de su padre putativo.

9. Sí, cristianos, bien podía regalarse José llamando á Jesús su amado hijo: *Hic est Filius meus dilectus*³, supuesto que la misma Virgen-Madre, perfectamente sabedora del misterio de su fecundidad virginal, había

¹ Io. 6, 69.² Ibid. 11, 25.³ Matth. 3, 17.

apostrofado al niño de doce años hallado en el templo, con estas formales palabras: *Hijo ¿por qué lo has hecho así con nosotros? He aquí que tu padre y yo angustiados te buscábamos*¹. Y el sagrado evangelista añadía sin restricción ni comentario: *Su padre y su madre estaban admirados de las cosas que de él se decían*²; y, al hacerlo así, observa el docto abad Ruperto, el evangelista no miente, supuesto que, si no por naturaleza, si por derecho legal y por disposición del Eterno Padre, poseía José el título de padre de Jesús. No se crea, pues, que este dictado, el más glorioso para nuestro santo Patriarca, era puramente obra de la común estimación del vulgo, ignorante del secreto de Dios: *ut putabatur*...³, como si no estribara en fundamentos más reales y verdaderos. ¿Pues qué? la paternidad ¿no dimana toda entera del Padre de nuestro Señor Jesucristo, como afirma el Apóstol?⁴ ¿No pudo, pues, comunicarla en cierto modo verdadero, aunque fuera del orden natural, al varón á quien escogió para ayo de su Hijo humanado, y único y fidelísimo coadjutor sobre la tierra del gran consejo de Dios, como dice San Bernardo?⁵ De no ser José verdadero padre de Jesús ¿cómo pudiera arrogarse el derecho de imponerle nombre, derecho que le fué transmitido también por medio del Arcángel?⁶ El nombre de Jesús en el cual se encierran todos los atributos de Cristo, sólo el Padre Eterno podía imponerlo ciertamente; y así fué que este nombre santísimo y adorabilísimo bajó del cielo; pero ¿quién sino José fué el encargado de dár-

¹ Luc. 2, 48.² Ibid. 2, 33.³ Ibid. 3, 23.⁴ Eph. 3, 15.⁵ Hom. 2 super *Missus*.⁶ Matth. 1, 25.

selo á Jesús, en representación del Padre Celestial, en el solemne acto de la circuncisión cuando empezó á revelarse el Salvador? Es, por tanto, indudable que José fué vicegerente de la paternidad divina respecto de Jesús. Ved aquí cómo expone el gran Crisóstomo las palabras del ángel á San José: *«Tu esposa dará á luz un hijo, y tú le llamarás Jesús*. No, por ser habido por obra del Espíritu Santo, te juzgues extraño al ministerio de esta admirable dispensación. Porque, aunque nada de esta generación te pertenezca, te concedo sin embargo todo lo que es propio de un padre y no empaña la dignidad de la Virgen, como la imposición del nombre, pues tú serás el primero que le llamarás con él. Que, aunque este niño no sea hijo tuyo, tú empero serás su padre por el cuidado y solicitud que tendrás de él, como que estarás á él unido desde que le impongas el nombre.» Lo mismo piensan otros gravísimos Padres de la Iglesia.

10. Enaltecido con tan excelso cargo, ¿qué faltaba á la gloria de José sino desempeñarlo con aquella perfección que era posible á un hombre auxiliado con todas las gracias necesarias para ello? Y José lo desempeñó á maravilla. ¡Oh! ¡qué gloria tan pura y tan magnífica! ¿De quién mejor podemos decir con el Sabio que *el Señor guió al Justo por los caminos de la rectitud, y lo hizo feliz colmándolo de gloria*¹? Para alcanzarla fué preciso que José estuviese adornado, no sólo de todas las virtudes que hacen á un padre de familia modelo en su clase, sino de aquellas otras que como á padre del Verbo Encarnado le correspondían. Y ¿cuáles debían de ser éstas, amados oyentes, sino

¹ Eccli. 45, 8.

las que más le asemejasen al Padre Celestial? Tales, en efecto, las pedía el carácter de la dignidad conferida al más afortunado de los hombres. Mas ¿quién será capaz de formarse idea de estas altísimas virtudes? Apenas podremos rastrearlas, menos con las luces del discurso que con las huellas de luz que él mismo dejó en el Evangelio. Todas parecen compendiarse en aquellas palabras que la Iglesia aplica al bienaventurado Patriarca: *Fidelis servus et prudens, quem constituit Dominus super familiam suam*¹. Fidelidad, prudencia, amor de padre para con el Hijo de Dios confiado á sus desvelos: he ahí las virtudes sobrehumanas con cuyo ejercicio continuado por espacio de treinta años supo José emular la perfección infinita del Padre del Unigénito de Dios. Por ellas me atrevo á decir que copió en sí, cuanto era posible, los atributos de aquella soberana paternidad. Por la fe conoció con luz divina á aquel Verbo á quien el Padre engendra *ab æterno* conociendo en sí mismo la imagen consubstancial de su divinidad; con la prudencia ejercitó para con el Hijo de Dios humanado los oficios que la Providencia del Eterno Padre tuvo cuidado de ejercer con su Primogénito y muy amado Hijo; por la caridad amó á Jesús, no sólo como al más amable de los hombres, y como á propio hijo, sino como á Dios, igual á su Padre y, como él, bondad infinitamente amable. No me detendré en la consideración prolija de cada una de estas sublimes virtudes, contentándome con apropiarme las siguientes dulcísimas consideraciones del afectuoso San Bernardino de Sena. «La caridad de José para con Cristo fué ardentísima. ¿Quién negará que, teniéndole en los brazos,

¹ Matth. 24, 45.

ó conversando familiarmente con él, Cristo, ya niño, ya adulto, le infundiría é imprimiría inefables sentimientos de sí mismo, inundándole de dulzura, de acuerdo con la interior moción de la gracia, la vista exterior del hijo, sus palabras, sus caricias? ¡Oh! y ¡qué dulces ósculos recibió José del Niño-Dios! ¡Cómo se bañaba de suavidad al oír que el niño balbuciente le llamaba padre, y al sentir que con sus brazos le estrechaba! Y cuando en los caminos que anduvieron, viéndole cansado le hacía recostarse en su regazo, ¡con qué ímpetu de amor que le sacaba fuera de sí mismo, no se sentía arrebatado hacia aquel hijo dulcísimo que de su Virgen Esposa le había dado el Espíritu Santo!» Hasta aquí el seráfico San Bernardino¹. Tal fué el corazón del que Dios escogió para darle derechos de padre sobre su Hijo hecho hijo del hombre: ¡imagen viva y admirable del corazón del Padre Eterno!

11. Pero había aún en el corazón de José un sentimiento paternal que el Padre Eterno no era capaz de experimentar; el dolor, la compasión. ¡Oh! y ¡cómo cuadraba este afecto al corazón del padre del hombre de dolores! «El dolor que sintió José por los trabajos de Jesús, dice el citado Doctor, manifestó que tenía afecto de verdadero padre.»² Y ¿cuál fué este dolor? Bien lo sabéis, cristianos oyentes; no fué uno, fueron siete, por no hablar sino de los que más cruelmente desgarraron aquella alma tan tierna y compasiva, los Siete Dolores que, aunque mitigados con otros tantos gozos, hicieron á San José participante del cáliz del Redentor. El padre no podía ser desemejante al hijo. Él también tuvo su Calvario anticipado en Nazaret, en

¹ Serm. 1 de S. Joseph, apud Breviar.

² Ibid.

Belén, en Egipto, en Jerusalén... en todas partes, dondequiera que acompañó á Jesús niño, joven, adulto, dondequiera que le sirvió de padre, ayo, escudo y defensor. ¡Qué angustias no le causó desde el seno de su madre virgen! ¡Cuánto tardó, al parecer, en venir el ángel á sacarle de aquella amarga situación! ¡Qué penas no le hizo tolerar en el desabrigado portal de Belén! ¡Cómo le hizo llorar de verlo tiritar de frío en aquella desnudez y desvío universal! Y luego ¿quién dirá lo que padeció de sustos, afanes, cansancios, hambres y fatigas en aquella precipitada huida, viaje y destierro de Egipto? Y, para abreviar, ¿hasta dónde no le penetró aquella espada de la profecía de Simeón que le rasgaba el velo de la pasión del Hijo y de la Madre! ¡Cuál no fué la herida que abrió en su corazón el verse privado por tres días mortales de la presencia de Jesús perdido en Jerusalén! ¡Oh! ¡qué cúmulo de penas y dolores costóle á José la dignidad de padre de Jesús! Y todos estos méritos, carísimos oyentes, ¿no habían de aparejarle la mayor recompensa sobre la tierra, un tránsito á la eternidad dulcificado, transformado en éxtasis por la presencia del Hijo de Dios, el cual no quiso empezar su carrera pública antes de dar á su fiel padre el adiós de la última despedida?

III.

12. Sí, cristianos, allí en ese cuadro que tan al vivo me representa la muerte felicísima del gran Patriarca, veo también el cielo abierto y una como escala que desde la tierra se extiende hasta las puertas de la mansión celeste; veo escuadrones de ángeles escalonados como para hacer los honores al alma de José próxima á salir de la cárcel de su cuerpo; casi alcanzo á per-

cibir el movimiento universal producido en todas las esferas por el grande acontecimiento de la humilde casa de Nazaret. ¿Qué significa todo este conjunto de extraordinarias circunstancias? ¿Trátase, por ventura, de celebrar algún brillante triunfo? ¿quién es ese personaje tan atendido de los príncipes celestiales? ¡Ah! lo veo: es José, es el Justo entre los justos; y su muerte no puede menos de llamarse triunfo, por ser fin de la lucha terrenal y principio de la eternal bienandanza. *Iustorum animæ in manu Dei sunt, et non tanget illos tormentum mortis*¹. *Iusti autem in perpetuum vivent*². La justicia de José no es una sola virtud, ni aun el conjunto de virtudes que basta para calificar á un hombre de justo y agradable á los ojos de Dios: es la suma perfección que caber puede en un varón así llamado por antonomasia, en sentir de San Bernardo: *Virum nominat (evangelista), quod homo virtutis erat*³; es la eminencia de todas las virtudes, según expone San Crisóstomo: *Iustum hic in omni virtute dicit esse perfectum*⁴. Y esta justicia de José va á ser ahora remunerada por la justicia eterna, única que sabe apreciarla en su legítimo valor. ¡Cuál no será el premio que le adjudique el Juez rectísimo! ¡qué corona de justicia la que le está preparada para adornarle las sienes venerables! Y esto lo presente, lo sabe José, como lo sabía también el Apóstol llegado al término de su gloriosa carrera⁵. Y, siendo esto así, mis amados oyentes, ¿cuáles no debieron ser los júbilos celestiales que embriagaron aquella alma santísima en los supremos momentos de su vida? ¿No

¹ Sap. 3, 1. ² Ibid. 5, 16.

³ Hom. 2 super *Missus*. ⁴ Hom. 4 in *Matth*.

⁵ 2 Tim. 4, 8.

vería él también abiertos los cielos para recibirle? Ciertamente, aunque por el momento no pudiese todavía penetrar en aquellas aulas del empíreo, aún no abiertas por el divino triunfador de la muerte y del pecado.

13. Vió, pues, José la gloria que le estaba reservada así para el cuerpo como para el espíritu, así la esencial en el cielo como la accidental en la tierra, la gloria de la eternidad y la del tiempo. Y esto fué sin duda no pequeña parte para la felicidad de su tránsito. ¡Oh! ¡quién pudiera, hermanos míos, bosquejar siquiera á grandes rasgos esa gloria del más ilustre de los Patriarcas del Nuevo y Antiguo Testamento! Resumámosla en brevísimas palabras. Por lo que hace á su cuerpo, ligero y baladi fué el triunfo sobre el obtenido por la muerte, pues no tardó en llegarle el día de la resurrección que fué el mismo que vió la de Jesús. Así lo enseñan con San Bernardino gravísimos autores¹. Resucitó, pues, nuestro Patriarca para ascender con Cristo, en cuerpo glorioso, á las alturas de la bienaventuranza, adonde le llevaban sus incomparables merecimientos, como padre dignísimo de Jesús, como meritísimo esposo de María, como adornado con el grado supremo de la justicia y santidad. Por lo que toca á la gloria esencial de que goza en aquella corte donde reina Cristo con los ángeles y santos, no puedo menos de asentir á la opinión del célebre Canciller de París, ya citado, el cual no acierta á separar en el cielo á aquellas tres personas que fueron inseparables en la tierra por voluntad del Altísimo, aquellas que forman y formarán eternamente una como segunda y veneranda Trinidad, Jesús, María y José. ¿Quién se interpondría entre Jesús y María?

¹ Vide *Cartagena* l. c.

Nadie ciertamente, ni el más sublime serafín. Pues bien; como ninguno tampoco podrá interponerse entre María y José, resulta que, después de la Virgen-Madre de Dios, no hay trono más elevado ni más próximo al de Cristo que el de José. Opinión es ésta, hermanos míos, que tiene en su apoyo, no sólo un gran peso de razones teológicas, sino la autoridad de sabios tan esclarecidos como nuestro eximio Doctor Suárez¹. ¿Qué resta sino que nos acojamos, cada día más fervorosos, más confiados, á su excelso patrocinio? ¡Congregantes de San José! Implorad con nuevo ardor la protección del gran Patrono de la Iglesia católica, y Patrono de vuestra Congregación; é, imitadores de su santa vida, podréis prometeros la gracia de las gracias, la de una santa muerte que os abra las doradas puertas de la feliz eternidad. Así sea.

PRIMER PANEGÍRICO DEL PATROCINIO DE SAN JOSÉ

(predicado en la iglesia de las Salesas, Bogotá, 1896).

El patronato universal fundado en la paternidad de San José.

Constituit eum dominum domus sue.
Le constituyó señor de su casa.

Ps. 104, 27.

1. Gloríese en buena hora el ya caduco siglo XIX de la fecundidad y trascendencia de sus conquistas en los campos de la ciencia y del progreso material. Pero,

¹ Apud *Cartagena* l. c.

vería él también abiertos los cielos para recibirle? Ciertamente, aunque por el momento no pudiese todavía penetrar en aquellas aulas del empíreo, aún no abiertas por el divino triunfador de la muerte y del pecado.

13. Vió, pues, José la gloria que le estaba reservada así para el cuerpo como para el espíritu, así la esencial en el cielo como la accidental en la tierra, la gloria de la eternidad y la del tiempo. Y esto fué sin duda no pequeña parte para la felicidad de su tránsito. ¡Oh! ¡quién pudiera, hermanos míos, bosquejar siquiera á grandes rasgos esa gloria del más ilustre de los Patriarcas del Nuevo y Antiguo Testamento! Resumámosla en brevísimas palabras. Por lo que hace á su cuerpo, ligero y baladi fué el triunfo sobre el obtenido por la muerte, pues no tardó en llegarle el día de la resurrección que fué el mismo que vió la de Jesús. Así lo enseñan con San Bernardino gravísimos autores¹. Resucitó, pues, nuestro Patriarca para ascender con Cristo, en cuerpo glorioso, á las alturas de la bienaventuranza, adonde le llevaban sus incomparables merecimientos, como padre dignísimo de Jesús, como meritísimo esposo de María, como adornado con el grado supremo de la justicia y santidad. Por lo que toca á la gloria esencial de que goza en aquella corte donde reina Cristo con los ángeles y santos, no puedo menos de asentir á la opinión del célebre Canciller de París, ya citado, el cual no acierta á separar en el cielo á aquellas tres personas que fueron inseparables en la tierra por voluntad del Altísimo, aquellas que forman y formarán eternamente una como segunda y veneranda Trinidad, Jesús, María y José. ¿Quién se interpondría entre Jesús y María?

¹ Vide *Cartagena* l. c.

Nadie ciertamente, ni el más sublime serafín. Pues bien; como ninguno tampoco podrá interponerse entre María y José, resulta que, después de la Virgen-Madre de Dios, no hay trono más elevado ni más próximo al de Cristo que el de José. Opinión es ésta, hermanos míos, que tiene en su apoyo, no sólo un gran peso de razones teológicas, sino la autoridad de sabios tan esclarecidos como nuestro eximio Doctor Suárez¹. ¿Qué resta sino que nos acojamos, cada día más fervorosos, más confiados, á su excelso patrocinio? ¡Congregantes de San José! Implorad con nuevo ardor la protección del gran Patrono de la Iglesia católica, y Patrono de vuestra Congregación; é, imitadores de su santa vida, podréis prometeros la gracia de las gracias, la de una santa muerte que os abra las doradas puertas de la feliz eternidad. Así sea.

PRIMER PANEGÍRICO DEL PATROCINIO DE SAN JOSÉ

(predicado en la iglesia de las Salesas, Bogotá, 1896).

El patronato universal fundado en la paternidad de San José.

Constituit eum dominum domus sue.
Le constituyó señor de su casa.

Ps. 104, 27.

1. Gloríese en buena hora el ya caduco siglo XIX de la fecundidad y trascendencia de sus conquistas en los campos de la ciencia y del progreso material. Pero,

¹ Apud *Cartagena* l. c.

si ha de ser sólida y duradera, no vana y efímera, su gloria, antes que de sus inventos y de sus pasmosas aplicaciones á la industria, gloríese de su incontestable progreso moral y religioso, y obrará prudentemente según la advertencia del Apóstol: *El que se gloria, gloríese en el Señor*¹. Porque, añade el Doctor de las naciones, no es gloria aprobada y firme la del que se recomienda á sí mismo, sino la de aquel á quien recomienda y enaltece el mismo Dios². Y nuestro siglo, á pesar de sus locuras y deslices, ha recibido de Dios, en más de una ocasión, muy honrosas recomendaciones por el órgano de la Iglesia infalible. De ahí los pasos de gigante que ha dado en el camino de la verdad religiosa, especialmente en la segunda mitad de su carrera. Es un hecho palpable, amados fieles, que, muy á pesar de los porfiados ataques de la impiedad sectaria, y por más que el infierno haya jurado desarraigar de las almas la idea cristiana y arrojar de nuevo el mundo en las tinieblas de que lo redimió el cristianismo, la religión de Cristo Jesús, recobrada de sus anteriores quiebras, no sólo vive y florece en todas partes, sino que va echando raíces cada vez más hondas en los espíritus desengañados, y el fervor religioso sube de punto día por día, merced al impulso que recibe continuamente del centro y cabeza de la sociedad cristiana, la Cátedra apostólica.

2. Me refiero, hermanos míos, como habéis podido comprender, á las numerosas enseñanzas dictadas por la Santa Sede en estos últimos años sobre puntos de moral, dogma y liturgia sobre manera importantes para la marcha de la comunión católica, y de las cuales

¹ 2 Cor. 10, 17.

² Ibid. 10, 18.

se ha visto surgir entre los fieles de todos los países una corriente poderosa de fe, piedad y santificación. Tal es, entre otros, el insigne documento del inmortal Pontífice Pío IX, el Grande, en que declara el patrocinio universal del gloriosísimo Patriarca San José. Veintiséis años hace que la voz del Papa Mártir de la revolución se hizo oír hasta los últimos confines de la tierra, aclamando Patrono de toda la Iglesia católica al castísimo Esposo de la Virgen María, y conjurando á todos los cristianos á implorar tan poderoso patrocinio en las grandes calamidades ocurridas en ese mismo tiempo, luctuosísimo para la Sede Apostólica y el mundo¹. Y el orbe católico, en un eco de bendición, aclamó también tan justo como necesario patronazgo. Desde entonces la festividad que hoy celebramos, no pudo menos de tomar un auge y esplendor extraordinario. León XIII ha venido después á corroborar la disposición de su ilustre predecesor, ordenando que se celebre el vigésimo quinto aniversario del patronato de San José². Por nuestra parte, de acuerdo con el común sentir de la familia católica, apoyados en la consideración del carácter y la dignidad del glorioso Patriarca, no vacilamos en atribuirle como corolario natural de uno y de otra, la prerrogativa de Patrono universal de la Iglesia de Cristo. Fácil es de ver, si no me engaño, católicos oyentes, cómo de la paternidad divina de José dimanen sus derechos y oficios de Patrono de la Iglesia, así como de los deberes que el Hijo de Dios Encarnado se dignó imponerse para con su padre putativo, se derivan

¹ El 20 de septiembre de 1870 fué tomada Roma por el Gobierno de Italia.

² El día 15 de diciembre de 1895.

los que la Iglesia tiene para con San José. Y veis aquí las dos partes en que divido el asunto de este panegírico, para cuyo desarrollo os ruego me ayudéis á implorar etc. *Ave María.*

I.

3. Al proclamar la Iglesia por la voz de Pío IX el universal patrocinio de San José, ¿qué otra cosa ha querido poner de manifiesto sino la prerrogativa por la cual este gran Santo participa en cierto grado de los derechos del Padre celestial, y, en esta virtud, ejerce para con todos los fieles los oficios de verdadero y amoroso padre? No significa otra cosa, en hecho de verdad, este título y calidad de patrono sino una especie de paternidad de derecho ó concesión, supuesto que á nadie como al padre le corresponde amparar, proteger, patrocinar. La misma etimología de la voz lo está diciendo claramente. Así es que patrocinio, ó patronazgo, nos sugiere la idea de una paternidad participada ó extensiva. Así el bienaventurado San José viene á ser por participación Padre de toda la Iglesia, y, como tal, tiene sobre ella derechos para protegerla, ampararla, defenderla y, en suma, mirar por su bienestar, no de otro modo que, quien asume el encargo de padre, toma por su cuenta el bienestar de aquel á quien adopta por hijo. Pues no otra cosa sucede, hermanos míos, en el caso presente; y así parece que debía de ser, atendida la suave disposición de la divina Providencia en el orden sobrenatural. Porque, siendo José, en un sentido verdadero, padre del Verbo Encarnado, parece que debe extender sobre la Iglesia los derechos de su magnífica paternidad.

4. En efecto ¿qué es la Iglesia sino el cuerpo místico de Jesucristo? Y ¿qué significa esta expresión sino que

la Iglesia viene á ser como la representación animada ó la persona moral del mismo Salvador? Jesucristo posee no sólo el cuerpo real y físico que forma parte de su sagrada humanidad, y que nos ha dejado en el Sacramento de la Eucaristía para que, alimentados con él, vivamos de su propia vida, sino también otro cuerpo moral y místico, del cual es él la cabeza y miembro principal, de quien todos los demás miembros reciben vida, salud y movimiento. Cristo nuestro Señor, considerado en cuanto á hombre, es el primogénito de los hijos de Dios, de quien dijo el Eterno Padre por boca del Profeta: *Primogenitum ponam illum, excelsum præ regibus terræ*¹; es la primera de todas las criaturas, como él mismo se llama en el Eclesiástico². De donde se sigue que Jesús, el Hombre-Dios, no sólo es fundador, autor y consumidor de la Iglesia³, y su rey, pastor y padre en toda propiedad y con toda la plenitud de derechos sobre ella, sino también (sin que haya en esto nada de contradictorio) el primero de la sociedad universal de los seres racionales, ángeles y hombres, y que, en razón de la primogenitura, ocupa el primer puesto en la creación. No sólo *todo fué hecho por él*, dice San Juan, sino que *sin él nada se ha hecho*⁴. Es, pues, como enseña expresamente el Apóstol, *la cabeza de todo principado y potestad*⁵, *la cabeza del cuerpo de la Iglesia*⁶. Y de este gran cuerpo somos nosotros, en unión de los espíritus celestiales, los miembros vivos, los que forman ese admirable todo que se llama cuerpo místico de Jesucristo. Explicitas son acerca de este punto las palabras del ya citado

¹ Ps. 88, 28.² Eccli. 24, 5.³ Hebr. 12, 2.⁴ Io. 1, 3.⁵ Col. 2, 10.⁶ Ibid. 1, 18.

Apóstol de las gentes, bastando recordar aquéllas de su Epístola á los efesios: *Somos miembros de su cuerpo*¹, semejantes á las que escribe á los corintios: *Estis corpus Christi*². Si, pues, amados hermanos, no cabe duda que la Iglesia, cuerpo místico de Cristo, vive como el mismo Cristo, el cual no sólo vive en el cielo á la diestra del Padre, sino también en la tierra para llevar adelante hasta el fin de los siglos la obra de la salvación del género humano, y vive en todos sus miembros en quienes, como la vid en los sarmientos, infunde la savia de la vida sobrenatural; ¿quién podrá dudar de que los derechos del bienaventurado San José sobre la persona de Jesús para sustentarla y defenderla, se extiendan, por una disposición providencial, á la Iglesia entera con el mismo objeto de protegerla y procurarle todo bien? He aquí, hermanos míos, un razonamiento del todo conforme con los principios que la fe nos enseña con relación á la conducta de Dios en el gobierno natural y sobrenatural de las criaturas.

Dios, el verdadero Padre de nuestro Señor Jesucristo, como se expresa el apóstol San Pablo³, dispuso dar á su Hijo Encarnado un padre estimativo que hiciera sus veces sobre la tierra, revistiéndole para este fin de todas las prerrogativas y derechos que como á tal lugarteniente le pertenecían. José, el escogido de Dios para tan alto ministerio, correspondió fidelísimamente por su parte á la misión recibida, desempeñando cumplidamente las funciones suavísimas de padre nutricio, tutor y ayo de Jesús, mayormente en la infancia y durante la cruel persecución de que fué objeto el tierno niño. Luego, por igual disposición y ley análoga, ha

¹ Eph. 5, 30.² 1 Cor. 12, 27.³ 2 Cor. 1, 3.

podido Dios dar á la Iglesia, cuerpo místico de Jesucristo, un tutor, un patrono, un ángel tutelar que en su lugar y con su autoridad y poderío omnipotente la proteja, fomente su vida espiritual, y atienda solícito á la salvación de todos los miembros de Jesucristo; y esta disposición divina ha debido resplandecer principalmente en aquellas épocas en que la Iglesia se ha visto perseguida con mayor encono por el furor de los nuevos Herodes que van apareciendo cada siglo. Quién sea este augusto Protector, bien lo sabéis; y esta breve consideración baste para convencernos de que el patronato de San José sobre la universal Iglesia no es más que la consecuencia natural de su paternidad con relación á Jesús.

5. Demuéstralo con la irresistible elocuencia de los hechos el mismo glorioso Patriarca, tan solícito el día de hoy para con la Iglesia, como lo fué en otro tiempo para con el mismo Jesucristo. Si toda la vida del bendito Santo no fué otra cosa que un continuo afanar por la persona de Jesús; si, por sustentarle y vestirle, trabaja día y noche con increíble alegría, suda y no se da punto de reposo; si, por salvarle del peligro, salta del lecho en altas horas de la noche y corre huyendo á todo escape á la tierra lejana é inhospitalaria de Egipto; si hasta su último suspiro José no alienta sino por la felicidad de su adorado Jesús; ahora que se ve encargado, allá en el cielo, de custodiarle y ampararle en su cuerpo místico, ¿cómo era posible que desatendiese un solo instante tan dulce y sagrada obligación? La Iglesia que perfectamente lo comprende, se cree segura bajo el manto de su querido y poderoso Patrono; la Iglesia fía de San José su prosperidad y su gloria, y por eso aclama con verdadero entusiasmo su universal

patrocinio. Que, no sólo por la voz autorizada y solemne del Romano Pontífice, sino aun por las cien voces de todas las iglesias particulares y por los millones de lenguas de todos los fieles es preconizado José patrono y refugio universal. ¡Quién pudiera desplegar en este momento á la vista de los fieles el gran cuadro en que figuran tantas diócesis, tantos institutos, tantas ciudades y aun naciones acogiéndose al patrocinio de San José, aclamándole su especial protector, tributándole devotos y solemnes homenajes! Para concretarme á los institutos religiosos, innumerables en la Iglesia católica, veríais, entre otros muchos, á la antigua y venerable Orden del Carmelo, reformada por la insigne Doctora mística Santa Teresa de Jesús, una de las almas más ardientes en el amor de San José, esmerarse siempre y en todas partes en promover la devoción del santísimo Patriarca. Veríais en tiempos más recientes y en nuestros mismos días á la Compañía de Jesús, mi madre, anticipándose á celebrar con rito doble de primera clase y octavario la festividad del Patrocinio, reconociendo en San José su patrono especial, á quien, juntamente con María, atribuye sus progresos y su misma fundación y restablecimiento. Veríais también á la ilustre familia de la Visitación de Nuestra Señora, inspirada en el espíritu de su gran fundador San Francisco de Sales, distinguirse en el culto del Esposo de María, como quien tiene por medio principal de santificación la devoción á la Santísima Virgen, á la cual nada puede ser más acepto que el honor tributado á su esposo castísimo. Veríais finalmente, para decirlo con brevedad, á las más célebres Ordenes regulares antiguas y modernas, rivalizando en celo por festejar al glorioso Patriarca, reclamándole todas para sí, codiciosas todas de sus especiales favores.

¿Quién hay que no se afane por merecer la protección de un Santo á quien mira como el más poderoso valedor después de María? Y, como no hay quien no se crea con necesidad y derecho á reclamar los favores del patrocinio más piadoso y venerable, así el acudir á José en todos los trances angustiosos de la vida es como de sentido común en el pueblo cristiano.

6. Y, consultando á la general experiencia de los fieles de todos los países, bien pueden aplicarse á nuestro Santo las palabras que del sol dice el Profeta: «No hay quien no sienta, por escondido que esté, el calor benéfico de su patrocinio.»¹ Bien como el astro rey que, cual soberbio gigante, emprendió su carrera desde el oriente hasta la mitad del cielo, y de allí, como desde un trono y mar de luz, esparce en todas direcciones sus rayos vivificantes y fecundos, á cuyo influjo la turba infinita de los vivientes se anima y regocija; así José, elevado á un trono de gloria más alto que todos los cielos², recibiendo muy de cerca los rayos de la claridad del Verbo y los serenos resplandores de la Virgen su esposa, difunde sobre todos los hijos de la Iglesia y sobre todos los pueblos esparcidos por la faz de la tierra, los suavísimos influjos de su patrocinio. ¡Qué de gracias espirituales y temporales no reciben á diario las almas por la mediación de José! ¡Cuántos pecadores penitentes no le deben la gracia de su conversión! y ¡cuántos justos no le son deudores de aquellos auxilios eficaces con que se santifican las almas, principalmente en el seno de la soledad! ¡Oh! ¡cuántos que se vieron al borde de inminente peligro, debieron al Patriarca el rescate de su vida! Nada diré de los enfermos sin cuento

¹ Ps. 18, 7.² Excelsior cælis factus (Hebr. 7, 26).

que por él recobraron la salud; nada, de los afligidos y necesitados que alcanzaron por su intercesión el remedio de sus necesidades y el consuelo de sus penas.

Modelo como es de todos los estados y condiciones de la vida cristiana, sobre todos se extiende la eficacia de su protectorado universal. José protege al sacerdote y al seglar, al soltero y al casado, á la virgen y á la madre de familias, al niño y al anciano, al magistrado y al militar, al sabio y al ignorante, al rico y al pobre, al magnate y al modesto obrero. ¿Á quién no alcanza el valimiento de este Padre universal del pueblo cristiano? No de otro modo, pero en superior grado de perfección, que al gran Padre del oriente, Abrahán, hásele dado á José una descendencia más numerosa que las arenas del mar¹; porque, si en Isaac habían de ser bendecidas todas las naciones de la tierra, con mucha mayor razón hubieron de serlo en el verdadero *hijo de la promesa*, Jesucristo², de quien se entienden rigurosamente aquellas memorables palabras: *Benedicentur in ipso omnes tribus terræ*³. Si, pues, por Isaac y su descendencia corresponde á Abrahán el título de Padre de infinita muchedumbre, y por la fe le reconocen por patriarca todos los pueblos de la tierra; ¿cómo no ha de corresponder á José, padre putativo de Jesús, el derecho felicísimo de contar por hijos suyos cuantos son los hombres regenerados en Cristo, y de extender sus dominios patriarcales á cuantas tribus y pueblos abraza en su gremio el cristianismo? Tal es, hermanos míos, el sentimiento unánime de la teología y de la ascética cristiana. De esta manera han razonado los más distinguidos oradores sagrados desde San Agus-

¹ Gen. 22, 17.

² Gal. 4, 28.

³ Ps. 71, 17.

tín hasta Gersón, y después del famoso Canciller de la universidad de París, desde el gran Bossuet hasta el sabio y piadoso obispo de Poitiers¹. «Habiendo sido San José, dice el sapientísimo Benedicto XIV, el padre estimativo de Cristo, que es la cabeza de los predeterminados y elegidos, con justa razón se le atribuye el título de Patriarca, nombre que, según los santos Padres y el común sentir de todos los escritores, designa á aquellos que fueron los primeros padres y jefes de las grandes familias del pueblo de Dios.» Y ¿no le corresponderá el patrocinio universal al primer patriarca del Nuevo Testamento?

7. Con razón, pues, se elevaban de todas partes fervorosas súplicas y votos, suspirando el cristiano pueblo por el cumplimiento de una antigua profecía, según la cual el humilde José había de ser declarado cabeza y patrón especial de todo el imperio de la Iglesia militante, y su fiesta había de contarse entre las más solemnes y reverenciadas². Largo tiempo hacía que la cristiandad aguardaba de la Silla Apostólica el acta que había de realizar el vaticinio. Por más que la Santa Sede hubiese decretado ya cuantos honores parecía posible decretar al padre putativo de Jesús, la piedad de la Iglesia no quedaba satisfecha hasta tanto que no se le declarara formalmente patrono universal. Para lograr esta declaración se multiplicaron en los últimos treinta años las preces de los pastores y los fieles, á que añadió gran peso la ruidosa manifestación en favor del culto de San José, hecha en la ciudad de Trento el año de 1863 por un considerable número de cardenales,

¹ Mgr. *Pie*, opp. t. VII, p. 131.

² *Fiet de eo festum præcipuum et venerabile (Isidor. de Solanis).*

obispos y preladados allí reunidos para celebrar el tercer centenario del famoso concilio tridentino. Pareció finalmente haber sonado la hora señalada en los decretos eternos para coronar la gloria del Patriarca, cuando, con ocasión del novísimo concilio vaticano, los Padres congregados renovaron con más empeño sus preces á la Sede Apostólica, fundándose en la urgente necesidad de nuevos y eficaces socorros para hacer frente á las dificultades gravísimas que por entonces empezaron á cercar al Vicario de Cristo. Alzó, pues, la voz el inmortal Pontífice Pío IX, y dijo: «Movidos de tantos votos y peticiones, y resueltos á confiar nuestra persona y todos los fieles al poderosísimo patrocinio del santo Patriarca José, lo proclamamos patrono de la universal Iglesia, y, por este título, elevamos su fiesta al rito doble de primera clase.» Y á esta voz aplaudió el cielo, y se regocijó la santa Iglesia.

II.

8. Ahora bien, amados fieles, ¿qué nos toca á nosotros hacer para corresponder á la merced de tan excelso patrocinio, sino imitar á Jesús en sus sentimientos para con José? Como el Divino Niño, debemos tributarle amor, veneración y confianza: amor como á Padre, veneración como á Patrono, confianza como á Medianero y Abogado. San José reúne todos estos títulos, y conforme á ellos procura el bien de toda la Iglesia y de cada uno de los fieles. Seamos dignos del nombre de hijos, ó merezcamos siquiera el de agradecidos clientes. ¿Quién no amará á tan buen Padre, que, habiéndolo sido del mismo Dios humanado, fuerza es que sea el más perfecto de cuantos llevaron este nombre sobre la tierra? ¿quién no se sentirá movido á profunda veneración

ante la figura venerable de tan ínclito Patriarca? y ¿quién, finalmente, no depositará en él su confianza? Amor, veneración y confianza: ¡oh santos afectos del corazón cristiano! ¡oh bálsamo de nuestros crueles dolores! ¡oh refugio en nuestras tribulaciones! ¡oh suavísima satisfacción del alma! Por medio de estos dulces y regalados sentimientos parécenos gustar alguna parte de aquellas deliciosas consolaciones, más del cielo que de la tierra, que llenaban, cual perfumada esencia, la santa, tranquila y apacible morada de Nazaret, la habitación de aquella sagrada familia, modelo y encanto de toda familia humana.

9. Detengámonos por un momento á considerar cuán digno sea de todo nuestro amor el amabilísimo José. Debémosle, no sólo gratitud como á padre de Cristo y padre nuestro tan solícito, sino también admiración y ardentísimo afecto. Y ¿cómo no lo desperarán en nosotros aquellas singulares perfecciones que plugo á Dios acumular en esta que podemos llamar su obra maestra después de Jesús y María? ¿cómo no nos sentiremos arrebatados hacia un santo en quien, según gravísimos autores¹, brilló no solamente la superior belleza del espíritu por sus eminentes virtudes, sino también la más perfecta y acabada hermosura corporal? Oíd cómo discurren sus más célebres panegiristas. Siendo la hermosura física don de Dios en el orden natural, como dice San Agustín², ¿quién se permitirá dudar que hubieron de estar adornadas con ella las criaturas más excelentes en quienes quiso Dios derramar las riquezas de sus dones, como Jesús, María y

¹ Apud *Cartagena*, Hom. cathol.

² De civit. Dei lib. 15, cap. 22.

José? Por lo que mira á Jesús, ya la había cantado el Real Profeta, llamándole *el más hermoso de todos los hijos de los hombres*¹, expresiones que, según Santo Tomás y San Agustín, deben entenderse de la hermosura corporal, no menos que de la espiritual. Y esto solo bastaría para deducir en buena lógica la belleza acabada del padre putativo de Jesús, supuesto que no hubo, fuera de María, persona más semejante á Jesús. Así lo afirman San Justino Mártir, filósofo insigne², Gersón en presencia del concilio de Constanza, el célebre Bernardino de Bustos y, para abreviar, la generalidad de los escritores ascéticos que dicen á una voz: *Joseph fuit Christo simillimus, et per consequens formosissimus*³. Ni es otro el común sentir de los fieles, apoyados en argumentos obvios que no es del caso desarrollar aquí, bastando observar que, siendo el alma humana forma substancial del cuerpo (como se expresa la filosofía), parece natural exigencia del compuesto que á la perfección del alma corresponda la mejor conformación orgánica, ó sea: á un alma bella un cuerpo bello; por donde dijo San Ambrosio: La belleza del cuerpo es un reflejo del alma, una figura de su bondad⁴. Á un alma, pues, tan bella, tan perfecta como la de José, escogida por Dios *ab aeterno*, como dice el docto y piadoso De Solanis, santificada antes del tiempo ordinario, adornada, en fin, con toda suerte de dones preciosísimos como de quien debía ser esposo dignísimo de la Madre de Dios; á un alma de esta naturaleza, digo, ¿cómo podía dejar de adaptar el Criador un cuerpo modelo de hermosura y perfección? ¿No

¹ Ps. 44, 3.² In Dial. contra Triph.³ Vide *Cartagena* l. c.⁴ Lib. 2 de Virginit.

lo da bastantemente á entender aquel su antiguo homónimo y esclarecido tipo, el hermoso y amable José, hijo de Jacob, de quien notan las Sagradas Letras que *era de hermosa faz y gallardo semblante*¹? No lo dudéis, cristianos: nuestro Patriarca fué tan hermoso como santo; y, por consiguiente, digno de toda la admiración y el amor de los humanos corazones.

10. Debémosle también en sumo grado veneración y reverencia. ¿Por qué sino por la alteza y sublimidad de la dignidad de que se halla investido? Y ésta ¿qué entendimiento humano podrá comprenderla, ó qué lengua expresarla dignamente? Oíd á San Juan Damasceno, tan sabio como ardoroso encomiador de la Virgen María y de su Esposo: «Grande fué, dice, la dignidad concedida á José por singular don de Dios, al ser constituido esposo de la Virgen, por efecto de una disposición que excede todo humano discurso.»² Porque, así como nada iguala, debajo de Dios, á la dignidad de María, Madre del mismo Dios, así, después de ella, nada puede concebirse más grande que ser verdadero esposo de tal madre. Pues ¿qué, si por este título y prerrogativa resulta un puro hombre elevado á la condición altísima, casi inexplicable, de padre legal y estimativo del mismo Dios? Y que ésta sea la dignidad de José expónelo elegante y sólidamente el erudito abad Ruperto por las siguientes palabras³: «Verdaderamente grande es el nombre que el Evangelio atribuye á José cuando lo llama esposo de María, porque, siéndolo, es padre del Señor. No mintió, pues, el otro evangelista⁴ cuando lo llamó padre de Cristo, diciendo:

¹ Gen. 39, 6.² Orat. 3 de Nativ. Mariæ.³ Apud *Cartagena* l. c.⁴ Luc. 2, 33.

Y admiraban su padre y su madre lo que del niño Jesús se decía. Ni tampoco pudiera mentir la Señora cuando dijo á Jesús en el templo: *Tu padre y yo, llenos de dolor, te buscábamos*¹.» Sí, cristianos, José fué padre de Cristo, no sólo en la común estimación de los hombres, sino en la realidad, no ya por generación natural, sí empero por entrega que de su Hijo único hizole el Eterno Padre para que le alimentase y nutriese en su mortalidad, y por autoridad paterna que para este objeto le confirió. *Ioseph*, dice San Ambrosio, *conceptum filium suscepit, quem non genuit*. Este hecho de recibir al Hijo de Dios apenas concebido, este hacerse cargo de su persona como si fuera propio fruto de su matrimonio, constituye á San José verdadero padre de Jesús, aun sin haberle dado el ser. ¿Á quién otro que al padre ó su lugarteniente legítimo corresponde el derecho de imponer nombre al recién nacido? Pues á José le fué dicho por el Ángel: *María dará á luz un hijo, y tú le pondrás el nombre de Jesús*². No pequeña dignidad confirió á José, dice el citado De Solanis, la comisión recibida del cielo de poner nombre al Hijo del Altísimo; pues, al hacerlo, hizo las veces del Eterno Padre, descubrió al mundo entero los arcanos del Espíritu Santo revelados obscuramente á los profetas, y alcanzó la sublime majestad de los ángeles.

Pues ¿qué decir de la dignidad de un hombre á quien corresponde en cierto modo la superioridad de jurisdicción sobre el Señor de todas las cosas, pues afirma el Evangelio que Jesús le obedecía: *erat subditus illis*³? Porque, si bien por la dignidad infinita de su persona, Cristo, aun como hombre, no debía sumi-

¹ Luc. 2, 48.² Matth. 1, 21.³ Luc. 2, 51.

sión ni obediencia á otro ninguno, de hecho quiso vivir sometido á María y á José, prestándoles, cual si le fuesen superiores, obediencia y honor. ¡Qué honor y veneración no son debidos, hermanos míos, al más grande y venerable de todos los patriarcas, á aquél á quien como á padre honró y reverenció el mismo Dios! Con razón canta la Iglesia en un arranque de entusiasmo santo: *Te, Ioseph, celebrent agmina cælitum, te cuncti resonent christiadum chori*...¹ ¡Gloria á José en la tierra y en los cielos!

11. Para cifrar en él toda nuestra confianza nos bastará considerar brevemente el poder inmenso de su valimiento ante Dios. ¡Cuánta debe ser esa confianza, exclama el devoto Gersón, siendo tanta y tan poderosa la eficacia de la intercesión de aquél que, por ser padre y esposo, reputa como dominio suyo al Hijo y á la Madre! Muy digna de notar, amados fieles, es la diferencia que media entre nuestro santo Patriarca y los demás santos y escogidos del Señor: éstos ruegan, aquél manda. Ni debe parecer exagerada esta expresión; pues, si al antiguo José, virrey de Egipto, habíale otorgado Faraón, con la autoridad de padre del rey², el poder de disponer de todo el reino, y nada parecía podersele negar, ¿no deberemos pensar lo mismo respecto de José, esposo de María, verdadero padre, según hemos visto, del Monarca celestial? Pedir José ¿no equivale á disponer y mandar? Si la gracia no destruye los vínculos de la naturaleza, tampoco los destruirá la gloria, según raciocina Santo Tomás. En el cielo, pues, sigue siendo José el que fué sobre la tierra

¹ In hymno Vesp. festi S. Ios.² Gen. 45, 8.

con relación á Jesús y María: es, por lo tanto, omnipotente su ruego.

Complácese el Dios de bondad infinita, como todos sabéis, amados oyentes, en hacer la voluntad de los que le temen¹; y de allí nace nuestra fe en la intercesión de los siervos de Dios, cuya benevolencia tratamos de inclinar hacia nosotros. ¿Cómo, pues, no se apresuraría el Hijo benignísimo á complacer á su padre legal, bajo cuya tutela se dignó vivir por tantos años? Por eso afirma el docto Juan Eckio, gran defensor de la doctrina católica contra los herejes del siglo XVI, que no puede menos de argüir una inmensa dignidad y santidad aquel trato íntimo de José con el Señor Jesús y la Virgen María, de donde es obvio inferir que no padecerá repulsa en cuanto pida, ya sea al Hijo, ya á la Esposa dilectísima. Mira, dice otro pío escritor, cuánto suelen hacer los hijos de los reyes en favor de sus ayos y nutricios; y éstos ¿qué no podrán impetrar en beneficio de sus amigos!²

12. Ni es preciso añadir más, cristianos oyentes, á lo que dejamos expuesto en la primera parte sobre los fundamentos en que estriba el patronato universal del Patriarca del Nuevo Testamento, tan poderoso y benéfico como cada día lo demuestra la experiencia. Sólo nos resta que, siguiendo el ejemplo de la santa Iglesia, nos abandonemos de hoy en adelante con afecto de hijos, en brazos de nuestro amabilísimo Patrono, suplicándole ante todo que nos otorgue la gracia de llevar una vida inmaculada y pura, digna de quien se tiene por miembro de su familia: *Fac nos innocuam, Ioseph,*

¹ Ps. 144, 19.

² *Crisóstomo de Cabeza de Fuentes, apud Cartagena.*

*decurrere vitam*¹; y que, después de pasarla tranquila y segura debajo del amparo de su patrocinio, la coronemos con una muerte felicísima, asistidos por él mismo en aquel trance riguroso en que más que nunca necesitaremos de su protección, para ir á gozar, en su dulce compañía y la de su Hijo y Esposa, de los bienes inefables de la eterna bienaventuranza obtenidos por su patrocinio. Así sea.

SEGUNDO PANEGÍRICO DEL PATROCINIO DE SAN JOSÉ

(predicado en la fiesta del Seminario de Bogotá á su Patrono, 1897).

San José, Patrono especial del clero.

In umbra manus meae protexi te, ut plantes caelos et fundes terram.

Te he amparado con la sombra de mi mano, para que puedas construir nuevos cielos y cimentar la tierra. Is. 57, 16.

I. Cuando en medio de furiosa tormenta vió el magnánimo y bondadoso Pío IX casi á punto de zozobrar la nave de la Iglesia, hundiéndose en la ola revolucionaria el poder temporal de la Sede Apostólica², una celestial visión iluminó su mente: vió un astro de inmensa magnitud brillando en el cielo á través de espesos nimbos, alzó hacia él sus manos, invocó al gran José, Esposo de María Virgen, y amainó la borrasca, y la nave siguió majestuosa y segura su rumbo por entre escollos y peligros. La declaración del pa-

¹ Eccl. in festo S. Ios.

² Año de 1870, Roma fué tomada por el rey de Cerdeña, Victor Manuel II.

con relación á Jesús y María: es, por lo tanto, omnipotente su ruego.

Complácese el Dios de bondad infinita, como todos sabéis, amados oyentes, en hacer la voluntad de los que le temen¹; y de allí nace nuestra fe en la intercesión de los siervos de Dios, cuya benevolencia tratamos de inclinar hacia nosotros. ¿Cómo, pues, no se apresuraría el Hijo benignísimo á complacer á su padre legal, bajo cuya tutela se dignó vivir por tantos años? Por eso afirma el docto Juan Eckio, gran defensor de la doctrina católica contra los herejes del siglo XVI, que no puede menos de argüir una inmensa dignidad y santidad aquel trato íntimo de José con el Señor Jesús y la Virgen María, de donde es obvio inferir que no padecerá repulsa en cuanto pida, ya sea al Hijo, ya á la Esposa dilectísima. Mira, dice otro pío escritor, cuánto suelen hacer los hijos de los reyes en favor de sus ayos y nutricios; y éstos ¿qué no podrán impetrar en beneficio de sus amigos!²

12. Ni es preciso añadir más, cristianos oyentes, á lo que dejamos expuesto en la primera parte sobre los fundamentos en que estriba el patronato universal del Patriarca del Nuevo Testamento, tan poderoso y benéfico como cada día lo demuestra la experiencia. Sólo nos resta que, siguiendo el ejemplo de la santa Iglesia, nos abandonemos de hoy en adelante con afecto de hijos, en brazos de nuestro amabilísimo Patrono, suplicándole ante todo que nos otorgue la gracia de llevar una vida inmaculada y pura, digna de quien se tiene por miembro de su familia: *Fac nos innocuam, Ioseph,*

¹ Ps. 144, 19.

² *Crisóstomo de Cabeza de Fuentes, apud Cartagena.*

*decurrere vitam*¹; y que, después de pasarla tranquila y segura debajo del amparo de su patrocinio, la coronemos con una muerte felicísima, asistidos por él mismo en aquel trance riguroso en que más que nunca necesitaremos de su protección, para ir á gozar, en su dulce compañía y la de su Hijo y Esposa, de los bienes inefables de la eterna bienaventuranza obtenidos por su patrocinio. Así sea.

SEGUNDO PANEGÍRICO DEL PATROCINIO DE SAN JOSÉ

(predicado en la fiesta del Seminario de Bogotá á su Patrono, 1897).

San José, Patrono especial del clero.

In umbra manus meae protexi te, ut plantes caelos et fundes terram.

Te he amparado con la sombra de mi mano, para que puedas construir nuevos cielos y cimentar la tierra. Is. 57, 16.

I. Cuando en medio de furiosa tormenta vió el magnánimo y bondadoso Pío IX casi á punto de zozobrar la nave de la Iglesia, hundiéndose en la ola revolucionaria el poder temporal de la Sede Apostólica², una celestial visión iluminó su mente: vió un astro de inmensa magnitud brillando en el cielo á través de espesos nimbos, alzó hacia él sus manos, invocó al gran José, Esposo de María Virgen, y amainó la borrasca, y la nave siguió majestuosa y segura su rumbo por entre escollos y peligros. La declaración del pa-

¹ Eccl. in festo S. Ios.

² Año de 1870, Roma fué tomada por el rey de Cerdeña, Victor Manuel II.

tronato universal de San José sobre la Iglesia católica¹ fué sin duda un medio providencial de salvación para el pontificado y la sociedad. Por eso el ilustre sucesor de Pío en el gobierno del timón de la misteriosa barca, no ha desviado un momento sus penetrantes ojos del astro bienhechor, acrecentando con la voz y el ejemplo la devoción del pueblo cristiano al bienaventurado José; y los triunfos de día en día obtenidos por el papado, el sacerdocio y las demás instituciones católicas, son evidente argumento de la oportunidad y eficacia del sobrenatural remedio. Hoy, después de más de un cuarto de siglo de aquellos acontecimientos, elévanse de todas partes cánticos de bendición y acción de gracias al trono del glorioso Patriarca; y todos los pueblos y naciones católicas, todos los estados y clases sociales, los fieles todos de cualquier edad y sexo se complacen en aclamar una y mil veces al amable padre putativo de Jesús por Patrono y Protector. ¡Qué espectáculo tan bello y tan magnífico presenta á nuestra vista la agrupación de todos los hijos de la Iglesia en derredor del trono de José, obedeciendo todos á una el mandato de Jesús: *Ite ad Ioseph*: ¡acudid á José!²

2. En esta inmensa agrupación yo distingo, con verdadero consuelo y júbilo de mi alma, un grupo simpático de jóvenes revestidos con el modesto traje de los levitas de la Iglesia, en cuyos ojos brilla la modestia y el recogimiento, en cuyos pechos arde el amor de la virtud heroica, en cuyos labios se agita la fervorosa plegaria: *Ora pro nobis, beatissime Ioseph, ut digni efficiamur promissionibus Christi*: «Ruega, ruega, José benditísimo, por estos hijos tuyos que quieren ser dignos

¹ Decret. S. Congreg. Rit. 8 Dec. 1870.

² Gen. 41, 55.

ministros de Cristo, correspondiendo á sus promesas.» Ese grupo interesante, en quien José no desdeña fijar sus ojos paternales, lo formáis vosotros, alumnos del Seminario de la arquidiócesis de Bogotá, que, guiados por la mano de vuestros respetables y virtuosos superiores, venís el día de hoy á esta santa iglesia catedral á festejar solemnemente á vuestro amabilísimo Patrono. Razón especialísima tenéis para acogeros bajo el manto del Patrono universal de todos los estados; porque, si todos ellos necesitan de su patrocinio, ¡cuánto más el estado eclesiástico!

3. El clero, en efecto, necesita urgentemente del patrocinio de San José, ya para su formación, ya para su perfeccionamiento. Debe nacer y vivir y desarrollar su acción á la sombra del Patriarca del Nuevo Testamento. Paréceme escuchar de sus labios venerables las palabras del Profeta, dirigidas al sacerdocio católico: *Te he amparado con la sombra de mi mano, para que puedas construir nuevos cielos y cimentar la tierra*¹. No es otra, señores, la grandiosa obra encomendada al clero por el divino Fundador del cristianismo: santificar las almas por el ministerio sacerdotal es, en lenguaje profético, construir nuevos cielos, porque cielos se llaman las almas de los justos; es fundar la tierra y renovar su aspecto por virtud del Espíritu que presidió á su primera creación. Para desempeñar misión tan elevada y divina, necesita el orden eclesiástico de una protección tan poderosa como aquella que puso el mismo Eterno Padre en manos de José, junto con su autoridad, para concurrir eficazmente á la ejecución del gran misterio del Verbo Encarnado. Jesús hubo de

¹ Is. ubi supra.

nacer y formarse, como hombre, bajo la tutela del santo Esposo de María: luego el sacerdote, personificación moral de Jesucristo, debe seguir la misma ley, debe ser formado por José. Á su vez el sacerdocio está llamado á dar nueva vida á Jesús formándolo en las almas, según la expresión de San Pablo¹; luego debe permanecer siempre, durante su carrera, bajo el amparo del padre estimativo de Jesús. *In umbra manus meæ protexi te.* De ahí que el seminario, plantel de primera importancia para la vida del clero, venga hoy á tributar gracias á su amabilísimo Patrono por las muchas que de su mano ha recibido, y, juntamente, á rendirle una vez más el pleito-homenaje de su amorosa sumisión. No entraremos en materia sin haber saludado devotamente á la Inmaculada Esposa de José. *Ave María.*

I.

4. San José, hermanos míos, debe presidir como Padre y Patrono á la formación del hogar sacerdotal. Y, para dar firmeza á nuestro aserto, hemos señalado, entre las insignes prerrogativas del glorioso Patriarca, la misión que recibió del cielo de presidir á la formación del mismo Dios humanado, la de cubrirle con su sombra paternal en Belén, en Egipto, en Nazaret. Esta misión tan indiscutible en la Historia sagrada como la del Precursor, como la de la misma Virgen-Madre, será el antecedente de nuestro sencillo pero concluyente razonamiento. Y, en primer lugar, yo observo en la narración evangélica que el gran misterio de la Encarnación del Verbo no se verifica antes de estar formado, constituido el hogar donde el Hijo de

¹ Gal. 4, 19.

Dios ha de aparecer revestido de carne semejante á la nuestra. Cuando llegada *la plenitud de los tiempos*¹, sonó la hora solemne de bajar el Verbo Eterno á un rincón obscuro de la tierra que se llamaba Nazaret de Galilea, hubo de ser enviado por Dios un arcángel², nuncio del secreto divino, á una virgen llamada María; pero no á una virgen huérfana y solitaria, sino desposada con un varón digno de ella, con un varón justo y magnánimo, que se llamaba José. ¿Por qué así, cristianos? ¡Ah! sin duda porque era necesario que el tálamo de la Virgen sin mancilla, que iba á ser santificado con la operación del Espíritu Santo, estuviese custodiado por un varón eximio, varón, dice San Bernardo, no precisamente por el sexo, sino por la virtud, digno de la real stirpe de David, no tanto por llevar en sus venas la sangre de aquel gran monarca, como por ser heredero de la fe, de la santidad, de la devoción de aquel rey que fué hallado conforme á la medida del corazón de Dios³. Era necesario, discurre el citado Doctor de la Iglesia, que, hallado el nuevo David, confidente y depositario de los recónditos arcanos de la sabiduría infinita⁴, le entregara Dios con plena confianza el más sagrado y mejor sellado de los arcanos de su corazón, el misterio no revelado á ninguno de los príncipes de este mundo⁵, y que el demonio mismo no pudo adivinar. He aquí, pues, que empieza á descubrirse la misión altísima, única en el curso de los tiempos, reservada á José: he aquí al con-sejero de la Trinidad, al cooperador fidelísimo en la

¹ Gal. 4, 4.

² Luc. 1, 16.

³ S. Bern., Hom. 2 super *Missus*, apud Breviar.

⁴ Ps. 1, 8.

⁵ 1 Cor. 2, 8.

tierra, del designio divino por excelencia¹. Dijérase que no podía entrar el Verbo en este valle de lágrimas, si José no le preparaba primero el paraíso de la Encarnación, el jardín de las delicias donde había de ser creado el nuevo Adán en la justicia y santidad de la verdad², el huerto cerrado de la Inmaculada Madre³.

5. Conocida, pues, la dispensación divina acerca de este punto, ¿será avanzado y temerario decir que el mismo varón santo á quien Dios escogió para introductor de su Unigénito en el mundo, quedó encargado de introducir también á los que podemos apellidar nuevos Cristos, Cristos de la tierra, á quienes fué dicho: *Dioses sois é hijos del Excelso*⁴; y: «No oséis tocar á mis unguidos»⁵. ¿Por ventura no conocemos la admirable lógica de las obras del sapientísimo Ordenador del universo? Fuera de que ¿quién de vosotros ignora que la Encarnación es el tipo y paradigma de todo el cristianismo; y éste, á su vez, el desarrollo de la Encarnación? José, pues, el predestinado esposo de María, de la Madre de los hermanos de Jesús, de Jesús mismo redivivo en sus ministros, es quien debe formar ese nuevo paraíso que se llama *el seminario*, donde ha de encarnarse en nuevos vástagos de la humanidad la sabiduría y la virtud del Altísimo, á la sombra del sagrado retiro, y en la obscuridad del nuevo Nazaret. No os admiréis, fieles católicos, de oír decir que se renueva la Encarnación; pues no podéis dudar de que también se renueva todos los días en nuestros altares el sacrificio de la Redención, así como, en la ordenación sacerdotal, renuévase, igualmente, la venida del Espíritu Santo veri-

¹ S. Bern. 1. c.² Eph. 4, 24.³ Cant. 4, 12.⁴ Ps. 81, 6.⁵ Cf. 2 Reg. 1, 14.

ficada por vez primera en el Cenáculo. *Jesucristo fué ayer, es hoy, será mañana y hasta el fin de los siglos*¹. *Mi Padre*, dijo el mismo Jesús, *obra continuamente, y yo obro conjuntamente con él*². José presidiendo, como jefe del Establecimiento, al seminario, está en el lugar que de derecho le corresponde: está allí para preparar el nuevo advenimiento del Señor; está allí para que entre nuevamente en el mundo con honra y dignidad³. Amparados con su protección, vosotros, amados seminaristas, saldréis á desempeñar las altas funciones del sacerdocio adornados con las bellas dotes de ciencia y de virtud que hacen la corona de honor del clero católico⁴; saldréis, como tantos de los que os precedieron y son hoy la antorcha de la sociedad, brillando en cátedras y púlpitos, á cumplir con la misión que el cielo os ha confiado, la cual no es otra que la del mismo Jesucristo: promover el bien y la salvación de los hombres para gloria del Criador. Y así, educados por la mano del amabilísimo Patriarca, podréis decir al fin de vuestra feliz carrera: *Manifestavi nomen tuum hominibus: opus consummavi, quod dedisti mihi.... Nunc autem ad te venio*⁵; y, al decir esto, recordaréis con tierna gratitud el nombre y las bondades del Patrono de vuestra juventud.

6. Plenamente instruido el humilde esposo de la Virgen Madre, por la voz del Ángel, acerca del ministerio que debía desempeñar cerca de Jesús y de María⁶, levantóse del sueño misterioso⁷, y no pensó ya más que

¹ Hebr. 13, 8. ² Io. 5, 17.³ S. Bern. Sen., apud Cartagena lib. 18, hom. 14.⁴ Ez. 16, 12.⁵ Io. 17, 6. 4. 11.⁶ Matth. 1, 20.⁷ Ibid. 1, 24.

en prodigar su vida y sus desvelos al Hijo del Eterno Padre, al Salvador del mundo, cuya tutela se le había encargado. Desde entonces ya no vive para sí, ya no conoce el descanso, ya no tiene otro afán sobre la tierra que cuidar del Niño y de la Madre: *Hizo*, dice el Evangelio, *como se lo había mandado el Ángel del Señor*¹. Sube con María á las montañas de Hebrón á visitar á Isabel y santificar en el claustro maternal al niño Juan; vuelve con ella á Nazaret, para emprender muy presto el penoso camino de Belén, lugar destinado desde la eternidad para servir de cuna al Jefe del nuevo pueblo de Dios²: allí se desvive por dar al recién nacido un albergue menos ingrato, en medio de la miseria y el dolor, pasándolo de las duras pajas al blando nido de sus brazos, y fomentándole con el calor de su pecho y de su boca. Allí, en desmantelado portal, le encuentran con María los pastores y los Magos. Circuncídale al octavo día y, cumpliendo con la expresa voluntad del Padre Celestial, es José quien impone al Niño Dios el nombre sacrosanto de Jesús³. Cuarenta días después llévale á Jerusalén, en compañía de su santa esposa, para presentarle al Señor en el templo y ofrecer por él la hostia del rescate⁴. Cual si fuese verdadero y natural padre del prodigioso Niño de quien tantas maravillas profetiza Simeón, recibe, lleno de admiración y de gozo, la bendición del anciano⁵, después de lo cual conduce á la sagrada familia á su ciudad de Nazaret⁶, y allí se consagra á su servicio hasta la muerte. ¡Ah! pero debe, antes que todo, poner á salvo la vida del Niño amenazado por la cruel ambición

¹ Matth. 1, 24.² Ibid. 2, 5.³ Ibid. 1, 25.⁴ Luc. 2, 22. 24.⁵ Ibid. 2, 33. 34.⁶ Ibid. 2, 39.

de un tirano¹... debe, á la voz del Ángel, dejar sin perder un instante el reposo de la noche y partir rápidamente á la tierra enemiga donde Dios le depara un lugar de refugio, á Menfis del supersticioso Egipto, atravesando, sin recursos y en medio de riesgos y sustos y fatigas, los vastos arenales del desierto.... ¿Qué le importa todo eso al salvador del Salvador del mundo? José no siente las fatigas como logre poner en salvo al Niño cuya vida se le ha confiado: nada son para él, durante años enteros, las privaciones y penalidades del destierro, las tristezas de la nostalgia, preocupado únicamente con la dicha de servir á su adorado Jesús. Con él regresa á la patria, y se establece, sin nuevos contratiempos, en su tranquila residencia de Nazaret, donde abre su taller de carpintero: va á educar en él al *Nazareno*².

7. Ahí tenéis en reducido cuadro bosquejadas las fatigas del benditísimo padre legal de Jesucristo en favor de su hijo estimativo³. Y ¿no veis aquí también la cifra de los cuidados del santo Patriarca en favor vuestro, amados candidatos á los honores del Santuario, digo mal, á las afrentas del Calvario? ¿No reconocéis lo que ha hecho y continúa haciendo el poderoso Patrono por su amado plantel? Puedo decir que vosotros, los que tenéis hecha ya vuestra elección y marcháis con paso firme y rápido al término de vuestra carrera, habéis nacido en brazos de José, porque á él, después de Dios y de María, debéis atribuir la gracia de vuestra vocación eclesiástica; por él habéis regocijado al cielo y á la tierra con nuevo y sobrenatural nacimiento, y de él habéis recibido el glorioso nombre

¹ Matth. 2, 13. 14.² Ibid. 2, 23.³ ut putabatur, filius Ioseph (Luc. 3, 33).

que ya lleváis estampado en el alma y en vuestro mismo porte exterior, de lozanos retoños del árbol sagrado de la jerarquía, germen del ministerio sacerdotal, imágenes vivas de Jesús Niño, adolescente y joven, futuros salvadores del mundo. Al ver á uno de estos jóvenes recibir la clerical iniciación por la cual es segregado de la gran masa del pueblo cristiano, y adjudicado á la porción selecta que se llama *clero*, dijérase que un ángel, el ángel de la arquidiócesis anuncia á los habitantes de la tierra el nacimiento de un nuevo Salvador: *Evangelizo vobis gaudium magnum... quia natus est vobis hodie Salvator*¹. No temáis, celosos pastores, que el clero se extinga, y la religión perezca en esta región afortunada: *Nolite timere*. Cada día nacen nuevos Cristos, jóvenes aventajados vienen, inspirados de lo alto, á engrosar las filas de los levitas; el seminario florece en letras y virtudes, y año tras año van sazando sus opimos frutos, y una pléyade lucida de operarios bien formados se ve salir de su fecundo seno. José que los recibió en Belén, en la *casa de pan*², los llevó luego al templo, los presentó al Señor, los sustentó con su protección, los salvó de inminentes peligros de muerte, no sólo temporal sino eterna. *Nolite timere*. Todo esto ha hecho con vosotros, amados alumnos del seminario. ¡Cuántas veces habrías perecido para la Iglesia y la sociedad, disipada por el viento de las mundanas pasiones vuestra santa vocación, si José no hubiese velado por vosotros! Mucho debéis á María, vuestra buena Madre, bien lo sé; mas no olvidéis que José ha compartido siempre con ella los cuidados por el Niño Jesús y por vosotros. José, en fin, os ha edu-

¹ Luc. 2, 10. 11.² Bethlehem, id est, domus panis.

cado, y continúa educándoos hasta que, como Jesús á los treinta años, salgáis, formados en su taller, del seminario, á cumplir vuestra misión divina en medio de los hombres. Y aun entonces deberéis tener siempre fijos los ojos en José, que seguirá siendo vuestro modelo y protector, como lo vais á ver en la segunda parte.

II.

8. San José formó á Jesús, conforme al designio de Dios Padre de dar á su Unigénito un representante de su paternidad sobre la tierra, puesto que, según la ley natural y divina, el padre debe dar al hijo la perfección moral del ser; y *Dios envió á su Hijo*, dice San Pablo, *hecho de mujer, puesto debajo de la Ley*¹. El clero católico debe formar al mismo Jesús en las almas de los hombres, según la expresión del Apóstol: *hasta formar á Cristo en vosotros*²; debe infundir en ellos la vida de Cristo por la dispensación de la gracia de los sacramentos; debe hacerlos revestirse de los sentimientos y virtudes de Cristo³, de suerte que *Cristo sea todo en todos*⁴. No es otra que la del apóstol la misión del sacerdote; de ahí que nadie tanto como éste debe asemejarse á Jesucristo, hasta tener el derecho de decir á los hombres: *Sed imitadores míos, como yo lo soy de Cristo*⁵. Pero ¿quién puede apostrofar de ese modo á los ministros de Dios mejor que el glorioso padre estimativo de Jesús? ¿Quién como San José puede enseñar al clero el arte divino de formar á Jesús en las almas? Aprended, jóvenes que os educáis á la sombra del Patriarca, aprended de una vez

¹ Gal. 4, 4.² Ibid. 4, 19.³ Phil. 2, 5.⁴ Col. 3, 11.⁵ I Cor. 4, 16.

lo que más tarde habréis de saber prácticamente para ser dignos del sagrado carácter sacerdotal. Todo consiste en asemejarse á Jesús lo más perfectamente posible, en unirse á Jesús del modo más estrecho, en vivir para Jesús únicamente, en ser todo de él y para él. *Id á la escuela de José*¹: id á verle en su taller educando al Niño Dios: estudiad sus altísimas virtudes, y entre ellas, principalmente, su pureza virginal, su espíritu de oración, su abnegación sin límites. Y, para alcanzarlas vosotros, acogeos sin vacilar, desde el principio hasta el fin de vuestra carrera, al poderoso patrocinio de José. El asunto merece bien nuestra atención.

9. Brilla entre todas las perfecciones que embellecen la persona y el rostro hermosísimo del esposo de la Virgen, la virtud que por mil títulos se llama angélica, como si fuera propia y característica de aquellas bienaventuradas naturalezas puramente espirituales. ¿Cómo podríamos imaginarnos de otro modo al dignísimo esposo de la Reina de los ángeles, al padre terreno del *Ángel del gran consejo*? Y, en verdad, amados oyentes, que la pureza de José es de un orden tan subido, es joya tan preciosa y peregrina, que no hay entendimiento humano capaz de apreciarla en su justo valor. Porque, siendo aquélla la prenda privativa del que había de enlazarse en matrimonio con la misma virginidad, personificada en María, no podía ser mayor en un puro hombre, debiendo ser inferior solamente á la de la Virgen incomparable. Para el pueblo cristiano esta verdad no necesita demostrarse: es de sentido común. Purísimo fué José en cuerpo y alma: castísimo, en sus pensamientos y afectos; *espejo sin mancha*² de la pureza in-

¹ Ite ad Ioseph (Gen. 41, 55).

² Sap. 7, 26.

maculada de Jesús y de María. Si tal no fuera, no habría podido alternar con la Virgen purísima en el encargo de la crianza y educación del Verbo Encarnado, santidad por esencia, á quien sólo sirven dignamente y asisten los espíritus puros. Eran José y María, dicen los autores ascéticos, como los dos querubines puestos frente á frente sobre el Propiciatorio, en cuya superficie nitidísima se miraban de continuo. El Propiciatorio era Jesús, cuyos rayos de santidad reflejaban en las almas de aquellos que el Evangelio señala con la común denominación de *padres*¹. ¿Qué debéis deducir de todo esto, jóvenes aspirantes á una dignidad que tantas analogías tiene con la de José? ¡Ah! no es menester que os lo indique, porque el ejemplo de vuestro Patrono habla muy alto para no ser comprendido. Sin un amor á la virtud angélica que os preserve de la más ligera mancha de corrupción sensual, sin un grado de pureza excelentísimo, por más que lo procuréis, no llegaréis á llenar vuestra misión de formar á Jesús en las almas, de ser padres de Jesús, como José. ¿Por qué? porque Jesús no pudo nacer sino de una madre virgen, custodiada por un esposo también virgen; porque Él no pudo aparecer en nuestra carne sino en el seno de la virginidad, rodeado de azucenas, entre las cuales se apacienta² el Cordero sin mancha. De aquí la aureola de pureza que hermosea á la verdadera esposa de Cristo, á la Iglesia santa, única madre virginal de los hijos de Dios, como discurre San Agustín³. Hoy y siempre la fecundidad espiritual está vinculada á la virginidad. Donde esta virtud sobrehumana no es honrada con la práctica, la digni-

¹ Luc. 2, 43.

² Cant. 2, 16.

³ S. August., Tract. de Symb. ad Catechum. lib. 4, cap. 1.

dad sacerdotal se envilece, y su acción se desvirtúa: la esterilidad ignominiosa es la pena merecida de la debilidad de los indignos ministros del Dios de pureza y santidad. Díganlo todas las sectas cristianas que renegaron de la perfecta continencia...

10. Limpio de corazón, como los bienaventurados espíritus, San José veía á Dios¹, no sólo con los ojos de la carne, teniéndolo entre los brazos humanado, sino más aún con los ojos del espíritu, con los cuales penetraba hasta el fondo del corazón de Jesús, y leía lo que allí estaba escrito por el dedo del Padre Eterno: *Filius meus es tu: Ego hodie genui te*². ¡Qué sentimientos de admiración y de pasmo embargaban la mente del Patriarca absorto en la contemplación del Dios-Hombre, del Criador hecho criatura! ¡Qué anonadamiento tan profundo, y al mismo tiempo qué arrobamiento de amor no debía producir en el alma santísima de José la vista de estas maravillas que traía entre las manos! ¡Oh dulce intimidad con Jesús, que no degeneraba nunca en familiaridad! ¡Oh trato y conversación con Dios, capaz de endiosar á un hombre del temple de José! Y ¿por qué no ha de producir efectos semejantes en el sacerdote la continua comunicación con el mismo Jesús? ¿Qué otra cosa es el altar sino el pesebre de Belén? ¿qué, el templo cristiano sino el santuario de Nazaret? ¡Oh! ¡si aprendierais para más adelante, en el dechado de José, el modo de tratar y manejar el santísimo Cuerpo de Cristo, la pureza de manos, de ojos y lengua necesaria, como advierte San Juan Crisóstomo, para dividir aquella carne y gustar de aquella sangre tremenda y adorable!³ La oración es la virtud

¹ Matth. 5, 8. ² Ps. 2, 7. ³ Hom. 60 ad pop. Ant., apud Breviar.

sacerdotal por excelencia; como quiera que ser sacerdote es orar, según la doctrina del Apóstol¹, y Cristo sacerdote eterno y gran pontífice, oró al Padre con lágrimas y en altas voces, mereciendo ser oído por la reverencia que le era debida. San José oraba sin intermisión con Jesús y María; su oración debe ser el modelo de la del sacerdote, principalmente en el altar. ¡Quién pudiera emular en el acatamiento del Señor la piedad y compostura de José!

11. ¿Quién supiera, como él, no vivir, no respirar sino para Jesús? La abnegación de sí mismo, llevada al grado más heroico, puede decirse que resume toda la santidad del Patriarca, cuya vida no tuvo otro objeto que servir de ayo y tutela al Salvador. «He aquí al siervo fiel y prudente, á quien puso Dios de guarda de la sagrada Familia.»² Y ¿quién dirá con cuánta perfección desempeñó su altísima misión? ¡Ah! pero ella requería el sacrificio total de su persona, de su vida, de su reposo, de su mismo corazón.... ¡No importa! José lo sacrifica todo por Jesús. Y no participa siquiera de su gloria terrena, pues se oculta y eclipsa como el lucero matutino á la aparición del sol en el horizonte. Cuando Jesús empieza á brillar por la omnipotencia de sus milagros y la sabiduría de sus doctrinas, entonces es cuando desaparece José. Su gloria queda oculta á los ojos de los hombres, pero brilla refulgente á los ojos del Señor. Hoy le corona el mismo Jesús con la diadema de Patrono universal de su Iglesia, y ésta le aclama con indecible amor y veneración desde todos los ángulos de la tierra. La abnegación del sacerdote virtuoso no quedará, delante de Dios, sin copiosa

¹ Hebr. 5, 1. 7. ² Eccl. ant. Vesp.

recompensa. Algún día le dirá el Señor: *Euge, serve bone et fidelis....*¹

12. Seguid, pues, amados jóvenes, invocando diariamente la protección del gran Patriarca, tan grande como humilde. Tened siempre ante los ojos su pureza, su unión con Dios, su abnegación por Jesucristo. Y, puesto que aspiráis á ser dignos del encumbrado puesto á que Dios os ha llamado, á plantar nuevos cielos y cimentar la tierra², reclamad con instancia el patrocinio del amable y poderosísimo Patrón de la Iglesia, del clero y del seminario. ¡Que sigan floreciendo, como hasta aquí, merced á sus favores, las preciosas virtudes que hacen la gloria del buen seminarista: la piedad, el celo por la gloria de Dios, el amor entrañable á la Iglesia, la obediencia á sus superiores, la caridad con sus iguales, la aplicación al estudio de las ciencias, y, sobre todo, la humildad, base de la grandeza verdadera! Así sea.

PANEGÍRICO DEL ARCÁNGEL SAN RAFAEL

(predicado en la iglesia de San Juan de Dios, Bogotá, 1895).

Excelencias y ministerio de este Arcángel.

Ego sum Raphael angelus, unus ex septem spiritibus etc.

Y soy el ángel Rafael, uno de los siete espíritus etc.

Iob 12, 15.

I. ¿Quién es, pues, amados oyentes, el celestial personaje á quien hoy eleva sus voces de veneración y alabanza, entre las ondas de incienso que suben de los

¹ Luc. 19, 17.

² Ubi supra.

altares, la Santa Iglesia católica, y con especial cariño la Iglesia de España? ¿Quién es el genio tutelar de esta Casa de misericordia, donde, como en otra Piscina de Jerusalén, esperan de él la salud de cuerpo y alma una tropa de dolientes, aquejados por todo género de enfermedades? ¡Ah! no necesito pronunciar en alta voz su nombre, de todos bien conocido y guardado en el fondo de cien corazones que ora lo invocan, ora lo bendicen; pero, si queréis oírlo solemnemente de sus mismos labios, es aquél mismo que se reveló, con un acento casi divino de majestad y grandeza, á los virtuosos Tobías, padre é hijo, por estas enfáticas palabras: *Ego sum Raphael!* ¡Soy el ángel Rafael! ¡Qué revelación! ¡qué nombre! Ante él inclinaron la frente hasta coserla con el polvo, y permanecieron tres horas absortos en profunda admiración y como fuera de sí, aquellos varones santísimos que merecieron conversar familiarmente con un príncipe del cielo. Ante ese nombre, más noble que todos los humanos, también nosotros nos inclinamos reverentes, pues él es á quien invoca el pueblo cristiano, á quien se acoge en sus agudos dolores el desahuciado enfermo, á quien ensalza en todos los púlpitos la voz del orador sagrado.... *Ego sum Raphael!*

2. El culto de este glorioso príncipe de la milicia angélica interesa en sumo grado á los enfermos de cuerpo, como quiera que él es *Medicina Dei* para curar todo linaje de enfermedades físicas¹; pero también interesa á los enfermos de espíritu, puesto que su poder se extiende hasta encadenar á los espíritus infernales, y principalmente á aquel que domina y envilece á la

¹ a quacumque detinebatur infirmitate.... (Io. 5, 4).

recompensa. Algún día le dirá el Señor: *Euge, serve bone et fidelis....*¹

12. Seguid, pues, amados jóvenes, invocando diariamente la protección del gran Patriarca, tan grande como humilde. Tened siempre ante los ojos su pureza, su unión con Dios, su abnegación por Jesucristo. Y, puesto que aspiráis á ser dignos del encumbrado puesto á que Dios os ha llamado, á *plantar nuevos cielos y cimentar la tierra*², reclamad con instancia el patrocinio del amable y poderosísimo Patrón de la Iglesia, del clero y del seminario. ¡Que sigan floreciendo, como hasta aquí, merced á sus favores, las preciosas virtudes que hacen la gloria del buen seminarista: la piedad, el celo por la gloria de Dios, el amor entrañable á la Iglesia, la obediencia á sus superiores, la caridad con sus iguales, la aplicación al estudio de las ciencias, y, sobre todo, la humildad, base de la grandeza verdadera! Así sea.

PANEGÍRICO DEL ARCÁNGEL SAN RAFAEL

(predicado en la iglesia de San Juan de Dios, Bogotá, 1895).

Excelencias y ministerio de este Arcángel.

Ego sum Raphael angelus, unus ex septem spiritibus etc.

Y soy el ángel Rafael, uno de los siete espíritus etc.

Iob 12, 15.

I. ¿Quién es, pues, amados oyentes, el celestial personaje á quien hoy eleva sus voces de veneración y alabanza, entre las ondas de incienso que suben de los

¹ Luc. 19, 17.

² Ubi supra.

altares, la Santa Iglesia católica, y con especial cariño la Iglesia de España? ¿Quién es el genio tutelar de esta Casa de misericordia, donde, como en otra Piscina de Jerusalén, esperan de él la salud de cuerpo y alma una tropa de dolientes, aquejados por todo género de enfermedades? ¡Ah! no necesito pronunciar en alta voz su nombre, de todos bien conocido y guardado en el fondo de cien corazones que ora lo invocan, ora lo bendicen; pero, si queréis oírlo solemnemente de sus mismos labios, es aquél mismo que se reveló, con un acento casi divino de majestad y grandeza, á los virtuosos Tobías, padre é hijo, por estas enfáticas palabras: *Ego sum Raphael!* ¡Soy el ángel Rafael! ¡Qué revelación! ¡qué nombre! Ante él inclinaron la frente hasta coserla con el polvo, y permanecieron tres horas absortos en profunda admiración y como fuera de sí, aquellos varones santísimos que merecieron conversar familiarmente con un príncipe del cielo. Ante ese nombre, más noble que todos los humanos, también nosotros nos inclinamos reverentes, pues él es á quien invoca el pueblo cristiano, á quien se acoge en sus agudos dolores el desahuciado enfermo, á quien ensalza en todos los púlpitos la voz del orador sagrado.... *Ego sum Raphael!*

2. El culto de este glorioso príncipe de la milicia angélica interesa en sumo grado á los enfermos de cuerpo, como quiera que él es *Medicina Dei* para curar todo linaje de enfermedades físicas¹; pero también interesa á los enfermos de espíritu, puesto que su poder se extiende hasta encadenar á los espíritus infernales, y principalmente á aquel que domina y envilece á la

¹ a quacumque detinebatur infirmitate.... (Io. 5, 4).

mayor parte de los hombres, por medio de esa horrible pestilencia del vicio sensual, al inmundo Asmodeo¹. ¡Cuánto, pues, no debe preocuparnos á todos el conocimiento de las excelencias y del providencial ministerio del arcángel, á fin de aprovechar para remedio universal de nuestras dolencias, espirituales y corporales, tan alto como beneficioso patrocinio! Otro género de razones podría alegar en apoyo de la conveniencia y utilidad, muy especial en nuestros días, del culto de los santos ángeles, deducidas de los monstruosos errores que pululan hasta en el seno de la sociedad cristiana, conocidos con los nombres de materialismo, deísmo, espiritismo y otros análogos, para cuya destrucción no poco habría de contribuir el culto de aquellos bienaventurados espíritus. Mas, para concretarme á la materia del panegírico que se me ha encomendado, diré solamente que el culto que tributamos al glorioso arcángel San Rafael, se funda 1.º en la grandeza de su dignidad; 2.º en los benéficos oficios que ejerce respecto de nosotros, todo lo cual se compendia en su mismo nombre: *Ego sum Raphael...*, en ser *Rafael*, esto es, uno de los siete espíritus que rodean el trono de Altísimo y «Medicina de Dios». Invoquemos primero á la Reina de los ángeles. *Ave María*.

I.

3. Si se nos interrogara, hermanos míos, sobre la condición del personaje á quien elevamos nuestros humildes homenajes, ¿quién duda que pudiéramos responder como el anciano Tobías cuando oyó el nombre misterioso con que se anunció el mensajero celeste: *Ex magno genere es tu*². Es de muy alto linaje, de

¹ Tob. 8, 3.² Ibid. 5, 19.

más ilustre alcurnia que todos los grandes y monarcas de la tierra. *Ego sum angelus!*¹ ¡Es un ángel! Su naturaleza no es la de este pobre espíritu humano, la de esta alma prisionera en las estrechuras de la carne: es un ser puramente espiritual, totalmente incorpóreo y exento de los tristes accidentes de los cuerpos, cambios, corrupción y muerte. Tal es nuestro glorioso Patrono. ¡Quién pudiera conocer á fondo las excelencias que adornan la naturaleza angélica! En vano intenta el arte retratarlas en el mármol ó en el lienzo, tales como se dibujan en la creadora fantasía del artista, con el conjunto armónico de todas las bellezas que pueden fascinar nuestros sentidos y enardecer la mente, con las perfecciones más delicadas del rostro humano, los tintes más sonrosados de la aurora en las mejillas, y las hermosas alas versicolores de las pintadas aves. ¿Qué logra con todo eso el genio del artista? ¡Ah! apenas, darnos una pálida vislumbre de una belleza de todo punto superior á la sensible, para cuya concepción fuera preciso despojarnos de esta pesada materia y mirar frente á frente aquellos nobilísimos espíritus. ¿Qué tiene que ver con la hermosura de éstos, reflejo brillantísimo de la divina, la gracia del niño, ni la delicada tez de la doncella, ni la frescura de las rosas purpurinas, ni el brillante ropaje de las gayas aves? Lo más que podría hacer el arte y la poesía, sería retratarnos al arcángel, no ya en su naturaleza propia, sino en la forma humana con que le plugo manifestarse á los hombres, cuando por dispensación divina hubo de dárselos á conocer como de incógnito y bajo un nombre prestado, tal como le vió el joven Tobías, como un gallardo

¹ Tob. 12, 15.

joven, en traje de caminante, y listo para acompañarle ¹. ¿Cuándo se vió mancebo más apuesto ni más arrogante figura de varón? ¡Qué nobleza, qué dulzura, qué elegancia! Nobleza de príncipe, dulzura de amigo, elegancia de gentil caballero....

4. Pero, para bosquejar siquiera toscamente y á grandes pinceladas la verdadera excelencia y dignidad del arcángel Rafael, contemplemos lo que es uno de esos espíritus puros, creados para cortesanos del Rey de la gloria y embeleso de la corte del Altísimo. Su inteligencia es un foco de luz, reflejo de la luz soberana del Ser infinito, de Aquel «cuyas tinieblas, al decir de Isaías ², son más luminosas que el sol de mediodía». San Dionisio Areopagita los llama «tersos, puros, lucientes espejos de la Divinidad, que, concentrando en sí todo el resplandor infinito de Dios, de tal manera lo reflejan en los ojos de quien los mira, que cuando éstos contemplan íntimamente á los santos ángeles, pareceles ver al mismo Dios» ³. ¿Qué verdades se pueden sustraer á su alcance? ¿qué secretos son impenetrables para aquellas purísimas inteligencias? Gócese en buen hora los agudos ingenios de la tierra de haber descubierto algunas leyes de las que rigen la marcha de los astros y la actividad de los agentes naturales: ¿qué significa toda la ciencia de los Newton, Hérchel y cien más astrónomos, matemáticos y naturalistas, puesta en cotejo con la sabiduría del menos perfecto de los ángeles? Para éste son verdades sencillísimas los problemas más oscuros y las más complicadas cuestiones científicas. ¿Cuál será, decidme,

¹ Tob. 5, 5.

² Is. 58, 10.

³ P. Raf. Pérez, Los Ángeles Cust. p. 26.

fieles, la sabiduría de nuestro gloriosísimo arcángel Rafael? Con razón le descubre al amable Tobías las secretas virtudes de aquellas vísceras del monstruo del Tigris: *sunt enim hæc necessaria ad medicamenta utiliter* ¹. ¿Cómo no ha de conocer este médico celestial, mejor que los antiguos y modernos Hipócrates, los más ocultos síntomas de todas las enfermedades, aunque sean millares y aun millones las que pueden aquejar al pobre cuerpo humano, y todas las materias útiles para su curación, ¿qué digo? todas las circunstancias favorables en que estas substancias medicamentosas pueden aplicarse con éxito? No lo dudéis, cristianos: á la ciencia de Rafael nada se oculta; y, si place á la divina Majestad que obtengamos la salud en nuestras más agudas y desesperadas dolencias, por medio del arcángel la obtendremos, aun sin necesidad de milagros propiamente dichos.

5. ¿Qué diremos de la bondad moral que adorna el corazón de nuestro arcángel? Por esta bondad, más aún que por la elevación del entendimiento, puede asegurarse que se distinguen de todas las criaturas inferiores estos bienaventurados espíritus, puesto que por efecto de ella son el día de hoy lo que son, y están ocupando los tronos de gloria que por su malicia perdieron Luzbel y sus secuaces. Sí, hermanos míos, la bondad hace á los ángeles tan bellos, tan sublimes; y por la bondad puede el hombre emular en cierto modo la dignidad angélica ². El hombre en quien brilla una bondad extraordinaria, merece que se le apellide ángel. Hay entre los hombres ángeles de pureza, ángeles de paciencia y dulzura, ángeles de caridad, y no tendría-

¹ Tob. 6, 5.

² Marc. 12, 25.

mos que ir á buscarlos muy lejos de esta religiosa casa para encontrar algunos... Los hay que elevan el sagrado incienso en el santuario, que velan á la cabecera del enfermo, que derraman bálsamo de consuelo en las heridas del alma, que amparan al huérfano y desvalido, que trabajan de mil modos por la gloria de Dios y salvación de los hombres. Estos son los ángeles de la tierra. ¿Qué serán los tipos originales, los ángeles del cielo? ¿Qué será el arcángel nobilísimo, á quien llama el Libro de Tobías *Angelus Domini sanctus*¹, Ángel santo del Señor? Aparte de la virtud excelentísima que le corresponde por dote de su naturaleza, elevada al estado de gracia desde su creación, ¿qué cúmulo de gracia y de virtudes no le grangeó, en compañía del ínclito Capitán Miguel, la fidelidad á toda prueba con que persistió en la adoración y servicio de su Hacedor, en plena rebelión de Lucifer? Rafael, uno de los siete más encumbrados príncipes de la jerarquía celestial, serafín sin duda, en sentir de los Padres de la Iglesia², tuvo parte muy gloriosa en la gran victoria obtenida contra Satan y sus rebeldes por el ejército de los ángeles buenos. Luchó por la gloria de Cristo; y Cristo le revistió con el manto de su gracia, y le ciñó con la corona de su gloria. La gracia y la gloria que Cristo nuestro Redentor conquistó para sí y los suyos, se difundió por las regiones de la naturaleza angélica, siendo Rafael y sus fieles compañeros los que más de lleno participaron de sus tesoros. ¿Queréis saber á qué grado de honor han llegado aquellos siete Espíritus por su unión con Jesucristo, Salvador de los hombres y de los

¹ Tob. 3, 25.

² *Greg. Naz. et Cyrill., apud A Lapide in Tob. 3, 25.*

ángeles? Pues hasta ser los ojos del Cordero, según los vió San Juan en su Apocalipsis: «*El Cordero tenía siete ojos, los cuales son los siete Espíritus de Dios, enviados á toda la tierra para ejecutar sus decretos.*»¹ ¿Puede darse idea más gloriosa de la santidad de los arcángeles que la que esta bella imagen nos sugiere? ¡No son menos que las niñas de los ojos del Verbo Encarnado! Y al mismo tiempo ¡qué honor para la humana naturaleza sublimada en Cristo Jesús! Siendo, pues, tan íntima la unión de los ángeles con el Hijo Unigénito de Dios, y enriquecidos mediante ella con tantas joyas de gracia y santidad, compréndese con cuánta verdad los llama la Sagrada Escritura Hijos de Dios, y por qué el mismo Hijo de Dios ha sido designado por los profetas² con el renombre de Ángel. Pero, aun cuando esta gloria sea común á todos ellos, todavía parece deberse apropiarse de una manera especial al bienaventurado San Rafael, según la interpretación autorizada por el eximio Doctor Suárez, de aquel nombre con que se apellidó el arcángel: *Azarias, hijo del grande Ananias*, pudiendo rectamente esta voz «Ananias» designar á Cristo, como Padre y Autor de toda gracia³.

6. Á tan grandes excelencias no puede menos de corresponder un poder maravilloso. Siendo tal el que poseen todos los ángeles, según nos lo enseñan en mil pasajes las Sagradas Letras, que, trascendiendo los límites de la naturaleza física, se extiende hasta el imperio de las tinieblas, ¿cuál pensáis que ha de ser el poder del gran Rafael? Pero dejemos este punto para

¹ Apoc. 5, 6.

² Is. 9, 6. Mal. 3, 1.

³ Vide *A Lapide, Comm. in Tob.*

la segunda parte donde discurriremos sobre la misión de San Rafael entre los hombres, la cual exige un poder superior á la naturaleza. Entre tanto ¡qué conjunto de majestad y de belleza el que brilla en la faz de nuestro amable y gloriosísimo arcángel! Mas, veamos otras prerrogativas singulares que le embellecen sobre toda ponderación y medida.

7. Sea la primera su mismo nombre, con el cual no se ha desdenado apellidarse el mismo Dios¹, porque, como dice San Agustín, «el ángel nos es sino el ministro de la curación, siendo Dios el autor de la salud»; y San Jerónimo: «Este nombre significa que en Dios está la verdadera medicina.»² Al mismo Cristo le cuadra, según la Glosa, el nombre de *Rafael*, siquiera en sentido místico, así porque él es el «Ángel del gran Consejo», como por haber venido al mundo para curar al género humano. ¡Qué gloria para nuestro arcángel tener un nombre que también se adapta al mismo Redentor! Y ¡cuánta no es pertenecer al orden más elevado de la jerarquía angélica! Porque, sea lo que fuere de la opinión de respetables autores que lo colocan ya en el coro de los simples Ángeles, ya en el de los arcángeles, ya en el grado de las Potestades ó en el de las Virtudes, todo induce á admitir la opinión de los Padres ya citados, que tiene á San Rafael por uno de los primeros Serafines. ¿No lo dice él mismo claramente con aquellas palabras: *Soy uno de los siete espíritus que estamos de asiento delante del Señor?* No pertenece, pues, á aquellos cinco órdenes de los que desempeñan de ordinario las misiones divinas, y

¹ Ex. 15, 26 et alibi.

² Apud *A. Lafide*, ubi supra.

son propiamente *administratorii spiritus*¹, sino al de los que permanecen constantemente ante el trono del Altísimo, absortos en su contemplación y cantando sin cesar el seráfico Trisagio²; pues de éstos con toda propiedad se dice que *están delante del Señor*. ¿Qué más, amados fieles? No sin profundo misterio toma San Rafael el nombre de *Azarias*, lo cual hizo, no solamente para ocultar su verdadero nombre ó, mejor dicho, su naturaleza angélica, sino para denotar otras grandezas que como á tal arcángel le competen. En efecto, es Rey, Pontífice y Profeta. Bien así como el demonio llamado Asmodeo, atizador de bestiales apetitos y padre de toda lujuria, es el caudillo de los espíritus inmundos, así Rafael es príncipe de aquellos espíritus purísimos que infunden en las almas de los hombres la virtud angélica por medio de castos pensamientos y deseos celestiales. Por eso fué Rafael el que con un acto de su voluntad, mejor que con férreas cadenas, ató al príncipe de los demonios en la región del alto Egipto³, después de arrojarlo ignominiosamente de la mansión de la virtuosa Sara. Como pontífice, el sublime arcángel ofreció al Sumo Dios el incienso de las oraciones de Tobías; y, como cantor del templo de la gloria, entona perennemente el *Santo, santo, santo, el Señor Dios de Sabaoth*. Finalmente, en su carácter de profeta, vaticina y promete al pobre ciego su próxima curación, la que efectúa por sus manos⁴. ¿Quién no se fiará de tan ilustre príncipe? ¿quién no le profesará la más tierna y ardiente devoción? Pues, si tales son las excelencias que le dignifican,

¹ Hebr. 1, 14.

² Is. 6, 3.

³ Tob. 8, 3.

⁴ Ibid. 5, 13.

denando sus doctrinas; recordad el concilio Vaticano, y entre sus definiciones dogmáticas la de la infalibilidad del Pontífice Romano. Recordad las victorias que en el orden espiritual y aun en el político ha conseguido, en medio de su penosa situación, su esclarecido sucesor León XIII; mirad los resplandores con que actualmente ilumina el vasto cielo de las inteligencias, la brújula con que señala el derrotero á las naciones extraviadas... Y concluyamos de estos pocos rasgos que no ha sido vana la confianza de la Iglesia en el valimiento de María, y que la definición del dogma de su limpia Concepción es todavía prenda segura de bienestar para la religión y para los pueblos que aclaman á María por Reina y Abogada. ¡Bendigamos, pues, una vez más la memorable fecha del 8 de diciembre de 1854, tan gloriosa para María como benéfica para la sociedad cristiana!

PRIMER PANEGÍRICO DE LA NATIVIDAD DE MARÍA

(predicado en la iglesia de la Veracruz, Bogotá, 1895).

La regeneración de la mujer por María.

Benedicta tu in mulieribus. Luc. 1, 28.

1. Tras de la muerte ha de venir la vida, á menos que la creación haya de tornar á hundirse en las profundidades del caos primitivo. Pero esto no cabe en los planes del Criador, que ha hecho al hombre incapaz de ser exterminado¹. El nacimiento, pues, ha de reparar los estragos que causó la muerte en la humani-

¹ Sap. 2, 23.

dad. Murió, señores, la Mujer, la criatura destinada á ser madre de todos los vivientes¹; y pereció no ya con muerte física — que ésta no habría contenido el torrente de la vida — sino con muerte moral, el pecado, que introdujo en el mundo todo linaje de muertes². Luego era preciso que renaciera la Mujer con el mismo carácter de madre universal; y veis aquí que la mujer renació cuando María, hija de Joaquín y Ana, vió la luz en Nazaret, cuarenta siglos después de muerta Eva en el paraíso. ¡Acontecimiento de inmensa alegría para el mundo! ¡Fecha digna de conservarse en los fastos de todas las naciones y en la memoria de todos los hombres! ¿Pues, qué? ¿Hay otra, fuera de la del nacimiento de Cristo Salvador, más trascendental para la humana familia que la natividad de María, *de qua natus est Jesus* ³?

2. Con María, cristianos oyentes, renace la vida, como con la aurora renace el día que pone en fuga las tinieblas. He aquí, pues, dicho todo cuanto decirse puede de este nacimiento tan glorioso, causa de tanto regocijo para la Iglesia y el mundo; sí, todo, á pesar de que nada parece que hemos dicho, ni nada más queremos añadir. *Nativitas tua, Dei Genetrix Virgo, gaudium annuntiavit universo mundo.* ¿Por qué? Porque la niña que hoy nace viene á regenerar moralmente el mundo, porque es la Mujer nueva, la Mujer bendita que el mundo necesitaba para no caer en el abismo de eterna perdición. ¿Cabe decir algo más del nacimiento de una tiernecita niña? ¿De cuál otra de cuantas registra la historia, pudiera con verdad afirmarse otro tanto? Pero me preguntaréis acaso: lo que decimos de María

¹ Gen. 3, 20.

² Rom. 5, 12.

³ Matth. 1, 16.

¿es verdad irrefragable, inconcusa? Vais á verlo. El mundo necesitaba para su regeneración moral, de una mujer modelo y modelo viviente sobre la tierra, según el cual y por cuya acción se regenerase moralmente la mujer. Esta afirmación la hallarán incontestable cuantos saben apreciar la influencia de la mujer en la vida moral de las naciones. Ahora bien, esta mujer no es otra que María: es, pues, ella la que debe ser hoy y siempre el objeto de la aclamación universal. Saludémosla con el Angel para que nos alcance luz y gracia: *Ave María.*

I.

3. Que la niña cuya natividad celebramos el día de hoy sea la Mujer modelo, es una verdad tan corriente y admitida en la Iglesia, que, lejos de tener necesidad de pruebas, pudiera reputarse menos propia é inadecuada para servir de base á un panegírico digno de la incomparable Virgen. Conviniendo fácilmente en lo primero, creo, sin embargo, que el tema propuesto encierra argumento de singular honor para María y doctrina de mucha edificación para las almas, mayormente en los tiempos que alcanzamos.

¿No hubo, pues, otros modelos, muerta la primera mujer, en todo el curso de siglos que precedieron á la aparición de esta dichosa criatura? Los hubo ciertamente, hermanos míos; pero, eso no obstante, María es el primer modelo, el único digno de este nombre entre cuantas mujeres figuran en la historia. De ella dice San Bernardo: *Nec primam similem visa est, nec habere sequentem*: que no ha tenido antes ni después quien la iguale. Mas ¿no florecieron grandes santas y famosas heroínas en la antigüedad? Santas hubo en el pueblo

escogido; heroínas no faltaron, á pesar de la universal degradación de nuestra raza, en oriente, Grecia y Roma. Díganlo los nombres de Sara, Rebeca, Ester, Judit, Ana, Débora y otros ciento, y los de Semíramis, Dido, Veturia, Virginia etc., ensalzados en los anales sagrados y profanos. Pero, decidme: los rasgos heroicos de éstas y las virtudes superiores de aquéllas ¿os parecen bastantes para erigir á alguna de ellas en modelo absoluto, tipo y dechado de toda mujer sin excepción, y aplicable á todas las condiciones y situaciones de la vida de ésta? Porque, aun exagerando la prudencia, fortaleza, piedad, pureza y demás dotes morales que enaltecieron á las matronas bíblicas sobre todas las mujeres de que pudo gloriarse el mundo pagano, ¿cuál de ellas nos ofrece reunidas todas esas prendas con tal excelencia y armonía que pueda expresar el ideal de la perfección propia de su sexo? ¡Ah! sólo de María puede afirmarse sin hipérbole: *Multæ filia congregaverunt divitias: tu supergressa es universas*¹. María, más rica que todas cuantas se aventajaron en gracias y virtudes, es modelo de la mujer en todas las edades y condiciones de la vida. ¿Qué digo de la mujer? De toda suerte de personas y sexos, como Reina que es de todos los santos: *Regina sanctorum omnium*².

De ella, como escribe San Ambrosio, deben aprender las doncellas y las matronas, las esposas y las vírgenes consagradas al Señor. María es el dechado de la niñez y aún de la infancia en el templo de Jerusalén; de la juventud, en Nazaret; de la edad madura, en la Judea; de la adversidad, en Egipto; de la magnanimidad, en el Calvario; de la muerte, en el Cenáculo.... Repasad

¹ Prov. 31, 29.² Eccl. in lit. lauret.

una á una todas las virtudes, y todas las hallaréis en grado eminente y perfectísimo en el corazón de María; pero por especial manera las que más directamente concurren á la perfección y santificación de su sexo: la pureza sin mancilla, la humildad profunda, la caridad heroica, la piedad sublime... piedad para con Dios, pureza y humildad para consigo, caridad inagotable para con el prójimo.

4. María es, pues, no sólo el primer modelo, sino el más brillante de cuantos pudieran proponerse á la imitación de la mujer. ¿Sabéis por qué? No solamente porque la perfección que posee, la mayor que cabe imaginar, la hace irradiar torrentes de luz en todas direcciones, obligando á exclamar á cuantos la rodean: *¡Tota pulchra es, Maria, perfecta, immaculata!* sino también porque plugo á Dios colocarla en tan alta posición que no pueden menos de contemplarla todos los siglos, sin acertar ninguno á desviar de ella sus atónitas miradas. *Non potest civitas abscondi supra montem posita*, decía el Salvador¹: María, la ciudad de Dios, situada encima de la montaña santa, no puede ocultarse á los ojos de los viajeros de la eternidad. Púsola Dios al lado de su Hijo, el Verbo Encarnado, el Salvador del mundo; y así todos los pueblos y naciones están obligados á mirarla, como han de mirar al que dijo: *Yo soy la luz del mundo*², la luz que se entra por los ojos, como éstos no se cierran voluntariamente. De la Virgen Madre puede decirse, aún con mayor razón, lo que de la otra María profetizó Jesús: «En verdad os digo que dondequiera que fuere predicado el Evangelio en todo el mundo, se publicará también lo que ésta

¹ Matth. 5, 14.

² Io. 8, 12.

hizo para eterna memoria.»¹ Por eso las virtudes de María aparecen puestas de relieve y revestidas de encantos en los mismos cuadros donde se retratan los pasajes de la historia de Jesucristo: la Encarnación, el nacimiento, la huída á Egipto, la presentación en el templo, la vida oculta en Nazaret, la pública durante la predicación en Judea y Galilea, el Calvario, el Cenáculo, el cielo.... ¿Quién podrá dejar de ver y contemplar esa admirable figura de la Virgen, que en todas partes hace juego con la del Salvador? Para no verla sería preciso apartar los ojos del cuadro evangélico, desnaturalizar y mutilar la historia, como lo han hecho sin escrúpulo protestantes y racionalistas.

Parecía que no fuese necesario otro modelo fuera de Jesucristo, santidad humanada y puesta, por decirlo así, al alcance de nuestra imitación. Pero, en primer lugar, si Dios mismo ha querido ofrecer en María la copia más acabada de la perfección de Jesús, ¿quién osará desdeñar este diseño, más accesible sin duda para nuestra flaqueza, por ser santidad de una pura criatura, mientras la de Jesús es santidad de un Hombre-Dios? Á este propósito pudiéramos discurrir como de la intercesión y valimiento de María discurre San Bernardo. Aunque solo sea, en propiedad, el mediador entre Dios y los hombres, tenemos también necesidad de medianera para con el Mediador, y así no está demás el ministerio de María: ella tiene su sitio y lugar propio en el plan de la amorosa Providencia². Y en tal supuesto ¿quién no advierte que, aunque Jesús y María sean modelos universales para todo linaje de personas, María lo será de un modo especial para las de su

¹ Marc. 14, 9.

² Ex serm. de 12 stellis, apud Brev.

sexo? ¿No es la madre el espejo natural de la hija? ¿no es la maestra la que dirige la educación de la niña? Nada, pues, más conforme con la ley amorosa del Criador que formar en María el modelo especial de la mujer.

5. Y advertid, cristianos oyentes, que este tipo de perfección era de todo punto necesario, porque sin él habría perecido el mundo, sumida como estaba la mujer en el abismo de la degradación moral. No me detendré á demostrar la importancia de la misión de la mujer en la sociedad, tema demasiado trillado y verdad de todos reconocida. De esa verdad resulta puesto en evidencia que el mundo viene á ser lo que la mujer es; pagano y corrompido, si ella tiene costumbres paganas; cristiano y virtuoso, si ella posee las sólidas virtudes cristianas, no pudiendo ser de otra manera, dado que de la madre depende la primera y primordial educación del hombre. Pero es de advertir que la mujer, para ser digna de su elevado destino, necesita á su vez ser educada, aún más con el ejemplo que con hermosas y deslumbradoras teorías. Por falta de ese ejemplar, de ese ideal que ya dejamos señalado en la mujer por excelencia, vióse abatida y degradada la mujer antigua, no sólo en los pueblos bárbaros, sino hasta en el seno de las sociedades que parecían cultas, poderosas y sabias, en Roma y el oriente. Si la compañera del hombre, carne de su carne y hueso de sus huesos¹, conservó en alguna parte su decoro y dignidad moral, fué precisamente en el pequeño pueblo judío, donde María puede decirse que vivía muchos siglos antes de nacer, encarnada como estaba en la tradición y la profecía

¹ Gen. 2, 23.

de aquel pueblo. Fuera de ese despreciado rincón del universo ¡qué espectáculo tan horrible el que la historia presenta á nuestra vista! Baste decir que la célebre Fabiola, la dama romana, entrado ya el tercer siglo de la Iglesia, era todavía la personificación de la soberbia, la molicie y la crueldad paganas¹. ¡Qué tipo aquel de la mujer degradada! ¡qué mezcla de egoísmo, fatuidad y desenvoltura! ¡Ah! ¡cuánto necesitaba la pobre mujer de la aparición de María en el horizonte social! Pues ¿qué había de hacer esa desventurada criatura entregada á las inspiraciones de una naturaleza corrompida? ¿Cómo había de practicar virtudes que no conocía, y cuyo precio no había llegado á sospechar siquiera? Y no era tanto por falta de instrucción y de teorías filosóficas sobre la virtud, que no faltaban, aunque imperfectos, hermosos tratados de moral, y abundaban los tesoros de literatura y buen gusto: era propiamente por falta de ejemplos, de lecciones objetivas, porque no había ideal en que inspirarse, original que reproducir, modelo que copiar, porque aun no había brillado á los ojos del mundo la celestial figura de María, de la Mujer bendita y santa. Pero ¡ah! lució el feliz instante, sonrió la clara aurora: *Signum magnum apparuit in caelo*²; y desde aquel momento ¡qué súbita y maravillosa transformación! Entonces aparecieron aquellos escuadrones de mujeres heroicas que por su magnanimidad relegaron al olvido á las antiguas heroínas: madres, como Santa Sinforsosa, que se sacrificaron siete veces en el martirio de sus hijos antes de sacrificarse á sí mismas; tiernas y delicadas doncellas, como Inés y Lucía, tan generosas para hollar las delicias y

¹ Véase Wiseman, Fabiola.

² Apoc. 12, 1.

hombres del mundo, como impávidas para arrostrar sus furores; ángeles de toda edad y posición, que poblaron de virtudes la tierra, cambiándola en vergel de flores celestiales.

6. Para pintar los efectos maravillosos de la influencia de María en las costumbres, sobre todo en la mujer, sería necesario transcribir largos trozos de la historia eclesiástica; pero ¿á qué conduciría ese trabajo estando á la vista de todos lo que era la sociedad pagana, lo que es en todas partes la sociedad que no conoce á María, y lo que es la cristiana que tiene la dicha de venerarla y amarla é inspirarse de continuo en ese divino modelo puesto perennemente ante sus ojos? ¿Quién no palpa la enorme diferencia? «Al ver el hombre, dice un piadoso autor contemporáneo¹, que Dios honra á María hasta tal punto... comprende la dignidad de la mujer y penetra su corazón un gran respeto y profundo reconocimiento por ella.... Para que la mujer fuese respetada en cualquier edad y condición en que se hallase, quiso Dios que María, la bienhechora del hombre, el tipo de la mujer regenerada, consagrarse todas las edades y todas las condiciones de su sexo... ¡Oh hombre! ¿Te atreverás á irrespetar, á humillar á la mujer, que ha sido hecha en María la Madre de tu Dios y la mediadora de tu felicidad? Y la mujer misma, al verse en tanta altura, habiendo estado hasta entonces tan humillada, volvió á conocer su dignidad y comprendió su vocación... Y el pudor de la virgen, y la casta dulzura de la esposa, y el poderoso amor de la madre, y la activa humildad de la viuda, y el celo, en fin, con sus innumerables industrias, hicieron su vida,

¹ Gaume II. P. C. cit. por *Raulica*, La mujer católica.

la vida de su vida, sus ocupaciones del día y sus cuidados de la noche....»

Desgraciadamente el paganismo, aunque con formas diferentes del antiguo y del bárbaro, va tornando á penetrar en el seno de muchos países cristianos, merced á la funesta propaganda de errores que se hace impunemente en nuestros días; y los efectos desastrosos que ya va causando en el individuo y en la familia, y la corrupción horripilante de las costumbres que gangrena también á la bella mitad del género humano, demuestran con evidencia la necesidad que tiene el mundo de no perder de vista á María, la mujer modelo.

II.

7. Éste debe ser, no sólo real sino actual y viviente, porque no basta tener el dechado delante de los ojos, si la diestra mano no se aplica á reproducirlo con esmero. Preciso es, según esto, que el ideal de la mujer sea de tal naturaleza que impulse eficazmente á reproducir su imagen; en otros términos, María misma debe trabajar con la mujer para realizar la obra de su imitación. ¡Ah! ¿qué puede el hombre entregado á sus escasas fuerzas, en orden á practicar en alto grado la virtud? Nada por cierto, y de ahí que tan necesaria sea la gracia de Jesucristo como lo son sus divinas enseñanzas. Pues me atrevo á decir, oyentes míos, que también le son necesarios al hombre la gracia y los auxilios de María. Sin el amor de Jesús no seremos capaces de imitar á Jesús; sin el amor de María no podrá la mujer trasladar á su corazón las perfecciones de tan divino modelo. Deducid de aquí la necesidad y la eficacia de la devoción á la Santísima Virgen, mayormente para la santificación de la mujer. Es pre-

ciso que María viva en el corazón de aquella que aspira á copiar sus adorables facciones. Es preciso que la mujer conozca á María y la ame con entusiasmo desde sus primeros años. ¡Desgraciada de aquella á quien una educación menos católica haya separado, tal vez desde la niñez, del regazo de esta buena Madre!

8. Inculcad á las niñas, oh madres y maestras cristianas, la devoción á la Santísima Virgen. Haced que las niñas conozcan muy de cerca y admiren á esa niña celestial que hoy contemplamos llena de gracia y hermosura en su misma cuna. Poned todo empeño en que desde la infancia se acostumbren á amarla con ternura filial, y á mirar en ella su luz, su amparo, su modelo y su madre. ¡Qué frutos de santidad no habrá de producir en tierra tan fecunda como virginal este conocimiento y este amor, ó sea, la verdadera devoción á la Virgen Santísima! Ella les infundirá naturalmente aquel santo horror á cuanto pueda manchar su corazón y sus sentidos, horror que es la primera condición de felicidad para una niña, porque es la salvaguardia de su inocencia amenazada, hoy más que nunca, de infinitos peligros. Ella les inspirará suavemente aquellos sentimientos de humildad y obediencia tan necesarios para su misma educación, sin los cuales jamás podrán ser buenas hijas de familia ni amorosas hermanas. María ahogará en el corazón de sus tiernas hijas esa funesta afición al lujo, á la vanidad profana, al pasatiempo frívolo, peste que devora el día de hoy á tantas almas juveniles, y las tornará más consagradas al trabajo, más modestas, más amigas del retiro y de las inocentes delicias del hogar doméstico. En una palabra, el amor acendrado de María cooperará, más de lo que puede imaginarse, al éxito completo del ímprobo trabajo de la educación.

Aun más. ¿En cuántas de esas almas no despertará tal vez la piedad para con la Virgen aquellas aspiraciones sublimes, fruto sazonado del verdadero espíritu cristiano, aquellas vocaciones al estado de perfección evangélica, que llevan consigo el total desprecio del mundo y la abnegación perfecta de sí mismas, el amor apasionado del único Esposo de las vírgines, y el ejercicio heroico de la caridad como suprema aspiración de la vida presente? Porque todos estos arranques generosos, tan propios de la juventud en personas de vuestro sexo, señoras cristianas, son, á no dudarlo, el feliz resultado de la tierna y ferviente devoción hacia la Madre inmaculada de Jesús. Esta celestial jardinera cultiva con singular esmero las más bellas flores de virtudes en el bien preparado jardín del corazón de sus amantes hijas. Ella las hace embalsamar con suave aroma de edificación á la Sociedad católica, única que sabe dar al mundo estos admirables espectáculos, aun en medio del egoísmo y la debilidad de caracteres que aquejan al decadente siglo XIX. No rara vez, prendada la Señora del cielo, de la hermosura y fragancia de estas flores, las trasplanta, no ya al jardín del claustro religioso, sino al vergel del paraíso para que exhale allí, en medio de la Ciudad de Dios, perfumes de eterna suavidad capaces de rivalizar con el incienso de los ángeles. No esperéis, por tanto, que las jóvenes lleguen á ser modelos de piedad, modestia y todas las virtudes que forman su corona, si no cuidáis de grabar en sus almas delicadas el amor más acendrado y la devoción más sólida á la divina Niña de Nazaret.

9. Por lo que hace á vosotras, señoras cristianas, ese dulce incendio de la devoción á María, vuestro sublime modelo, os transformará en apóstoles de la verdad

y del bien, asociándoos al gremio de mujeres heroicas que desde los primeros días del cristianismo han venido siendo el auxiliar tal vez más poderoso de la fe, el foco de la caridad y, por decirlo en breve, el instrumento de toda buena obra¹. Porque, en efecto, tal ha llegado á ser, siguiendo las huellas de María y bajo su protección, la mujer cristiana, honra de la religión y testimonio bastante por sí solo, de la divinidad del cristianismo. ¿De cuántos países no pudiera afirmarse con verdad lo que de Francia aseguran voces muy autorizadas, esto es, que la luz de la fe se habría extinguido en esa gran nación, á no haberlo impedido la ardiente fe de la mujer? ¿Quién no ve que en esas épocas de persecución general y de exterminio del clero, prolongadas por muchos años, ó bien cuando se ha llegado á envenenar la enseñanza pública, apenas queda otro arbitrio para salvar las centellas no apagadas de la fe, que el apostolado doméstico, ejercido menos por el hombre que por la mujer católica, por la madre, la esposa, la hija? Y ¿no es también la mujer la eficaz cooperadora del esplendor del culto? ¿qué fuera de éste, si ella no viniera en auxilio del clero para promoverlo; si no tomara parte activa ya en el ornato de altares y templos, ya en la magnificencia de las fiestas religiosas? Pero hay más todavía. Mujeres verdaderamente apostólicas, émulas de las Lidias, Priscilas y Evodias, no contentas con trabajar en su propia santificación en el retiro silencioso de los claustros, se consagran totalmente al servicio de Dios y del prójimo, y, si es preciso, no vacilan en trasladarse á remotas comarcas pobladas de salvajes para coadyuvar allí á la acción del

¹ Véase *Raulica*, La mujer católica.

misionero, fundando escuelas, enseñando el catecismo, asistiendo á los pobres desvalidos y enfermos, haciéndose madres para todos. ¿No las vemos aquí mismo, en nuestro país, no lejos de la capital, ayudando á los celosos hijos de Don Bosco en la civilización de tribus todavía bárbaras que habitan á orillas de nuestros grandes ríos?

10. Y ¿qué diré de las demás obras á que se extiende la caridad inagotable de la mujer cristiana? ¡Ah! No hay una sola obra de misericordia, así de las espirituales como de las corporales, á que el corazón de la piadosa imitadora de María no se incline, á que no preste su apoyo y consagre su actividad y sus desvelos. La educación de los niños de uno y otro sexo, el cuidado de los pobrecitos huérfanos, la moralización de esas infelices víctimas de la corrupción del mundo, la asistencia de toda clase de hospitales, hasta de los incurables y leprosos, la dirección de las cárceles y penitenciarios, las obras de piedad, la construcción de iglesias... ¿qué empresa puede ocurrir, como sea conducente á la gloria de Dios y al bien de la sociedad, que no cuente con la activa cooperación de la mujer católica, que ella misma no promueva y lleve á cabo con prodigiosa eficacia y buen éxito? Y no se crea que me refiero únicamente á esas incomparables congregaciones religiosas de Hermanas ó Hijas de la caridad, que son el alivio de la sociedad cristiana ¿qué digo? hasta de la sociedad pagana, de la humanidad entera que reclama en todas partes sus servicios como indispensables para el remedio de las públicas miserias. Fuera de estos ángeles de pureza y de bondad ¡cuántas otras personas del mismo sexo, no menos repletas de caridad, aunque no ligadas á comunidad alguna, porque no á todas señala

Dios el mismo rumbo sobre la tierra, cuántas piadosas señoras que viven en el siglo no se ocupan con celo infatigable en promover toda clase de buenas obras, haciendo de este caritativo ministerio la principal, si no la única ocupación de su vida! ¡Bendita ocupación que atrae sobre esas buenas almas las bendiciones de Dios y de los hombres! ¡Precioso empleo de un tiempo por tantas otras personas derrochado en la frivolidad, en el pasatiempo, en el paseo! ¡Plugiera al cielo centuplicar el número de esas mujeres apostólicas que, como las de la primitiva Iglesia, sin desatender un punto á la propia santificación por medio de la oración y demás ejercicios de piedad, aspiran á la noble misión de cooperadoras de Dios en la grande obra de la salvación de las almas!

11. Verdad es, cristianos oyentes, que el número de estas vocaciones ha de ser necesariamente reducido, pues consta claramente, y así lo ha comprendido la sólida piedad, que el principal apostolado de la mujer cristiana, hablando en general, debe ejercitarse dentro del propio hogar, como enseña San Pablo¹. Las mujeres casadas deben consagrarse al cuidado material y moral de su casa: *domus curam habentes*, resplandeciendo á vista de sus esposos é hijos por su prudencia, castidad, templanza, sumisión á sus deberes y demás virtudes propias del estado conyugal, para no dar pretexto á que la maledicencia blasfema de los enemigos de Dios, haga recaer la odiosidad, de sus descuidos domésticos, sobre la doctrina que la religión enseña: *ut non blasphemetur verbum Dei*. Ciertamente que, aunque menos brillante, no es menos meritorio y sublime este

¹ Ad Tit. 3, 5.

oscuro apostolado de la madre de familias en el recinto de la sociedad doméstica. Pues ¿qué labor más importante que la de formar el corazón del hijo y reformar tal vez el carácter viciado de un esposo? ¡Qué gloria no da á Dios, y qué honor á la fe de Jesucristo una familia modelada por la norma del Evangelio, gracias á la virtud heroica y modesta de una madre vaciada en el molde de las Mónicas, Isabeles y Franciscas! ¡Oh! pero, para llenar esta misión hermosa y gloriosísima, es preciso que la mujer se inspire de continuo en los ejemplos de María, modelo acabado de la virgen, de la esposa y de la madre.

12. Sí, cristianos, María es el ideal de la mujer, y no es ésta una de sus menores glorias. Concluyamos repitiendo que María, la preciosa Niña que hoy festejamos en la cuna, es la mujer nueva, así como Cristo Señor nuestro es el hombre nuevo, esperado con impaciencia durante cuatro mil años por la humana progenie envejecida y marchita. María es la mujer por excelencia, de la cual no eran más que imperfectas figuras las más famosas y celebradas heroínas de la antigüedad. Por la aparición de esta mujer incomparable, se ha visto regenerado el mundo; pues por ella se ha renovado y engrandecido moralmente la mujer. He aquí por qué nosotros, hijos de la Iglesia católica, é inspirados en su espíritu, celebramos henchidos de santo júbilo el nacimiento de esta niña. *Nativitas tua, Dei Genetrix Virgo, gaudium annuntiat universo mundo*. ¡Que el gozo que nos causa su venida á la tierra sea precursor del que nos cause su vista en la eternidad! Así sea.

no son menos gloriosas las funciones que Dios le confía en favor de los hombres, las cuales no podrán menos de encender nuestra gratitud para con el bienaventurado arcángel, como vamos á ver en la segunda parte.

II.

8. ¡Admirable dignación y verdaderamente grande caridad! exclama el devoto San Bernardo, considerando aquellas palabras del Profeta: *Á sus ángeles te recomendó Dios para que te guarden en todos tus caminos*¹. ¿Por quién y á quiénes se ha hecho este humilde encargo? Porque humilde es y muy modesto, atendida la alteza de aquellos soberanos personajes, el cargo de velar por esta pequeña y miserable criatura que, aunque dotada de inteligencia y destinada á la posesión del mismo Dios, es, sin embargo, una masa de corrupción y un puñado de asquerosos gusanos. «¿Quién es el hombre para que tanto le engrandezcas?»² Tan grande es, en efecto, la bondad del Criador para con el hombre, que no se desdeña de poner á los mismos ángeles á nuestro servicio, ya como compañeros de nuestra ardua peregrinación, ya como ayos y tutores de nuestra debilidad, ya como protectores poderosos, ya, en fin, como dispensadores de toda clase de servicios. Mas ¿qué maravilla que los ángeles, con ser los domésticos de Dios, nos sirvan cariñosamente, cuando el mismo Hijo de Dios, á quien sirven de rodillas las más altas potestades, se ha dignado venir al mundo para servirnos de infinitas maneras? ¡Oh! ¡cómo debería ano-

¹ Ps. 90, 11.

² *S. Bern.* in Ps. 90. Brev. Rom. die 2 Oct. lect. 4.

narnos en presencia del Altísimo tanta dignación! Y ¿rehusaremos después de esto someternos gustosos al servicio de nuestro Criador? Y ¿tendremos atrevimiento bastante para insultar su amorosa providencia? ¡Ah! nos dice el Sabio: *No digas delante del Ángel que no hay Providencia*¹, porque este solo argumento bastaría para demostrarla. En efecto, hermanos míos, la asistencia de estos espíritus bienaventurados que, aunque invisibles á nuestros ojos de carne, están siempre á nuestro lado, nos acompañan durante la vida, presentan al Señor nuestras pobres oraciones, y nos sirven de mil modos, principalmente en orden á la salud eterna, es uno de los dogmas cristianos más consoladores, así como de los más sólidamente apoyados tanto en la Escritura como en la Tradición y hasta en el instinto racional del hombre². Básteme hacer estas indicaciones, cuya declaración exigiría un discurso aparte, para pasar á ocupar vuestra atención con los benéficos oficios que, en particular, ejerce para con nosotros el amable San Rafael, y que, para compendiar, los reduciremos á tres, á saber, de compañero, médico y protector. *Medicum et comitem, in virtute alligantem demonem*³.

9. Recordad, amados fieles, la dulce y maravillosa historia de Tobías. Apenas sale el buen hijo á la calle á buscar por orden de su padre un compañero para el largo y peligroso camino que necesitaba emprender desde Nínive hasta Rages, cuando un gallardo mozo se le pone delante, en traje y disposición de caminante.

¹ Prov. 5, 5.

² *Præesse angelos absoluta auctoritas est (S. Hilar.).*

³ *Eecl. in offic.*

«Hola, buen joven, dícele Tobías, ¿conoces el camino que conduce á la región de Media?»¹. — «Perfectamente, respóndele el viajero; lo he trajinado mucho, y conozco también á Gabelo que mora en Rages, adonde tú quieres ir.» Presentado el incógnito al anciano, le asegura que él llevará seguro á su hijo y le devolverá á su lado sano y salvo, sirviéndole también de mercenario. El pobre anciano abraza á su hijo y le despide, triste pero lleno de confianza, diciendo á la llorosa madre: «Creo que mi hijo volverá sin daño alguno: es un ángel de Dios quien le acompaña.» Y el santo anciano no se equivocaba. Era, en efecto, no un ángel cualquiera, sino un eminente arcángel, era Rafael el que Dios había dado por compañero á aquel joven modelo de virtudes. «Aprended por aquí, reflexiona juiciosamente el Doctor San Agustín², cuánto vale la limosna, cuánto aprovecha sepultar á los muertos y hacer obras de misericordia, cuán acepta es á Dios la piedad y la observancia de la ley divina, pues así la recompensa dando á sus siervos por compañero y aun sirviente, tan excelso personaje.» Seguid el curso de aquella prodigiosa peregrinación por las riberas del Tigris, y veréis, en medio de risueños cuadros y variados sucesos, la solicitud más tierna, el cariño más acendrado y la más exquisita diligencia por parte del celestial compañero para con su querido cliente. Bien decía el santo anciano: *Es demasiado bueno y fiel el hombre que acompaña á mi hijo*³. Sí, no podía serlo más, siendo quien era, el mismo Rafael. Por eso le devuelve, no sólo sano y salvo, sino rico y feliz, á los

¹ Tob. 5, 5 sqq.² Serm. 226 De temp.³ Tob. 10, 6.

brazos de su padre, que, en unión de toda una familia de santos, no se harta de bendecir al Dios del cielo, y convidar á todos los vivientes de todos los siglos y naciones á pregonar sus grandes misericordias. Ved ahí, mis amados hermanos, el compañero fidelísimo que también á nosotros se nos ha concedido para que nos guíe y conduzca con felicidad por este áspero y peligroso camino de la vida terrestre, cuyo término es la patria de los verdaderos hijos de Dios. Así lo reconoce la Iglesia, que lo tiene por ángel tutelar de los viajes y viajeros, apoyándose, no sólo en los Libros santos, sino en millares de hechos que registran las historias eclesiásticas. Á San Macario Romano se le da por compañero, hablándole casi en los mismos términos que á Tobías, y no sólo le acompaña por los caminos de la tierra, sino que le lleva por los de la eternidad, conduciéndole, ora al lugar de los tormentos, ora á la región de los deleites eternos. El insigne navegante y primer descubridor de las Indias Orientales, Vasco de Gama, no hubiera llegado á coronar su memorable empresa, doblando el Cabo de Buena Esperanza, si no llevara á San Rafael por guía y jefe de sus descubrimientos. Así lo atestigua el haber puesto ese nombre á una de sus carabelas, y haber levantado una columna á San Rafael en la primera tierra donde fijó el pie victorioso. Ejércitos cristianos se han visto conducidos por nuestro arcángel á través de terrenos intransitables hasta aportar al teatro de la victoria: así aconteció al ejército de Teodosio en lucha con el tirano Juan, á principios del siglo v¹.

¹ *A Lapide*, Comm. in Tob. l. c.

10. Pero ¿qué lengua podrá encomiar dignamente la caridad de nuestro celestial Médico, cuando su mismo nombre de Medicina de Dios tan altamente la proclama? El mismo arcángel asegura á Tobías, ciego de cuatro años, que ha sido enviado expresamente para curarle, así como á Sara, de la opresión del demonio¹. ¡He ahí al médico taumaturgo que trae del cielo el remedio no sólo para las enfermedades del cuerpo, sino para las del alma! Porque es un hecho que restituyó á Tobías la vista, y ahuyentó al demonio del hogar de la desventurada joven que lloraba como irremediable su desgracia. Que haya sido natural en todo ó en parte la curación de la ceguera de aquel varón santo, como pretenden algunos, alegando la eficacia de antiguo reconocida en la hiel de ciertos peces, para corroer las falsas membranas formadas sobre los ojos y hacerlas caer á manera de escamas; ó bien del todo sobrenatural, como parece más probable, ¿qué facultativo de la tierra puede compararse con el médico del cielo? Ni fué único el caso de Tobías; pues, como debe creerse, no era otro que Rafael aquel ángel de que habla el Evangelio², que á ciertos tiempos bajaba á remover las aguas de la Piscina de Betsaida, y por aquel medio milagroso curaba de la más incurable enfermedad, ora á un ciego, ora á un cojo, ora á un parálítico. ¡Qué de curaciones obradas por el bendito arcángel, no con aplicación de medicinas terrenas, sino con la sola presencia del que es Medicina de Dios! Y, si fuésemos á registrar las historias y á consultar las tradiciones privadas, ¿no hallaríamos innumerables hechos

¹ Tob. 12, 14 (Misit me Dominus ut curarem te).

² Io. 5, 4.

de portentosas curaciones verificadas en todos los países del mundo por la mano del gran Patrono de los hospitales de Caridad? ¿No fué él quien, en forma visible, acompañó más de una vez á San Juan de Dios en el servicio de los enfermos? Atestigüelo España, donde la festividad de San Rafael, introducida canónicamente en la liturgia hace dos siglos, prueba la muchedumbre de los favores obtenidos: acredítele nuestra América, no menos piadosa ni menos reconocida á las gracias de sanidad impetradas por la invocación del gloriosísimo arcángel... ¡Ah! pero ¿qué son, hermanos míos, las dolencias que aquejan este miserable cuerpo que, tarde ó temprano, ha de pagar tributo irremediable á la tiranía de la muerte, comparadas con esotras dolencias cruelísimas que afligen á nuestra alma, la postran en el lecho de su propia degradación, la reducen al más lamentable estado de corrupción, debilidad y miseria hasta conducirla al término fatal de la muerte, y muerte eterna! ¿Cómo es posible que tanto nos preocupen las enfermedades corporales, y tan poco las del espíritu? ¿que, para librarnos de aquéllas por algunos días y escapar de la muerte por breve plazo, imploremos con impaciente ardor el auxilio del celeste Médico, y para sanar de éstas otras no nos venga siquiera al pensamiento invocar el auxilio del arcángel? ¿Quién me diera poder descubrir á tantos que se creen sanos, porque no se conocen las llagas horribles que llevan en el corazón, sobre todo aquellas úlceras cancerosas del más abominable de los vicios, la sensualidad, causa de tantos estragos de alma y cuerpo, y aun de muertes espantosas! Testigos aquellos siete desventurados maridos de la casta hija de Raguel, sofocados por el demonio en la primera noche de sus bodas en justo cas-

tigo de su libertinaje. «Yo te enseñaré, dijo Rafael al joven Tobías, sobre quiénes tiene poder el demonio; son aquellos que aun en el estado del matrimonio excluyen á Dios de sí y de su pensamiento para no pensar sino en soltar la rienda á sus pasiones, ni más ni menos que las bestias.»¹ ¿Qué diría el santo arcángel de aquellos esclavos del vicio que, dentro y fuera del matrimonio, viven totalmente entregados á los perversos deseos de su corazón? ¡Ojalá no sean ellos mismos nuevos escarmientos del poder del demonio sobre las almas corrompidas!

11. Acojámonos al poderoso patrocinio de este genio tutelar. Él está dispuesto á hacer con sus devotos los mismos buenos oficios que ejercitó con el virtuoso Tobías. «¿Qué le daremos en pago de tantos beneficios que sea proporcionada recompensa?—decía el agradecido cliente;—aunque le ofreciéramos todos nuestros bienes, jamás podríamos desempeñarnos.» En efecto, cristianos: ¿quién es capaz de enumerar someramente los favores que nos dispensa nuestro Protector? No sólo nos acompaña por las sendas de la vida, librándonos de innumerables riesgos de perderla, sino que, haciéndose gerente de nuestros negocios, y hasta de nuestra felicidad temporal, nos proporciona bienes convenientes para nuestra salvación, y estado feliz para servir á Dios: en una palabra, «nos colma de todos los bienes»². Y, como si todo esto no bastara á su generosidad, nos da paz y alegría en el Señor, serenando nuestros pechos turbados por el temor de los males que nos rodean³. ¿Qué más? Él nos enseña con las máximas de la más exquisita prudencia el gran secreto de la vida en el

¹ Tob. 6, 17.

² Bonis omnibus per eum repleti sumus (Tob. 12, 3).

³ Pax vobis: nolite timere (ibid. 12, 17).

tiempo y en la eternidad: temer á Dios, obedecer á sus preceptos, bendecirle en todo tiempo y circunstancia, practicar obras de misericordia y de piedad. Aprendamos, amados hermanos, tan saludables lecciones, para que algún día, después de merecer la protección del santo arcángel durante nuestra peregrinación sobre la tierra del cautiverio, podamos decir con él: «Tiempo es ya de volver al seno del Criador, para gozar eternamente de su vista en compañía de los ángeles y bienaventurados.» Así sea.

PANEGÍRICO DE SAN AGUSTÍN, OBISPO Y DOCTOR

(predicado en la fiesta de su conversión, en la iglesia de la Candelaria, de Bogotá, 1896).

Victoria de San Agustín en su conversión.

Qui vicerit, faciam illum columnam in templo Dei mei... et scribam super eum nomen Dei mei et nomen civitatis Dei.

Al que venciere, le haré columna en el templo de mi Dios... y escribiré sobre él el nombre de mi Dios y el nombre de la ciudad de Dios.

Apoc. 3, 12.

1. Nada regocija tanto al corazón humano como el grito de victoria. Á este acento penetrante, mágico, envuelto en ondas de marcial armonía, engrandecido por el sonoro estruendo del cañón y del sagrado bronce, repercutido por mil voces en calles y plazas, los bravos se transportan de entusiasmo loco; los medrosos y afligidos respiran; los indiferentes se despiertan de su insensato marasmo; la tierra se inunda de alegría, y hasta la muda naturaleza parece participar del regocijo uni-

tigo de su libertinaje. «Yo te enseñaré, dijo Rafael al joven Tobías, sobre quiénes tiene poder el demonio; son aquellos que aun en el estado del matrimonio excluyen á Dios de sí y de su pensamiento para no pensar sino en soltar la rienda á sus pasiones, ni más ni menos que las bestias.»¹ ¿Qué diría el santo arcángel de aquellos esclavos del vicio que, dentro y fuera del matrimonio, viven totalmente entregados á los perversos deseos de su corazón? ¡Ojalá no sean ellos mismos nuevos escarmientos del poder del demonio sobre las almas corrompidas!

11. Acojámonos al poderoso patrocinio de este genio tutelar. Él está dispuesto á hacer con sus devotos los mismos buenos oficios que ejercitó con el virtuoso Tobías. «¿Qué le daremos en pago de tantos beneficios que sea proporcionada recompensa?—decía el agradecido cliente;—aunque le ofreciéramos todos nuestros bienes, jamás podríamos desempeñarnos.» En efecto, cristianos: ¿quién es capaz de enumerar someramente los favores que nos dispensa nuestro Protector? No sólo nos acompaña por las sendas de la vida, librándonos de innumerables riesgos de perderla, sino que, haciéndose gerente de nuestros negocios, y hasta de nuestra felicidad temporal, nos proporciona bienes convenientes para nuestra salvación, y estado feliz para servir á Dios: en una palabra, «nos colma de todos los bienes»². Y, como si todo esto no bastara á su generosidad, nos da paz y alegría en el Señor, serenando nuestros pechos turbados por el temor de los males que nos rodean³. ¿Qué más? Él nos enseña con las máximas de la más exquisita prudencia el gran secreto de la vida en el

¹ Tob. 6, 17.

² Bonis omnibus per eum repleti sumus (Tob. 12, 3).

³ Pax vobis: nolite timere (ibid. 12, 17).

tiempo y en la eternidad: temer á Dios, obedecer á sus preceptos, bendecirle en todo tiempo y circunstancia, practicar obras de misericordia y de piedad. Aprendamos, amados hermanos, tan saludables lecciones, para que algún día, después de merecer la protección del santo arcángel durante nuestra peregrinación sobre la tierra del cautiverio, podamos decir con él: «Tiempo es ya de volver al seno del Criador, para gozar eternamente de su vista en compañía de los ángeles y bienaventurados.» Así sea.

PANEGÍRICO DE SAN AGUSTÍN, OBISPO Y DOCTOR

(predicado en la fiesta de su conversión, en la iglesia de la Candelaria, de Bogotá, 1896).

Victoria de San Agustín en su conversión.

Qui vicerit, faciam illum columnam in templo Dei mei... et scribam super eum nomen Dei mei et nomen civitatis Dei.

Al que venciere, le haré columna en el templo de mi Dios... y escribiré sobre él el nombre de mi Dios y el nombre de la ciudad de Dios.

Apoc. 3, 12.

1. Nada regocija tanto al corazón humano como el grito de victoria. Á este acento penetrante, mágico, envuelto en ondas de marcial armonía, engrandecido por el sonoro estruendo del cañón y del sagrado bronce, repercutido por mil voces en calles y plazas, los bravos se transportan de entusiasmo loco; los medrosos y afligidos respiran; los indiferentes se despiertan de su insensato marasmo; la tierra se inunda de alegría, y hasta la muda naturaleza parece participar del regocijo uni-

versal. Y tanto más grandioso es el efecto del grito de victoria, cuanto más gigantesca y encarnizada fué la lucha; el éxito más incierto, y los resultados más trascendentales. Y no vayáis á creer, amados fieles, que estas escenas sólo tengan lugar cuando se trata de luchas materiales, en que, cuerpo á cuerpo, se disputan los hombres un palmo de tierra ó un puñado de oro, laureles ó intereses más ó menos pasajeros y de carácter terrenal. ¡No, por cierto! Porque, así como hay intereses más elevados, bienes de orden superior que se debaten en más fieras lides, en campos de batalla más dilatados y contra enemigos más arteros que todos los humanos¹; así también hay victorias sin comparación más gloriosas y, por lo mismo, más exuberantes de alegría². Luchas hay, hermanos míos, en que toman parte el cielo, la tierra y los abismos. ¡Qué victoria la de Miguel contra Lucifer! Fué la primera que se vió en los dominios del Criador³; y los ecos de aquel inolvidable y magnífico triunfo aún no se han apagado, antes siguen dilatándose hasta los confines de los siglos, de generación en generación, reproduciendo incesantemente inefables alegrías en la corte del Altísimo. Fué aquélla la victoria de Dios más bien que del Capitán general de los ejércitos angélicos: por eso fué tan grande y de imperecedera remembranza. Tras ella siguieron otras muchas, una cadena de triunfos en no interrumpida serie de combates; porque tal es la ley del universo, así en lo físico como en lo moral, luchar constantemente, vencer y ser vencido. Así la luz con las tinieblas vive en perpetua contienda, la muerte con la vida, el error con la verdad, el bien con el mal, el

¹ Eph. 6, 12.² 2 Cor. 7, 4.³ Apoc. 12, 7.

cielo con la tierra, Jesucristo con Belial, Dios con la criatura. ¡Extraña afirmación ésta, cristianos, pero ninguna más cierta ni más atestiguada por los oráculos de las Sagradas Escrituras. Jesucristo, vencedor del mundo y del infierno¹, nos convida á vencer como él, halagándonos desde el trono de su gloria con los lauros inmarcesibles del triunfo. *Al que venciere, dice, darle corona de inmortalidad, trono de rey junto al mío al lado de mi Padre*². *Al que venciere, lo haré columna en el templo de mi Dios, y escribiré sobre él el nombre de la Ciudad de Dios, la Jerusalén nueva...*³

2. Decidme ahora, cristianos congregados en este templo á la gran festividad que hoy celebra la Iglesia de Dios y la religiosa familia agustiniana: ¿no es una de esas victorias gloriosísimas la que venís á solemnizar en este día? ¿es otra cosa la conversión del incomparable Doctor y Lumbrera del mundo, el nunca bastante alabado San Agustín? Decid, pues, si tenemos razón para cantar rebotando de júbilo: *Grande es el Señor y digno de alabanzas infinitas, en la ciudad de nuestro Dios, en su monte santo*⁴. ¿Quién es este monte de santidad ó de Sión que se levanta sobre el cimiento de su conversión con alegría de toda la tierra⁵, sino aquel hombre extraordinario cuyo genio y cuya gloria se encumbran por encima de todos los colosos de saber y de virtud, que han descollado en la historia? ¿Quién ha de ser sino Agustín?

3. Su conversión, para declarar todo mi pensamiento, es el triunfo más brillante obtenido por Dios sobre el hombre rebelde, por Jesucristo sobre el demonio, por

¹ Apoc. 5, 5.² Ibid. 3, 21.³ Ibid. 3, 12.⁴ Ps. 47, 2.⁵ Ps. 47, 3.

la gracia sobre la naturaleza. La naturaleza, reducida en Agustín al último grado de debilidad moral, es rehabilitada y elevada por la fuerza de la gracia; la razón ofuscada por el orgullo es vencida por la luz del Verbo; el Criador triunfa completamente sobre su criatura, haciéndola servir á su mayor gloria. He ahí todo mi plan. Mas no puedo ni debo dar principio á mi discurso sin hacer pública la expresión de mi religiosa gratitud, por la honrosa y no merecida designación hecha en la humilde persona del último de los miembros de la Compañía de Jesús, para anunciar hoy, desde este púlpito, las glorias del ínclito Fundador y Padre de la religión agustiniana. Á los Reverendos Padres *Candelarios*¹ de esta provincia debe la familia de Ignacio, entre otras singulares muestras de fraternal afecto, dos elocuentes oraciones en alabanza de San Ignacio su Padre: ¡ojalá fuera dado al más indigno de sus hijos retornar cumplidamente el obsequio recibido, correspondiendo á la alteza del asunto y á la grandeza de la deuda contraída! Para conseguirlo os ruego que me ayudéis, etc. *Ave María.*

I.

4. Por muy gloriosa debe reputarse una victoria obtenida sobre pujante ejército de enemigos atrincherados en posición inexpugnable, y alcanzada á fuerza, no sólo de valor, sino de habilísima estrategia, y que sea finalmente, como suele decirse, decisiva y tal que deje totalmente abatido y postrado al antes indomable enemigo. Pues tal fué, cristianos, como bien lo sabéis por la historia de Agustín, tan conocida en el mundo cristiano, la victoria de la gracia sobre la naturaleza en

¹ Agustinos descalzos, así llamados en Bogotá.

el teatro del corazón de este grande hombre. Grande y magnífica en sí misma, no fué menos admirable en su plan (feliz combinación de fuerza y suavidad), ni menos completa en sus resultados. Mas ¿qué puedo yo deciros, en asunto tan conocido y tan brillantemente manejado así en la oratoria como en la ascética, que vosotros no sepáis mejor que yo? ¿Dónde hallaré colores más vivos para bosquejar este hermoso cuadro que los empleados, con maestría inimitable, por el mismo vencedor y vencido, héroe y cantor, al mismo tiempo, de esta divina epopeya? Abrid el bello libro, digo mal, los trece libros de sus Confesiones, y allí veréis el cuadro completo de este triunfo: el campo de batalla, las fuerzas respectivas de los contendientes, lo porfiado y sangriento de la lucha, las mil alternativas, cargas y retiradas de esta singular campaña, el final y venturoso desenlace. Una ojeada nada más sobre ese interesante cuadro....

5. El campo no era otro que su propio corazón; los combatientes, Dios y su criatura, la gracia y la naturaleza. ¡Cosa que espanta, hermanos míos! ¡La criatura combatiendo orgullosa, en medio de su infinita pequeñez, contra la infinita majestad de su Criador! «¿Por qué, — exclamaba Agustín con el Santo Job, — por qué desgracia, Señor, me has de mirar como enemigo?»¹ ¡Ah! el misterio estaba revelado en el fondo mismo de esta naturaleza rebelde y pecadora. «¿Por qué no haces desaparecer de mí el pecado?»² Por eso luchaba Agustín, porque, á pesar de yacer en el abismo de la culpa, amaba el bien con toda la fuerza primitiva de un ser creado para sólo Dios, de tal suerte que no

¹ Job 13, 24.

² Job 7, 21.

halla quietud hasta tanto que no descansa en él¹. Para destruir el pecado en el corazón de su noble y desgraciada criatura, lucha Dios con la fuerza de su gracia, «mostrando su omnipotencia contra una hoja que arrebató el viento»², hoja débil, pero cuya debilidad constituye precisamente su fuerza misteriosa; hoja voluble al menor soplo del viento, pero cuya volubilidad é inconstancia es el mayor obstáculo para la estabilidad en el bien, para la virtud, para la felicidad. Fuerza de inercia, hermanos míos: he ahí la que opone el pobre corazón humano á los llamamientos de Dios, á las prescripciones del deber; y ¿quién será capaz de aniquilar esa fuerza del *no puedo*? Y ¿de dónde nace esta espantosa inacción para el bien? ¿qué es lo que constituye esta especie de pesantez que, atrayendo al hombre hacia la tierra, no le deja levantarse hacia el cielo, en busca de su verdadero centro? El mismo Agustín nos lo declara: «Tu peso es tu amor»³; y, como amas el terreno, por eso te es como imposible alzarte del fango en que yaces sepultado. «¡Miserable corazón humano!» — exclama el Santo, — «partido entre el amor y el odio; una parte camina y otra es arrastrada; mientras con la una se pone en movimiento, con la otra se detiene agobiado con su peso; quiere y teme la misma cosa, ama lo mismo que aborrece. La voluntad manda, es verdad, pero ella misma no obedece: desea y es el mayor obstáculo á sus mismos deseos.»⁴ Á esta impotencia para obrar el bien, reconocida en sí mismo por aquel que debía sostener tan enérgicamente la absoluta necesidad de la gracia, añádase la violenta y como irresistible inclinación hacia el mal,

¹ Conf. lib. 1, cap. 1.

² Job 13, 25.

³ Conf. lib. 13, cap. 9.

⁴ Ibid. lib. 8, cap. 8.

nativo efecto de la original concupiscencia, y se comprenderá la grandeza del poder necesario para vencer en esta suprema lucha del espíritu contra la carne. ¡Estado tristísimo á que reducen al hombre las pasiones! ¿Quién lo experimentó ni conoció mejor que aquel á quien le costó tantas lágrimas? Una vez lanzado en esa senda á la edad en que los deseos de goces materiales fermentan en el corazón y encienden los sentidos, no halló satisfacción en las castas delicias de una amistad inocente y de afecciones legítimas. «Desde el fondo impuro de la concupiscencia que llevaba yo dentro de mí, — dice el Santo — (y ¿quién no pudiera decir lo mismo?), levantábanse espesos vapores que oscurecían mi razón, no dejándome discernir entre las apacibles dulzuras de un afecto legítimo y aquellas desarregladas emociones que produce la pasión criminal: de allí, las furiosas tempestades desencadenadas en mi corazón; de allí, el desenfreno de mis deseos; de allí, la caída en horribles precipicios y verme finalmente sepultado en un abismo de maldad.»¹

6. Y, si tanta dificultad ofrecía á la conversión de Agustín, como á la de cualquier otro pecador, la flaqueza natural para la virtud, acrecentada por la innata propensión al vicio²: ¿qué pensar de aquella nueva y más insuperable fuerza de la costumbre hecha ley, convertida en segunda naturaleza todavía más depravada que la primera? ¡Ah, cristianos! compasión causa ver almas nobles y grandes, como la de Agustín, haciendo esfuerzos titánicos para romper cadenas remachadas, que son su desesperación y su vergüenza; verlas llorar, des-

¹ Conf. lib. 2, cap. 2.

² Sensus humani cordis in malum proni sunt.... (Gen. 8, 21).

perarse, revolcarse en el suelo, como poseídas de extraño frenesí, llamar á gritos el favor del cielo y de la tierra, y todavía no sentirse libres de la afrentosa esclavitud de una pasión infame. ¿Quién no tiembla al contemplar la descomunal batalla trabada en el corazón de un Agustín? «¡Tan grande esfuerzo era menester para fundar el imperio romano!» — exclamaba el poeta¹; y nosotros, parodiando el famoso epifonema, podríamos decir: — «¡Tan difícil era la victoria de la gracia sobre la naturaleza en el corazón del que Dios destinaba para ser monumento eterno y grandioso de su omnipotencia!» «Tengo de hacerlo columna en el templo de mi Dios.»² Pero ¡gracias sean dadas por siglos de siglos al Dios de las misericordias! la victoria coronó al fin los esfuerzos de nuestro héroe; digo mejor, la gracia triunfó de la pobre y contumaz naturaleza para coronar la noble frente del vencido. Y no es preciso que yo me detenga á presentaros la patética escena del huerto de Milán, donde, con la última detonación de la voz misteriosa que combatía en el alma de Agustín, quedó decidida y consumada la victoria³.

7. Mas no debo pasar por alto las maravillosas trazas y, dijéramos, artificios de infinita ternura y suavidad de que se valió el Señor para rendir esta, al parecer, inexpugnable fortaleza del pecho de Agustín, á fin de que, en tanto que campeaba la fuerza de su brazo, no quedase por eso anonadada la acción de la humana libertad. Aquel Dios, tan sabio y bondadoso como omnipotente, dispuso las cosas en esta obra de su diestra del modo que dice el Espíritu Santo por el

¹ Tantæ molis erat romanam condere gentem (*Virg.*, *Aen.* lib. 1).

² Apoc. 3, 12.

³ Conf. lib. 8, cap. 12.

sabio: *con fortaleza y suavidad admirables*¹; fortaleza en la acción decisiva de su gracia y suavidad, en la manera de ir atrayendo y reduciendo al amor del verdadero bien la rebelde y caprichosa voluntad. ¿Quién duda que la conversión del gran San Agustín fué por excelencia la obra de la gracia eficaz y vencedora? ¡Harto había probado el hombre su impotencia! ¡Demasiado claro lo manifestó aquel rayo de sobrenatural claridad que iluminó la mente del ciego, y cerró de repente las llagas del corazón enfermo! Bastaron estas pocas palabras del Apóstol: *Revestíos de nuestro Señor Jesucristo, y no cuidéis de satisfacer los deseos de la sensualidad*², para obrar un cambio completo en aquella alma que tantos años había agonizado inútilmente. Así obra la gracia, y sólo ella, porque es la operación de Dios.... ¿No obró de igual manera en la conversión del Apóstol, postrando á Saulo para levantar á Pablo? ¿Quién no ve la mano del Señor en uno y otro lance? Una ráfaga del cielo los rodea súbitamente³; ambos caen por tierra, ambos son heridos por la voz de Dios, ambos se levantan transformados en hombres nuevos, revestidos de Jesucristo, á cuyo estímulo misericordioso no han podido resistir: *Dura cosa es dar coces contra el aguijón*⁴. Mas, por otra parte, ¿quién no admira la amorosa providencia de aquel Dios que, teniendo en su mano el corazón de su criatura, no quiere trocarlo con violencia sino irlo preparando para la transformación por largas é inescrutables vías, añadiendo toques á toques, gracias á gracias, descubriéndole gradualmente la verdad, esforzando poco á poco su flaqueza, hasta que la

¹ Sap. 8, 1.

² Rom. 13, 14.

³ Act. 9, 3 sqq.

⁴ Ibid. 9, 5.

venta caiga como por sí misma, y la llaga se cicatrice como naturalmente y por la acción del tiempo? He aquí lo que el mismo santo Doctor que, por íntima experiencia, había conocido el maravilloso proceder de la gracia, no acaba de admirar. «Dios, — dice, — va preparando poco á poco la voluntad humana para que abrace el bien; la caridad, débil en un principio, va fortaleciéndose por grados hasta hacerse heroica y perfecta, como la del martirio.»¹ ¡Qué de consejos, qué de ejemplos, qué de remordimientos y amarguras secretas, qué de decepciones, qué de atractivos celestiales no precedieron al triunfo de la gracia en el pecho de Agustín! «¿Cómo obrasteis, Señor, este cambio felicísimo, — habla el Santo con Dios, — sino haciendo que dejase de amar lo que amaba, y empezase á querer lo que Vos queríais?»² «¡Qué dulzura no encontré en la renuncia de mis vanos placeres, yo que tanto había temido el renunciarlos! Mi único placer fué desde entonces entretenerme con Vos, ¡oh Dios y Señor mío! ¡Vos solo fuisteis ya mi gloria, mis riquezas, mis delicias y toda mi felicidad!»³

Y veis aquí, cristianos, cómo la victoria obtenida por la gracia fué completa y decisiva. Agustín pasó, de un salto gigantesco, de pecador á santo. Basta para persuadirlo aquel total desprendimiento de todos los bienes de la tierra, honores, posición, aplausos, que siguió inmediatamente á su conversión; basta recordar aquellas dulcísimas lágrimas que inundaron su rostro en el momento de su bautismo, aquel éxtasis que tuvo en Ostia cuando suavemente departía con su santa madre acerca de las delicias de la vida futura, aquellos incendios de

¹ Epist. ad Sixt.² Conf. lib. 9, cap. 1.³ Ibid.

amor divino en que, neófito aún, se abrasaba ya su corazón....¹ ¡Quién pudiera detener la marcha del discurso para bañar el alma con la suavidad de afectos tan divinos! Pero el tiempo me obliga á pasar adelante, á fin de exponer la no menos pasmosa victoria de la luz del Verbo, *lumen de lumine*, sobre las tinieblas de la humana razón; que tal fué el segundo prodigio obrado en la conversión del mayor ingenio de la antigüedad cristiana.

II.

8. Si la naturaleza se mostraba reducida al último grado de debilidad para el bien en el corazón de Agustín pecador, la inteligencia prodigiosa de aquel hombre parecía haber llegado al más alto punto del saber, desde donde, como de un trono de luz, parecía capaz de descubrir y dominar todos los horizontes de la verdad. ¡Qué ingenio igualó al del Doctor por excelencia! ¿quién poseyó tanta penetración, tanta profundidad, tanta elevación de pensamientos? Y, al mismo tiempo, ¿quién superó á nuestro Santo en ansia de saber y en estudiosidad? ¿qué escuela no frecuentó, qué filósofos y sabios no le fueron familiares? No hay duda: Agustín, todavía catecúmeno, llegó á poseer toda la ciencia adquirida hasta entonces por todos los sabios de oriente y occidente. Y, sin embargo (no lo decimos nosotros, dícelo él mismo) ¿qué era todo aquel tesoro de ciencia puramente humano, acumulado en la vasta capacidad de tan gran talento, sino ignorancia y tinieblas? ¿no ha declamado el Santo en cien pasajes de sus obras contra esta vana ciencia, henchida de vanidad y or-

¹ Conf. lib. 10, cap. 6.

gullo, anatematizada ya por el Apóstol?¹ Porque, en efecto, cristianos, ¿á qué conclusión, no digo ya práctica y pertinente para la felicidad, pero ni aún especulativa, sino cierta y luminosa, había conducido toda esa ciencia al que con tanto afán la cultivaba, sediento de verdad? ¡Ah! ¡qué triste decepción para la orgullosa razón humana! De error en error, á cual más monstruoso y aun extravagante, había llegado Agustín al más desconsolador escepticismo, es decir, al borde del sepulcro de toda ciencia cierta, á dudar por fin de todo, á desesperar de poder saber alguna cosa con certeza. Ése era el dogma de los Pirrónicos; ésa, la última palabra de la filosofía antigua. Y ¿no lo es también de la filosofía novísima? ¿No oímos á los pretendidos sabios del positivismo desdeñar por insolubles en el tribunal de la ciencia los más importantes problemas de la humana razón, los que conciernen al orden espiritual, sobrenatural y eterno? ¿No desdeñan por eso mismo la teología y aun la metafísica, pagados sólo de la experiencia? Hoy, como hace quince siglos, la razón queda ofuscada en sus mismos resplandores, perdiéndose luego en un laberinto de opiniones contradictorias. ¿No habían prometido los corifeos del maniqueísmo, dueños de los secretos maravillosos del oriente, dar al joven filósofo la explicación de aquel intrincadísimo problema del origen del mal y de su coexistencia con el bien? Y ¿qué hicieron, durante nueve años que perteneció á su secta, sino engañarle siempre con vanas palabras y extravagantes quimeras? «Hombres soberbios y artificiosos, para encubrir su falta de luces y su profunda ignorancia, se envolvían en la sombra de una mentida

¹ 1 Cor. 3, 19 et passim.

austeridad. ¡Hipocresía y nada más, á propósito para seducir á las gentes sencillas y engañar á los discípulos de buena fe!»¹ «Tú sabes, — escribía el mismo Santo á Honorato, — que sólo me había yo empeñado en esa secta por la seguridad con que sus jefes prometían á sus adeptos iniciarlos en el conocimiento de Dios y disipar todas sus dudas. Yo renuncié á la religión que se me había enseñado en mi infancia, movido del cargo que se nos hacía á los cristianos de adoptar, arrastrados por la superstición, y contradiciendo á la luz de la razón, lo que llamamos la fe, mientras que entre ellos no se obliga nadie á creer sino lo que, bien examinado, se encuentra ser verdad comprobada con buenas razones. ¿Cómo no habían de seducirme tan halagüeñas promesas?»² ¡Siempre las mismas pretensiones por parte de esa orgullosa y engañadora ciencia, satisfecha de sí misma! ¡Siempre las mismas imputaciones calumniosas contra la fe católica, lo mismo por parte de los herejes que por la de los incrédulos! Entre tanto, los hombres que, aun en medio de sus extravíos, buscan sinceramente la verdad, y con humilde desconfianza de sí mismos la imploran de Aquel que es fuente de luz y de verdad, acaban por echarse en brazos de la fe divina, descorazonados por el hastío de las incertidumbres que encuentran fuera de ella en todas partes. San Agustín, desengañado, reconoció finalmente por único Maestro á Jesucristo³, es decir, á la Sabiduría divina humanada para iluminar á todos los hombres⁴.

¹ Conf. lib. 6, cap. 7.

² Lib. de utilit. credendi, ad Honor.

³ Magister vester unus est Christus (Matth. 23, 8).

⁴ Io. 1, 9.

9. Y ¿sabéis, cristianos, lo que impedía al noble Agustín, como impide á tantas inteligencias distinguidas, descubrir la verdad en la escuela de Jesucristo? Pues, no era sino que carecía de ojos para ver: cegábale la orgullosa confianza de su propia razón, el orgullo de quien firmemente cree que se basta á sí mismo para conocer la verdad. Y este tal no llega á conocerla hasta que no descubre, en el misterio del Verbo Encarnado, la necesidad de humillarse, y en efecto no se humilla profundamente en la presencia de Dios. «La ignorancia de los famosos filósofos de la antigüedad, dice el Santo, proviene de su falta de conocimiento del Verbo de Dios...»¹ «Cierto es que en las obras de Platón se encuentra la divinidad del Verbo, mas no se halla nada de su humildad y de su Encarnación.»² No basta, hermanos míos, contemplar la belleza de las obras de la creación, ni aun es bastante el estudio de las Sagradas Escrituras, para llegar á aquel conocimiento de Dios que disipa plenamente las tinieblas y da paz y hartura al corazón; es preciso adorar con humildad profunda el misterio de la humillación del Verbo, es preciso conocer íntimamente á Jesucristo. Así lo experimentó Agustín, de quien son estas notables palabras: «No teniendo todavía humildad, no podía yo comprender á mi humilde Maestro Jesucristo... porque vuestro Verbo, Señor, que es vuestra eterna verdad, elevado más arriba de cuanto hay de excelente en todas las criaturas, eleva hasta él mismo á todos los que se someten á él, y, después de abatido el orgullo, atráelos así por el amor.»³ Así es como todo nos conduce necesariamente á Jesu-

¹ Conf. lib. 5.² Conf. lib. 7, cap. 9.³ Conf. lib. 7, cap. 18.

cristo, la luz de la razón y la superior ilustración de la palabra divina¹. Todas las Sagradas Escrituras, dice el gran Doctor, no tienen otro objeto que llevarnos á Cristo y enseñarnos la caridad². Desde el momento en que Agustín somete su razón á la fe de Jesucristo, y consiente en ser enseñado por el magisterio de la Iglesia, la victoria de Dios queda completa: el gigante está vencido ¡Gloria á Dios!

III.

10. Ya nada hay, en la criatura, que se oponga á los amorosos designios del Criador; y Agustín perfectamente convertido, hecho un hombre nuevo, según la frase del Apóstol, puede preguntar como otro Saulo: *Señor, ¿qué queréis que haga?*³ Á lo cual el Señor no tarda en contestarle: *Yo te mostraré cuanto debes hacer y padecer por la gloria de mi nombre*⁴. Y en efecto ¿quién, después de los sagrados apóstoles, contribuyó más á glorificar á Jesucristo y á su Iglesia que aquel que mereció los títulos de columna del cristianismo, obispo universal, oráculo del mundo entero, lumbrera mayor para iluminar la marcha de la Iglesia á través de todos los siglos? Y cuenta que no hay aquí exageraciones apasionadas; pues, tratándose de este hombre incomparable, no caben las hipérbolas con que suele explicarse el entusiasmo. Porque, como ha dicho alguien, San Agustín es un hombre aparte, aun entre los santos. Grandes designios tenía Dios sobre esta alma que á tanta costa había conquistado, arrancán-

¹ Primera Carta Pastoral del Ilmo. Sr. D. Fr. Nicolás Casas O. E. S. A., Vic. Apost. de Casanare.² «Del modo de enseñar el Catecismo».³ Act. 9, 6.⁴ Act. 9, 16.

dola de las garras del demonio: *scribam super eum nomen Dei mei et nomen civitatis Dei ...* y ¡ojalá me fuera dado explicarlos con la extensión debida para mostrar cómo supo corresponder á ellos aquel que decía al Señor con ánimo resuelto: «Dá lo que mandas y manda lo que quieras»!¹ Pero esto equivaldría á empezar el panegírico cuando debo darle fin. Me contentaré con epilogar á grandes rasgos las empresas de primera magnitud para las cuales llamó Dios á nuestro Santo, del abismo de obscuridad y corrupción, á la admirable luz del conocimiento de su Verbo.

11. Él debía servir de columna al cristianismo. *Harélo columna en el templo de mi Dios*². Pues ¿qué? ¿Veíase acaso amenazada de ruina la casa del Señor, después que Constantino, el brazo de la Providencia, la había asentado sobre la tierra con toda la solidez que prestaba la autoridad del Imperio Romano, nunca más fuerte y glorioso que en las manos del afortunado vencedor de Majencio? Y, sin embargo, hermanos míos, un siglo después de haber triunfado el cristianismo sobre la idolatría, la Iglesia necesitaba de una gran columna, gigantesca y granítica, como el genio de Agustín, para conservarse en su firmeza: tantos eran los golpes que de todas partes se descargaban contra ella. El paganismo había vuelto á dominar en el imperio por la apostasía de Juliano, renegado levita y acérrimo perseguidor de Cristo y su Iglesia; la ciencia seductora y prestigiosa de Grecia, Oriente y Roma no se daba aún por vencida y retaba á la fe cristiana en la palestra de la razón y de la historia. Por otra parte, enemigos intestinos desgarraban

¹ Da quod iubet et iube quod vis (S. August.).

² Apoc. 3. 12.

el seno de la Madre de los fieles, apoyados en una casi universal decepción y en la violencia más osada: la herejía y el cisma llenábanlo todo de confusión y escándalos. ¿No os parece que la crisis de la Iglesia de Cristo era tremenda? Pues, para colmo de males, desbordábanse ya por todas las provincias del carcomido imperio innumerables hordas de bárbaros del norte. Dios que no abandona jamás la obra de su diestra, destinó, entre todos los Padres y Doctores de aquel siglo, por cierto muy rico en grandes hombres, al Doctor de los Doctores, al obispo de Hipona, para dar el golpe fatal á todos los enemigos de la Iglesia. Al paganismo redivivo lo destroza con la incomparable obra «De la Ciudad de Dios», la más prodigiosa entre todas las obras de la antigüedad, según eminentes críticos modernos. De los veintidós libros ó tratados de que la obra se compone, los diez primeros tienen por objeto poner de manifiesto los absurdos del politeísmo y lo infame de las costumbres paganas, dejando así aplastada para siempre aquella falsa y corruptora religión que no se levantará nunca de sus ruinas. En los doce restantes erige á la verdadera religión de Cristo el más magnífico monumento, basado en la historia sagrada y profana y en las luces de la sana razón ilustrada por la fe. Es la obra maestra del ingenio y de la verdadera sabiduría cristiana, bastando decir que no hay cuestión de dogma, de moral, de metafísica, controversia y crítica, que allí no quede discutida, profundizada, resuelta sobre sólidos y luminosos principios. El gran Bossuet la tomó por guía y modelo en su tan admirado «Discurso sobre la historia universal». Me veo obligado á callar las demás obras del Santo en que pulverizó los sofismas de los heterodoxos que, falseando

las puras doctrinas del cristianismo, pervertían las inteligencias con extravagantes pero muy contagiosos errores, ya sobre la persona adorable de nuestro Señor Jesucristo, como los arrianos, ya sobre la autoridad de la Iglesia, como los cismáticos donatistas, ya sobre el poder de la humana voluntad, como los pelagianos, ya, en fin, sobre otros muchos puntos, como los famosos maniqueos, los apolinaristas y cien otros. Los innumerables y sapientísimos escritos del Santo serán eternamente el arsenal de todas armas adonde irán á proveerse los apologistas y los oradores sagrados.

12. No contento el hombre escogido por Dios para ser grande¹, con derramar torrentes de luz, ya de su docta pluma, ya de su elocuentísima boca, debía también edificar al mundo entero, á la Iglesia de África y á todas las Iglesias, con hechos gloriosísimos y ejemplos de las más altas virtudes. Fué un monje santísimo, un apóstol lleno de caridad y celo, un obispo cual lo describe el Doctor de las naciones. Inmensos y no menos felices fueron sus trabajos para convertir idólatras, reducir sectarios, reconciliar cismáticos, evangelizar pobres, adoctrinar ignorantes, santificar almas de toda condición y estado. Ni fueron menores las penalidades de su largo y laborioso apostolado, habiendo tenido que ser blanco incesante de todo género de adversidades, tiros y persecuciones.

13. ¿Qué faltaba después de esto á la gloria de Agustín, digo mal, á la gloria que el Criador quería recoger por trofeo de la victoria alcanzada sobre su criatura? Nada sino que proyectara los fulgores de su santidad y de su ciencia hasta los últimos confines de

¹ Matth. 5, 16.

la tierra; y fué así que Agustín, patriarca de infinita descendencia, vinculó su generoso espíritu en una familia religiosa que, á través de quince siglos, ha venido dilatando sus empresas para la gloria del Criador, honor de Jesucristo y lustre de su Iglesia. ¿Qué digo, una? Cincuenta órdenes regulares veneran á San Agustín por Padre y le aclaman Maestro y Guía en la senda de la perfección, descollando, eso sí, entre todas las venerables órdenes agustinianas la de Ermitaños ó Recoletos de San Agustín. ¡Quién pudiera en este día abrillantar la corona del Padre haciendo el recuento de los méritos de sus esclarecidos hijos! ¡Quién pudiera ensalzar la nobleza y antigüedad de su abolengo, sus excelsas virtudes que han poblado de santos el cielo, y la tierra de apóstoles, los relevantes servicios prestados á la religión y á la sociedad en el sostenimiento y dilatación de la fe y de la civilización en ambos mundos, los laureles segados en el campo de las ciencias sagradas y hasta en la profana literatura, en cuyos fastos brillan nombres tan ilustres como el del inmortal Fray Luis de León! Pero, ya que ni el tiempo ni mis escasas luces me permiten espaciarme en exornar sus glorias, apelo á la Iglesia entera que muy alto las proclama, á la América que las atestigua, á Colombia que está llena de ellas... Á la gloriosa historia de la antigua provincia de Nuestra Señora de la Candelaria, casi extinguida por la calamidad de los tiempos, sucede ya otra era no menos gloriosa, inaugurada pocos años hace en esta sociedad tan favorecida por los hijos del gran Padre San Agustín. Á los apóstoles que regaron con sangre los campos del Urabá, siguen ya los misioneros del Casanare, dispuestos á fecundar con la suya aquellos dilatadísimos llanos que ya empezaron á em-

parar con el sudor de sus frentes apostólicas. Dos dignísimos prelados, cuyas egregias prendas callaré por no ofender su modestia, don de la siempre generosa España, conságranse uno en pos de otro, á la cabeza de sus abnegados hermanos, á la evangelización de aquellas miserables tribus todavía sepultadas en las sombras de la superstición, y á la moral cultura de tantas desventuradas gentes que allí mismo vegetan en la ignorancia y en el vicio. Entre tanto sus celosos compañeros de misión atienden con solícito esmero á prodigar en las grandes ciudades, con las luces de su inteligencia, todos los consuelos de la religión. ¡Gracias sean dadas al Dador de todo bien! ¡Plegue á Dios que á tan glorioso pasado corresponda un más venturoso porvenir; y que á todos nos alcance el Doctor de la gracia la que necesitamos para seguir sus brillantes pisadas en la tierra y compartir en el cielo los laureles de su inmortal victoria! Así sea.

PANEGÍRICO DE SAN ANTONIO DE PADUA

(predicado en la parroquia de San Pedro, Bogotá, 1895).

El Apóstol de la Edad Media por la predicación y los milagros.

Fuit vir potens in opere et sermone.
Fué un varón prepotente en obras y en palabras.
Luc. 24, 19.

1. ¿Qué hombre es éste, amados fieles, á quien todo el orbe católico aclama con nunca entibiado entusiasmo, á quien todos invocan, cuyos milagros publican todos á porfía, simpático á los mismos que menos se precian

de devotos? *Quis est hic, et laudabimus eum?*¹ diré con el Eclesiástico, deseoso de tributar el merecido encomio á un varón tan famoso como santo y obrador de maravillas: *Fecit enim mirabilia in vita sua*²; y, no sólo durante el corto tiempo que holló la tierra, sino después que la trocó por la vida gloriosa de los bienaventurados, según lo atestiguan á una sola voz todos los siglos y naciones. ¿Quién es éste, hermanos míos, á quien hoy mismo tributáis el homenaje de vuestros piadosos cultos, sino el grande, el admirable y amabilísimo San Antonio de Padua, «*fama super aethera notus*», como decía el poeta profano³: conocido por su fama más allá de las estrellas?

2. ¿Cuál es, empero, cristianos, la base y fundamento de tan bien sentada nombradía, y, por lo tanto, del elogio que hoy debemos tributar á nuestro Santo? Nada menos que aquello que los discípulos de Emmaús atribuían al Mesías, á aquel Jesús cuya resurrección no acababan de creer: *Fuit vir potens in opere et sermone*⁴: Fué un varón prepotente en obras y en palabras. Admiróle la edad media y todavía le admira el siglo XIX. Grande en la predicación, lo fué aun más en la dispensación de los tesoros de la omnipotencia, puestos, al parecer, en sus manos. Y por uno y otro título, verdadero Apóstol de Jesucristo, sal de la tierra y lumbrera del mundo⁵. La predicación y los milagros: veis aquí, hermanos en Jesucristo, dos caracteres verdaderamente apostólicos, los cuales colocan á nuestro Santo en el más alto grado de veneración á que puede ascender un hombre en la Iglesia de Dios. Porque, en

¹ Eccli. 31, 9.

² Ibid.

³ Virgil., Aen. 1, 383.

⁴ Luc. ubi supra.

⁵ Vos estis sal terræ (Matth. 5, 13).

parar con el sudor de sus frentes apostólicas. Dos dignísimos prelados, cuyas egregias prendas callaré por no ofender su modestia, don de la siempre generosa España, conságranse uno en pos de otro, á la cabeza de sus abnegados hermanos, á la evangelización de aquellas miserables tribus todavía sepultadas en las sombras de la superstición, y á la moral cultura de tantas desventuradas gentes que allí mismo vegetan en la ignorancia y en el vicio. Entre tanto sus celosos compañeros de misión atienden con solícito esmero á prodigar en las grandes ciudades, con las luces de su inteligencia, todos los consuelos de la religión. ¡Gracias sean dadas al Dador de todo bien! ¡Plegue á Dios que á tan glorioso pasado corresponda un más venturoso porvenir; y que á todos nos alcance el Doctor de la gracia la que necesitamos para seguir sus brillantes pisadas en la tierra y compartir en el cielo los laureles de su inmortal victoria! Así sea.

PANEGÍRICO DE SAN ANTONIO DE PADUA

(predicado en la parroquia de San Pedro, Bogotá, 1895).

El Apóstol de la Edad Media por la predicación y los milagros.

Fuit vir potens in opere et sermone.
Fué un varón prepotente en obras y en palabras.
Luc. 24, 19.

1. ¿Qué hombre es éste, amados fieles, á quien todo el orbe católico aclama con nunca entibiado entusiasmo, á quien todos invocan, cuyos milagros publican todos á porfía, simpático á los mismos que menos se precian

de devotos? *Quis est hic, et laudabimus eum?*¹ diré con el Eclesiástico, deseoso de tributar el merecido encomio á un varón tan famoso como santo y obrador de maravillas: *Fecit enim mirabilia in vita sua*²; y, no sólo durante el corto tiempo que holló la tierra, sino después que la trocó por la vida gloriosa de los bienaventurados, según lo atestiguan á una sola voz todos los siglos y naciones. ¿Quién es éste, hermanos míos, á quien hoy mismo tributáis el homenaje de vuestros piadosos cultos, sino el grande, el admirable y amabilísimo San Antonio de Padua, «*fama super aethera notus*», como decía el poeta profano³: conocido por su fama más allá de las estrellas?

2. ¿Cuál es, empero, cristianos, la base y fundamento de tan bien sentada nombradía, y, por lo tanto, del elogio que hoy debemos tributar á nuestro Santo? Nada menos que aquello que los discípulos de Emmaús atribuían al Mesías, á aquel Jesús cuya resurrección no acababan de creer: *Fuit vir potens in opere et sermone*⁴: Fué un varón prepotente en obras y en palabras. Admiróle la edad media y todavía le admira el siglo XIX. Grande en la predicación, lo fué aun más en la dispensación de los tesoros de la omnipotencia, puestos, al parecer, en sus manos. Y por uno y otro título, verdadero Apóstol de Jesucristo, sal de la tierra y lumbrera del mundo⁵. La predicación y los milagros: veis aquí, hermanos en Jesucristo, dos caracteres verdaderamente apostólicos, los cuales colocan á nuestro Santo en el más alto grado de veneración á que puede ascender un hombre en la Iglesia de Dios. Porque, en

¹ Eccli. 31, 9.

² Ibid.

³ *Virgil.*, Aen. 1, 383.

⁴ Luc. ubi supra.

⁵ Vos estis sal terræ (Matth. 5, 13).

efecto, la palabra y la acción, en el grado que las poseyó San Antonio, constituyen la base de toda gloria no solamente humana sino también divina. Los hombres corren desalados tras el brillo de una palabra elocuente y arrebatadora; Demóstenes ve apiñarse en torno de su tribuna á todo el pueblo griego; Cicerón es aclamado rey de la elocuencia por el pueblo romano: ¿qué mucho que un San Pablo, dotado de más que humana elocuencia, de la virtud del espíritu de Dios que hace vibrar su lengua, desconcierte al pueblo de Atenas, y ponga en admiración á los sabios del Areópago? La elocuencia de los apóstoles sobrepuja infinitamente á la de los oradores, que no cuentan con otra fuente de inspiración que la del humano ingenio; y de ahí que los resultados de aquella sean infinitamente más portentosos que los de ésta. Pues ¿qué, si á la predicación se agrega el poder de hacer milagros, y de ejecutarlos con tanta frecuencia y naturalidad, como si el taumaturgo fuese dueño de la naturaleza? Pues tal aparece en el cuadro de la historia el glorioso San Antonio de Padua, como paso á demostraros, haciéndoos ver: 1.º en su predicación evangélica, la oportunidad y la eficacia; y 2.º en sus milagros, la autenticidad y la extraordinaria grandeza. Imploramos, etc. *Ave María.*

I.

3. No hay, ni puede haber verdadera elocuencia sin la dote de la oportunidad, porque es preciso que la palabra de persuasión se adapte al carácter del auditorio, á las circunstancias de lugar y tiempo y demás que rodean al orador, y, principalmente, á las necesidades que la palabra tiene por objeto remediar. Estas observaciones se aplican con especial razón á la elo-

cuencia sagrada, á la predicación verdaderamente apostólica, que es el grande y sublime ministerio confiado por Jesucristo á sus representantes y lugartenientes sobre la tierra: *Predicad el Evangelio á toda criatura.... Id y enseñad á todas las naciones....*¹ Este santo y glorioso ministerio era el que aspiraba á consumir el Apóstol antes de terminar su carrera, cuando decía á los presbíteros de Éfeso: *Nada temo, con tal de llenar el ministerio de la palabra que recibí del Señor Jesús*.² Éste fué también el encargo que parece haber recibido de lo alto el bienaventurado Antonio por medio de los superiores que lo destinaron, apenas ordenado, al delicado empleo de la predicación. Y ¿cuándo era ésta más oportuna y necesaria que en aquellos principios del siglo XIII, época bien caracterizada en la historia, así por grandes defectos, como por notables cualidades? Preciso se hace, amados oyentes, dar una ojeada sobre la índole y circunstancias de aquel tiempo para apreciar debidamente la oportunidad de la predicación del Apóstol franciscano en la edad media.

4. ¿Cuál era, hermanos míos, el carácter del siglo XIII? Era aquélla, sin duda, una época de efervescencia en los espíritus, y de consiguiente agitación social. La opresora barbarie de los cinco siglos precedentes estaba todavía muy lejos de desaparecer por completo. Las costumbres se habían ido suavizando poco á poco, pero aún restaba mucho de la ferocidad de las razas conquistadoras, y el espíritu guerrero dominaba aún por todas partes. Gracias á la épica expedición de las Cruzadas, aquella efervescencia, aquella necesidad de pelear y devastar tuvo un provechoso desahogo, una expansión

¹ Matth. 28, 19.² Act. 20, 24.

providencial que, al paso que aligeró á Europa, de una parte de peso peligroso, atrajo del fondo del Oriente mil nuevos elementos de bienestar material y moral. Pero en Europa, especialmente en Italia, dividida por el feudalismo ó gobierno de pequeños tiranos, ardía en todas partes el fuego del odio y la discordia, ensangrentando pueblos y ciudades. La orden seráfica vino entonces á prestar incalculable servicio á la causa de la paz pública, de la moralidad y de la civilización. Y uno de los más insignes representantes del espíritu de San Francisco, si no el más notable de aquel tiempo, fué el joven Fernando de Lisboa, convertido en Fray Antonio de Padua. El mismo Seráfico Patriarca le da sus instrucciones, creándole predicador y maestro de las ciencias sagradas. Pero, sobre todo, le infunde su espíritu. Revestido de humildad y caridad, virtudes distintivas del Cordero y Serafín de Asís, Antonio se lanza á las plazas y calles de las más populosas ciudades, y en todas partes hace resonar el grito apostólico de «Penitencia». Como el apóstol San Pedro á los compungidos judíos, Antonio va clamando á todo género de pecadores: *Haced penitencia*¹. Y era realmente el tema oportunísimo, por cuanto sólo la compunción podía reprimir los arranques de aquellos corazones indómitos, y dar siquiera alguna tregua á los desmanes, violencias y matanzas que todo lo infestaban. ¿Qué otro freno podía emplearse por entonces más fuerte y eficaz que el terror de las divinas justicias? Por eso Antonio predica las verdades eternas, amenaza con la ira de Dios á aquellas gentes desalmadas, estremece con voz de trueno á los más osados tiranos, confunde con admirable ener-

¹ *Pœnitentiam agite* (Act. 2, 38).

gía á los herejes más protervos. Una vehemencia semejante á la de Pablo¹ es el rasgo distintivo de la predicación de San Antonio. Escúchanle, no sólo Padua, Venecia, Roma, Milán y casi toda Italia, sino también gran parte de Francia, Alemania y Portugal. Sentíase en todas partes la misma necesidad de una predicación viva, sencilla, vehemente, apostólica: *non in persuasibilibus humanæ sapientiæ verbis, sed in ostensione spiritus*². Pero ¿en qué tiempo, hermanos míos, no ha sido oportuno y necesario este linaje de predicación? Y ¿no lo será en nuestro siglo, aunque de carácter tan distinto del siglo de las Cruzadas? ¡Ah, mis amados hermanos! Si entonces la barbarie y la ferocidad, hoy la molicie y el refinamiento de las costumbres amenazan hundir la moral y la sociedad en un abismo de fango y aun de sangre. ¡Plugüera al Cielo enviar al mundo un nuevo Antonio, ya para confundir á los incrédulos, ya para reducir á penitencia á tantos adormecidos pecadores!

5. Porque nada era capaz de resistir á la fuerza prodigiosa de la palabra de San Antonio de Padua. ¡Quién dirá los resultados de aquella predicación maravillosa! Herejes contumaces reducidos á la fe, pecadores públicos convertidos, criminales movidos á verdadera penitencia, santas obras instituídas por doquiera: ved ahí algunos de los efectos de la predicación de San Antonio. «Éste es un nuevo Elías, dice un orador sagrado³, que lo muda todo, lo puede todo, lo vence todo. La indigencia se socorre, la avaricia se destierra, la usura se sepulta, la venganza cesa, la ambición se

¹ 1 Cor. 2, 4. ² *Ibid.*

³ *Fortea*, Panegír. de San Ant.

desconoce, la piedad triunfa, la virtud reina, la gracia obra.... Á su predicación se seguían frutos copiosísimos, extraordinarios, admirables.» ¿Qué mucho, sin embargo, hermanos míos, si Dios mismo se encargaba de recomendarla, acreditándola con los más estupendos milagros que se vieron jamás en este género; si él mueve á los pájaros del cielo, á los peces del mar y á las fieras de los montes á oír al predicador evangélico que desoyen los hombres extraviados? ¿Qué mucho, si Francisco, apareciendo en el aire en el Capítulo general de Arles, bendice á su hijo Antonio y aprueba su palabra; si de la boca del santo predicador se ven salir llamas; si su voz adquiere una extensión evidentemente milagrosa; si, en fin, para confirmar su palabra, reverdece y da frutos repentinamente una vid muerta?

6. Pero lo que más contribuyó á la eficacia de la predicación de San Antonio, fué la índole evangélica de aquella palabra inspirada é inflamada del Espíritu de Dios. ¿Sabéis, hermanos míos, cuál es la nota que distingue esencialmente la palabra divina, de la palabra humana? Pues no es otra sino que ésta es la expresión de los juicios, miras y sentimientos del hombre, mientras aquélla es la expansión del Espíritu de Dios que habita en el corazón del Apóstol y lo llena de caridad. *La caridad de Dios se ha difundido en nuestros corazones*, decía el Apóstol, *por el Espíritu Santo que se nos ha dado*¹. *Esta caridad*, como fuego divino, nos pone en movimiento, *nos acosa*². Y, al paso que la ciencia hincha y desvanece, *la caridad edifica*³. Por

¹ Rom. 5, 5.

² Charitas enim Christi urget nos (2 Cor. 5, 14).

³ 1 Cor. 8, 1.

eso sucede que la oratoria pomposa de los hombres casi nada edifica de provecho, si ya no es que destruya y desbarate, desvaneciéndose las bellas palabras como ráfagas de humo que disipa el viento; al paso que la elocuencia apostólica ha fundado sobre la tierra y sostiene todo lo grande y excelente que brilla hasta hoy, y brillará siempre en materia de moral y de costumbres. Tal fué, sin duda, la predicación del Apóstol de Padua. Era el desahogo espontáneo de un celo ardentísimo por la gloria de Dios y la salvación de las almas. ¿Qué otro móvil podía agitar aquella lengua, instrumento privilegiado del Espíritu de Dios? ¿Lengua de fuego, que ha merecido la incorruptibilidad, al cabo de más de seis siglos! Ni ¿qué otra cosa que la gloria divina podía ambicionar aquel corazón generoso que había codiciado tan de veras el martirio entre los bárbaros de Marruecos, sacrificadores de apóstoles? Antonio no respiraba sino la gloria de Jesucristo, la caridad, el desinterés, el desprecio de las vanidades del mundo. Verdadero discípulo amado del gran amador de la pobreza, Francisco, Antonio podía afirmar como el apóstol San Pablo: *Vestem nullius concupiui*¹: No he codiciado un hilo de la ropa de ninguno. *Non quero vestra, sed vos*², porque no busco vuestros bienes, sino vuestras almas para Dios. Ved ahí lo que imprimía aquella eficacia irresistible á la predicación de nuestro Santo. Por duros y fríos que sean los corazones humanos, no pueden menos de ceder al golpe del amor y abrasarse á los ardores de una caridad seráfica. Ahí tenéis, amados oyentes, los rasgos principales de aquella predicación, sostenida visiblemente por el cielo

¹ Act. 20, 33.

² 2 Cor. 12, 14.

con el poder de los milagros. Pasemos á considerar la grandeza de éstos en la segunda parte.

II.

7. Pero, ante todo, conviene premunir el espíritu contra los asaltos de la incredulidad que pudiera salirnos al paso para disputarnos la autenticidad de tan famosas maravillas. No es el presente siglo escéptico favorable á la creencia en hechos sobrenaturales, á pesar de que, para vencer su calculada resistencia, la Providencia divina hace brillar hoy mismo lo sobrenatural á los ojos de todo el universo con resplandores deslumbrantes: *Quod parasti ante faciem omnium populorum: lumen ad revelationem Gentium*¹. Bastaría citar los hechos demasiado notorios y científicamente comprobados de Lourdes, Campo-Cavallo, Rímíni, Nueva York², y tantos otros. En cuanto á nosotros los católicos, la autenticidad de los milagros del celeberrimo taumaturgo no ofrece dificultad mayor que la bien acreditada de los milagros de todos los siglos, incluso el presente, que pretende rechazarlos sin apelación, á nombre de la ciencia. ¡Vana pretensión, hermanos míos! Basta decir que ha escollado la pretendida negación científica contra la fe del género humano que sigue y seguirá creyendo en Dios y en el milagro, como en la Iglesia y en el dogma incomprendible. Y sigue creyendo por la fuerza del simple buen sentido, ó sea, del sentido común de la naturaleza racional.

¹ Luc. 2, 31 y 32.

² Milagros obrados por la reliquia de Santa Ana en Nueva York, en 1892 y 1893, á la vista de millares de testigos.

8. En efecto, para dar crédito á los milagros de la historia basta reconocer dos principios tan evidentes como decisivos: la posibilidad absoluta del milagro, y su oportunidad en determinadas circunstancias y ocasiones. Basta saber y reconocer que Dios, autor y ordenador de la naturaleza y soberano árbitro de sus leyes, puede suspender los efectos de éstas, si le place, y que, en hecho de verdad, los ha suspendido cuando así parecían exigirlo los intereses de su gloria, esto es, la confirmación de la verdad ó el reconocimiento de la Providencia en los sucesos humanos. *Signa infidelibus sunt, non fidelibus*, decía con magistral criterio San Gregorio Magno¹, *et hæc necessaria in exordio Ecclesie fuerunt*, para que la fe cristiana pudiese arraigarse entre los hombres. Y por analogía podemos deducir que también son necesarios los milagros en épocas de incredulidad, como la nuestra, ó de obstinadas herejías y de profunda ignorancia, como en el siglo XIII, cuando los valdenses, los albigenses, los sacramentarios y otros muchos inficionaban la Francia y la Italia con monstruosas doctrinas y prácticas abominables. He ahí por qué San Antonio se hace oír de las aves y los peces, para suscitar la admiración y hacer entrar dentro de sí aquellas turbas fanáticas, incapaces de ceder á otro género de enseñanza. He ahí lo que mueve á nuestro Santo á hacer adorar por una bestia hambreada la sagrada Hostia, no siendo posible obligar al heresiarca á reconocer por los medios ordinarios de la convicción la presencia real de Jesucristo en la Venerable Eucaristía. ¡Pero tales hechos son inverosímiles, evidentemente fabulosos! exclama la crítica moderna por el

¹ Greg., Hom. 29 in Evang.

órgano de los racionalistas. ¿Nos queréis comulgar con ruedas de molino? ¿Hemos de dar crédito á tales patrañas al final del siglo XIX? ... Poco á poco, amados míos: si á estos hechos los llamáis imposibles, por tales habréis de rechazar tantos otros semejantes contenidos en la Biblia: el detenimiento del Sol á la orden de Josué, la palabra de la burra de Balam, el paso del Mar Rojo, etc., y, en tal caso, *inanis est fides nostra*¹. ¿Adónde va á parar vuestra negación sino á la destrucción radical de toda religión revelada, á la ruina completa del cristianismo? Si queréis ir tan lejos, abandonad de una vez las filas de la Iglesia, renegad de lo sobrenatural, quedaos con vuestra sola y desnuda razón. Nosotros nos quedamos en el campo de la fe: seguimos creyendo en el poder de Dios que hace milagros² por sí mismo ó por medio de sus santos.

9. Y, para tener por ciertos los del gran taumaturgo San Antonio de Padua, nos bastaría, además del testimonio histórico contemporáneo, la fe universal del mundo católico no desmentida ni resfriada desde el XIII hasta el ya casi expirante siglo XIX. ¿Cómo ha podido formarse, no ya en un solo país del mundo civilizado y cristiano, sino en todos los países que baña el sol del cristianismo, desde el oriente al occidente, lo mismo en Europa que en América, esta poderosa opinión pública que aclama á San Antonio el santo milagroso por excelencia? Si buscas milagros, acude á San Antonio, á quien la muerte misma acata y obedece, como reza el conocido Responsorio: *Si queris miracula...* Millones de hombres sensatos é ilustrados no se engañan, durante el curso de seiscientos años, creyendo

¹ 1 Cor. 15, 14.² Dan. 6, 27.

taumaturgo al que no hubiera sido más que ilusor ó charlatán. Yo descanso tranquilo en la fe de tantos testigos fidedignos, apoyado sólidamente en cien hechos de actualidad, que tienen todos los visos de milagrosos ó preternaturales.

10. Recordemos aquí para gloria del Omnipotente, honor de nuestro Santo y confusión de la incredulidad, algunos de aquellos que obraba San Antonio, en cumplimiento de las promesas del mismo Señor Jesús á sus apóstoles¹ y aún á los simples creyentes. En Ferrara libra á una energúmena de la posesión diabólica: *dæmonia eiicient*; en Tolosa y Rímini hace saludable el veneno que le propinan los herejes: *si mortiferum quid biberint, non eis nocebit*; en Limoges, Montpellier y Lisboa multiplica su presencia, cantando en el coro y predicando en el púlpito simultáneamente; en Padua cura leprosos, conserva ileso á un niño entre los vapores de una hirviendo caldera, multiplica el vino y el aceite, derriba en tierra con solo su palabra á una turba de asesinos, calma furiosas tempestades, restituye miembros cortados del cuerpo; en Gerona, Cracovia, Brescia, Milán, Bruselas y otras partes obra repetidas curaciones: *super agros manus imponent et bene habebunt*. Para decretar su canonización, á poco de muerto, Gregorio IX aprueba solemnemente diez y nueve milagros de diferentes especies: paráliticos curados, ciegos, sordos, mudos que recobran el uso de sus sentidos, muertos que vuelven á la vida. *Qualis est hic*, diremos aquí como en otro tiempo los atónitos judíos, *quia venti et mare obædiunt ei?*² Éste es el humilde Antonio de Padua; á quien Dios ha querido hacer instrumento de su sabiduría y

¹ Io. 14, 12. Marc. 16, 17.² Matth. 8, 27.

de su omnipotencia: éste, el Arca de la Alianza, como le apellidó Gregorio IX, arca llena de tesoros de santidad, más admirables aún que sus milagros.

II. En efecto, hermanos en el Señor: por grandes que sean las obras de nuestro Santo, «varón poderoso en obras y palabras», mayor que todas es él mismo, siendo el prodigio de su santidad el más admirable de todos sus prodigios. Para no hablar más que de su sabiduría, tan excelente fué que le mereció la borla de primer Doctor de la Orden Seráfica, habiendo sido nombrado para leer la sagrada teología por el mismo Patriarca San Francisco. Fué, pues, la raíz gloriosa de donde brotaron aquellos robustos árboles de la ciencia sagrada que se llamaron Buenaventuras, Escotos, Okamos, Bernardinos de Sena, y otros mil. Mas ¿qué diremos de su altísima contemplación; qué, de su angélica pureza; qué, de su celo por la estrecha disciplina regular; qué, finalmente, de aquellas insignes virtudes cuyo brillo fué tan deslumbrante que, apenas muerto, le merecieron el sublime honor de los altares? Un mes después de su tránsito pídese ya con instancia su canonización; y, confirmada con prodigios del cielo la aclamación de todo el universo, Gregorio IX le decreta en Espoleto los supremos honores de la Iglesia. Su carrera no excedió de treinta y seis años, y llenó el mundo y los siglos con la celebridad de su nombre y de sus hechos, admiración, no sólo de los pueblos, sino de los más ilustres sabios. Pero lo que más encanta, lo que da la medida de la grandeza cristiana y sobrenatural del bienaventurado Antonio de Padua, es su simpática figura de niño, dulce, puro, encantador con ser gigante de virtud y poder sobre toda la naturaleza. ¿Quién sino Dios pudo fundir en uno dos tipos al parecer tan opues-

tos, el del candor y el de la entereza varonil? Pero ¿no es el mismo Jesucristo quien los ha juntado primero en su persona? ¿no es quien ha dado esta sentencia: *Si no os hicieréis como niños, no entraréis en el reino de los cielos*¹? ¡Ah! ¡qué bello es el carácter de nuestro Santo, radiante de eterna juventud! Ni podría envejecer aquel hombre á cuyo carácter, dulce al par que vigoroso, parecía no cuadrar la austeridad de la vejez. Y ¿por qué escoge, para aparecérselo Jesús, la figura de niño? ¿no hay aquí misteriosas y arrebatadoras simpatías? ¡El Niño Dios jugando con el niño Antonio! ¡Qué tratos, mejor diré, qué raptos aquéllos tan deliciosos! ¡qué espectáculo para la emulación de los mismos ángeles del cielo! ¡Cómo aspira Jesús con inefable gozo la fragancia de aquel lirio que estrecha Antonio contra el pecho! ¡Es el lirio de los valles², que se regala entre los lirios³! Dejad al bendito Antonio disfrutar anticipadamente de los goces purísimos de la bienaventuranza, y reconoced una vez más la grandeza de ese coloso de la gracia.

12. Entre tanto acojámonos con nuevo ardor y confianza al amparo poderoso de su protección. San Antonio será siempre nuestro especialísimo patrono. Á él acudiremos en nuestras necesidades, en nuestras horas de angustia, en nuestras pérdidas, como al padre cariñoso, como al amigo fidelísimo y confidente de todas nuestras penas. Él participará también de nuestras alegrías de familia: será, como Rafael para Tobías, compañero de nuestra peregrinación sobre la tierra. Y después de haberle amado y honrado en este mundo, podemos prometernos, mediante la imitación de sus

¹ Matth. 18, 3.² Cant. 2, 1.³ Ibid. 6, 2.

virtudes y la eficacia de su valimiento, llegar algún día á participar de su gloria en el reino de los cielos. Así sea.

PANEGÍRICO DE LAS LLAGAS DE
SAN FRANCISCO

(predicado en la iglesia de la Tercera, Bogotá, 1896).

El Mártir del amor de Cristo.



Ego enim stigmata Domini Iesu in corpore meo porto.

Porque yo llevo en mi cuerpo las llagas de mi Señor Jesucristo.

Gal. 6, 17.

1. Cosa tan admirable y estupenda como la impresión de las sagradas Llagas del Redentor en el cuerpo de un hombre, no podía menos de excitar en la Iglesia la más viva admiración, y causar impresión profundísima en el corazón de la humanidad. De aquí el origen, bien justificado, de la fiesta que, por decreto de Paulo V, celebra en este día la universal Iglesia, simpatizando noblemente con la ilustre y venerable familia franciscana. Pues ¿quién no admirará tan rara maravilla de la diestra del Altísimo? ¿á quién no llenará de asombro, al par que de ternura, la sencilla cuanto sublime narración del prodigio del monte Alvernia, referida por el sabio y devotísimo San Buenaventura? ¿No parece la página del Doctor Seráfico en que nos pinta las visiones del Horeb franciscano, una página de las Sagradas Letras, escrita por el dedo de un ángel, según es el candor y la ardorosa piedad que respira? Vosotros, dilectísi-

mos oyentes, la sabéis de memoria, pues inmemorial es ya en este templo el culto de las llagas del Seráfico Patriarca; por eso excuso relatarla de nuevo. Por lo demás, el arte cristiano la ha puesto á la vista del mundo entero en magníficos lienzos, y vosotros habéis podido extasiaros en ellos millares de veces.

2. Reconocida como indubitable la autenticidad del suceso, así por el testimonio fidedigno de la historia, que no de la leyenda, como, y más todavía, por el peso de la autoridad pontificia que lo abona, mi atención se fija en lo que creo de mayor importancia para mí, para vosotros, para el género humano todo entero: es á saber, en la significación del prodigioso acontecimiento, y su alcance y trascendencia en la vida de la sociedad cristiana. ¿Qué significa, en efecto, hermanos míos, la impresión de las Llagas de Jesucristo en las manos, pies y costado del fidelísimo siervo y ministro de Dios, Francisco de Asís? ¿qué ha de significar sino el martirio del amor, la crucifixión de la carne en la cruz de la caridad? «Entendió — dice el citado San Buenaventura¹ — por aquella forma de serafín crucificado, que, no con martirios corporales, sino con los incendios del espíritu, debía él transformarse en imagen y semejanza de Cristo crucificado.» He aquí lo que hace del prodigio inaudito de los sagrados estigmas un título incomparable de gloria para el gran Santo á quien sólo faltaba este rasgo para quedar transformado en la *vera effigies* del Crucificado. He aquí lo que más poderosamente inclinó el ánimo del gran Pontífice Gregorio IX, como él mismo lo asegura², á inscribirle, apenas muerto,

¹ S. Bonav. in Legenda S. Franc. cap. 13.

² Greg. IX bull. «Seraphim volabant».

virtudes y la eficacia de su valimiento, llegar algún día á participar de su gloria en el reino de los cielos. Así sea.

PANEGÍRICO DE LAS LLAGAS DE
SAN FRANCISCO

(predicado en la iglesia de la Tercera, Bogotá, 1896).

El Mártir del amor de Cristo.



Ego enim stigmata Domini Iesu in corpore meo porto.

Porque yo llevo en mi cuerpo las llagas de mi Señor Jesucristo.

Gal. 6, 17.

1. Cosa tan admirable y estupenda como la impresión de las sagradas Llagas del Redentor en el cuerpo de un hombre, no podía menos de excitar en la Iglesia la más viva admiración, y causar impresión profundísima en el corazón de la humanidad. De aquí el origen, bien justificado, de la fiesta que, por decreto de Paulo V, celebra en este día la universal Iglesia, simpatizando noblemente con la ilustre y venerable familia franciscana. Pues ¿quién no admirará tan rara maravilla de la diestra del Altísimo? ¿á quién no llenará de asombro, al par que de ternura, la sencilla cuanto sublime narración del prodigio del monte Alvernia, referida por el sabio y devotísimo San Buenaventura? ¿No parece la página del Doctor Seráfico en que nos pinta las visiones del Horeb franciscano, una página de las Sagradas Letras, escrita por el dedo de un ángel, según es el candor y la ardorosa piedad que respira? Vosotros, dilectísi-

mos oyentes, la sabéis de memoria, pues inmemorial es ya en este templo el culto de las llagas del Seráfico Patriarca; por eso excuso relatarla de nuevo. Por lo demás, el arte cristiano la ha puesto á la vista del mundo entero en magníficos lienzos, y vosotros habéis podido extasiaros en ellos millares de veces.

2. Reconocida como indubitable la autenticidad del suceso, así por el testimonio fidedigno de la historia, que no de la leyenda, como, y más todavía, por el peso de la autoridad pontificia que lo abona, mi atención se fija en lo que creo de mayor importancia para mí, para vosotros, para el género humano todo entero: es á saber, en la significación del prodigioso acontecimiento, y su alcance y trascendencia en la vida de la sociedad cristiana. ¿Qué significa, en efecto, hermanos míos, la impresión de las Llagas de Jesucristo en las manos, pies y costado del fidelísimo siervo y ministro de Dios, Francisco de Asís? ¿qué ha de significar sino el martirio del amor, la crucifixión de la carne en la cruz de la caridad? «Entendió — dice el citado San Buenaventura¹ — por aquella forma de serafín crucificado, que, no con martirios corporales, sino con los incendios del espíritu, debía él transformarse en imagen y semejanza de Cristo crucificado.» He aquí lo que hace del prodigio inaudito de los sagrados estigmas un título incomparable de gloria para el gran Santo á quien sólo faltaba este rasgo para quedar transformado en la *vera effigies* del Crucificado. He aquí lo que más poderosamente inclinó el ánimo del gran Pontífice Gregorio IX, como él mismo lo asegura², á inscribirle, apenas muerto,

¹ S. Bonav. in Legenda S. Franc. cap. 13.

² Greg. IX bull. «Seraphim volabant».

en el catálogo de los santos. Mas, al propio tiempo que la estigmatización glorifica de singular manera á San Francisco, estimula vivamente el fervor del mundo «resfriado — dice la Iglesia — en el amor del Crucificado»¹, siendo llama capaz de levantar incendios de amor en los fríos corazones humanos, helados por el soplo del egoísmo y la sensualidad. Tal parece haber sido el blanco que el mismo Salvador se propuso al renovar las heridas de su pasión en la carne del venturoso siervo suyo; y tal es la gracia que la Iglesia implora hoy del cielo para sus hijos, la de llevar constantemente la cruz y dar frutos de verdadera penitencia.

3. Para obtenerla, amados oyentes, y contribuir de esta suerte á la gloria de Dios en su siervo predilecto, vamos á contemplar brevemente ese martirio de la caridad en el bienaventurado Francisco, esos amorosos dolores y dolorosos amores en que anduvo nuestro Santo toda su vida desfallecido y enfermo grave de amor². Y primero, antes de recibir la maravillosa impresión, como adecuada preparación para el soberano favor; y luego que lo hubo recibido, como efecto natural del mismo. Imploramos, etc. *Ave María.*

I.

4. El amor y el dolor ¿no es cierto que andan juntos por natural simpatía, ó, más bien, por lógica inflexible? Si no por relación necesaria, á lo menos por nuestra presente condición de viadores, el amor, aunque es fuente de goces exquisitos de inefable dulce-

¹ In Orat. festi.

² S. Franc. Sal., Trat. del amor de Dios.

dumbre para el corazón, es también semillero de espinas que punzan y sangran cruelmente ese mismo corazón. Dígalo, para no invocar profanos testimonios de amor de criaturas, esa alma santamente enamorada del Bien Sumo, la cual, si por un momento, embriagada de deleites celestiales, exclama: «¡Dios mío! ¡he aquí todas mis cosas! ¿Qué otro quiero, ni qué mayor felicidad puedo desear? ¡Oh palabra sabrosa y dulcísima para el que ama al Verbo, no al mundo ni cuanto en el mundo brilla! *Deus meus et omnia!*»¹; al siguiente instante vese precisada á exhalar esta queja en el seno del Amado: «¡Oh! ¡cuándo llegará la hora feliz que tanto anhelo, en que me hartes con tu presencia, y de veras seas para mí todo en todas las cosas! Mientras esto no se me dé, mi gozo no podrá ser completo. ¡Ay dolor! que todavía vive en mí el hombre viejo, no está del todo crucificado, no está del todo muerto. El reino del espíritu no está pacificado enteramente.»² He aquí al dolor brotando de la raíz misma del amor.

5. Y así tiene que ser, durante el presente destierro. Porque, donde nada puede haber cumplido, tampoco ha de serlo el amor, por más que sea divino y sobrenatural; y, no siéndolo, el gozo que produce ha de ir mezclado de amargura, como lo experimenta el alma conocedora de sí misma. ¿Qué diré del dardo agudísimo, acerado por la llama misma del amor, que consiste en no poder amar bastante á Aquel cuya amabilidad infinita descubre el alma con suficiente claridad para angustiarse de verse tan tibia y tan mezquina? ¡Ay de mí! gime el alma, cual paloma cautiva á quien

¹ De imit. Christi lib. III, cap. 39.

² Ibid.

cortaron las alas; ¡ay de mí, que quisiera volar muy alto, muy alto, y me faltan las alas, me empecen los sentidos embargados con el peso de las cosas terrenas! «¿Quién me dará alas como de paloma — decía el Profeta; — *volaré y descansaré* en mi Amado?»¹ Gime el alma enamorada al verse esclava de este cuerpo, como encerrada en cárcel de barro, y suspira con el Apóstol: «¿Quién me libertará de este cuerpo mortal?»² Por esto lucha el verdadero amador de Cristo con el mundo y las pasiones; por esto se desembaraza cuanto puede de todo lo terreno, y quisiera deshacerse hasta de sí mismo en completa pobreza, no sólo de espíritu, sino de todas las cosas materiales; por esto, en fin, se reduce á vivir, habitante de la tierra, cual morador anticipado del cielo, en espíritu, no en carne³.

6. He aquí lo que de una manera extraordinaria se verifica en el bienaventurado Francisco, en el Serafín humanado de Asís. Llamado por Dios en la flor misma de la juventud á lo más alto y encumbrado de la perfección evangélica, sintió desde luego arder en su noble y generoso pecho la dulce llama del amor divino. La caridad de Dios que se difunde en el corazón por el Espíritu Santo⁴, es el carácter distintivo del gran fundador de la Orden de Menores. Bien pronto, y á la luz del Evangelio, conoció la vanidad de los terrenos bienes; y ni las riquezas que la profesión del comercio le brindaba, ni los pasatiempos juveniles, ni los placeres con que le halagaba el mundo, pudieron dar hartura á un espíritu sediento de goces infinitos. Al verse despojado por su mismo padre carnal y codicioso, de todo lo que

¹ Ps. 54, 7.² Rom. 7, 24.³ Ibid. 8, 9.⁴ Ibid. 5, 5.

en herencia le pertenecía, exclama rebotando de júbilo: «¡Oh Padre celestial, en Tí he puesto todos mis tesoros y toda mi esperanza!»¹ Desde entonces su exclamación favorita, la que repetía noches enteras absorto y bañado en lágrimas, no fué otra sino ésta: *Deus meus et omnia*: ¡Dios mío! ¡he aquí mi todo....! Mas, aunque su espíritu, desatado ya de los lazos del mundo y de la carne, entonase en medio de las soledades el cántico del amor, el himno de la santa y pura libertad, la obra de la perfección no podía llegar á su cima sino á costa de constante batallar contra las miserables inclinaciones de una naturaleza de barro y corrompida en su germen. Francisco, aunque serafín, era hombre², y no podía dejar de suspirar con el grande Apóstol: *Infelix homo! quis me liberabit de corpore mortis huius!*³ Su misma sensibilidad meridional y exquisita, su alma templada al calor de la poesía, su corazón caballeroso y lleno de delicados sentimientos, prendas eran que, si en el mundo le hubieran abierto carreras de felicidad y fuentes de ventura, en el estado de la abnegación cristiana le daban abundante ocasión y materia de heroicos vencimientos y gigantescas luchas. ¿Poco os parece que le costaría al rico mancebo de Asís el despojarse hasta del vestido propio de su condición delante del tribunal eclesiástico, adonde le condujera su padre, quedando reducido á tal desnudez que el propio obispo hubo de cubrirle con su capa? ¿poco, el vivir una vida de mendigo, pidiendo un mendrugo de pan á la puerta de los monasterios y una despreciable túnica con que cubrir su

¹ Vita S. Franc.² San Franc. de Asís, por *Emilia Paró Bazán*, lib. 1, cap. 6.³ Rom. 7, 24.

desnudez? Y ¿qué diréis, cristianos, del cáliz de los desprecios que Francisco apura con santa avidez hasta saciarse, ó, mejor dicho, sin quedar nunca satisfecho? ¿qué, de los golpes y bárbaros tratamientos que recibe, ya de su padre desatentado y ciego de furor, ya de los ladrones, ya de toda clase de villanos y malandrines? ¿Qué no sentiría su noble corazón al verse insultado y escarnecido por el vil populacho de su ciudad natal como misero insensato, silbado y escupido como loco en la plaza pública de Asís? ¡Ah! no os alucine su portentosa serenidad de espíritu en medio de la algazara y el escarnio, imaginándoos que es un ser insensible el que sufre aquellos golpes é irrisiones, como si no tuviera que hacerse terrible y reiterada violencia. De igual suerte debemos discurrir cuando le vemos, á raíz de su conversión, desahogando el fuego que le consume en la asistencia á los más asquerosos enfermos, á las víctimas de aquella horrible lepra de la edad media, más espantosa aún que la que azota hoy mismo á nuestra sociedad. Veis ahí el dolor junto al amor: veis ahí el martirio ó los martirios sin cuento que impone á Francisco su ardorosa caridad. Desposado se ha con la virgen de sus amores la Pobreza; y no hay duda que el deleite que experimenta en tan celestial desposorio, excede con mucho á cuanto hay de deleitoso en las bodas de este mundo. Pero ¡ay! que no rosas sino espinas, no placeres sino acerbísimos dolores le proporcionará de ahí en adelante hasta el sepulcro su querida esposa, pues con ella habitan en donde quiera el dolor y los desprecios. Es la Pobreza en un célebre cuadro del gran Giotto, doncella de beldad celestial, mas sus galas nupciales son harapos; á sus pies no se tiende tapiz de seda, sino guijarros, abrojos

y zarzales. Un avieso can abre sus fauces para ladrar contra la esposa; dos niños despiadados le arrojan imprecaciones y piedras: mas Francisco le ciñe al dedo el anillo nupcial. ¡He ahí otra vez el misterio del doloroso amor que abre cruentas llagas, antes que en el cuerpo, en el corazón de Francisco!

7. Porque Francisco no ha de obtener la palma del martirio al rudo golpe del alfanje mahometano, por más que lo desee y eficazmente lo procure. En vano, ardiendo en deseos de predicar á Jesucristo y dar sangre y vida en testimonio de su fe, parte á Siria con la venia del Sumo Pontífice, y más tarde, frustrada su primera tentativa, vuelve á hacerse á la vela con doce compañeros hacia Tolemaida, llega á presencia del Sultán de Egipto y predica sin temor la fe cristiana, provocando al tirano á convertirse ó á darle la muerte en los tormentos. Su anhelo no se verá cumplido, porque está escrito en el libro de la Providencia que Francisco habrá de ser sacrificado en las aras del amor extático, no en las hogueras del verdugo. De vuelta á Europa le aguarda otra prueba no menos terrible para las almas contemplativas, la que los místicos llaman *desolación interior*. Estado de aridez y obscuridad en el espíritu, de que no están libres los mayores santos, es un tormento de que no puede formarse sino imperfecta idea quien no haya probado por experiencia propia las dulzuras de la comunicación íntima con Dios, las delicias inefables de la divina consolación. Francisco, para quien todas las criaturas eran otros tantos pregoneros de la bondad del Señor; Francisco, acostumbrado desde Santa María de los Ángeles á embriagarse en los goces del espíritu, ¡qué dolor no sentiría al verse privado, y, no por breve tiempo, sino por largos meses,

de aquellas dulzuras sensibles de la devoción que, rebotando de la parte superior del alma, inundan las potencias inferiores! ¿Qué prueba más dolorosa para un alma de fuego como la suya, que aquella insuperable sequedad, aquel desmayo y desamparo universal que le hace hallar tedio y cansancio en su ejercicio favorito, la oración? Y, sin duda, se agravaron sus dolores internos con tantos otros motivos de pesar, que, como agudos dardos, labra para los santos la humana ingratitud, y aun la debilidad y las pasiones, opuestas casi siempre á la ejecución de los planes de los varones de Dios. ¡Cuántos desabrimientos no amargaron el corazón del santo Patriarca empeñado en realizar en todas partes su idea capital de la pobreza evangélica, y llevar por este camino á todos sus hijos á la más alta cima de la perfección!

8. Mas, ya próximo á consumir su martirio espiritual en el famoso pico de los Apeninos, desvaneci6se el nublado, calmó la tempestad y, á medida de la grandeza del desconsuelo, fué la sobreabundancia de soberanos goces que inundaron su alma, pudiendo decir nuestro Santo con el Salmista: *Secundum multitudinem dolorum meorum, in corde meo consolationes tue letificaverunt animam meam*¹. La soledad de la santa montaña, tan adecuada, como él mismo lo reconoció, para el retiro y total apartamiento de que gusta la contemplación; la agreste amenidad y hasta la majestuosa grandiosidad de aquellos riscos inaccesibles, desnudos peñascos y hondos precipicios, todo contribuía á dilatar el ardiente corazón del contemplativo santo, engolfándolo en un mar de delicias sobrenaturales, de

¹ Ps. 93, 19.

aquellas que «no caben naturalmente en la estrecha capacidad de humano pecho», según el Ap6stol¹. Aquí fueron los éxtasis, no diré frecuentes, sino continuos durante aquella Cuaresma de San Miguel Arcángel, las apariciones del Salvador, las visiones, los prodigios multiplicados á cada momento, ese cielo anticipado que se da á gozar á las almas heroicas, verdaderamente muertas á la vida de los sentidos, y abismadas en el seno del Señor. ¡Ah! ¡pero á costa de cuánta abnegación, asperezas espantosas, ayunos y vigiliass! Una pequeña ermita construída de ramas al pie de un árbol frondoso era todo su albergue de día y de noche; un poco de pan y agua era todo su alimento. Empero, muerto á la sensualidad, no le eran tormento las más duras privaciones; éranlo sí los afectos que dentro del corazón le despedazaban, eran las brasas del amor de Cristo que le quemaban toda el alma. Sí, amados oyentes, la Pasión de Cristo era su atormentador y verdugo: el ver que Jesús padecía y moría en la cruz, y él vivía aún y no exhalaba su vida en otra cruz, era lo que le hacía exclamar en santo arrobamiento, abrazando los pies del Crucifijo: «¿Por qué estás tú en la cruz, y no yo?» Y repetía con San Pablo: *Absit mihi gloriari nisi in cruce Domini nostri Iesu Christi*². «Su enajenamiento llegó á tanto, que ni le bastaban los ojos para las lágrimas, ni le cabían en la boca las quejas, ni en el corazón los suspiros.»³ En suma, preparado ya con dieciocho años de abnegación de sí mismo, abrazado con la cruz, y derretido todo en anhelos de sentir en carne y espíritu los dolores de la

¹ 1 Cor. 2, 9. ² Gal. 6, 14.

³ Pardo Bazán l. c. lib. 1, cap. 7.

divina víctima, iba á ser admitido *en la bodega de los vinos* del Esposo de sangre, iba á beber sin medida el cáliz de la Pasión del Salvador.

II.

9. Llegábase la hora de uno de los más grandes prodigios que registra la maravillosa historia de los santos. Iba Jesucristo á renovar su pasión sacratísima en el alma y en el cuerpo de su siervo, así por la compasión del amor, como por la impresión material de sus Llagas sacrosantas. Tal favor, nunca antes concedido á ningún mortal, no pudo menos de ser revelado por Dios al bendito Patriarca, á fin de que, cooperando del modo más perfecto con la gracia del Espíritu Santo, se hiciese capaz de recibirlo. Así fué que, llegado Francisco á las alturas del nuevo Sinaí, del monte Alvernia, marcado en la abertura de sus grietas con el sello de la Pasión de Cristo, recogióse más profundamente dentro de sí mismo, encerrándose en su estrecha celda, para darse todo á la contemplación del soberano misterio de la redención humana. Y, si habitualmente se elevaba en éxtasis y salía fuera de sí por la violencia del amor, ¡qué sería en aquellos momentos en que se aproximaba el portento de la estigmatización! Era la víspera de la exaltación de la santa Cruz; y he aquí que, estando Francisco en oración, aparecióle un ángel que le dijo: «Yo te conforto y te amonesto para que te apercibas á recibir humildemente lo que Dios se digne darte»¹; á lo que respondió el humilde siervo del Señor: «Dispuesto estoy para sufrir pacientemente todas las cosas que mi Señor quiera hacerme.» Oíd ahora la súplica

¹ Florecitas de San Franc. cap. 53.

que hacía el Santo antes de rayar el alba de aquel día memorable en que recibió la impresión de las sagradas Llagas: «Señor mío Jesucristo, concédeme la gracia de sentir en el alma y en el cuerpo, en cuanto posible sea, los dolores que Tú, mi dulcísimo Señor, sufriste en la hora de tu acerba pasión; y que sienta además de eso en mi corazón, en cuanto sea posible, aquel excesivo amor con que Tú, Hijo de Dios, fuiste llevado á padecer voluntariamente tan acerba pasión por nosotros pecadores.»¹ ¿No os parece, hermanos míos, que Dios mismo le ponía en el corazón y en los labios la merced que se dignaba otorgarle? Seguro ya Francisco de que Dios iba á escuchar sus ruegos, transformándole en viva imagen del Crucificado, sintió que, en el calor de la contemplación, crecía tanto su fervor y su ternura, que verdaderamente estaba como identificado con Jesús por la vehemencia del amor y de la compasión. Entonces fué cuando vió venir del cielo al Serafín de alas inflamadas y resplandecientes, en el cual, puesto ya cerca de sí, pudo reconocer la figura de su Dios crucificado. ¿Cuáles serían en esa hora sus afectos? Asombro, alegría inefable, admiración, amor y dolor: todo á un tiempo. Sentía grandísima alegría viendo el gracioso aspecto de Cristo, que tan familiar y dulcemente se le comunicaba; pero al propio tiempo trasasábale el corazón la vista de aquel Niño crucificado². Pero ¿qué significaban, pensaba dentro de sí, cosas tan incompatibles entre sí, como el dolor y la impasibilidad del espíritu seráfico, juntas en aquella insólita visión? La explicación que le fué revelada, no le dejó duda de que, no ya por martirio corporal, sino por incendio

¹ Florecitas de San Franc. cap. cit.

² Ibid.

mental, debía ser él mismo transfigurado en la semejanza de Cristo, debía ser mártir del amor doloroso. Vióse entonces en todo el monte Alvernia arder una llama esplendísimas que iluminaba el contorno, como si el sol, todavía perezoso para salir, hubiese descendido ya á la tierra. Y ¿no era así que otro sol más resplandeciente, Cristo Jesús, había bajado á iluminar el alma y cuerpo de su siervo, transformándole en su viva imagen por las llagas de pies, manos y costado?

10. ¿Cuáles pensáis que fueron de ahí en adelante hasta su dichoso tránsito, los incendios de amor que abararon al llagado Serafín; y cuáles, las avenidas de dolor que inundaron juntamente su espíritu y su cuerpo? ¡Ah! no es dado á lengua humana el referirlos. Bastará recordaros, amadísimos oyentes, que andaba desde entonces Francisco literalmente, como la Esposa de los Cantares, *desmayado de amor*¹, rogando á las almas piadosas que *lo confortasen con el olor de las místicas flores y de los hermosos frutos* para no desfallecer tan presto. Bastará afirmar que sus dolores corporales, mayormente los causados por las llagas misteriosas de que manaba de continuo fresca y roja sangre, crecieron al grado de no dejarle punto de reposo, crucificándole realmente, de manera que no había porción de su organismo que no estuviese crucificada de padecimientos². Era un cadáver ambulante, *muerto antes de morir*, según el célebre epitafio de San Francisco dictado por Gregorio IX, aquel varón escogido para ser copia fiel del «Varón de dolores». Su vida durante los dos años que sobrevivió á la maravillosa visión del Serafín, fué,

¹ Cant. 2, 5.

² *Pardo Basán* l. c. cap. 8.

más bien que vida, una agonía penosísima que no había de coronar la muerte sino con largo exceso de dolores, con tormentos semejantes á los de Cristo en el Calvario. Sus postreros días recrudecieron con tal violencia los dolores del santo, que, salva la divina voluntad, aseguró él mismo que preferiría cualquier linaje de suplicio á aquellos últimos tres días de mortal angustia. Y, en medio de terrible martirio, sale victorioso el amor, expirando el santo, más bien á impulsos de la caridad, que al golpe de la muerte, la cual pareció no osaba acercársele sino á su llamamiento y respetuosamente. Muere Francisco entonando el cántico de amor: *Voce mea*¹.

11. Y nosotros, carísimos hermanos, ¿permaneceremos indiferentes á la caridad de Jesucristo, crucificado y muerto por nuestra salvación? Y ¿no bastará este nuevo prodigio de la renovación de sus sagradas Llagas para inflamar en incendios de amor nuestros fríos corazones? ¡Ah, no! cristianos. Abládense y derrítanse nuestros duros pechos al suave calor de Jesús crucificado; y, en prueba de la sinceridad de nuestro afecto, llevemos constantemente estampada su cruz, tanto en el alma, como en los sentidos por el espíritu de cristiana mortificación. Entonces podremos decir con el Apóstol y con el bienaventurado Francisco: *Nada podrá dañarme, pues llevo en mi cuerpo las llagas del Señor Jesús*². Así sea.

¹ Ps. 141.

² Gal. 6, 17.

PANEGÍRICO DE SAN IGNACIO DE LOYOLA,
FUNDADOR DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS

(predicado en Bogotá, 1897).

Labora sicut bonus miles Christi Iesu.
Trabaja como buen soldado de Cristo Jesús.
2 Tim. 2, 3.

1. Divinamente inspirado anduvo Job cuando dijo aquella gran sentencia: *Militia est vita hominis super terram*¹. Ni me admira que viva el hombre combatiendo sobre la tierra, cuando oigo también clarines de guerra en las serenas regiones del cielo. *Libróse un gran combate en el cielo*, dice San Juan; *peleaban Miguel y sus ángeles con el dragón seguido de millares de ángeles rebeldes*². La guerra terminó pronto en el cielo con la rota y caída de Luzbel, pero fué para continuarse en la tierra hasta el fin de los tiempos. La guerra de arriba explica la de abajo. El dragón infernal, derribado de las alturas en donde se encumbraba, llenóse de furioso encono contra la mujer misteriosa, contra la humana naturaleza llamada á reemplazarle en los tronos de la gloria; y se lanzó á la guerra contra los hijos de la Iglesia *que guardan los mandamientos de Dios y ostentan la señal de Jesucristo*³. Así lo dice la revelación apocalíptica. No miremos, pues, al hombre peleando solamente en la arena del orden natural, ya como ser activo contra la inercia de la materia que le opone resistencia, ya como viviente contra los asaltos de la muerte empeñada en sofocarle, ya, en fin, como racional contra la porción animal de que consta, y que

¹ Job 7, 1.

² Apoc. 12, 7.

³ Ibid. v. 17.

pugna continuamente por sobreponerse al espíritu¹. Escaramuzas son éstas, comparadas con las lides que debe el hombre sostener en la arena del orden sobrenatural. Si ha de ser constante luchador como hombre, es preciso que sea héroe como cristiano. Después que vino Jesucristo al mundo, es, con doble razón, milicia la vida del hombre sobre la tierra.

2. En efecto, amados fieles, el hijo de Dios bajó del cielo y se revistió de nuestra carne para combatir al frente de los suyos, ángeles y hombres, y consumir en el fin de los siglos la victoria empezada por el príncipe de la celestial milicia, Miguel. Combatió, dice el Apóstol, *asistido de la virtud de Dios*², y con esa misma virtud debe hoy y siempre combatir el cristiano: *con las armas de la justicia á diestra y á siniestra*³. El mismo Salvador saludado como Rey pacífico, porque ha venido á traernos la paz⁴, nos advierte que no es su paz la de este mundo⁵, antes claramente nos anuncia la guerra: *Non veni pacem mittere in terram, sed gladium*⁶. ¿Qué es, según esto, la Iglesia de Jesucristo sobre la tierra sino un cuerpo militante, como lo fué aquel antiguo pueblo de Dios, peregrino por el Desierto, el cual no recibió el dominio de la tierra de promisión sino después de conquistarla á fuerza de armas? Trazada está, pues, la misión y la gloria del hombre que pertenece á Jesucristo: compartir con él las fatigas de la guerra, y ser después partícipe del triunfo sempiterno. Luego el timbre más glorioso para el hombre que vive de la fe, es ser soldado del ejército de Cristo, militar como bueno debajo de la bandera

¹ Gal. 5, 17.

² 2 Cor. 13, 4.

³ 2 Cor. 6, 7.

⁴ Io. 14, 27.

⁵ Ibid.

⁶ Matth. 10, 34.

del sumo Rey y Capitán Jesús. Por eso exhorta San Pablo á su querido Timoteo: *Labora sicut bonus miles Christi*: que no basta haber dado el nombre, si no se lidia á brazo partido hasta merecer el renombre de bravo entre los bravos y ceñir el laurel incorruptible de los héroes. Héroes son en todo el valor de la palabra los grandes hombres que la Iglesia venera en sus altares, y cuyas hazañas nos pone delante para excitar en nosotros una santa emulación. Héroe fué, pero en grado extraordinario, aquel gran santo cuya muerte lloró Roma y el mundo entero consternado el día 31 de julio de 1556, aquel varón insigne que en los fastos de la Iglesia dejó un nombre inmortal, el de Ignacio de Loyola, Fundador de la Compañía de Jesús.

Á él es á quien debo en este día el tributo de mi humilde palabra; que no es justo que callen los hijos, cuando á voz en cuello le aclaman los extraños.

3. Tenéis, pues, de manifiesto el sencillo plan de mi discurso. No sé cómo pudiera enaltecer mejor á este héroe del cristianismo que presentándole por su verdadera y genuina faz, la de bizarro soldado de Cristo y capitán esclarecido de las milicias de la Iglesia. Y, pues, María, Reina de las batallas, armó á Ignacio caballero de su Hijo, sea ella nuestra medianera para alcanzar las luces del Espíritu Santo, que humildemente imploramos. *Ave María.*

I.

4. Ignacio nació soldado, porque nació noble y caballero. El caballero de su tiempo debía ceñir espada y esgrímirla en defensa de la honra de su rey y de su patria. Alejad, pues, de vuestro espíritu, al oír este nombre de soldado, toda idea de tosquedad y de fiereza. Dios providentísimo, que en el terreno de la natu-

raleza prepara los caminos de la gracia, dotó al último hijo de Beltrán de Oñaz y Loyola, de relevantes prendas dignas de su nobleza, y flores que prometían grandes frutos¹. De agudo ingenio, de corazón mayor que su cuerpo, dice un historiador, generoso y afable, ardía el valor en su pecho, en su cerebro bullían altos pensamientos, en su rostro y continente brillaba la gentileza y gallardía. Ignacio, león en el asalto, era igualmente magnánimo en la derrota que en el triunfo. Después de haber peleado en la ciudadela de Pamplona con el denuedo de un cruzado, aunque con mala fortuna, acepta agradecido los servicios que le presta, no menos caballeroso, el enemigo, en cuyos brazos es trasladado, con la pierna hecha pedazos, al solar paterno. Pero apartemos la vista, hermanos míos, de un cuadro que, aunque digno de una galería de hombres célebres, no es más que un diseño de otros más hermosos en los que aparecerá Ignacio como soldado de otro ejército, y capitán de otra milicia más gloriosa.

5. La transformación está hecha. Leyendo y meditando las vidas de Cristo y de los santos, el héroe de Pamplona ha encontrado algo más grande y bello que las aventuras fantásticas de Amadís de Gaula, y aún que las proezas bélicas del Cid Campeador y de Gonzalo de Córdoba, y ha resuelto ser guerrero á lo Domingo de Guzmán, á lo Francisco de Asís. Él se ha dicho: «Haré otro tanto. ¿Por qué no podré hacer yo también lo que hicieron estos héroes del cristianismo? Cosas grandes y difíciles emprendieron ellos, yo lo veo, y las llevaron á cabo. Yo también lo puedo todo en Aquel que me inspira y fortalece². Vedlo ya en Mon-

¹ *García*, Vida de S. Ignacio de Loyola lib. 1, cap. 1.

² Phil. 4, 13.

serrat velando al pie del altar de María las nuevas armas de su espiritual milicia. ¡Cómo ha mudado de aspecto y de semblante! ¡cómo se ha demacrado en lo físico, pero cuánto ha ganado en lo moral! Depuestas las ricas vestiduras del caballero de la corte, se ha ceñido el burdo saco del penitente: suspendida en los muros de la iglesia la espada del guerrero, empuña ahora el bordón del peregrino. Con los pies descalzos y desnuda la cabeza, medita ya en una cruzada espiritual, en una expedición á Tierra Santa, no para conquistarla en provecho de ningún soberano de Europa, sino para rendirla al Salvador del mundo, convirtiendo infieles y mahometanos, aunque sea á precio de sangre y de torturas. Helo ahí, pues, armado caballero de Cristo con las armas que describe el Apóstol en su carta á los efesios¹: con la armadura, el yelmo y el escudo de la fe; con la oración, la abnegación, el celo... Porque, *andando en carne, no militamos según la carne*².

6. Sigamos paso á paso al nuevo caballero. Bajando de Monserrat, éntrase por las puertas de la ciudad de Manresa, va en busca del hospital para entregarse todo al servicio de los enfermos y á la enseñanza de la doctrina á los niños, y sepúltase después en la lóbrega cueva inmortalizada con las austeridades y éxtasis del moderno anacoreta. Antes de lanzarse al combate es preciso definir bien el ideal que se agita en la mente, señalar el término glorioso de la empresa. ¡Cuál es ahora el objeto acariciado por la ambición de Ignacio? ¿Es la gloria? Sí, pero la gloria grande y verdadera, la gloria de Dios en la dilatación del nombre de Jesús,

¹ Eph. 6, 13 sqq.² 2 Cor. 10, 3.

para que, al sonar este nombre, caigan todos de rodillas en adoración del Criador, ángeles, hombres y los mismos demonios¹. ¡Qué alteza de miras, qué elevación de propósitos las de nuestro héroe desde los primeros pasos de su conversión! *Ad maiorem Dei gloriam* fué desde entonces su blasón, el santísimo nombre de Jesús fué su escudo y su divisa: combatir al lado del *capitán general de los buenos* contra el *caudillo de todos los enemigos de Dios*², fué de ahí en adelante su única ambición. En efecto, ¿quién no sabe que tal fué la grandiosa concepción de la vida cristiana que formó San Ignacio en el retiro de la cueva de Manresa, donde, ilustrado por la maestra de la sabiduría divina, María santísima, trazó con todos sus detalles el camino de la santidad? Díganlo aquellos admirables documentos conocidos en el mundo entero con el nombre de *Ejercicios espirituales*. Sus dos famosas meditaciones *del Llamamiento del Rey temporal* y *de Dos banderas*, así como pintan el nativo carácter de Ignacio de Loyola, retratan gráficamente al santo fundador de la Compañía de Jesús. Allí está claramente bosquejado el plan de la campaña apostólica á que consagró toda su vida. «¿Qué cosa más digna de consideración — decía él — que ver á Cristo nuestro Señor, Rey eterno, y delante de él á todo el universo mundo, al cual, y á cada uno en particular, llama en su seguimiento?»³ Y ¡cuánto sería digno de ser vituperado por todo el mundo y tenido por perverso caballero aquel que no aceptase la petición de tal Rey!⁴ En esas visiones celestiales vió distintamente Ignacio cuál era el genio y la índole de los enemigos

¹ Phil. 2, 10.² Exerc. spir. Med. de duob. vexillis.³ Ibid., Med. de Reg. temp.⁴ Ibid.

que había de batir; y cuáles, los ardidés del infernal caudillo para perder á los mortales con la maldita codicia de riquezas, honores y placeres, por los cuales, como por segura pendiente, los precipita al bátrato de la soberbia, y de allí al abismo de todo mal y de la condenación eterna. Comprendió, pues, el soldado de Cristo que la guerra era interior más bien que de exterior aparato, pues los enemigos más temibles están dentro del alma, según aquella sentencia divina: *Inimici hominis domestici eius*¹; por donde el triunfo más urgente y necesario era el de la propia sensualidad y del orgullo. Es preciso que triunfe el amor de la pobreza sobre la sed de la riqueza; el amor del desprecio, sobre el apetito de honra mundana; y la humildad perfectísima, sobre la soberbia del corazón: tal es el resumen del sermón de Cristo nuestro Jefe. Á conseguir estos preclaros triunfos dióse con todo el ardor de su alma varonil el magnánimo Ignacio.

7. Y lucha animosamente con la carne y los sentidos hasta rendirlos totalmente al espíritu: *¿De dónde nacen — dice Santiago — las guerras que sentís dentro de vosotros mismos? ¿No es por ventura de vuestras propias concupiscencias que pugnan en vuestros miembros?*² De aquí el conato infatigable del soldado de Cristo por reducir su carne á durísima servidumbre á fuerza de azotes, ayunos y cadenas, cual si se tratara de domesticar indómita alimaña. ¡Oh vida de maceraciones sangrientas, de insomnios y oración continua, llevada por mi glorioso Padre en el hospital y en la cueva de Manresa! ¿qué otra cosa eras sino un duelo á muerte con el hombre carnal *para destruir el cuerpo de pe-*

¹ Matth. 10, 36.

² Iac. 4, 1.

*cado?*¹ Triunfa el atleta cristiano, cuando ve que su cuerpo se extenua hasta no parecer sino una sombra del antiguo apuesto caballero, cuando á la violencia de tantos rigores cae gravemente enfermo y se ve al borde del sepulcro. Á los que le aconsejan, ya convaleciente, que modere los excesos de aquel santo odio de sí mismo, responde según el espíritu del Evangelio: «Dejad que maltrate el cuerpo para salvar el alma.»² Y, mientras así derrota Ignacio al primer enemigo de la salvación, ¿quién dirá las victorias que consigue en la conversión de innumerables pecadores reducidos á penitencia con la eficacia irresistible de su ejemplo?

8. Por lo que hace á la codicia de bienes temporales, nada tiene ya que hacer el héroe que la dejó vencida y sojuzgada al primer golpe, desasiéndose totalmente de comodidades y regalos, y hasta de lo más necesario para la vida, desde el punto y hora en que volvió las espaldas á la casa solariega de los señores de Loyola. Ignacio con superior espíritu apostólico, mendiga de puerta en puerta un mendrugo de pan que parte con los hambrientos que le rodean. Desnudo lucha este bravo gladiador con enemigos espirituales, también desnudos de todo linaje de arreos materiales. Él puede afirmar como el gran Apóstol: *Esurimus, et sitimus, et nudi sumus*³; y aun añadir con el mismo: *et colaphis cœdimur*: se nos da de bofetadas; *maledicimur*: se nos maldice y calumnia, se nos insulta y persigue de todos los modos posibles, trátasenos como basura y desecho del mundo: *tamquam purgamenta huius mundi facti sumus*⁴. Ignacio entre tanto, armado

¹ Rom. 6, 6.

² Matth. 18, 8.

³ 1 Cor. 4, 11.

⁴ Ibid. v. 13.

de la justicia y de la virtud más heroica, invulnerable con la armadura de Dios, puestos los ojos en Cristo su modelo, se mantiene firme en actitud de resistir á los golpes que le asesta el enemigo, ya sea disfrazado con la careta del mundo, ya á cara descubierta¹. ¡Oh triunfos indescritibles de Ignacio sobre el demonio y su perverso aliado, el mundo de los pecadores! En vano le arremete el capital enemigo de natura humana con cuantas artes le es permitido, no sólo en los principios, sino en todo el discurso y hasta en los posteriores días de la vida, apellidándole Satanás el mayor enemigo que tiene en el universo; en vano le apalea cruelísimamente en Manresa, y le afrenta y calumnia en París, en Roma y en todas partes: en todas ellas le derrota con la oración y la paciencia el invicto soldado de la cruz.

9. El mundo, hermanos míos, es quizás el enemigo más artero y difícil de vencer, á lo menos entre los enemigos visibles. Esclavo como es del demonio, su príncipe², hace cruda y sorda guerra á Jesucristo y á las almas, valiéndose principalmente del amor propio, cobarde pero obstinado enemigo de toda virtud. Ninguna victoria más importante y decisiva que ésta para Ignacio, el cual pudo decir con Jesucristo: *Yo he vencido al mundo*³. ¡Cuántas y cuán porfiadas luchas tuvo que trabar con este pérfido enemigo! Éste fué quien le salió al encuentro á la salida misma de Loyola, á las puertas del monasterio de Monserrat, en Barcelona y Alcalá, Salamanca y París, Venecia y Roma, en donde quiera que Ignacio fijaba su tienda de campaña y abría operaciones contra el infierno para salvar las almas.

¹ Eph. 6, 11, 13.² Io. 12, 31.³ Io. 16, 33.

Como el Apóstol perseguido en Antioquía, Iconio y Listris, según la ley general de que *todos cuantos siguen el estandarte de Cristo Jesús, han de arrostrar persecuciones*¹, veréis á Ignacio perseguido y vejado en todas las ciudades por donde pasa, hecho blanco de groseras calumnias, arrojado en cárceles y cargado de pesadas cadenas, no sólo por la rabia de los herejes y perdidos pecadores, sino ¡quién tal pensara! hasta por obra y gracia de los buenos, engañados y tal vez movidos de indiscreto celo, ya que no fuese de mezquina pasión. Conocidos son de todos, los hechos á que me refiero, y así no me detendré á narrarlos. Básteme recordar aquí las gravísimas palabras de la santa Iglesia en las lecciones históricas del oficio del Santo: «Como él no omitiese medio ni fatiga para ayudar á la salvación de sus prójimos, es cosa que pone admiración ver los trabajos y afrentas que tuvo que devorar en todas partes, habiendo tolerado durísimas prisiones y golpes tan rudos que le pusieron á la muerte, sin que todo esto apagase la sed que tenía de padecer más y más por la gloria de su Señor.» En efecto, decía el Santo á las personas piadosas que le compadecían viéndole preso en Salamanca: «Yo, aunque pecador, sé decir que no hay en Salamanca, ni en España, ni en todo el mundo tantos grillos y cadenas como desco padecer por amor de mi Señor Jesucristo.»² Así dejaba Ignacio vencidos á todos los enemigos visibles é invisibles, combatiendo, bisono todavía, como bueno en las milicias de Jesús.

10. Venció, finalmente, la ignorancia en una campaña no menos gloriosa de diez años, por haber en-

¹ 2 Tim. 3, 12.² García l. c. lib. 2, cap. 10.

tendido el guerrero de Cristo que le era necesario esgrimir la espada de las ciencias divinas y humanas para pelear con armas no inferiores á las de sus contrarios. El error debe impugnarse con la verdad; el falso saber, con la ciencia verdadera y sólida, y más en tiempos como los del protestantismo, en que era preciso reducir al silencio á los atrevidos dogmatizantes que, abusando de la general ignorancia, traían embaucados, con visos de sabiduría, á los incautos pueblos. Pequeña puede parecer esta victoria; mas, en las condiciones de Ignacio, fué tan grande que ha suspendido de admiración á cuantos atentamente la consideraron. Pero, aparte del mérito propio de este triunfo, ocasión de tantos otros cuantas fueron las almas que convirtió Ignacio durante la carrera de sus estudios: ¿quién no ve la trascendencia inmensa de esta etapa de la vida de nuestro Santo? «Éste fué, dice un célebre biógrafo¹, el fundamento de toda la ciencia de la Compañía de Jesús; estas letras humildísimas puso Dios por cimiento del templo altísimo de la sabiduría que fabricó en esta sagrada religión.» Pero esto me lleva á considerar á Ignacio como capitán de Cristo, que, no contento con el puesto de simple soldado, por más que él solo valiese un ejército, reúne en torno suyo compañeros de armas para salir al encuentro de los enemigos de la Iglesia al frente de una nueva compañía.

II.

II. Nadie debe presumir de poder medir sus fuerzas ventajosamente en pública lucha con los enemigos exteriores, si antes no ha vencido, como Ignacio, en secretos combates á los enemigos interiores de la salva-

¹ *García* l. c. lib. 2, cap. 4.

ción. No será jamás legítimo paladín de la causa de Dios y de la Iglesia quien no estuviere muy ejercitado en el vencimiento de sí mismo. Por esta razón no asocia el experto Loyola á su escogida compañía militante sino á varones avezados á esta clase de lides espirituales, y, como dice Julio III¹, «á hombres que habían renunciado á todos los deleites del siglo, y dedicado sus vidas al servicio perpetuo de nuestro Señor Jesucristo y de la Iglesia». Tales fueron Fabro, Javier, Laynez, y los demás compañeros que escogió Ignacio en la célebre universidad de París, y á quienes de lleno infundió su espíritu con sus pensamientos y proyectos, disciplinándolos perfectamente en la palestra de los santos ejercicios. Rodeado de tan bizarros conmitones se presenta en Roma, asegurado milagrosamente del favor divino, para fundar allí, en la roca del Vaticano la orden militar trazada de antemano en la cripta de Santa María de Montmartre. Allí, á la vista del Romano Pontífice, de quien serán los guardias de corps, ensayan juntos sus bien templadas armas, dándose á las faenas del apostolado, antes de abrir la gran campaña que ha de tener por teatro el mundo entero, y por duración toda la serie de los siglos. «Ejercítanse, según el testimonio del citado Pontífice, en predicar la palabra de Dios y exhortar á los fieles con santas meditaciones á vida honesta y loable, en servir á los pobres en los hospitales, y enseñar á los niños é ignorantes la doctrina cristiana con las cosas necesarias para la salud eterna, y, finalmente, en todos los oficios de caridad que sirven para la edificación de las almas.» Distribúyense para el trabajo las principales ciudades de Italia, re-

¹ Bulla confirm. Soc. Iesu.

cogen en todas ellas copioso fruto con admiración del mundo que ve aquella manera de vida tan nueva y tan conforme á la verdad evangélica...y el jefe de todo aquel movimiento es Ignacio que los dirige con el consejo y el ejemplo. Entonces, finalmente, á la voz del gran Pontífice Paulo III que exclama: *Digitus Dei est hic*, aparece, robusta ya en su misma cuna, dispuesta á extender por las cuatro partes del orbe conocido sus conquistas, la que se llamó *Minima Compañía de Jesús*.

12. No en vano lleva esta denominación, no para enorgullecerse, sino para tener siempre presente su espíritu. *Compañía* es, no sociedad; *de Jesús*, que no de Ignacio; *minima*, porque, como ha venido la última de todas, debe ocupar el ínfimo lugar entre los aguerridos escuadrones de la Iglesia. Todo en ella respira genio militar. Oíd cómo se describe ella misma por boca de sus primeros fundadores: «Cualquiera que en esta compañía pretende asentar debajo del estandarte de la cruz, para ser soldado de Cristo...»¹ ¡Ahí la tenéis amparada del pabellón de la cruz, agrupada en derredor de la real bandera del sumo Capitán Jesús! Es un puñado de valientes, resueltos á defender esa bandera, á costa de su sangre, hasta el postrer aliento. ¿Cuál es el fin que se proponen? Dícenlo ellos claramente: «Servir á sola su divina Majestad y á su Esposa la santa Iglesia, bajo el Romano Pontífice, Vicario de Cristo en la tierra... Defender y dilatar la santa fe católica, ayudar á las almas en la vida y doctrina cristiana, socorrer y servir con obras de caridad á los menesterosos, según que juzgásemos ser necesario para la gloria de Dios y el bien universal.» Y aunque, como dice el Apóstol, *ningún*

¹ Bulla confirm. Soc. Jesu Pauli III.

*soldado milita jamás sin estipendio*¹, nuestros generosos soldados protestan que «todo lo han de hacer graciosamente, sin esperar ninguna humana paga ni salario por su trabajo»².

13. Inútil es decir cuán á punto llegaba este refuerzo de tropas ligeras á engrosar las numerosas huestes de la militante Iglesia, entonces, más que nunca, combatida acérrimamente en toda la línea de batalla por los poderes infernales coligados para acabar, si posible fuera, con el reino de Cristo. Ninguno de vosotros ignora cuál era la situación del cristianismo, entrado ya el siglo XVI, siglo de agitación moral, política y religiosa. Incendiado veíase el campo del Señor, y reducido á escombros en gran parte el sagrado edificio de la religión. Alemania y los países del norte de Europa, devastados por el fanatismo de los sectarios de Lutero; Inglaterra, rebelada contra la autoridad de la Sede Apostólica, precipitándose en el cisma y la herejía; Francia y Suiza, trastornadas y revueltas con los monstruosos errores de Calvino y Zuinglio; Italia misma, España y las otras naciones católicas, amenazadas muy de cerca del contagio de las doctrinas heréticas; finalmente, el mundo entero, contaminado con tantos vicios y tan espantosa relajación de costumbres, que parecía inevitable la ruina universal de la santa fe católica. ¡Espectáculo aterrador que hacía temblar á los celosos pastores de la Iglesia, mientras alzaban sus clamores al cielo todas las almas piadosas! Entre tanto la América y el Asia descubrían nuevos y dilatadísimos campos dispuestos á recibir el grano de la predicación evangélica. Mas ¿quién podía atender á nuevas conquistas, cuando á duras pe-

¹ 1 Cor. 9, 7.

² Ubi supra.

nas se lograba conservar y defender las antiguas posesiones? Era, pues, necesario que la Iglesia sostuviese á la vez dos guerras, defensiva y ofensiva: aquella, contra los enemigos que la atacaban en el viejo mundo; y ésta, contra las potestades del infierno que ocupaban hasta entonces pacíficamente las vastas regiones del nuevo continente. Ignacio, el grande Ignacio, al frente de su compañía de voluntarios, ardía por salir á la defensa de la Iglesia, y hasta soñaba con efectuar grandes conquistas, con solos diez soldados, en el mundo entero, entre católicos, herejes y gentiles. ¡Oh alma heroica, mayor que el universo!¹

14. Y ¿creeréis, hermanos míos, que el sueño de Ignacio se convirtió muy presto en realidad! No hay que admirarse, porque «la mano del Señor no está abreviada»². Ignacio no pudo menos de exclamar: *Dextera Domini fecit virtutem: dextera Domini exaltavit me*³, al ver el maravilloso desarrollo de su pensamiento por medio de sus hijos. Al morir en 1556, dejaba su Orden dividida en doce provincias con cien casas ó colegios: los diez socios se habían convertido en más de mil. Imposible me sería bosquejar aquí el cuadro de las empresas, al parecer increíbles, realizadas en el mundo por esta compañía transformada en invencible batallón, durante los tres siglos y medio que cuenta de existencia, en los que, como dice un imparcial historiador⁴, «su historia se identifica con la de la gran reacción católica» iniciada con el concilio de Trento. No es tampoco mi intento hacer el elogio, tantas veces repetido en este mismo lugar por voces más autori-

¹ Gerens animum mundo majorem (Greg. XV.).

² Is. 59, 1.

³ Ps. 117, 16.

⁴ Macaulay.

zadas, de la esclarecida Orden de que me reconozco indigno miembro, de esa célebre Compañía cuyo mejor elogio no se sabe si es el odio de los malos ó el amor de los buenos. Para enaltecer el nombre de su Fundador bástame presentarle siempre á la cabeza de su Compañía, siendo cosa indiscutible que las glorias del ejército pertenecen al jefe que lo guía á la victoria. La Compañía cede gustosa todos sus lauros á su padre y capitán, sin cuya dirección nada ha hecho jamás, no sólo cuando el Santo vivía en la tierra dirigiendo desde su atalaya de Roma todos los movimientos de sus soldados, pero aun después que desde lo alto de los cielos contempla, escuda y anima á sus guerreros, haciéndolos fuertes con la admirable disciplina de sus constituciones.

15. ¡Oh! ¡las constituciones escritas por la pluma inspirada del santo Fundador! He ahí, no solamente el monumento de su celestial sabiduría, sino también la mayor de las glorias de este Capitán de Cristo, escogido para llevar el nombre de Jesús hasta los últimos confines de la tierra. Sí, cristianos: por las constituciones, aun no escritas, se formó la Compañía, por ellas se desarrolló prodigiosamente, por ellas se conservó sin decadencia hasta que plugo á Dios dar tregua á sus fatigas por algunos años, y por ellas renació de sus propias cenizas á principios de este siglo, y se siente á fines de él tan perfectamente organizada y vigorosa como en los postreros años de su siglo de oro. ¡Bendita sea la virtud prodigiosa encerrada en esas famosas constituciones, que los mismos enemigos de la Iglesia han querido contrahacer y remedar para muy distintos fines! Todo en vano; porque, si bien han podido robarles la letra, no han podido adueñarse de su

espíritu; y *Spiritus est qui vivificat*¹. Y ¿en dónde está ese espíritu vivificador? Allí lo tenéis, en esas cuatro letras escritas en la primera página del libro que Ignacio lleva entre sus manos, radiantes en los pliegues del pabellón que empuña: A. M. D. G.² Todo consiste en que no hay nada en las constituciones que no se ordene y acomode al alto fin de la gloria del Señor³. Si otra cosa que esta gloria hubiera buscado el santo autor de las constituciones, su obra habría corrido la suerte de todas las obras de los hombres, hijas de la ambición, del cálculo, de mal disfrazadas pasiones. Sólo la gloria de Dios es eterna; y cuanto de ella emana, ó á ella se endereza, participa de su eternidad. Por eso dura y durará eternamente la Iglesia de Cristo, trono gigantesco de la gloria del Altísimo; y la Compañía deberá su duración á su inviolable adhesión á esa Iglesia para cuya defensa nació, y á cuyo reposo sacrificó también su vida. De ella la recobró no muy tarde: de ella la recibe el día de hoy. Á su servicio la consagra con todas sus fuerzas: ¡perezca más bien que dejar de servir á la gloria de Dios y á la causa de la Iglesia!

16. He aquí, pues, que Ignacio vive y vivirá en su obra. Si hoy ésta se levanta en actitud de gigante para luchar á brazo partido con los nuevos monstruos que vomita el infierno en este siglo, con la incredulidad y el ateísmo, la falsa ciencia y las falsas libertades; si hoy se esfuerza, por medio de sus hijos, en contener siquiera los progresos del vicio y del error, esperando que sea más apacible la luz del siglo venidero, Ignacio

¹ Io. 6, 64.² Ad maiorem Dei gloriam.³ Procem. Constit. Soc. Iesu.

es siempre el mismo, el Capitán de Cristo, que no buscó en su vida ni busca hoy otra cosa que la gloria de aquel Dios á quien ya contempla cara á cara. Peleó como bueno, acaudillando un ejército de bravos; y ahora rodeado de más de cincuenta mil hijos suyos que comparten su gloria y su bienaventuranza, ciñe la corona de justicia¹ prometida, no sólo á él, sino á cuantos participaren de su espíritu. ¡Á solo Dios honor y gloria perdurable por siglos de siglos! Amén².

PRIMER PANEGÍRICO DE SAN JUAN DE DIOS

(predicado en su iglesia, en Bogotá, marzo de 1895).

Juan fué todo de Dios.

Fuit homo missus a Deo, cui nomen erat Ioannes.

Hubo un hombre enviado de Dios, que se llamaba Juan.

Io. 1, 6.

1. ¡Por cuán diversas sendas buscan los hombres la vanidad de la gloria y tratan de escalar las cumbres del aplauso popular! Mientras los unos cifran toda su grandeza en llevar, tal vez indignamente, un nombre ilustre, pagados de pertenecer á un árbol genealógico de antiguas raíces y frondosas ramas; los otros, que nada deben á la suerte ni á la historia, se lanzan, con mejor consejo, por las anchas vías del trabajo y de la industria personal en busca de la ansiada popularidad, como el audaz guerrero á los campos de batalla, ansioso de recoger entre charcos de sangre espléndidos laureles. Quiénes se consagran al cultivo de las ciencias,

¹ 2 Tim. 4, 8.² 1 Tim. 1, 17.

espíritu; y *Spiritus est qui vivificat*¹. Y ¿en dónde está ese espíritu vivificador? Allí lo tenéis, en esas cuatro letras escritas en la primera página del libro que Ignacio lleva entre sus manos, radiantes en los pliegues del pabellón que empuña: A. M. D. G.² Todo consiste en que no hay nada en las constituciones que no se ordene y acomode al alto fin de la gloria del Señor³. Si otra cosa que esta gloria hubiera buscado el santo autor de las constituciones, su obra habría corrido la suerte de todas las obras de los hombres, hijas de la ambición, del cálculo, de mal disfrazadas pasiones. Sólo la gloria de Dios es eterna; y cuanto de ella emana, ó á ella se endereza, participa de su eternidad. Por eso dura y durará eternamente la Iglesia de Cristo, trono gigantesco de la gloria del Altísimo; y la Compañía deberá su duración á su inviolable adhesión á esa Iglesia para cuya defensa nació, y á cuyo reposo sacrificó también su vida. De ella la recobró no muy tarde: de ella la recibe el día de hoy. Á su servicio la consagra con todas sus fuerzas: ¡perezca más bien que dejar de servir á la gloria de Dios y á la causa de la Iglesia!

16. He aquí, pues, que Ignacio vive y vivirá en su obra. Si hoy ésta se levanta en actitud de gigante para luchar á brazo partido con los nuevos monstruos que vomita el infierno en este siglo, con la incredulidad y el ateísmo, la falsa ciencia y las falsas libertades; si hoy se esfuerza, por medio de sus hijos, en contener siquiera los progresos del vicio y del error, esperando que sea más apacible la luz del siglo venidero, Ignacio

¹ Io. 6, 64.² Ad maiorem Dei gloriam.³ Procem. Constit. Soc. Iesu.

es siempre el mismo, el Capitán de Cristo, que no buscó en su vida ni busca hoy otra cosa que la gloria de aquel Dios á quien ya contempla cara á cara. Peleó como bueno, acaudillando un ejército de bravos; y ahora rodeado de más de cincuenta mil hijos suyos que comparten su gloria y su bienaventuranza, ciñe la corona de justicia¹ prometida, no sólo á él, sino á cuantos participaren de su espíritu. ¡Á solo Dios honor y gloria perdurable por siglos de siglos! Amén².

PRIMER PANEGÍRICO DE SAN JUAN DE DIOS

(predicado en su iglesia, en Bogotá, marzo de 1895).

Juan fué todo de Dios.

Fuit homo missus a Deo, cui nomen erat Ioannes.

Hubo un hombre enviado de Dios, que se llamaba Juan.

Io. 1, 6.

1. ¡Por cuán diversas sendas buscan los hombres la vanidad de la gloria y tratan de escalar las cumbres del aplauso popular! Mientras los unos cifran toda su grandeza en llevar, tal vez indignamente, un nombre ilustre, pagados de pertenecer á un árbol genealógico de antiguas raíces y frondosas ramas; los otros, que nada deben á la suerte ni á la historia, se lanzan, con mejor consejo, por las anchas vías del trabajo y de la industria personal en busca de la ansiada popularidad, como el audaz guerrero á los campos de batalla, ansioso de recoger entre charcos de sangre espléndidos laureles. Quiénes se consagran al cultivo de las ciencias,

¹ 2 Tim. 4, 8.² 1 Tim. 1, 17.

quiénes al tráfigo de los negocios, quiénes al servicio de la patria. De allí surgen airosas figuras de sabios, estadistas, patriotas; y para todos hay palmas y voces de aclamación y nubes de incienso. Aquí se corona, en pleno teatro, al bardo popular, acariciado por las musas; allí se dan vivas al hijo de la victoria, al genio de la guerra; más allá se decretan honores y ovaciones al talento superior de gobierno, al padre de la patria, al bienhechor de los pueblos. Pero vanos son y estériles todos esos esfuerzos en busca de la gloria verdadera, de la gloria inmarcesible y eterna. Otras son las sendas por donde marcha el hombre guiado por luces superiores á las de la humana razón: otros los caminos, no trillados por las almas vulgares, por donde ha conquistado el trono de gloria donde brilla á nuestros ojos y á los de toda la tierra el humilde Juan de Dios.

2. Nació plebeyo y murió rey: hijo de casi ignorados padres, labróse en el servicio de Dios una genealogía nueva y singular; anduvo por los caminos de la justicia y atravesó las sendas ásperas de la santidad, y se hizo rico de bienes espirituales, y aun dispensador de riquezas materiales que puso en manos de millares de pobres y menesterosos que hoy todavía acuden á mendigar á sus puertas. Pudo decir, como la Sabiduría personificada en los sagrados Libros: *In viis iustitiae ambulabo, in medio semitarum iudicii, ut ditem diligentes me*¹. ¿Qué gloria puede igualar á la suya? Nosotros, con la voz de la humanidad entera, le aclamamos hoy por centésima vez «Padre de los pobres», «Salud de los enfermos», «Prodigio de misericordia»; y ¿qué títulos puede dar el mundo más gloriosos ni más justamente

¹ Prov. 8, 20 sq.

merecidos? Pero veamos ya cuál fué el secreto que le valió tan brillante y tan sólida popularidad.

3. Juan de Dios (¿qué mejor apellido?) no fué más ni menos que lo que expresa su glorioso sobrenombre: «de Dios»; y ¿para qué necesitaba ser más? ¿No es bastante ser *de Dios*, en toda la extensión de la frase, para llegar á ser más grande que los grandes de la tierra? ¡Ah! ¡qué dicha y qué gloria es ser de Dios, como lo fué Juan de Montemayor, su patria, ó de Granada, el teatro de sus hazañas! Juan fué de Dios, 1º por singular predestinación; 2º por una total consagración, 3º por una especie de divinización. Fué de Dios como hijo predilecto, como siervo fidelísimo, como viva imagen de la Divinidad; y esto nos lo revelarán los rasgos más notables de una vida que debe ser nuestra admiración, y también nuestro modelo. Imploramos etc. *Ave Maria*.

I.

4. Aprendamos la hermosa y sublime doctrina que expone el apóstol San Pablo en su carta á los romanos sobre nuestra elección y vocación á la gloria. *Quos præsavit et præsavit, hos et vocavit*¹. Entra por mucho en la vocación del hombre la divina presciencia y el decreto de la predestinación. Á los que Dios previó que serían conformes con la imagen de su Hijo unigénito, como hermanos en todo semejantes al que había de ser y es el primogénito de la familia divina, á esos llamó con vocación especial al propósito de la santidad². Á la vocación sigue la justificación, y á ésta la gloria. *Quos vocavit, hos et iustificavit: quos autem iustificavit, illos et glorificavit*.

¹ Rom. 8, 29, 30.

² Ibid. 8, 28

Nada más lógico ni más razonable que este proceso en las operaciones divinas: menester es que Dios llame para que el hombre, de suyo incapaz de estado y condición sobrenatural, pueda llegar á la verdadera filiación adoptiva del Padre celestial y á la herencia soberana de la bienaventuranza. Dada la correspondencia del hombre á la gratuita y misericordiosa vocación de Dios, la justificación no se hace esperar, pues nadie como Dios está pronto para dar su espíritu de bondad á los que se lo piden¹; y los divinos influjos de este Espíritu son los que infunden en el espíritu del hombre la imagen de Dios, sus dones y su gracia, fuente de toda justificación: *Ipse enim Spiritus testimonium reddit spiritui nostro, quod sumus filii Dei*². Justificados ya por gracia, se nos instituye herederos legítimos de la gloria, por participación que de ella nos hace el primer heredero y mayorazgo, Cristo Jesús: *Quos iustificavit, illos et glorificavit*. ¿No son magníficas las trazas de Dios en orden á la felicidad del hombre? *Quid ergo dicemus ad hæc?* continuaba el Apóstol³: ¿Qué nos toca decir sino que Dios es admirable y adorable en la elección y en la santificación de aquellos á quienes quiere colocar en los tronos más eminentes de su gloria? Estos son los condecorados con el título especial de «Hijos de Dios»: *multi sunt vocati, pauci vero electi*. Éstos forman la porción selecta de que habla el Evangelio⁴; éstos, los que llamamos *santos*, señalados desde antes de la cuna con el carácter de especial predestinación; y no será el hombre temerario y ciego quien se atreva á discutir á Dios el derecho de es-

¹ Luc. 11, 13.² Rom. 8, 16.³ Ibid. 8, 31.⁴ Matth. 20, 16.

coger, entre la masa de sus criaturas racionales, las que han de formar su corte y su familia. Uno de estos elegidos y designados para ser doméstico de la casa del Señor y su propiedad exclusiva, fué el glorioso Juan de Dios, así llamado milagrosamente, primero por la voz de un niño, que no debió de ser habitante de este mundo sino ángel ó el mismo Jesús en forma de agraciado infante; y luego por mandato de un prelado de la Iglesia, el ilustre Ramirez de Fuen-Real; y, en fin, por toda la ciudad de Granada y la voz unánime de todo el pueblo católico.... Sí, cristianos: nuestro Juan fué de Dios por una gracia de singular predilección: *quoniam prævenisti eum in benedictionibus dulcedinis*¹.

5. Apenas nace cuando las campanas de los templos, movidas por invisible mano, se echan á vuelo, y resplandores insólitos, destellos del cielo, iluminan la modesta alcoba donde Juan exhala los primeros gemidos del recién nacido. Los ángeles se alegran, *quia natus est homo in mundum*², porque ha nacido un hombre que, émulo del ministerio angélico, procurará bienes sin cuento á toda la familia humana. Sí, los ángeles, que habían de codiciar algún día ser compañeros de Juan en el servicio de los enfermos, tomando la figura del mismo á quien reemplazaban en los oficios de la misericordia; los ángeles, cuyo príncipe Rafael no se desdeñaría de vestir el mismo hábito que traía el Santo y de llamarse su ayudante y su guarda, prestándole servicios de fámulo para el alivio de los pobres. ¿No fueron los ángeles los que guardaron de innumerables peligros de muerte al pobre niño de ocho años, arrancado del hogar y de la patria, los que defendieron al

¹ Ps. 20, 4.² Io. 16, 21.

joven soldado Juan de Dios? Ciertamente fué la Reina de ellos, María santísima, la que primero en tierra enemiga, después en el campamento de los suyos, más tarde en Hungría y en mil otros sitios y ocasiones arrancó á su devoto Juan de las garras mismas de la muerte. Derribado violentamente de la cabalgadura que montaba el recluta de Fuenterrabía, dió consigo en un peñasco quedando como muerto por espacio de dos horas, bañado en sangre y expuesto á otro más grave riesgo, el de caer prisionero en manos enemigas. Vuelto en sí, puesto de rodillas, invoca á su querida Reina, la Madre que empezó á amar desde la infancia; y María, no contenta con favorecerle de eficaz manera en tan apurado trance, se digna aparecérselle, en figura de bellísima pastora de aquellos contornos, dale de beber un poco de agua y le alienta con suavísimas palabras. Yo creo, hermanos míos, en hechos de este género, cuando se trata de personajes extraordinarios, cuya historia demuestra claramente haber sido objeto de una providencia no común. Y ciertamente los pasos de la juventud de nuestro Santo lo dan bastante á conocer.

6. Hasta la edad bien avanzada de cuarenta años no aparece caracterizada su vocación. Nadie, ni menos él mismo, sabe para qué lo tiene Dios en este mundo. Todas las circunstancias del medio que le rodea le son desfavorables, al grado de no poderse esperar de él nada de bueno, ni siquiera un decente y honroso porvenir. Huérfano á los ocho años, trasladado del suelo patrio al de Castilla, donde asienta plaza de pastor, lejos de todo pariente, al servicio de un amo poderoso, el conde de Oropesa, pasando después al servicio militar, pobre soldado en la frontera de Francia y más adelante en Alemania, en la guerra contra el turco;

vuelto de allí á ejercer el primitivo empleo de pastor en tierra de Sevilla; aventurero en África, jornalero en las fortificaciones de Ceuta, peregrino por varias ciudades dotadas de célebres santuarios, como Santiago de Compostela y Guadalupe, mercader de libros é imágenes piadosas en Gibraltar y Granada ... ¿quién diría que había de llegar el pobre Juan, sin apellido hasta entonces, á ser la personificación de la caridad en el siglo XVI, el hombre á quien el mundo entero honraría apellidándole *de Dios*? ¡Ah! para adivinar tan alto destino hubiera sido necesario el ojo del profeta que rasga el denso velo del más obscuro porvenir. Mas ¿no se dice de un devoto ermitaño que anunció, al nacer el predestinado niño, la santidad á que había de llegar? ¿no fué vidente de los destinos gloriosos de Juan de Dios aquel otro Juan, el Maestro por antonomasia y Apóstol de Andalucía, hoy Beato Juan de Ávila, cuando en Baeza predijole muchas cosas que le habían de suceder, aconsejándole fijase su residencia en Granada, donde él mismo con su ardentísima palabra le había convertido en santo?

7. En efecto, hermanos míos, sabido es el papel importantísimo asignado por la Providencia al célebre Maestro Ávila en la santificación de Juan de Dios. Á él fué á quien tocó la gloria de convertirle, si conversión puede llamarse la súbita y portentosa mudanza con que de una piedad no común hizole ascender á la cumbre de la santidad en un momento y como de un salto gigantesco. Tal fué, según testimonio de la santa Iglesia¹, la conversión de Juan de Dios. Y, si hasta entonces había merecido este renombre por su especial

¹ Eccl. in festo S. Ioannis de Deo.

predestinación á una insigne santidad y á una gloria extraordinaria, merecióle por nuevo y mejor título desde el momento en que, descubierto ya el derrotero de su vida, se consagró totalmente al servicio de su Dios de la manera más perfecta que pueda hacerlo la criatura.

II.

8. ¡Hermosa escena la que ofrecía Granada el día de San Sebastián de 1535! Predicaba en una ermita del glorioso mártir el famoso Padre Juan de Ávila con su acostumbrado espíritu, y de las saetas del mártir pasó á las del amor divino¹. Escuchábase absorto Juan de Dios, y abrasado su corazón en incendios de caridad vivísima, traspasó todos los límites de la prudencia humana, dejándose arrebatar de una especie de furor sagrado que le llevaba á hacer demostraciones nunca vistas, que el vulgo ignorante calificaba de locuras; no de otro modo que los primeros apóstoles, cuando, sintiéndose llenos del fuego del Espíritu Santo, se lanzaron á las calles, á guisa de ebrios, que lo estaban, pero no de vino, sino de celestial entusiasmo². ¿Quién no hubiera respetado aquella sobrenatural emoción, aquel dolor sublime con que Juan, vueltos al cielo los humedecidos y hermosos ojos, hiriéndose el pecho y el rostro con violentos golpes y hasta rasgando sus vestidos, furioso de puro amante, confesaba á gritos sus pecados, que una contrición perfectísima le hacía creer los más enormes cometidos en la tierra? ¡Ah! momento fué aquél decisivo en la transformación de nuestro Santo. Desde entonces pudo asegurar con el Apóstol: *Vivo,*

¹ Ribadeneyra, Flos Sanctorum.

² Act. 2, 4. 13. 15.

*pero ya no yo, sino Cristo vive en mí*¹. Juan de Dios, para ser todo de Dios, ya no quiere conservar nada de sí; despójase en el mismo punto de los pocos bienes de fortuna que aún conserva, ofrendándolos para libertar á veintidós encarcelados por deudas, reparte los libros piadosos, rompe los profanos, no quiere ya ni ajuar ni casa ni la propia estimación, y quisiera dar la vida misma en holocausto para desagravio de la Majestad divina. Hecho el blanco de las burlas del ciego populacho, herido y afrentado, exclama: «Quien fué traidor contra su Dios, bien merece ser maltratado de todas las gentes; quien estuvo en el fango de los vicios, justo es que se revuelque en el lodo.» Nada más cuerdo, en efecto, que este modo de discurrir y de sentir. ¡Felices los pecadores que llegan á comprender y palpar la infinita gravedad de sus pecados! El insigne maestro de espíritu Juan de Ávila le admite por discípulo, no acabando de admirar el espíritu de Dios que le lleva por tan extraños y maravillosos caminos.

9. Probado en el crisol de tan ruda prueba, nuestro Santo, ya todo de Dios, no piensa sino en consagrar vida y fuerzas todas al servicio de su Redentor. Su corazón compasivo le avisaba, hacía largo tiempo, que debía dedicarse al servicio de los pobres. Bien claro se le da á entender la Reina de la misericordia poniéndole en la cabeza una corona de espinas, en visión imaginaria, pero con verdadero dolor, que, por venir de tales manos, al dichoso Santo parecíale blandura de rosas y claveles. Al leer en seguida un aviso que decía: *Esta casa se alquila para pobres*, ya no duda del significado de su corona de espinas. Sin tener cau-

¹ Gal. 2, 20.

dal ninguno toma la casa en arriendo, y sale por la ciudad buscando enfermos desamparados; tráelos sobre sus flacos hombros al improvisado hospital, colócalos, en número de más de cuarenta, en bien aderezadas camas, lávalos los pies y se los besa con amor de madre y humildísima ternura. ¡Está feliz en la Casa de Dios! Pero á estos desvalidos que han hallado en otro pobre, tenido por demente, un nuevo y verdadero padre, es preciso sustentar y curar: ¿quién les proveerá de alimentos y medicinas? ¡Ah! ¿quién otro que el mismo que los recogió de la calle y la intemperie, y les dió albergue en cómoda habitación, y los tiene ya casi aliviados y sanos de alma y cuerpo! Mirad aquel mendigo que va de puerta en puerta, con un gran saco á cuestras y dos enormes ollas colgadas del cuello, dando voces lastimeras, implorando la pública compasión en estos expresivos términos: «¡Hermanos, dad limosna para vosotros mismos!» Es Juan de Dios, el hombre estafalario de ayer, aquel que hacía locuras y ahora se ha metido á director de una obra superior á sus fuerzas, á fundar y sostener un hospital, sin tasar el número de enfermos. Y ¿quién le ayuda en su loca empresa? ¿quién le sirve? Nadie, todo lo hace él y nadie más que él. Barre las salas, trae el agua de la fuente pública, tiende las camas, hace la limpieza y sirve á sus queridos pobres en todos los oficios de dentro y fuera de la casa. Y ¿duerme? Sí, pero entre sus enfermos, en el suelo, sin más abrigo que una estera, una manta y una piedra por almohada. Mas ¿para qué necesita de cama quien pasa casi toda la noche en oración? Verdaderamente es un caso singular: quien tal hace, está visto, es un varón de Dios.

10. Y, que de veras lo sea, pruébalo el ensanche y la creciente perfección de las obras emprendidas. Ya no es uno sólo el asilo de los menesterosos. La fama del nuevo establecimiento ha traído multitud de enfermos, y ha sido menester abrir otro más capaz. Juan es también su fundador; y ¡con qué tino lo tiene todo organizado! Aquí ya están separadas las enfermerías, según la diversidad de las enfermedades, y como lo exigen la moralidad y la higiene. Hay salas de calenturientos, de enfermos contagiosos, de incurables. Hay departamentos para pobres y peregrinos; hay estufas en que se calientan por el invierno hasta doscientas personas cómodamente; hay despensas y boticas; todo, en fin, está tan bien distribuído y ordenado, que bien puede llamarse regío el hospital de la calle de los Gomeles, aunque no se sustente con fondos de la caja real como el otro situado á extramuros de Granada. Pero ¿qué digo, dos grandes hospitales? Innumerables son los que ha fundado el glorioso Padre de los pobres enfermos, si no personalmente y con sus manos, sí con su ejemplo y con su espíritu transmitido á sus benditos hijos, los Hermanos Hospitalarios de San Juan de Dios. ¿Quién podrá referir los aumentos maravillosos de esa nueva familia religiosa, encomiada y confirmada por el santo Pontífice Pío V, y dilatada en pocos años por casi todos los países de Europa y América, hasta contar en sólo España, antes de ser extinguida por la revolución en nuestro siglo, más de cincuenta hospitales? Y ¿no los han tenido también en grandísimo número Francia, Italia y Alemania? ¿Hay algún hospital en las repúblicas hispanoamericanas que no se gloríe con el título de San Juan de Dios? Mas, no sólo los religiosos de la Orden, ya por desgracia muy contados,

á causa de la devastación de las Órdenes religiosas llevada á cabo por el fanatismo inhumano de la secta que se dice humanitaria; también los piadosos y caritativos Hermanos laicos, que han reemplazado á los primeros y se ocupan con increíble solicitud en el alivio de los enfermos: todos, en fin, de cualquier clase que sean, cuantos participan del espíritu de caridad que despertó en el mundo nuestro Santo, pueden apellidarse hijos suyos, los cuales, esparcidos por toda la redondez de la tierra, pregonan en universal concierto la gloria del gran siervo de Dios y portaestandarte de las obras de misericordia. En su escuela se formaron, no hay duda, los grandes campeones de la caridad en los tiempos modernos, Camilo de Lelis, Vicente de Paúl, Pedro de San José de Betancur.... En sus ejemplos se inspirarán todas las almas misericordiosas hasta el fin de los siglos; pues, mientras haya caridad sobre la tierra, resonará como celestial melodía, en los oídos de los menesterosos, el nombre querido de San Juan de Dios.

II. Consagrado en alma y cuerpo al servicio de Jesucristo en sus representantes, los pobres, nuestro Santo, que lleva dentro del pecho un corazón de apóstol, dilata la esfera de su caridad mucho más allá de los límites de las necesidades de la materia, extendiendo su acción prodigiosa hasta las mil indigencias del espíritu. Si tan solícito cuida de los cuerpos enfermos, mucho más se afana por la salud de las almas. ¡Á cuántos corazones llagados por el vicio logra devolver la salud! ¡Á cuántos pechos atribulados lleva el bálsamo de la tranquilidad! ¡Bendito amigo de todos los necesitados! ¿quién te buscó y no te halló? ¿quién te pidió, aunque fuera la sangre y la vida, y no recibió de tí socorro? Aun sin buscarlo hallábanlo los pobres,

cuyas necesidades descubrió más de una vez el Santo por revelación del cielo. Enfermo ya y casi moribundo sale corriendo del hospital, sin que nadie sea parte á detenerle, en busca de un desgraciado artesano que, vencido por la desesperación, iba á echarse un lazo al cuello. Encuéntrale Juan debajo del árbol de la muerte, arráncale la soga y le devuelve, con la esperanza, la doble vida, temporal y eterna; tornando él á tenderse en su lecho mortuario, coronado con este nuevo lauro de victoria. Bien se ve que sería imposible, dentro de los estrechos límites de un discurso, el bosquejar ni siquiera á grandes rasgos el cuadro de sus obras de misericordia, que abarca toda clase de necesidades, así como todo linaje de necesitados: niños huérfanos en completo desamparo, pobres vergonzantes, doncellas en peligro, viudas desheredadas, casadas que yacen en la miseria, pleiteantes sin recursos para defender su derecho, soldados hambrientos, pecadores y pecadoras, vivos y muertos.... ¿Adónde no llegaban los rayos bienhechores de este sol de Dios? Gigante de santidad, recorre de un paso todo el trayecto de la perfección, subiendo hasta su cima; y desde allí vivifica con suave calor á todos los mortales. *Exultavit ut gigas ad currendam viam ... et occursus eius usque ad summum eius, nec est qui se abscondat a calore eius*¹. Fué de Dios por una consagración total á su servicio; pero aun más resplandeció su carácter divino en los carismas con que plugo á Dios adornar su persona.

III.

12. Divino es el varón que de un modo especial y extraordinario refleja en sí los atributos de la Divini-

¹ Ps. 18, 6-7.

dad, por cuya semejanza aparece á la faz del universo como un ángel de Dios, como una visión celestial, deslumbrante, majestuosa, encantadora. Tal fué en pleno siglo XVI, siglo fecundo en grandes santos, el que hoy recibe en ese altar nuestros piadosos homenajes. Y no sé qué admirar más, ni qué presentar á vuestra consideración como más digno de admiración y alabanza entre tantos rasgos y caracteres como le dan derecho á que se llame divino. Á manera de brillantes rayos que circundan la frente del servidor de Cristo, considero su poder más que humano sobre los corazones de los hombres, su visión profética, su imperio sobre los demonios, su exención de las leyes comunes de la naturaleza; y, acaso, admiro más que todo el señorío portentoso que ejerció sobre sí mismo.

13. Porque, en efecto ¿qué cosa más sublime que este dominio de sí mismo, cuando llega á destruir hasta el germen de las más indomables pasiones, la ira, el amor propio, la venganza? La misma moral pagana, por boca de Cicerón, reconoció que «vencerse á sí mismo, refrenando los ímpetus de la ira, es una hazaña que eleva al hombre sobre toda humana grandeza, haciéndole muy semejante á Dios»¹. Pues ¿quién se venció más que nuestro Juan? Si las vidas de todos los santos de la Iglesia son otras tantas escuelas de heroísmo, la del nuestro puede señalarse entre muchas por lo extraordinario de sus vencimientos. Querer pasar por loco á fin de cosechar insultos y vengar en sí las ofensas de Dios, y estar dispuesto á arrostrar estas afrentas por todo el espacio de su vida, si la obediencia no se lo estorbara; entrar cargado de leña hasta el centro

¹ Cicerón, Pro M. Marcello.

de la ciudad donde es harto conocido, para hacer el papel de pordiosero, echarse á cuestras los enfermos y aun los muertos; tratar con sus propios labios las llagas asquerosas; presentar la otra mejilla al caballero indigno de este nombre, que le estampa una horrible bofetada; responder con sonrisa de amor á una vil mujercilla que públicamente le insulta; recibir, en fin, como lluvia de rosas los agravios y corresponder á ellos con palabras corteses de agradecimiento: hechos son, hermanos míos, que sobrepujan á toda humana fortaleza y desafían la más heroica magnanimidad.

14. ¿Qué pensar del poder de Juan de Dios sobre los corazones, á las veces más duros que el bronce y el pedernal? ¿No era una participación de la omnipotencia de aquel Dios que tiene en su mano los corazones de los hombres, y los dobla y los mueve como le place? Ya se trate de erogar grandes caudales para las gigantescas obras que emprende el santo limosnero, ya de abandonar los vicios, ya de perdonar enemigos, ya, finalmente, de seguir la aspereza de la virtud, no hay corazón rebelde á las insinuaciones de Juan de Dios, quien, con un poder casi divino, parece que fuera árbitro de las determinaciones de sus prójimos. Sin ser hombre de letras, con la elocuencia de su espíritu y sus ruegos caldeados en el horno de la caridad, efectuó conversiones estupendas entre la gente más miserable y perdida. En una sola ocasión reduce á penitencia á ocho escandalosas pecadoras. Valga por todas las maravillas de su celo la célebre conversión del famoso Antón Martín, que llegó á ser sucesor del Santo en el gobierno de toda la Orden, y fundador del hospital de Madrid. ¿Quién era el pobre Antón sino un hombre de más que rotas costumbres (como hablan los bió-

grafos), un miserable que especulaba con la inmoralidad pública, y alimentaba además un odio encarnizado contra otro hombre, á quien perseguía en juicio con más sed de venganza que hambre de justicia? Pues este insigne pecador, rendido milagrosamente á las palabras de Juan, llega á ser su hermano y compañero en el servicio de los pobres, y con él va pidiendo limosna por las calles de la ciudad que, atónita, apenas da crédito á los ojos. Pedro Velasco, el mortal enemigo, los acompaña, vestido del mismo hábito y trocado ya también en humilde hospitalario.

15. Á estos prodigios ayudaba poderosamente la universal persuasión de los habitantes de Granada, de que Juan era un santo y poco menos que profeta; y ¿qué no logra el prestigio de la santidad? Por lo demás esta opinión descansaba en hechos innegables. Habíase observado que, al hacer oración, su ejercicio ordinario durante las noches enteras, salía de su boca un rayo de fuego que subía al cielo; habían visto luces en la obscuridad, cual si los ángeles se encargaran de alumbrarle el camino en altas horas de la noche; había arrojado vivos resplandores una pequeña imagen del Niño Jesús sobre el rostro de un rico genovés que se negaba á dar limosna al Santo: tantas cosas habían llamado la atención de las gentes, que no era dable desconocer tan ilustre santidad, ni resistir á la corriente de veneración que le seguía. De sus profecías auténticas contábase muchísimas. Á la verdad, dice un historiador, no sólo con palabras, mas también con imágenes y figuras profetizaba este siervo de Dios, á la manera de los antiguos profetas. Tal vez ninguna otra de sus profecías supera en importancia, autenticidad y brillo á la que pronunció sobre la duración y futura celebri-

dad de su religiosa familia. «No faltarán muchos, dijo en ocasión solemne, que, siguiendo nuestro instituto, edificarán suntuosas casas y hospitales magníficos.» ¿Quién no admira aquí la luz profética con que vislumbraba, á través de los siglos, los múltiples y suntuosos establecimientos de caridad que habían de fundar los hijos y herederos de sus tradiciones en uno y otro mundo? ¡Ah! sin duda alcanzaba á ver, entre otras de la América, esta grande y bien servida casa de misericordia, honor de Bogotá y monumento de su noble y religioso espíritu.

16. En vano el enemigo capital de Dios y de los hombres, ardiendo en furor, se arma de todo su poder para derribar al pobre Juan. Éste parece haber recibido, entre otros dones, el de imperar sobre los infernales espíritus, como también el de ser superior á las leyes de la naturaleza, las cuales pierden en él su nativa eficacia. La lluvia no le moja, y el fuego no le quema. El demonio huye de él, corrido de no poder vencerle, por más que le maltrata. *Quién es éste*, decían los judíos, mirando con asombro á Jesucristo, *á quien los vientos y la mar obedecen?*¹ ¿Qué clase de hombre es ése, preguntaban los habitantes de Granada, contemplando á Juan de Dios, á quien las llamas respetan? Presa de voraz incendio el vasto hospital real, nadie se atreve á penetrar por sus puertas cerradas por un torbellino de humo y llamas, contentándose la muchedumbre con llorar y lamentar la suerte de los desventurados enfermos próximos á ser reducidos á pavesas; pero he aquí que llega Juan de Dios, y, venciendo el fuego de la caridad que llevaba dentro del pecho, al

¹ Matth. 8, 27.

fuego material que ardía por de fuera, abrióse paso por medio de las llamas, subió á las enfermerías más altas y hasta la cumbre del edificio, sacó en hombros á los enfermos, arrojó los muebles por las ventanas, no curándose del riesgo inminente de su vida, hasta dejar á todos fuera de peligro, rodeándole á él sólo los borbotones de fuego por espacio de media hora, sin causarle daño alguno. El milagro era patente; pero ¿qué mayor milagro que Juan mismo?

17. Respetado por los elementos, diríase que la muerte era impotente para herirle. Pero, si Juan no había de ser una excepción de la ley común de los mortales, por lo menos había de dominarla en cuanto á sus efectos. Muerto estaba, y se le creía vivo al verlo permanecer de rodillas seis horas enteras, abrazando el Crucifijo. Y no fué la muerte la que lo tendió sobre la tierra. Su cadáver exhalaba celestial fragancia, como en vida la despedían sus virtudes. El nombre de Juan resonó durante un año entero en todos los púlpitos de la ciudad que guarda dichosa sus reliquias.

18. Cristianos: ser de Dios, pertenecerle totalmente, no pensar sino en él, no alentar ni vivir sino para darle gloria y procurársela, haciendo todo el bien posible entre los hombres, he ahí la suma de la grandeza humana, he ahí el ápice de la felicidad. Porque, si el hombre no es de Dios de corazón, como lo es de necesidad, tendrá que ser del mundo, de la carne y del demonio; y, por mucho que blasone, no será más que de sí mismo; y ¿de quién tendrá la recompensa! Tengamos á mucha honra ser de aquel que nos dió el ser, que nos rescató con su sangre, que nos amó hasta morir por nosotros, que se hizo todo nuestro y todavía

nos promete dársenos, en calidad de premio, por toda la eternidad. Ser de Dios es poseerle por gracia en esta vida, y gozarle eternamente en la otra. Así sea.

PANEGÍRICO DE SAN JUAN DE DIOS, PATRÓN DE TODOS LOS HOSPITALES DEL MUNDO

(predicado en su iglesia de Bogotá, 1897).

Juan de Dios, santificado y glorificado por la caridad.

Factus sum infirmis infirmus, ut infirmos lucrificarem.

Híceme enfermo con los enfermos, para ganar á los enfermos.

1 Cor. 9, 22.

1. Ya no tendrán razón para quejarse esos millares y millares de enfermos que yacen en los innumerables hospitales del mundo, como se quejaba el pobre paralítico de la Piscina de Jerusalén¹. Ya no podrán decir: *Hominem non habeo*, no tengo un hombre, un hombre que me tome en brazos, que me mire con ojos arrasados en lágrimas, que tome interés por mi salud. Porque ¡feliz inspiración del cielo! el sabio y misericordioso León XIII, que abarca con mirada de padre universal á los hombres de todo estado, clase y condición, por mísera que sea, ha levantado la potente voz y, empuñándose en el solio pontificio y señalando con la diestra mano el cielo: «Enfermos de todos los climas y países de la tierra, ha dicho: *Ecce homo!* ahí tenéis al hombre que necesitáis: mirad á Juan de Dios, sen-

¹ Io. 5, 7.

fuego material que ardía por de fuera, abrióse paso por medio de las llamas, subió á las enfermerías más altas y hasta la cumbre del edificio, sacó en hombros á los enfermos, arrojó los muebles por las ventanas, no curándose del riesgo inminente de su vida, hasta dejar á todos fuera de peligro, rodeándole á él sólo los borbotones de fuego por espacio de media hora, sin causarle daño alguno. El milagro era patente; pero ¿qué mayor milagro que Juan mismo?

17. Respetado por los elementos, diríase que la muerte era impotente para herirle. Pero, si Juan no había de ser una excepción de la ley común de los mortales, por lo menos había de dominarla en cuanto á sus efectos. Muerto estaba, y se le creía vivo al verlo permanecer de rodillas seis horas enteras, abrazando el Crucifijo. Y no fué la muerte la que lo tendió sobre la tierra. Su cadáver exhalaba celestial fragancia, como en vida la despedían sus virtudes. El nombre de Juan resonó durante un año entero en todos los púlpitos de la ciudad que guarda dichosa sus reliquias.

18. Cristianos: ser de Dios, pertenecerle totalmente, no pensar sino en él, no alentar ni vivir sino para darle gloria y procurársela, haciendo todo el bien posible entre los hombres, he ahí la suma de la grandeza humana, he ahí el ápice de la felicidad. Porque, si el hombre no es de Dios de corazón, como lo es de necesidad, tendrá que ser del mundo, de la carne y del demonio; y, por mucho que blasone, no será más que de sí mismo; y ¿de quién tendrá la recompensa! Tengamos á mucha honra ser de aquel que nos dió el ser, que nos rescató con su sangre, que nos amó hasta morir por nosotros, que se hizo todo nuestro y todavía

nos promete dársenos, en calidad de premio, por toda la eternidad. Ser de Dios es poseerle por gracia en esta vida, y gozarle eternamente en la otra. Así sea.

PANEGÍRICO DE SAN JUAN DE DIOS, PATRÓN DE TODOS LOS HOSPITALES DEL MUNDO

(predicado en su iglesia de Bogotá, 1897).

Juan de Dios, santificado y glorificado por la caridad.

Factus sum infirmis infirmus, ut infirmos lucrificerem.

Híceme enfermo con los enfermos, para ganar á los enfermos.

1 Cor. 9, 22.

1. Ya no tendrán razón para quejarse esos millares y millares de enfermos que yacen en los innumerables hospitales del mundo, como se quejaba el pobre paralítico de la Piscina de Jerusalén¹. Ya no podrán decir: *Hominem non habeo*, no tengo un hombre, un hombre que me tome en brazos, que me mire con ojos arrasados en lágrimas, que tome interés por mi salud. Porque ¡feliz inspiración del cielo! el sabio y misericordioso León XIII, que abarca con mirada de padre universal á los hombres de todo estado, clase y condición, por mísera que sea, ha levantado la potente voz y, empuñándose en el solio pontificio y señalando con la diestra mano el cielo: «Enfermos de todos los climas y países de la tierra, ha dicho: *Ecce homo!* ahí tenéis al hombre que necesitáis: mirad á Juan de Dios, sen-

¹ Io. 5, 7.

tado en magnífico trono de gloria cerca del trono de la misericordia¹, bañado el rostro en rayos de divinidad, inclinando el ánimo del Padre celestial en favor de esos queridos enfermos, á cuyo servicio consagró su vida mortal y ahora consagra su poderoso valimento. Ahí tenéis á vuestro Padre, el mismo de siempre, vuestro grande y magnífico Patrono, á cuyo cargo están de hoy más los hospitales de todo el universo y los enfermos de todas las naciones. Dios lo designa por mi boca, y la Iglesia y la humanidad aplauden este nombramiento.»² De manera, cristianos oyentes, que, si antes de ahora la piedad de los fieles en muchos países católicos aclamaba á Juan de Dios patrono de los establecimientos levantados por la mano de la caridad para curar á los enfermos, hoy es la voz autorizada de la Iglesia por el oráculo de su Jefe universal la que así lo decreta, y esta voz tiene resonancia en el cielo y en la tierra. ¡He ahí al amable Fundador de los Hermanos hospitalarios continuando su misión hasta la consumación de los siglos, hasta que ya no haya más enfermos, hasta que todo lo mortal sea absorbido por la vida!³

2. ¡Oh! y ¡cuándo llegará tan fausto día! y ¡cuándo dejará de haber enfermos y menesterosos en este hondo valle de lágrimas y de miserias! Ya lo dijo el Salvador: *Siempre tendréis pobres en medio de vosotros*⁴. Siempre, pues, habrá enfermos á millares y á millones. ¡Oh! ¡si toda la humanidad está enferma! ¡si toda la tierra es un vasto hospital! Hermanos en Jesucristo, abrid los ojos y espantaos: no hay un miembro del cuerpo de la humanidad que esté sano; no hay una partecita de

¹ Hebr. 4, 16.² Decret. SS. D. N. Leonis XIII.³ 2 Cor. 5, 4.⁴ Matth. 26, 11.

este vasto organismo que no esté contaminada¹. El virus mortífero, inoculado en nuestras venas, ha penetrado hasta la medula de nuestros huesos. No os vanagloriéis, hombres sanos y robustos, de la salud y vigor de vuestros miembros: la enfermedad que os aqueja está más adentro, está en el corazón, se ha sentado en las vísceras del alma. ¡Oh! y ¡cuán terrible es; y cuán funestos, sus estragos! Su desenlace no promete ser otro que la muerte, pero la muerte eterna que todo lo destruye, cuerpo y alma. Y ¿no teméis? y ¿nadie parece preocuparse? ¿nadie trata seriamente de ponerse en cura de las dolencias del espíritu? Oíd al Espíritu Santo que os dice: *Podredumbre de los huesos es la envidia*². Y al Real Profeta que exclama, al sentirse pecador: *No hay sanidad en mi carne herida del pecado*³. Escuchad á San Ambrosio que afirma: «Nuestra fiebre es la avaricia, nuestra fiebre es la lujuria, nuestra fiebre es la ambición, nuestra fiebre es la ira. Que no es menos ardiente la fiebre de la concupiscencia que la de la sangre: ésta inflama el cuerpo, aquélla el espíritu.»⁴

3. Mas no hay por qué desesperar. El gran Patrón de los enfermos de todo el universo posee para darnos salud una verdadera panacea, un remedio universal. ¿Sabéis cuál es? *La caridad*. La caridad que le hizo *de Dios*, hízole también *de los hombres*, como al Apóstol: *Hiceme todo para todos*⁵; *Hiceme enfermo para curar á todos los enfermos*⁶. La caridad nos curará, si llega á prender en nuestro corazón, como lo pide hoy la Iglesia por los méritos del Santo⁷. Á este fin

¹ Is. 1, 6.² Prov. 14, 30.³ Ps. 37, 4.⁴ Lib. 4 in cap. 4 Luc., apud Breviar.⁵ 1 Cor. 9, 22.⁶ Ibid.⁷ Eccl. in orat. festi.

vais á ver, 1.^o cómo la caridad santificó á Juan de Dios: 2.^o cómo lo glorificó. María, tierna madre de nuestro Santo, nos obtendrá los auxilios que le pedimos. Saludémosla etc. *Ave María.*

I.

4. Si es verdad que el egoísmo, el desordenado amor propio, es el mal constitucional del hombre y la raíz de todas las dolencias de su espíritu, no es raro que la virtud opuesta, á saber la caridad, sea el remedio radical y efficacísimo para curar todos sus males. En efecto, cristianos, tiene la caridad un poder admirable para santificar. Y no hablo precisamente de esta virtud sobrenatural en cuanto mira á su objeto primario, que es el mismo Dios, sino en razón de su objeto secundario, el hombre, el prójimo, cuyo amor, ha dicho el Divino Maestro, constituye un precepto semejante al primero de amar al Señor con todas nuestras fuerzas¹. Con razón se dicen semejantes, reflexiona el Crisóstomo, porque el uno es fundamento del otro y mutuamente se apoyan²; y amar á Dios, dice el mismo, es amar al prójimo. Pues este amor al prójimo, como sea verdaderamente sobrenatural, es bastante, hermanos míos, para santificar á una alma como por encanto. ¡Dichoso aquel que, como el pacientísimo Job y como el glorioso San Juan de Dios, lo recibe del cielo directamente, trayéndolo con la misma sangre! De sus virtuosos padres heredólo el niño Juan, y aunque apartado, quizás pérfidamente, del regazo de su buena madre á los ocho años y llevado á tierras lejanas, la caridad, su segunda madre, no le abandonó jamás. No me detendré en

¹ Matth. 22, 39.

² Hom. 72 in Matth., apud Breviar.

aquellos primeros ensayos de su generoso espíritu que ilustraron el largo período que precedió á su conversión, si tal puede llamarse, la mudanza de vida virtuosa en perfecta. Mas no puedo menos de recordar aquellos nobles sentimientos que le arrancaba la vista de las prodigalidades insensatas de los ricos, que tan fuertemente contrastan con las miserias de los pobres. «¡Ah! exclamaba: ¡cuánto mejor se empleara en los pobres lo que se gasta en mantener hermosos y lucidos caballos! ¡Oh, si Dios me llegase á tiempo en que pudiese servir á los pobres, como yo deseo!»¹ No puedo tampoco dejar de pagar un tributo de admiración á aquella conducta suya verdaderamente heroica en que perseveró muchos días y aun meses, cuando, hallándose en Ceuta, en medio de los rigores de aquel clima abrasador, asentó plaza de peón en la fábrica de las fortificaciones para sustentar con su pobre jornal á un caballero y su familia caída en la última miseria. Y esto después de vender en el mercado sus pobres vestidos, y traer el precio al caballero para dar algún socorro á su necesidad. ¿Puede imaginarse, cristianos, rasgo de caridad más hermoso? Con razón admirado el buen hombre llegó á decirle un día: «En verdad, Juan, que, si se perdiera la misericordia, se hallaría en vos.»² Y así fué, dicen sus biógrafos; porque la caridad, desterrada de tantas casas y ciudades, se fué á morar, como en su propio palacio, en los hospitales de San Juan de Dios.

5. Pero, si esto hizo niño aún en la virtud, ¿qué no haría Juan en la virilidad de su espíritu, cuando, como

¹ *Ribadeneira*, Vida de San Juan de Dios (Flos Sanctorum t. III).

² *Ibid.*

San Pablo, hecho ya varón perfecto, llamado por Dios á un grado superior de santidad, pudo decir: «Todo cuanto he practicado hasta aquí, es juego de niños en comparación de lo que me resta que practicar. Desaparezca ya lo imperfecto, y venga la plenitud de la perfección.»¹ Sí, cristianos, los prodigios de caridad ejecutados por el héroe cuya fiesta celebramos, desde el día en que Dios le reveló claramente su misión hasta aquel en que rindió su espíritu en manos del Criador, así como no tienen cuento, ni pueden apreciarse dignamente por humano concepto, así forman la hazaña más heroica que puede acometer un hombre, digna de ser cantada en magnífica epopeya. Pero mi objeto es, por hoy, haceros ver que la misericordia con el prójimo fué como el sello y la forma característica de la heroicidad de este gran Santo. En efecto, así lo tenía decretado aquella admirable providencia que endereza por donde le place la senda de sus escogidos. «Granada será tu cruz»: he ahí las palabras que resonaron en los oídos del pobre aventurero, mercader de libros píos en Gibraltar, y que, iluminando súbitamente su espíritu, le trazaron el rumbo de la perfección, del heroísmo y del cielo. Pero estas palabras no eran bastante explícitas aún. Otro incidente acabará de declararle las disposiciones divinas. Salfa de una iglesia de Granada, en donde había recibido el singularísimo favor de ser coronado de espinas por las manos de María, en significación de las muchas y muy agudas que hallaría en su camino, cuando, yendo por una calle, vió sobre la portada de una casa un letrero que decía: *Esta casa se alquila para pobres*. Entonces ya no dudó del

¹ 1 Cor. 13, 10 sq.

significado de su cruz y su corona de espinas: debía consagrarse al servicio de los pobres: así vió cumplidos sus deseos de antaño, de santificarse por medio de la caridad. Cesaron al punto sus vacilaciones: no más correrías, no más ejercicios que las obras de misericordia practicadas día por día, sin tregua ni descanso, durante el lapso de trece años. Admiremos ahora la manera suave y eficaz con que la caridad elevó á Juan de Dios á la cumbre de la perfección cristiana.

6. Empieza por aquel arduo trabajo de depuración del espíritu de todo lo terrenal y mundano, poniéndole asco á las riquezas, honores y placeres, haciéndole morir enteramente á los sentidos para vivir exclusivamente para Dios y la justicia, como dice el apóstol San Pedro¹. Su pobreza voluntaria es tal que no tiene un rincón donde albergarse, si no se lo dan de limosna compadecidos de verle dormir al sereno y á la lluvia en medio de la plaza pública. Ha comenzado por regalar lo poco que poseía, dando los últimos dineros para libertar presos por deudas; y, no contento con este acto de desprendimiento generoso, llega hasta despojarse de sus propios vestidos. Verdad es que, andando el tiempo, se le ve disponer de cuantiosas sumas depositadas en sus manos por personas caritativas para el socorro de los pobres; mas ¿deja por eso de ser Juan el más pobre entre los pobres? ¿dispone acaso de alguna parte de esos bienes en beneficio propio? Nada de eso; hasta el extremo de su vida aparece tan falto y desnudo de todo como siempre. Nada tiene, nada quiere de los bienes de la tierra, porque la caridad no busca el propio interés, sino el de los demás²: *Non querit que sua*

¹ 1 Petr. 2, 4.

² 1 Cor. 13, 5.

sunt. Quien tenía en la mano las llaves de los tesoros celestiales, ¿podía tener algún apego á los falsos y mezquinos bienes de la tierra? Empero, no basta el desprecio absoluto y la renunciación de las riquezas para purificar el corazón; preciso es desprenderse del amor de sí mismo, empresa mucho más ardua y difícil, según San Jerónimo, y en la que propiamente consiste el seguimiento de Jesucristo¹. Juan de Dios lleva el propio menosprecio hasta el grado más subido que quepa imaginarse: en cuanto al alma, hasta gozar con ser reputado por demente y tratado como loco furioso, y como tal escarnecido y voceado en las calles y plazas de una de las más notables ciudades de España, poco antes capital del reino árabe de Granada; en cuanto al cuerpo, hasta convertirse, llevado de un santo odio al pecado, en verdugo de su carne, despedazándola con ásperos cilicios y sangrientas disciplinas, y con tal extremo de rigores que la reduce al último grado de flaqueza. ¡Oh caridad, tan blanda y benigna con todos, aun con los más infames pecadores! ¿por qué, tan austera é implacable con el Santo que te ha escogido por señora de su corazón? ¿Qué misterio es éste, cristianos? *La caridad es benigna*, — dice el Apóstol²; y ¿cómo no tiene lástima del pobre esclavo de los enfermos? ¡Ah! ¡qué secreto de sabiduría divina nos revela el Evangelio por las siguientes palabras: *El que ama su vida, la perderá, así como el que aquí la aborrece y pierde, la guarda para la vida eterna*³! Que, como expone San Agustín, no es amor verdadero de sí mismo, ni aun de la propia carne, engolfarse en los placeres del sentido, más ó menos contaminados todos, para

¹ Hom. lib. 3 in Matth. cap. 19. ² I Cor. 13, 4. ³ Io. 12, 25.

pagar después el abuso del goce en abismos de tormento. Tal amor es evidente locura, es odio verdadero. Por otra parte, ¿no era necesario que, quien había de grangearse en el curso de su ministerio de caridad tantos y tan ruidosos aplausos de toda clase de personas, hasta verse aclamado por santo; no era, digo, necesario, que estuviese perfectamente vacío de sí mismo, y desnudo de todo afecto á las vanidades del mundo? Porque, *si alguno ama al mundo*, dice el Apóstol San Juan, *ése no posee la caridad del Padre celestial*¹. ¡Gran lección, hermanos míos, para quien de veras anhela practicar la genuina y sincera caridad cristiana, no la aparente y contrahecha que se aviene con la vanidad y el amor propio! Y, por lo que hace á los rigores con que castiga su inocente carne, ciertamente no manchada jamás con las abominaciones del vicio, pues consta, que amó la castidad toda la vida, San Juan de Dios se proponía sin duda reducir su cuerpo, como el Apóstol, á perfecta servidumbre², á fin de tenerlo dispuesto siempre, de día y de noche, á servir al espíritu en los ejercicios más duros y penosos de la caridad. ¿Hubiera podido de otro modo asistir personalmente á sus queridos enfermos, haciendo él solo muchas veces de enfermero y sirviente y aguador y proveedor de cuanto en un vasto hospital se necesita? ¿Hubiera podido, á no estar del todo muerto á sí y á los sentidos, arrostrar las mil repugnancias que ofrece la asistencia á toda suerte de enfermos, llagados é incurables? Desengañémonos, cristianos: el regalo y la delicadeza, lo mismo que el amor propio, son enemigos natos de la caridad, y el principal obstáculo para su ejercicio.

¹ I Io. 2, 15. ² I Cor. 9, 27.

SEGUNDO PANEGÍRICO DE LA NATIVIDAD DE MARÍA

(predicado en la iglesia de San Ignacio de Bogotá, 1896, en la fiesta de las Hijas de María).

María, la Reina de las gracias.

Quæ est ista, quæ progreditur... pulchra ut luna, electa ut sol?

Cant. 6, 9.

1. Uno de los días más risueños que ha visto el mundo fué sin duda, hermanos míos, aquel en que la dichosa Isabel, esposa de Zacarías, dió á luz al glorioso Bautista, á cuyo nacimiento, acompañado de visibles prodigios, siguió inmensa y universal alegría en los contornos de Judea. Atónitos á la nueva de aquel maravilloso suceso preguntábanse todos: *¿Quién piensas que será este niño? pues la mano de Dios está con él*¹. Ese día venturoso señalado en los fastos de la historia con el advenimiento de Juan, el Precursor del Mesías, es todavía, al cabo de diecinueve siglos, motivo de regocijo en toda la tierra que alumbrá y baña el sol del cristianismo. Empero, amados oyentes, ¿qué comparación puede haber entre la natividad de Juan y la natividad de María, Madre de aquel Salvador, de quien el santo Bautista no se creyó digno de llamarse siervo? ¿Cuál no debió ser, según esto, la alegría causada por el faustísimo alumbramiento de Ana, esposa de Joaquín, no ya sólo en la tierra, sino en las regiones celestiales y hasta en las esferas donde habita la adorable Trinidad? En efecto, como canta con sagrado entusiasmo la Iglesia, «tu Natividad, ¡oh Virgen Madre de Dios!

¹ Luc. 1, 57 sqq.

fué mensajera de gozo para todo el universo, pues de ti nació el Sol de Justicia, Cristo Dios nuestro»¹. Al aparecer María radiante de gracia y hermosura, alegróse la tierra y regocijóse el cielo. No fueron ya los vecinos de Nazaret, sino los ángeles los que, en medio de su admiración y deslumbrados por la belleza del nuevo astro, preguntábanse unos á otros: *Que est ista?*² ¿Quién es esta niña que aparece como rosada aurora, hermosa como la luna, escogida como el sol y terrible como escuadrón bien ordenado en batalla?

2. Y ¿no seréis vosotras, Hijas de la Inmaculada Concepción de Lourdes, quienes, más que cualesquiera otros fieles, participaréis de la alegría universal causada por la aparición primera de nuestra querida Madre? La que hace treinta y ocho años se dejó ver de una humilde pastorcita de las orillas del Gave, en las faldas de los Pirineos franceses, es la misma que aparece hoy, recién nacida, en Nazaret, diciendo en la hermosura y encantos de su lindo rostro: *Yo soy la concebida sin pecado*³. No pudiera nacer tan bella si no hubiese sido concebida en la plenitud de la gracia, si no fuese ella misma «la Inmaculada Concepción». Por eso vosotras que os agrupáis fervorosas al pie de la gruta de Lourdes, Hijas de la Inmaculada Virgen, venís hoy á rodear la cuna nobilísima de la más preciosa y excelsa Reina que vieron los siglos, venís á festejar el día de su natividad gloriosa. Y yo, con el designio de alimentar vuestra piedad y acrecentar, si cabe, vuestra devoción, voy á mostraros en esa incomparable niña, el trasunto

¹ Eccl. in offic. Nativ. B. M. V.

² Cant. 6, 9.

³ «Je suis l'Immaculée Conception.»

de todos los primores de que es capaz una mujer marcada desde *ab aeterno* con el sello de la bendición del Criador: *Benedicta tu in mulieribus*¹: voy á pintaros 1.º la belleza física y 2.º la belleza moral de la Reina de las gracias, invitándoos desde luego á saludarla, para obtener los auxilios del cielo, con el apóstrofe del Arcángel que la aclamó llena de gracia: *Ave Maria*.

I.

3. ¿A qué fin, se me dirá por alguno, tomar por tema del panegirico de la recién nacida María su belleza, y menos su belleza física? ¿No hay conceptos más elevados y por ende más gloriosos para celebrar el fausto natalicio de aquella singular criatura, en cuya formación la naturaleza y la gracia de consuno agotaron sus tesoros, de aquella cuyo advenimiento al mundo había sido vaticinado con tantos siglos de anticipación por los oráculos sagrados del judaísmo y de la gentilidad, de aquella, en fin, que apareció en la tierra como aurora sonrosada y fresca del gran día de la redención, como la madre del que vino á cambiar la faz del universo, reconciliando la tierra con el cielo? En efecto, dice el Padre San Bernardo, doce estrellas adornan la frente de la soberana Reina, ó, para hablar más propiamente, doce estrellas reciben su brillo del resplandor de la frente de la Virgen: innumerables títulos se reúnen en el nacimiento de María, como luceros en el espacio, por los cuales pudiera discurrir el pensamiento para glorificar á la hija de Joaquín: nacida de reyes, hija de David, descendiente de Abrahán, privilegiada con prerrogativas de santidad incomparable, prometida á

¹ Luc. I, 42.

los patriarcas, anunciada por los profetas, designada en cien figuras bíblicas¹... ¡qué títulos más brillantes para basar sobre cualquiera de ellos el elogio de la Virgen de Nazaret! Sea enhorabuena, como que todo eso es la verdad; permítaseme, empero, presentar á las Hijas de María, para quienes la hermosura tiene tan subido precio y tan poderosos atractivos, el tosco bosquejo de la bellísima criatura, en cuyo loor fué dictado por el Espíritu Santo un poema entero, cuajado de imágenes de aquella belleza que cautiva el corazón del mismo Dios, un poema en el cual hemos aprendido á repetir delante de María: *Tota pulchra es, et macula non est in te*². Desechemos, pues, todo vano temor, al entrar por el asunto de la hermosura de la Virgen, no menos edificante que ameno y deleitoso para las almas cristianas.

4. Y primeramente discurramos sobre su belleza corporal. Aunque la ínfima en este género, bien entendida la belleza en su genuino concepto, la hermosura de los cuerpos no es prenda despreciable desde luego que es obra del Criador, y como un destello de su infinita hermosura. Aquel Dios que quiso que las criaturas que forman el mundo material fuesen buenas³, quiso también que fuesen bellas; porque sin esto ni serían perfectas, ni podrían elevarnos á la contemplación del ser infinito en perfección. Lo bueno es lo que da hartura á la voluntad que apetece aquello que le conviene para ser feliz: lo bello es lo que satisface al alma con sólo su contemplación, no porque sea conforme á la realidad, que esto constituye lo verdadero, sino porque es conforme á la ley de la armonía, porque es el

¹ S. Bern., Serm. in Apoc. cap. 12.

² Cant. 4, 7 et passim. ³ Gen. 1, 31.

vivo resplandor del orden¹. Es, pues, la belleza un elemento integrante de la perfección. De aquí nace el poder y el destino natural de la belleza, aún de los cuerpos, que consiste en elevar nuestra mente y arrebatarnos el corazón á las regiones superiores, llamadas *del ideal*, que no son otras sino las que habita el mismo Dios, océano de hermosura, como de bondad y santidad, Verdad suma, Bien inconmutable, Belleza sin límites: *Pulchritudo semper antiqua et semper nova*². Mas ¿por qué no siempre produce en nosotros esos felices resultados la belleza física, especialmente la que adorna el cuerpo humano, la más aventajada sin duda entre todas las de su clase, por confesión del gran Crisóstomo? Eso, amados oyentes, no es culpa de la belleza misma, sino efecto de nuestra degradación y malicia. ¡Lástima ciertamente, y grande, que aquello mismo que por su naturaleza debiera elevarnos y santificarnos, sea, por culpa nuestra, ocasión de ruina y motivo de escándalo!³ Sé muy bien cuánto se abusa de la belleza de las formas por las personas, máxime del bello sexo, que no sé si feliz ó desgraciadamente la poseen, tomándola por escabel del trono de su vanidad ó por dardo para encender llamas funestas en el corazón de los incautos. No desconozco cuán peligroso sea este don de la belleza, como lo son también la riqueza, la libertad, el ingenio y tantos otros, ni á cuantos haya causado hondas heridas en el alma por causa del imperio que en ellos ejerce la sensualidad; mas no por

¹ Bonum est appetibile, pulchrum est cuius ipsa contemplatio placet, splendor ordinis (S. Thom.).

² S. August., Confess.

³ Virginem ne conspicias, ne forte scandalizeris in decore illius (Eccli. 9, 5).

esto habré de negar que la hermosura, celebrada por el Espíritu Santo, en tantas mujeres ilustres del Antiguo Testamento, sea una dádiva del cielo, destinada á completar la belleza total del ser humano, la cual resulta de una alma bella unida á un cuerpo hermoso. Por eso no dudo tampoco que María fuese la más bella entre todas las hijas de Eva: *pulcherrima mulierum*¹, como expresamente canta el divino epitalamio.

5. Tal ha sido la opinión de los Padres y doctores de la Iglesia: «Todos ellos concuerdan á porfía, dice un célebre escritor moderno², en la extremada hermosura de la Virgen. San Dionisio Areopagita, cuyo testimonio es del mayor peso, pues vió con sus propios ojos á la divina María, nos asegura que era hermosa hasta deslumbrar, y que la habría adorado como á diosa, si la fe no le dijera que no hay más que un solo Dios.» San Epifanio, autor del siglo cuarto de la Iglesia, se ha complacido en trazarnos el retrato de María, apoyado en las tradiciones frescas todavía en aquel tiempo. Según esa pintura que debe tenerse por auténtica, la belleza de aquel rostro graciosamente ovalado era perfecta: su tez, como la de la Sulamitis, ligeramente dorada por el sol de su patria³, lucía el rico matiz de las espigas en sazón; sus cabellos, aquellos cabellos que llagaron el corazón del celestial esposo⁴, eran blondos, rubios y poblados; sus ojos vivos y de mirar dulcísimo, sus cejas lindamente arqueadas, su nariz de una perfección notable, sus labios sonrosados...⁵ De su cuerpo virginal se exhalaba fragancia de paraíso⁶.

¹ Cant. 5, 17.

² Orsini, Hist. de la Virgen t. I, lib. 5.

³ Cant. 1, 4.

⁴ Ibid. 9, 4.

⁵ Orsini l. c.

⁶ Emissiones tuæ paradisus.

Mas ¿quién es capaz de describir aquel mar de perfecciones que el Espíritu Santo se ha recreado en retratar con los más vivos colores en el sagrado libro del Cantar de los cantares, concluyendo á cada nuevo toque con aquella exclamación admirativa: *¡Qué hermosa eres, amiga mía, qué hermosa eres!*? No hay duda, el cuerpo de la Virgen sin mancilla era digno tabernáculo de aquella alma, la más noble y pura que existió jamás fuera del alma de Jesús; era lo que debía ser, como ha dicho San Ambrosio, un velo transparente que permitiese ver todas las perfecciones de su espíritu¹. La belleza física de María no era sino un reflejo, débil ciertamente, de su belleza moral, así como el fulgor apacible de la luna no es más que el reflejo de la luz del sol. Y no porque la hermosura del cuerpo inmortal é incorruptible de aquella Virgen que no había de ser presa de la muerte, fuese, como la de las otras mujeres, caduca y deleznable, flor de un día, fábula del tiempo y tributo afrentoso del sepulcro, sino porque la ley de unidad del compuesto humano exige la armonía de una y otra substancia, siendo el cuerpo para el alma y ésta para el cuerpo, embelleciéndose recíprocamente en la obra maestra de la naturaleza.

6. Por lo demás, hermanos míos, ¿qué adecuada comparación la que encierran estas palabras: *pulchra ut luna!* ¿Qué hermosura la de este astro cuando brilla sereno y majestuoso en la mitad del cielo, eclipsando la luz del ejército de las estrellas! Con razón la han cantado no sólo los profanos sino también los sagrados vates, entre ellos el Profeta Rey, que contemplaba extático *los cielos del Señor*, y en medio de ellos *la luna*

¹ Apud Orsini l. c.

y las estrellas¹ que puso allí el Criador como testigos fieles de su poderío y grandeza². Mas, aparte de su belleza encantadora, tiene la luna el gran defecto de ser esencialmente mudable, creciendo y decreciendo á cada instante, lo cual nos explica el porqué de aquellas otras palabras pintorescas del Apocalipsis: *La luna estaba debajo de sus pies*³. ¿Qué significa este rasgo, amados oyentes, sino el desprecio con que María, rica en bellezas superiores, contempla la belleza de su cuerpo, por más admirable que en sí sea; y el desdén con que deben mirar la frágil y perecedera belleza corporal las almas elevadas, y entre ellas sus hijas predilectas? Poned, sí, ¡oh jóvenes cristianas! la efímera belleza de las formas corporales debajo de los pies de vuestra estimación y aprecio, que no otra cosa se merecen esas prendas que, no ya la muerte, sino el tiempo y la enfermedad van á arrebatarnos sin remedio y á todo correr.... Y vosotros los ciegos y atolondrados adoradores de la belleza física, ponedla también debajo de los pies, como María á la luna, de suerte que sea la última en vuestra estimación, debiendo ser la primera la hermosura del alma ataviada con precioso arreo de virtudes. Pero ¡ay! ¡cuán opuestos son á esta doctrina, y de consiguiente, cuán errados los juicios del mundo y de los que siguen sus máximas vanas y sensuales!

7. Admiremos finalmente un privilegio singular y dignísimo de la celestial Señora, relativo á su belleza corporal. ¡Oh! ¡si á todos los favorecidos con tan peligroso don les fuera igualmente concedido, el mundo se tornaría un paraíso! Esa prerrogativa insigne, atestiguada por gravísimos padres y doctores de la Iglesia,

¹ Ps. 8, 4.

² Ps. 88, 38.

³ Apoc. 12, 1.

entre ellos San Ambrosio, Santo Tomás y San Buena-ventura¹, no fué otra que la de haber poseído la belleza del rostro de la Virgen tan sobrenatural virtud que, no sólo extinguió en cuantos la miraban toda inclinación sensual, sino antes incitaba al amor de la virtud angélica, purificando cuerpo y mente de sus dichosos admiradores. He aquí cómo se expresa, de acuerdo con los Padres ya citados, el célebre canciller de París Juan Gersón²: «Afirmo que el rostro de la Virgen movía á toda castidad á los que la veían, y amortiguaba completamente los libidinosos pensamientos.» Por esto se compara María al cedro incorruptible³ y á la mirra escogida y olorosa⁴, por cuanto su misma corporal hermosura era el mejor preservativo de corrupción moral. ¡Privilegio sobre manera admirable! ¡Pluguiese á Dios que la sola vista de su agraciada imagen nos hiciese tan puros y castos como esos graciosos angelitos que le sirven de escabel! ¡Pluguiese á Dios, que entre tantas espinas de bellezas que punzan el corazón y le desgarran, fuese el rostro de María lirio que perfumase nuestras almas con su divina fragancia, cumpliéndose así aquellas sagradas palabras: *¡Como el lirio entre las espinas, así mi amada entre las hijas!*⁵

II.

8. Por lo expuesto, amadísimos oyentes, comprenderéis que la hermosura corporal de nuestra Reina dimanaba de muy alto origen, procediendo del fondo de su bellísima alma, no de otra suerte que el candor de

¹ Apud *Cartagena*, Hom. cathol. lib. 2, hom. 5.

² Serm. De concept. Virg. ³ Quasi cedrus (Eccli. 24).

⁴ Quasi myrrha electa (ibid.). ⁵ Cant. 2, 2.

la luna se deriva de la luz solar. Por eso los ángeles que rodean la cuna de María, no contentos con aclamarla *bella como la luna*, celebranla como *escogida y hermosa como el sol*¹. Bella es la concha, relicario de nácar construído por Dios para guardar la perla; pero ¿no es la perla más preciosa que la concha?² El alma de la Virgen, según San Epifanio y el común de los Padres, era una margarita de precio inestimable, así por las prendas de que la había dotado la naturaleza, como, y más todavía, por las virtudes sobrenaturales y divinas de que la adornara la gracia. Reinaba en todas sus acciones un sumo decoro, llaneza y compostura; era afable, cortés y compasiva; generosa para dar, presta para escuchar á los mayores, y parca y prudente en el hablar; su voz era dulce, penetrante y bañada de tal unción que calmaba las penas interiores. Jamás la mentira manchó sus labios de coral; jamás el orgullo ni la sensualidad empañaron su immaculado corazón. Ni sus ojos percibieron ni sus oídos oyeron en toda su vida cosa que pudiera sonrojar sus mejillas; porque sus sentidos, cerrados á todo lo terreno, andaban siempre de acuerdo con el espíritu, puestos al servicio de su Dios, á quien ni aun en la quietud del sueño perdió jamás de vista³. Nunca se la vió perturbada por la cólera ni por afecto alguno menos ordenado, porque su modestia era un encanto del cielo y de la tierra; ni ofendió jamás á nadie, ni hizo burla de ninguno aquella alma siempre magnánima y generosa. Enemiga de ostentación y fausto, fué sencilla y humilde en su ademán y en su traje, no adornado de

¹ Electa ut sol (Cant. 2, 2). ² Orsini l. c.

³ Ego dormio et cor meum vigilat (Cant. 5, 2).

colores peregrinos. En suma, brillaba, dice San Jerónimo, como el diamante en medio de las piedras preciosas; y los ancianos, encanecidos en el ministerio sacerdotal, no pasaban junto á aquella santa Niña sin colmarla de bendiciones, presintiendo en ella á la *Bendita entre todas las mujeres*¹.

9. ¿Comprendéis ahora, Hijas de la Inmaculada, la exactitud del símil: *escogida como el sol*? No puede ser más adecuado; porque, así como el rey de los astros sube por el oriente derramando raudales de claridad sobre la tierra, así María, nacida de sangre real, brilla desde su nacimiento con magníficos fulgores de santidad que alumbran y regocijan á todos los descendientes de Adán. No sólo esto, sino que, como el sol es el mejor ornamento del universo, así María es, entre todas las puras criaturas, el más bello ornato de la Ciudad de Dios, pues de ella parecen escritas aquellas palabras del Sabio: *Como el sol nace para iluminar el mundo en las alturas del cielo, así la hermosura de la mujer virtuosa es el ornamento de su casa*². Pero hay más todavía; pues, así como el astro rey sobrepuja inmensamente á todos los planetas en magnitud, claridad y belleza, así la nacida para Madre de Dios excede tanto en santidad y riqueza de gracias y carismas á todos los santos, que dice el Doctor San Anselmo, y dicelo sin exageración: «Nada hay, Señora, que te iguale, nada que se te pueda comparar; porque todo cuanto existe, ó está sobre ti ó debajo de ti: sobre ti solo Dios, debajo de ti, lo que no es Dios.»³ Y, comentando esta sentencia, dice un piadoso y sólido compilador de

¹ Niceph. lib. 2, cap. 23, apud Cartagena ubi supra. — Orsini l. c.

² Eccli. 26, 21. ³ Apud Cartagena l. c.

las grandezas de la soberana Virgen: «Sobre María no hay más que las tres divinas Personas; debajo de ella las tres jerarquías superiores de los ángeles, las cuales aventajan á todas las demás criaturas, resultando así que la Bienaventurada Virgen ocupa un lugar medio entre Dios y los ángeles, menor que el ser infinito, pero superior á todo lo criado.»¹ Y, como de arriba descenden las benéficas influencias á los seres inferiores, por eso María, á semejanza del astro que difunde generosamente su luz y sus influjos en todos los vivientes, derrama, con liberalidad propia de su regia munificencia, abundantísima copia de bienes y gracias sobre todos los seres inteligentes, angélicos y humanos: *nec est qui se abscondat a calore eius*². Tales son los sentimientos de toda la Iglesia, expresados en todo tiempo por el órgano de sus más afamados doctores. Oíd por todos al grandilocuente Crisóstomo que dice así: «¿Qué se ha hallado en tiempo alguno, ni qué puede hallarse más grande ó más ilustre que María? ¿qué hay más santo que ella? Ella sola sobrepuja en grandeza á tierra y cielo. No son más santos ni más grandes los profetas ni los apóstoles; no los mártires ni los patriarcas; no los ángeles, ni los tronos, ni las dominaciones, ni los querubines ni serafines; nada, en fin, de cuanto existe en la creación visible é invisible, es mayor ni más excelso que María.»³

10. No es solamente por este aspecto por donde merece apellidarse la divina María Sol de grandeza y hermosura. Atended, piadosos fieles, y vosotras especialmente, Hijas de María, que aspiráis á honrarla con la

¹ Cartagena, ubi supra. ² Ps. 18, 7.

³ In lect. Brev. in fest. B. M. V.

imitación de sus virtudes, atended á la idea que voy á presentaros por ser de aplicación muy provechosa para vuestras almas. ¿No os habéis fijado en que es el sol aquel reloj natural, admirablemente construído por el supremo artífice en esta república del universo con el objeto de servir, con la uniformidad de su curso, de regulador de las acciones humanas, para que todas se ejecuten á su debido tiempo? Pues ¿qué reloj más bien equilibrado que aquella Virgen admirable en quien no cupo un solo pensamiento ocioso, de cuyos labios no salió jamás una sola palabra superflua, cuyos movimientos de alma y cuerpo fueron el mismo orden y concierto? He aquí, pues, revelado el designio de Dios en esta espiritual república de la santa Iglesia; quiere que todos los hombres de cualquier estado, condición y sexo regulen y concierten su vida por la vida de María, como por un regulador perfectísimo; y por eso ha querido que se le tribute el elogio de *escogida como el sol*. Á vosotras en particular, Hijas amantísimas de tan santa Madre, se os ha dado esta Virgen por modelo, á fin de que, imitando sus virtudes, pureza, modestia y caridad, podáis también reflejar en vuestras almas la admirable hermosura de la suya. Á vosotras se dirige San Ambrosio cuando dice en el libro 2º de la Virginitad: «Tenéis retratada la pureza virginal en la imagen y vida de la Bienaventurada María, en quien, como en luciente espejo, brilla la belleza de la castidad y de toda virtud. De ella, pues, debéis tomar la norma y dechado de la vida; aprended en ese ejemplar de santidad lo que habéis de corregir y lo que debéis practicar.»¹

¹ Apud *Cartagena* l. c. lib. 2, hom. 3.

11. Este mismo maravilloso concierto de todas las potencias y sentidos de la Virgen, que forma su singular belleza, nos explica el significado de aquella, al parecer extraña, aclamación de los ángeles en el nacimiento de María: *Terrible como un ejército puesto en orden de batalla*¹. ¿Cómo? ¿María, la tierna y delicada niña, ha de ser terrible como un ejército erizado de brillantes armas? Nada extraño, hermanos míos; pues, como explica divinamente el Damasceno, «es terrible á los demonios, luce como escuadrón bien ordenado por sus virtudes, infunde espanto á los malignos espíritus, así como es el encanto de los ciudadanos del cielo»². Nada más aterrador para la noche y sus sombras pavorosas que la aparición del sol; nada más espantable al poder de las tinieblas infernales que la presencia de María; luego el ser *terribilis ut castrorum acies* no es más que la continuación del símil *electa ut sol*. Deduzcamos de aquí, amadísimos hermanos, cuánto horror infunde á los demonios la virtud que se escuda con la protección y el amparo de María; y lejos de temerlos, armados con ese escudo impenetrable pongamos en fuga vergonzosa á los eternos enemigos de nuestra salvación. Séanles singularmente terribles las piadosas Hijas de la Inmaculada Virgen, revestidas con el cándido ropaje de la virtud angélica, lanzando lejos de sí cuanto pueda empañarle en este mundo, en donde no se respira otro ambiente que el pestilencial de la sensualidad y la soberbia. Por tanto, concluiré exhortándoos con el citado San Juan Crisóstomo: Cuantas tenéis en alto aprecio el ser imitadoras de la purísima Virgen, acogeos á su poderoso patrocinio, con el cual lograréis, á pesar de

¹ Cant. 6, 9.

² *Damasc.*, ubi supra.

la guerra encarnizada del mundo, demonio y carne, conservar incólume la joya más hermosa de vuestra alma. Adornadas con ella, llegaréis á contemplar la belleza de María en la eterna bienaventuranza. Así sea.

PANEGÍRICO DE LA ANUNCIACIÓN DE MARÍA

(predicado en la fiesta de la Congregación de Jóvenes de Bogotá, marzo de 1896).

María, objeto adecuado del amor y la imitación de sus congregantes.

Ave, gratia plena. Luc. 1, 28.
In me gratia omnis... Eccli. 24, 25.

1. Un grupo de jóvenes piadosos que frecuentan, en calidad de alumnos externos, las aulas del colegio de San Bartolomé, celebran hoy, llenos de ferviente júbilo, la instalación solemne de su congregación, ó sea de la sociedad que han formado para honrar con especial esmero á la Santísima Virgen María, Madre de Dios y de los hombres. Saben bien estos jóvenes, mejor tal vez que otros muchos adultos y ancianos¹, cuánto vale, desde los primeros pasos de la azarosa vida humana, acogerse á la alta protección de tan poderosa Señora y amorosa Madre, para afrontar los mil peligros de que habrá de verse erizada su carrera; á fin de arribar, después de heroica lucha con toda suerte de enemigos, disfrazados y descubiertos, al término feliz de la eterna salvación, que es el grande y único fin de la criatura racional. ¡Albricias á tan noble y discreta juventud! Gócese en hora buena con el éxito ya obtenido de la agregación de su naciente congregación

¹ Super senes intellexi... (Ps. 118, 100).

á la primaria de Roma, que le permite disfrutar de las innumerables gracias y beneficios espirituales otorgados por la Sede Apostólica á aquel riquísimo emporio de virtudes. Celebre con santo entusiasmo su establecimiento y fundación canónica en este día en que la Iglesia toda celebra aquel dichoso anuncio de la redención del mundo, traído á la Virgen de Nazaret por el celestial mensajero Gabriel. ¡Anuncio de felicidad sin medida! Dios se ha apiadado de la infeliz raza de Adán: el Hijo del Eterno va á descender á la tierra para rescatar al hombre de la muerte eterna: el Verbo va á revestirse de humana carne en el seno virginal de la más pura doncella: María va á ser hecha Madre de Dios y de los hombres.... ¡Qué nuevas tan portentosas y tan llenas de alegría! Hoy, después de casi diecinueve siglos, al recordar esa fecha eternamente memorable de la entrada del Verbo divino en la tierra, anunciada á María, el corazón del hombre palpita de esperanza, sus ojos se elevan al cielo y ven en la Virgen la estrella de salud que nos conduce á la gloria con sus clarísimos destellos. ¡Nosotros te saludamos, ¡oh María! como la estrella de los mares, Madre de Dios siempre Virgen y feliz puerta del cielo!¹

2. ¡Ah! ¿qué dirán, qué sentirán sus piadosos hijos, los nuevos congregantes? ¿qué sentirán al contemplar ese cuadro pintado por el Evangelista San Lucas, el historiador de la escena y del diálogo de la Anunciación? Ellos, estoy cierto, rebosarán de júbilo y se darán el parabién de haber escogido á la *Anunciada* por patrona especial de su congregación, porque en ella, tal como en este misterio la contemplan, verán el objeto

¹ Himno de la Iglesia: «Ave, maris stella».

7. La de Juan de Dios hizo prodigios, porque estuvo basada, como acabáis de ver, en la perfecta mortificación. Por medio de ésta, es decir, por la eficacia divina de la Cruz de Cristo, arrolló heroicamente cuantas dificultades se opusieron á su paso de gigante en la triunfal carrera que emprendió para redimir de la miseria á sus hermanos. ¡Quién pudiera trazar aquí el cuadro de las obras de misericordia, espirituales y corporales, que llevó á cabo personalmente el insigne fundador de los Hermanos hospitalarios! Por fortuna son demasiado conocidas del mundo y de vosotros; por lo cual, dejando aparte el trabajo de historiar, me contraeré á la demostración de mi tema, haciéndoos notar cómo con sólo el ejercicio de la caridad, como con preciosa mina, supo enriquecerse nuestro Santo, adquiriendo los gloriosos méritos de todas las virtudes: la caridad bastó para santificarle. En efecto, ella sola, cual la describe el Apóstol, encierra la fe, la esperanza, la mansedumbre, la paciencia, la magnanimidad: ella vale tanto como el martirio, el cual sin ella carece de valor: ella, en fin, es la gran ciencia de los santos, la perfección de la voluntad humana por su conformidad con la divina¹. Y ¿cuál de estas virtudes no resplandece á cada paso en la historia del héroe portugués? Dejando aparte las demás, llama sobre manera mi atención, y creo merecerá la vuestra, aquella sublime magnanimidad, aquella grandeza de alma, tan característica de los santos, almas grandes y generosas como no ha habido otras en el mundo. De este temple fueron nuestros invictos mártires, nuestros grandes apóstoles, nuestros célebres doctores y hasta los humildes anacoretas y las mujeres

¹ I Cor. 13, 4 sqq.

fuertes que ilustraron con las virtudes de su sexo todos los estados de la vida cristiana. Campeó la magnanimidad de San Juan de Dios en hacer y padecer, en ejecutar grandes empresas y en sufrir grandes afrentas. Ni sé, á la verdad, cuándo deba más admirarle, si cuando le veo levantando magníficos edificios que han de ser al mismo tiempo hospitales en regla para toda suerte de enfermos, y hospederías de pobres peregrinos, y asilos de menesterosos, bien provistos de recursos y comodidades; ó cuando le veo derribado por el suelo, recibiendo alegremente pesadas bofetadas de mano de libertinos que se titulan hidalgos, ó perdonando con un semblante de risa á una insolente y desagradecida mujerzuela que le arroja insultos á la cara. Que no es mejor el varón esforzado que el paciente, dice el Espíritu Santo; ni mayor hazaña, tomar una ciudad que dominarse á sí mismo en tan peligrosas ocasiones¹. Mas no debe sorprendernos este poder de la caridad para engrandecer moralmente al hombre que en grado heroico la practica, si reflexionamos que el ejercicio de la misericordia no es otra cosa que una perfecta imitación y copia de la vida de nuestro Redentor, maestro y dechado de la caridad. ¿Cuál fué la misión de Jesús sino la de evangelizar á los pobres y sanar corazones heridos²? ¿qué hizo durante los breves años de su peregrinación por la tierra sino derramar beneficios á manos llenas, enjugar lágrimas, curar dolencias, resucitar muertos, lanzar demonios de los cuerpos y de las almas³? Pues, si fueron semejantes á éstas las nobles tareas de Juan de Dios, ¿qué mucho que su vida haya sido un

¹ Prov. 16, 32.

² Luc. 4, 18.

³ Matth. 11, 5.

trasunto de la del Salvador? Y ¿cabe mayor grandeza en el hombre que la de asemejarse al Hombre-Dios?

8. Por eso nuestro Santo aduna en su frente á la corona de mártir la aureola de apóstol. Sí, cristianos, apóstol puedo llamar á Juan de Dios; y apóstol, no sólo de Andalucía y del siglo XVI, sino de todos los siglos y naciones, pues no hay tan vasto y sublime apostolado como el que se ejerce por medio de la caridad. «*Si hablara yo con las lenguas de los hombres y aún de los ángeles, decía San Pablo, mas no tuviera caridad, nada sería.*»¹ La lengua de la caridad habla más alto que todos los sermones; y á su eficacia persuasiva no hay corazón, por duro que sea, que no llegue á rendirse. Dígalo Antón Martín, célebre personaje en la historia de la Orden de San Juan de Dios, trocado por la caridad del Santo, de infame traficante del vicio en sucesor y heredero del glorioso Fundador, y fundador él mismo del hospital del amor de Dios en la corte de Madrid. Díganlo tantos pecadores reducidos al camino de la salvación por las vehementes exhortaciones de Juan, apoyadas en su trato de amoroso padre. Nada hay tal vez más patético, ni más admirable entre las obras de celo de este apóstol, que los mil esfuerzos y desvelos con que trataba de sacar á las públicas pecadoras de la ruín y escandalosa vida que llevaban. ¡Qué sacrificio para el Santo penetrar en aquellas cárceles del vicio, en aquellos antros del demonio, para predicar á las desventuradas, ora á todas en común, ora á cada una en particular; y, cuando había logrado mover al arrepentimiento á alguna de ellas, prestarle todos los auxilios para asegurarla en el bien! ¿Qué

¹ 1. Cor. 13, 1.

más? ¡hincarse de rodillas y con lágrimas suplicar á la menguada pecadora que no ofendiese más á Dios! ¿Puede extremarse más la benignidad del apóstol de la caridad?

9. Bien claro se veía que su pecho era un volcán de amor divino. Las obras de misericordia, con robarle al parecer todo el tiempo y la actividad de su espíritu, no eran parte á estorbarle el íntimo trato y continua comunicación con Dios, en el ejercicio suavísimo de la contemplación. Es indudable que sólo en alas de la oración se remonta el alma á las alturas de la santidad. San Juan de Dios no fué menos contemplativo que eminente en la vida activa, propia de su especial vocación. Para probarlo bastaba verlo extático, endiosado, arrojando por la boca vivos resplandores, recibiendo visitas de los bienaventurados, de los ángeles, de la Santísima Virgen, y del mismo Jesucristo. Pero este punto pedía un discurso aparte; y el tiempo me obliga á decir alguna cosa, aunque muy someramente, acerca de la gloria con que lo ilustró la caridad¹.

II.

10. Honrólo, en efecto, la misericordia, y completó magníficamente sus trabajos, haciendo por este camino eterna su memoria entre los hombres². El complemento de las obras de caridad de San Juan de Dios fué la célebre Orden religiosa por él mismo fundada para perpetuar y dilatar por todo el mundo los prodigios de su celo. Empieza, como todas las obras de Dios, por pequeños y humildes principios, unos cuantos compañeros que se agregan al Santo para dividirse el ser-

¹ Honestavit illum in laboribus (Sap. 10, 10).

² In memoria æterna erit iustus (Ps. 111, 7).

vicio del hospital de Granada; y acaba por extender, cual árbol frondoso y corpulento, sus ramas por Europa, Asia y América, no habiendo, puede afirmarse, menesteroso alguno que no haya encontrado amparo debajo de su sombra. España, Italia, Francia, naciones católicas, en donde por lo mismo la caridad es planta indígena, acogieron con maravilloso entusiasmo la nueva Institución aprobada por el gran Pontífice San Pío V¹ y otros muchos sucesores suyos en la Silla de San Pedro. Alemania y algunos países del norte de Europa, donde la herejía luterana hubiera sin duda extinguido la llama de la caridad (pues ¿qué otra cosa puede hacer el protestantismo, nacido de la sensualidad y el orgullo?), vieron también florecer los hospitales, gracias al impulso de los esclarecidos Hijos de San Juan de Dios, que allí, como en todas partes, los edificaron suntuosos y magníficos. ¿Qué diré de ambas Américas? ¿qué, de Colombia y Bogotá? A la vista están los monumentos que dejó aquella célebre Orden en la tierra americana, á cuya civilización contribuyó también eficazmente; y, si hoy carecemos de la piedad personal de los Hijos del misericordiosísimo Patriarca, poseemos por dicha nuestra herederos de su espíritu: que tales son las religiosas y caritativas Hermanas de la Presentación, á cuyo cargo maternal están confiados en su mayor parte los asilos de caridad que cuenta y protege la Nación. ¡Bendito sea el Varón de la misericordia, que precedió gloriosamente y aleccionó con su ejemplo al gran Vicente de Paúl y á cuantos en los siglos posteriores se han consagrado al alivio de las humanas miserias! Su espíritu no ha desaparecido de entre nosotros; y las obras que él ha

¹ En 1572 (Ribadeneira l. c.).

inspirado y continúa inspirando, serán otros tantos monumentos erigidos á la gloria del inmortal Juan de Dios.

11. Inmortal, sí; porque la muerte, que para todos suele ser eclipse y sombra¹, para el Santo de Granada fué día clarísimo y como el oriente de una gloria perdurable. *Su memoria es imperecedera, porque es conocida de Dios y de los hombres*². Murió Juan de Dios, aquel hombre extraordinario cuya vida era tan preciosa para una ciudad entera, para un mundo; y murió á la temprana edad de cincuenta y cinco años: era ya tiempo sobrado para una eternidad de triunfos y victorias. Una de ellas fué su misma muerte, y ¡cuán gloriosa! Porque fué heroica en su causa, felicísima en sus circunstancias, admirable en sus efectos. Expone su vida á inminente riesgo en la corriente del impetuoso Genil, lanzándose á salvar del naufragio á un pobre joven que se ahogaba; y, si no logra sacarlo con vida á pesar de sus esfuerzos, saca del río la enfermedad que le llevó al sepulcro. Así concluye su carrera sin jamás darse punto de reposo. Expira en oración, como lo deja ver la misma actitud y postura de su cuerpo, arrodillado sin apoyo alguno, ya cadáver, con asombro universal del concurso. Las lágrimas y las aclamaciones rodean el féretro del pobre hermano de los pobres, y el cielo atestigua con brillantes y multiplicados milagros la santidad del insigne siervo del Señor.

12. Tales son, hermanos míos, las obras de la diestra del Excelso; tales, los prodigios de la caridad en la santificación del hombre. ¡Oh! ¡si este fuego divino prendiese hoy en nuestros tibios corazones! ¡Oh! ¡si obrara Juan de Dios este milagro en cuantos se agol-

¹ Job 10, 21.

² Sap. 4, 1.

pan alrededor de su sagrada imagen! Enfermos y sanos, menesterosos todos, acudamos hoy á implorar su poderoso patrocinio, y pidámosle con la santa Iglesia que se curen nuestros vicios y alcancemos salud y vida eterna. Así sea.

PANEGÍRICO DE SAN JUAN NEPOMUCENO

(predicado en la catedral de Bogotá, mayo de 1897).

El dechado del carácter sacerdotal.

Labia sacerdotis custodient scientiam, et legem requirent ex ore eius.

Los labios del sacerdote guardarán la ciencia [del secreto], y de sus labios se exigirá [la exposición de] la Ley.

Mal. 2, 7.

1. ¡Hermosa figura la de San Juan Nepomuceno! Las hubo ciertamente notabilísimas en toda la edad media; es decir, cuando las Letras aun no habían renacido en Europa, cuando la barbarie dominaba todavía en las instituciones y costumbres, cuando, á pesar de gigantescos esfuerzos, promovidos y apoyados por la Iglesia, la civilización se hallaba apenas en la cuna. Entre los grandes personajes del siglo XIV, grandes, no tanto por su elevada posición social, como por sus extraordinarias cualidades morales, vemos descollar resplandeciente con la triple aureola del saber, de la virtud y del martirio, la figura del ilustre canónigo de Praga, cuyo nombre, tan venerado por los miembros del clero, es uno de los más conocidos, amados é invocados por el pueblo cristiano de todos los países del antiguo y nuevo continente. Todo concurre á rodear su nombre de popularidad: los prodigios que dan á su historia un

colorido legendario; los milagros obtenidos en todas partes por su intercesión gloriosa; pero, sobre todo, su fortaleza invicta en una prueba hasta entonces no vista, y acaso no repetida después, y, por consiguiente, la originalidad de su martirio único hasta hoy en los fastos de la Iglesia. Tales circunstancias no podían menos de impresionar fuertemente los ánimos de los creyentes, no sólo por el momento ni en un punto del globo, sino por larga serie de siglos y en todas las regiones adonde llevó la fama la noticia de tan esclarecido personaje. Los grandes caracteres, así como dominan á las muchedumbres, así, traspasando los estrechos límites del tiempo y del espacio, proyectan á enormes distancias los rayos de su celebridad, iluminan y alientan á innumerables almas, y se captan, sin pensarlos ellos siquiera, la admiración y el entusiasmo de las generaciones. Juan de Nepomuc fué un gran carácter: ¿quién puede dudarlo? De ahí que ni la distancia de millares de leguas que separa de nosotros el lugar ennoblecido con su nacimiento, ni el transcurso de casi siete siglos acumulados sobre su sepulcro, hayan sido parte á borrar su bendita memoria del corazón de los pueblos cristianos. ¡Con cuánta fe no se le invoca, especialmente en los trances en que pelagra el crédito propio y el buen nombre y la honra de una persona querida! ¡Con cuánto afecto no se le tributan los mayores honores que pueden tributarse á un santo! ¡Díganlo el devoto pueblo de Colombia, la América entera, la Europa latina y germánica, la Iglesia universal!...

2. El Venerable Capítulo de esta santa iglesia metropolitana quiere hoy atestiguarlo una vez más, celebrando la tradicional festividad de su glorioso Patrono, y estimulando de este modo la devoción nunca desmentida

pan alrededor de su sagrada imagen! Enfermos y sanos, menesterosos todos, acudamos hoy á implorar su poderoso patrocinio, y pidámosle con la santa Iglesia que se curen nuestros vicios y alcancemos salud y vida eterna. Así sea.

PANEGÍRICO DE SAN JUAN NEPOMUCENO

(predicado en la catedral de Bogotá, mayo de 1897).

El dechado del carácter sacerdotal.

Labia sacerdotis custodient scientiam, et legem requirent ex ore eius.

Los labios del sacerdote guardarán la ciencia [del secreto], y de sus labios se exigirá [la exposición de] la Ley.

Mal. 2, 7.

1. ¡Hermosa figura la de San Juan Nepomuceno! Las hubo ciertamente notabilísimas en toda la edad media; es decir, cuando las Letras aun no habían renacido en Europa, cuando la barbarie dominaba todavía en las instituciones y costumbres, cuando, á pesar de gigantescos esfuerzos, promovidos y apoyados por la Iglesia, la civilización se hallaba apenas en la cuna. Entre los grandes personajes del siglo XIV, grandes, no tanto por su elevada posición social, como por sus extraordinarias cualidades morales, vemos descollar resplandeciente con la triple aureola del saber, de la virtud y del martirio, la figura del ilustre canónigo de Praga, cuyo nombre, tan venerado por los miembros del clero, es uno de los más conocidos, amados é invocados por el pueblo cristiano de todos los países del antiguo y nuevo continente. Todo concurre á rodear su nombre de popularidad: los prodigios que dan á su historia un

colorido legendario; los milagros obtenidos en todas partes por su intercesión gloriosa; pero, sobre todo, su fortaleza invicta en una prueba hasta entonces no vista, y acaso no repetida después, y, por consiguiente, la originalidad de su martirio único hasta hoy en los fastos de la Iglesia. Tales circunstancias no podían menos de impresionar fuertemente los ánimos de los creyentes, no sólo por el momento ni en un punto del globo, sino por larga serie de siglos y en todas las regiones adonde llevó la fama la noticia de tan esclarecido personaje. Los grandes caracteres, así como dominan á las muchedumbres, así, traspasando los estrechos límites del tiempo y del espacio, proyectan á enormes distancias los rayos de su celebridad, iluminan y alientan á innumerables almas, y se captan, sin pensarlos ellos siquiera, la admiración y el entusiasmo de las generaciones. Juan de Nepomuc fué un gran carácter: ¿quién puede dudarlo? De ahí que ni la distancia de millares de leguas que separa de nosotros el lugar ennoblecido con su nacimiento, ni el transcurso de casi siete siglos acumulados sobre su sepulcro, hayan sido parte á borrar su bendita memoria del corazón de los pueblos cristianos. ¡Con cuánta fe no se le invoca, especialmente en los trances en que pelagra el crédito propio y el buen nombre y la honra de una persona querida! ¡Con cuánto afecto no se le tributan los mayores honores que pueden tributarse á un santo! ¡Díganlo el devoto pueblo de Colombia, la América entera, la Europa latina y germánica, la Iglesia universal!...

2. El Venerable Capítulo de esta santa iglesia metropolitana quiere hoy atestiguarlo una vez más, celebrando la tradicional festividad de su glorioso Patrono, y estimulando de este modo la devoción nunca desmentida

del católico pueblo de esta capital. Á este fin quiere que se recuerden por centésima vez los hechos del invicto mártir, aunque jamás olvidados por los fieles; y yo, para desempeñar del mejor modo posible el honroso encargo que se me ha cometido, querría también presentar á vuestros ojos el bosquejo de tan noble carácter, haciéndoos ver su consonancia con la dignidad del sacerdote; ó, en breves términos, en el ínclito Nepomuceno el verdadero carácter sacerdotal. No es, no puede ser, no será nunca el sacerdote católico *la caña agitada por el soplo del viento*, que decía el Salvador¹: el sacerdote, á la manera del santo Precursor de Cristo, y de su ilustre imitador, San Juan Nepomuceno, será siempre el baluarte de la verdad y firme muro de la religión, en donde irán á estrellarse los furores de los Herodes antiguos y modernos. El sacerdote católico sabrá hablar y callar, siempre con igual firmeza: hablará, cuando lo exija el deber de predicar la ley evangélica: *Legem requirent ex ore eius*; y sellará sus labios con silencio inviolable, cuando fuere menester guardar la ciencia del secreto, esto es, el conocimiento de la conciencia de sus penitentes: *Labia sacerdotis custodient scientiam*². En uno y otro caso, en el púlpito y en el confesionario, el Nepomuceno será el dechado más perfecto del carácter sacerdotal. Saludemos á María etc.

I.

3. Destinado para entrar en lucha con los poderosos, cual otro Jeremías, dotó Dios á nuestro Juan con aquellas aptitudes naturales y sobrenaturales que pedía su extraordinaria vocación. Pareció haberle dicho Dios:

¹ Matth. 11, 7.² Mal. 1. c.

*Antes de ser tú formado en el vientre materno te conocí, porque te destiné á ser el profeta de tu pueblo*¹. No olvidéis, amados fieles, que el niño Juan fué, como su homónimo, el Bautista, hijo de milagro, habido por sus padres en edad tardía, y salvado, en la primera niñez, de mortal peligro por obra evidente del poder de María. Era, sin duda, varón predestinado en los consejos eternos para ser, no solamente el apóstol de su patria, el reino de Bohemia, sino también el maravilloso dechado del sacerdote católico en todos los siglos y naciones. *Prophetam in gentibus dedi te*. Soy un tierno y balbuciente niño², decía nuestro héroe, al sentir en lo interior de su corazón la voz divina que le llamaba al sacerdocio; porque, no lo dudéis, Juan de Nepomuc fué llamado al sagrado ministerio desde la cuna, y su vocación se revelaba hasta en sus mismos juegos infantiles, pero mucho mejor y más claramente en sus piadosísimas inclinaciones, en sus ejercicios devotos, en todas sus maneras modestísimas y afables, ¿qué digo? hasta en su mismo semblante adornado de grave hermosura, realzada por la superior belleza de su alma virginal y varonil juntamente. Y ¿qué pensáis que le respondería el Señor, también en lo íntimo de la conciencia? *Nada temas, porque yo estoy contigo*. Visibles eran, en efecto, las bendiciones del cielo sobre la cabeza de aquel niño singular. *Yo te he destinado para predicar mi ley á los reyes y á los pueblos ... y para eso te he formado á manera de ciudad bien pertrechada, de columna de hierro y muralla de bronce.... Guerrearán contra tí, pero no prevalecerán, porque estoy contigo, dice el Señor, para librarte*³. Conocedores por sobre-

¹ Jer. 1, 5.² Ibid. 1, 6.³ Ibid. 1, 10. 18. 19.

natural instinto los padres de aquel niño, de los designios de la Providencia, y no menos impulsados por la necesidad de conservarle la vida, consagraronle al culto del Señor desde la infancia, con no menor acierto que Ana dedicó á Samuel al servicio del templo de Jehová¹. Y ¡con qué contento no recibió el niño Juan la noticia de haber sido consagrado á su Dios! Ya me lo figuro arrodillado delante de la imagen de la Virgen María en actitud angelical, ratificando de propio movimiento y voluntad el voto de ser todo de Dios y de su Madre, que pronunciaron en su nombre sus virtuosos padres. Desde entonces no pensó más que en prepararse con todas las disposiciones requeridas para el cumplimiento de los divinos decretos. Era preciso, y así lo comprendió desde luego, atesorar en su alma un caudal riquísimo de ciencia y de virtudes.

4. No creáis, cristianos, que sea necesaria poca firmeza de carácter para esta laboriosa formación del sacerdote. No le basta al que ha de ejercer este cargo, una tintura de ciencias y letras; y mucho menos, si Dios le escoge entre millares para anunciar con éxito la divina palabra. Virtudes apostólicas, vasta y profunda ilustración: he ahí los naturales agentes que deben fecundizar la vocación divina del predicador evangélico. Porque, si bien éste, siguiendo las huellas del incomparable anunciador del Evangelio, San Pablo, no ha de estribar principalmente en la humana sabiduría que le instruirá en el arte de la persuasión, sino en la fuerza sobrenatural del espíritu²; no por eso ésta puede eximirse de la obligación de acopiar tesoros de ciencia sagrada y profana, ni del deber de adiestrarse, por el

¹ 1 Reg. 1, 28.

² 1 Cor. 2, 4.

estudio de la elocuencia, en el difícil arte de hablar con aquella dignidad y perfección que lo hicieron los Padres de la Iglesia. Penetrado de estas verdades Juan Nepomuceno deja á Zatecio, donde ha cursado ya con aprovechamiento las Letras humanas, y se encamina á la recién fundada y ya famosa universidad de la capital del reino, uno de los grandes emporios del saber en la edad media, adonde concurrían entonces — no lo tengáis por exageración — nada menos que cuarenta mil estudiantes¹, ávidos de instrucción en todos los ramos de la ciencia hasta entonces cultivados. No se habían hecho por aquellos tiempos, es verdad, los portentosos descubrimientos del globo terráqueo, del mundo planetario y de la naturaleza en general, que tanto vuelo hicieron tomar en siglos posteriores á las ciencias naturales; pero, en cambio, se investigaban con tesón y agudeza de ingenio los arcanos de la Metafísica, se profundizaba en la ciencia del Derecho, y se engolfaban los espíritus en el más sublime de todos los estudios, el de la sagrada Teología. Saben muy bien los venerables sacerdotes que me escuchan, y deben saberlo también los fieles, cuán arduos y dilatados son los estudios eclesiásticos que abrazan, fuera de otras disciplinas, la Teología en todos sus ramos, las Sagradas Escrituras, la Historia y el Derecho canónico. No poco tiempo, ni vulgar ingenio, sino muchos años, talentos superiores y, sobre todo, aplicación tenaz se requieren para llegar á poseer esa ciencia como la poseyó el Nepomuceno, aplaudido como el primero de sus doctores por el Claustro de la célebre universidad de Praga. Juan Nepomuceno es un sabio, y debe serlo,

¹ Santander, Serm. de San Juan Nep.

porque *de sus labios se exigirá la exposición de la Ley*¹; y, muy pronto, condecorado ya con la dignidad sacerdotal, se le verá ocupar en propiedad la cátedra sagrada, nombrado predicador de la célebre basilica de Nuestra Señora de Teyn. Veráse también agraciado por el arzobispo de aquella iglesia metropolitana con una plaza de canónigo en el Venerable Capítulo de la catedral, y habrá de anunciar las verdades de la religión á la impura corte del emperador Venceslao. Gran caudal de sabiduría necesita quien ha de desempeñar tan onerosos como honoríficos y delicados empleos.

5. Pero la ciencia, por grande que sea, no le basta al sacerdote para cumplir con una misión superior á la naturaleza: necesita más que todo, de virtudes cristianas, heroicas, verdaderas joyas del espíritu sacerdotal. ¡Oh! y ¡cómo brillan todas las virtudes en la frente del Nepomuceno! Naturalmente descuella entre todas la piedad, virtud sacerdotal por excelencia. ¿Qué es sin ella el sacerdote en el altar, en el coro, en las funciones sagradas? ¿No es él quien debe mantener siempre encendido el sagrado fuego, la divina Eucaristía? ¿Cómo, pues, no ha de participar de su calor? ¿cómo no ha de arder con el contacto de aquel Dios que es *fuego consumidor*?² Ved á Juan retirado á la soledad para disponerse durante treinta días, con oración y penitencia, á recibir las sagradas órdenes. Vedlo ya celebrando los divinos misterios con seráficos ardores.... Vedlo, en fin, desempeñando con maravilloso fervor los oficios de su dignidad, cantando en el coro de la catedral de Praga las divinas alabanzas. ¡Qué modelo tan admirable de

¹ Mal. 1. c.² Deut. 4, 24.

piedad sacerdotal! Pues ¿qué diré de su pureza de costumbres, de su mansedumbre, de su humildad y desprendimiento de todos los bienes de la tierra? Si durante la juventud, y en medio de aquella turba de estudiantes universitarios, entre quienes eran comunes entonces, como suelen serlo siempre, la disipación y la licencia, conservó inmaculada la inocencia de su corazón, merced á los cuidados con que supo guardarla, y especialmente á la devoción ternísima que profesó toda su vida á la Reina de las Vírgenes; ¿cuál no sería el candor de su virtud en edad madura y en el estado santo del sacerdocio? Por lo que hace á su humildad, baste decir que, siendo como era antorcha del estado eclesiástico, créese sinceramente indigno de los empleos que ejerce, diciendo que es incapaz de desempeñarlos con decoro. Y ¿por qué, sino por efecto de humildad profundísima, rehusa constantemente aceptar los principales obispados para que se le propone, sin admitir siquiera algunas de las ricas abadías y honoríficos prestazgos que con instancia se le ofrecen? ¡Qué bien aprendió el discípulo de Cristo la sublime y difícil lección de su Maestro: *Aprended de mí que soy manso y humilde de corazón; y: No queráis amar al mundo ni las cosas que en él se aprecian: escoge para ti el último lugar*¹! Que, si finalmente acepta el delicado nombramiento de Limosnero mayor de palacio y confesor de la reina, es tan sólo para dar en esos empleos expansión á su virtud favorita, la caridad con el prójimo. Por ella mereció en los procesos de su canonización² el envidiable dictado de *Padre misericordioso*

¹ Matth. 11, 29. 1 Io. 2, 15. Luc. 14, 10.² Torrecilla, Serm. de San Juan.

de los pobres; y lo fué tan de veras, que no hubo necesidad, espiritual ó corporal, en aquel reino tan oprimido de miserias, que el piadoso Limosnero no atendiese á remediar. *Oyó el Señor el clamor de los pobres*¹; pues, como reflexiona un panegirista del santo Mártir, si Dios permitió por aquel tiempo que Bohemia se viese tan afligida, dispuso también, por un efecto de esa piedad que templó el rigor de su justicia, que brillase entonces el gran Nepomuceno como iris que serenase las borrascas, no sólo con la lengua en sus sermones, sino con las copiosas limosnas derramadas por sus manos². Caritativo con los cuerpos, éralo más todavía con las almas de sus prójimos, extraviados en gran número, ya por el error, ya por una espantosa corrupción. Á remediarla dirigió el sacerdote celoso de la gloria de Dios y de la salvación de las almas, todo el vigor de su predicación.

6. Vigorosa ha de ser la predicación evangélica, la única digna del ministro de Jesucristo y sucesor de los apóstoles: *in ostensione spiritus et virtutis*, que dice el Apóstol, modelo de predicadores³. Ni es otro el genuino carácter de la elocuencia que la persuasión; pues una predicación fría y desalentada, por más que la adornen primorosas galas de estilo y sutileza de conceptos, no llegará nunca á quebrantar ni domar los corazones. La elocuencia sagrada halló en Juan Nepomuceno un valiente representante, como que estaba dotado así de prendas naturales nada comunes para cautivar y mover, como de la virtud de lo alto que hizo de los ignorantes discípulos de Cristo, elocuentísimos predicadores. Juan era, como el otro Bautista, una

¹ Ps. 9. 12. 17; 33. 7; 68. 34. ² Ubi supra. ³ 1. Cor. 2. 4.

voz¹, una lengua de fuego capaz de inflamar las muchedumbres, pero con el fuego santo de la caridad que purifica á los justos. «Su voz y su acción ejercían un poder despótico sobre los ánimos de los oyentes.»² Bohemia lo necesitaba; pues su corrupción, si hemos de dar crédito á los historiadores, rayaba en lo increíble. La pintura que se nos hace de la ciudad de Praga, y especialmente de la corte de su rey Venceslao, es capaz de horrorizar, sin que deje de ser muy verosímil. «Desde el emperador impío, se nos dice, hasta el más vil cortesano, vivían todos del vicio y se sustentaban de la maldad... La virtud era delito en aquella infame corte, y los excesos criminales se premiaban cual si fueran heroicas acciones... la mujer honrada lloraba sus ultrajes, en tanto que la cortesana hacía alarde de su desenvoltura.»³ Mas ¡oh prodigio de la elocuencia de Juan Nepomuceno! Los pecadores abandonan el camino de la iniquidad; las costumbres se reforman por encanto; y hasta el impío y desenfrenado monarca, si no se convierte, se modera algún tanto y, como en otro tiempo Herodes por la eficaz exhortación del Precursor, *hacia muchas buenas obras*⁴, movido por la voz de su Limosnero, á cuyos sermones asistía de buen grado. El lenguaje del Santo en el púlpito era sencillo, claro y persuasivo, lleno, por otra parte, de unción, mezcla de suavidad y vehemencia, con la cual atraía innumerables almas al arrepentimiento. De esta suerte satisfacía el santo sacerdote á las exigencias de los pueblos que reclamaban de su boca la explicación de la Ley del Señor: *Legem requirent ex ore eius*.

¹ Io. 1. 23.

² Torrecilla l. c.

³ Andrade, Serm. de San Juan Nep.

⁴ Marc. 6. 20.

Así demostró la entereza del carácter sacerdotal, hablando con libertad apostólica cuando debía hablar: ved ahora cómo supo mostrarse aun más heroico callando, cuando llegó el momento de guardar un silencio impenetrable.

II.

7. Lleno de caridad aguardaba Juan á los penitentes en el confesonario para reconciliarlos con Dios, porque fué tan diestro en el manejo y dirección de las conciencias como aventajado en la predicación de la divina palabra. En uno y otro ministerio debe ser nuestro maestro, venerables sacerdotes: por uno y otro título debéis honrarle, fieles, como le honra la Iglesia. No es menos importante, ni menos glorioso tampoco, el ministerio del director de almas en el tribunal de la penitencia, que el del orador sagrado en la cátedra del Espíritu Santo. Ciertamente no adquirió menores merecimientos, ni ejerció virtudes menos generosas el santo canónigo de Praga dirigiendo en el confesonario á la virtuosa reina de Bohemia, Doña Juana, á toda la nobleza de aquella lucida corte, á las religiosas del convento de San Jorge de la misma ciudad y á otras muchísimas personas de toda condición y estado, que amedrentando á los tiranos desde el Púlpito, instruyendo al pueblo, convirtiendo pecadores y santificando almas á millares. Ni es menos necesario para el cargo delicadísimo de administrar el sacramento de la penitencia aquel tino, aquella prudencia, caridad y celo que sólo puede infundir en el sacerdote el espíritu de Dios. ¡Cuántos peligros no rodean el confesonario! ¡cuánta responsabilidad no aparece! ¡cuántas dificultades no ofrece! Peligros de errar con grave daño propio y de las almas; responsabilidad consiguiente ante Dios, y

también ante la sociedad que tantos bienes se promete del buen uso de la confesión sacramental; dificultades por parte del ministerio en sí mismo, y luego, de las circunstancias de que suele estar acompañado. El confesonario, como todos sabéis, fué el terreno donde cosechó nuestro Juan las palmas del martirio.

8. Veamos ya sometido á terrible prueba el carácter sacerdotal de este eminente sacerdote. No hay secreto más inviolable que el de la confesión sacramental, como que obliga, así por derecho divino y eclesiástico como por derecho natural, en todos los casos y eventualidades posibles. Ni por escapar de gravísimos males, como serían la deshonor, el destierro y la muerte, es permitido al sacerdote revelar la más mínima parte de aquello que ha sido materia de la confesión, esto es, que se le ha declarado en orden á la absolución sacramental. ¡Qué confianza no debe inspirar esta ley del sigilo á los más relajados pecadores, cuando se acogen contritos al tribunal de la penitencia! Seguros pueden estar de que no padecerán el más leve menoscabo en su reputación, pues el confesor jamás descubrirá su secreto, aunque le costase la vida y la honra. Dios, que vela por el honor de los sacramentos instituidos en su Iglesia, no permitirá que el de la penitencia llegue á hacerse odioso por la infame cobardía de ninguno de sus ministros. Esta aserción consoladora está apoyada en larguísima experiencia. El martirio de San Juan Nepomuceno, primero de este género, es un hecho providencial dispuesto para gloria de la Iglesia de Cristo y honor de sus ministros. Ponderemos bien sus circunstancias, y bendigamos al Dios de toda fortaleza¹.

¹ Is. 11, 2.

9. La virtuosa emperatriz llega, precisamente por serlo en tan eminente grado bajo la dirección de Juan, á tornarse objeto de desvío, de odio y de crueldad para su indigno esposo, encenagado en el desorden. Venceslao deja poseer su corazón de una loca pasión de celos contra su consorte, arrastrándole su frenético furor hasta concebir el designio de arrancar de la boca del confesor los secretos de la confesión de la reina. ¡Qué delirio! ¡qué osadía! ¡qué monstruosidad más detestable! Con razón exclama un orador: «¡Siglos todos del cristianismo, levantaos y decid si entre tantas abominaciones como habéis presenciado, habéis visto jamás tamaño exceso, si habéis oído demanda tan horrenda y tan sacrílega!»¹ Oída por el santo capellán de palacio tan necia y execrable pretensión, acompañada, como podéis suponer, de largo preámbulo de promesas y amenazas, pintóse el horror en su semblante, quedando, dicen los cronistas, frío y helado como un mármol. Pero, aquí de su carácter y espíritu apostólico con que representó al obcecado príncipe la enormidad de aquel delito, protestando hallarse en disposición de sacrificar mil vidas entre cruelísimos tormentos antes que afrentar su dignidad y la santidad del ministerio con la violación del sagrado sigilo². ¡Qué escena tan digna del pincel del artista cristiano, y aun más, de la admiración de todos los siglos y naciones! El manso sacerdote, de pie, como Jesús ante sus inicuos jueces, confunde, avergüenza y hace temblar de rabia al sacrílego tirano que se venga de su derrota con la feroz persecución del vencedor. Por de pronto mándale encerrar en obscura cárcel, esperando que el horror y la

¹ *Torrrecilla* l. c.² *Ribadeneira*, *Flos Sanctorum*.

incomodidad dobleguen el ánimo del confesor ya mártir. Pero en vano, como sabéis, amadísimos oyentes. Ni los malos tratamientos, ni los halagos empleados después por el hipócrita seductor, ni los tormentos atrocísimos con que, á consecuencia de la nueva y más firme negativa, despedazan el sagrado cuerpo, nada es bastante para debilitar la constancia del invicto sacerdote. ¿Queréis saber hasta dónde llegó la crueldad del inicuo monarca, que así afrentaba el nombre de cristiano, y la ferocidad de los bárbaros ejecutores de sus órdenes? En el mismo interior del real palacio manda Venceslao que sea atormentado el Santo: allí es apaleado ferozmente, extendido en el potro, descoyuntados sus miembros, quemado todo el cuerpo con hachas encendidas, hasta dejarlo finalmente cubierto de heridas y contusiones. ¡Con qué heroísmo soportó el ministro de Dios aquella atroz carnicería! No abrió la boca para quejarse, pero sí para invocar en medio de sus acerbos dolores los dulcísimos nombres de Jesús y María¹. El Santo daba gracias á Jesús crucificado de haberse dignado hacerle participante del cáliz de su pasión; y, lo que es todavía más heroico, ocultó á los ojos de los hombres su martirio, y, cuando se hubo curado de sus llagas, volvió á predicar al pueblo la divina palabra en la catedral de Praga. ¡Qué magnanimidad de sacerdote! Era llegada finalmente la hora de sellar con la última gota de su sangre la inviolable fidelidad del sigilo sacramental. Instado por tercera vez el mártir á descubrir los secretos de conciencia de la emperatriz, persistió con la intrepidez acostumbrada en la absoluta negativa: *Non licet*. Fuera de sí Venceslao, manda

¹ *Ribadeneira* l. c.
CÁCERES, Sermones. II.

que, atado de pies y manos, en la obscuridad de la noche sea precipitado, puente abajo, en el caudaloso Moldava. La orden fué ejecutada con todo secreto; pero el cielo con brillantes señales se encargó de publicar la gloria del protomártir del sacramento de la penitencia. Misteriosas antorchas discurrían por el río, á cuyo indicio, acudiendo todo el pueblo, fué hallado el sagrado cadáver y sepultado con honores de confesor de Cristo.

10. ¡Ahí tenéis, amados fieles, el genuino dechado del sacerdote católico! *Ecce sacerdos magnus, qui in diebus suis placuit Deo*¹. ¡Ahí tenéis el retrato de un levantado carácter en vida y en muerte, en obras y palabras, en la cátedra de la verdad y en el tribunal de la reconciliación! Un modelo de esta clase debería estar siempre delante de los ojos de todo cristiano para alentarlo y confundirle. El Cabildo metropolitano de Praga experimentó bien pronto la irresistible fuerza de tan alto ejemplo, no vacilando en tributar los merecidos honores al sepulcro de su glorioso compañero, sin que le arredrasen las iras del furioso emperador. ¡Pluguiera á Dios que supiésemos todos imitarle, cada cual en el cumplimiento riguroso de sus respectivos deberes! Invocadle vosotros, respetables señores capitulares, y pedidle para todo el clero de esta ilustre arquidiócesis las virtudes sacerdotales de que nos legó, hablando y callando, tan esclarecidos ejemplos. Invocadle, fieles todos, seguros de su poderosa intercesión delante del Altísimo, y pedidle, no sólo favores temporales, sino con especial fervor las virtudes cristianas, con cuya posesión, haciéndonos superiores á nuestras debilidades, mereceremos alcanzar algún día la corona de los fuertes. Así sea.

¹ Brev. Rom. (Off. Conf. pont. ad capit.)

PANEGÍRICO DE SAN LUIS GONZAGA

(predicado en la fiesta de su tercer centenario, Medellín [Colombia] 1897).

El modelo y protector de la juventud.

Ecce ego mittam angelum meum, qui praecedat te, et custodiat in via.

He ahí que yo enviaré mi ángel, que te guíe y te guarde en el camino.

Ex. 23, 20.

1. Sobrevivir trescientos años después de pagado el común tributo de la humana mortalidad, y sobrevivir lleno de gloria en la memoria y en el corazón de millares de hombres, es, hermanos carísimos, alcanzar á una altura prodigiosa que deja muy atrás, no sólo la famosa torre parisiense de 300 metros, sino la región de las nieves eternas que coronan los gigantescos picos de las montañas andinas. Colocado en esa cúspide, ¡cuánto se eleva el admirable Luis Gonzaga sobre el nivel de las humanas grandezas! ¿Qué linaje de grandeza es ésta, que resiste al empuje de tres siglos de vaivenes sociales? Durante este período de la historia, tan fecundo en grandes hombres como en maravillosos sucesos, han brillado ciertamente un sin número de héroes, de sabios y de santos, dejando luminosa huella en todas las esferas de la vida natural y sobrenatural; pero, la verdad sea dicha, ¿de cuántos de ellos se guarda tan religiosa, tan fresca y cariñosa la memoria como del joven Luis Gonzaga, escolar modestísimo de la Compañía de Jesús? ¿cuántos de ellos puede decirse que viven, no sólo en la memoria, sino en el corazón de los hombres? Después de todo, si á muchos se admira como á genios superiores y aun se tributa homenaje de eterna gratitud, ¿á cuántos se toma por modelos? ¿á cuántos se invoca cual patronos? Entre los mismos varones eximios

que, atado de pies y manos, en la obscuridad de la noche sea precipitado, puente abajo, en el caudaloso Moldava. La orden fué ejecutada con todo secreto; pero el cielo con brillantes señales se encargó de publicar la gloria del protomártir del sacramento de la penitencia. Misteriosas antorchas discurrían por el río, á cuyo indicio, acudiendo todo el pueblo, fué hallado el sagrado cadáver y sepultado con honores de confesor de Cristo.

10. ¡Ahí tenéis, amados fieles, el genuino dechado del sacerdote católico! *Ecce sacerdos magnus, qui in diebus suis placuit Deo*¹. ¡Ahí tenéis el retrato de un levantado carácter en vida y en muerte, en obras y palabras, en la cátedra de la verdad y en el tribunal de la reconciliación! Un modelo de esta clase debería estar siempre delante de los ojos de todo cristiano para alentarle y confundirle. El Cabildo metropolitano de Praga experimentó bien pronto la irresistible fuerza de tan alto ejemplo, no vacilando en tributar los merecidos honores al sepulcro de su glorioso compañero, sin que le arredrasen las iras del furioso emperador. ¡Pluguiera á Dios que supiésemos todos imitarle, cada cual en el cumplimiento riguroso de sus respectivos deberes! Invocadle vosotros, respetables señores capitulares, y pedidle para todo el clero de esta ilustre arquidiócesis las virtudes sacerdotales de que nos legó, hablando y callando, tan esclarecidos ejemplos. Invocadle, fieles todos, seguros de su poderosa intercesión delante del Altísimo, y pedidle, no sólo favores temporales, sino con especial fervor las virtudes cristianas, con cuya posesión, haciéndonos superiores á nuestras debilidades, mereceremos alcanzar algún día la corona de los fuertes. Así sea.

¹ Brev. Rom. (Off. Conf. pont. ad capit.)

PANEGÍRICO DE SAN LUIS GONZAGA

(predicado en la fiesta de su tercer centenario, Medellín [Colombia] 1897).

El modelo y protector de la juventud.

Ecce ego mittam angelum meum, qui praecedat te, et custodiat in via.

He ahí que yo enviaré mi ángel, que te guíe y te guarde en el camino.

Ex. 23, 20.

1. Sobrevivir trescientos años después de pagado el común tributo de la humana mortalidad, y sobrevivir lleno de gloria en la memoria y en el corazón de millares de hombres, es, hermanos carísimos, alcanzar á una altura prodigiosa que deja muy atrás, no sólo la famosa torre parisiense de 300 metros, sino la región de las nieves eternas que coronan los gigantescos picos de las montañas andinas. Colocado en esa cúspide, ¡cuánto se eleva el admirable Luis Gonzaga sobre el nivel de las humanas grandezas! ¿Qué linaje de grandeza es ésta, que resiste al empuje de tres siglos de vaivenes sociales? Durante este período de la historia, tan fecundo en grandes hombres como en maravillosos sucesos, han brillado ciertamente un sin número de héroes, de sabios y de santos, dejando luminosa huella en todas las esferas de la vida natural y sobrenatural; pero, la verdad sea dicha, ¿de cuántos de ellos se guarda tan religiosa, tan fresca y cariñosa la memoria como del joven Luis Gonzaga, escolar modestísimo de la Compañía de Jesús? ¿cuántos de ellos puede decirse que viven, no sólo en la memoria, sino en el corazón de los hombres? Después de todo, si á muchos se admira como á genios superiores y aun se tributa homenaje de eterna gratitud, ¿á cuántos se toma por modelos? ¿á cuántos se invoca cual patronos? Entre los mismos varones eximios

cuya santidad honra la Iglesia en los altares y encomia en los púlpitos, ¿hay muchos por ventura tan universalmente conocidos y tan vivamente amados como aquél cuyo tercer centenario celebramos alegremente en este día?

2. Sobrevivir trescientos años es, amados oyentes, gozar de una eterna juventud: San Luis, joven aún al desprenderse de los lazos terrenales para volar al cielo, conserva fresco ese verdor inmarcesible, no sólo en aquel *prado de bienandanza* de la gloria, donde no penetra la vejez, sino aquí también donde el soplo helado de los tiempos todo lo marchita, deseca y pulveriza. ¡Qué gloria la de nuestro amable Santo! Y es porque apoya su trono en el amor de la juventud católica de todo el orbe, la cual, una vez conocido, le aclamó y continúa aclamándole con entusiasmo sin límites su patrono y modelo, el ángel tutelar que Dios le ha dado para guiar sus pasos vacilantes y protegerla en su camino. La juventud ha creído escuchar la voz del cielo que la decía: *Ecce ego mittam angelum meum, qui praecedat te, et custodiat in via*¹. Y, que no se haya equivocado, compruébalo la historia de la Iglesia en los tres últimos siglos, y otra historia no escrita en su mayor parte, la historia íntima de millares de almas... Sí, la juventud no se ha equivocado al proclamar á San Luis su modelo y abogado. Congregaciones religiosas, academias literarias, institutos de educación, iglesias y templos, altares y estatuas, maravillosas obras de arte, decretos pontificios lo habían dicho ya con voz unánime de mucho tiempo atrás; pero hoy lo repite y confirma á voz en grito la sociedad cristiana, exigiendo que se celebre con magníficos festejos el

¹ Ex. ubi supra.

tercer centenario del nacimiento para el cielo del bienaventurado Gonzaga. ¡Honor á la juventud, iniciadora principal de este hermoso pensamiento! ¡Honor también á los distinguidos jóvenes que, en todos los países del mundo, han acogido con entusiasmo esa idea para realizarla en todo su esplendor!

3. Justo será, por lo tanto, que la voz de la oratoria sagrada, encargada de tomar parte en este concierto de alabanzas para común edificación de los fieles, escoja de preferencia esa faz del angélico joven, á fin de presentarlo á los jóvenes, principalmente á los que cultivan las letras, como el ideal del joven cristiano. Que vean, pues, con santa emulación, en Luis el acabado modelo de virtud, cuyos admirables perfiles debe esforzarse á copiar la noble juventud católica; y que en él contemplen y veneren al protector celestial encargado providencialmente de guiar la frágil edad primera por el difícil, pero seguro, camino de la felicidad. Que vean todos cumplida la promesa divina: *Ecce ego mittam angelum meum...* Conocido ya el asunto de vuestra piadosa atención, ayudadme, cristianos, á impetrar el valimiento de la Reina de los ángeles y madre de San Luis: *Ave María*.

4. No fuera Luis en toda propiedad el modelo de la juventud, si no se hubiese santificado en la flor de la vida. Veintitres años le bastaron para recorrer toda su carrera de gigante de la santidad. Á la verdad, no se necesita vivir largos años para llegar á la cumbre de la perfección. La santidad, en el orden del cristianismo, es flor y fruto de todas las estaciones de la vida. Aunque, por lo heroica y laboriosa, parece exigir

el transcurso de dilatados años, puede, centuplicándose el trabajo, obtenerse en corto tiempo, no sin especial auxilio de la gracia. *Consumado en breve*, dice la Escritura, *llevó la carrera de una larga vida*¹, no ciertamente sin multiplicar las coronas á proporción de la rapidez de la carrera. Empero, si toda santidad es heroísmo, la santidad de un joven lo es en grado extraordinario. Y tal fué la de nuestro héroe. Luis Gonzaga santificó la juventud. ¿De qué manera, amados jóvenes? Pues, al modo que la gracia santifica la naturaleza, esto es, depurándola y perfeccionándola. La naturaleza, como obra del Criador, abunda en buenas cualidades, porque *vió Dios todo lo que había hecho, y lo halló muy bueno*²; la gracia se encarga de realzarlas y llevarlas á su debida perfección. Pero la naturaleza humana, decaída y degradada por el pecado, ofrece también abundante cosecha de vicios y defectos; es, pues, preciso que la gracia se tome el trabajo de purificarla. Depurar la juventud de aquellas manchas y defectos que le son inherentes, á lo menos en el presente estado, y luego enaltecer las bellas prendas que naturalmente la atavían, tal fué la labor de santificación, efectuada por la mano de la gracia en el ángel de la juventud. Veámoslo por partes.

5. Por más rica que sea la dote con que el hombre viene al mundo, no es posible que carezca de aquellos defectos que, en mayor ó menor escala, afean aquel primer período de la vida que se extiende desde la infancia hasta la edad viril³, y podemos reducir á dos raíces, á saber: la preponderancia de los sentidos sobre

¹ Sap. 4, 13.

² Gen. 1, 31.

³ *Vitiis sine nemo nascitur...* (Horat.)

la razón, y la debilidad de la voluntad para el bien. Mas ¡oh prodigio de la gracia! aun de esas manchas estuvo exenta la juventud de San Luis. Consideremos, hermanos míos, lo que acontece generalmente en el hombre. El desarrollo físico precede al desenvolvimiento espiritual y moral, por la esencia misma del compuesto humano, bien definido en las escuelas: *animal racional*. De aquí nace que preponderen durante la infancia las facultades sensibles, esto es, aquellas que tienen por objeto el bien físico, útil ó deleitable, sobre las espirituales. El hombre, en los primeros días de su existencia, no es de hecho sino un viviente sensitivo: siente para vivir; toda la actividad de su ser se concentra en este objeto, la vida física, y apenas si alcanzan á vislumbrarse, á través del pequeño organismo, los destellos de una nobilísima alma racional. Más adelante, no contento ya con sólo vivir, el niño siente el aguijón del placer, necesita gozar; y he aquí por qué, mientras todavía la razón dormita ó apenas empieza á despertar, los sentidos funcionan con asombrosa actividad, y es natural que busquen con febril ardor y avidez irresistible objetos que, lisonjeándolos, satisfagan esa vasta capacidad que tiene el hombre de apoderarse del mundo exterior. ¡Condición bien triste y humillante para el destronado monarca de la creación! Posee una centella divina, pero sepultada durante muchos años, como la chispa en el seno del pedernal, bajo el peso de la vil materia. Cuando esa chispa empieza á triunfar del organismo, iluminando los primeros pasos de la vida racional, entonces es cuando la sensualidad, puesta como en acecho para sorprender á la razón, trata de apoderarse de ella; y, ya que no pueda extinguirla, se esfuerza por hacerla servir á sus intereses, y esclavizarla

á sus caprichos. Y así es como nacen impetuosas, despoticas en el niño las primeras pasiones, el apetito de juegos y pasatiempos, la fogosidad del carácter, la envidia, el enojo, la pereza y tantas otras. ¡Cuáles son, en efecto, los naturales instintos del niño! Comer, dormir, jugar, salir con su antojo, reñir, sobreponerse á sus iguales. Y aun el adolescente y el joven, ¿no sienten la propensión más violenta á los placeres, al juego, á la vanidad, á la satisfacción del orgullo? ¡Ay del hombre en quien lleguen á señorear de tal modo esos tiranos de las pasiones, que ahoguen, por decirlo así, el movimiento de las facultades intelectuales y morales! Por el contrario qué feliz aquél que, ayudado de la gracia, supo conquistar bien temprano el imperio del espíritu sobre los sentidos! Tal fué, ¡pero en cuán excelso grado! el bienaventurado San Luis.

6. Ya recordaréis, oyentes míos, cómo, por una visible predilección de la gracia, el renacimiento espiritual por el bautismo se anticipó al completo nacimiento de Luis. Su vigoroso espíritu no tardó en subyugar completamente á la materia. Para probarlo bastaría hablar de su virtud favorita, de aquella que le coloca en la categoría de los ángeles, su portentosa castidad, virtud, tal como la poseyó Luis, superior á la humana condición, aun elevada por la gracia; pues, reduciendo la carne al último grado de sumisión al espíritu, pareció haber espiritualizado á nuestro joven en un modo semejante al que corresponde á los justos después de la resurrección, los cuales, al decir de nuestro Señor Jesucristo, *serán como los ángeles de Dios en el cielo*¹. Podría para el mismo intento hacer mérito de su es-

¹ Matth. 22, 30.

pantosa penitencia, que le hizo comparable, aun viviendo en medio de las cortes, á los antiguos anacoretas, famosos en la historia por el rigor de sus austeridades. Pero me fijaré solamente, como en punto más substancial y accesible á la imitación de los jóvenes, en aquel su espíritu de abnegación, en aquella labor incesante de vencerse á sí mismo. Apenas empiezan á despuntar en su infancia las primeras pasioncillas, cuando ya Luis, dotado de sobrenatural intuición, las sorprende, y, con una fuerza de voluntad superior á la naturaleza, las sofoca en su mismo germen. Y tan completo es el triunfo que obtiene sobre los movimientos de su ánimo, que llega á ser dueño hasta de sus primeros ímpetus, sometiéndolos al gobierno de la razón. ¡Tan lejos estuvo de llegar á ser víctima de pasión alguna! ¡Desdichados de nosotros, á quienes, no ya en la edad primera, sino en la plenitud de la vida nos arrastran, cual desbocados corceles, las más locas y desapoderadas pasiones!

7. Para tenerlas á raya, Luis se dió desde muy niño á la más severa represión de los sentidos. ¿No son éstos los que suministran pábulo á aquellas desarrregladas inclinaciones de la porción inferior de nuestra alma? ¿No es por esas puertas por donde penetra la perturbación al espíritu, fascinado con imágenes de bienes seductores? ¿Quién sino el sentido inflama el corazón del necio? Asombro de todos los siglos ha sido, y lo será eternamente, la portentosa modestia de San Luis. ¡Prodigio de mortificación, de dominio de sí mismo, no permitir á sus ojos, durante tantos años de roce doméstico, fijarse alguna vez en semblante de mujer, aunque sea reina, ¿qué digo? aunque sea su propia y muy querida madre!—Aprended, amados jóvenes, á desplegar varonil entereza en el vencimiento

de los sentidos, en la formación del carácter, desde los primeros pasos de vuestra carrera. Penetraos de la idea de que ser hombre, y hombre educado, no es precisamente adquirir caudal de ilustración, sino llegar á poseer tanta fuerza de voluntad, que la razón domine siempre á la sensualidad. ¿Qué diréis de aquel esfuerzo titánico con que domeña Gonzaga, no ya los sentidos del cuerpo, sino el sentido del alma, la más indómita de nuestras potencias, la imaginación, elemento siempre móvil, como la superficie del lago rizado por el soplo del más ligero céfiro? Contemplad á San Luis en oración. Á pesar de su recogimiento tan profundo, á pesar de aquel silencio y tranquilidad de un alma embebida toda en Dios, fija y extática, no queda satisfecho, habiendo ya transcurrido una hora entera, sólo porque ha llegado á distraerse el brevisimo espacio de un Avemaría; y ¿sabéis lo que se propone? Empezar de nuevo la oración, y si es preciso, continuarla por cuatro y cinco horas más, hasta conseguir dominar perfectamente la indomable fantasía. Esto excede á todo encomio. Esto parece el *máximum* de la fuerza de voluntad, y aun así no es explicable por sólo esfuerzo natural. Aquí se oculta una misteriosa fuerza de la gracia.

8. Pues bien, cristianos, hay todavía en la vida de San Luis otro rasgo tal vez más expresivo de su carácter, á lo menos para quien sea capaz de apreciarlo, como sólo puede serlo el hombre espiritual. Oíd. Cuando, á fuerza de constancia, ha llegado á mirar de hito en hito, sin pestañear, al Sol de justicia, cuando tiene tan fijos los ojos en Dios, que le es punto menos que imposible apartar de él su mirada y divagar por otros objetos, he aquí que la obediencia le sale al paso, intimándole el precepto de no pensar en Dios, de dis-

traer la mente, temerosa sin duda la prudencia de los superiores de que aquella idea fija le fuese perjudicial á la salud. Y era todo lo contrario. San Luis no gozaba de salud ni de vida en otra parte. Eso no obstante, debía y quería obedecer ciegamente. ¡Qué conflicto tan angustioso para un alma enamorada de su Dios, y, al propio tiempo, rendida esclava de la santa obediencia! ¡Qué lucha aquélla entre el amor y el deber! El corazón le arrastra hacia su Dios; y es Dios mismo quien, por el órgano de su representante, quiere apartarle de sí... Pero Dios le busca, se le pone delante en todas partes, y Luis, por complacerle más, llega á decirle: *Apártate de mí, Señor: Recede a me.* Esta cruel agonía despedaza el corazón del Santo hasta el extremo de producir el efecto contrario del que se propusiera la obediencia. Hubo, pues, que desistir del empeño. Mas ¿qué pensáis que hacía para cumplir con el mandato aquel héroe del propio vencimiento? Esforzar la voluntad hasta lo imposible para obedecer, aunque esta violencia le hubiese de costar la vida. ¡Oh! y ¡cómo se complacía su amante dueño al ver el sacrificio de su amado! ¿No debió de ser en esta ocasión cuando, como afirma Santa María Magdalena de Pazzis, arrojaba certeras saetas al corazón del Verbo?

Así consigue este admirable modelo de la juventud dominar el natural desorden de la tierna edad, haciendo empuñar el cetro á la razón sobre los sentidos, sobre la imaginación y el corazón. Ved aquí una juventud santificada por la ausencia de aquellos defectos que comúnmente la afean, nacidos del predominio de la sensualidad. Vamos á ver cómo contrasta su fortaleza y temple varonil con la debilidad para el

bien, no menos común en los años de la tierna adolescencia.

9. Desde que, á los nueve años, hace en Florencia, ante el altar de María, formal voto de perpetua virginidad, puede asegurarse que entró Luis en un período de madurez, propio de la edad perfecta. Si nunca fué niño para la virtud, de allí en adelante fué varón consumado en santidad. No dejó por eso de crecer día por día en aquél que es nuestra cabeza, Jesucristo, según escribe el Apóstol¹; y sus pasos fueron de gigante. No corría, volaba en alas del amor hacia la cumbre de la perfección cristiana. Era la admiración de cuantos le rodeaban, y el asombro de cuantos de cerca le trataban, aun de los mismos santos y grandes personajes de aquella época. San Carlos Borromeo, arzobispo de Milán, encantado de su piedad, le admite antes del tiempo acostumbrado á la primera comunión, que le administra por su mano.

San Luis desplegaba, niño aún, en todas sus acciones un temple de ánimo varonil; pero, en el asunto de la vocación, rayó más alto que en ninguno su energía; y su constancia servirá de alto ejemplo para todos aquellos que deben seguir sin vacilaciones ni respetos humanos la voz de Dios que los llama á su servicio. Y, no que le fuera difícil al joven marqués de Castellón y futuro príncipe del Imperio, desprenderse de mayorazgos y riquezas; todo el punto de la dificultad consistía en vencer la obstinada y, dijérase, excusable y aun legítima resistencia de su padre. Cristiano era ciertamente el buen Don Fernando, como solían serlo todos los señores italianos de aquella época; pero, hombre

¹ Eph. 4, 15.

de corte y educado en la escuela del mundo, no comprendía bastante la sublime doctrina de la renunciación de todo lo terreno para seguir á Cristo, según la palabra evangélica¹, abrazando la vida religiosa en una orden mendicante que hacía voto de rehusar aun las dignidades eclesiásticas. Por otra parte hacíasele muy cuesta arriba al pobre padre desprenderse de tal hijo, en quien había cifrado la esperanza de futuras glorias y acrecentamientos de su ilustre casa. ¿De qué arbitrios no echa mano para estorbarle á Luis la consecución de sus deseos? Caricias de padre y amenazas de señor, blandura y aspereza, desdén y aplazamientos, súplicas, lágrimas, hasta baldones... todo lo ensaya, mas sin fruto. No sabe Don Fernando con qué pecho de bronce ha entrado en lucha. Por fin queda vencido: la constancia de Luis, superior á toda fuerza humana, sale victoriosa al cabo de tres años... ¡Tres años de combatir sin tregua, sin otras armas que la oración y la dulzura! Pocos conquistadores habrán sostenido por tanto tiempo el asedio de una plaza. Y ¿cuál fué el resultado de este triunfo? San Luis se consagra á Dios en el noviciado de la Compañía de Jesús, asegurando por este camino su verdadera felicidad, de antemano señalada por la milagrosa insinuación de María, y recabando también, por el mérito de su sacrificio, la salvación eterna de su padre.

10. Habéis visto, cristianos oyentes, el dechado de la juventud exenta, por obra de la gracia, de las manchas que afean de ordinario la edad de la inexperiencia: ved ahora cómo realza las hermosas dotes que naturalmente la engalanan, y por las que justa-

¹ Luc. 14, 33.

mente es llamada la primavera de la vida. Veréis cómo Luis llega á poseer en el más alto grado las virtudes que, como habla Su Santidad León XIII, *constituyen el ornamento de la juventud*. No seré yo ciertamente del número de aquellos que, para extraviar á la incauta juventud, emplean la vil adulación, haciéndole creer que ella es el nervio, la honra y gloria de las naciones. No, señores; no es así. Mas ¿quién no reconoce de buen grado las bellas cualidades con que plugo á Dios enriquecerla, y que la hacen tan interesante y llena de atractivos? No hablo, por de contado, de las prendas físicas, aunque tan en armonía con las intelectuales y morales: la frescura, el vigor, la agilidad, la gracia, que, no menos que el espíritu, suelen adornar el cuerpo. Otras dotes harto máspreciadas cautivan mi atención. Me encanta sobre manera la ingenuidad y pureza de los sentimientos. El frío cálculo de la perversidad no ha penetrado todavía en su corazón. Si por flaqueza se desliza, el arrepentimiento, tan rápido como la caída, está pronto para curar el golpe; y el corazón, rebotando de franqueza por la boca, se convierte en acusador de sí mismo para reparar el yerro cometido. La juventud no conoce la hipocresía, no oculta el veneno en los repliegues del alma, no es terca ni obstinada. El mal, si por desgracia la inficiona, no ha envenenado todavía sus raíces. El joven ama con ardor la virtud, se entusiasma con ella, aunque se sienta débil para practicarla en todas ocasiones: la imagen del vicio le horroriza, aunque su misma inexperiencia le haga alguna vez sucumbir á los pérfidos halagos de la seducción. Y luego, ¡cuánta generosidad y grandeza en las aspiraciones! La edad de las ilusiones, como no ha medido todavía por sí misma el verdadero tamaño ni la dis-

tancia de los objetos, todo lo ve grande, fácil y hacedero; de allí que por todo, especialmente por lo desconocido, se entusiasme locamente. ¡Locuras de la edad, pero locuras generosas y simpáticas! Por otra parte, ella no se inspira en la sórdida avaricia ni en la soberbia ambición, sino en el afán de crecer, desarrollarse, subir y colocarse de un salto en la cumbre de ese ideal de felicidad y grandeza que se extiende á su vista en deliciosa perspectiva.

II. Ahora bien, hermanos míos: en un niño, en un joven como Luis, privilegiado con dones sobrenaturales, con superiores ilustraciones de fe y vuelos de caridad, aun más que con los ricos tesoros de la naturaleza, ¿qué debía suceder? Que la natural pureza de los sentimientos se transformara en candor de ángel; y la nobleza de las aspiraciones, en la más delicada y ardorosa unión con Dios. Porque, siendo el Ser divino el centro de toda belleza y perfección, apenas por una precoz y clarísima iluminación de la fe conoce Luis á Dios, cuando se siente arrebatado hacia él con todo el ímpetu de esa edad tan apasionada de lo grande, bueno y bello. Guardada, por lo demás, su alma purísima, que parecía ajena al común contagio del pecado, dentro del jardín cerrado de una completa abstracción del mundo, aun viviendo en medio de él, ¡cuánto más en el retiro del claustro de la Compañía! el candor de aquel espíritu no llegó á empañarse un solo instante, ni aquel lirio de pureza perdió un solo átomo de su aroma virginal. ¡Oh! ¡quién pudiera revelar á nuestra vista aquel feliz momento en que, descorridos los velos de la infancia, brilló por la primera vez el rayo de la razón sobre el horizonte de la despejada inteligencia de San Luis! ¡Quién pudiera apreciar los quilates de

aquel primer acto perfectísimo de amor de Dios con que se consagró á su Criador! ¡Singular prerrogativa concedida á muy pocos, la santificación del primer momento de la vida racional! Con esto quedó Dios en plena posesión de esta alma prevenida con tan singulares bendiciones de dulzura. Paraíso de la Divinidad, un ángel guardaba las puertas de sus sentidos, mientras un querubín iluminaba el interior de su mente, y un serafín alimentaba el fuego sagrado en el retrete de su corazón. Dios descansaba con delicia en aquel nuevo y vistoso tabernáculo. Á partir de ese primer acto heroico, de ese arranque generoso de Luis hacia su Dios, su ascensión en la esfera del amor fué la del águila, que se remonta sin parar hasta dominar la inmensidad de los espacios. ¿Hasta dónde llegó Luis Gonzaga en alas de su caridad? Secreto es éste de aquel astro divino que sin cesar lo atraía hacia sí, á través de la distancia infinita que separa la criatura del Criador. Dígalo mejor que yo la seráfica virgen Magdalena de Pazzis, la cual, en sublime raptó, parece haber alcanzado á medir la gloria del angélico joven por la escala de su caridad, pues exclamó con asombro: «¡Qué grande es la gloria de Luis, hijo de Ignacio! ¡La palma de los mártires le pertenece, porque fué mártir oculto de la caridad!...»

Ahí tienes, venturosa juventud, al ángel en carne que envía Dios para que vaya delante de ti mostrándote el camino de la bienaventuranza. *Ecce ego mitto angelum meum qui praecedat te... in via.* ¡Ah! ¡si desde este día te resolvieras á seguirlo! ¡Á qué regiones de luz y de felicidad no te conduciría! No vaciles en tomarlo por modelo; pero invoca al propio tiempo su poderosa protección, porque él es el ángel tutelar de

la cristiana juventud: *angelum meum, qui custodiat te...* Esto veréis brevemente en la segunda parte.

II.

12. Que la niñez necesite de tutela, y la juventud de amparo y protección, es una verdad de sentido común que nadie osaría poner en discusión. Pues ¿qué? ¿puede ella marchar por sí sola con pie firme por el arduo camino de la felicidad? ¿no necesita, tanto en lo moral como en lo físico, de guía, de ayuda y de sostén? Se dirá que la juventud es fuerza viva, y fuerza incontrastable: sea enhorabuena; pero ¿acaso la fuerza no necesita también de ojo que la dirija, y de brazo que la sostenga? Por esto ha puesto el Criador acá en la tierra la sombra de esos ángeles del hogar, los padres de familia, protectores naturales del hombre durante el no corto plazo de la adolescencia. ¡Desgraciado del huérfano que carece de esa dulce sombra, cuando apenas está dando los primeros pasos por la senda de la vida! Fuera del hogar, ahí están esos otros ángeles de la escuela, encargados de ilustrar la inteligencia y dirigir la voluntad, bajo cuyo gobierno y paternal cuidado pueda la juventud desplegar ampliamente las grandes facultades que la adornan. ¡Pluguiera á Dios que todos los institutores se penetrasen bien de la dignidad de su ministerio de ángeles! Sobre todos esos medios del orden natural está la mano próspera y el ojo maternal de la Iglesia de Cristo, siempre atenta de preferencia á conducir por rumbo cierto á esa querida porción de la humana familia, la más menesterosa de sus solícitos desvelos. Y, si todo eso no basta, ahí están en el cielo legiones innumerables de ángeles dispuestos á cobijar la juventud bajo la sombra de sus

alas. *Sus ángeles*, dice Jesucristo, *están siempre contemplando el rostro del Padre celestial*¹. Como las constelaciones celestes envían sus benignos influjos á la tierra, así los ángeles, astros de aquella *alma región luciente*², están destinados por el supremo Ordenador del universo para servir de guardianes y tutores á los frágiles mortales. Así lo canta la Iglesia en sus himnos³. ¡Gran protección para el hombre! tanto mayor cuanto que en este noble ministerio ellos no hacen más que representar la persona del Padre celestial, como fieles ministros de la Providencia. Investidos, por consiguiente, de poderes divinos, tienen saber y virtud bastantes para desempeñar el alto encargo de amparar á sus recomendados. Éstos les deben á su vez amor, confianza y reverencia.

13. Y aquí descubris, amadísimos oyentes, los fundamentos en que estriba el reconocido patronato de San Luis Gonzaga sobre la juventud. Porque, si á los ángeles corresponde la misión de proteger á los jóvenes, ¿cómo no le corresponderá esa misma al angélico San Luis? El mundo á una voz le proclama *ángel en carne humana*; la Iglesia católica le aplica las palabras del Real Profeta: *Hicistelo poco menor que los ángeles*⁴; por la pureza incomparable de su cuerpo bien puede mirarsele como adornado anticipadamente de las dotes gloriosas de los cuerpos espirituales, y, por lo tanto, de condiciones angélicas, según la afirmación del Salvador: *Erunt sicut angeli Dei in celo*⁵. Todo, en fin, concurre para hacernos formar de este joven extra-

¹ Matth. 18, 10. ² Fr. Luis de León.

³ «Custodes hominum psallimus angelos...»

⁴ Ps. 8, 6. ⁵ Matth. 22, 30.

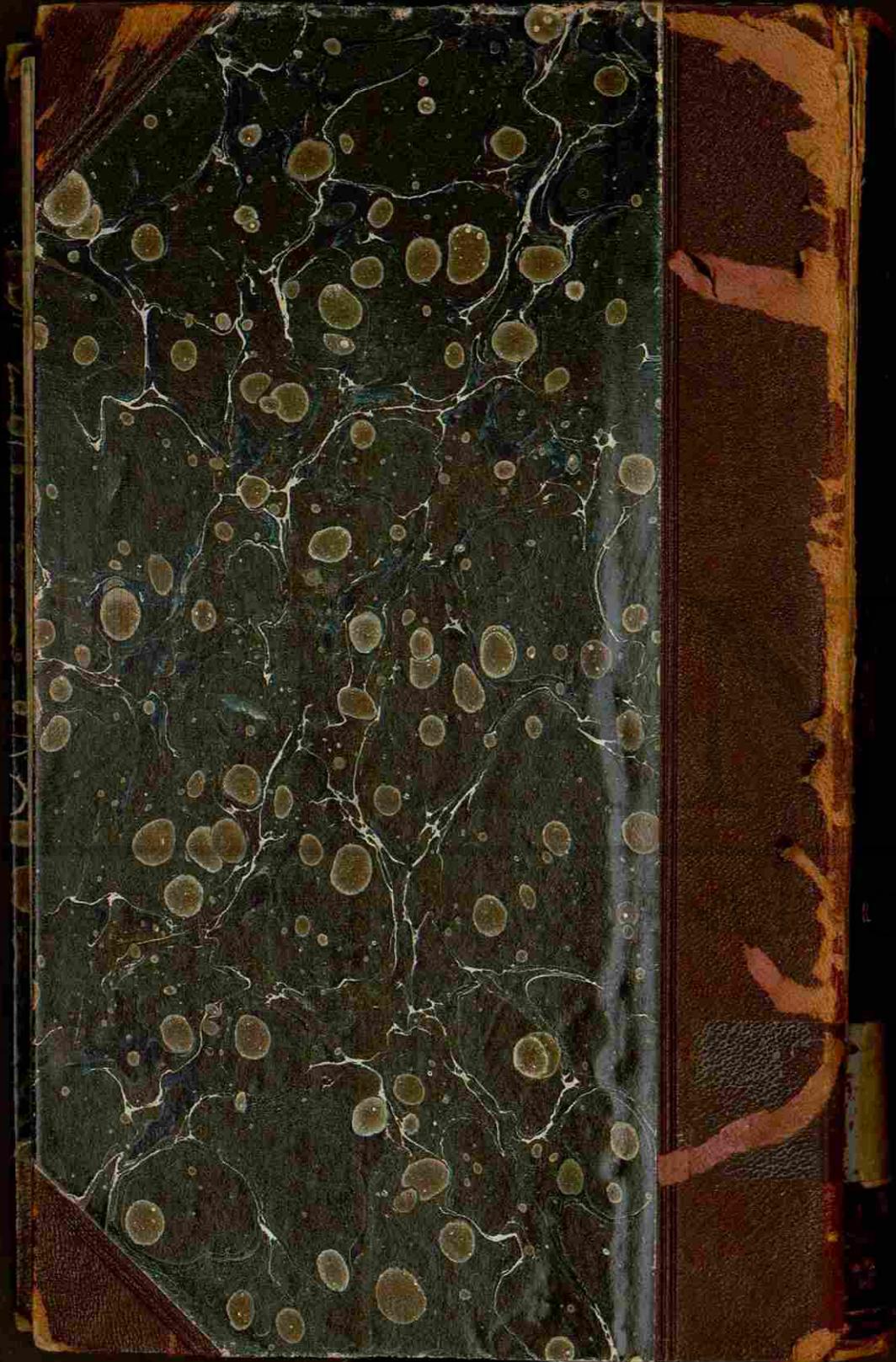
ordinario un concepto que, más bien que de hombre, expresa la índole y fisonomía del ángel, aunque revestido de formas humanas. Es, pues, incontestable el título de patrono de la estudiosa juventud, solemnemente decretado á Luis por el infalible oráculo de la Cátedra Apostólica. Y no lo es menos el derecho que hoy asiste á la cristiana juventud para acogerse á la sombra de las alas de este su ángel tutelar, designado por Dios para guardarla en los caminos de la vida. ¡Oh! ¡si supiese la pobre juventud aprovecharse de tan alto patrocinio!

14. Copiosos y riquísimos frutos de esa correspondencia de afectos entre San Luis y la juventud serían, al decir de León XIII, los bienes espirituales que ella recogería de la protección y de la imitación de su amable patrono. Al fijar en ese modelo de virtudes su mirada cariñosa y ardiente, toda alma de joven bien nacido no podría menos de sentirse dulcemente estimulada á copiar en sí misma esas gloriosas acciones que tanto la elevan y ennoblecen, y ardería en santa emulación de poseer esas virtudes que, cual brillantes joyas, embellecen su frente pura y arrogante. Virtudes como las de San Luis son el verdadero ornamento de la juventud cristiana. Los vicios contrarios la afean y envilecen de un modo lastimoso; y, por lo que hace á la sociedad, cortan en flor sus más legítimas y caras esperanzas. Cuantos se interesan por el porvenir de las naciones, ó siquiera abrigan alguna simpatía por la juventud, deberían en la hora presente, en que el cristianismo celebra el centenario del joven santo, despertar á todos los jóvenes y niños, diciéndoles á gritos: ¡Mirad á vuestro protector! ¡Contemplad vuestro modelo! ¡Qué simpático es su rostro! ¡qué bellos y gloriosos sus

ejemplos! ¡Mirad de hito en hito los resplandores apacibles de su gloria! Un trono de luz allá en el cielo, y las caricias de los ángeles al ángel de la tierra; acá un trono de amor y de respeto, fabricado por millares de corazones que le aman tiernamente; espléndidas ovaciones, suntuosísimas fiestas, cánticos sonoros, olas de incienso, regocijo universal... ¿os parece pequeña recompensa, amados jóvenes? Pues, todo eso es la menor parte de su gloria, de la gloria y honor con que Dios lo ha coronado. De aquélla que disfruta el bienaventurado Luis en el seno de la Divinidad, la lengua humana no puede dar idea, el corazón cristiano la presente, el joven virtuoso la ambiciona. ¡Santa y feliz ambición que siembra sacrificios para coger laureles de verdor inmarcesible! Así sea.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



la guerra encarnizada del mundo, demonio y carne, conservar incólume la joya más hermosa de vuestra alma. Adornadas con ella, llegaréis á contemplar la belleza de María en la eterna bienaventuranza. Así sea.

PANEGÍRICO DE LA ANUNCIACIÓN DE MARÍA

(predicado en la fiesta de la Congregación de Jóvenes de Bogotá, marzo de 1896).

María, objeto adecuado del amor y la imitación de sus congregantes.

Ave, gratia plena. Luc. 1, 28.
In me gratia omnis... Eccli. 24, 25.

1. Un grupo de jóvenes piadosos que frecuentan, en calidad de alumnos externos, las aulas del colegio de San Bartolomé, celebran hoy, llenos de ferviente júbilo, la instalación solemne de su congregación, ó sea de la sociedad que han formado para honrar con especial esmero á la Santísima Virgen María, Madre de Dios y de los hombres. Saben bien estos jóvenes, mejor tal vez que otros muchos adultos y ancianos¹, cuánto vale, desde los primeros pasos de la azarosa vida humana, acogerse á la alta protección de tan poderosa Señora y amorosa Madre, para afrontar los mil peligros de que habrá de verse erizada su carrera; á fin de arribar, después de heroica lucha con toda suerte de enemigos, disfrazados y descubiertos, al término feliz de la eterna salvación, que es el grande y único fin de la criatura racional. ¡Albricias á tan noble y discreta juventud! Gócese en hora buena con el éxito ya obtenido de la agregación de su naciente congregación

¹ Super senes intellexi... (Ps. 118, 100).

á la primaria de Roma, que le permite disfrutar de las innumerables gracias y beneficios espirituales otorgados por la Sede Apostólica á aquel riquísimo emporio de virtudes. Celebre con santo entusiasmo su establecimiento y fundación canónica en este día en que la Iglesia toda celebra aquel dichoso anuncio de la redención del mundo, traído á la Virgen de Nazaret por el celestial mensajero Gabriel. ¡Anuncio de felicidad sin medida! Dios se ha apiadado de la infeliz raza de Adán: el Hijo del Eterno va á descender á la tierra para rescatar al hombre de la muerte eterna: el Verbo va á revestirse de humana carne en el seno virginal de la más pura doncella: María va á ser hecha Madre de Dios y de los hombres.... ¡Qué nuevas tan portentosas y tan llenas de alegría! Hoy, después de casi diecinueve siglos, al recordar esa fecha eternamente memorable de la entrada del Verbo divino en la tierra, anunciada á María, el corazón del hombre palpita de esperanza, sus ojos se elevan al cielo y ven en la Virgen la estrella de salud que nos conduce á la gloria con sus clarísimos destellos. ¡Nosotros te saludamos, ¡oh María! como la estrella de los mares, Madre de Dios siempre Virgen y feliz puerta del cielo!¹

2. ¡Ah! ¿qué dirán, qué sentirán sus piadosos hijos, los nuevos congregantes? ¿qué sentirán al contemplar ese cuadro pintado por el Evangelista San Lucas, el historiador de la escena y del diálogo de la Anunciación? Ellos, estoy cierto, rebotarán de júbilo y se darán el parabién de haber escogido á la *Anunciada* por patrona especial de su congregación, porque en ella, tal como en este misterio la contemplan, verán el objeto

¹ Himno de la Iglesia: «Ave, maris stella».

adecuado de su culto, de su veneración y de su amor. Así es, en efecto, amados jóvenes, como paso á haceros ver, á fin de que vuestra devoción se acreciente, si cabe, y vuestro gozo se complete¹. Porque ¿en dónde más bella, más grande, más perfecta puede ofrecerse María á nuestra consideración, que en el misterio augusto en que fué saludada en nombre de Dios por un Ángel: *llena de gracia*? ¿No es aquí donde puede ella decir: *en mí está toda la gracia; en mí, toda la esperanza de la vida bienaventurada*?² Sé muy bien que María, en el primer instante de su Concepción sin mancha, fué ya *toda hermosa* á los divinos ojos; pero, por lo mismo que su gracia fué susceptible de crecer como la luz del astro del día, ¡cuánto más bella y perfecta no debió de ser en el mediodía de su Anunciación! Aquí es, por otra parte, donde raya en el apogeo de su grandeza, habiendo sido ensalzada en este día á la dignidad altísima de Madre de Dios; por consiguiente aquí tenemos cuanto puede ser objeto de amor, de imitación, de invocación, teniendo ante los ojos á María en su doble aspecto de Virgen y Madre, ó, mejor dicho, en su fase única de Virgen-Madre, que es la fase más bella y majestuosa que ha podido presentar una criatura. Saludémosla, pues, con el ardiente afecto y veneración del Arcángel: *Ave María*.

I.

3. María, en el misterio de su Anunciación, constituye el objeto más digno del amor entusiasta y ardiente de la juventud cristiana. ¡Ama en buen hora, oh juventud que abres tu corazón á las primeras impresiones

¹ Gaudium vestrum sit plenum (1 Io. 1, 4).

² L. c. supra.

de la vida, como el capullo de la rosa abre sus pétalos á las primeras brisas de la mañana! Ama, sí, pero un objeto que verdaderamente sea digno de tu gran capacidad de amar, que satisfaga tu inteligencia por el cúmulo de sus perfecciones, que llene tu corazón por su belleza acabada y de todo punto incomparable. Ese objeto, entre todo lo criado, no puede ser otro sino la Virgen de quince años, la graciosa y encantadora Virgen de Nazaret, la *Anunciada* por Gabriel. Fuera de ella, dondequiera fijes tus miradas, no hallarás sino defectos; donde busques satisfacción, no hallarás sino desengaños, vacíos. Vuelve, vuelve tus ojos á la hija afortunada de Ana y de Joaquín; en ella podrás admirar las perfecciones de una criatura formada desde el primer instante en la plenitud de la gracia, y que ha llegado al punto culminante de su desarrollo físico y moral; en ella podrás contemplar, bajo el velo de la esposa de José, la esposa mística ataviada ya por el divino artista para las bodas inefables con el Rey de los cielos; por consiguiente allí verás el conjunto más prodigioso de gracia y hermosura que cabe imaginar, ó, mejor dicho, que la fantasía más vigorosa no sería capaz de dibujar en el lienzo de su mente creadora; allí verás la admiración del Ángel, las delicias de todo un Dios... ¿No es esto así, carísimos oyentes? Oid y juzgad. En este asunto no cabe un átomo de exageración.

4. *Enviado fué un príncipe del cielo á llevar un mensaje divino á una doncella que habitaba en Nazaret; y la doncella desposada ya con José, llamábase María*¹. Había llegado, pues, la celestial criatura, en quien el Eterno tenía fijadas sus miradas, á aquella edad en que,

¹ Luc. 1, 27

extremadas las perfecciones del ser humano, raya en el más alto grado su hermosura física, ya que no siempre la moral. Pero en María, la bendita y privilegiada entre todas las mujeres, la hermosura del espíritu no podía menos de competir con la belleza corporal, ó, más bien dicho, superarla. Porque, en efecto, verificábase en ella la misma ley de desarrollo que consigna el Evangelio respecto de Jesús: *El niño crecía y se desarrollaba en edad, cordura y gracia delante de Dios y de los hombres*¹. Habiendo, pues, María crecido, á la edad en que la contemplamos, tanto cuanto exigía la ley física, no hay duda sino que la hermosura de su rostro rayaba en prodigio; y, á proporción de la belleza exterior, la de su ser moral era completa, resultando de una y otra un conjunto de encantos que brillaba en toda su persona, como no se ha visto jamás en otra alguna. Cabíale perfectamente la expresión de los Cantares: *¡Oh pulcherrima mulierum!* ¡Oh portento de hermosura! ¿quién osaría describirte? Sería preciso poseer, no ya solamente el genio de los grandes coloristas, el pincel de un Rafael ó la pluma del Dante, sino la inspiración divina del cantor del sagrado epitalamio, las tintas celestiales del Cantar de los cantares. ¡No era María, en aquella florida primavera de su vida, la purpúrea rosa de Jericó vertiendo aromas de su cáliz entreabierto! ¡Qué bella era María á los quince años! Era la belleza ideal que ha revoloteado en tantos cerebros de artistas y poetas sin dejarse coger jamás para salir retratada en la palabra ó en el lienzo. Bella era, no ya sólo á los ojos ciegos de los hombres, esclavos, en sus juicios, de la pasión ó del capricho, sino á los de los

¹ Luc. 2, 52.

ángeles, quienes, con poseer tanta hermosura que eclipsa la del cielo material, admiraban atónitos y aun no acababan de admirar tal prodigio de belleza, y mutuamente se preguntaban: *¿Quién es ésta?*¹ Hay más. ¿Quién tal creyera? aquella niña era el encanto de Dios mismo, que la miraba como la obra maestra de sus manos. *Cum essem parvula placui Altissimo*, hácela decir la Iglesia. ¿Á quién sino á María se dirigían aquellas amorosas saetas del corazón del divino Esposo: *Quam pulchra es, amica mea, quam pulchra es!*² *Hermosa eres, dulcísima, radiante...*³ ¡Ah! cristianos: ¿por qué no la hemos de amar también nosotros, miserables esclavos de efímeras bellezas, de fantasmas que sólo pueden seducir nuestro corazón para envenenar nuestros sentidos? ¿Por qué no hemos de dejarnos arrebatar dulcemente por aquella hermosura completa entre todas las hermosuras criadas? Decidle, sí, con todo el afecto de vuestro corazón, ¡oh jóvenes congregantes de María! *Tota pulchra es, Maria, suavis et decora!* Y dejad que el amor á esta Virgen incomparable se apodere de una vez para siempre de vuestro generoso corazón.... No olvidaréis jamás á la que tan temprano habéis tenido la felicidad de conocer.

5. Aunque, oculta á los ojos de los hombres la modesta violeta de los jardines del Señor, pasaban para la tierra casi inadvertidos sus primores, á Dios y á sus ángeles estaban patentes, á través de los espacios, las gracias y virtudes de la Reina de las vírgenes. Aquel nardo suavísimo exhalaba tal fragancia que se percibía hasta en el cielo, mientras su rey descansaba en su real tálamo⁴. Había llegado el momento de efectuarse el

¹ Cant. 8, 5.

² Ibid. 4, 1.

³ Ibid. 6, 3.

⁴ Ibid. 1, 11.

gran misterio de los eternos decretos de Dios: el Verbo iba á bajar á la tierra, los cielos iban á inclinarse en dirección de Nazaret. Iban á celebrarse en esta humilde morada, transformada en palacio celestial, las místicas bodas del Cordero; y María era la Esposa, ataviada ya con las galas, no postizas ni prestadas, sino propias y riquísimas con que la adornara su mismo celestial Esposo para hacerla digna de sí. ¿Cuál no sería su hermosura? *Has hallado gracia delante de Dios*, decía el Arcángel¹: y ¡qué gracia la que halló María, según comentan con entusiasmo los Padres de la Iglesia!² El Rey del cielo la contempla entonces con inefables transportes de amor: *Tus ojos de cándida paloma, retrato de tu alma purísima, hicieronme salir de mí, para volar hacia ti*³. El grande y soberano misterio estaba á punto de consumarse.... El Verbo eterno, engendrado antes del tiempo en el seno del Padre⁴, iba á ser reengendrado en la plenitud del tiempo en el seno de la Virgen, por obra del Espíritu Santo, á la sombra de la virtud del Altísimo⁵. María iba, pues, á ser Esposa de Dios, como verdadera Madre del Verbo Encarnado. Y lo fué, en efecto, en el instante en que, pronunciado el misterioso *Fiat* por los trémulos labios de la humildísima doncella, *el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros*⁶, descansando en el tabernáculo del vientre virginal⁷. ¡He ahí, pues, el tálamo nupcial en que este Verbo de virtud infinita⁸ se desposó con la sagrada humanidad, unido á ella con el lazo estrechísimo é indisoluble de la unión hipostática! ¡Cuánto

¹ Luc. 1, 30.² *S. Sophron. et alii passim.*³ Cant. 6, 4.⁴ Ps. 109, 4.⁵ Luc. 1, 35.⁶ Io. 1, 14.⁷ Eccli. 24, 12.⁸ Hebr. 1, 3.

más rico y espléndido que el celebrado lecho de Salomón¹ no debía ser este nuevo tálamo del Salomón verdadero, el cuerpo y alma de María!

6. De esta manera, cristianos oyentes, María colmada de gracias, presentaba en el día de su feliz Anunciación el conjunto más vistoso de perfecciones que es dado imaginar. Aquel día era verdaderamente digno de la magnífica salutación angélica: *Llena de gracia, Dios te salve*²: rebosaba de encantos: *Deliciis affluens*³. Ostentábase cual Reina á la diestra del Rey de los cielos, revestida de oro puro y esmaltada de variedad de joyas preciosísimas⁴. Era, en fin, un portento de belleza, como la vió el Apóstol del Apocalipsis: *Una gran visión apareció en el cielo: una mujer bañada con los resplandores del sol, la luna por calzado de sus pies, y en la cabeza una corona de doce fulgidas estrellas*⁵. Era la Madre-Virgen, que llevaba ya en su seno al Sol de justicia, fuente de toda gracia y santidad. Hagamos un esfuerzo más, oyentes míos, para profundizar algo en el conocimiento íntimo de lo que constituía esa belleza natural y sobrenatural. Como quiera que la belleza, según los principios de la estética, sea esencialmente la armonía animada por la vida, en la Virgen-Madre todo era armonioso, como un concierto celestial, todo era viviente y animado como el rayo de luz, como el calor que pone en movimiento el universo. La armonía resplandecía en el alma y en el cuerpo de aquella criatura formada y concebida según el plano primitivo, no alterado por el maligno influjo del pecado original. Además de la extremada perfec-

¹ Cant. 3, 7.² Ibid.³ Ibid. 8, 5.⁴ Ps. 44, 10.⁵ Apoc. 12, 1.

ción de sus potencias, de la vasta extensión de su memoria, de la capacidad ilimitada de su entendimiento, de la soberana rectitud de su voluntad; además de la acabada proporción de todos sus miembros, de la corrección estética de sus facciones, no empañadas por la menor sombra de defecto, siendo por todo extremo maravillosa su estructura, como labrada á torno, según la expresión de los sagrados libros¹, sus sentidos purísimos, órganos de una sensibilidad exquisita, servían maravillosamente á las superiores facultades del alma sin contradicción, sin la más ligera resistencia. Tal es, hermanos míos, ó, mejor dicho, tal debiera ser la armonía del compuesto humano, como el primero y principal elemento de belleza en el hombre; pero ¡ah! ¿dónde se encuentra ya este armónico concierto entre la materia y el espíritu? ¿Dónde, sino en aquella privilegiada criatura, preservada del veneno del desorden primitivo? No había, pues, en ella dos leyes en colisión, dispuestas á chocar violentamente, la ley de la razón y la tiránica ley de los sentidos: no había sino una sola, de acuerdo con la unidad personal del ser humano, dominando pacíficamente en todas las regiones sometidas á su dulce imperio.

7. Por otra parte la vida que animaba aquella singular criatura no era sólo una vida espiritual, brillante y poderosa expansión de la más clara inteligencia ilustrada con todo género de conocimientos infusos, y de una voluntad amadora de toda virtud, entusiasta del Bien; era más aún, era vida divina, sobrenatural, semejante, pero en grado mucho más perfecto, á la que sentía correr dentro de su alma el grande Apóstol²;

¹ Cant. 5, 14.

² 2 Cor. 4, 10.

era, podemos decirlo así, la Virtud del Altísimo envolviéndola en su sombra majestuosa, como la resplandeciente niebla envolvía el Arca del Antiguo Testamento¹. Era, digámoslo de una vez, el Espíritu de Dios que había tomado posesión de aquella arca santa de la Nueva Alianza, para hacer de ella su glorioso tabernáculo. De esta suerte la belleza de María era sobrehumana, más que angélica, divina: era la irradiación de la hermosura de Dios en su obra maestra.

II.

8. Ya lo veis, piadosos congregantes: María, patrona vuestra en el misterio de su Anunciación, se presenta á vuestra fantasía, digo mal, á los ojos de vuestra razón iluminada por la fe, como el objeto más adecuado de vuestro ardiente amor, como quiera que la habéis contemplado perfectamente hermosa. Ella, pues, ha debido arrebatarse los afectos de vuestro corazón ansioso de amar á la criatura que Dios mismo no se ha desdichado de amar: á la que San Bernardo apellida: «Robadora de corazones»². Sí, por cierto: quien no ama á María no tiene ojos para ver ni corazón para sentir. Y si, en efecto, su dulce llama ha prendido en los vuestros, desde luego se despertará en vosotros el anhelo ferviente de imitar esas sublimes y nobilísimas virtudes, que son precisamente los rasgos culminantes de su celestial hermosura. Porque *toda la gloria de esta graciosa Hija del Rey viénele del interior*³, en cuya comparación la misma exterior gentileza, con ser tan extremada, no sería mucho de apreciar. Admirémos

¹ 3 Reg. 8, 12.

² S. Bern.: «Raptrix cordium».

³ Ps. 45, 14.

todas las perfecciones de la excelsa Virgen; pero fijémonos de preferencia en aquellos dos rayos más brillantes de la hermosura de su alma, que del espíritu se difunden hasta en su mismo cuerpo, y son las dos virtudes más accesibles á nuestra imitación. Tales son, oyentes míos, la pureza sin mancilla y la encendida caridad. De una y otra os da la Virgen-Madre alto ejemplo en la dichosa hora de su Anunciación.

9. ¿Dónde ni cuándo resplandeció más el puro lirio de su integérrima virginidad? «Sea para vosotros como una viva imagen y retrato de la pureza virginal la vida de María, dice el Padre San Ambrosio¹, pues en ella, como en clarísimo espejo, brilla la hermosura de la castidad.» Y San Bernardo, declarando copiosa y dulcemente, como suele, aquellas palabras de la narración evangélica: *Fué enviado el Ángel á la Virgen*, dice: «Sí, á la Virgen de cuerpo y mente, á la que había hecho profesión y voto de perpetua virginidad, á la Virgen, finalmente, cual la describe el Apóstol, santa en el cuerpo y el espíritu, no hallada por acaso, sino escogida desde la eternidad, prevista por el Altísimo y para sí reservada, guardada por los ángeles, prefigurada por los patriarcas y prometida al mundo por los profetas.»² Fué su pureza incomparable el poderoso imán, dicen los santos, que atrajo á Dios desde el cielo á su seno immaculado. Con la Encarnación del Verbo en sus purísimas entrañas, y con el contacto íntimo de aquel Dios humanado que guardó durante nueve meses, bien se ve cuánto debió de acrisolarse la pureza de María, no ya por sustracción de mancha ó defecto

¹ De virginibus lib. 2.

² S. Bern. ex hom. 2 super Missus est.

(que no lo hubo jamás en ella), sino por acceso siempre mayor á la fuente de pureza infinita. ¡Ah, mis amados congregantes! ¡Pluguiese á Dios daros á conocer en este día con más viveza que nunca la belleza de la santa castidad! ¡Qué ornamento tan bello para todas las edades, pero por especial manera para la juventud! ¡Cómo se marchita toda la lozanía moral y hasta física de los años juveniles con el soplo emponzoñado de la corrupción! Lo mismo que se deshojan las flores y languidecen los tallos de plantas delicadas, si las azota el cierzo abrasador.... ¡Qué desventura para la juventud no comprenderlo así! ¡Qué ceguedad tan lamentable la de ese mundo, que estima en más la frágil belleza de la carne corruptible que la sublime é imperecedera del espíritu! Y aun en este supuesto ¡cómo se equivocan miserablemente los que, atentos sólo al goce de los sentidos, no reparan que no hay ni puede haber perfecta belleza física en el ser humano, si no la realza con sus destellos el ángel de la castidad! Porque es verdad incontrovertible, basada en la razón y la experiencia, que el vicio sensual afea, destruye y desbarata no sólo el alma que es su esclava, sino el cuerpo mismo que, tarde ó temprano, llega á ser su víctima, reducido á cenizas. ¡Ay! ¡cuántas de estas víctimas va haciendo cada día el hálito del vicio! No cabe duda que sin la pureza de corazón y limpieza de cuerpo no hay serenidad de rostro, ni candor de mirada, ni sonrisa angelical en los labios. ¡Apreciad, jóvenes, esa joya tan menospreciada por el necio mundo! Aborreced cual tósigo de muerte el vicio infame, por más que el mundo os lo brinde en copa de oro.

10. Mas procurad al propio tiempo aprender en la escuela de María el santo amor de Dios, la caridad,

virtud divina que ejercitó la Virgen-Madre con altísima perfección en el misterio de la Encarnación del Verbo. ¿No sabéis que, según la profunda sentencia de San Agustín, antes le concibió en su corazón por el amor, que en el cuerpo por la maternidad corporal? Y esta inefable operación del Espíritu Santo ¡cómo se ejecutó sino entre ardores de la más abrasada caridad? Entonces fué cuando María pudo decir con la Esposa de los Cantares: *Sostenedme con la fragancia de las flores, cercadme de frutos exquisitos, porque languidezco de amor*¹. ¡Ah, la caridad divina! ¡cómo enciende las castas mejillas, al par que inflama el corazón virginal! Porque no es posible amar al Criador, si se tiene el corazón entregado á las criaturas. ¡Feliz la juventud educada en el temor y amor de Dios! ¡Feliz la vida humana que se desarrolla al calor del hogar sagrado donde arde el fuego de la cristiana piedad! He aquí, amados jóvenes, las inapreciables ventajas de vuestra congregación: acendrar la pureza, encender el fervor, ya por medio de piadosos ejercicios, ya en esas mismas reuniones presididas por la dulce Virgen y tierna Madre de los niños que se complace en verse rodeada de sus hijos.

III.

11. Pero en María *Anunciada* tenéis también el más poderoso estímulo y justo título para invocarla, como deberéis hacerlo á cada instante, según os aconseja San Bernardo: *Mariam invoca. Non recedat a corde, non recedat ab ore*². ¿Cuál es el verdadero cristiano que á cada paso de la vida no acude á la Madre de Dios y poderosa protectora del hombre?

¹ Cant. 2, 5.

² Hom. 2 super Missus est.

¿Quién no sabe que Jesús moribundo nos la legó por Madre? ¿que de su protección y favor debemos esperar todo, principalmente en orden á la salvación? ¿No están llenos de estas enseñanzas los Padres y doctores de la Iglesia? Solamente los obcecados sectarios se condenan, por insensato orgullo, á carecer de la protección y valimiento de María. Sin duda porque, á vuelta de protestar que creen en Jesucristo, verdadero Dios y verdadero hombre, niegan, por una inexplicable inconsecuencia, el título que el concilio de Éfeso confirmó á la Virgen Santísima, de Madre de Dios, puesto que, de atribuírselo, deberían reconocer igualmente su omnipotencia suplicante. Empero, si todo fiel cristiano deposita en María su absoluta confianza y la invoca con entrañable amor y veneración, ¿cuánto más deben hacerlo los que se precian de llamarse hijos suyos, y están especialmente consagrados á su culto, como son sus congregantes? Pues bien, en el misterio en que la habéis tomado por patrona, tenéis los dos grandes motivos de invocar á María, cuales son su poder y su amor: aquél, derivado de su excelsa dignidad de Madre de Dios; y éste, de su consiguiente maternidad respecto de los hombres.

12. Desentendiéndome por ahora del primero de estos títulos, llamo vuestra atención hacia el segundo; y digo que fué en esa hora de su vida cuando por primera vez sintió María palpitar su corazón con amor de madre para con los hombres, y, aun me atrevo á decirlo, con singular ternura para con los niños. ¿No os parece natural que así fuese, una vez que la Virgen sin mancilla sintióse Madre de un Dios Niño? Ella lo siente reposando en su tálamo, ó bien saltando de gozo, mejor que el niño Juan en las entrañas de Isa-

bel¹. Y, al sentirlo, comprende desde entonces su destino de abrazar en su corazón de madre á todos los que Jesús adopta por hermanos. Los niños figuran entre sus hijos predilectos, porque adivina ya la predilección del Salvador por ellos². Si así no fuera, ¿por qué, no contento con hacerse hombre, habría querido hacerse niño³? Mas no olvidéis que, si Jesús ama señaladamente á la niñez, es por las virtudes que suelen adornarla, pues él mismo dice: *De los tales es el reino de los cielos*⁴, es decir, de los puros, candorosos, humildes y amorosos con sus padres, de los que guardan hasta en edad madura las gracias encantadoras de la niñez, y particularmente de los que, hasta el último suspiro, aman y sirven á María como hijos amantísimos.

13. Hacedlo así vosotros, tomando por modelo de vuestra conducta al mismo Hijo de Dios que, en este gran día, quiso honrar á la excelsa Virgen con el título de Madre suya. Él no la olvidó jamás: no deja de honrarla, aún en el cielo, teniéndola colocada á la diestra de su gloria. Así también el niño de hoy, fervoroso congregante de la Virgen, no olvidará, hombre mañana, la parte que en su educación le cupo á la tierna devoción que desde entonces profesaba á su querida Madre, María Santísima; y, al recordarlo, sentirá un santo orgullo en honrar y bendecir hasta el postrer suspiro á la Reina de los cielos, admiración, modelo y esperanza de sus congregantes.

¹ Luc. 1, 41.

² Sinite parvulos, etc. (Marc. 10, 14).

³ Parvulus natus est nobis (Is. 9, 6).

⁴ Matth. 19, 14.

SERMÓN PARA LA FIESTA DE LA PURIFICACIÓN DE MARÍA

(predicado en Medellín, 1889).

El misterio de la humildad de María.

Respexit humilitatem ancillæ suæ.

Luc. 1, 48.

1. Á través de los misterios de la Santísima Virgen que celebra la Iglesia católica con especial aparato de solemnidad, alcanza á vislumbrar el alma religiosa las principales prerrogativas y como las fases más brillantes de ese astro de los cielos, objeto eterno de la complacencia de Dios y de la admiración del hombre. De aquí el carácter especial y como el colorido que distingue á cada una de esas grandes festividades de María. No me negaréis, cristianos oyentes, para no hablar más que de aquellas que señalan los puntos culminantes de la carrera de ese astro celestial, que la fiesta de su Concepción purísima sea la de su incomparable belleza, como que, al sólo ver ese prodigio de una mujer concebida sin mancha, no podemos dejar de exclamar con dulce arrobamiento: *Tota pulchra!* Así también, al contemplarla en su retrete de Nazaret sorprendida por la presencia del Arcángel que la saluda llena de gracia, anunciándole el gran misterio de la Encarnación del Verbo, que ha decretado hacer de ella su madre verdadera, no puede menos el entendimiento de medir por la excelencia de esta dignidad la grandeza de la Virgen-Madre, sublimada á una altura rayana en lo divino. Finalmente cuando, llegada al brillante ocaso de su vida, vemos á la gran Señora salir triunfante del sepulcro y elevarse á las regiones etéreas en alas de los ángeles, hasta llegar en su ascensión á ser coronada por Reina

bel¹. Y, al sentirlo, comprende desde entonces su destino de abrazar en su corazón de madre á todos los que Jesús adopta por hermanos. Los niños figuran entre sus hijos predilectos, porque adivina ya la predilección del Salvador por ellos². Si así no fuera, ¿por qué, no contento con hacerse hombre, habría querido hacerse niño³? Mas no olvidéis que, si Jesús ama señaladamente á la niñez, es por las virtudes que suelen adornarla, pues él mismo dice: *De los tales es el reino de los cielos*⁴, es decir, de los puros, candorosos, humildes y amorosos con sus padres, de los que guardan hasta en edad madura las gracias encantadoras de la niñez, y particularmente de los que, hasta el último suspiro, aman y sirven á María como hijos amantísimos.

13. Hacedlo así vosotros, tomando por modelo de vuestra conducta al mismo Hijo de Dios que, en este gran día, quiso honrar á la excelsa Virgen con el título de Madre suya. Él no la olvidó jamás: no deja de honrarla, aún en el cielo, teniéndola colocada á la diestra de su gloria. Así también el niño de hoy, fervoroso congregante de la Virgen, no olvidará, hombre mañana, la parte que en su educación le cupo á la tierna devoción que desde entonces profesaba á su querida Madre, María Santísima; y, al recordarlo, sentirá un santo orgullo en honrar y bendecir hasta el postrer suspiro á la Reina de los cielos, admiración, modelo y esperanza de sus congregantes.

¹ Luc. 1, 41.

² Sinite parvulos, etc. (Marc. 10, 14).

³ Parvulus natus est nobis (Is. 9, 6).

⁴ Matth. 19, 14.

SERMÓN PARA LA FIESTA DE LA PURIFICACIÓN DE MARÍA

(predicado en Medellín, 1889).

El misterio de la humildad de María.

Respexit humilitatem ancillæ suæ.

Luc. 1, 48.

1. Á través de los misterios de la Santísima Virgen que celebra la Iglesia católica con especial aparato de solemnidad, alcanza á vislumbrar el alma religiosa las principales prerrogativas y como las fases más brillantes de ese astro de los cielos, objeto eterno de la complacencia de Dios y de la admiración del hombre. De aquí el carácter especial y como el colorido que distingue á cada una de esas grandes festividades de María. No me negaréis, cristianos oyentes, para no hablar más que de aquellas que señalan los puntos culminantes de la carrera de ese astro celestial, que la fiesta de su Concepción purísima sea la de su incomparable belleza, como que, al sólo ver ese prodigio de una mujer concebida sin mancha, no podemos dejar de exclamar con dulce arrobamiento: *Tota pulchra!* Así también, al contemplarla en su retrete de Nazaret sorprendida por la presencia del Arcángel que la saluda llena de gracia, anunciándole el gran misterio de la Encarnación del Verbo, que ha decretado hacer de ella su madre verdadera, no puede menos el entendimiento de medir por la excelencia de esta dignidad la grandeza de la Virgen-Madre, sublimada á una altura rayana en lo divino. Finalmente cuando, llegada al brillante ocaso de su vida, vemos á la gran Señora salir triunfante del sepulcro y elevarse á las regiones etéreas en alas de los ángeles, hasta llegar en su ascensión á ser coronada por Reina

de todas las criaturas, nuestra admiración por María sube de punto calculando la inmensidad de la gloria que le corresponde en el cielo. Así es como las festividades de la Santísima Virgen nos la presentan, ora como la más bella, ora como la más grande y gloriosa de las hechuras del Altísimo.

2. Necesario parece, hermanos míos, que haya algún misterio en la vida de la misma Virgen que nos dé á conocer el cimiento de tanta grandeza y tan excelsa gloria, siendo ley natural que las grandes construcciones y altísimos edificios descansen sobre profundos é incontrastables cimientos. Tanto más debe de ser esto así, cuanto que Dios ha establecido una ley semejante en las obras sobrenaturales, queriendo que se junten el cielo con la tierra, la mayor altura con la mayor profundidad¹. ¿Cuál será, pues, ese misterio, sino aquel en que aparece de lleno la humildad de María, esa virtud fundamental de la vida y perfección cristianas, cimiento de la gloria sobrenatural? Pues bien, este misterio, á mi ver, no es otro que el que con tanta pompa y devoción celebra Medellín, de acuerdo con sus benditas tradiciones: el de la Purificación de María en el templo de Jerusalén, ó sea el de la *Virgen de la Candelaria*. En efecto, amados fieles, aunque en la existencia de la Santísima Virgen no haya habido un solo día ni un instante siquiera, no marcado con el sello de la humildad, virtud tan característica de aquella que, siendo Madre de Dios, se tuvo siempre en concepto de esclava del Señor, y como tal no cesó de engrandecer al que la hizo tan grande y tan perfecta, entonando sin cesar el cántico de su humildad: *Magnificat*

¹ *Ima summis, humanis divina iunguntur* (Ecl.).

*anima mea Dominum*¹; eso no obstante, es innegable que en ninguna otra ocasión apareció María más humilde que en su Purificación, porque en ninguna otra se vió más humillada. Y, como quiera que este exceso de humillación fué escogido libremente y abrazado por la Virgen, claro es que en el misterio de este día resalta como en ningún otro su portentosa humildad. Esto es lo que me propongo haceros ver en el presente discurso á fin de que comprendáis mejor, no sólo cuán legítimas son las glorias de María, como fundadas sobre tan firme base, sino también cuán necesaria es esta virtud cristiana para alcanzar la gloriosa recompensa á que todos aspiramos. Veremos por tanto cómo la humildad de María en el misterio de su Purificación fué la más profunda, la más meritoria y también la más glorificada. Imploramos, etc. *Ave Maria*.

I.

3. Humillación, y muy grande, era para todas las madres en lo antiguo el cumplimiento de la ley de la purificación. Según ella la mujer que, habiendo concebido de varón, había dado á luz un niño, debía considerarse como inmunda, y como tal no podía pisar los umbrales del santuario hasta haber cumplido el plazo de su purificación, á los cuarenta días del alumbramiento². Por medio de la ceremonia legal que se celebraba en el templo, mediante la oración del sacerdote, y la ofrenda prescrita, la mujer que había sido madre según el orden natural, quedaba purificada de la mancha contraída en aquel acto, ya por haber dado un ser inficionado con el pecado original, ya por haberse

¹ Luc. 1, 46.

² Lev. 12, 2.

contaminado con la inmundicia inherente á la condición de la maternidad. Sea lo que quiera del significado de la palabra *pecado* de que debía purificarse la mujer á consecuencia del parto, y aunque ella no designe, según la común opinión, otra cosa que la pena del pecado de origen¹, es manifiesto que la necesidad de redimirse de tal pena constituía una verdadera humillación para la madre y el hijo. Éste parecía exclamar con el profeta: *¡He aquí que he sido concebido en la iniquidad, y en el pecado me dió el ser mi madre!*² Ésta no podía levantar la cabeza, á pesar de su dignidad de madre, porque, como acaecía al mismo profeta, *su pecado estaba siempre delante de sus ojos*. La humillante condición de pecador que llevaba el niño, estampada en la frente, aún pasada la circuncisión, reflejaba dolorosamente en el rostro de la madre. Madre é hijo sufrían el sonrojo inseparable de la transmisión de la naturaleza humana decaída. Y no hago mérito de otra suerte de humillación que en especiales circunstancias concurría en aquella ceremonia, y concurrió en el caso de María, cual era la de exhibir la pobreza de su condición, la que, no pudiendo ofrendar como los ricos un hermoso cordero, tenía que pasar por la vergüenza de ofrecer dos tortolillas ó un par de pichones.

4. Trasladaos ahora, cristianos oyentes, al templo de Jerusalén en el momento en que una joven madre de extraordinaria belleza y majestuosa como una reina, va entrando por sus puertas con un niño en los brazos que roba al paso todas las miradas y los corazones de los circunstantes. ¿Quién dijera que esa madre, semejante en lo exterior á las demás allí reunidas para

¹ Cartagena, Hom. sacram. lib. 8, hom. 2.

² Ps. 50, 7.

cumplir el rito de la purificación, era nada menos que la Madre del Unigénito Hijo de Dios hecho hombre para redimir á los hombres? ¿Quién pensara que esa hermosa israelita de traje igual á las demás hebreas, acompañada solamente de un venerable anciano, su esposo, era precisamente la Reina de todas las criaturas, aquella en quien el Omnipotente había ejecutado la obra más portentosa de su diestra, la Encarnación de su Verbo bajo la sombra misteriosa de su Espíritu? Nada hay en rededor de ella que revele de algún modo su grandeza superior á todas las grandezas; nada, que indique su dignidad incomparable y asombrosa, totalmente oculta á la vista de los hombres: nada, en fin, que haga siquiera sospechar sus admirables prerrogativas. Mas ¿por qué Dios no manifiesta la realidad de las cosas? ¿por qué la misma Virgen no revela quién es, no se da á conocer para glorificar al mismo Dios? ¡Ah! ¡qué diferentes son los juicios del Señor de los consejos de los hombres! El Dios que ha bajado á la tierra para ser abatido y anonadado, no quiere que se descubran todavía las excelencias de su Madre, porque *es necesario llenar toda justicia*¹; porque quiere que ella sea su compañera de humillaciones ahora, á fin de que lo sea más tarde de su gloria. Él mismo en forma de tiernecito infante de cuarenta días, va en brazos de su madre, como cualquier otro primogénito nacido de mujer, para ser presentado al Señor y redimido por el vil precio de cinco siclos, para cumplir la ley mosaica en la parte que le concierne: *Sanctifica mihi omne primogenitum*². Jesús quiere aparecer á los ojos de aquel pueblo como manchado con el pecado de origen, tanto en la Circuncisión

¹ Matth. 3, 15.

² Ex. 13, 2.

como en la Presentación en el templo. ¿Qué mucho que María, Madre de Jesús, consienta á su vez en parecer sujeta á la pena del pecado impuesta á la mujer que ha dado á luz? ¡Cuán lejos está la humildísima Virgen de querer que brillen á los ojos del mundo sus títulos y prerrogativas! He aquí la prueba más concluyente de la profunda humildad de María en su Purificación.

5. En efecto ¿qué amor del propio desprecio no muestra la que, siendo tan grande, quiere aparecer tan pequeña; la que, siendo única y bienaventurada entre todas las mujeres¹, escoge pasar por una de tantas mujeres plebeyas? Ponderése en buena hora la humildad de David que, siendo rey de Israel, quiso envilecerse é igualarse con la gente común bailando delante del Arca, por lo cual mereció el desprecio y la burla de la orgullosa Micol². Pero ¡oh! ¡cuánto mayor fué la humildad de esta hija de David en el acto de confundirse con el vulgo de las madres, sin dejar indicio por donde adivinarse pudiera su dignidad más que real, su carácter de Madre de Dios! David no se envileció realmente ejecutando aquel acto de religiosa piedad que antes le engrandecía, aun delante del pueblo judío; pero ¿quién no reconoce la realidad de la humillación de María al someterse á una ceremonia que la rebajaba en la opinión común al nivel de las mujeres manchadas? ¡Á ella, la más pura entre las vírgenes castísimas! Para poder formarse alguna idea de la grandeza de esta humillación voluntaria, sería preciso tenerla de la eximia puridad del alma y cuerpo de la intemerata Virgen-Madre de Dios; sería necesario saber apreciar los quilates de aquella

¹ Luc. 1, 42.

² 2 Reg. 6, 20.

integérrima virginidad, acisolada, como sienten los Padres, en la concepción del Verbo y en el parto virginal. Y ¿quién será capaz de comprender esta excelencia de María? «En tres cosas, dice el Angélico Doctor, excedió María, no sólo á los hombres sino á los mismos ángeles; es á saber, en la plenitud de gracia, en la familiaridad de Dios y en la pureza.»¹ ¡Oh pureza más que angélica de la Santísima Virgen! ¿qué más puede decirse en tu alabanza? Pues todavía se eleva más el pensamiento y el discurso de San Anselmo cuando afirma, como habréis oído tantas veces, que era conveniente que la Virgen resplandeciese con tal grado de pureza, que otra mayor bajo de Dios no pudiese concebirse. Y en iguales términos dice categóricamente San Andrés Cretense: *Maria está por encima de todos, excepto sólo Dios*². No puede, según esto, añadirse un ápice de perfección á la pureza de María. Y la razón de esta pureza suma, según lo indica Santo Tomás en las palabras arriba citadas, es aquella íntima familiaridad con Dios de que gozó la Virgen, en su calidad de Madre propia y verdadera, puesto caso que Aquel que es fuente de toda pureza y santidad, no puede menos de purificar y santificar cuanto toca.

6. Y así se entiende, hermanos míos, cómo el sagrado parto tan lejos estuvo de empañar aquella puridad sobreangélica, que antes la acrecentó más y más, si acaso cabía en ella perfección y aumento. Bastaba para que así sucediese, que el parto, lo mismo que la concepción, hubiera sido milagroso y virginal, como lo fué en efecto, quedando María siempre virgen entre los

¹ S. Thom. opusc. 4, apud *Cartagena*.

² Apud *Cartagena* lib. 8, hom. 1.

gozos y esplendores de la más augusta maternidad: *Gaudia matris habens cum virginitatis honore*¹, siendo por este título la criatura única sin ejemplar ni imitadora. Mas ¿por qué tal privilegio, que exigía nada menos que el esfuerzo del brazo omnipotente, sino porque el hijo de María era *el Santo de los santos*², el natural Hijo de Dios, cuya Encarnación no podía ser obra sino del Espíritu Santo?³ Por esto el elocuente San Bernardo hace hablar á María en esta fiesta en los términos siguientes, como discurrendo consigo: «¿Qué necesidad tengo yo de purificación? ¿por qué me he de privar de la entrada en el templo, habiendo sido mi vientre virginal consagrado templo del Espíritu Santo? ¿Por qué no entraré en el templo, yo madre del Señor del templo? Nada ha habido en esta concepción y en este parto que no sea puro y santo; nada que necesite purificación, siendo mi hijo la fuente de toda pureza y el que ha venido á lavar toda culpa. ¿Qué ha de limpiar la observancia de la ley, en mí que con el mismo immaculado parto he quedado más pura que nunca?» Por donde creen unánimemente los doctores que la Virgen Santísima no estaba sujeta á la ley de la purificación, como sería fácil demostrarlo con muchas y sólidas razones⁴, bastando por todas la sencilla observación de las palabras textuales de la ley mosaica. Así lo siente Eusebio Emiseno que dice: «Escrito está en la ley de Moisés, que la mujer que habiendo concebido de varón, diere á luz á un niño, será tenida por inmunda. Esta ley no comprende á la bienaventurada Virgen, la cual, sin obra

¹ Ecclesia in fest. B. M. V.

² Luc. I, 35. ³ Matth. I, 20.

⁴ Vide *Cartagena* l. c.: «Tota Patrum antiquitas unanimi consensu docuit.»

alguna de varón, concibió virgen y fué virgen en el parto. Esta diferencia de María y las demás mujeres quiso dar á entender el gran legislador expresando el modo de la concepción ordinaria.» Sabiamente advierte el mismo escritor que no podía decirse de María aquello de la ley: «No tocará nada sagrado,» siendo así que la Virgen no sólo tocaba lo más sagrado, al Santo de los santos, estrechándolo en su regazo, sino que, después de haberlo llevado nueve meses en su seno, lo alimentaba con la leche de sus pechos virginales.

7. Ahora bien, hermanos míos: una Virgen tan pura como la luz del cielo, y que estimaba tanto la pureza que debía de serle odiosa hasta la sombra del pecado, ¿á qué extremo de humildad no descende, sujetándose á una ley dictada para las madres comunes, y por el mismo caso exhibiéndose como otra cualquiera, necesitada de purificarse legalmente de manchas que de ningún modo había contraído? No es ésta aquella humildad de corazón tan recomendada por el divino Maestro?¹ ¿Y no es éste el supremo grado á que puede llegar tan heroica virtud? Porque notad bien, amados fieles, dos clases ó maneras de humildad que distingue San Bernardo²: una producida en nosotros por la verdad, otra formada solamente por la caridad. ¿Quién hay que no se humille de la primera manera, esto es, en fuerza del conocimiento de la vileza propia? Abrahán, el gran patriarca de quien dijo el Espíritu Santo por el Eclesiástico: *No se halló otro á él semejante en la guarda de la ley del Altísimo*³, apenas se atrevía á hablar con el Señor, diciendo que era polvo y ceniza. No es pequeña virtud ciertamente expresarse así cuando

¹ Matth. 11, 29.

² Serm. 42 in Cantica.

³ Eccli. 45, 20.

á las palabras acompaña la sinceridad del sentimiento. Pero, dicho sea en honor de la verdad: ¿no es cierto, certísimo que Abrahán y todos los hombres y todas las naciones son menos que polvo en el divino acatamiento, diciendo Isaías: *Omnes gentes quasi non sint, sic sunt coram eo*¹? Por consiguiente los mayores santos, así como los más grandes hombres, los magnates y señores de la tierra no hacen más que rendir homenaje á la verdad anonadándose en la presencia del que es *solo Señor y solo Altísimo*²: esta humildad es más bien de entendimiento que de corazón. María, al presentarse en el templo para ser purificada, siendo la misma pureza y santidad, como madre del Santo de los santos, se abate voluntariamente por efecto de su caridad ardentísima para con Dios y los hombres. De ella puede decirse lo que de Cristo Señor nuestro dice el citado santo Doctor: «Fué humilde con aquella humildad á que le indujo el afecto del corazón, no con aquella otra que le arrancara la convicción de la verdad.»³ ¿Qué mucho que humildad tan profunda fuese también sobre manera meritoria? Esto vamos á comprobar en la segunda parte.

II.

8. Bastaría considerar, hermanos carísimos, á qué actos tan heroicos de virtudes llevó á María en este misterio su humildad profunda. Que no en vano es fundamento de todas, como unánimemente enseñan los maestros de la vida espiritual. Y, no sólo fundamento y base de toda virtud sólida es la humildad cristiana,

¹ Is. 40, 17.² Ecclesia in hymno angel.³ S. Bern. l. c.

sino germen fecundo de donde todas ellas brotan bajo el celestial influjo del Espíritu Santo, que se complace en derramar torrentes de gracias en corazones vacíos de sí mismos. Como Jesucristo se humilló obedeciendo al decreto eterno de su Padre que le ordenaba morir en la cruz¹, así María se humilló obedeciendo á la ley que, aunque no dada para ella², expresaba sin embargo el beneplácito del Señor. ¡Con qué sumisión tan completa, con qué afecto de amor, con qué fervor de espíritu se apresta la santa Doncella al cumplimiento de la ley mosaica cuando ve que han transcurrido los días de su purgación, no real sino puramente legal, *secundum legem Moysi*, abandonando aquellos sitios tan queridos donde, en medio de la falta de todo, todo lo tenía con solo Jesús que, siendo Dios, la acariciaba dulcemente como los niños á sus madres! ¡Obediencia sublime la de María! ¿qué cualidad le faltó de cuantas deben concurrir para hacerla acabada y perfectísima? Espontaneidad, sencillez, hilaridad, prontitud, fortaleza y perseverancia: ¿qué faltó á la obediencia de la Virgen-Madre en el acto de someterse á la purificación? Deducid de aquí cuánta no debió de ser la excelencia del mérito de su humildad. Mejor que á la célebre Ruth pueden aplicarse á María las palabras de Booz: *Reddat tibi Dominus pro opere tuo*: ¡El Señor te recompensará como lo merece tal obra; el Dios de Israel á cuya casa viniste, sabrá galardonarte plenamente!³ Y, si á Jesús le mereció la imposición de este nombre gloriosísimo su obediencia generosa, como afirma el Apóstol, también podemos creer que á la obediencia de María le cupo en recompensa la gloria y el poder que coronan

¹ Phil. 2, 8.² Esth. 15, 13.³ Ruth 2, 12.

su nombre, inferior solamente al de Jesús. La obediencia, hermanos míos, entendiendo por esta virtud la completa sumisión de la voluntad humana á la ley y voluntad divinas, es fuente copiosa de merecimientos, como lo es de victorias¹. *Por la obediencia de un solo hombre*, esto es, del Hombre-Dios, dice San Pablo, *serán justificados muchos*², porque con ella mereció el Salvador la salvación de todos. Pero ¿qué es la obediencia así entendida y practicada sino aquella humildad perfectísima que, según el gran maestro de espíritu, San Ignacio de Loyola, consiste en que «así me baje y me humille ... que en todo obedezca á la ley de Dios nuestro Señor»³, aspirando de este modo á imitar al vivo á Cristo que, por obedecer al eterno Padre, se abrazó con la pobreza y el desprecio? No cabe duda, según esto, que la humildad de la Virgen Santísima, la más semejante á la de Cristo Jesús, fué para ella por extremo meritoria.

9. Y ¿qué mayor recompensa pudo merecerle, que hacerla en supremo grado semejante al mismo Jesús, á quien en este misterio se propuso imitar, como piensa Dionisio el Cartujano? Quiso María someterse á la ley de la purificación para imitar á su hijo, á quien vió sujeto á la otra ley de la circuncisión⁴. Esto mismo dijo San Bernardo, dirigiéndose á la Virgen con suavisimas palabras, como suele: «¡Oh Virgen bienaventurada, verdaderamente tú no tienes causa ni necesidad de purificación; pero ¿acaso la tuvo el Hijo tuyo para ser circuncidado? Preséntate, pues, en medio de las mujeres, como si fueras una de ellas, que también tu

¹ Prov. 21, 28.² Rom. 5, 19.³ *Exercitia spirit.*, 2. hebdom.⁴ *Dionys. Carthus.* apud *Avancini*, Medit.

Hijo se presentó como otro cualquiera entre los niños.»¹ ¿Qué mayor gloria, repito, para quien sabe estimarla, que la de conformarse y asemejarse todo lo más posible al Hijo de Dios humanado, modelo divino de toda perfección? Conformarse con la imagen del Hijo de Dios, asemejarse á Jesucristo es, según el Apóstol², llevar el sello de la predestinación, como quiera que no pueden ser coherederos de la gloria de Cristo, sino aquellos á quienes Cristo adoptare por hermanos, imprimiéndoles su divina fisonomía. He aquí, carísimos oyentes, el único procedimiento capaz de ennoblecer al hombre vil y bajo por natural condición, y más envilecido todavía por la corrupción original y personal: asemejarse á Cristo, revestirse de su divina personalidad, según la enérgica frase de San Pablo: *Christum induistis*³. Y esta semejanza debe resplandecer en las obras, que son el ropaje de virtud y justicia del hombre nuevo, sobre cuya frente refleja la santidad de Dios. ¿Cuáles hayan de ser estas obras, nos lo declara el ejemplo del mismo Jesucristo, quien en los diversos pasos de su vida mortal, desde el pesebre hasta el sepulcro, fué marcándonos las huellas de todas las virtudes, y señaladamente de la humildad de corazón. Bien lo comprendió María, la cual, en calidad de madre, debía ser la más próxima y semejante á Él, no sólo según la carne, sino según el espíritu, puesto caso que le había concebido, antes que en sus entrañas, en su corazón virginal⁴. Por ese motivo le siguió tan de cerca en el cumplimiento de la ley de la purificación dada para las madres, así como la de la circuncisión se había dictado para los hijos.

¹ Serm. de Purific.² Rom. 8, 29.³ Gal. 3, 27.⁴ *Leo M.*, Serm. 1 de Nativ. Domini.

Hijo y madre debían marchar juntos por el sendero de la ley, por el camino de la humildad que conduce á la gloria verdadera. Miradlos juntos entrar en el suntuoso templo de Zorobabel, yendo Jesús en brazos de María, para cumplir á la vez la obligación que la ley impone á cada uno: á la madre, la de purificarse por la ofrenda; al hijo, la de ser rescatado á bajo precio. ¡Cuán gozosos ofrecen este voluntario sacrificio, satisfechos de cumplirlo en íntima unión de voluntades, como si no fuesen los dos más que un solo corazón y una sola alma! ¿Qué recompensa más dulce que esta unión para el corazón de María? ¿No fué por esto solo bastante meritoria su humildad?

10. Pero aún le mereció otra gracia singular que paso á exponeros brevemente. Hubiérase creído imposible el más pequeño incremento de pureza en aquella que con el alumbramiento divino había rayado, por decirlo así, en el punto más elevado de pureza virginal. Aquel parto milagroso, según dejamos observado, no hizo más que sellar y consagrar una virginidad sin ejemplo, que era el encanto del Señor¹. Y, á pesar de ser esto verdad, no lo es menos que la purificación legal produjo nuevo lustre, y algo así como mayores quilates, á aquella pureza incomparable. Y este aumento de pureza, reconocido por los Padres de la Iglesia², no se verificó ciertamente por el alejamiento de lo impuro, que no lo había en la purísima Virgen, sino por aproximación á lo sumamente puro, por cuanto, como hemos ya considerado, por este acto de humildad se asemejó aun más la santa Madre á su hijo Jesús, el cual, siendo

¹ *Guerric. Abb.*, Serm. 4 de Purific.

² *Avancini*, Vita et doct. Iesu Christi, hebdom. 2 post Epiphan.

Dios, es la fuente de toda pureza y santidad. Al que es infinitamente puro, como Cristo, no puede un alma aproximarse, sin purificarse más y más, así como se va aclarando por grados un objeto á medida que se acerca al foco de inmensa luz que brilla en lo alto de los cielos. De esta suerte fué galardonada en María aquella su humildad profunda que, á medida que la hacía bajar al abismo de su propia nada, hacía subir á las alturas inaccesibles de la gracia, según aquel decreto de la Providencia: *El que se humilla será ensalzado*¹. Y todavía ¿no apreciaremos, hermanos míos, el valor y la necesidad de la voluntaria humillación? ¿Hay acaso otro camino para subir á la gloria? ¿No es éste el trazado y trillado por el mismo Salvador, el cual no subió á los cielos sino por haber descendido hasta el centro de la tierra?² Imitemos, cristianos, á aquella hermosa hija del Rey celestial, cuya humildad, en medio de tanta grandeza, obligó al divino Esposo á apostrofarla diciéndole: *¡Qué bellos son tus pasos y el calzado de tus pies, oh hija del Príncipe!*³ Bella, encantadora es á los ojos del mismo Dios la humildad de María en el misterio de la Purificación; y, por eso, ninguna tan ensalzada en el acto como aquélla. Tal será el asunto de vuestra atención en la tercera parte.

III.

11. No es mi ánimo, católicos oyentes, exponeros el cuadro de la exaltación de María como premio y recompensa de su humildad en general. Ella misma lo dejó bosquejado en aquellas valientes pinceladas del cántico de su humildad: *Fecit mihi magna qui potens*

¹ Luc. 14, 11.

² Eph. 4, 9.

³ Cant. 7, 1.

est; y: Ecce enim ex hoc beatam me dicent omnes generationes: Porque hizo en mí cosas grandes el Todopoderoso, he aquí que todas las generaciones me aclamarán bienaventurada¹. Intento solamente haceros ver cómo la gloria verdadera, aquella que procede de Dios y se apoya en la verdad, siguió inmediatamente á la humillación de la Santísima Virgen en el misterio que hoy celebramos. No aguardó el Señor á que transcurrieran los siglos para glorificar á la criatura que tanto le glorificaba con su abatimiento. Porque, en primer lugar, ¡qué gloria para María la de ofrecer por vez primera en el templo del Altísimo aquella Hostia sacrosanta del Niño Dios, presentándolo al eterno Padre con sus mismas manos, y sacrificándolo con los afectos más ardientes de su maternal corazón! ¿No veis á la Virgen-Madre adornada en este día con la tiara de gran sacerdotisa del Nuevo Testamento? ¿Quién desempeñó mejor ni antes que ella las funciones del sacerdocio cristiano? Verdad es que aquí el sacerdote principal es el mismo Jesús que se ofrenda como víctima á la justicia eterna; pero conjuntamente con Jesús sacrifica María, entrando así con toda verdad en parte del sacerdocio de Cristo, como claramente lo demuestran las expresiones de los Padres y doctores. Oíd á San Bernardo que dice: «Hoy es presentado al Criador la tierra el fruto de la tierra sublime; hoy se ofrece en el templo por manos de la Virgen la Hostia agradable á Dios y capaz de aplacarle.»² ¡Oh! ¡y cómo campea en este acto solemne la dignidad de la Virgen, llamada con razón tierra sublime, como si dijera montaña colocada sobre la cumbre de todas las montañas! Así también se dijo

¹ Luc. 1, 49 y 48.² S. Bern., Serm. 2 de Purific.

de María, según la común interpretación, que sus ciementos estaban labrados en los montes santos, para significar que la sublimidad de esta Reina de los santos está por encima de toda otra grandeza y santidad. «Monte fué la Beatísima Virgen María, dice el Papa San Gregorio Magno, porque la dignidad para que fué elegida, trasciende toda la elevación de las más eminentes criaturas.»¹ «Y ¿quién podrá ponderar la excelencia de la oblación que ella hace en este día, no siendo otra la hostia que aquel niño que era al mismo tiempo el Primogénito de los hombres y el Unigénito de Dios: *Hostia Deo placens et placibilis*, que dijo San Bernardo? Mas, ya que el tiempo no me permite explanar debidamente esta gloria de la Virgen, medítadla vosotros, y dejad que pase á indicaros otro título de sus grandezas.

12. María trataba de ocultarlas todas á los ojos humanos, y Dios quiere descubrirlas, si bien no á todos, porque no era todavía tiempo, á lo menos á ciertas almas escogidas, de corazón limpio y vistá clara y penetrante, como el anciano Simeón y Ana la santa profetisa. Y ¿no os parece bastante este descubrimiento para contrarrestar con peso de gloria la sublime humillación de María? Conoció, pues, aquel varón justo, favorecido con extraordinarias comunicaciones del Espíritu Santo, que el niño que llevaba María en sus brazos, no era otro que *el Cristo del Señor*, á quien él debía ver y gozar con sus propios ojos, según la divina promesa; y, al tomarlo en sus manos para ofrecerlo al Señor, cuyo sacerdote era, bendijo á Dios y prorrumpió en aquel cántico de acción de gracias que los siglos

¹ Gregor. M. apud Cartagena.

no han acabado de repetir: *Nunc dimittis*. Da gracias al Eterno porque le ha permitido mirar y contemplar aquel Salvador divino, tanto tiempo anunciado y esperado por los hombres, y á quien tantos patriarcas, reyes y profetas ansiaron ver y no vieron. *Quia viderunt oculi mei salutare tuum*. ¿Qué sentiría la augusta Madre del Mesías al escuchar aquellos celestiales acentos del moribundo cisne de Israel? Y ¿con qué ojos tan llenos de asombro, amor y reverencia se fijaría el santo anciano en aquel rostro de la Virgen en quien reconocía á la Madre del Salvador, del Dios hecho hombre para iluminar á las naciones? ¿Cuál sería el concepto que de la grandeza de esta Virgen-Madre formaría el inspirado profeta? ¿No alcanzaría á entrever, aunque todavía veladas con las sombras del misterio, sus inefables prerrogativas? También Ana, la virtuosa viuda, debió de conocerlas; y, no contenta con alabar al Señor, publicaba las grandezas de Jesús y de María entre las buenas gentes que aguardaban la hora de la redención.

13. ¿Podía ser más ensalzada, cristianos oyentes, la humildad de la Virgen? Pues, como si todavía algo faltara á su gloria, he aquí que, por boca del mismo Simeón, se le revelan los altos destinos que, al lado de su hijo, le reservaba la mano de Aquel que ha decretado engrandecerla sin medida. *Este niño, dícele el profeta, está destinado para ser la ruina y la resurrección de muchos, para blanco de contradicción.... Y la espada que le herirá á él, traspasará también tu corazón*. ¡Qué sublimidad de puesto á que Dios quiere elevar á una pura criatura! Hacerla quiere compañera del Redentor, corredentora con Él del género humano. ¿Podía imaginar María mayor elevación? Pues ved aquí ensalzada del modo más espléndido la humildad que

hoy celebramos personificada en la Virgen de la Purificación ó de la Candelaria.

14. Volved, católicos habitantes de Medellín, hacia esta Virgen vuestras piadosas miradas. En ella fijaron las tuyas vuestros venerandos mayores, aclamándola Señora y Patrona de esta antigua villa, hoy floreciente ciudad. Fincad en esta Virgen, depositaria de los tesoros del cielo, vuestras más dulces esperanzas. Todo lo puede con sus ruegos la que ha sido sublimada tanto por el Dios que ama con predilección á los humildes, por Aquel que *miró la humildad de su esclava*. Y concurrid con las mil voces del mundo católico al cumplimiento de la gran profecía de la humilde Virgen que anunció con la vista fija en Dios, que todos los siglos la habían de aclamar dichosa: *Beatam me dicent...* ¡Dichosas también las almas que la imitan! ¡Dichoso el pueblo que la honra y la bendice! ¡Dichosa Medellín bajo el amparo de la Virgen de la Candelaria! Así sea.

PANEGÍRICO DE LA VIRGEN DOLOROSA

(predicado en Cartago, C. R., marzo de 1880).

María, modelo y lenitivo del dolor.

Non vocetis me pulchram, sed... amaram...
Ruth 1, 20. ®

1. ¡Los dolores de María! ¡qué corazón cristiano no se entenece al sólo oírlos anunciar año tras año por la voz de la Iglesia, en este viernes de la semana de Pasión que parece preludiar el Viernes santo! ¿Quién no siente desgarrado de dolor el pecho al oír, inter-